

Antjie Krog

País de mi calavera

La culpa, el dolor y los límites
del perdón en la nueva Sudáfrica

COLECCIÓN **LETRAS**



UNSAM
EDITA

Antjie Krog

País de mi calavera

La culpa, el dolor y los límites
del perdón en la nueva Sudáfrica

COLECCIÓN **LETRAS**



UNSAM
EDITA

País de mi calavera

Colección Letras

Cuando Nelson Mandela vio la libertad en 1990, tras 27 años de prisión, Sudáfrica cambió para siempre. Él, que simbolizaba la lucha contra el apartheid, la falta de libertad de todos los habitantes negros de Sudáfrica, creó la Comisión de la Verdad y la Reconciliación para sanar las heridas, facilitar la transición democrática, reconstruir la verdad y permitir a las víctimas expresar sus angustias y sentimientos. Antjie Krog fue periodista de la Comisión, escuchó los testimonios desgarradores y sufrió.

“En una intensa crónica personal de la experiencia vivida durante el proceso de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, Antjie Krog entreteje ficción y no ficción, prosa y poesía, con el propósito de captar la complejidad de un período decisivo en la historia de Sudáfrica. Al indagar las secuelas del apartheid, la autora plantea valiosos interrogantes acerca de cómo expiar o remediar los crímenes de proporciones históricas cometidos durante el régimen; cómo perdonar y seguir adelante cuando, no sin justa razón, la indignación se apodera de los corazones”.

J. M. Coetzee

Antjie Krog

PAÍS DE MI CALAVERA

LA CULPA, EL DOLOR, Y LOS LÍMITES DEL
PERDÓN EN LA NUEVA SUDÁFRICA

COLECCIÓN LETRAS

UNSAM EDITA

Índice

- Nota de la edición original
- 1 Jamás lloraban los hombres de mi raza
- 2 Más desunidos que nadie
- 3 Desconsolado y mudo, sucumbe el alto aire del Sur
 - Controlar la fuerza de la palabra a través de su blando cráneo desnudo
 - Contamos historias para no morir por estar vivos
- 4 El relato de la traición se reinventa una y otra vez
- 5 Los sonidos del segundo relato
- 6 El submarino seco y otros fantasmas
 - Solicitud de amnistía del policía Hendrik Johannes Petrus Botha
 - Fragmento de la entrevista radial de Darren Taylor a Lourens du Plessis
 - Fragmento de la entrevista de Darren Taylor a Gerrie Hugo
 - La vergüenza ahoga tu recuerdo
 - SB/CVR/JACOBS
 - TRANSCRIPCIÓN DE INFORME ORAL:
 - Tras la cortina de viñedos
- 7 Dos mujeres: escuchemos el relato en otra lengua
- 8 La culpa avanza con todas sus capas
- 9 La página política se repliega sobre sí misma
- 10 Reconciliación: el mal menor
- 11 Amnistía: en tránsito con los fantasmas
- 12 La lengua política encallada
 - Asimilar la verdad por partes
- 13 Llueve sangre en todas las latitudes
- 14 Cartas sobre la acústica de las cicatrices
 - Carta de Tim
 - Carta de Helena
 - Testimonio de Mananki Seipei, madre de Stompie Seipei
- 15 Nos llega a todos, desde Tutu hasta Mamasela
- 16 La verdad tiene nombre de mujer
 - Cuando lo saludé sentí que mi mano flotaba
- 17 Y entonces estalla su poderoso corazón
 - Testimonio de las tres madres de Guguletu ante la Comisión de la Verdad y la Reconciliación
 - Día 2, 23 de abril de 1996
- 18 El pastor y el paisaje de mis huesos
 - Oudtshoorn
 - Bram Fischer
 - Pietersburg
 - El cuento del pastor
 - Manantiales
- 19 La tragedia de las equivocaciones
 - La nieve tiene olor
 - La muerte es un maestro venido de África... tiene ojos azules
- 20 La Madre se enfrenta a la nación
 - Testimonio de Nicodemus Sono, padre de Lolo Sono
- 21 Adorado país de pesar y perdón
 - Letania
 - Adorado estado del alma: vuelvo una y otra vez
 - Hasta la última piel
- Epílogo Septiembre de 2001
- Agradecimientos
- Glosario

Nota de la edición original

Tras la legalización del Congreso Nacional Africano y la liberación de Nelson Mandela a comienzos de la década de 1990, los sudafricanos iniciaron una serie de conversaciones con el propósito de redactar una Constitución provisional que permitiera celebrar, por primera vez, elecciones democráticas. A los miembros del CNA en el exilio se les ofreció inmunidad para que pudieran retornar y participar en las negociaciones que tendrían lugar en el World Trade Centre, en Kempton Park. Con las víctimas y los perpetradores sentados frente a frente en las negociaciones, cuyo objetivo era la definición de un futuro común, el proceso fue tortuoso y expiatorio. Preocupados por el futuro de Sudáfrica, los dos grupos sabían que no tenían más opción que enfrentarse al pasado de la nación. Y así queda explícito en la última disposición de la nueva Constitución, que preveía el otorgamiento de amnistías y garantizaba la realización de elecciones. Esa disposición establecía lo siguiente:

La aprobación de la presente Constitución establece unos sólidos cimientos para que el pueblo sudafricano supere las divisiones y los antagonismos del pasado, cuyas consecuencias fueron violaciones graves de los derechos humanos, la transgresión de principios humanitarios en conflictos violentos y un legado de odio, miedo, culpa y venganza.

Ahora es posible abordar todas estas cuestiones sobre la base de la comprensión en lugar de la venganza, las reparaciones en lugar de las represalias, el ubuntu [la filosofía humanista africana] en lugar de la victimización.

Para promover la reconciliación y la reconstrucción, se concederá la amnistía a los responsables de las acciones, omisiones y delitos cometidos para la consecución de objetivos políticos durante los conflictos del pasado. En virtud de tal propósito y como órgano de la presente Constitución, el Parlamento sancionará una ley que fijará una fecha límite posterior al 8 de octubre de 1990 y

anterior al 6 de diciembre de 1993 y adoptará mecanismos, criterios y procedimientos, incluido el establecimiento de tribunales, en caso de ser necesario, por medio de los cuales dicha amnistía se hará efectiva luego de la aprobación de la mencionada ley.

El año posterior a las elecciones, la Comisión de Justicia del Parlamento redactó un proyecto para la creación de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica. A la Comisión, integrada por diecisiete miembros, se le asignó la tarea de describir, de la manera más exhaustiva posible, las causas, la naturaleza y el alcance de las violaciones graves de derechos humanos cometidas entre el 1 de marzo de 1960 y la fecha establecida como límite, para lo cual llevaría a cabo investigaciones y una serie de audiencias. También debía facilitar la concesión de amnistías a personas que revelaran datos relevantes relativos a acciones vinculadas con objetivos políticos. Asimismo, la Comisión debía restablecer la dignidad humana y civil de las víctimas y recomendar medidas de reparación, así como elaborar un informe de sus actividades y del resultado de sus investigaciones y sugerir medidas para prevenir futuras violaciones de derechos humanos.

La Comisión de la Verdad y la Reconciliación estaba integrada por tres comités. Los dos primeros eran el Comité de Derechos Humanos, que debía analizar los relatos de las víctimas de violaciones de esos derechos mediante audiencias e investigaciones, y el Comité de Amnistía, encargado de evaluar las solicitudes de amnistía. El segundo Comité, compuesto por cinco miembros –dos integrantes de la Comisión y tres jueces independientes–, era totalmente independiente y no debía quedar sujeto al control de la Comisión. Entre otras disposiciones, este Comité debía aplicar los principios de Norgard para determinar a qué solicitudes les sería concedida la amnistía. Por último, el Comité de Reparaciones y Rehabilitación era el encargado de formular una política de resarcimientos cuya finalidad fuera restablecer y rehabilitar a las víctimas y los sobrevivientes de violaciones de derechos humanos.

La Comisión, integrada también por una Unidad de Indagación y una Unidad de Investigación, tenía la facultad de emitir citaciones. Debía concluir su tarea en un lapso de dieciocho meses. En términos generales, los objetivos de la Comisión eran restablecer los derechos civiles y humanos de las víctimas; restaurar el orden moral de la sociedad; averiguar la verdad, registrarla y hacerla pública; crear una

cultura de respeto a los derechos humanos y al Estado de derecho; y evitar que se repitieran los vergonzosos hechos del pasado.

Las primeras audiencias tuvieron lugar en abril de 1996. Durante los dos años siguientes, los sudafricanos se vieron expuestos casi a diario a revelaciones sobre su traumático pasado. En las ciudades grandes y en muchas ciudades pequeñas, se constituyeron tribunales improvisados en sedes de gobiernos municipales, centros comunitarios e iglesias, donde se expuso el drama del apartheid y la lucha contra el sistema. La Comisión recibió veinte mil declaraciones de víctimas, dos mil de las cuales se prestaron en audiencias públicas, y cerca de ocho mil solicitudes de amnistía.

Al momento de publicarse este libro, **1** los jueces continuaban tratando de decidir si la Comisión de la Verdad ha cumplido su cometido como agente de reconciliación y reparación. Y los sudafricanos están aprendiendo que la relación entre la verdad y la reconciliación es mucho más compleja de lo que habían imaginado.

La Comisión de la Verdad funciona como un microcosmos muy concentrado de la sociedad sudafricana durante la transición. Su historia problemática y volátil permite trazar el mapa de la evolución de la democracia y la reconstrucción en el país. Un análisis de su labor permite comprender el costo humano de la transición del apartheid a la democracia en Sudáfrica.

Pero la Comisión no proporciona únicamente una forma de decodificar el milagro de nuestra época. Se ha convertido en un foco que ilumina con gran intensidad el pasado de la nación. Como permite construir un relato de ese pasado mediante las versiones personales de quienes prestaron testimonio, da entidad a frases como “una guerra justa” y “crímenes de lesa humanidad”, que de otro modo serían huecas. Las personas que cuentan sus historias, junto con los que las escuchan y los que, como Antjie Krog, las reproducen son sudafricanos de hoy. Luchan por encontrar su identidad, tanto individual como colectiva, en las sombras que aún arroja la brutal historia de su país. El foco no está puesto solamente en la revelación desgarradora y, con frecuencia, liberadora del pasado, también echa luz sobre las dificultades presentes y las posibilidades futuras.

Muchas voces de este país estuvieron silenciadas durante mucho tiempo, no fueron escuchadas, fueron desestimadas antes de poder expresarse en su propia lengua frente a los micrófonos de la Comisión de la Verdad. Las voces de la gente común encontraron un lugar en el discurso público y dieron forma a este pasaje de la historia. Quien quiera oír que oiga.

Parktown, Johannesburgo
Marzo de 1998

Notas

1. Se refiere a la edición original intitulada *Country of My Skull*, de 1998 [N. del E.].

Antes de la Comisión

Jamás lloraban los hombres de mi raza

Con la suspensión hundida por el peso, tres viejos Sierra blancos atraviesan rugiendo los portones de hierro del Parlamento. Unos brazos pesados y robustos sobresalen de las ventanillas abiertas, hacen sonar las bocinas y flamean banderas del Estado Libre y de Transvaal. También hay puños vellosos en alto. Con mi cuaderno y mi grabador en la mano, atravieso corriendo la calle empedrada en dirección a la antigua sede legislativa donde la Comisión de Justicia está estudiando las propuestas públicas respecto de qué habría que incluir en el proyecto de ley para instituir una Comisión de la Verdad.

Abundan los gestos adustos en la sala de colores oscuros; se ven viejos micrófonos que cuelgan del cielorraso, una galería con revestimiento de madera y asientos tapizados en cuero verde... “Bellington Mampe... Looksmart Ngudle... Suliman Salojee... Solomon Modipane... James Lenkoe...”. Una letanía de nombres pronunciados lentamente en el silencio de la sala. Son los nombres de las 120 personas fallecidas en custodia policial... “Imam Abdullah Haroon... Alpheus Maliba... Ahmed Timol... Steve Bantu Biko... Neil Aggett... Nicodemus Kgoathe...”. La presidenta de Black Sash, Mary Burton, finaliza su exposición como se ha hecho durante años en todas las asambleas de Sash: con una larga sucesión de nombres. Resuenan como campanadas en medio del silencio. Los periodistas dejan de tomar nota; los integrantes del Comité apoyan sus lapiceras sobre la mesa, azorados por la dimensión de la muerte. Y esto es solo el comienzo.

Las puertas se abren de par en par. Se oyen los pasos de los Ystergarde vestidos de negro; sus botas retumban incluso al marchar sobre la alfombra. La Guardia de Hierro, el cuerpo de elite del Afrikaner Weerstandsbeweging (Afrikaner Resistance Movement, AWB). Pasamontañas negros a modo de gorro en la cabeza, listos para ser desenrollados y cubrir la cara. Esvástica de tres brazos en la manga. Detrás, vestido con ropa de calle de color caqui y con el

sombrero en la mano, va Eugene Terre'Blanche como si estuviera recorriendo sus tierras. De pronto, se oye en la sala otra clase de ruido. Legisladores del CNA, secretarios, asistentes, taquígrafos y un par de ministros se entremezclan con las personas que colman la galería y ocupan los bancos.

—Hemos solicitado que se suspendan todas las asambleas del Comité —murmura un senador negro—; tenemos que ver a este hombre con nuestros propios ojos. Saber si es real.

Todo el mundo está a la expectativa. ¿El *adjutant* de Terre'Blanche quiere decir algo? Se pone de pie. Saluda.

—¡No, lo que diga mi superior!

El presidente del Comité de Justicia, Johnny de Lange, le señala su asiento a Terre'Blanche.

—Señor Terre'Blanche, ¿qué quiere que aparezca en la ley de la Comisión de la Verdad?

Hay tanto silencio que se podría oír el ruido de un alfiler. Terre'Blanche permanece en su asiento. Con un hilo de voz, pregunta:

—*Is hier waar ek vandag sit, hierdie sitplek, is dit die plek waar Sy Edele Dr Verwoerd dertig jaar gelede vermoor is met 'n mes in sy hart? [¿El asiento en el que estoy sentado es el mismo en el que fue asesinado el Dr. Verwoerd de una puñalada en el corazón hace treinta años?].*

Todos intercambiamos miradas.

—Así es —responde el Presidente. Terre'Blanche se queda mirando su sombrero, y el nuevo contexto de sangre y traición se apodera de la sala en silencio.

Terre'Blanche se pone de pie. Sombrero en mano, se aleja de su asiento. A cierta distancia del micrófono están parados los guardias. Él queda de pie solo en la alfombra. Y la primera palabra que nos viene a la mente, a pesar de su barba gris prolijamente recortada, es “pobre”. El hombre es un afrikáner pobre. La camisa color caqui está descolorida; el cuello, deshilachado. Pero pese a lo pobre que es, se revela como un genio de la acústica. Como si hubiese hecho un estudio de la sala, nos invade con sonidos: cada temblor, cada estruendo, cada reverberación producida en el recinto está bajo su control.

—*Laat. Die soldate... Huis toe gaan!* —dice gritando. Que se vayan los soldados. Luego, bajando el tono agrega—: *Agbare Meneer die Woorsitter, Agbare Lede van die Parlement... Laat AL... due sikdate... HUIS toe gaan...* —dice en un murmullo—. *Laat. MY... soldate... huis toe gaan...* —añade, levantando la voz— *sodat die weeklag van wagtende vroue en die wringende hande van kinders han einde kry... my*

hlere is nat van hulle trane...

¡Traducción! Los legisladores, en especial los exiliados, buscan desesperadamente en sus escritorios los auriculares para escuchar lo que dicen los intérpretes. No quieren perderse ni una palabra.

—La amnistía es un regalo. Pero para el preso político que nunca ha vivido el frío y la desolación [*die koudheid en die kilheid*] de la celda, cuya vida siempre ha estado entretejida en el ancho *veld* ¹ de la libertad, para él, Honorable Presidente, para él, la amnistía es... una explosión de alegría.

Terre'Blanche pide que la fecha límite del 6 de diciembre de 1993 se postergue hasta el día de las primeras elecciones democráticas, en abril de 1994, para que se admita la solicitud de amnistía de los miembros del AWB que perpetraron actos de violencia. Más adelante, el AWB colaboraría con el Gobierno.

Cuando Terre'Blanche finaliza su declaración, el miembro del Comité Jan van Eck le elogia su afrikáans. Carl Niehaus, legislador del CNA hablante de afrikáans, no demuestra tanto entusiasmo. ¿Qué quiere decir Terre'Blanche con “colaborar”?

—Parece que el señor Niehaus solo domina un nivel básico de afrikáans —comenta Terre'Blanche con desdén. Alguien comienza a silbar. En un gesto teatral, Terre'Blanche alza dos dedos de la mano—. ¡Son dos los que pusieron bombas! Uno maneja un Mercedes Benz y el otro, una *bakkie* Nissan, como yo. El Nissan. Llego después. Cinco minutos DESPUÉS de las doce explota su bomba. Pero el Mercedes... Ese llega a tiempo. Y la bomba explota. Cinco minutos ANTES de las doce. Y ahora, COMO maneja un Mercedes y no un Nissan, ¡a ÉL le conceden la amnistía!

Dene Smuts, legisladora afrikáner y miembro del Partido Demócrata, pide orden. —No, señor Terre'Blanche, su Nissan no llegó tarde. Atravesó con un ruido ensordecedor el vidrio del World Trade Centre en Kempton Park. Yo lo vi. Y el hecho no estaba dirigido al Gran Ladrón, como usted insiste en referirse a F. W. de Klerk, sino a las negociaciones para alcanzar un régimen democrático. Los suyos están en la cárcel no porque manejaran Nissan, sino porque se negaban a aceptar la democracia.

Indignado, Terre'Blanche respira con dificultad.

—Que una mujer, y mi madre también era una mujer —grita—, ¡que una MUJER no entienda lo que digo...! —Concluye su alocución—. Si el cambio de fecha sirve para conseguir la paz, entonces hay que modificar la fecha todos los días. Si impera la justicia... hablaré de paz... porque es lo que soy... un simple granjero de Westransvaal que

ha venido a exponer su caso.

*

El contraste entre el cliente y su abogado llama la atención. El comisario general Johan van der Merwe, ex alto funcionario de la Policía, se sienta encorvado —*ineengedoke*— en la primera fila. No termino de decidir si la postura forma parte de una estrategia deliberada o si es simplemente el efecto de verlo por primera vez sin uniforme. Tiene la tez amarillenta y parpadea constantemente; mueve involuntariamente la mandíbula como un anciano y cuando se toca la venda del dedo, le tiembla la mano. De su caso, no obstante, se encarga un abogado de tez rosada y saludable, seguro de sí mismo, que habla inglés y proviene de Natal. No ha tomado el caso del comisario porque esté de acuerdo con lo que sucedió en el pasado, le asegura el abogado de los anillos de oro al Comité de Justicia. Lo ha hecho porque el comisario tiene sus motivos. Y los motivos son políticos. El mero hecho de que una acción deba tener motivos políticos para que el perpetrador pueda solicitar la amnistía es prueba suficiente de que los políticos deberían estar en el centro de la investigación de la Comisión. No es la policía la que inventó el apartheid, dice, sino los políticos.

Haciendo gala de sus habilidades histriónicas, el abogado señala a Van der Merwe.

—Ayer por la tarde, cuando veníamos en avión a Ciudad del Cabo, el comisario miraba por la ventanilla. Era el atardecer y él (espero que me perdone por reproducir sus palabras) me dijo con voz entrecortada: “Los políticos han prostituido a la policía. Alguna vez yo fui un policía orgulloso, pero hoy me siento humillado y despreciado. Mi carrera, a la que le dediqué toda mi vida con mucho orgullo, acaba en una vergüenza y una deshonra espantosas”.

—Todos sabemos que la reconciliación debería tener lugar entre los afrikáneres y los africanos —asegura el dirigente del Frente para la Libertad, general Constand Viljoen—, y eso solo podría ocurrir si la Comisión de la Verdad no vilipendia a los afrikáneres tratándonos como si fuésemos peores de lo que somos...

—Un antiguo miembro del CNA dijo que en Sudáfrica no tendría cabida una guerrilla que preparara emboscadas entre los arbustos. Miren el mapa: está todo construido. Hay carreteras, granjas, ciudades. Es imposible: las masas tienen que hacer de arbustos; la comunidad negra son nuestros arbustos.

Según Viljoen, todos hemos fracasado:

—Todos recurrimos a la violencia para alcanzar nuestro objetivo. El terror del tirano generó el terror de los revolucionarios.

Siguen las declaraciones. Orgías de aliteraciones. En la prensa, los intelectuales afrikáneres señalan que gracias al apartheid el nuevo Gobierno heredó las infraestructuras más complejas de toda África. Gracias al apartheid, los presos políticos completaron sus estudios estando en la isla Robben, con lo cual los dirigentes más antiguos del CNA están mejor capacitados que los de cualquier otro partido político del continente. Murió menos gente por el apartheid que la que murió en Ruanda. Entonces, ¿cuán malo fue el apartheid?

Los opresores están cansados; los oprimidos están rabiosos.

Es el tema de una especie de obertura, pero en ese momento no la oíamos.

*

Desde los primeros días de marzo de 1995, el Comité de Justicia, encabezado por Johnny de Lange, se reúne a diario para estudiar las declaraciones y redactar el texto de la ley. Los funcionarios, que son los encargados de escribir el texto legal, se sientan algo apartados del resto. Trabajan hasta tarde para poder proporcionar formulaciones alternativas al día siguiente. Uno de los funcionarios se queja:

—Personalmente, si yo tuviera que redactarla, la ley sería simple y clara, y ya estaría terminada hace varias semanas. Pero como se trata de un proceso, se está convirtiendo en una ley única y sensacional, pero increíblemente compleja.

*

Como si estuviera en un refugio de montaña, me arrastro cubierta con el acolchado abrigado pero liviano y la bolsa de agua caliente en la mano. A través de la ventana, se ve la granja que duerme iluminada por la luna. A lo lejos, se oye el canto de un chorlito. Invasión por la despreocupación típica de la juventud, me quedo dormida, a salvo en la cama de madera de nogal, a salvo en la casa de piedra arenisca, en esta zona del Estado Libre. Todo está en silencio.

Las estrellas rugen más allá de la granja.

De pronto, se oye un ruido. Fuerte.

—*Hendrik, kom in!... Hendrik, kom in!*

Serían las doce de la noche.

Mi hermano Andries, que vive en otra parte de la granja, llama por radio a Hendrik, nuestro hermano menor. Hay mucho ruido en la línea:

—*Kom, gou!* [¡Vení rápido!] Se están robando los animales. No enciendas la luz y traé el rifle.

El frío que cala los huesos del Estado Libre me obliga a meterme más adentro en la cama en busca de cobijo. La puerta del rondavel se cierra detrás de Hendrik, que se aleja en la oscuridad.

La radio vuelve a chirriar:

—¿Cuántos son?

—Dos y un perro —contesta Andries—. Se llevaron cinco vacas y acababan de pasar por el *windpomp*. ¿Tenés balas?

Me visto. Mis padres están en el comedor, junto a la radio. Tienen puestas las pantuflas de corderito y están cubiertos con una manta. Están nerviosos, inmóviles. Me siento junto a ellos. Nos quedamos callados. Mi madre me trae una manta. Esperamos junto a la radio. La noche se ha vuelto amenazante.

—¿Dónde están ahora? —pregunta Andries.

—Mamá dice que están en el sendero —responde inesperadamente su hija.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Mi madre me explica. La mujer de Andries, Bettie, debe estar parada en el techo de su casa, desde donde divisa gran parte de la granja, supervisándolo todo a través de una mira de visión nocturna. Bettie transmite la información en voz alta a su hija de nueve años, Sumien, quien, a su vez, se la pasa al padre, que está en el auto.

Es casi la una. Esperamos.

—¿Papá? Papá, vení. Dice mamá que doblaron y se van a la ruta, pero no te ve. ¿Dónde estás? —dice Sumien.

Silencio. Mis padres se sientan encorvados, y a la luz gris de la luna, sus caras se ven ajadas.

—Pa, ¿dónde estás? ¿Me oís? —La angustia se nota en la voz de Sumien.

La radio no transmite sino el silencio... Esperamos a oscuras.

Quince minutos después, la radio vuelve a la vida. Es Andries. Sin aliento, dice: —Encontramos a uno, pero el otro se escapó. Decile a mamá que baje y cierre todo con llave.

Esperamos. Creemos oír tiros. ¿Hay alguien en el portón? Los perros ladran. Seguimos esperando. ¿Quién disparó? ¿A quién le dispararon? ¿Qué es peor? ¿Qué escenas violentas se viven en el *veld*?

Me llama la atención la foto familiar. Veo a mis hermanos *borselkop*,

sonrientes. Recuerdo que Hendrik tocó a mamá en el brazo mientras ella abría la Biblia en la página señalada.

—Por favor, no nos leas la parte del hombre que le quiere cortar la garganta al hijo en el *veld*.

¿Qué sienten mis hermanos esta noche? No tengo idea.

La espera se vuelve eterna. Por fin, sale una voz por la radio:

—Llamen a la ambulancia. Que vengan a la represa.

Es uno de mis hermanos. Pero la voz se oye tan tensa que no podemos reconocer de quién es. Nosotros tres seguimos sentados en el comedor. La luna se apaga. Cada uno alberga sus propios pensamientos desproporcionados. Con una pesadez que revela su gran cansancio, mi madre se levanta de la silla. Va a la cocina a preparar té. Mi padre y yo nos quedamos sin emitir sonido. Me llevo el té a la cama helada. Tengo los ojos resecos.

*

“La idea de instituir una Comisión de la Verdad se remonta a las decisiones del CNA”, comenta el Ministro de Justicia Dullah Omar en una entrevista. “Cuando el Comité Ejecutivo Nacional del CNA habló acerca de lo que había ocurrido en el país, y en especial de lo que había sucedido en los campos de adiestramiento del CNA, como Quatro, se pensó seriamente que había que encontrar algún mecanismo para abordar todas las violaciones de modo de garantizar una base moral sólida para la nación. Y así se fue formando la opinión de que lo que necesita Sudáfrica es un mecanismo que permita mostrar la verdad ante la opinión pública. Pero para humanizar nuestra sociedad hay que poner sobre la mesa la noción de responsabilidad moral. Por eso, mi propuesta consiste en una combinación de dos procesos: la amnistía y el relato de historias de las víctimas”.

*

Las víctimas –no los perpetradores– deben ocupar el lugar central en la ley, propone el CNA. Deben contar con varios puntos de entrada en el proceso. ¿Hay que categorizar las pérdidas? ¿Tantos rands por un brazo, tantos por una pierna y tantos por una vida? ¿El Gobierno tendrá que conceder las indemnizaciones sin demora o deberá esperar que se llegue a una valoración coherente?

En todas las conversaciones se descubren nuevas áreas

problemáticas. Con la amnistía, se descarta el derecho de la víctima a presentar una demanda civil. ¿Las indemnizaciones convierten la amnistía en constitucional? ¿Y el Estado? ¿El Estado debe reclamar amnistía? Porque las víctimas que reciben resarcimiento aún pueden decidir demandar al Estado.

El Partido Demócrata también está interesado en modificar una fecha: la fecha de inicio del período que va a examinar la Comisión. El volumen de trabajo es inmenso, asegura Dene Smuts. Es la primera Comisión de la Verdad que tiene que investigar casi cuatro décadas. Además, no debe centrarse únicamente en las desapariciones, como en Chile, sino en otras violaciones graves, como el asesinato, el secuestro, la tortura, el trato inhumano. Fijar la fecha inicial para el 16 de junio de 1976 acortaría en seis años el período de investigación de la Comisión, pero tendría una importancia simbólica, porque esa fecha marca el inicio del famoso ciclo de resistencia y opresión.

Mientras se ponen en palabras los posibles escenarios y aumenta la presión para completar la redacción de la ley, los partidos políticos comienzan a inquietarse. Sheila Camerer, del Partido Nacional, saca de quicio al Presidente del Comité, que deja caer los brazos sobre el escritorio y murmura cerca del micrófono:

—¡Ag, *God help my*, esta mujer me está volviendo loco!

Pero luego, ella se tira el pelo hacia delante y se peina, y bamboleando su pequeña cartera de la cadena dorada, se va de la sala, *tip tip tip*, en puntas de pie. Cuando vuelve a su asiento, con los labios recién pintados y un perfume que se huele a varios metros de distancia, levanta la mano y pide continuar desde el punto exacto en el que dejó la exposición cuando se retiró para ir al baño.

Entre Johnny de Lange y Jacko Maree, del Partido Nacional, se ha desatado una guerra total. El Presidente, un afrikáner de familia de clase trabajadora, de contextura robusta, y Maree, un hombre esmirriado que usa moño y unos delicados anteojos, no se soportan. Apenas Maree abre la boca, al Presidente se le transforma la cara.

Un día, los medios de prensa reciben una nota: No se vayan pronto. Prometo que va a haber una pelea y un acuerdo secreto del CNA.

El grito de “¡ya!” indica el preciso instante en que la sala se colma de rostros del CNA que nunca habían comparecido ante el Comité. También aparece un miembro inesperado del Partido Nacional. Los dos grupos se preparan para la contienda.

Así suceden las cosas. El señor De Lange dice que los miembros deben votar, en primer lugar, por el cambio de otras dos mociones. El señor Maree lo interrumpe. Quiere que le concedan tres minutos para

explicar por qué solicita que la reparación otorgada por la Comisión Currin a los miembros del CNA se discuta antes. De Lange no se los concede. Nueva interrupción de parte de Danie Schutte, del Partido Nacional, que también solicita tiempo para justificar la solicitud de Maree.

De Lange vuelve a rechazar la solicitud. Se le suben los colores a la cara. Él es el Presidente, dice, y se hace lo que él dice. Si el señor Maree no está satisfecho, puede presentar una queja a las autoridades. Como presidente, no le va a permitir que haga del Comité de Justicia un espectáculo mediático.

—A mí no me haga quedar en ridículo. Soy el presidente.

—Por favor, señor Presidente —ruega Koos van der Merwe, del Partido de la Libertad Inkatha—, no permita que la inquina que se tienen usted y el señor Maree destruya la buena relación que hemos construido los demás. ¿Podrían resolver el asunto de otra manera?

Maree se revuelve en su asiento con una mano en alto. Con la otra mano, agita un grueso fajo de documentos que representan a los cien miembros del CNA a los que, según él, la Comisión Currin les concedió subrepticamente inmunidad antes de Navidad.

De Lange se mantiene inflexible:

—Todavía hay ocho proyectos de ley por discutir. Ya tratamos el tema durante más de una hora la semana pasada. Lo aceptamos, y no admito más discusión. Lo someteré a voto. Escuche bien lo que le digo: lo someteré a voto.

Los votos del CNA superan a los de los otros partidos por quince a siete.

—El peso de la democracia...

Pero el proyecto de ley debe esperar un par de días.

*

“Todo acabó en un abrir y cerrar de ojos”, escribo en mi informe sobre los sucesos de la tarde. “Tras varias semanas de anuncios públicos —que culminaron esta mañana con un torbellino histérico de voces con acento británico de clase alta en los pasillos del Parlamento—, la reina vino, vio y se fue”.

Como suele ocurrir, la ciudad sabe cuándo comportarse como es debido. El viento del sudeste se aquieta humildemente, los barrenderos recogen hasta los más diminutos trozos de papel, los estudiantes bordean la calle, y la alfombra roja tiñe las escaleras del color de la sangre. En la sala de audiencias, la atmósfera es,

principalmente... ¿cómo describirla?... La sala se engalana para recibir a la reina. Una ocasión para hacer gala de los trajes tradicionales, los contactos en el mundo de la moda... y la capacidad para hacer dinero fácil.

Vestidos africanos de colores vivos con mangas abullonadas, batas indias de tela brillante que caen sobre los hombros, delantales bordados con canutillos rematados por corpiños Maidenform color piel como nunca se ha visto en el Parlamento. Una de las asistentes, originaria del Estado Libre, parece ocultarse bajo unas matas de color violeta y dorado; una que viene de Stellenbosch tiene puesta una especie de *potjie* como si fuera la Juana de Arco afrikáner. Dos *hare krishnas* llevan unas bolsitas de muselina de color en el pecho y cantan salmos al tiempo que la reina Isabel II hace su ingreso en el vestíbulo.

Los hombres, como era de esperar, tienen puesto el costoso traje tradicional masculino de lana, corbata llamativa, gafas doradas y el indispensable cuello ancho.

Entonces, hacen su entrada.

Al frente, marcha el ujier de color portando el arma dorada tradicional del Parlamento con las manos enfundadas en guantes blancos. Lo sigue el *Black Rod* negro. Sí, durante muchos años, el Parlamento tuvo un *Black Rod* blanco, pero los tiempos están cambiando...

La prensa se ha disputado durante semanas los mejores lugares en la galería reservada para los medios. Estiro el cuello. Pestañeo.

¿Es real lo que estoy viendo? Parece nuestra tía de P. E., con su carterita con cierre de clip y *skoentjies* comprados en una zapatería cualquiera. En otras circunstancias, el broche que adorna el escote no podría ser auténtico, pero sabemos, bien que lo sabemos, que es muy real. Abre la cartera, saca los anteojos y apoya las páginas del discurso sobre el pupitre.

Comienza a hablar.

¿Es real lo que estoy oyendo? Parecen las palabras que uno podría escuchar en una reunión de un centro de mujeres de pueblo. El discurso está escrito a máquina en papel común, un párrafo por página. Con los guantes puestos, lucha, como cualquier mortal, para doblar las esquinas de las hojas para después poder pasarlas más fácilmente.

Pero a no confundirse, el contenido puede ser común, pero ella enuncia su discurso con un acento que ha intimidado a medio mundo durante siglos. ¿Cuándo fue la última vez que en el Parlamento se pronunció la frase “resuelto defensor”?

Cuando termina de hablar, dobla las hojas, las guarda en la cartera y se va.

Salimos a la calle y, agitando nuestras carteras, paramos un taxi que pasa frente a la entrada del Parlamento. Por “paramos” me refiero a mi editora y a mí.

—¡Rápido! —grita la editora—. ¡A los muelles, al *Britannia*! —Volcamos el contenido de las carteras, abrimos los cierres, nos desabrochamos la blusa. El taxista nos mira anonadado. Tiene caspa sobre los hombros.

—¡Vamos! —exclamo—. Tenemos que ver a la reina dentro de siete minutos.

—¿Qué reina? —suena escéptico.

—La *skoonma* de la princesa Diana. Vaya volando.

El taxista gira la cabeza y pregunta:

—¿Estamos hablando de la reina, la que tiene... —se toca la cabeza — *nuestro* diamante en la corona? ¿La que lleva pesas de plomo en el dobladillo?

—Sí, sí, ella —le contesto, tratando de no elevar el tono de voz.

Pero a mi editora *op-en-wakker* no se le escapa nada.

—¿Por qué lleva pesas?

—Para que el viento no le levante la pollera por encima de las rodillas —explica el taxista, muy despierto.

Como poseído, se prende al volante. Tiene una misión. Es buen conductor. Quiere que lleguemos a tiempo. Levantamos polvo en las curvas; giramos a gran velocidad. El hombre con problemas en el cuero cabelludo es un as al volante.

—¿Por qué salieron tarde? —pregunta, serio.

—Porque —la editora habla en voz alta mientras marca un número en el celular con una mano y con la otra se ajusta la tuerca del aro— tenemos que escribir el informe sobre el discurso de la reina en el Parlamento para doscientos boletines de noticias y en once idiomas, y además, ella ahora invitó a algunos periodistas a un cóctel en su yate...

—¿Y qué dijo en el Parlamento? —nos pregunta.

—Nada...

Nuestras piernas enfundadas en medias negras le atraviesan la espalda a través del asiento.

—¿Y entonces qué van a poner en el informe?

En el montón de escombros que quedó en el asiento trasero, encontramos lápices de labios prehistóricos en los que hay que escarbar para rescatar algo útil, envases de rímel con el cepillo

atascado, frascos de perfume vacíos, pulseras con el cierre trabado. Nos fuimos poniendo todo al ritmo de los neumáticos chirriantes y el motor a toda marcha.

—En el informe, nos preguntamos cómo puede ser que exista tanta mediocridad envuelta en tanto lujo. Explicamos que, para vivir como ella, hay que saquear al propio pueblo durante siglos y después esquilmar a medio mundo.

El taxista avanza a gran velocidad por el embarcadero y derrapa antes de frenar con maestría detrás de un grupo de Solemnes Analistas Políticos Enfrascados en Conversaciones Profundas que soban sus antiguas corbatas de la universidad.

Bajamos del auto a los tumbos. Lo hemos conseguido.

En el muelle donde está amarrado el *Britannia*, anuncian nuestros nombres con el proverbial retumbar imaginario de unos tambores. Los nombres comunes y corrientes tienen otra sonoridad cuando se los pronuncia con el Acento: “Rrrina Smithhh: Afrikaans Stereo!”. Y uno se acerca y posa la mano sobre el guante blanco. (“¿Qué se siente?”, me preguntan mis amigos. No me acuerdo; yo solo fijo la vista en el dobladillo del vestido amarillo chillón de la Reina).

Se nos acerca un hombre. Es el vocero real. Dice que la Reina se acercará a todos los equipos. Que solo tenemos que hablarle si ella nos dirige la palabra. Que nadie puede hacerle preguntas. Que no digamos nada acerca de estos consejos reales.

El *gin-tonic* está perfecto. Bebo uno tras otro junto a la barandilla. Un marinero que lleva una larga soga dorada sobre los hombros me comenta los problemas que hubo que sortear en el *Britannia* para que la Reina pudiera llegar dos veces a Sudáfrica. La primera vez llegó en avión de manera no oficial; después, hubo que llevarla en helicóptero hasta el *Britannia* para el arribo oficial en barco —la Segunda Venida— ante la salva de 21 cañonazos. Durante todo el relato, su bigote no se mueve nunca. Ni una sola vez.

El general Constand Viljoen, del Frente de Liberación, invita a la Reina a visitar el Monumento en Memoria de la Mujer de Bloemfontein y le sugiere que pida disculpas a los afrikáneres en nombre de Gran Bretaña por lo que les ha hecho. Pero la agenda real está completa.

*

El Comité de Justicia dedicó seis horas y media al proyecto de ley sobre la Comisión de la Verdad antes de hacer ninguna declaración.

Presenció más de 20 horas de testimonios y debatió, recopiló y redactó los artículos del proyecto en 100 horas y 53 minutos. Muchas veces, los funcionarios llegaban a las reuniones con los ojos rojos y la ropa arrugada, pues habían pasado la noche redactando documentos. Entre todo, el Comité trabajó 127 horas y 30 minutos en el proyecto de ley sobre la Comisión de la Verdad.

*

Finalmente, la ley para instituir la Comisión de la Verdad llega al Parlamento. Se la describe de diversas formas. Se la considera la ley más sensible, compleja desde el punto de vista técnico, controvertida e importante que jamás haya proclamado el cuerpo legislativo. Se la suele denominar la Madre de Todas las Leyes. Para la ocasión, la galería de invitados está poblada de estudiantes y, si hay que guiarse por los rumores, de posibles candidatos para formar la Comisión.

Tal como ocurrió en el Comité, el debate del proyecto de ley pronto se convierte en un espectáculo emocional. Luego de que la Presidenta pide con calma que no se utilice a la Comisión de la Verdad para sacar rédito político, el tema de la injusticia eleva la altura retórica de los oradores.

Todos tienen alguna historia que contar, desde miembros del Parlamento a quienes les bombardearon la casa hasta hijos de amigos a los que les introdujeron los dedos en un molinillo de café, pasando por criminales que ya están libres mientras que los simpatizantes de la derecha siguen detenidos. La mayoría habla en afrikáans. Es en este grupo, en este idioma, que quieren dar pelea.

Un periodista de *Beeld*, uno de los diarios que se publican en afrikáans, me recuerda:

—¿Notaste que el tratamiento de los últimos detalles de la ley en el Comité se hizo en afrikáans? —Yo frunzo el ceño—. Fueron el presidente Johnny de Lange; Willie Hofmeyr, del CNA; Dene Smuts, del Partido Demócrata; Koos van der Merwe, del Partido de la Libertad Inkatha; Daniel Schutte, del Partido Nacional, y Corné Mulder, del Frente de Liberación. Me cae bien que los responsables de lo que sucedió en el pasado se esfuercen por rectificarlo —aclara.

Ya es tarde cuando Johnny de Lange concluye el debate. Lo que hace que esta ley sea única, dice, es que es una recopilación de todos los puntos de vista nacionales, un verdadero *patchwork*:

—Puedo distinguir qué parte es de Dene Smuts, cuál escribió Danie Schutte, qué disposición sugirieron los Letrados por los Derechos

Humanos, cuál es de las víctimas y cuál de la Policía. Y esto es mérito de todos. De todos menos de Jacko Maree, que utilizó las reuniones del Comité como plataforma de propaganda gratuita —dice De Lange.

Llega el momento de votar. Todos los que están *a favor* de la ley deben poner sus credenciales en la ranura que tienen delante y presionar un botón.

Se procede a la votación.

—Algo está mal —dice la Presidenta—. Retiren sus credenciales y vuelvan a introducirlas en la ranura.

—Yo no busco los problemas. Los problemas me buscan a mí —grita uno.

Aparentemente, el sistema eléctrico que registra las credenciales no está funcionando correctamente. La Presidenta les pide a los asistentes que aguarden unos minutos.

—Señora Presidenta —se ríe uno de los miembros del Comité—, sé de buena fuente que el responsable de la falla eléctrica es el honorable Jan Momberg. —A Jan Momberg se lo conoce como Jan Spoege... Jan Spittle.

Finalmente, la Presidenta pide a los que están a favor que levanten la mano para poder contar los votos a la vieja usanza. A favor: Congreso Nacional Africano, Partido Nacional y Congreso Panafricano. En contra: Frente de Liberación. Abstenciones: Partido de la Libertad Inkatha.

Luego la ley se estanca por un tiempo en el Senado. Para demostrar que no son meros agentes de la burocracia, los senadores proponen varias modificaciones. Quieren que se incluya a dos extranjeros en la Comisión y que se debata la cuestión de la amnistía general.

Entre dientes, el escriba oficial farfulla:

—Es una maraña, una urdimbre infernal. Para cambiar cualquier disposición habrá que cambiar todos los artículos.

La misión de Dullah Omar es tratar de que el Senado proclame la ley. Cuando un integrante negro del Partido Nacional cuenta que lo torturaron y que un guardia de seguridad lo colgó cabeza abajo, los integrantes del CNA le piden a los gritos que se calle. Llorando, cuenta que lo arrojaron varias veces contra el suelo de cemento. Entre risas estridentes, uno del CNA le grita:

—Así es cómo se te arruinó el cerebro.

Omar se pone de pie.

—Podemos hacer distinciones entre perpetradores, pero espero que la ley nos enseñe a todos que no podemos hacer distinciones entre las víctimas.

Por fin, la ley se abre paso rumbo al Departamento de Justicia, cuya sede antes recibía el nombre de Edificio Verwoerd. Allí, la mayoría de los empleados públicos son blancos y hablan afrikáans. Y las rubias de uñas pintadas —no existen mejores asistentes que ellas, asegura un secretario— son las que procesan el texto. Y los afrikáneres de mediana edad y hombros caídos que hacen comentarios en tono de broma en el ascensor: “Hasta luego”. “Ja, si Dios —y la Constitución— quieren”... son los que les alcanzan el texto al Ministro, el Presidente y los encargados de imprimirla.

El proyecto de ley sobre la Comisión de la Verdad se convirtió en ley con la firma del presidente Nelson Mandela, el 19 de julio de 1995.

*

Vienen a desayunar... mis dos hermanos. Se ríen, hablan, comen y hacen comentarios acerca de la noche anterior como si hubiera sido una noche de lo más normal. En política, advierto, siguen apoyando las ideas moderadas del Partido Nacional.

—¿Quién disparó? —pregunto. Sé que Andries es uno de los tiradores más diestros de la zona.

Explican. La semana anterior a la luna llena y la semana posterior también, salen a patrullar la granja. Desde las elecciones de 1994, atraparon más ladrones que toda la unidad a cargo de la captura de cuatreros de la policía de Kroonstad. Normalmente, Andries maneja la camioneta. Hendrik va de pie atrás con la luz. Cuando divisan ladrones, la encienden.

—Después gritamos *Staan of ons skiet!* [¡Alto o disparo!] o alguna otra frase en sesoto —dice Andries—. Pero en ese momento, uno tiene mucho miedo. El mayor miedo es que estén armados, que te disparen sin que lo esperes. También da miedo cuando se separan; uno va corriendo a la casa, y otro se lleva los animales. La mayoría de las veces, no se detienen con la voz de alto. —En el comedor reina el silencio—. Pero es cuando huyen que me asalta una furia indescriptible... El que se mete en mi granja violando la ley, el que huye y me obliga a dispararle, me obliga a apuntarle a un hombre y apretar el gatillo. Lo odio por eso. Primero disparo al suelo cerca de donde está el ladrón. Si está cerca de la plantación de maíz donde es fácil esconderse, le apunto a las piernas... petrificado ante la idea de que puedo matarlo y que después tendré que vivir con eso el resto de mi puta vida...

—Lo peor es que no piensan que Andries no tiene intención de acertar el tiro; muchos nos dicen que Andries no acierta porque el *muti* de ellos es muy potente —acota Hendrik.

—¿Y la policía qué dice?

—La policía no les hace nada. Los llevan a la comisaría y al día siguiente pagan la fianza. La mayoría de las veces les dan prisión en suspenso. Te vas del tribunal junto con ellos. O te cruzás con ellos camino a tu casa. Le dije al juez que no tiene que ver con el valor de lo que te roban, sino con el valor de la vida que me roban, de la granja, de mis planes para el futuro, de mi tranquilidad.

En una de las primeras novelas en afrikáans escrita por un autor negro, dos vagabundos negros matan a un comerciante judío. Cuando uno de los personajes señala a los asesinos, el protagonista condena al soplón. Me traslado hasta una aldea rural a entrevistar al autor.

—¿Por qué el protagonista condena al informante de la policía y no a los asesinos?

—Porque los negros siempre tienen que estar unidos.

—Pero la mujer que vio que el hombre blanco huía, dejando atrás el cadáver de Chris Hani, no dijo: “Como es blanco no voy a abrir la boca”. En cambio, pensó: “Lo que hizo está mal, así que voy a hablar”.

Me mira.

—Los blancos son indestructibles. Sobreviven a todo. Lo llevan en la sangre. Pero con nosotros es distinto. Si no nos unimos, nos aniquilan —explica.

Hendrik se toca con suavidad los nudillos de la mano derecha. Están hinchados.

—¿Les pegaste? —le pregunto, atónita.

Hendrik asiente.

—Llegó un momento en que nos dimos cuenta de que atrapábamos siempre a los mismos ladrones y pensamos que teníamos que hacer algo, de modo que si querían robar, que eligieran robar en otra granja, no en esta.

Mis hermanos me dicen que, desde las elecciones, hay cinco veces más robo de ganado que antes.

Más tarde llega un policía negro que quiere comprar una oveja. Mientras el policía cuenta los billetes, mi padre le pregunta:

—Usted elige pagar mientras otros de por aquí prefieren venir y robarse los animales, ¿por qué usted paga por ellos?

—Porque esta oveja es para un entierro, y si fuera robada los antepasados estarían muy enojados.

—¿Cuánto tiempo podrán seguir así? —le pregunto a Andries.

Mi hermano niega con la cabeza.

—No lo sé. Descubro cosas de mí que no sabía que tenía.

—¿Qué cosas?

—Por ejemplo, sentir que mi familia y yo nos hemos embrutecido... saber que soy capaz de matar a una persona con mis propias manos... Estoy aprendiendo a pelear, a matar, a odiar. Y no tenemos a quién recurrir. Hace unos años, podíamos llamar a las autoridades. Ahora el intendente es alguien cuyo nombre ni siquiera puedo pronunciar.

—Sí, pero para millones de negros, fue siempre así.

—Exactamente. Pensé que lo que vendría sería una nueva administración para todos, pero el embrutecimiento de la gente común que antes estaba confinado a las ciudades no desapareció, sino que se está extendiendo al resto del país. —Se queda callado un momento y luego lanza—: Cuando Mandela hablaba de la moral blanca y la moral negra, de que los blancos se preocupan solo cuando muere un blanco, debió agregar que a los negros no les importa que muera un blanco... y lo que es peor, tampoco les importa que se mueran los negros.

*

Es mi último fin de semana libre antes de que comiencen las audiencias de la Comisión de la Verdad en la Provincia Oriental del Cabo. Mondli Shabalala me pasa a buscar por la granja camino a Johannesburgo. Mondli trabaja conmigo en la SABC (South African Broadcasting Corporation, esto es, la empresa de radiotelevisión estatal de Sudáfrica).

—El nombre de Moshoeshoe —le explico a Mondli— significa el que puede robar con el mismo sigilo y rapidez con que se afeita. ¿Cómo puede ser que la habilidad para robar sea un distintivo de honor? ¿Por qué Dingane le pide a Retief que robe los animales que había robado Sekonyela? ¿Por qué Mandela menciona en su biografía que él y su primo le robaban animales al tío? ¿Nos referimos a lo mismo cuando hablamos de robar?

Mondli permanece callado un rato largo. Después responde:

—No lo sé. Pero lo que sí sé es que crecí con la idea de que robarles a los blancos no es robar. Antes, los africanos pensábamos que el único significado de robar era llevarse animales como una forma de

oposición al poder. Pero vinieron ustedes los blancos y nos acusaron de ladrones, cuando ustedes nos estaban robando todo a nosotros.

Recuerdo que me quedé todo el domingo sentada junto a mis padres, todos encerrados en la casa. Recuerdo que dejábamos de hablar apenas oíamos ladrar a los perros.

—Suelen venir los domingos, porque creen que estamos en la iglesia —dice mi madre.

Salgo para Johannesburgo, me doy vuelta para saludar y los veo parados delante de la casa de mi juventud. Y apenas nos alejamos, mi padre cierra el portón con candado y suelta los perros.

Notas

1. Se denomina *veld* a las praderas que se extienden por el norte y el noreste de Sudáfrica [N. de las T.].
2. El *Black Rod* es el funcionario de mayor rango en la Cámara de los Lores. El nombre se debe a que porta un bastón negro (*black rod*, en inglés) [N. de las T.].

Los periodistas que vamos a cubrir las audiencias de la Comisión de la Verdad y sus editores asistimos a un taller que han organizado especialmente para nosotros. Estamos rodeados principalmente de corresponsales alemanes, holandeses y chilenos. Llama bastante la atención que solo haya dos periodistas negros, uno de una radio y otro del *Sowetan*. ¿Cómo se entiende la ausencia de periodistas negros en las cuestiones relacionadas con la Comisión de la Verdad?

Durante la formalidad de las presentaciones, un alemán comenta:

—Pienso que Sudáfrica todavía está demasiado traumatizada para poder examinar su pasado. Ustedes todavía están tratando de entender si han sobrevivido, si la economía está intacta, si lograrán sobreponerse. —Con el tiempo, nos damos cuenta de que a los periodistas extranjeros les interesan únicamente las personas que van a solicitar la amnistía y si habrá entre ellas políticos conocidos.

El taller se centra en distintos temas: ¿Por qué se debe informar sobre las actividades de la Comisión? ¿Cómo se tratará de prevenir el cansancio emocional? ¿Cómo se pueden involucrar los observadores y los lectores? ¿Las noticias sobre los relatos que se escucharán durante las audiencias deberían publicarse en una página especial? ¿Los lectores no querrán saltarse esa página? ¿Cómo hacer para publicar en primera plana hechos del pasado? Ningún diario tiene recursos para contratar un periodista a tiempo completo para cubrir las audiencias de la Comisión, pero ¿la televisión pondrá en el aire las audiencias diarias para que los espectadores sigan el proceso desde su lugar de trabajo?

¿Cuál es la función de la radio, que tiene acceso a todos los grupos lingüísticos y a las comunidades pobres? ¿Qué decisiones se tomarán respecto del idioma? ¿Tienen los once idiomas oficiales el vocabulario necesario para expresar lo que se dirá en las audiencias? Un colega zulú pierde la compostura:

—¡Pero claro! Y si no, las palabras se inventan. —¿Inventarlas? El

colega proporciona una lista:

ESCUADRÓN DE LA MUERTE: *abasocongi* – retorcedores de cogotes

MASACRE: *isibhicongo* – destrucción total

asesino serial: *umbulali onequngu* – adicto a matar

POLÍTICA: *ezombusazwe* – asuntos de administración de la tierra

DERECHISTA: *untamo-lukhuni* – estirado

TERCERA FUERZA: *ingal'enoboya* – brazo peludo

EMBOSCADA: *lalela unyendale* – estar al acecho para ejecutar una mala acción

—¿Brazo peludo? —pregunto.

—En los operativos de la tercera fuerza —explica—, se decía que a veces se arremangaban mucho y el brazo era siempre peludo, lo que indica que el brazo era de un blanco.

Las conversaciones y las sesiones son ordenadas. Todo está bajo control.

A la tarde, hablamos de cómo se puede dejar de lado el propio pasado en la cobertura de las audiencias. El enviado del *Sowetan* se pone de pie y dice:

—La postura de mi diario es que como siempre ha publicado historias similares a las que se oirán en las audiencias de la Comisión, ahora no harán ningún cambio respecto de lo que se venía haciendo.

Willem Pretorius, del *Beeld*, está de pie.

—En el ejército, me ordenaron cortar los cables de Radio Freedom para sacarla del aire. ¿En qué me convierte esa acción? ¿Puedo o no puedo cubrir las actividades de la Comisión de la Verdad?

De pronto, se hace silencio. Tras un día de clisés periodísticos, finalmente, llegamos al meollo de la cuestión.

—Yo era periodista político en la vieja SABC. Era yo el que, en las notas con audio, tapaba la voz de, por ejemplo, el arzobispo Tutu, con una música siniestra —confiesa un antiguo periodista de la SABC que ahora trabaja en Estados Unidos—. Con el tiempo, me despidieron por mi ideología de izquierda... ¿Eso en qué posición me coloca?

Un editor de habla inglesa muy conocido se levanta dando un suspiro.

—Realmente —comenta con su afectado acento inglés—, esto no es necesario en lo más mínimo. Hemos trabajado durante años y años

para subir a los afrikáneres a bordo y ahora les toca a los editores negros... La experiencia me ha enseñado que este tipo de conversaciones no conducen a ningún lado. A ningún lado.

Alguien que está detrás de mí se para con dificultad. Es el viejo Hennie Serfontein, que toma el micrófono mientras la barba y las manos le tiemblan tanto que temo que le dé un infarto. Tartamudea y jadea al hablar:

—Acá, todos ponen su pasado sobre la mesa, pero su... su... ¡subir a bordo! —exclama—. Dios mío, *julle Engelse*... ¿a bordo de qué jodido barco? —Hennie lanza una serie de datos sobre la prensa inglesa: fechas, incidentes, cómo los editores cambiaban la información y manipulaban los titulares para favorecer la política de los nacionalistas. Tiene fechas, nombres de los editores blancos de habla inglesa y los empresarios que fueron a ver a P. W. Botha con un cheque en blanco y le dijeron: “Le daremos lo que usted quiera, pero proteja nuestros intereses”.

Algunos periodistas interrumpen para quejarse de que ellos ni siquiera habían nacido cuando sucedió eso; otros alientan con entusiasmo a Hennie. Un periodista negro se retira: otra vez la Guerra de los bóeres. El taller acaba en un caos. Solo en las pausas para beber y comer algo se restablece, en cierta medida, un cierto marco de respeto.

*

Mientras regreso del taller, no puedo dejar de pensar. Espero en un semáforo y veo a un grupo de trabajadores que protestan frente a una residencia geriátrica. La protesta fue noticia de tapa esta mañana. Uno de los trabajadores lleva una pancarta: “Fuera los judíos”.

¿Puede ser que una Comisión adhiera a una moral que nadie más respeta en este país?

Y luego está la idea de la verdad. Incluso de la verdad sin “v” mayúscula... Nadine Gordimer una vez le preguntó a un autor negro: “¿Por qué en sus novelas siempre aparece una mujer blanca sentada junto a una piscina? No somos todas así”. “Porque nosotros las vemos así”, contestó él. Gordimer admite que debe reconocer esa verdad.

Una mañana, en la época en que yo enseñaba en un profesorado para estudiantes negros, llegó un joven que se negó a entrar en mi clase porque, según él, el afrikáans era una lengua colonial.

—¿Y el inglés qué es? —le pregunté.

—El inglés nació en el corazón de África —replicó convencido—. Lo

trajo Umkhonto we Sizwe. —Esa era su verdad, y yo, como profesora, tenía que reconocer que su vida, sus opiniones, sus acciones estaban configuradas por esa verdad.

¿La Comisión sería sensible al significado de la palabra “verdad”?

Si su interés por la verdad se vincula solamente con la amnistía y el resarcimiento, la elección tendrá que ver con la justicia, no con la verdad. Si considera la verdad en todo el rango de percepciones, historias, mitos y experiencias personales, la elección estará ligada a la recuperación de la memoria y el surgimiento de una nueva humanidad, y quizá, de la justicia en su sentido más profundo.

*

De conformidad con la ley, el Presidente debe nombrar a los diecisiete eruditos, hombres y mujeres, que integrarán la Comisión y coordinarán su tarea con el gabinete. Los integrantes de la Comisión han de ser figuras prestigiosas de la comunidad y no deben tener un perfil político muy marcado.

Existen diversos tipos de procedimientos posibles, para cada uno de los cuales probablemente se propongan nombres distintos. Una opción es que el Presidente arme su propia lista y luego consulte al gabinete. Otra es que el Presidente y el gabinete recopilen una lista en conjunto, con el peligro evidente de que se inicie así una dura negociación política. La tercera opción es que los precandidatos sean designados por ONG, iglesias y partidos, y luego sean entrevistados públicamente por un tribunal. También, el Presidente y el gabinete podrían hacer la selección a partir de una lista de nominados. La ventaja de esta última opción es que la participación política sería mínima y disminuiría la probabilidad de nombrar a alguien cuya misión fuese oponerse a la tarea de la Comisión. Las audiencias públicas deberían reavivar el interés en la Comisión, que se fue extinguiendo a medida que la redacción del texto de la ley se transformó en una lucha política.

Finalmente, la elegida fue la tercera modalidad.

El Presidente designa un tribunal conformado por el profesor Fink Haysom, Jody Kollapen, Jayendra Naidoo, Baleka Kgositsile, la profesora Harriet Ngubane, el senador Rossier de Ville y el obispo Peter Storey.

La primera audiencia pública tiene lugar el 13 de noviembre en el Good Hope Centre de Ciudad del Cabo. Hay 46 nominados en la lista. Los que ocupan los primeros lugares son el profesor H. W. van der Merwe, Glenda Wildschut, Dominee Murray Coetzee y el arzobispo

Desmond Tutu.

Las preguntas respetan un patrón establecido. ¿Qué clase de persona debería formar parte de la Comisión? ¿Qué clase de contribución debería aportar el candidato al proceso de verdad y reconciliación? El obispo metodista Peter Storey, miembro del tribunal, quiere que participe alguien que haya pagado un precio por sus convicciones.

Pero pronto queda claro que el que lleva la voz cantante es el arzobispo Desmond Tutu.

—¿Cómo hay que dirigirse a usted? —pregunta la profesora Ngubane—. ¿No cree que usted intimidaría a la gente?... Yo misma no sé si tengo que decirle Su Alteza, obispo o padre...

—Llámeme como le parezca, siempre que no se dirija a mí como “Reverendísimo” —se ríe—. No creo que yo intimide a nadie; espero que la gente me considere una persona simpática.

¿Qué clase de personas le gustaría a él que integraran la Comisión?

—Personas que fueron víctimas. Las personas más predispuestas a perdonar con las que me he encontrado son las que sufrieron; es como si el sufrimiento les hubiera permitido abrirse a la empatía. Me refiero a los sanadores heridos. Un miembro de la Comisión debería encontrar su fuerza en la vida espiritual.

Le solicitan a Tutu que responda a un comentario del general Tienie Groenewald: “Yo me confieso ante Dios, no ante Tutu”.

—*Jong*, si uno se pelea con su esposa, no sirve que le pida perdón a Dios solamente. Debería pedirle disculpas a ella. El pasado no solo ha contaminado nuestra relación con Dios, sino también la relación entre las personas. Y hay que pedirles perdón a los representantes de las comunidades a las que se les ha hecho daño.

La mayoría de los candidatos tienen plena conciencia de que probablemente queden expuestos a presiones políticas y de que caminarán por la delgada línea que separa a las víctimas de los perpetradores. Van der Merwe afirma que el castigo es una parte inherente de los códigos morales y jurídicos de este país y que quizás habría que considerar el proceso transparente y abierto de la Comisión como una especie de método punitivo. Si Magnus Malan, nuestro ex ministro de Defensa, se siente humillado al ser sentenciado por una masacre cometida en KwaZulu-Natal, eso ya sería una forma de retribución.

A todas las mujeres se les pregunta si piensan que debería haber mujeres en la Comisión. A ningún hombre se le pregunta si cree que debería haber mujeres en la Comisión. A nadie le preguntan si piensa que debería haber hombres.

Glenda Wildschut señala que las personas que comparezcan ante la Comisión deben sentirse cómodas. Si una mujer se sienta frente a una Comisión integrada exclusivamente por hombres o un negro tiene que estar frente a un grupo formado exclusivamente por blancos, no se sentirán a gusto. La forma en que la Comisión conduzca las audiencias determinará si es aceptable para la mayoría.

Mary Burton dice que los que se beneficiaron del antiguo sistema solo estarán preparados para contribuir a las retribuciones si su corazón experimenta un cambio radical, y que eso solo puede suceder cuando se dispone de información sobre el pasado.

Hlengiwe Mkhize le recuerda al tribunal que la cultura africana posee sus propios rituales de reconciliación y que no es necesario depender solamente de la terminología cristiana de la confesión y el perdón. Otro candidato se refiere a la *ilala*, una hoja con cuya savia se fabrica el vino de palma. Cuando dos personas han discutido, se sientan una frente a la otra y extraen la savia de la planta mientras conversan. A medida que la hoja se va vaciando de líquido, la ira va desapareciendo del corazón. El mismo candidato habla del *obobeyse*, un ritual familiar que se practica junto a la cama del hospital donde acaba de fallecer un ser querido.

—¿Será usted capaz de sumar a los afrikáneres de derecha? —le consultan a Chris de Jager.

—No quiero que me convoquen a la Comisión como representante de los afrikáneres —replica De Jager—. Y si la actividad de esta Comisión se convierte en una caza de brujas, les aviso de antemano: soy un cazador patético.

Alex Boraine destaca la importancia de la eficiencia burocrática. Si los tres comités, el personal, la comunicación y la administración de los recursos económicos son ineficientes, la Comisión ni siquiera debe empezar a trabajar. No solo sería una vergüenza internacional, sino que las víctimas sufrirían una nueva decepción. La Comisión deberá abrirse camino en un territorio inexplorado. Boraine agrega que no conviene que haya en el organismo demasiados líderes religiosos, porque podría convertirse en una Comisión Eclesiástica.

Hay que tener cuidado con la noción de culpa colectiva, advierte el profesor Jaap du Randt. Hay que darse cuenta de que la desgracia ajena podría convertirse en nuestra propia desgracia, si no fuera por la bendición divina. La búsqueda de la verdad de unos puede ser una caza de brujas para otros.

Dada la enorme tarea que queda por hacer, está claro que la postura ambigua de Adam Small no le cae bien al tribunal. Small comenta:

—Tengo mis dudas. La Comisión de la Verdad no sirve para nada, solo para malgastar el dinero escuchando a una banda de sinvergüenzas. Solo la literatura puede hacer el milagro de la reconciliación.

Después de tres cuartos de hora escuchando frases de este tenor, Fink Haysom pregunta:

—Pero siendo tan crítico, ¿de verdad *quiere* participar en la Comisión?

—Si hay lugar en la Comisión para una voz independiente, crítica, tenaz y a veces molesta, entonces allí estaré, de corazón, pero no me pidan que no sea crítico —replica Adam Small.

La mayoría de los candidatos afirman que al principio no estaban de acuerdo con la Comisión, pero que cambiaron de idea con el juicio al comandante de Vlakplaas, Eugene de Kock. Se dieron cuenta de que una Comisión podría ofrecer más respuestas a más personas a menor costo y, tendría la ventaja adicional de pintar un panorama más completo del pasado.

*

El último de los cuarenta y seis candidatos es el reverendo Frank Chikane.

—La Comisión de la Verdad debería promover el arribo de una nueva moral en el país... Los que exigen condena judicial no tienen en cuenta la justicia más amplia de una nueva moral, una moral común, libre de colonialismo, opresión y codicia...

En ese momento, los buscapersonas de todos empiezan a vibrar con insistencia y al unísono. Presionamos los botones: “Fvr llamr edtr”. Manelisi abandona la sala para hacer la llamada. Cuando regresa, me pasa un papel con esta frase: “El editor dice que vayamos de inmediato a Pretoria para llegar puntuales a la cena con Mandela”.

Con todo, decidimos esperar el resultado de la indagación. Las entrevistas comenzaron hace tres semanas. A un aspirante a la Comisión le hacen la siguiente pregunta: “¿Qué haría si descubriera información sobre un hecho que involucrara a las más altas autoridades del Gobierno?”. La mayoría de los candidatos responde que la estabilidad del gobierno de Unidad Nacional es importante para la supervivencia de todos. La democracia sudafricana es joven y frágil. Toda información sensible ha de ser tratada con cuidado.

Pero tenemos que irnos. Apagamos los dispositivos. Juntamos todo el equipo en el borde de la mesa. Notamos que Chikane sigue con la

mirada el *pas de deux* de los dos micrófonos que dejamos caer en el regazo. Guardamos todo. Enrollamos varios metros de cable. Los buscapersonas nos reclaman: “A Prtria YA”.

Manelisi me hace una seña. Ahí viene. El resultado de la indagación. Chikane acota:

—Creo, sin duda, que toda la información debe recibir el mismo tratamiento. Sea que toque a los árboles más altos o a los arbustos más humildes. Si tratamos de distinto modo la información sobre políticos importantes y la vinculada con la gente común, establecemos una injusticia tan dañina como la anterior.

Nos vamos. Afuera está Johannesburgo. Es viernes. Son las cinco de la tarde. Lluve.

Enviamos los informes desde el auto. Las ventanillas están empañadas. Manejamos. Trabajamos. Suena el celular. Lllaman desde Radio Tswana. Con el pie en el acelerador y el freno, Manelisi contesta las preguntas que le hacen sobre la futura Comisión de la Verdad. Yo le sostengo el volante. Esquivamos a los otros autos en una experiencia simbiótica. Cuando pasamos cerca de alguno, la maniobra se manifiesta a través del cambio en la entonación de Manelisi:

—El candidato dijo que la Comisión debería traer una... (*de pronto, su voz se acelera*) nnuueeva (*giro del volante*) moral. —Quitamos el vaho de los vidrios con hojas llenas de notas o con las medias.

Entretanto, yo hablo con Radio Lotus, de Durban, y después con PM Live en SAFM. Abrimos las ventanillas. Nos empapamos. Manejamos. Trabajamos.

Suena el celular.

—Te escuché por la radio —me advierte la jefa—. ¿Dónde carajo están? Los estamos esperando en la entrada de la Casa de Gobierno.

Le paso el teléfono a Manelisi. Yo hago los cambios; él da las explicaciones.

—No sé. Está lloviendo y no se ve nada, pero ya debemos estar cerca de Pretoria.

Hacemos cálculos. Son las seis menos diez. Manelisi todavía tiene que plancharse la camisa. No vamos a llegar.

Llaman de Radio Xhosa; los de Radio Lesedi esperan en línea. Vemos un accidente... Se oyen sirenas y las balizas brillan en el pavimento mojado. Mientras la fila de autos avanza lentamente, me ocupo de la palanca de cambios. Manelisi se desliza hacia el costado por debajo de mi brazo y yo quedo al mando, con el pie en el acelerador. Estamos empapados por la transpiración y la lluvia... Ahí está el monumento en honor a los *voortrekkers*... la Universidad de

Sudáfrica...

Ya son las seis. El celular suena otra vez.

—Estamos en Kerkstraat —anuncio.

—Bueno, nosotros estamos en la escalinata. Parks nos está esperando. Ya entramos... No se cambien de ropa, vengan así como están, para que a las seis y diez podamos estar todos sentados.

Parecía imposible, pero aquí estamos frente a la entrada de la residencia oficial del presidente Mandela, “la casa cuyo nombre los blancos no recuerdan”. El guardia ordena que nos detengamos. Abrimos la ventanilla y le explicamos quiénes somos en cuatro idiomas distintos. Nos deja pasar. Avanzamos rápidamente en dirección a la casa por senderos mojados y frenamos con precisión en el último lugar libre para estacionar. Salimos del auto de un salto. Abrimos el baúl y recogemos la ropa. Abro la puerta trasera y, bajo la intensa lluvia, me desabrocho el cinturón. Manelisi se está sacando la remera por la cabeza cuando alguien le grita:

—Espere... ¡ESPERE! No se puede desvestir acá. —Era el guardia—. El estacionamiento se ve desde toda la casa. Por favor, aléjese un poco por el jardín.

Recogemos la ropa y nos bajamos unos escalones que llevan al jardín húmedo, oscuro y lleno de barro. Nuestros buscapersonas se vuelven locos.

—Tenemos que idear una estrategia —propone Manelisi.

Está oscureciendo y ahora cae una llovizna ligera. El suelo está lleno de charcos de agua y barro. Me quito las zapatillas y el vaquero sin soltar la ropa que me voy a poner. Dejo en el suelo las prendas que me quito. Manelisi hace lo mismo. Me pongo medias y zapatos, y cuando me estoy enjuagando las axilas con el agua que cae de las hojas, escuchamos voces. La luz de una linterna ilumina los calzoncillos rojos de Manelisi, que se inclina levemente hacia delante y sacude la camisa. A continuación, silencio absoluto. Manelisi lo rompe a viva voz. Como si él fuese el presidente, agita las manos en señal de fastidio.

—¡Por favor, muchachos! Nos estamos vistiendo. ¡Respeten nuestra privacidad!

Dicho esto, los guardias, obedientes, apagan la linterna, dan media vuelta y se van. Son las 6 y 9 minutos. Subimos corriendo la escalera que lleva a “Mahlabandlopvu” y nos metemos en la fila a tiempo para saludar al Presidente. Nuestra jefa está feliz.

—¡Qué bueno que hayan llegado! —nos dice, mientras me alcanza un pañuelo de papel con el que seco los anteojos y le pregunta al

portero si Manelisi puede salirse un minuto de la fila para quitarse el barro de los zapatos.

*

En noviembre, el Presidente recibe una lista con 25 nombres. La lista genera muchas especulaciones entre bambalinas. Se dice que, salvo un par de excepciones, de las personas dedicadas a tareas vinculadas con los derechos humanos, las de mayor prestigio ya fueron incorporadas al gobierno del CNA y sus distintas dependencias.

Muchos de los nombres que integran la lista son desconocidos para la mayoría de los sudafricanos. Algunos seguirán siéndolo hasta el final del proceso.

Pero antes de tener la lista definitiva, el tribunal y el Presidente deben aclarar varias cuestiones. ¿Una víctima de violaciones graves de derechos humanos puede formar parte de la Comisión? ¿Y alguien como el padre Michael Lapsley? ¿Una persona que ha perdido las dos manos en una explosión puede ser completamente imparcial? ¿Las víctimas negras se sentirán identificadas con las víctimas blancas? Y además, ¿las personas de la lista deben ser representativas de cierta moral o de un género, una política, una raza, una provincia, una lengua, etcétera? Dicho de otro modo, ¿qué afrikáneres tienen que formar parte de la Comisión?: ¿los que pagaron un precio en el pasado por haberse opuesto al apartheid o los que hoy pueden obtener apoyo del Partido Nacional y de los simpatizantes de la derecha? ¿Cómo puede un afrikáner que era de derecha tomar decisiones morales que afectan a personas con las que compartía ideología?

¿Qué personas negras van a integrar la Comisión? ¿Cómo distinguir entre las que se involucraron en la lucha porque se oponían al inhumano sistema del apartheid y las que lo hicieron porque querían las mismas comodidades que los blancos? ¿Cuántos negros tendrán la valentía de adoptar una postura crítica respecto del nuevo Gobierno? ¿Los musulmanes y los hindúes también deberían estar representados? ¿Y los malayos del Cabo?

Es difícil saber con exactitud en qué estaba pensando el tribunal cuando elaboró la lista de candidatos. Dos nuevos nombres, sin embargo, revelan para dónde sopla el viento. El reverendo Khoza Mgojo fue añadido para que la Provincia de KwaZulu-Natal estuviera mejor representada. El abogado Denzil Potgieter, para apaciguar el evidente descontento por la escasez de gente de color en la lista. ¿Pero Glenda Wildschut? Es de color, ¿no es así? Sí, sí, pero todos están de

acuerdo en que “gente” quiere decir “hombres”.

El resto de los que aparecen en la lista son bastante predecibles. Los afrikáneres son Wynand Malan y el abogado Chris de Jager. Los de habla inglesa son Alex Boraine, Mary Burton, Wendy Orr y Richard Lyster. Y los miembros de la comunidad india son el doctor Faizel Randera y Yasmin Sooka. Los integrantes negros de la Comisión se dividen en dos grupos: los que luego serían conocidos como el Nguni Bloc o el Black Caucus (Dumisa Ntsebeza y Bongani Finca) y las mujeres, Mapule Ramashala, Hlengiwe Mkhize y Sisi Khampepe.

Este es el equipo de Tutu.

No tienen nada para empezar. Ni sillas, ni teléfono, ni presupuesto. Solo una ley.

La velocidad con que la Comisión se pone en movimiento es motivo de envidia. Según un vocero del Gobierno, “La Comisión de la Verdad es la ideal para todos. En un par de meses armó cuatro oficinas; su comunicación interna es increíblemente dinámica; sus productos de divulgación son mejores que el manual más perfecto; no deja que nada interrumpa su actividad: ni la burocracia, ni el Gobierno, ni los partidos políticos. Todos saben que financieramente hablando cuenta con lo justo. No tiene autorización para comprar bebidas alcohólicas. Sus integrantes trabajan por contrato. Evalúan su propia tarea y la de su personal. La Comisión es un ejemplo de cómo se *pueden* hacer las cosas.

Por sugerencia del arzobispo Tutu, los miembros de la Comisión se reúnen a fines de enero de 1996 en un retiro dirigido por el padre Francis Cull, consejero espiritual de Tutu.

—Tenemos por delante una tarea muy difícil. Ustedes fueron convocados para hacer algo de alcance nacional y, por supuesto, uno no se siente capacitado para realizar un trabajo tan inmenso como este—dice Cull. Explica que no se permitirá que los integrantes de la Comisión hablen durante el retiro, ni siquiera durante las comidas—. En términos militares, un retiro es como una retirada cuya finalidad es que el pelotón se reagrupe y recupere fuerza. En términos religiosos, es ir a un lugar donde imperan la soledad y el silencio, donde uno puede estar en paz y reconciliarse con su camino interior. Un lugar para meditar y concentrarse en los recursos personales de cada uno y en la tarea que tiene por delante.

Por el lujoso distrito de Bishopscourt, sigo las indicaciones para llegar a la casa del arzobispo, para la primera sesión de fotos de la Comisión de la Verdad. Aunque un cronista de radio no tiene mucho para aportar en una sesión de fotos, la oportunidad de conocer la residencia oficial de un arzobispo es demasiado buena para no aprovecharla. Los guardias obstruyen el paso; hay perros; nos piden documentos porque algunos miembros de la Comisión ya recibieron las primeras amenazas de muerte.

Pero al avanzar por el sendero del jardín, flanqueado por hortensias que llegan a la altura de los hombros, advierto una especie de transición, de transformación, en la que los pobres ocupan el mundo de los ricos. En la propiedad, abunda la vegetación. Es evidente que todo fue plantado hace mucho tiempo. No hay jardines elegantes ni grandes extensiones de césped; un poco de poda por aquí, otro por allí y ya está. A continuación, hay un patio que precede a la casa principal, los despachos y otros edificios. Tres niños que chapotean en una fuente con agua por la mitad dejan en claro que hay varias familias que habitan las viviendas externas de la enorme propiedad.

A los periodistas nos conducen al comedor. Hay una mesa gigante decorada y rodeada de sillas de madera tallada. En la pared hay un tapiz que cuelga torcido, tejido con amor para el arzobispo por las mujeres de Boitumelo. En el estudio hay bibliotecas de madera que llegan hasta el techo, con estantes y estantes ocupados por libros con cubierta de cuero. En otros estantes hay pilas de distintas revistas, panfletos religiosos y volúmenes de teología que solo pueden provenir de imprentas locales. Se aprecia un conjunto de retratos en marcos dorados de arzobispos anteriores, de cara rechoncha y tez rosada, junto a los regalos artesanales y fotos de mala calidad, testimonio de la vida del primer arzobispo negro, una vida dedicada a servir a personas que alguna vez fueron olvidadas y que hoy se sienten eternamente agradecidas. Apoyada en la pared, hay una cruz hecha a mano con una figura de Jesús que se parece más a una persona que ha presentado una solicitud de amnistía que a una víctima.

Mientras esperamos, un colega nos cuenta su historia. Cuando Tutu fue a oficiarse a Namaqualand, nos dice, hacía mucho calor, como todos los domingos. Y cuando terminó el servicio religioso, el arzobispo fue a recostarse bajo el árbol de la casa de su abuela, un árbol muy frondoso, que da buena sombra. Y los días posteriores, nadie hablaba de otra cosa que de ese hombre santo... el elegido del Señor... el que descansa a la sombra de un árbol como cualquier persona común y

corriente.

Se abre la puerta e ingresan los 17 miembros de la Comisión. Los enviados de los medios de comunicación enloquecen. Hay ruidos y luces de *flash*. Los fotógrafos se empujan, los camarógrafos dan indicaciones para que la gente no aparezca amontonada. Alguien se tropieza con mi equipo de grabación, que suena como si se hubiera roto: “clap”. Los integrantes de la Comisión todavía no terminaron de sentarse cuando un periodista lanza la pregunta:

—¿En qué fecha tendrá lugar la primera audiencia?

Pero ellos están en otra cosa. Muy concentrados, los miembros de la Comisión se sientan y Tutu se inclina y comienza a rezar: “... que nos dé la fuerza para escuchar la tenue voz de los abandonados, la súplica de los que tienen miedo, la angustia de los que han perdido la esperanza”. En la primera reunión, los integrantes de la Comisión parecían tímidos o demasiado pagados de sí mismos; ahora, hay un propósito en su forma de comportarse que de pronto no tiene nada que ver con la religión ni con la representación de un grupo determinado.

El evento de hoy es una ocasión para hacer fotos únicamente, dice Tutu, porque los diarios nos comunicaron que querían tener retratos de todos los integrantes de la Comisión. Cuando tengan las fotos, pueden retirarse.

*

A solo dos semanas de las primeras audiencias, la ley sobre la Comisión de la Verdad es objeto de cuestionamientos con fundamentos constitucionales. A principios de mes, el comisario general de la Policía Johan van der Merwe manifestó que negar una amnistía sería inconstitucional. La Constitución provisional estipula con claridad que se concederán amnistías. Los familiares de Steve Biko, Griffiths y Victoria Mxenge no tardan en salir al cruce. Según ellos, la amnistía privaría a los ciudadanos comunes del derecho a interponer una demanda civil. Durante los primeros meses, la Comisión debe presentarse con regularidad ante los tribunales para dar explicaciones sobre ciertos aspectos de la legislación.

El vicepresidente Alex Boraine explica en conferencia de prensa que la Comisión encontró resistencia desde el primer día, principalmente de parte de la derecha. El director de la Unidad de Investigación, Dumisa Ntsebeza, dice que la muerte de Steve Biko ocurrió hace casi 20 años y que no fue la Comisión la que impidió que su familia

acudiera a la Justicia. Más aún, la familia de Biko aceptó un arreglo extrajudicial por el cual recibió 65.000 rands. Según Tutu, todos los relatos relacionados con la Comisión son importantes y las familias tienen derecho a pedir justicia. Pero la tarea de la Comisión es mucho más significativa, pues consiste en “escuchar a las víctimas anónimas – a los que siempre fueron ignorados por las autoridades o los medios de comunicación– y proporcionarles un foro para que expongan sus experiencias”.

De pronto, parece que todos piensan que la idea de la amnistía es repugnante. Y a Tutu le toca explicar que “Nosotros no decidimos que se implementara la amnistía. Fueron los partidos políticos. La amnistía fue la que hizo posible nuestra elección. La cláusula sobre la amnistía fue añadida a primera hora de la mañana tras toda una noche de negociaciones. El agregado fue en la última frase, que dispone que se otorgará amnistía por medio de un proceso de reconciliación. Y no fue sino hasta que se incluyó esa disposición que los bóeres rubricaron las negociaciones y abrieron la puerta a nuestra elección”. Tutu repite esta explicación en todos los idiomas que sabe.

En la opinión de Johnny de Lange, la ley fue objeto de un exhaustivo análisis por parte de expertos constitucionalistas, y él no duda de que se atiene completamente a la Constitución.

Mientras tanto, la familia Mxengue anuncia que va a entablar una demanda por asesinato por un millón de rands contra el policía de seguridad Dirk Coetzee. El policía declara:

—Hace seis años que estoy en el país. Es extraño que en todos esos años no me hayan demandado, pero ahora el hecho de que yo haya solicitado la amnistía es un problema para ellos. Y eso que estaba dispuesto a presentarme como testigo suyo en 1992 en una causa civil contra el antiguo Gobierno.

—¿Usted tiene un millón de rands? —le pregunto.

—No. Ni un millón de rands ni un millón de centavos. Nada... Lo perdí todo. Vivo en una casa alquilada, con muebles que me dieron mis padres, y el auto que uso es de mi suegra.

*

¿Una Comisión de la Verdad? Mucho antes de que tomara forma en el Parlamento, la idea se analizó en dos conferencias organizadas por el doctor Alex Boraine. La primera se celebró en el Hotel Lord Charles Somerset, en Strand, a principios de 1994. Con total escepticismo, me senté al fondo de la sala. Las únicas imágenes de rectitud a las que

tuve que recurrir para formarme una opinión fueron las de los juicios celebrados en otro país a ancianos alemanes enfermos de cáncer y con dificultades para caminar. ¿Qué consecuencias tendría la imagen de P. W. Botha esposado, sin su sombrero, sin alzar el dedo índice y condenado a pasar un largo período en prisión, sino el asombro porque alguien pudiera pensar que esa imagen era una prueba definitiva de que se había hecho justicia?

Pero enseguida siento vergüenza. No dudo de que tiene que haber castigo para los crímenes de lesa humanidad.

El abogado y activista chileno José Zalaquett, que participó en la Comisión de la Verdad de Chile, logró convencerme exactamente en siete minutos y medio. Los juicios de Nuremberg y Tokio tuvieron los resultados que tuvieron únicamente porque los culpables perdieron el poder político y las armas. Su derrota fue completa y los vencedores tuvieron que luchar nada más que contra su propia noción de justicia. Pero en Chile, al igual que en Sudáfrica, el régimen depuesto no quedó excluido del nuevo Gobierno y retuvo el poder suficiente tanto para obstruir la investigación de abusos como para iniciar una guerra civil.

Los puristas ideológicos, asegura Zalaquett –cuyas frases pueden tomarse como máximas–, sostienen que es preferible el sufrimiento prolongado bajo una tiranía cuando se albergan esperanzas de una salida política más pura al progreso facilitado por concesiones desprolijas.

No se puede esperar que los políticos tengan moral, pero sí se los puede someter a la ética de la rendición de cuentas.

Una política cuya finalidad es que la situación cambie ha de prevenir que se repitan los abusos del pasado y debe ofrecer reparaciones por lo sucedido siempre que sea posible.

A veces, es necesario optar entre la verdad y la justicia. En la opinión de Zalaquett, habría que optar por la verdad. La verdad no devuelve a los muertos, pero los libera del olvido.

Una comunidad no debe deshacerse de parte de su pasado, porque así deja un vacío que será ocupado por mentiras e historias contradictorias y confusas.

Los perpetradores deben reconocer los delitos que han cometido. ¿Por qué? Porque así se genera un punto de partida común. Para romper definitivamente con el pasado, es necesario levantar un estandarte moral entre el pasado y el futuro.

“La lección más importante que nos enseñó la lucha es que nadie posee una valentía extraordinaria, sino que la valentía es otra forma de denominar el hecho de aprender a convivir con los propios

temores. Después de dieciocho años y con la experiencia de la Comisión de la Verdad de Chile, ahora ‘valentía’ pasó a definirse como tener el coraje para no rendirse ante la justicia fácil. Vivir en los confines de la realidad y, aun así, perseguir día tras día la supremacía de los valores más preciados. Sin piedad. De manera responsable”.

La identidad se nutre de la memoria, continúa Zalaquett. Las identidades que se forjan a partir de hechos que se recuerdan por la mitad o de la falsa memoria son proclives a la transgresión.

Dimitrina Petrova, de Bulgaria, opina que la revolución siempre ha consistido en un intento por liberarse de la elite. “Como intelectuales, nos negamos a tocar los archivos de la policía de seguridad búlgara. Ni siquiera se elaboraron con la lógica pedante de los alemanes. En ellos, solo quedaba en evidencia la superficialidad, el desgano y la insignificancia de quienes los redactaron. En esos archivos no se encuentra la historia grande de Bulgaria”.

Todos están entusiasmados con la presencia del historiador polaco Adam Mischnik, que cita a Jürgen Habermas: No existe la culpa colectiva. Los culpables tienen que responder individualmente. Sin embargo, sí existe la responsabilidad colectiva por el contexto psicológico y cultural que permite que se cometan crímenes contra la humanidad. Es necesario saber que las tradiciones son ambivalentes y que se debe ser crítico con ellas y claro acerca de cuáles merecen respetarse. Las violaciones cometidas en Alemania deben producir el efecto de que existe una desconfianza específica de los contextos culturales y la tradición alemanas. Como Alemania, Sudáfrica tendrá que cuestionar constantemente su propia mentalidad, algo que no es necesario hacer con tanta frecuencia en sociedades con una cultura democrática más sólida.

—Aquí, en Sudáfrica, la reconciliación se consigue con una pistola en la cabeza. Se opta por la negociación cuando se elige la lógica de la paz. Pero en el momento en que uno se levanta de la mesa de negociaciones, tiene que defender a su antiguo enemigo, que, a partir de ese momento, pasa a ser un socio. Se convierte en una carga política y moral —advierte Mischnik y agrega—: Si lo que uno busca es un chivo expiatorio y lo encuentra y lo transforma en un demonio... entonces uno pasa a ser un ángel...

—... Y ahí es cuando uno se despierta... aturdido —trata de adivinar el intérprete.

Mischnik asiente con la cabeza.

Kader Asmal cita a Alexander Solzhenitsyn:

—Cuando no nos ocupamos de las violaciones de derechos humanos

cometidas en el pasado, no solo protegemos algo tan banal como la vejez de los perpetradores, sino que también desmantelamos los cimientos de la justicia para las generaciones venideras.

Primeras audiencias

La tensión se aprecia en los rostros y los gestos de todos los integrantes de la Comisión. El arzobispo Tutu no deja de frotarse la mano derecha. Hay mucho hombro rígido. Las expresiones de la cara y las ojeras son signo de cansancio bajo las dos banderas de Sudáfrica y los carteles de la Comisión de la Verdad. En la sede de la municipalidad de East London no cabe un alfiler. En las galerías, las personas se sientan hasta en los escalones.

El arzobispo comenta que la noche anterior sintió mariposas en el estómago.

—Supimos desde un principio que la Comisión podía ser un tremendo fracaso. Pero esta primera audiencia con las víctimas va a decidir la gloria o la ruina de la Comisión.

—¿Cuáles son sus principales temores?

—Temo a las cosas más triviales —responde, con una risa nerviosa—; por ejemplo, que no funcionen los micrófonos, que haya incidentes en la seguridad... y a las más terribles, como que no se presenten las víctimas o que se desate la violencia.

Bongani Finca, de la Comisión, comienza cantando el conocido himno xhosa *Lizalise idinga lakho*. “El perdón de los pecados vuelve íntegras a a las personas”. Mientras suena la canción, las víctimas ingresan a la sala y ocupan sus asientos en la primera fila. El ritual los separa físicamente del resto del público.

El arzobispo Tutu reza una oración. Sin embargo, algo atípico en él, parece como si estuviese leyendo:

—Anhelamos dejar atrás el dolor y la división que impuso el apartheid junto con toda la violencia que, en su nombre, asoló nuestras comunidades. Por eso, te pedimos que bendigas esta Comisión de la Verdad y la Reconciliación con Tu sabiduría y que nos guíes a lo largo del camino que conduce a sanar las heridas del alma y del cuerpo de quienes han padecido tanto sufrimiento.

Todos permanecen de pie con la cabeza gacha mientras oyen

mencionar los nombres de los muertos y los desaparecidos cuyos casos se tratarán hoy. Alguien enciende una gran vela blanca con una cruz roja. Luego, todos los miembros de la Comisión se acercan a las víctimas, las saludan y les dan la bienvenida. El público, entretanto, permanece de pie.

En la sala de prensa, los periodistas apenas nos enteramos de esta consagración de la sala. Los esfuerzos por sintonizar los monitores, establecer una recepción de audio clara y configurar las computadoras portátiles se acompañan de gritos frenéticos. A los enviados de las distintas radios nos asignaron un pequeño espacio separado del resto. Nuestro equipo está formado por colegas que se han incorporado recientemente, pues tenemos que cubrir las audiencias en los once idiomas oficiales. La sesión de hoy se transmitirá en vivo, previa disertación de una hora sobre el significado de la ley, los orígenes de la amnistía, la labor de la Comisión y una entrevista al ministro de Justicia, que aprobó la ley. En una zona especial, los cronistas extranjeros reciben información sobre la historia de la Provincia Oriental del Cabo, sobre cómo se pronuncian Qaqawuli y Mxenge, quiénes fueron los “Cuatro de Cradock” y los “Tres de Pebco”. Toman nota como posesos. Los periodistas nacionales los observamos a la distancia.

*

Controlar la fuerza de la palabra a través de su blando cráneo desnudo

Querida, no te mueras. ¡No te atrevas a morirme! Yo, que sigo viva, te arropo con palabras para que el futuro te herede. Te rescato de la muerte del olvido. Cuento tu historia, completa, hasta el final; vos, que una vez suspiraste a mi lado en la oscuridad.

—Cuando abrí la puerta... vi a mi camarada y mejor amiga. Estaba en el umbral gritando: “¡Mi hijo! ¡Nomzano está en la casa!”... La miré... mi bella amiga... Tenía fuego en el pelo y el pecho parecía un horno... Murió al día siguiente. Yo rescaté a la bebé de la casa en llamas... Cuando la llevé al pasto, su piel se me quedó pegada en la mano. Hoy, ella está aquí conmigo.

—Intenté ver a mi hijo. Cuando el hombre estaba a punto de abrir la camioneta de la policía desde la parte de atrás, oí gritos: “No, no le muestres... *hou die meid daar weg* [¡saquen a esa negrita de ahí!]”.

Pero pude verlo. Abrí una cortina verde y vi a... mi hijo... dormido entre los neumáticos... y le salía espuma por la boca y... ya estaba muerto... Después lo sacaron y lo tiraron al suelo... Lo miré... Se estaba muriendo... y no me dejaron sujetarlo... y se me cayó una llave... Ahí, me preguntaron “¿Qué es eso? ¿Qué fue eso?” Y les dije: “La llave de mi casa”.

—Lo que tengo aquí dentro... se me traba la lengua. Es... no lo puedo explicar. Destruye... las palabras. Antes de matarlo, le cortaron las manos para que no se lo pudiera identificar... ¿Cómo lo digo? Es terrible... quiero que me devuelvan sus manos.

—Era domingo. Y hacía frío. Entró en la cocina. “¿Me preparás una sopa de arvejas?”. “Es domingo, *jong*. Quiero hacer algo especial”, le contesté. Pero él quería sopa de arvejas. Me estaba vistiendo para ir a la iglesia cuando oímos un ruido. Los chicos venían caminando por la calle. Nosotros estábamos en el dormitorio, sin hablar. No nos movimos. Rodearon la casa y gritaron: “Muerte al espía. Muerte al espía”. Tiraron piedras por la ventana. Cuando se fueron, él me dijo: “No llores, Nontuthuzelo. Las personas se mueren solamente una vez, no muchas veces. No sé adónde vamos a ir a parar. Vamos a preparar la sopa”. Fuimos a la cocina y pusimos las arvejas en la olla. Después un conocido llamó a la puerta y nos avisó que los camaradas le estaban prendiendo fuego a nuestra tienda. “Vuelvo a almorzar”, me dijo. Después me contaron todo. Mi marido fue a la tienda sin mirar atrás... Desde la multitud, alguien le disparó por la espalda... Después me contaron que Craig Kotze había dicho que mi marido fue el que había traicionado a Steve Biko.

—Los policías agarraron dos sillas y me arrastraron hasta la ventana. Después me dijeron que ya podía saltar... Me negué... Me alzaron tomándome de los hombros y me empujaron. Me sostenían con el cuerpo fuera de la ventana, cabeza abajo, sujetándome cada uno de un tobillo. Lo único que veía era el cemento de la vereda, tres pisos más abajo. De pronto, uno de los policías me soltó un pie. Después, el segundo policía soltó el pie que él estaba sosteniendo y el primero volvió a agarrar el que le tocaba a él. Era su forma de jugar conmigo. Y cada vez, yo pensaba: “Dios mío, me llegó la hora”.

—Me sujetaban... Me pedían que no entrara. Logré escabullirme y entré... Vi a Bheki... estaba descuartizado... colgado y descuartizado... Estaba todo... había pedazos de su cuerpo y los sesos estaban todos desparramados... Ese fue el final de Bheki.

—Un día, estando detenido en Caledon Square, oí un ruido fuerte. Eran policías festejando. Decían: “¡Atrapamos a Looksmart!”. Yo

estaba en mi celda y vi que dos policías subían a Looksmart arrastrándolo por una escalera. Le iban pegando. Le habían arrancado la barba de un lado de la cara. Sangraba mucho por la boca. Dos días después lo volvieron a llevar con las manos esposadas en la espalda. Fue la última vez que vi a Looksmart Ngudle.

—Y el hombre que iba al lado del conductor de la ambulancia... tenía el intestino de mi hijo en las manos. Literalmente, tenía en las manos el intestino de mi hijo y lo llevó hasta la ambulancia.

—Después de la masacre de Queenstown tuve que ir a la morgue a identificar a mi hijo. Esperamos enfrente... Por la puerta salía un río de sangre negra y densa que cubría la rejilla de la calle y no dejaba que el líquido escurriera... El olor que emanaba de adentro era insoportable... Los cuerpos estaban todos apilados... La sangre de mi hijo ya era de color verde.

—El hombre blanco con el pañuelo rojo fue el que disparó al baño exterior donde se escondía Sonnyboy... Yo estaba en la cocina y lo vi arrastrando a mi hijo. Sonnyboy ya estaba muerto. El hombre lo llevaba de las piernas, como a un perro. Lo vi cuando cavaba el hoyo y metía los sesos de Sonnyboy y tapaba el agujero con las botas. El sol brillaba, pero el cielo se puso negro cuando lo vi ahí en el suelo. Es un dolor permanente. Nunca se me irá del corazón. Vuelve siempre. Me carcome. Sonnyboy, hijo, descansa en paz... Acabo de traerte del mundo de los muertos con estas palabras.

—Les pedí que me mostraran la marca de la barbilla para poder reconocer a mi hijo. Me la mostraron y entonces les dije: “No es él”.

—Cuando Fuzile no regresó a casa esa noche, salí a buscarlo. Me enoja, de verdad. Le habían disparado y nadie me avisó. Lo busqué por todos lados y nadie me dijo que mi hijo estaba en la morgue... Después me devolvieron su ropa. La remera parecía que se la habían comido las ratas.

—Como ella tenía un bebé, la policía dijo que el bebé podía mamar de la madre muerta.

—Barnard era un tipo temerario... el policía que no pudimos matar. Siempre iba en un Valiant rojo y usaba un pañuelo rojo. El Rambo del Cabo Occidental, según él mismo se definía. Siempre que veíamos venir el auto junto a los Casspir amarillos pensábamos: “Hoy va a morir alguno”. Nunca nos vamos a olvidar del hombre del pañuelo rojo que asesinó a nuestros hijos.

—Lo último que vi fue a Barnard de pie junto al auto. Hablaba en xhosa como un xhosa. Apuntó el arma; me apuntó a mí. Sentí que algo me golpeaba la cara. Me picaban los ojos. Me restregué los párpados y

grité pidiendo ayuda. Desde ese día estoy ciego... no tengo trabajo... estoy solo y no tengo donde vivir. Pero hoy siento como si hubiera recuperado un poco la visión.

—Oí disparos... corrí... me resbalé y me caí al piso... me arrastré hasta la puerta... Mi hijo estaba sentado en los escalones... sosteniendo la cara de su padre. Estaba todo ensangrentado... No paraba de llorar. “Papá, decime algo...”. Hoy tiene 21 años y sus gritos siguen despertándome todas las noches: “Limpien la sangre... la sangre de la cara de mi padre”.

—Esa mañana hice algo que nunca había hecho. Mi marido estaba ocupado con la contabilidad de su negocio. Fui a buscarlo y me quedé de pie detrás de su silla. Le hice cosquillas debajo de los brazos... Se sorprendió. Parecía contento. “¿Y ahora?”, me preguntó. “Voy a preparar un té”, le respondí.

»Estaba echando agua caliente sobre los saquitos de té que había puesto en las tazas cuando oí un ruido ensordecedor. Seis hombres irrumpieron en su despacho y le volaron la cabeza. Mi hija de cinco años lo vio todo... Esa Navidad, encontré una carta sobre su escritorio: “Querido Papá Noel, por favor, traeme un oso de peluche con ojos buenos... Mi papá está muerto. Si lo tuviera acá, no te pediría nada”. La puse pupila en un colegio. El día que la llevé, pinché un neumático. “¿Ves? —me dijo— papá no quiere que me mandes pupila... quiere que me quede con vos... Yo vi cuando se murió, así que tengo que estar con vos cuando te mueras...”. Hoy ya es adolescente. Tuvo dos intentos de suicidio.

*

En el principio fue solo ver. Ver durante siglos y llenar la cabeza de ceniza. No había aire. No había zarcillos. Ahora, además de lo que se ve, está lo que se dice, y la mirada se sumerge en la boca. Presencio el nacimiento del lenguaje de este país.

Y nos arrasa. Como un incendio. O una inundación. La palabra adecuada no es “lágrimas”. Es agua que corre por las mejillas y no nos deja escribir. Ni pensar.

*

—Deberíamos sentirnos tremendamente consternados por lo que acabamos de escuchar, pero vamos a terminar pronto para dar la espalda a este horrible pasado y decir: “La vida es para vivirla”.

Sra. Gobodo-Madikizela.— Baba nos hablará de lo que él afirma que ha hecho el hombre al que se conoce como el Rambo de la Península: el oficial de apellido Barnard, de la policía. Buenos días, le voy a explicar la disposición de la sala. A la derecha, están todos los presentes, que son aproximadamente unas doscientas o doscientas cincuenta personas. Ahora usted se encuentra en el estrado. Y nuestras pequeñas mesas están dispuestas formando una especie de herradura. En el medio de la herradura, el arzobispo Tutu. Junto a él, el doctor Boraine, y yo estoy en la punta de la herradura. Estoy sentada frente a usted, cara a cara. Ahora vamos a hablar usted y yo, Baba. ¿Podría decirnos qué pasó el día del incidente? Explíquenos, por favor.

Sr. Sikwepere.— Me enteré de que nos venían a atacar. Salí corriendo. Estábamos en un lugar entre Crossroads y KTC. Estábamos ahí cuando se nos acerca una camioneta blanca. Barnard iba al volante. Pasa junto a nosotros y nos ordena que desalojemos la zona en cinco minutos. Y los que estábamos ahí nos preguntamos por qué nos pedía que nos dispersáramos si éramos pocos, unas veinte o veinticinco personas.

»Quise saber cómo reaccionaría ese hombre blanco. Cuando noté que la camioneta se había detenido, me acerqué. Estuve parado unos dos minutos junto a la ventanilla... y el tipo blanco abre la puerta y saca el arma. Entonces yo quise saber qué pasaba del otro lado del vehículo. Traté de espiar y lo miré a los ojos, directo a los ojos. Yo lo estaba mirando y en ese momento alguien le pregunta: “¿Por qué nos tenemos que dispersar?”.

»El blanco nos dijo en afrikáans: “Te la estás buscando. Te voy a disparar”. Yo no podía creer lo que estaba escuchando. En afrikáans: *Ek gaan jou kry*. Entonces yo quise saber por qué me hablaba así... En ese momento, vi que algunos rodeaban la camioneta y pensé: “¿De dónde salieron estos?”.

»En ese momento oí un ruido fuerte, como de una piedra que cae en un estanque. Pero decidí no salir corriendo, porque sé que si corrés en lugar de caminar, te disparan, así que decidí irme caminando hasta un lugar más seguro. Solo al llegar a un lugar seguro empezaría a correr. Pero los disparos seguían... Barnard no era el que manejaba... Cuando llegué a un lugar donde creí que iba a estar a salvo, sentí un golpe en la mejilla. No pude seguir avanzando; me quedé donde estaba y me di

cuenta de que estaba protegido, en la esquina de una casa. Me picaban los ojos y me empecé a rascar. No entendía qué había pasado, pero sentí que alguien me tocaba el hombro derecho. Me dijo: “Pensé que este perro ya estaba muerto”. Sentí los dos ojos... Creí que esa gente me iba a llevar a la cárcel.

Sra. Gobodo-Madikizela.— Baba, ¿usted tiene en este momento balas en el cuerpo?

Sr. Sikwepere.— Sí, varias. Algunas, alojadas en el cuello. Las de la cara se ven a simple vista. Tengo la cara áspera; como si estuviera cubierta de sal gruesa. Los dolores de cabeza son terribles.

Sra. Gobodo-Madikizela.— Gracias, Baba.

Sr. Sikwepere.— Sí, antes era más gordo, pero después de lo que pasó, perdí mucho peso y ahora soy flaco, como puede ver, tengo menos carne.

Sra. Gobodo-Madikizela.— ¿Cómo se siente, Baba, presentándose aquí a contar su historia?

Sr. Sikwepere.— Siento... siento que recuperé la vista. Viniendo y contando lo que me pasó puedo ver otra vez. Y pienso que lo que me hacía mal todo este tiempo era que no podía contar mi historia. Pero ahora... me parece que vuelvo a ver, viniendo acá y hablando.

Lucas Baba Sikwepere

*

Era entendible que algunas personas quisieran mantenerse al margen de todo el proceso llevado a cabo por la Comisión de la Verdad. Y no era algo imposible de lograr si uno no leía nada al respecto. Pero muy pocos están libres de oír un boletín informativo, porque incluso las radios que solo pasan música emiten un informe de noticias al mediodía. Por eso es muy importante para nosotros que todos los boletines de noticias incluyan todo el proceso de la Comisión y los relatos de la manera más completa posible. Así, hasta quienes no se enteran de otras noticias salvo las que pasan por la radio podrán conocer la esencia de lo que hace la Comisión y escuchar algunas de las historias. Esto significa que el pasado tiene que aparecer en noticias serias con la sustancia suficiente para poder compendiarse en titulares, en informes que los redactores de noticias de Johannesburgo no puedan pasar por alto. Para eso, tenemos que usar todo el espectro de técnicas de redacción de noticias serias y, de ser necesario,

ampliarlas y editarlas de acuerdo con nuestras necesidades.

Un boletín de noticias, por lo general, consta de tres elementos: un informe común leído por un locutor, segmentos de audio de veinte segundos con la voz de otras personas e informes de 40 segundos proporcionados por un periodista. ¿Cómo podemos adaptar esos elementos para que sirvan a nuestro propósito? Necesito la asistencia de un experto. Me mandan a Angie.

Me siento junto a ella en la sala de prensa del edificio municipal de East London. Es el primer día de audiencias. Angie escribe códigos y palabras clave en su computadora portátil para iniciar sesión en la red. Esperamos: se encienden las lucecitas y del módem salen unos chillidos que suenan a vidrio roto. Ya está. Estamos conectadas. Nunca en mi vida me olvidaré de esta escena: los miembros del equipo de la radio, todos con sus auriculares, grabando la traducción en sus respectivos idiomas, y Angie, sobre un almohadón para llegar a la mesa increíblemente alta, en un asalto furioso a la primera historia del día. Furioso, porque Angie es de las que usan todos los dedos para escribir con el teclado. Mientras sus deditos saltan por las teclas, el testimonio de la primera víctima del primer día, Nohle Mohape, sale para Johannesburgo a tiempo para el boletín de las once.

Así se organiza nuestro trabajo para los próximos dos años. Los primeros programas de actualidad se emiten a la una del mediodía. Mandamos entregas pequeñas que constan de texto y segmentos de audio o entrevistas en vivo para los programas de la tarde, y a la noche preparamos piezas más extensas para la mañana siguiente. Mientras tanto, salen al aire los boletines informativos. Las historias – historias completas, con principio, desarrollo y desenlace– se cuentan por primera vez en los noticieros. En un informe de audio de 40 segundos, contamos que Phindile Mfeti le dijo a su esposa que iba a salir para hacerse arreglar unos pantalones y desapareció sin dejar rastro. Y que, tiempo después, la mujer encontró en el escritorio del marido los anteojos y la pipa que siempre llevaba consigo. Y que ella le dijo a la Comisión que quería algo para poder enterrar, aunque más no fuera un fragmento de hueso o un puñado de cenizas.

Aprendemos rápido. Los redactores de noticias y los locutores evitan tanto los detalles de mal gusto como la jerga médica. En la radio no hay lugar para palabras como “menstruación” o “pene” ni para frases del estilo de “quemaron a mi hijo en una parrilla”. Nos comunican que el escritor Rian Malan se quejó porque no le gusta la combinación de “desayuno y sangre” a la mañana. Y ese es el tipo de estímulo que necesitamos. Escribimos las primeras líneas del borrador: “La mano

desaparecida del activista del CNA Sicelo Mhlawuli ocupa el centro de los testimonios de las audiencias de hoy ante la Comisión de la Verdad en East London. La mano de Mhlawuli fue vista por última vez por otro detenido”. Después, el comentario grabado: “Yo vi la mano cercenada de un activista negro en una botella en la comisaría de Port Elizabeth. Un policía me dijo que era la mano de un babuino. Sus palabras fueron: “Mire ahí. En esa botella tenemos la mano de un comunista”. Pero yo sabía que a Sicelo Mhlawuli, uno de los Cuatro de Cradock, lo habían enterrado sin una mano”. Es el audio perfecto. (Nuestro propio lenguaje cambia muy deprisa: fantástico testimonio, sujeto atractivo, llanto bonito y audible...). Luego, el locutor concluye: “La hija de Sicelo Mhlawuli, Babalwa, contó ante la Comisión de la Verdad que un policía, Cloete, iba todos los días a la casa de la madre, se quedaba cerca de ella y aullaba como un perro agitando una mano blanda en el aire mientras sus compañeros se reían”.

Insistimos en que debe decirse el nombre completo “Comisión de la Verdad” y no “CV”, para que la esencia de la Comisión no quede oculta tras una sigla despojada de contenido.

*

Seleccionamos una secuencia. Eliminamos algunas pausas y editamos un segmento de 20 segundos de audio que enviamos a Johannesburgo. Encendemos una pequeña radio. Escuchamos las noticias: “Estaba preparando un té en la comisaría cuando oí un ruido. Levanté la vista. Vi a alguien cayendo... Alguien había caído desde un piso más alto. Lo vi por la ventana... Corrí a la calle... Era mi niño... mi nieto. Lo tomé en brazos”.

Alzamos el puño en señal de victoria. ¡Lo logramos!

La voz de una mujer común, una empleada de la limpieza, aparece en el titular de las noticias de la 1.

*

Una semana tras otra. Una voz tras otra. Un relato tras otro. Es como ir en auto una noche de lluvia detrás de un camión enorme, viendo imágenes de la devastación proyectadas en la luneta. Es imposible adelantar al camión porque no se ve nada y tampoco se puede ir más lento ni frenar porque, si no, no se llega nunca.

No se trata solo de las muertes y de los nombres de los muertos, sino de la red de dolor infinito que se teje alrededor de ellos. El dolor

no cesa. Una gran tierra baldía, un paisaje desolador en el que el horizonte se aleja continuamente.

Y así solemos llegar a la conferencia de prensa de todos los días: confundidos y al borde del llanto a los pies del arzobispo Tutu. A la cuarta semana, ya no son conferencias de prensa. Tutu nos transmite serenidad con palabras de humanidad y esperanza. Cada vez hacemos menos preguntas y comentarios críticos. Perplejos, escuchamos las preguntas incisivas y arrogantes de los periodistas extranjeros, los que llegan en avión, asisten a una jornada de audiencias y después critican a la Comisión por la ausencia de procesos judiciales y la falta de objetividad.

El primer signo del Periodismo Internacional que se advierte en el entorno es una fragancia sutil. Evidentemente, los periodistas internacionales, hombres y mujeres, pueden acceder a perfumes que no se encuentran en las góndolas de Pick 'n Pay. ¹ El segundo son los equipos. Micrófonos que parecen misiles en plataformas de lanzamiento se alzan ante los entrevistados, y nosotros tenemos que hacerle un hueco a nuestro humilde microfonito de la SABC. Los periodistas extranjeros tienen grabadores que producen audios y los editan con solo apretar un botón, computadoras que caben en un bolsillo y celulares del tamaño de un lápiz de labios. Saben que está pasando algo realmente importante, lo perciben, pero nada encaja en su marco operacional. —¿Cómo se puede trabajar acá? —pregunta un periodista belga tratando de disimular su escepticismo—. Los periodistas sudafricanos presentes en la sala se la pasan llorando a mi alrededor.

La Noticia del Siglo, dicen. Con héroes y villanos, personajes conocidos y desconocidos, poderosos y débiles, eruditos y analfabetos. Cargados con las computadoras portátiles, los grabadores, los bolsos, los cuadernos, los rollos de cable y las cintas, y llegamos al hotel pasada la medianoche.

*

¿Por qué en la Provincia Oriental del Cabo? ¿Por qué empezar en este manto verde de silencio?

En esta zona de África, estuvo la primera frontera entre blancos y negros, entre hazañas terrestres africanas y hazañas marítimas europeas, dice Noel Mostert en su libro *Frontiers*. La Provincia Oriental del Cabo propició un vínculo totalmente nuevo entre blancos y negros que trascendía la relación entre amos y esclavos. El paisaje de esta

parte del país proporcionaba un dramático telón de fondo para las disputas morales en torno al colonialismo, el expansionismo, la raza y la libertad.

Según Mostert, los pueblos originarios del Cabo Oriental consideraban que habían sido elegidos por la historia para soportar durante siglos el impacto del contacto con el mundo exterior. Allí vivían comunidades de campesinos, pero la zona se hizo conocida por su feroz resistencia a la opresión. Originariamente, los xhosa estaban constituidos por tres grupos principales: los pondo, grupo al que pertenece Winnie Madikizela-Mandela; el clan Thembu, del que su ex marido es príncipe; y el grupo xhosa, en el que nació Steve Biko.

La resistencia en la Provincia Oriental del Cabo estuvo acompañada por un excelente sistema educativo organizado por los misioneros que permitió que los oprimidos enunciaran sus refinados argumentos políticos en inglés, con lo que el pensamiento político negro ganó terreno en el ámbito internacional. La Provincia Oriental del Cabo también fue testigo de los inicios del Congreso Panafricano y del Movimiento de Conciencia Negra. A partir de la década de 1960, con sus principales dirigentes en la cárcel o en el exilio, La Provincia Oriental del Cabo padeció una escalada sin precedentes de abusos de los derechos humanos, muchos de los cuales fueron tristemente célebres. Entre ellos, la detención y muerte de Steve Biko, el asesinato de los Cuatro de Cradock y los Tres de Pebco, la masacre de Bisho y el incidente del coche bomba en Motherwell.

De todos los detenidos sin juicio previo que había en Sudáfrica, un tercio provenía de la Provincia Oriental del Cabo. ¿Por qué? Porque la región también era el basural adonde iban a parar los soldados que se habían salido de control durante la guerra de guerrillas, los veteranos, blancos y negros, de la Koevoet y los infames Batallones 101 y 32. Esos hombres debían quedar fuera del foco de los medios y lejos del Parlamento y sus organizaciones de derechos humanos. Pero sus nombres salieron a la luz durante la primera semana de audiencias en East London, siempre en relación con torturas y asesinatos: Gideon Nieuwoudt, Albert Ntungata, Eric Winter, Chris Labuschagne, Spyker van Wyk, Gert Strydom.

Aparentemente, en los círculos vinculados con la seguridad, se creía que quien lograra someter la Provincia Oriental del Cabo podría controlar el país. La región aún padece las consecuencias. A pesar del hecho de que el pueblo xhosa domina la política sudafricana, el Cabo Oriental es la segunda más pobre de las nueve provincias del país, con una tasa de desempleo que afecta al sesenta y cinco por ciento de la

población económicamente activa.

Fiel a su espíritu de resistencia, el Cabo Oriental fue la cuna de los primeros intentos por obstruir la tarea de la Comisión de la Verdad. La familia Biko interpuso recursos de inconstitucionalidad contra la ley, y los perpetradores de Port Elizabeth lograron que se prohibiera que las víctimas los nombraran ante la Comisión de la Verdad.

Tiene que ser esta parte del país la que nos deje al descubierto, la que nos transforme: labios desnudos. Tiene que ser esta región de contrastes implacables –praderas y mesetas, cascadas y *dongas*, helechos y aloes– la que despierte de la muda oscuridad a las voces del pasado. Y por fin, sacudiéndonos las cenizas de los hombros, podemos llorar ante la certidumbre de este mes de abril, ante la promesa del testimonio de nuestros compatriotas.

Para bien o para mal, nos impulsa a avanzar como metal corroído.

*

Fue a mediados de octubre. El 10 de octubre de 1985. Ella iba camino a su trabajo cuando se le acercaron dos hombres jóvenes. Enseguida fueron cinco. Cuando los vio, ellos empezaron a perseguirla. Se escondió en una casa y entonces la sacaron de allí.

Se la llevaron; la rociaron con nafta. Uno de ellos la sostenía de los tobillos mientras otro le prendía fuego a los... a sus... a los pies. Le pegaban. No dejaban de pegarle. Le pusieron un neumático encima. Nadie pudo detenerlos. La policía la estaba buscando, pero no la encontró. Alguien trató de [llevar a la policía] al lugar... donde se encontraban los que la habían lastimado, pero los policías no [le entendieron] porque no tenía voz. La policía la llevó a Bloemfontein.

Permaneció tres días en Bloemfontein y empezó a nombrar a todos lo que la habían atacado. Y después, falleció. No permitieron que la enterraran en Colesberg, porque decían que ella era informante de la policía. Decían que si la enterraban ahí, ellos iban a quemar la iglesia. Finalmente, la sepultaron en el Hospital Pelonomi. Aquí haré una pausa.

Dr. Potgieter.— ¿Es cierta la afirmación de que ella era una *impimpi*, una informante de la policía?

Sra. Maliti.— Por eso la atraparon, pero el motivo por el cual la quemaron es porque mi tío es policía.

Dr. Ntsebeza.— Usted dijo que cuando pasó todo esto estaban haciendo un boicot a los comercios. El principal delito de su madre fue que compró carne en la carnicería. Corríjame si no es así. ¿Ella

trató de limpiar su nombre?

Sra. Maliti.— Sí, señor.

Dr. Ntsebeza.— Según su declaración anterior, ella pagó cien rands.

Sra. Maliti.— Sí.

Dr. Ntsebeza.— ¿Adónde envió esos cien rands?

Sra. Maliti.— A los camaradas, y ellos hicieron público que ella había pagado cien rands a modo de pedido de disculpas por haber comprado carne durante un boicot de consumidores. Le dijeron que la perdonaban. Entonces, ella llevó la carta al pueblo.

Dr. Ntsebeza.— Cuando regresó, ¿pensó que la habían perdonado?

Sra. Maliti.— Sí.

Dr. Ntsebeza.— O sea que la mataron, pero ella tenía la impresión de que estaba a salvo, de que la habían perdonado.

Sra. Maliti.— Así es.

Dr. Ntsebeza.— ¿Cuándo llegó la policía?

Sra. Maliti.— Cuando ya era tarde. La quemaron y estaba embarazada.

Dr. Ntsebeza.— ¿Qué quiere decir tarde?

Sra. Maliti.— Cuando llegó la policía, ellos pudieron... trataron de encontrarla y oyeron que estaba llorando. La vieron en la carretera. Estaba en llamas.

Dr. Ntsebeza.— ¿Ella corrió después de que le prendieran fuego?

Sra. Maliti.— No, no podía correr. Caminaba despacio con la ropa en llamas. Ella fue adonde se encontraba la policía.

Dr. Ntsebeza.— ¿Caminó desnuda?

Sra. Maliti.— Sí.

Dr. Ntsebeza.— ¿La gente tenía miedo de ayudarla?

Sra. Maliti.— Los camaradas no dejaban que nadie la ayudara, así que fue sola hasta la camioneta.

Dr. Ntsebeza.— ¿Los camaradas eran los que ahuyentaban a la gente?

Sra. Maliti.— Eran cinco. Al principio eran muchos más, pero al final quedaron cinco. Uno era Tifo Sihlaba... y también estaban Tabo Gusha, Pinkdyaan Kelem, Toto Mayaba, Tembile Falati.

Dr. Ntsebeza.— ¿Y Zolile Silwayane?

Sra. Maliti.— Zolile Silwayane es el que aceptó el dinero, el jefe de todo esto. Sí, es el que hizo saber que había recibido el dinero y fue el que regresó y ordenó que le prendieran fuego.

Dr. Ntsebeza.— Este caso es muy distinto de todos los que hemos escuchado. Hubo casos de asesinatos cometidos por la policía y el Gobierno, pero este caso es único, porque nuestra gente muere a

manos de nuestra propia gente. ¿Conoce al marido de la mujer fallecida?

Sra. Maliti.— Sí. Se llama Doti. Ese día, él no se enteró de nada porque se fue corriendo. Se fue hasta Crossroads. Está mal, todavía no se recuperó.

Dr. Ntsebeza.— Solo para aclarar este último punto: ¿usted nos quiere decir que él nunca se recuperó psicológicamente?

Sra. Maliti.— Sí, es eso lo que quise decir.

Thomzama Maliti, testimonio acerca de la muerte de Nombulelo Delato

*

me atrevo a sentarme en este oscuro púrpura
durante este viaje de regreso en el que mi cuerpo está abatido
por la pena mi corazón coagulado se entrega
escribo, un tajo azul para conjurar todo esto...

*

La palabra “Verdad” me incomoda.

La palabra “verdad” todavía es difícil de pronunciar.

—Tu voz se endurece cuando pronunciás la palabra “verdad” —dice el asistente técnico, irritado—. Repetila veinte veces y acostúmbrate a decirla. La verdad es *mos jou job* [La verdad es tu trabajo, después de todo].

Dudo ante esa palabra. No estoy acostumbrada a usarla. Cuando la escribo, me equivoco y pongo “vertad” o “vrdd”. Nunca la he puesto en un poema. Prefiero la palabra “mentira”. El momento en que la mentira levanta la cabeza, huele a sangre. Porque es ahí... donde la verdad está más cerca.

La palabra “reconciliación”, en cambio, es mi pan de cada día.

Transigir, acomodar, ofrecer, crear espacios. Comprender. Tolerar. Empatizar. Resistir... Sin ella, ninguna relación, ningún trabajo, ningún avance es posible. Sí, poco a poco nos disolvemos en la reconciliación.

Sin embargo, ni la verdad ni la reconciliación salen de mi lápiz cuando me siento frente a una hoja en blanco, con la goma de borrar a mano. Todo lo demás desaparece. Silencio. Algo se abre y algo cae en este espacio silencioso. Un sonido, una imagen, una línea se moviliza a

la perfección. Soy yo misma. La verdad y la reconciliación no entran en mi anarquía. Se atragantan con el engaño y la furia, se desprenden de mi negación a juzgar. Trazo una línea discontinua. Durante unos breves instantes de etérea felicidad todo lo que soy se aglutina, todos los estremecimientos, por lo demás inútiles, todas las fibras vulnerables y las sensaciones hipersensibles. Una fase de claridad extrema y el adhesivo que me mantiene unida no se diluye... y sin aliento, lo comprendo: estoy hecha para esto.

No estoy hecha para informar sobre la Comisión de la Verdad y la Reconciliación. Cuando me anunciaron que yo encabezaría el equipo de cinco personas que cubriría las actividades de la Comisión para la radio, me largué a llorar, inexplicablemente, en el vuelo de regreso de Johannesburgo. Farfullando excusas, buscando pañuelos de papel a tientas, miré a Dirk Coetzee a los ojos. No había escapatoria.

A los tres días tuve un colapso nervioso. A las dos semanas comenzaron las audiencias sobre violaciones de derechos humanos en East London.

Los meses siguientes demostraron que mi intuición era correcta. La cobertura periodística de las audiencias de la Comisión de la Verdad es físicamente agotadora y mentalmente desgastante.

El motivo es el lenguaje.

Semana tras semana, de un edificio anónimo a otro, de una ciudad polvorienta y dejada de la mano de Dios a otra, por las arterias de nuestro pasado fluyen imágenes, ritmos y sonidos peculiares. No podemos deshacernos de ellos. Jamás.

Las voces de la gente común dominan las noticias. Nadie puede estar ajeno al proceso.

A la noche, dormimos una o dos horas. Vivimos a chocolate y papas fritas. Vuelvo a fumar después de cinco años de haber dejado el cigarrillo.

La segunda semana de audiencias, concedo una entrevista a un programa de actualidad. Tartamudeo. Me paralizó. Carezco de lenguaje. Me quito los auriculares y me digo: "Tengo que renunciar". Ya mismo. Está claro que soy una incompetente. A la mañana siguiente, la Comisión de la Verdad envía a uno de sus psicólogos a hablar con los periodistas:

—Van a tener los mismos síntomas que las víctimas. Van a sentirse débiles, vulnerables; les van a faltar las palabras.

Me sorprende haberme convertido en un caso de manual en solo diez días.

—No dejen de hacer ejercicio. Tengan fotos de sus seres queridos y

su música preferida en el hotel. Hablen entre ustedes, como si fueran terapeutas de sus colegas.

Usamos técnicas para reducir el impacto. Ya no entramos a las salas donde se llevan a cabo las audiencias debido al dolor acumulado. Seguimos las sesiones en los monitores. Cuando alguien empieza a llorar, nos ponemos a escribir o hacer garabatos.

Las habitaciones de hotel se suceden unas a otras con la misma fruta sosa en el desayuno. Una sala colmada de dolor sigue a la anterior. Un auto alquilado reemplaza a otro con el mismo olor... pero el lenguaje, los detalles, los sonidos individuales... eso no cambia.

*

—Voy a usar la historia de Nomonde Calata para escribir una historieta —comenta mi amigo Kondlo, profesor e intelectual xhosa de Grahamstown— y la voy a titular: *La disputa por los espacios*.

Es de noche, tarde. Nos sentamos a beber en la sofocante medianoche de la Provincia Oriental del Cabo. A través de la ventana, se ve el mar oscuro que empuja rastros de bruma blanca.

—En la primera página de la historieta pondré como encabezado EL PASADO y dos dibujos. En una viñeta voy a escribir “Narrador Masculino (Historiador)” y la ilustración será de un grupo de hombres sentados en el *kgotla* o *kroro* o *motse* tradicional, como quieras llamarlo, ese espacio sofisticado en el que se reúnen hombres y muchachos. El lugar donde se narran historias sobre de dónde venimos, quiénes somos, la estructura de la ascendencia masculina del grupo, cuáles son nuestros modelos. Las historias que hacen una interpretación de tu mundo y ayudan a los narradores a tomar decisiones económicas, políticas, históricas.

»En la segunda viñeta se lee: “Narradora Femenina (Socializadora de Niños)”. En la ilustración habrá un espacio donde se prepara la comida. Los niños y las niñas se sientan allí y escuchan cuentos fantásticos. Una galería fluida de momentos mágicos y extraños que irrumpen en la vida cotidiana. “¿Están atentos? ¿Están escuchando?”, pregunta la abuela. Los niños tienen que reaccionar e interactuar con la representación multidimensional. A diferencia de las historias masculinas en las que se fijan límites, estas historias los derriban: los hombres se convierten en mujeres y viceversa; los animales se transforman en personas; las mujeres se enamoran de animales; las personas se devoran unas a otras; se representan los sueños y las alucinaciones.

—No entiendo. La esposa de Fort Calata no encaja en el estereotipo de tu historieta, el de la abuela que cuenta historias junto al *pappot* sobre el fuego.

—Exactamente —replica el profesor Kondlo mientras golpea la mesa con un puño—. Sobre las ilustraciones hay un sello que dice MIGRACIÓN, URBANIZACIÓN, RELOCALIZACIÓN FORZOSA. Después empieza la verdadera historia de Nomonde Calata como mujer, sentada en el espacio masculino del edificio de la Municipalidad de East London, de estilo británico colonial, contando una historia como parte de la historia oficial de este país. ¡Es buenisima!

—Tu introducción abarca solamente el aspecto cultural —le comento—. Quizá deberías dibujar a Nomonde entrando a la Municipalidad acompañada por la policía que antes la perseguía. Su espacio está protegido y oficialmente demarcado. Allí está segura. Y a continuación, ella declara que la policía irrumpió en su casa y arrestó al marido... —Consulto mis notas, pero él ya enciende el grabador:

Nomonde.— Mi marido estaba en el dormitorio. Ya se había vestido. Tenía puesta una ropa muy abrigada. Recuerdo muy bien a tres policías: el señor Venter, el señor Caio, que era negro, y el señor Strauss, que era el que llevaba uniforme y tenía un palo en la mano. No le tuvieron mucha paciencia; lo empujaron... le dijeron que se apurara. Yo les pedí simplemente que no lo empujaran y que no lo esposaran porque tenía un problema... en el pecho... (*hace una pausa... solloza... se estremece*).

John Smith.— ¿Necesita una pausa, señora Calata? ¿Se siente bien?... Déjeme ayudarla con todo este...

Nomonde.— Salieron con él y lo esposaron con las manos en la espalda. Se fueron con él (*se aclara la garganta*), porque yo también tenía un juicio pendiente, un juicio por usar una remera. No sabía adónde se lo llevaban, no sabía adónde lo estaban llevando...

—¿Por qué creés que llora justo acá? —pregunto.

—Quizá recuerde a su marido como una persona vulnerable. Porque en el testimonio se aprecia que tenían una relación especial. Él confiaba en ella; se contaban todo, así que cuando él no volvió esa noche, ella enseguida se dio cuenta de que algo andaba mal. Cuando llora al final, también es porque ve llorar a su amiga, la esposa de Matthew Goniwe.

—Pero ese nuevo espacio en el que está sentada Nomonde

trasciende el espacio físico, también es metafórico.

—Así es —asiente el profesor, sonriendo—. Hay dos espacios sociales diferentes: uno en el que la violencia estaba justificada en el pasado. Y el otro, en el presente, donde la violación de derechos humanos está condenada por incorrecta e inmoral. Con la elección de la sede del Gobierno municipal en el centro de la ciudad en lugar de un centro comunitario en el pueblo, la Comisión de la Verdad quiere mostrar una ruptura simbólica con los marcos institucionales del pasado. El edificio de la Municipalidad ya no es el territorio oficial de los blancos y los perpetradores: ahora nos pertenece a todos.

Nomonde.— Era mayo; Fort no estaba. Se encontraba en Johannesburgo. Había ido a visitar a su fisioterapeuta porque tenía un hombro inmovilizado. El 27 de ese mes a la madrugada, me desperté por el ruido y las luces; las linternas iluminaban el interior de la casa. Fui a abrir la puerta. En ese momento, vi al señor Venter, al señor Gouws y a muchos otros policías, caballos, las FDS... Vinieron todos. Entraron en la casa y dijeron que la iban a registrar. Se metieron en mi dormitorio, buscaron por todos lados... Querían documentos, documentos del FDU y se llevaron todo. En un momento, el señor Venter me preguntó: “¿Dónde está su marido?”. Yo le dije: “No está. Se fue a Gauteng”. Me hablaba en afrikáans. *Jy moet vir jou man sê, hy kan maar wegkruip en jy kan hom maar wegsteek, die dag as ons hom kry... dan sal hy hak* [Dígale a su marido que puede esconderse y que usted lo puede ayudar a esconderse, pero que cuando lo encontremos... se va a joder].

»Yo estaba preocupada y asustada. Pero a pesar de todo, fui valiente. No dije nada. Lo miré y le dije: *Jy sit op my bed. Staar op* [Está sentado en mi cama. Levántese]. “Es una cama nada más”, se levantó y se fue de mi casa junto con los demás. Matthew Goniwe llegó cuando la policía ya se había ido. Me dijo que estaban yendo a ver a todos los miembros ejecutivos y a llevarse los documentos.

—Tras este testimonio —comenta Kondlo con gran entusiasmo—, dibujo una página de un manual de la CIA que se usaba a principios de los ochenta para enseñarles a las fuerzas de seguridad de América Latina cómo extraer información de los detenidos. El propósito es explicar el sustento psicológico de la tortura. El primer paso consiste en recurrir a una fuerza superior externa. Una de esas fuerzas externas es el tiempo: hay que hostigar a las personas cuando menos se lo

esperan y cuando su resistencia física y mental es mínima. El mejor momento del día es la mañana temprano. Cuando se los acosa a primera hora, la mayoría de los sujetos experimentan una intensa sensación de miedo, inseguridad y estrés, y una enorme dificultad para adaptarse a la situación.

»Lo que encuentro fascinante es la interacción con Venter respecto de la cama. Él invade la privacidad de la mujer, se sienta en su cama, algo que solo hacen los amigos íntimos o los niños. Sentado allí, le manda una amenaza al esposo. Ella le exige que le devuelva su espacio: haga lo que quiera, *menos* sentarse en mi cama. Si bien él se burla, se levanta de la cama. A pesar de sí mismo, él respeta el espacio de la mujer y su marido.

Nomonde.— Un día de abril, antes de ir a Johannesburgo para su tratamiento de fisioterapia, Fort llegó de una reunión del FDU. Era de noche, yo ya me había acostado, pero él me despertó. Me dijo: “Nomonde, tengo que decirte algo”. “Sí, te escucho”, le respondí. “Estuvimos varias horas detenidos con Matthew en Port Elizabeth. Sparrow se quedó en el auto, porque no queríamos que lo vieran. Uno de la División de Seguridad nos estaba esperando. Y otro preguntó: *Luitenant, moet ons dit nou doen?* [Teniente, ¿lo hacemos ahora?]. El teniente respondió: *Dis nog nie die regte tyd nie* [No, todavía no es el momento]. Me hicieron preguntas y a Matthew le hicieron las mismas preguntas.

Smith.— ¿Su marido le contó lo que había entendido que habían querido decir?

Nomonde.— Sí, me explicó que pensaba que estaban planeando hacer algo muy grande con nosotros. No le dieron importancia, pero estaban preocupados e inquietos. Siguió dándole vueltas al incidente de P. E., donde habían planificado esto. Y me comentó que se había quedado mudo con lo que había escuchado.

—Me pregunto por qué Fort dijo que planeaban hacer algo muy “grande”. Suena a una persecución, no una muerte.

—Quizá la traducción no sea exacta. Pero fijate que Nomonde ahora está testificando en un espacio que la policía ha transformado en un lugar seguro para ella.

—Bueno, no necesariamente son los mismos policías. Hablé con el ministro de Seguridad, Sydney Mufamadi, y me dijo que habían organizado las regiones de modo de armar nuevos equipos a cargo de

la seguridad de la Comisión de la Verdad, gente que apoya el nuevo sistema y no está ligada a los abusos del pasado.

—Continúo: en la sala, voy a dibujar todos los carteles de la Comisión de la Verdad y una pancarta gigante que le indiquen a Nomonde que ese espacio pertenece a la Comisión y, por lo tanto, es oficial y seguro. Es seguro para un activista político, seguro para una mujer y una esposa, y es oficial porque reconoce su historia como verdadera y porque le otorga un espacio para que se transforme en historiadora, en guardiana de la historia a pesar de ser mujer.

—Pero el espacio que me obsesiona es el de la literatura en afrikáans que ahora entra en escena.

Nomonde.— En mayo, cuando él [Fort] todavía no había vuelto, no le querían dar el registro de conducir. Por eso siempre lo acompañaba alguien. Cuando se iba, su hermano menor lo llevaba en el auto; Roy manejaba. Y Roy vino a contarme que cuando no estábamos... vino la policía, los pararon y le preguntaron a Matthew [Goniwe]: *Mattewis, waar is Meraai?* [Mattewis, ¿dónde está Meraai?]. “¿Quién es Meraai?”, les preguntó. Y a continuación, ellos le preguntaron “¿Ya no te acordás de tu esposa, de Fort?”. Y uno de ellos añadió sarcásticamente: *Ons sal jou en Meraai weer kry as julle saam in die kar is* [Ya los vamos a atrapar a los dos, a Meraai y a vos, cuando estén juntos en el auto]. Matthew era atrevido, no les hizo caso y volvió al auto. Eso fue en mayo de 1985.

—Mattewis y Meraai son una pareja conocida de la literatura afrikáans. En los años cincuenta, Mikro, el prolífico y popular autor, escribió algunas novelas breves que transcurren en una pequeña población, Gonnakolk, y los integrantes de la pareja son los protagonistas. Mattewis es alto, fuerte, robusto, trabajador y reservado. La esposa, Meraai, es la modista del pueblo, una mujer poco atractiva pero de buen corazón. La mayoría de sus tribulaciones cotidianas tienen que ver con la iglesia y su participación en la vida de la comunidad. Son pobres, buena gente. La sal de la tierra.

»Lo que tienen de peculiar estas novelas es que en ellas aparece por primera vez en la literatura afrikáans un narrador que se dirige directamente al lector. Según los críticos, el propósito de esta técnica es borrar la distancia entre el narrador y los personajes. El narrador se gana la confianza del lector y le propone entender la ingenuidad o el carácter unidimensional de un personaje en particular. En su papel de

intérprete y guía del pueblo, el narrador se transforma en una necesidad orgánica en la historia de Mattewis y Meraai, y su presencia pone de relieve el hecho de que estamos ante una realidad ficticia, una ficción. A mediados de la década de 1980, esos personajes y sus historias aparecieron en una serie de televisión que conservó el papel del narrador.

—O sea que la División de Seguridad —observa el profesor— evidentemente miraba televisión.

—Sí. Se puede suponer que saben de qué se trata *Mattewis en Meraai*. Así que, ¿por qué un policía de seguridad pararía a alguien que supuestamente percibe como una amenaza a su existencia, a un *opsweper*, un agitador, un terrorista, y se referiría a ese hombre a quien planea matar con el nombre del afrikáner prototípico, trabajador, religioso y honesto? No lo entiendo. Y, además, hacer una analogía entre Fort Calata y Meraai... no hay aquí ninguna inferencia homofóbica; Meraai es la que obedece, la que sigue al marido. ¿Qué tal un poco de Freud?

Entonces Kondlo se entusiasma. El episodio admite múltiples lecturas. Se podría decir que el policía cree que está protegiendo a la pareja de Mattewis y Meraai. En eso consiste su trabajo. Yo te mato porque soy Mattewis, soy la sal de la tierra y protejo a la Cristiandad. Entonces se puede leer en clave política. Pero también se ríe de Goniwe, lo denigra usando una imagen y una lengua que a Goniwe le resulta difícil entender. Pero —y esto es fascinante— si uno quisiera profundizar en un análisis freudiano... se podría interpretar el incidente como un triángulo edípico: el padre estricto, la madre y el hijo, que es el policía. Toda su vida quiso acceder a la madre, o al espacio entre la madre y el padre, o sea, el dormitorio. ¿Te acordás de la escena del dormitorio? Finalmente, el hijo se encuentra en una situación en la que tiene un arma, el falo del asesino, y todo el poder. “Te voy a matar —dice— porque yo tengo todo el poder; soy la ley”.

—Hermoso. Esto pide a gritos convertirse en una novela gráfica. Acordate de que hay cuatro historias como la de Nomonde. Si pudiéramos conocer las historias de todas las viudas de los Cuatro de Cradock y analizar los espacios de interacción y de confrontación... ¡Y cuando esos policías pidan la amnistía!... ¡Dios mío! También hay que poner en una viñeta el frasco con la mano de Sicelo en el alféizar de la ventana.

—Ni siquiera empezamos a entender lo que escuchamos. ¿Te acordás cuando Nomonde describe la espera, la noche del 27 de junio, cuando Fort, Matthew, Sparrow y Sicelo van a un encuentro en Port

Elizabeth? ¿Y que una situación anormal, la de los policías vigilando la casa, se torna normal, pero que cuando *no* la vigilan la escena es percibida como anormal?

Nomonde.— Eran las 11; estaba angustiada, no me podía dormir, porque mi marido no había vuelto como me había prometido. Yo sabía que nunca dejaban de seguirlo y de acosarlo, incluso cuando se iba al OK. Fuera donde fuese, la policía lo molestaba. Ese fin de semana, se había quedado un sacerdote a dormir en casa. Lo desperté y le dije que estaba intranquila... Fui a su habitación y le dije: “Estoy nerviosa porque mi marido no volvió”. Él me tranquilizó y me dijo que probablemente vendría al día siguiente porque se había hecho tarde. Pero yo intuí que no sería así. Él siempre me avisa cuando se va a quedar a dormir en otro lado... Nunca deja de avisarme. No logré dormirme. Tenía insomnio. Normalmente, cuando miraba afuera, siempre estaban los Casspir, había camionetas, Casspir incluso en la otra cuadra, pero esa noche estaba todo tranquilo (*suspira*). Ningún auto patrullando, como solía haber... y eso era un signo de que algo andaba mal... Tuve una premonición, y estuve todo el tiempo expectante. Todavía tenía insomnio. Al día siguiente, me levanté, pero estaba alerta, porque tenía la esperanza de que las palabras del reverendo fueran ciertas.

—Así, la televisión y la literatura en afrikáans se introducían en el relato. Pero la forma en la que Nomonde se enteró de que su marido había muerto supera la ficción.

Nomonde.— Nosotras [Nomonde y Nyameka Goniwe] estábamos tristes. Nos fuimos a dormir el viernes sin saber qué les había pasado a nuestros esposos. En casa recibíamos el *Herald*, porque yo repartía diarios. Cuando lo vi, leí los titulares y uno de mis hijos dijo: “Mamá, mirá el diario... quemaron el auto de mi padre”. En ese momento, me puse a temblar porque tuve miedo de que le hubiera pasado algo, con el auto así, quemado. “¿Qué le habrá pasado?”, me preguntaba. Empecé a repartir los diarios, como siempre, pero estaba muy nerviosa. Horas más tarde, unos amigos me vinieron a buscar, me dijeron que no tenía que estar sola, que me fuera a lo de Nyami. Nyami siempre me ayudaba. En esa época yo tenía veinte años y no sabía qué hacer... así que me llevaron a lo de Nyami (*llora mientras el*

intérprete termina de traducir) y cuando llegué, Nyami estaba llorando desconsoladamente, algo que me afectó también...

Smith.— Solicito a la Comisión una breve pausa... No creo que la testigo esté en condiciones de continuar en este momento...

Tutu.— Hagamos una pausa de 10 minutos, por favor.

—Para mí, ese llanto marca el inicio de la Comisión de la Verdad... la melodía propia, el momento definitivo, el sonido decisivo, la esencia del proceso. La mujer tenía puesto un vestido anaranjado y levantó la cabeza, y ese sonido... ese sonido... nunca me lo voy a olvidar.

—Es significativo que empezara a llorar cuando recordó el llanto de Nyameka Goniwe en el momento en que llegó a su casa. Los expertos opinan que el dolor destruye el lenguaje y provoca una inmediata regresión a una etapa prelingüística. Oír ese llanto fue como ser testigo de la destrucción del lenguaje... darse cuenta de que recordar el pasado de un país implica ser arrojado a un tiempo antiguo en el que no había lenguaje. Y descubrir ese recuerdo, fijarlo en palabras, significa presenciar el nacimiento del lenguaje en sí. Pero en un plano práctico, ese recuerdo en particular, capturado por fin en palabras, ya no puede perseguirte, ni manejarte, ni confundirte, porque empezás a controlarlo, a dirigirlo adonde vos quieras. Quizá de eso se trate la tarea de la Comisión, de buscar palabras para el llanto de Nomonde Calata.

—Cuando se reanudó la audiencia, Tutu comenzó a cantar: *Senzeni na... senzeni na...* “¿Qué hemos hecho?... ¿qué hemos hecho? Nuestro único pecado es el color de nuestra piel”. En una oportunidad, estuve en una reunión en la que los dirigentes del CNA expresaron su rechazo a esta canción porque, según ellos, perpetúa la noción de la víctima indefensa. Pero esta mañana, cuando la escuché, me puse a llorar por la sensación de pérdida y desesperación que transmite. Casi no podía respirar...

—Escuchá el cansancio y la resignación que se advierten en su voz cuando retoma el relato. —Kondlo presiona el botón de mi grabador.

Nomonde.— Estando yo en mi casa, me vino a ver el reverendo de mi iglesia. Vino a contarme que habían encontrado los cuerpos de Fort y Matthew. Bien, ya pasó todo. En ese momento, yo tenía dos hijos. El pequeño estaba muy unido al padre. Después de enterarse de la noticia, se enfermó. Yo estaba embarazada... Dejé al bebé que estaba dentro de mí... No sé qué pasó ese día.

—Al principio, creí que Nomonde quería decir que había perdido al bebé, pero, es evidente que hablaba metafóricamente. Ella menciona después que todos sus hijos nacieron de parto natural, pero que el último, un varón, lo tuvo por cesárea.

—Y cuando narra su visita al médico, adopta un gesto valiente otra vez frente a la policía de seguridad que estaba esperándola.

Nomonde.— Me dijo: “Hermana, tiene que lavarse la cara, secarse las lágrimas, tiene que ser fuerte”. Y yo le hice caso. Cuando me vieron, vieron a una persona muy fuerte. Vi al doctor y después me fui a mi casa. El señor Xoliwe, el hombre al que las familias le pedíamos que fuera a identificar los cadáveres, dijo: “Sí, vimos los cuerpos, y advertimos que le habían arrancado el pelo. [Fort] tenía la lengua fuera de la boca. Le faltaban los dedos. Tenía muchas heridas en todo el cuerpo”. Cuando le miró los pantalones, se dio cuenta de que estaba todo mordido por perros. No podía creer que a los perros también les hubieran dado su parte... Bueno, hubo un funeral... Sé que el presidente de este comité conoce muy bien la ceremonia...

Kondlo asiente con la cabeza.

—El funeral de los Cuatro de Cradock, que tuvo lugar el 20 de julio de 1985, cambió el panorama político del país para siempre. Fue como un fuego arrasador. Con actitud desafiante, el CNA y el PCS desplegaron sus banderas; llegaba un ómnibus tras otro, todos llenos de gente. Se declaró el estado de emergencia. Pero en cierto sentido, fue el verdadero principio del fin del apartheid.

—Como coronación de tu teoría edípica, dos días después, la señora Calata... ¿por qué me refiero así a ella cuando todo el tiempo la llamamos Nomonde? ¿Es el horror de su testimonio lo que me hace distanciarme de ella o es simplemente que me siento insignificante? Sea como fuere, después del nacimiento del bebé, se presentó la policía de seguridad.

Nomonde.— El jefe de los policías era el señor Labuschagne. Me dijo: *Hau... jy't 'n baba, sonner, n' pa... wil jy nie hê ons moet die pa wees van die baba nie? Ons kom deursoek die huis* [Ey... tuviste un hijo sin padre. ¿No querrás que nosotros seamos el padre? Vamos a registrar la casa]. No dije nada; no abrí la boca. A los pocos minutos

volvieron y me dijeron: “Tenemos que echarte de esta casa, porque no tenés para pagar el alquiler; sabemos que no tenés dinero... En la cuenta de Fort no hay ni un centavo”. No les dije si me iba a ir o no. Me repitieron lo que ya me habían dicho. Y yo les contesté: “No, no me voy. Van a tener que matarme para sacarme de acá”. Entonces se fueron.

»Se hizo una investigación en New Brighton. El tribunal decidió que los habían matado, pero no hubo pruebas suficientes para decidir quiénes habían sido los asesinos. Nos quedamos en casa sin saber qué había pasado hasta que en 1994 el *New Nation* publicó un informe y se reabrió la investigación.

Smith.— ¿Usted se refiere a la nota donde se daban instrucciones para que su marido fuera eliminado de la sociedad... su marido y los otros tres?

Nomonde.— Sí. “Deben ser eliminados de la sociedad a la mayor brevedad”.

Smith.— ¿El resultado de la investigación fue que las fuerzas de seguridad fueron responsables de la muerte, pero que era imposible saber si el culpable era el Ejército o la Policía?

—¿Cómo hemos podido perder la humanidad? ¿El término “apartheid” de pronto suena como un eufemismo? —Lucho contra mi propia voz.

—Los blancos —afirma Kondlo haciendo una mueca y apurando el último trago— carecen de *ubuntu*... son insaciables respecto de sus derechos, pero no tienen compasión. Mirá este pobre chico, Webber, que perdió una mano en un ataque del ELPA. ¿Por qué viene solo todos los días? A todas las víctimas negras las acompañan sus familiares y personas de sus comunidades. ¿Y a Webber? ¿Es porque no tiene a nadie en el mundo o porque a los blancos no les importan los demás?

*

Sin palabras, perdida. De los labios de las víctimas, se desprenden apellidos afrikáneres como Barnard, Nieuwoudt, Van Zyl, Van Wyk. Las preguntas que se repiten son ¿qué clase de persona, qué clase de ser humano guarda la mano de otra persona en un frasco que deja sobre su escritorio? ¿Qué clase de odio vuelve animales a las personas?

Es la gente común la que comparece ante la Comisión de la Verdad. Personas con las que uno se cruza a diario en la calle, el ómnibus y el

tren, personas en cuyos cuerpos y ropa se advierten signos de pobreza y trabajo duro. Sus gestos expresan asombro y desconcierto, provocados por la insensibilidad de la policía de seguridad y las injusticias del sistema judicial. “Nos trataban como basura, peor que a un perro. Hasta a las hormigas trataban mejor que a nosotros”.

Todos deseaban saber quiénes y por qué. De los lamentos no surge solo la necesidad de conocer los hechos o el deseo de que encarcelen a alguien. Las víctimas hacen la pregunta más difícil: ¿Cómo es posible que la persona que yo quería tanto no haya despertado ni una chispa de humanidad en ustedes?

Una madre se topa con la realidad de su hijo muerto. Manda a uno de los hijos a comprar pescado. Escucha a alguien en la calle diciendo: “Le acaban de disparar a tu hermanito”. La anormalidad en que está inmersa la sociedad sudafricana golpea a la comisionada Mary Burton.

—En una sociedad normal, si un hijo no llega a casa en el horario previsto, uno piensa que estará con los amigos. En cambio, en el marco del apartheid, va a buscarlo a las comisarías, a las cárceles, al hospital y, por último, a la morgue.

Una cosa se vuelve cada vez más clara: el sistema del apartheid funcionaba como una red que comenzaba con la Broederbond, que designaba a los dirigentes. Esos dirigentes, a su vez, nombraban ministros, jueces, generales. Las fuerzas de seguridad, los tribunales y las autoridades provinciales y municipales formaban parte de esa red. El Parlamento dictaba leyes que ocultaban el brutal funcionamiento del *apartheid*.

Llama la atención que no haya ningún político presente en las audiencias. ¿Eso se debe a que respetan la independencia de la Comisión o simplemente no quieren enterarse del precio que tuvieron que pagar las personas comunes para acabar con el *apartheid* y que se instaurara el nuevo régimen? Muchos de los que se presentan a dar testimonio no tienen trabajo y viven en terrenos ocupados.

Ahora que todos pueden narrar sus historias, se ha abierto la caja de Pandora; por primera vez, esas verdades individuales llegan sin interferencias a los oídos de todos los sudafricanos. Los negros presentes casi no se inmutan. Conocen esa verdad desde hace años. Los blancos muchas veces se desconciertan, porque no conocían la magnitud de las atrocidades, la “profundidad de la depravación”, como la denomina Tutu.

¿Dónde está la verdad? ¿Cuál es su relación con la reconciliación y la justicia?

—Para mí, la justicia radica en el hecho de que se pone todo sobre

la misma mesa —afirma mi colega Mondli—. La verdad que rige nuestros miedos, nuestros actos y nuestros sueños ahora sale a la luz. De ahora en más, ya no vas a ver enfrente a un negro que sonríe, también vas a saber la carga que llevo en mi interior. Yo siempre tuve conciencia, y ahora vos también vas a tenerla.

—¿Y la reconciliación?

—La reconciliación solo será posible cuando se haya restablecido la dignidad de los negros y cuando los blancos tengan compasión. No creo que la reconciliación y la amnistía sean importantes. Lo que importa es que las personas puedan contar su historia.

—Yo siento que es como comenzar de nuevo —acoto—. No tiene que ver con el color de la piel, la cultura o la lengua, sino con los sujetos. El dolor individual acaba con todos los estereotipos. Ahora nos conectamos a través de algo que no tiene nada que ver con el grupo ni con el color, sino con nuestra humanidad. —Me quedo callada. He tomado mucho o siento vergüenza.

—Brindemos por el fin de tres siglos de quiebre moral —dice Mondli mientras alza su copa—. Aquí por fin se están atravesando las barreras que nos separaban, y vos y yo somos testigos.

—Y quizás esa sea la forma de medir los resultados: lograr la formulación de una moral basada en una humanidad compartida.

Mondli se ríe y agrega:

—Ahora todos hablamos como Tutu.

*

El nombre aparece una y otra vez: la Brigada A de Tumahole, el pueblo de Parys a orillas del río Vaal:

—Supe que existía un grupo llamado Brigada A que se oponía al FDU. Iban en coche por el pueblo. Crearon la Brigada para que colaborara con la policía. A la noche veíamos las camionetas de la policía repartiendo alcohol en las casas de sus miembros. Los de la Brigada A tenían su nombre escrito en el torso, llevaban martillos, machetes y pistolas, y con esas armas llevaron la muerte a su propia comunidad.

Según los testigos, las actividades de la Brigada comenzaban los sábados a la tarde. Consumían alcohol y drogas y después salían a buscar a su presa. La tortura y el asesinato no formaban parte de su vocabulario; en cambio, llevaban a las víctimas a lo que ellos denominaban Campo Abierto... todo lo hacían en nombre de la disciplina.

David Nhlapo, un habitante de Tumahole, cuenta que una noche se lo llevaron. Fueron de Parys a Sasolburg.

—Allí me rodearon con un neumático, me rociaron con nafta y me ordenaron que me desnudara. Me quité la ropa. Me dijeron: “Ahora vas a sentir el mismo dolor que sintieron los otros policías”. A mi amigo le cortaron el cuello con una pala.

En las historias de KwaZulu-Natal, las víctimas suelen nombrar a otra banda: Amabutho. Sus miembros también usaban una especie de uniforme que constaba de un pasamontañas y mamelucos de color. Las armas que llevaban eran mazas, dagas y hachas, y trabajaban con los de Inkatha y las FDS. Sus rituales estaban muy vinculados con las tradiciones. Antes de perseguir a sus víctimas, bebían y se echaban encima pociones de guerra para tornarse invencibles. Ellos tampoco hablaban de “matar”, sino que recurrían a eufemismos tales como “quitar obstáculos” o “purificar el campo”.

Un sobreviviente de uno de los ataques recuerda:

—Y uno de los de Amabutho dijo: “A ver quién me da un hacha”. Entonces oí que rompieron la puerta con el hacha y después entraron. No sé cuándo murió Kumbolani, porque yo me había escondido, pero no debajo de la cama porque pensé que si me encontraban ahí me iban a matar con más saña. Pensé que tenían que matarme estando yo de pie. Por eso me escondí detrás de la puerta. Ellos entraron y lo mataron a hachazos. Le destrozaron la cara y el pecho con el hacha... le abrieron el pecho a golpes de hacha.

Los de Amabutho muchas veces se llevaban partes del cuerpo para preparar una poción con la que se deshacían del efecto del asesinato. Las tácticas operacionales de la Brigada A y de Amabutho se asemejan a los rituales de la Vlakplaas que describe Dirk Coetzee. Los hombres integran grupos, beben, eligen una víctima, portan armas y salen para ejecutar el Gran Asesinato.

*

Tutu lee una carta anónima en afrikáans que llegó a manos de la Comisión durante la segunda semana de audiencias. *Dan huil ek vir dit wat gebeur het, al kan ek niks daaraan verander nie. Dan soek ek in my binneste om te verstaan hoe is dit moontlik dat niemand eenvoudig geweet het nie, hoe is dit moontlik dat so min iets daaraan gedoen het, hoe is dit moontlik dat ek ook maar baie keer net toegekyk het. Dan wonder ek hoe is dit moontlik om met daardie skuld en skande van die binnekant te lewe... ek weet nie wat om te sê nie, ek weet nie wat om te doen nie, ek vra*

u hieroor om verskoning —ek is jammer vir al die pyn en die hartseer. Ek sê dit nie maklik nie. Ek sê dit met 'n hart wat stukkend is en met tranes in my oë...

[Después lloré por lo que había pasado, aunque no pueda cambiar nada. Miro dentro de mí para entender cómo es posible que nadie supiera, cómo es posible que tan pocos hicieran algo, cómo es posible que tantas veces yo solo haya mirado desde afuera. También me pregunto cómo es posible vivir con esa culpa y esa vergüenza... No sé qué decir, no sé qué hacer. Pido disculpas por todo... y me apena el dolor y la angustia. No es fácil decir esto, lo digo con el corazón partido y lágrimas en los ojos].

*

Los textos se acumulan en el vapor del lenguaje recién podado. Nomonde Calata, Priscilla Zantsi, Isabel Hofmeyr, Nontuthuzelo Mpehlo, Nqabakazi Godolozzi, Elaine Scarry, Feziwe Mfeti, Nohle Mohape, Art Spiegelman, Govan Mbeki, Phyllis Maseko, Ariel Dorfman, Lucas Sikwepere, Abdulhay Jassat, Johan Smit, Sra. Mkhize y Sra. Khuzwayo, Marta Cullberg Weston, Cyril Mhlongo, la madre de Bheki Mlangeni, Colette Franz, Yehuda Amichai.

*

Algunos periodistas solicitan que los cambien de destino. Otros se centran en los perpetradores. Algunos se retiran, furiosos, de las fiestas a las que asisten o advierten que los amigos ya no les hablan. Algunos se toman el *brandy* puro de un trago; otros se tranquilizan con *daggazolletjies* que ellos mismos lían en el momento. Cuatro meses después de iniciadas las audiencias, la mayoría de los que viajamos mucho empezamos a sufrir afecciones en los pulmones y las vías respiratorias. El Presidente tiene bronquitis; el Vicepresidente, neumonía. Algunos lo atribuyen a los viajes en avión, que son una fuente de gérmenes. No, es por tener que adaptarse continuamente a distintos climas y altitudes. Ya formamos una familia. Subo a un pequeño avión a hélice y me siento junto a uno de los intérpretes. Atrás, viaja el arzobispo con su guardaespaldas anglicano. Mientras el avión se sacude al ganar en altura, veo que Tutu agacha la cabeza y reza. Por alguna razón, sé que todo va a estar bien.

Una noche, al llegar yo a mi casa, mi familia está viendo un partido de críquet por la televisión. Están todos contentos, forman un grupo

unido. Yo me quedo en la cocina a oscuras durante un buen rato. Todo me resulta incoherente y extraño. Me doy cuenta de que ni siquiera recuerdo dónde está la llave de la luz.

No puedo hablar de otra cosa que no sea la Comisión de la Verdad, pero no digo una palabra al respecto.

Hasta el día en Queenstown. El frío cala los huesos. Con los abrigos y las bufandas puestas, escuchamos una experiencia aterradora tras otra, historias siniestras, una procesión incesante de rostros en un ritmo monótono.

Un hombre da su testimonio sobre una explosión en su restaurante. Explica que el motivo por el cual solo murió una persona ese día fue que las mesas del Spur eran de muy buena calidad.

Me río.

—Vino mi amigo y me dijo: “Lucas, quise acercarme...”.

“... Pero no sabía dónde tenía las piernas”, digo para mis adentros, y me río a carcajadas.

Un periodista local me sirve té y me pregunta, tímidamente:

—¿Hace mucho que cubrís la Comisión?

Decido tomarme dos semanas de licencia.

*

Contamos historias para no morir por estar vivos

El hombre se sienta solo. Lleva una chaqueta ordinaria. En afrikáans formal y algo anticuado, dice que no puede contar la historia de la bomba del CNA que acabó con sus familiares y amigos.

—Únicamente tengo preguntas para hacer. ¿Saben ustedes qué se siente cuando la temperatura es de entre seis y ocho mil grados? ¿Saben qué se siente en una explosión tan intensa que expulsa las amalgamas de los dientes? ¿Saben qué se siente cuando uno busca sobrevivientes y encuentra únicamente muertos y mutilados? ¿Saben qué se siente cuando uno busca a un hijo de tres años y nunca, señor Presidente, nunca lo encuentra y se pregunta todos los días de su vida dónde estará?

Hacia fines de los años ochenta, las familias Van Eck y De Neyschen estaban de vacaciones en un coto de caza cerca de Messina, en la frontera norte de Sudáfrica.

Una tarde, las dos familias salieron a cazar en el *bakkie*. La rueda trasera derecha (debajo del asiento del hijo de Van Eck, que tenía tres

años) pisó una mina terrestre.

—De pronto, todos estábamos en llamas. Cuando volví en mí, vi que mi hijo de un año y medio estaba vivo... estaba recostado, inmóvil, pero me miraba. El señor De Neyschen estaba apoyado en el volante... Tenía fuego en el pelo y de la frente le brotaba un chorro de sangre.

Van Eck los sacó a todos por la ventanilla y después fue a tratar de encontrar sobrevivientes.

—Detrás del vehículo estaban mi esposa y Martie de Neyschen. Las dos mutiladas y muertas ya. Seguí buscando. Encontré al pequeño Kobus de Neyschen aún con vida. Me acerqué al padre y le dije: “El niño vive, pero tiene quemaduras y mutilaciones graves”. El hombre me pidió que lo dejara morir... y eso fue lo que sucedió. Después me di cuenta de que Lizelda, la hija del señor De Neyschen, se acercaba caminando por el *veld*... Tenía un corte en la cara y rengueaba. Seguí buscando a mi hijo de tres años, pero no lo encontré... hasta hoy sigo sin encontrarlo... Mi hijo pequeño y yo enterramos a los otros dos integrantes de la familia y al día siguiente, a dos amigos. Desde ese momento, me hundo día tras día. Días enteros me quedo sentado sin hacer otra cosa... Perdí mi negocio. Ahora soy nada más que un blanco pobre.

En el pequeño salón lateral se ubican los equipos electrónicos. Nuestros grabadores reciben la traducción. Vemos a Van Eck en el monitor. Escribo el texto de la noticia y decido incluir un segmento de audio. Dicto el texto por teléfono. Leo: “... y nunca coma señor Presidente coma nunca lo encontré”. Me quiebro... Me tiembla la voz. Se me cierra el pecho. No puedo hablar.

Le paso el teléfono a un colega y huyo a ciegas entre los cables y equipos electrónicos... Salgo a la galería cubierta con vistas a Nelspruit. Me falta el aire. Como buzos debajo del agua que salen a la superficie, mis ojos buscan el horizonte... las montañas encendidas forman un cerco de paz celeste. Me hundo. Mis ojos se aferran a los árboles, las cañadas... miro, huelo... el paisaje es paradisíaco y el lenguaje es propio del paraíso: níspero, marula, *tarentaal*. Suspiro. El aire está adormilado por el perfume del jazmín y la *kanferfoelie*. Me siento en los escalones y no puedo dejar de llorar. Los seres humanos soportamos tanto... Cada semana que pasa nos estiramos un poco más bajo el peso aplastante de los distintos tonos del dolor... ¿A cuántas personas se puede ver llorar? ¿Cuánta pena desatada se puede acoger? ¿Cómo se hace para deshacerse de la entonación particular de las palabras? Sigue y sigue.

Me despierto en camas extrañas con sangre en los labios

despellejados... y con segmentos de audio que me gritan al oído.

Me llaman por teléfono:

—Dicen que la historia es muy fuerte... ¿Ponemos un poco más de audio? ¿La parte que habla de los dientes o la de la hija que se acerca caminando por el *veld*?

Me limpio la cara.

—La parte en que cuenta que se queda sentado días enteros... y no te olvides de agregar que los diarios de esos días decían que en un árbol cerca del *bakkie* aparecieron mechones de pelo y los ojos del hijo.

Se me cae el pelo. Se me aflojan los dientes. Tengo erupciones en la piel. Después del plazo fijado para la presentación de las solicitudes de amnistía, entro en mi casa como una extraña. Y vacía. Me quedo sentada todo el día. Observando. Mi hijo menor se me acerca y me dice: “Disculpame, no estoy acostumbrado a que estés en casa”.

No hay poesía que pueda surgir de algo así. Que se me caiga la mano si escribo.

Así que me quedo sentada. Naturalmente y no tan naturalmente, sin palabras. Aturdida por conocer el precio que tuvieron que pagar tantas personas por sus palabras. Si escribo, las exploto y las traiciono. Si no escribo, me muero. De repente, recuerdo una frase que solía decir mi abuela: “No hay mejor remedio para la angustia que preparar una torta”. Quizá sea reparador.

Pongo en un bol trozos de ananá y melón, jengibre, higos, dátiles y nueces. Cerezas verdes y rojas, pasas de uva, pasas de Esmirna. Dejo todo en un lugar fresco y oscuro: un bol lleno de gemas brillantes empapadas en *brandy*. Añado una mezcla aterciopelada de huevos, manteca y azúcar. Horneo la torta de frutas y disfruto de unas pequeñas porciones de un aroma delicioso en el azul deslumbrante del calor del Cabo.

Imagino deliciosos versos de mentira y venganza.

Notas

1. Pick 'n Pay es una importante cadena de supermercados de Sudáfrica [N. de las T.].

El relato de la traición se reinventa una y otra vez

Dr. Boraine.— Señor, Snayer, Basil, ¿dónde estaba Anton antes de que lo mataran?

Sr. Snayer.— En la casa de al lado.

Dr. Boraine.— Y usted, en ese momento, esa noche de noviembre de 1989, esa madrugada, ¿usted realmente no sabía que él estaba ahí?

Sr. Snayer.— No tenía idea.

Dr. Boraine.— Bien, gracias. Entonces usted nos dice que oyó disparos. ¿A qué hora, aproximadamente, empezaron esos disparos?

Sr. Snayer.— Serían las doce y media o la una menos cuarto. Me acuerdo porque había ido a ensayar con mi banda. A eso de las doce volví a casa y recuerdo que mi esposa estaba preparando galletitas, porque era el cumpleaños de mi hija mayor. Cumplía once. Sí, estaba aterrorizado y, claro, uno no puede quedarse sin hacer nada ante algo así. El ruido se oyó muy cerca. Inmediatamente, mi esposa y yo nos tiramos al piso de la cocina y yo fui arrastrándome hasta el teléfono para llamar a mi vecino. Él me dijo que le parecía que los disparos venían del fondo de la casa o de la calle. Mientras yo iba a buscar a mis hijos para sacarlos de la habitación, porque estaba cerca del lugar de donde se oían los disparos, y llevarlos adonde estaban mis hijas, mi esposa llamó a la comisaría de Athlone y la policía le dijo que no se preocupara, que ellos ya sabían lo que estaba ocurriendo.

»Eso, por supuesto, me dio más miedo, porque entonces deduje que había dos posibilidades: que hubiera un posible perpetrador de... un criminal al que habían arrinconado o un activista, un luchador por la libertad al que había rodeado la policía. Volví a la habitación del fondo, donde se encontraba mi familia con nuestra empleada doméstica.

»Y ahí estaban todos temblando. Mis hijos entonces tenían trece, once y cuatro años... lloraban sin parar. Probablemente tendrían miedo de que en cualquier momento un disparo atravesara la puerta de la habitación. Los tiros eran continuos. Fui arrastrándome hasta la

parte trasera de la casa, al lugar de donde venía la mayor parte del ruido. Abrí una ventana muy muy despacio para no levantar sospechas y poder ver qué pasaba. Había gente caminando por el patio de atrás y, a pesar de la poca visión que tenía, advertí que el portón estaba abierto de par en par, aunque yo sabía que lo había cerrado, porque siempre lo hago.

»Después noté que había gente que iba y venía por la calle del fondo, personas que entraban y salían de mi patio. Todos estaban armados.

»Algunos habían tomado posición en la casa que está justo detrás de la mía en la calle del fondo. Ellos también estaban armados y disparaban. Entonces cerré la ventana y fui a la parte anterior de la casa. En ese momento, creí que lo mejor sería que nos fuéramos, por seguridad. Serían ya las tres de la mañana. Los disparos no cedían. Volví al fondo, abrí la misma ventana de antes y a eso de las 3 o un poco antes, vi un Casspir que venía por Denton Road, es decir, por la calle del fondo.

»Es una calle sin salida, y me parece que no hay lugar para retomar; por eso, el vehículo que vi pasar tuvo que dar marcha atrás para salirse de la calle, giró y unos minutos más tarde entró nuevamente marcha atrás. Lo vi todo a través de la ventana.

»Más o menos a esa hora, el vehículo volvió a pasar, aceleró y chocó contra la pared de la casa de Noordien, mi vecino de al lado; se la llevó por delante. Tres veces la chocó antes de que la pared cediera. El conductor del Casspir estacionó enfrente, muy muy cerca de donde supuestamente vivía Anton. En ese momento, se incrementaron los disparos y el ruido de las armas de fuego. Cuando pasó todo, nos dimos cuenta de los enormes agujeros que había en la pared, agujeros que atravesaban la pared de lado a lado.

»Poco después de lo del Casspir, volví adonde estaba mi esposa y le conté lo que había visto. Al rato, sonó el timbre y fui a ver quién era. Una persona que se identificó como el sargento o el capitán Brazelle me dijo que tenía que dejar la puerta abierta porque había un terrorista en la casa del al lado y la policía tenía que poder entrar a mi casa. Yo me opuse. Le respondí que mi familia había pasado una noche horrible y que me parecía que ellos no podían convertir mi casa en un campo de tiro desde el cual disparar artillería pesada. Estaban todos armados hasta los dientes. El oficial me respondió que no me estaba pidiendo permiso. En ese momento sentí desamparo y frustración.

»Abrí la puerta y él irrumpió en mi casa junto con cuatro o cinco

policías de uniforme, con armas en la mano listas para disparar. Tomaron distintas posiciones: dos se apostaron en la cocina, junto a la ventana, dos fueron al baño de al lado. Por seguridad, me ordenaron que me fuera a la habitación donde estaba mi familia y que nos encerráramos ahí. Yo no le obedecí: fui a la habitación, pero dejé la puerta abierta. Vi que los dos policías que se habían quedado en la cocina destrozaron el vidrio de la ventana. Parecía como si la casa entera hubiese estallado.

»Yo... yo me sentía cada vez más involucrado en una situación que no controlaba.

»De afuera llegaban gritos: “*Kom uit, jou vark* [Salí de ahí, cerdo], te llegó la hora. Te vamos a matar”. Yo... yo no... no sabía por qué estaba pasando eso. Y una voz o, en realidad, unas voces repetían a cada rato: *Kom uit, jou vark*, lo que me hacía pensar que le hablaban a una sola persona. Los disparos eran continuos.

»Entonces fui a una habitación que está junto a la del fondo donde... donde había estado toda la noche, y a eso de las ocho menos cuarto de la mañana, sí, a las ocho menos cuarto, me di cuenta de que había un policía tendido o agachado en el techo, y una mano o un brazo que trataba de atrapar algo que se había caído o que trataba de arrojar algo.

»Muy pronto... quiero decir, casi inmediatamente después, hubo una explosión muy, muy fuerte. Y de repente, silencio. Unos minutos después, alguien dijo: “Pueden salir; ya pasó todo”.

»No dejaron entrar a nadie en ese... esa casa hasta que la policía hizo lo que... lo que fuera que estuvieran haciendo adentro y hasta que llevaron a ese... a alguien en ambulancia. Pero cuando... cuando el señor Noordien permitió que entrara la gente que se había reunido fuera de su casa, vimos las consecuencias del ataque, de las explosiones.

»Había jirones de ropa por el piso, contra la pared... las paredes y el techo estaban todas... llenas de sangre. Había mechones de... no sé, de pelo o algo parecido y carne por todos lados y pegados, o algo así, a la pared.

»Y eso... ese fue el final... creo, de un episodio de nuestra vida, de nuestra familia, que no olvidaremos jamás.

»Pero antes de concluir, quiero decir que acepté dar mi testimonio aquí, no solo porque la verdad merece ser contada.

»Acepté también por la impresión que generaron las denuncias de que cuadros jóvenes, como Anton y Ashley Kriel, Robbie Waterwitch, Coline Williams y tantos otros, eran comunistas o jóvenes a los que los

comunistas les llenaban la cabeza. Hay que acabar con ese mito de una vez por todas. Creo que murió un buen soldado al servicio de este país. También creo que se lo debo a la familia, a la que le negaron la posibilidad de despedirse.

Basil Snayer

*

Sr. Henry.— Me sentí un extraño en mi propio país durante mucho tiempo. Mi nombre completo era Mark Henry, pero en 1991 me lo cambié por Yassir Henry. Es que Mark era un nombre con el que ya no podía convivir, y no solo por cuestiones religiosas. Era un nombre que me excluía, que me daba vergüenza y representaba un peligro para mí. Ahora tengo 26 años... y quiero recobrar mi experiencia por obra del Estado, que me provocó un trauma psicológico y una herida de por vida.

»Digo todo esto para poder seguir adelante de alguna manera, y espero así poder despertarme de esta pesadilla que me persigue desde el 16 de noviembre de 1989.

»Empecé a participar en política cuando tenía quince años. En 1986, yo, Ashley Forbes y Peter Jacobs nos exiliamos creyendo positivamente que regresaríamos con más fuerza para proteger a nuestra gente de la brutalidad del Estado... El plan era volver para fundar estructuras. Yo seguiría capacitándome antes de volver. Nos fuimos a Suazilandia y nos unimos formalmente al CNA en Maputo. En Lusaka nos examinaron, nos aceptaron y nos enviaron a Luanda. Ahí nos separamos y fuimos “al Este” para recibir adiestramiento militar. A los dos meses, me incorporé a las estructuras de seguridad del CNA; me seleccionaron para una especialización en ingeniería militar. A los diecisiete años, me fui a la Unión Soviética, donde pasé 10 meses. Allí me especialicé en inteligencia especial y tareas de combate.

»Durante ese período, me designaron comisario militar a cargo de diez combatientes. Para mí, fue un gran honor y una responsabilidad enorme... Me arrastraron de la niñez a un mundo que exigía vigilancia constante, madurez y disciplina. Volví a Luanda, y me pusieron a trabajar con el responsable soviético del entrenamiento de cuadros que operaban en la clandestinidad en Sudáfrica y venían a Luanda por poco tiempo. Cuando esa persona se fue, la responsabilidad de su

tarea recayó sobre mí. A fines de 1988, me convocaron desde Lusaka, donde me informaron que formaría parte de un equipo técnico que dependía de Ronnie Kasrils, que en esa época era el jefe del Consejo Político Militar. Pensé que mi designación me alejaba del objetivo por el que originariamente me había exiliado, es decir, recibir adiestramiento especializado y después volver al país.

»En 1989, regresé clandestinamente a Sudáfrica junto con Anton Fransch, a quien yo conocía por el nombre de Mahomed. Contrariamente a lo que yo esperaba, nadie me dio instrucciones claras acerca de lo que se suponía que tenía que hacer en Ciudad del Cabo. En cambio, me dijeron que nos iban a interrogar. Teníamos que dar detalles de nuestro entrenamiento. Todo el proceso fue sumamente confuso, y encima nos asignaron tareas domésticas. No podíamos salir de ciertas áreas de la casa y nos trataban abiertamente como si sospecharan de nosotros. La relación se volvió tensa y hasta hostil. Pasado un mes, decidí irme. Sentí que había demasiada desconfianza y que mi vida corría peligro. Me fui y hablé con mi hermana, que me ayudó a instalarme como estudiante en otra casa.

» (*Silencio prolongado; suspiros sonoros antes del reinicio del relato*). Un día, por pura casualidad, me encontré con Mahomed en un negocio. Hablamos con franqueza. Yo le expuse mis preocupaciones y le dije que estaba dispuesto a hablar con ellos. En su opinión, como yo me había ido de la casa de la forma en que lo había hecho, no tenía derecho a que la reunión se celebrara en terreno neutral y por eso yo debía acompañarlo. Le rogué que no me mostrara dónde vivía... Pero me obligó a que lo acompañara. Una vez que llegamos, no me permitió que me fuera a menos que le revelara dónde me estaba alojando. Después de decirle dónde vivía, me vi obligado a mudarme. Me sentía sumamente vulnerable, porque la desconfianza que había entre otros camaradas y yo no se había disipado. Pero como yo no tenía dinero, decidí volver a la casa de mi familia, donde me quedaría tres días hasta encontrar otro lugar. Al segundo día, a eso de las tres y media, oí un estruendo en la puerta del frente y vi a varios policías de seguridad que tenían a mi padre como escudo humano mientras le apuntaban a la cabeza con un arma...

»Afuera, todos se reían, se daban la mano y se felicitaban diciendo: *Die skaap* está en *die kraal* [El cordero está en el corral]. Pensé que me había llegado la hora. Me metieron en un auto y me preguntaron por las armas y por Mahomed. Me llevaron a Grassy Park y después a Culemborg. Me interrogaron, querían saber de las armas y de Mahomed y también si él era Anton Fransch. Me mostraron fotos más

y de Mahomed, me mostraron páginas con información sobre nuestra infiltración en el país. En un momento, entró uno y preguntó: *Wat praat julle nog met die fokken dormer?* [¿Todavía están interrogando a este hijo de puta?], mientras me daba golpes en el pecho... Yo insistí en que no tenía armas y que no conocía a Mahomed. Después me informaron que habían arrestado a mi padre también. Entonces les dije que Mahomed y yo no estábamos de acuerdo en algunas cosas y que habíamos perdido contacto. Liebenberg me advirtió que si no cooperaba iban a matar a mi madre y a mi sobrino de cuatro años. En ese momento, no pensé que ese tipo de amenazas pudieran no cumplirse... Tenía diecinueve años. Creo que a ningún joven de diecinueve años deberían ponerlo ante esa disyuntiva. No tenía opción. Les dije que les daría la información si liberaban a mi padre y dejaban en paz a mi madre. Traté de ganar tiempo y señalé un lugar en un mapa. Me mostraron un mapa enorme. Pensé un momento y les mostré... (*llora*) les mostré... dónde estaba. Me llevaron a la casa... Fui con un montón de policías. Cuando confirmaron que la casa era esa, llegaron más policías... Después me obligaron a tirarme bajo el asiento del auto con la cabeza entre las piernas y las manos esposadas en la espalda... (*solloza*) Pensé que... que a Mahomed lo iban a arrestar... (*solloza*), pero entraron en la casa sin ninguna advertencia... Oí disparos. Me di cuenta de que los policías tenían miedo. Corrían para todos lados. Alguien dijo gritando que le habían dado a uno de ellos. Empezaron a ordenarle a Mahomed que saliera de la casa. Lo que pasó después fue un feroz tiroteo. Oí que explotaba una granada... Ahí me di cuenta de que no querían arrestarlo... Alguien gritó que no entraran porque Mahomed tenía granadas... Oí una explosión tremenda que sonó como si hubieran lanzado un cohete y de pronto... (*en voz baja*) se hizo un silencio. Gritaban que todo había terminado. Todo el tiempo tenía una pregunta que me daba vueltas en la cabeza y que ahora yo mismo me hago: ¿Quién me delató? ¿Quién me vendió a la policía?... (*llora*) ¡Anton murió! Murió con esa pregunta en los labios... Y yo me despierto todas las noches con esa misma pregunta (*llora*) No... no... A continuación me llevaron otra vez a Culemborg para seguir interrogándome... un interrogatorio eterno... salvo por algunas interrupciones de varias horas. Me mostraron miles de fotos de exiliados. Me mostraron un álbum. Con todos los otros álbumes, eran ellos los que pasaban las páginas, pero con este me pidieron a mí que lo hiciera. En la cuarta o quinta página.... vi una imagen que hasta hoy me persigue en mis pesadillas. Era la foto de la cabeza de una persona a la que yo mismo había

entrenado en Luanda. Había órganos esparcidos al costado del cuello. Tenía los ojos abiertos y sangre seca en los labios. El resto del álbum eran fotos de partes del cuerpo de esa misma persona esparcidas por la calle...

»¿Dónde radica la culpabilidad? Creo que no soy el único responsable de la muerte de Anton Fransch. Y es necesario exponer el papel de la policía de seguridad. ¡Eso quiero! (*grita*) Que se me reconozca por quién soy y por lo que soy, para que se rectifiquen las falsedades de mi historia. Quiero saber quién fue la persona que me delató. Cuando lo sepa, podré reconciliarme con todo lo que viví y con la muerte de Anton (*se le quiebra la voz*). ¡Quiero que el CNA reconozca su parte de responsabilidad en mi dolor! Que me devuelvan mi rango militar. Y que la Comisión me otorgue la posibilidad de despertarme de esta pesadilla que me ha perseguido durante años, para que yo también pueda participar del proceso de sanación que está atravesando el país.

Arzobispo Tutu.— Yassir, no hay mucho para decir... los que no hemos atravesado ese tipo de experiencia a veces podemos ser banales. Pero nos damos cuenta del costo increíble, del precio que se ha pagado por haber llegado hasta aquí. En especial, el precio que pagaron jóvenes como usted... Esperamos que haya podido deshacerse aquí de parte de esa pesada carga que lleva sobre los hombros...

Yassir Henry

Durante seis meses, la Comisión de la Verdad escuchó las voces de las víctimas.

Claros y potentes, el primer relato recorrió el país. Atravesó clases, lenguas, persuaciones... penetró hasta en los oídos más incommovibles. Y continúa. En algún lugar, en alguna comunidad polvorienta, semana tras semana, se sigue tejiendo la trama.

Está sentada frente al micrófono; tiene puestos una boina o un *kopdoek* y ropa de domingo. Todos la reconocen. La verdad se ha convertido en Mujer. Su voz, distorsionada detrás de su mano áspera, ha desplazado al Hombre como fuente de la verdad. Así y todo, nadie la conoce.

La verdad y la ilusión de la verdad como nunca las hemos visto.

*

Pero algo no está bien. Prestamos atención. Esperamos al Otro. Al Contrario. Al Perpetrador. Esperamos ansiosamente el segundo relato. Y esperemos que sea un buen relato. Que sea potente. Íntegro. Esperemos que esté lleno de pequeños detalles personales, dolor y desconcierto.

No puede haber ninguna historia que carezca del equilibrio que proporciona el antagonista. El oído y el corazón no pueden mantener la calma si la corriente fluye en una sola dirección. Con el tiempo, los informes periodísticos sobre las declaraciones de las víctimas se vuelven más vagos, se leen con menos avidez, se programan con menor frecuencia. ¿A quién le interesa la verdad cuando la verdad nos ha dado la espalda? ¿Quién querría confesarse ante una Comisión que no tiene más poder que el que va a confesarse?

De tanto en tanto, se oye el sonido amortiguado de un perpetrador en un juicio o en un interdicto judicial o una nota de prensa. En los alegatos políticos de agosto, ningún político está a la altura de las

circunstancias. No hay ni una pizca de emoción genuina. Cuando F. W. de Klerk dice “Estoy de pie aquí ante ustedes” ni siquiera está de pie; está sentado.

*

Seis meses más tarde, aproximadamente, el segundo relato por fin se libera de su cortina de silencio... disperso, fraccionado en intenciones y niveles de desesperación. Pero aquí está. Y es blanco. Y es masculino.

El punto de partida de las audiencias dedicadas a las violaciones de derechos humanos fue el indescriptible lamento que se escuchó de boca de Nomonde Calata en East London. El punto de partida del relato de los perpetradores es el músculo incontrolable de la mandíbula de Brian Mitchell. Mitchell pretende que le concedan la amnistía por su participación en la masacre de Trust Feed, donde murieron once personas. Cuando, durante la audiencia de amnistía, el juez Andrew Wilson le pregunta “¿Usted diría que ha sufrido mucho?”, la única respuesta que logra elaborar Mitchell para el noticiero de las 8 es un temblor frenético del músculo de la mandíbula.

En una semana se oirán dos voces importantes: la de los generales del ejército y la de los comisarios generales de la policía.

Llamo por teléfono al cuartel general del Ejército:

—¿Por favor, podría comunicarme con el general Georg Meiring?

—¿Por qué asunto es?

—El alegato del lunes.

—El general no habla con nadie. Se atiene a su declaración. No tiene nada que decir.

—Es que deseo saber el motivo por el cual Meiring no presentará testimonio sobre las antiguas fuerzas de defensa.

Me dicen que no moleste más en ese tono de *ons-is-nog-steeds-baas-al-dink-jy-nie-so-nie* [nosotros seguimos mandando aunque vos no lo creas].

Mañana del lunes. El pelotón marcha hacia la sede de Ciudad del Cabo para la Operación Callar y Negar (que no debe confundirse con las Operaciones Stratkom, Veikom y Komkom, esta última con sus insinuaciones sexuales y todo; la Operación Skaap; las Operaciones Paal y Pikkadel, Pebble y Porcelain). Y uno se olvida de su aspecto: *snorretjies* recortados, mirada furtiva, arrogantes rodeos en las respuestas. Cuando el general Deon Mortimer abre la boca, un

escalofrío me corre por la espalda. Me había olvidado de lo peor: el brutal acento afrikáner y el tono inquebrantable. El deleite con el que pronuncia palabras como “prohibir” y “prohibido”, el uso despectivo de la palabra “terrorista”, la fría petulancia de las estadísticas. El *oordaad*, el exceso: “Mozambique: 23 de mayo de 1983. Se hace efectiva la Operación SKERWE con el uso de 12 Impalas y 2 Mirage F1 AZ con los que se lanza el ataque a las unidades del CNA ubicadas en el distrito Matola de Maputo como represalia por la detonación de un coche bomba frente al Cuartel General de la Fuerza Aérea, en Pretoria, el día 20 de mayo. Los objetivos del ataque fueron dos propiedades del CNA y un cuartel”. Nada de conferencias de prensa. Nada de entrevistas.

Y es esta actuación, más que ninguna otra cosa, lo que cambia el tono de la Comisión. Alex Boraine se inclina tanto hacia delante que solo se le ven la cabeza y el cuello sobre la mesa cuando hace trizas el documento ante sus ojos. El reverendo Khoza Mgojo tartamudea de la indignación:

—Usted lanza las estadísticas como si tal cosa. Son personas, seres humanos, los que murieron. Personas cuyos familiares han prestado sus declaraciones durante los últimos seis meses. —La Comisión parece querer decir: no vamos a concluir antes de que ustedes hayan visto los rostros de las personas detrás de los números.

Ese mismo día, en Johannesburgo, se presenta el comisario general de policía Johan van der Merwe. Probablemente no tenga mucho para decir, pero al menos se pone en el lugar de sus subordinados, algo que nadie del antiguo régimen ha hecho hasta ahora. Explica la diferencia entre políticos y soldados: unos toman las decisiones; los otros las ejecutan. El mejor soldado es el que mejor ejecuta esas decisiones.

*

El segundo relato se acompaña de un tono inesperado cuando se publica *Reconciliation Through Truth*, escrito por Kader Asmal, Louise Asmal y Ronald Suresh Roberts.

Los autores tienen la certeza de que la Comisión de la Verdad no podrá cumplir con su misión implícita de crear un nuevo orden moral si no hace una distinción entre quienes lucharon contra el apartheid y quienes lo defendieron. El debate es muy antiguo, pero el libro le otorga una nueva dimensión. A diferencia de lo que opinan los integrantes de la Comisión, los autores piensan que la ley no prevé la obligación de no distinguir entre perpetradores y víctimas de ambas

partes. No es que haya manzanas podridas en los dos, afirma Kader Asmal, sino un mal árbol, una mala hierba, de un lado, y un manzano, del otro. El libro plantea el siguiente interrogante: si la Comisión de la Verdad no puede distinguir entre el bien y el mal, entonces, ¿cómo podrá dar origen a un nuevo tejido moral?

La noche de la presentación del libro ofrece la oportunidad de conocer las ideas del vicepresidente Thabo Mbeki en cuanto a la reconciliación, un tema sobre el que rara vez opina.

—El apartheid obligó a los individuos a renunciar a su propia ética personal —explica—. Lo único que puede sanar a este país es la verdad en grandes dosis... y la verdad es que el apartheid fue una forma de genocidio, de crimen de lesa humanidad. Usted, Kader, yo, Sam... ah, veo que no han invitado a los ministros con los que no simpatizan, por ejemplo, Sydney y Essop...

Asmal replica con una risa nerviosa:

—Es que no llegaron a tiempo.

Sin embargo, queda claro en el bien formulado discurso que los días de las visitas a Betsie Verwoerd y de ir a tomar el té con las *tannies* afrikáneres han quedado atrás. Los días de hacer esfuerzos para adaptarse, de apretar los dientes en pro de la tolerancia, ya son cosa del pasado. La reconciliación solo será posible si los blancos reconocen que el apartheid fue funesto y que ellos fueron los responsables. Oponer resistencia al régimen era una actitud justificada, incluso si en el marco de esa resistencia hubo excesos. Según Mbeki, si eso no se reconoce, la reconciliación no será posible.

Si bien esa postura política es oportuna, congela el debate en términos de blanco o negro y no proporciona una orientación para el progreso individual.

Las audiencias dedicadas a las violaciones de derechos humanos obligan a la Comisión de la Verdad a adoptar una postura diferente respecto de la reconciliación, a alejarla del código de colores y ponerla a disposición de todos los sudafricanos a modo de guía para el futuro. Los derechos humanos de los negros fueron violados por los blancos, pero también por negros por instigación de blancos. En consecuencia, la Comisión se vio obligada a decir que el vergonzoso apartheid que rigió en Sudáfrica despojó a muchas *personas* de su humanidad, las deshumanizó en tal medida que las hizo tratar a otros seres humanos peor que a animales. Eso es algo que debe cambiar para siempre.

Esas posturas encontradas acerca de la reconciliación y el cambio están en pugna por la supremacía.

Se enciende el debate sobre la cuestión de la amnistía para los

miembros del CNA y, al mismo tiempo, algunas olas agitan las aguas de la Naturaleza. Mientras el Cocodrilo lucha por mantenerse a flote, una secretaria, la señora Hartman, se concentra en los dientes que le quedan al animal: el señor Botha, ¹ el Cocodrilo, es muy religioso, le comenta la mujer a un periodista. Lee la Biblia. Ya hablará cuando llegue el momento oportuno. Y añade: el señor Botha se pasea con una gran sonrisa en los labios. Botha dice que la gente también hablaba mal de Hitler.

*

Tras varias semanas de presiones, interrogantes y críticas, entra en acción el segundo brazo de la Comisión de la Verdad. Es la primera de las audiencias dedicadas a la amnistía, que tiene lugar en el Centro Cívico Bafokeng, situado en una colina desde la que se divisan varios casinos famosos. El edificio alberga las oficinas del rey Lebone Molotlegi XIV, jefe de la tribu Bafokeng-Bakwena, la más rica de África, con unos ingresos anuales de 75 millones de rands provenientes de las minas de platino. Sin embargo, el dinero siempre ha estado controlado por terceros: primero por el antiguo régimen, después por Lucas Mangope y ahora por el nuevo Gobierno. El Centro Cívico está decorado con herrajes en forma de cocodrilo, el tótem familiar de la tribu. “Bafokeng-Bakwena” significa “Pueblo del Rocío y del Cocodrilo”.

Por la mañana, un grupo de personas bajan en fila por las laderas hacia el Centro Cívico. El Comité de Amnistía está integrado por tres magistrados que no son parte de los diecisiete miembros de la Comisión de la Verdad. Son los jueces Hassen Mall, Andrew Wilson y Bernard Ngoepe. Los acompañan los comisionados Sisi Khampepe y Chris de Jager. No es sencillo tratar con estos jueces. No quieren tener nada que ver con los medios de comunicación. No formulan declaraciones. Se niegan a conceder entrevistas. No ofrecen conferencias de prensa. A pesar de ajustarse a las buenas maneras jurídicas, no parecen tener mucha prisa. Nosotros no tenemos nada que hacer. El Presidente y el vicepresidente Boraine llegan más tarde, pero las puertas permanecen cerradas. De vez en cuando sale alguien, se da vuelta y mira la sala, recoge algún mueble y lo lleva adentro.

—¿Hay algún problema? —le pregunto a alguien que sale de la sala. El problema es la distribución de los asientos. Los jueces están acostumbrados a que ese tipo de cuestiones se resuelvan con la arquitectura de las salas de audiencias de los tribunales. Pero ahora se

encuentran en un salón común, y las audiencias dedicadas a las violaciones de derechos humanos parecen demostrar que la distribución de los asientos en sí misma ya es una declaración de principios. Con ella, se proyecta un mensaje simbólico. En efecto, se produce un impacto en la disposición psicológica del público. En resumen: ¡la ubicación de un asiento puede tener influencia en la amnistía!

¿Dónde deberían sentarse los perpetradores? ¿En el mismo plano elevado que los jueces? ¿Y las víctimas? ¿Abajo, con el público? La mayoría de los perpetradores siguen en prisión y están bajo la vigilancia de todo un ejército de guardias. ¿Dónde deberían sentarse Tutu y Boraine? El Comité de Amnistía es independiente; esto quiere decir que en sus decisiones la Comisión de la Verdad no tiene absolutamente ningún peso.

Retiran una mesa del estrado. Luego, las sillas. Todos estos cambios fastidian a los camarógrafos y al personal técnico, que corren de un lugar a otro y tienen que desarmar y armar sus equipos en distintas ubicaciones. De puro aburridos, escribimos un breve informe para el noticiero sobre cómo unos jueces eruditos tienen los mismos problemas que una azafata sin experiencia un sábado a la noche. ¿Quién se sienta en cada lugar? Al tiempo que la nota de color sale al aire, los jueces ingresan a la sala en silencio. Con un tono de voz que muestra irritación, el juez Mall solicita a los representantes de los medios de comunicación que tomen conciencia de su responsabilidad y no digan tonterías. La tardanza no tiene nada que ver con quién se sienta en cada lugar, sino con las exigencias del Servicio Penitenciario. Más tarde, nos enteramos de que la esposa de uno de los jueces oye la radio todo el día. Después de escuchar las noticias, llama al celular de su respetable marido y le aconseja: “Traten de no quedar como imbéciles”.

*

Un afrikáner hijo de una familia del Partido Nacional. Iglesia Reformada Holandesa, *voortrekkers*, Rietfontein-Noord Laerskool y Wonderboom Hoër. Dios le ha dado Sudáfrica a los afrikáneres. Preparados para morir y también para matar por esta tierra.

El sueño de Dirk Coetzee era convertirse en miembro del cuerpo de elite, lo mejor de lo mejor, los elegidos de las fuerzas de seguridad. Cuando, al cabo de un tiempo, fue destinado a Vlakplaas, la unidad no era sino un alojamiento para *askaris* cuyo salario era de 200 rands por

mes. Coetzee no tardó en mejorar las condiciones de trabajo y de vida del lugar, al que transformó en un centro donde los *manne* podían relajarse, una especie de granja para “los muchachos”. Aunque oficialmente la tarea de la unidad de Vlakplaas consistía simplemente en capturar guerrilleros, en los dieciocho meses durante los cuales Coetzee estuvo a cargo, hubo un solo arresto. No obstante, y a pesar de emplear millones de rands provenientes del dinero público, la unidad nunca fue objeto de críticas ni se la acusó de malgastar recursos.

La razón es obvia: la misión no oficial, es decir, el entrenamiento de un escuadrón de la muerte al que convocaban para que se ocupara de los activistas, era ejecutada a la perfección. Las órdenes, que nunca eran escritas, se impartían en persona. No se llevaban registros de ningún tipo. Entre nosotros, dice Coetzee, creamos un lenguaje gestual propio: un guiño o un movimiento de la cabeza podían acabar con la vida de una persona.

*

Dirk Coetzee ha sido acusado muchas veces de adornar sus historias y de inventar detalles. Pero son precisamente esos detalles los que impiden desestimar sus pruebas... porque en ellos se percibe un conocimiento genuino y de primera mano. Al dar testimonio de la tortura infligida al maestro Joe Pillay, Coetzee narró hechos que parecían tomados de escenas nazis, ocurridos en un búnker subterráneo cercano al Fuerte Klapperkop, en Pretoria. Ni la tortura ni la información que querían obtener era importante, pero la experiencia previa a la muerte... eso sí importaba.

—Después de un rato, decidieron llevar a un médico militar de uniforme marrón que llegó con una bolsa de suero llena de un líquido que popularmente se conoce como suero de la verdad... Pusieron a Pillay en una camilla y el médico controlaba el goteo. El maestro perdió el control sobre su mente. El procedimiento tuvo un efecto relajante.

Coetzee describe la disposición de los edificios, nombra a los altos mandos presentes en las reuniones, entre los que estaba Savimbi. A sus hombres no les permitían tomar alcohol, dice, porque venían esos personajes importantes.

*

—Las gotas hacían efecto. Cuatro gotas para una persona no muy robusta... y si se les administra más, es como ponerles cloroformo... darles más los haría caer en un sueño tan profundo que podrían morirse. Tomamos alcohol. A Kondile le dimos el suyo. A los veinte minutos, ya no podía sentarse derecho... después se cayó de espaldas. El mayor Nic van Rensburg ordenó: “Muchachos, sigamos con lo nuestro”. Dos de los oficiales más jóvenes trajeron arrastrando madera y neumáticos, y encendieron una fogata... Un hombre alto y rubio desenfundó su pistola Makarov con silenciador y le disparó en la cabeza. El cuerpo se estremeció...

Coetzee es un experto en estadísticas banales.

—La incineración completa de un cuerpo en una hoguera tarda unas siete horas. Mientras tanto, nosotros seguimos tomando y comiendo junto al fuego. Cuento esto no para lastimar a la familia, sino para mostrar lo insensibles que éramos en esa época. Las partes blandas de un cuerpo se queman más lentamente... por eso teníamos que dar vuelta a cada rato los glúteos y los muslos de Kondile... A la madrugada, rastrillamos las cenizas para verificar que no hubiera quedado ni un trocito de hueso o de diente. Después, nos fuimos cada uno por su lado.

¿Qué más se puede decir? Entre los documentos de su solicitud de amnistía, este hombre entregó un manuscrito inédito sobre los escuadrones de la muerte... con derecho de propiedad intelectual.

Imram Moosa (en representación de Charity Kondile, la madre de Sizwe).— Usted ha dicho que le gustaría conocer a la señora Kondile y mirarla a los ojos. Ella cree que ese es un honor que usted *no* merece. Y dice que si usted estuviera realmente arrepentido, no buscaría la amnistía, sino que aceptaría ser juzgado por lo que hizo...

Coetzee.— Respeto los sentimientos de la señora Kondile en cuanto a no querer verme, pero creo que yo no debería ser visto como un caso aislado. Yo también tengo derecho a gozar de los beneficios de la ley.

Tras esta confrontación, se hace en la sala una pausa prolongada e incómoda. El jurado, los abogados, el público, la familia Kondile... El único movimiento perceptible es el de la nuez de Adán de Dirk Coetzee, que traga saliva.

*

Un periodista entra en la sala de prensa del Centro Cristiano de Durban.

—Alguien, un chico que habla inglés con un marcado acento

afrikáans, puso un gran bolso negro al lado mío y me pidió que se lo cuidara. ¿Tendré que dar aviso a la policía?

—Claro —le decimos. Cuando comenzó la audiencia por la amnistía de Coetzee, reforzaron la seguridad en el edificio. En cierto momento, se recibió una amenaza de muerte y después parece que pusieron francotiradores en el techo. Coetzee tiene una falange de guardaespaldas que ingresan con él a la sala, inspeccionan la silla donde se va a sentar y el baño que va a utilizar.

(Coetzee tiene un semblante que revela cierta inteligencia, algo que rara vez se observa en los hombres de las fuerzas de seguridad, desde los generales hasta los soldados rasos. Los afrikáneres suelen conocer al dedillo sus árboles genealógicos, y nada es más importante que los antepasados maternos, aseguran los expertos. Ni el pasado ni la dislexia de Coetzee se le notan en la cara.

Adonde va Coetzee también va Klein Dirk, su hijo menor. Le pregunto:

—¿Cuál es el apellido de soltera de tu abuela paterna?

Frunce el ceño, enmarcado por unas gruesas cejas, y me dirige una mirada hosca. *Su árbol genealógico no me interesa, en realidad.*

—Stofberg —responde. Misterio resuelto: entre los apellidos afrikáneres, Stofberg está entre los de mayor prestigio).

El periodista llama a los policías y les muestra el bolso negro que está junto a la pared. Los policías entran en acción de inmediato. Rodean el lugar con un cordón. Evacúan la sala de prensa. Nos quedamos debajo de un toldo vencido fumando, mientras llaman por radio a la brigada de explosivos. Traen un perro. Necesitan tres bolsos para que el animal pueda elegir. Tres periodistas ofrecemos nuestros bolsos, que la policía ubica junto al bolso negro. El perro empieza a olisquear.

—¡Uy!, espero que esté entrenado para detectar dinamita y no droga —acota un colega, nervioso. El perro se sienta junto al bolso negro. Olió algo. Nos piden que nos alejemos.

En la sala, es el turno de David Tshikalange. Tshikalange empezó como jardinero de Coetzee y terminó como uno de los miembros del escuadrón de la muerte de Vlakplaas.

La brigada de explosivos todavía está tratando de abrir el bolso para desactivar la bomba, cuando se abre una puerta lateral de la sala y sale una intérprete que, como todas las demás, es muy bonita. Antes de que nadie pudiera reaccionar, levanta el bolso negro, se lo cuelga del hombro y se va, sin siquiera advertir el asombro en los rostros de los efectivos de la brigada de explosivos. Resulta ser una intérprete de

tsonga que llegó especialmente desde Johannesburgo esta mañana para traducir la declaración de Tshikalange, que sonó como un imbécil los tres días anteriores debido a la mala traducción. El vuelo de la nueva intérprete llegó tarde, y por eso la joven se dirigió directamente a su cabina. Le había pedido a alguien que le guardara el bolso en la sala de prensa. ¿Por qué el perro se sentó junto al bolso negro? Algo sospechoso tenía. Balas. Un paquete de cartuchos que la joven se había olvidado de quitar después de su última visita al campo de tiro.

Dirk Coetzee relata cómo apuñalaron a Griffiths Mxenge, cómo le retorcieron el cuchillo entre las costillas y después no pudieron extraerlo, cómo le cortaron la garganta y le quedó el intestino afuera. Los guardaespaldas de Coetzee están sentados detrás de él, medio ocultos en una cortina. Uno de los hombres de seguridad es Klein Dirk. Hoy lo acompaña su novia, una rubia que tiene puesto un vestido negro corto con breteles. Mientras Coetzee profundiza en los detalles, los presentes emiten gritos ahogados ante el horror, y la novia de Dirk se pinta las uñas. Apoya la mano izquierda sobre el muslo de él, que le sostiene el frasco de esmalte oscuro mientras ella se lo aplica con cuidado.

*

La Comisión de la Verdad retoma su tarea en 1997 con la continuación de la audiencia de amnistía de Dirk Coetzee, Almond Nofomela y David Tshikalange en Johannesburgo. Pero la audiencia pronto adopta un ritmo más calmo.

La sesión debería empezar a las diez. A las diez y cuarto, todavía están clavando la bandera de la Comisión en el revestimiento de madera de la sala del consejo. A las diez y media se inicia el primer testimonio. A las once, se hace una pausa para tomar un té. El Comité suspende la sesión. Esperamos. Y esperamos. Se hacen las doce. A las doce y media, aparece Chris de Jager en el pasillo. Han encontrado la forma de acortar las audiencias.

—¿Por qué no se les ocurrió ayer? —pregunta un periodista, enojado.

—¿Cómo piensa que van a analizar miles de solicitudes trabajando media hora por día? —gruñe otro.

—¡Es ridículo! —grita un tercero que está parado detrás de De Jager—. La sesión no empieza antes de las 10, después hacen una pausa para tomar un té, para almorzar, para acudir al llamado de la naturaleza, de la menopausia y, por supuesto, siempre se van antes de

las cuatro de la tarde. Ustedes trabajan como si esto fuera un proceso judicial, pero a diferencia de un tribunal, ustedes tienen un plazo específico que cumplir. ¡A ESTE PASO, NO VAN A TERMINAR NUNCA!

Los periodistas están muy tensos. Se acerca la fecha límite y todavía no se ha oído ningún argumento; no se ha dicho nada; nadie apareció el tiempo suficiente para elaborar una historia que merezca la pena difundir. Pero lo más preocupante es que parece haber una tendencia deliberada a otorgar una amnistía general.

*

David Tshikalange y Almond Nofomela querían comprar unos diamantes en Lesoto. Le pidieron dinero a Coetzee (según él). A su vez, él le pidió 5000 rands a su suegra para prestárselos a ellos.

—Regresaron un día después con cinco diamantes pequeños, del tamaño de la cabeza de un fósforo, de color, rajados, y uno un poco más grande, como la uña de mi dedo meñique y de color amarillo, que después supe que le dicen “amarillo canario”. Si bien yo no sé nada de diamantes, me di cuenta de que los habían engañado. Basta con compararlos con el de un anillo de compromiso. Así que los mandé a devolver las piedras y que me trajeran el dinero que les había prestado.

Coetzee le ordenó a Joe Mamasela que fuera con ellos. El traficante de diamantes de Lesoto no se imaginaba que los hombres que había tomado por idiotas eran tres de los asesinos más despiadados de Sudáfrica. Se lo llevaron de Lesoto, lo mataron en una plantación de caucho cercana a Lindley y se quedaron con su auto como indemnización por la estafa. Cuando los tres hombres fueron a ver a Coetzee, él pensó que un cadáver en una plantación cerca de una ciudad del interior podía traerle problemas. Coetzee, que estaba yendo a Durban a supervisar el asesinato del abogado Griffiths Mxenge, esa misma noche se dirigió a Lindley a toda velocidad. Pusieron el cadáver en una bolsa y lo quemaron cerca de lo que Coetzee denominaba el poste fronterizo de Houtkop. Desguazaron el auto y vendieron las partes en la frontera por los 5000 rands del préstamo de la suegra.

¿Pero dónde está aquí el motivo político?

—Habría sido un desastre que una fuente sensible como Joe Mamasela quedara al descubierto. Por otra parte, si a mí, a Joe o a Almond nos acusaban de robar diamantes, eso habría sido una

vergüenza para las fuerzas de seguridad, y Vlakplaas habría quedado expuesta.

*

Vlakplaas tenía una fijación con Lindley.

Después de una velada alegre en la que habían estado bebiendo, cinco negros iban cantando en un Ford Escort azul con los brazos fuera de las ventanillas. Tomaron la ruta nacional que llevaba a Lindley. Sin saberlo, se habían cruzado con el funesto contingente de Vlakplaas, que volvía de una operación.

—¡Eran un peligro al volante! No prestaron atención a la línea blanca continua —explica Coetzee, que afirma que trató de persuadirlos de que se salieran del camino. Ellos se negaron y, desde el auto que seguía al que transportaba a Coetzee, comenzaron a dispararles. Fue Joe Mamasela el que vació el cargador de su pistola Tokarev e hirió a cuatro. Así logró que se detuvieran.

—Joe y Almond sacaron a los pasajeros del auto. Joe, por supuesto, como era su costumbre, a puntapiés y golpes de puño. En ese momento, un pastor, un *dominee* afrikáner que pasaba con su esposa, frenó su vehículo y preguntó si estaba todo en orden. Yo quería sacarme al público de encima, así que les dije que no pasaba nada, que estaba todo bajo control, que yo era policía.

Para ese entonces, Mamasela ya se había infiltrado en el CNA en Botsuana, y su vínculo con la policía de seguridad no debía salir a la luz, en especial, porque portaba un arma de origen ruso. Por eso, recogieron todos los cartuchos, y Coetzee le ordenó a Nofomela que disparara algunos tiros con su pistola reglamentaria. Dejaron a los heridos en el lugar y reportaron el incidente al llegar a Lindley. Pero entonces Nofomela se rehusó a responsabilizarse por la salvaje ráfaga de disparos de Mamasela.

De todos modos, en Vlakplaas no había problema que no tuviera solución.

—En el Cuartel General de Seguridad, el brigadier Jan du Preez, con el consentimiento (y de esto estoy seguro) del general Johann Coetzee, por medio del oficial de división del DIP, brigadier Van der Merwe, en Welkom, y de la oficina del fiscal general en Bloemfontein, encabezada por el doctor Tim McNally, lo arreglaron todo.

Coetzee se recuesta en el respaldo de la silla. Y este fue otro episodio de la vida y obra de Dirk Coetzee.

Tras la audiencia, Mamasela llama a un colega que habla sesotho y le dice que Coetzee está diciendo cualquier cosa. Fue Coetzee el que quiso comprar los diamantes y por eso le pidió el dinero a la suegra. Cuando se dio cuenta de que lo habían estafado, envió a Mamasela a recuperar el dinero. Según Mamasela, él, Nofomela y Tshikalange estuvieron durante horas sentados en la frontera con Lesoto. ¿Qué otra cosa podían hacer? Estaban entre la espada y la pared. El traficante de piedras preciosas nunca les iba a devolver el dinero, pero no podían regresar con las manos vacías. Entonces decidieron arrebatarle el auto al primero que pasara para dárselo a Coetzee en lugar del dinero. Así fue que mataron al hombre que iba manejando el primer auto que pasó después de que ellos hubieran ideado este plan.

—En el auto había un diario de ordeño de un tambo. El hombre trabajaba en uno de los tambos más grandes de Lesoto. A Coetzee le llevamos ese auto.

Un colega narra esta historia en la radio. Al final de la transmisión, reciben llamados desde Lesoto: “Gracias, Radio Lesedi; gracias, Mamasela. Durante años nos preguntamos qué le había pasado a nuestro padre”.

Un día de semana como tantos otros, Japie Maponya se encontraba trabajando en una empresa constructora de Krugersdorp, sin percatarse de que dos *askaris* de Vlakplaas lo observaban a través del vidrio polarizado. ¿Su pecado? Ser hermano de Odirile Maponya, un guerrillero del CNA que había sido el responsable de la muerte de un policía negro. Al salir de la oficina, Japie fue interceptado por dos hombres que le dijeron que estaban investigando un caso de fraude en el que él que estaba implicado. Debía acompañarlos a la comisaría. Lo secuestraron y lo llevaron a Vlakplaas, donde fue objeto de la violencia de Eugene de Kock.

—De Kock estaba enojado, le gritaba y lo golpeaba —declara uno de los *askaris*. Había formas de hacer hablar a la gente—. De Kock quería un envase de gas lacrimógeno... Creo que fue a buscarlo al coche mientras nosotros, Johannes Mbeto y yo, le vendamos los ojos a Japie... Había una combi parecida a esas que venden helado. Nosotros la llamamos Brigada A, porque no tiene ventanillas. Lo metimos en esa combi. De Kock le roció gas lacrimógeno en la cara y le apretó la

nariz. El hombre estuvo tosiendo un rato dentro de la combi. Al rato, De Kock abrió la puerta, lo sacó a rastras y lo tiró al suelo. Hasta ese momento, Japie no había abierto la boca. De Kock me preguntó si el hombre podría reconocermme en el futuro, y yo le dije que sí. Entonces me dijo: “No se preocupe, mi amigo, porque no volverá a verlo nunca más”.

Tres años después, Odirile Maponya, el hermano por el que Japie fue torturado hasta la muerte, puso una bomba en los cines Sterland de Pretoria, pero debido a una falla, el artefacto le explotó encima y lo mató.

Los familiares le solicitan a la Comisión de la Verdad que los lleven adonde descansan los restos de Japie para que los dos hermanos puedan descansar en paz.

*

Nofomela de pronto se vuelve muy locuaz, abunda en detalles cuando proporciona pruebas del asesinato por el que va a pasar el resto de su vida en la cárcel.

Al principio, el problema de Nofomela no era nada extraordinario: dinero.

—Ya no podía reclamar viáticos en Vlakplaas, pero yo tenía una familia numerosa, una casa nueva, muebles nuevos y un auto en el garaje —cuenta Nofomela.

Los autos son muy importantes para los *manne* de Vlakplaas. Ellos nunca hablan simplemente de un “auto”, sino que dicen “un Opel Laurel celeste y blanco” o “un Cortina gris con techo blanco”.

—Después Johnny Mohane propuso que les robáramos a los Lourens. Tienen muchísimo dinero en un bolso que guardan en la casa.

A última hora de la tarde, cuando los hombres irrumpieron en la casa por la parte trasera, Hendrik Lourens estaba sentado en la galería. Cuando los vio, les preguntó: “¿Que están haciendo unos *kaffirs* en mi granja?”.

—¡Eso me sacó de quicio! Es decir, el hecho de que me llamara *kaffir*, en especial por lo que yo hacía en Vlakplaas... porque muchas veces yo trabajaba *para* blancos que oprimían a los negros y ahí ese blanco me llama *kaffir* a mí, un término que me indigna.

Ese, según Nofomela, es su motivo político.

*

El hermano de Ace Moema permanece inmóvil en su silla mientras Dirk Coetzee afirma en su declaración que Ace hacía muchas preguntas acerca de las estructuras de Vlakplaas. Los efectivos de Vlakplaas creían que podía ser un infiltrado del CNA, porque no era como los otros *askaris*.

—Era un hombre inteligente —dice Coetzee—, reservado. No bebía. No fumaba. —Cuando hablaron del tema Ace, el brigadier Schoon le dijo al capitán Koos Vermeulen (que, según Coetzee, odiaba profundamente a los negros) que hiciera con Ace “lo que tuviera que hacer”.

Después de ese testimonio, el hermano de Ace Moema se dirige al Comité y evoca la imagen inquietante de su madre en la casa, en ese mismo instante, esperando. Esperándolo a él y esperando consuelo.

—Mi madre... no está hoy aquí; mi padre está muerto. Cuando salimos esta mañana, ella me dijo que no podría soportar el dolor de tener que escuchar el relato de la truculenta muerte de su hijo... Me pidió a mí que viniera y escuchara y reflexionara sobre lo que se dijera aquí. Ahora me está esperando en casa sin saber lo que pasa en esta sala. Espera que nosotros le contemos... Cuando llegue a casa, no sé qué le voy a decir para... qué palabras voy a usar para que encuentre consuelo...

—Si ser inteligente y reservado es un criterio para que muera una persona, eso revela qué clase de anarquía imperaba en Vlakplaas. En 1991, en la época de la Comisión Harms, me convocaron para que proporcionara pruebas, así que yo ya pasé por esto, y ahora, otra vez. Lo que quedó claro fue... la ineptitud, la falta de sentido común... el dolor que uno debía soportar... Y está claro que, desde un primer momento, la Comisión Harms fue una farsa... No quiero decir que la Comisión de la Verdad sea una farsa, sino que yo esperaba mucho más de este proceso.

»A mi madre le gustaría saber dónde está su hijo. ¿Por qué tuvo que morir? Yo vine a expresar mi más profundo... (*llora... bebe un poco de agua... permanece sentado un largo rato con la mano izquierda sobre la frente*). Su Señoría... Me fui del país por el dolor que padecí. Estuve exiliado. Viví en condiciones muy duras, pero este es uno de los peores momentos. Estar acá sentado, tratando de explicar lo que siente mi familia y... Me gustaría terminar haciendo un pedido para que mi madre pueda dormir en paz. Son dos cosas que pido solamente: ¿Puede ir alguien a ver a mi madre y decirle: “Yo soy el que mató a su hijo. Lo siento”? Y el segundo pedido es: ¿puede alguien llevarla a un

lugar y decirle: “Aquí descansa su hijo”?...

*

El fiscal general de KwaZulu-Natal, Tim McNally, anuncia que va a arrestar a Dirk Coetzee y llevarlo a juicio por el asesinato de Griffiths Mxenge.

Por cierto, es temporada de caza...

Van con cuidado por los pastos altos... sienten el viento, siguen el rastro... el rifle apoyado contra el cuerpo los tranquiliza.

Y no salieron por un trozo de carne o una tira de tasajo. Quieren a uno de los Cinco Grandes para colgar un trofeo en la pared.

Bajo el espino la cosa se pone fea. Rinocerontes maltrechos, un elefante con un solo colmillo, búfalos heridos y un tigre. Honestamente –por sentirse mal, por hábito, por hábitat–, se ríen para adentro desde el borde de la *keelvelle*.

¿Por qué un animal habría de convertirse en cazador? Porque la justicia cambia de sitio, dice el cazador, con un ojo en la mira telescópica.

A la luz de los fogones, fermentan los rumores. Un león ruge en la oscuridad, y todos se entusiasman. ¿Va a aparecer o no? ¿Quién será el primero en acertarle al corazón? ¿Quién colgará el trofeo sobre el mostrador del bar? ¿Qué infame nombre puede pasar a formar parte de nuestras propias estadísticas de caza? Prácticamente, se puede oír a los hombres cercando a los antiguos animales de caza.

Parece que últimamente los integrantes de la Comisión de la Verdad están desarrollando el gusto por la caza. Una amenaza por aquí, una citación por allá... Pero son aficionados... De los ganchos para carne próximos a la fogata no cuelga nada... En un grupo de pulcros niños exploradores, los jueces de la amnistía asustan a los pequeños animales abriendo causas meticulosamente donde los zorrinos se hacen pasar por antílopes.

¿Quién burlará a quién?

¿No hay forma de rescatar a un viejo animal cansado en esta temporada de caza? Sí, dice el taxidermista, ir hasta el nuevo campamento al otro lado del coto de caza... Allí no se considera que un cocodrilo sea uno de los Cinco Grandes. Es más, ahí no distinguen entre el cazador y el cazado.

*

Detrás de los integrantes del equipo jurídico de Coetzee, hay una pila de carpetas etiquetadas: incidente de Lindley, Lothar Neethling, Transcripción Comisión Harms, etc. La cola de caballo del joven abogado rubio de Coetzee no se mueve mientras él repasa las pruebas. Le hace preguntas incisivas y críticas a Coetzee, a las que su cliente responde con un discurso estudiado y fluido. Está todo calculado para que el Comité de Amnistía suponga que ya han explorado el terreno más complicado. Mientras habla el vocero de la defensa, el abogado que está sentado junto a él administra una eficaz línea productiva de archivos, documentos y cartas que le pasa un asistente ante cada gesto suyo casi imperceptible.

Dirk Coetzee es una industria.

Nofomela es todo lo contrario. Su defensa consta de un único abogado cuyos argumentos están contenidos en dos carpetas. El tercer día de audiencias, la prensa todavía no tiene copias de la solicitud de amnistía de Nofomela. El abogado se sienta solo y casi no formula preguntas. En consecuencia, Nofomela debe responder a una serie interminable de preguntas y repreguntas que le formulan otros. Cuando habla de hechos en los que Coetzee está involucrado, se torna impreciso. Cuando habla del asesinato por el que fue condenado a prisión perpetua, habla con exactitud, se explaya e incluso proporciona fechas y detalles como “a última hora de la tarde” o “antes del mediodía”.

Una imagen para el recuerdo: estamos guardando en el auto alquilado las computadoras personales, las máquinas y los cables, cuando un Mercedes último modelo pasa deslizándose junto a nosotros. Se abren los vidrios polarizados de las ventanillas y el equipo jurídico de Coetzee nos saluda con la mano como hacen los reyes. Los sigue a gran velocidad el Mercedes con ruidoso motor diésel del abogado de Almond Nofomela.

*

Los equipos de abogados de quienes solicitan la amnistía merecen atención especial. Basta con entrar en la recepción de cualquier audiencia de amnistía para reconocerlos de inmediato. A un lado, fumando sin parar, con cortes de pelo que atrasan diez años y trajes grises, los abogados se agrupan alrededor de *Die Blinke* [El Ostentoso]. El *Blinke* es el abogado principal. Él se ocupa de orquestar el ataque. No lo hace porque apoya “el pasado y la política del apartheid de esa gente”, por supuesto, sino porque esa gente merece un trato justo.

Probablemente, a más dinero, más justo el trato. Al principio, el Departamento de Defensa y Policía no quiere cubrir el gasto de los que presentan solicitudes de amnistía, pero la mayoría de ellos tienen contratos que estipulan que el Estado debe hacerse cargo de las costas legales que pudieran surgir mientras estén en servicio. Cuando el general Johan van der Merwe decide presentarse, se abren las compuertas por las que fluyen las solicitudes de amnistía de muchísimos policías y, entonces, el Departamento decide afrontar los gastos de todos. Después se despliega la alfombra roja para que avancen los cocodrilos y los que les limpian los dientes. Un abogado cobra dos mil rands diarios más un veinte por ciento adicional por cada solicitante agregado; el defensor obtiene tres mil quinientos rands por día, y la consulta durante los fines de semana vale trescientos rands la hora. Para consultas después de hora, los honorarios no varían.

El vocero de la defensa es la estrella del equipo del *Blinke*. Apenas entra en la sala, atrae la mirada de todos: aquí viene el salvador. Lo eligen de conformidad con unas normas inamovibles. Debe ser razonablemente joven para que sus actividades durante el apartheid no representen un obstáculo. Debe ser pálido y parecer sensible para que uno suponga que los actos crueles lo afectan. Debe ser un afrikáner con buen acento inglés, un hombre moderno que se siente cómodo en todas partes. El *Blinke*, que normalmente está excedido de peso y nunca deja de hablar, cuida al vocero de la defensa como si fuese un caballo de carrera. Ordena que le acaricien los flancos, le cepillen la crin y le palmeen las manos y el hocico durante el precalentamiento.

Cuando comienza el espectáculo, el vocero de la defensa, plenamente concentrado, se inclina sobre su cliente. El jefe del equipo se apoya en el respaldo de su asiento y observa la acción como un maestro de ceremonias. Imperceptiblemente, le pasa pequeñas notas al defensor, que no se aparta ni un minuto de su fluida línea argumental.

Los equipos jurídicos evocan grandes dosis de agresión en las audiencias. Todos saben que es un negocio en el que se mueve mucho dinero. Durante las audiencias en Caprivi por el adiestramiento de los miembros del PLI para la lucha contra el CNA, no menos de veintinueve abogados estuvieron presentes en la sala todos los días durante dos semanas. La mayoría nunca abrió la boca. Y, según un abogado de habla inglesa, son los mismos abogados los que se benefician económicamente una y otra vez. Los que ayudaron a sus clientes a mentir antes, ahora los ayudan a decir la verdad.

El único lugar donde el dinero del Estado no cumple ningún papel es en las solicitudes de amnistía presentadas por la derecha y la izquierda. Los abogados que representan a Clive Derby-Lewis y Janusz Walus son Harry Prinsloo y Louisa van der Walt. Usan el mismo teléfono celular. Los llamo para conocer su opinión acerca de la postergación de la audiencia de Hani. Atiende Louisa, y la conversación es más o menos así:

—No, en realidad, estamos bastante (*se oye una explosión de resoplidos, rasguídos y destrucción total*) disgustados... Un segundo... (*deja el teléfono y habla con tono de reprimenda, luego el sonido se transforma en gruñido*)... Disculpe, mi Rottweiler y mi Bulldog se están matando... La ley determina que, durante su detención, las personas gozan de... *NEE! STOP DIT! EK PRAAT NIE WEER NIE* [¡No! ¡Basta! ¡No se los voy a repetir!...]... precedencia. Pero es la... *EK SIEN JOU* [Los estoy mirando]... familia de Hani la que está detrás de esto (*ruidos de una mujer con el celular en la mano, despedazada y devorada en su propia cocina*)... —Se interrumpe la comunicación y decido localizar al abogado de la familia Hani. Comparados con el imponente George Bizos, que mira más al público y a los jueces que a los solicitantes de amnistía, Prinsloo y Van der Walt son diminutos. Un abogado afrikáner importante nunca se ofrecería para defender a Walus y Derby-Lewis. ¿Por qué los abogados afrikáneres prefieren defender a Vlok y P. W. Botha antes que a esos dos simpatizantes de la derecha? Quizás el hecho de que ellos no sean afrikáneres tenga algo que ver.

No es eso lo que ocurre con los que solicitan la amnistía por la muerte de Amy Biehl y los feligreses de la iglesia de St. James. Al igual que el PCS, el CPA no estaba de acuerdo con el subsidio estatal que sí era apoyado por el PN y el CNA. Los familiares de los jóvenes condenados por el asesinato de Amy Biehl no tienen nada de dinero. Su caso lo llevan dos abogados, Nana Goso y Norman Arendse. Logran vincular los hechos y las políticas del Movimiento de Conciencia Negra y el CPA con tanta eficacia que Robin Brink, el jefe de pruebas de la Comisión, los felicita apenas termina la audiencia.

*

Dirk Coetzee ha pasado de la oscuridad a las páginas del *Vrye Weekblad*. **2** No era el afrikáner promedio ni una de las víctimas del gran engaño. Tampoco era un héroe. Era un hombre que, como todos nosotros en esa época, no necesariamente sabía qué era lo que estaba

bien, pero sí sabía qué era lo que estaba mal. Rechazado e injuriado durante años, al tiempo que sus reacciones viraban de la paranoia a la psicopatía, él nunca nos dio cargo de conciencia. Coetzee era un afrikáner que, por alguna razón, decidió transitar un determinado camino y pagar el precio que tuviera que pagar por ello.

Notas

1. P. W. Botha fue primer ministro de Sudáfrica entre 1978 y 1984, y presidente de la nación entre 1984 y 1989. Le decían “El Gran Cocodrilo” [N. de las T.].
2. *Vrye Weekblad* fue un semanario progresista y antiapartheid en afrikáans que se publicó entre 1988 y 1994 [N. de las T.].

—De pie frente a ustedes, desnudo y humilde, he decidido dejar de pedir disculpas por el apartheid y decir toda la verdad. Aunque así traicione a mi gente y a mí mismo, debo decir la verdad, quiero estar en paz con Dios, y ha llegado el momento de estar en paz también con el pueblo de KwaZulu-Natal. Y de estar en paz conmigo mismo. Es este público el que me persigue. Quizá las personas que agredí, que abandoné en el campo creyéndolas muertas, se encuentren aquí entre ustedes.

El agente de policía William Harrington declara acerca de la Guerra de los Siete Días, que tuvo lugar en los alrededores de Pietermaritzburg a principios de los años noventa, en la que murieron doscientas personas, se quemaron cientos de casas y miles de refugiados quedaron en la calle. Harrington admite que agredió a más de mil personas durante su breve servicio de dos años y ocho meses en la fuerza policial. El promedio es de más de una persona por día.

Harrington tenía dieciocho años y había concluido su capacitación en la Academia de Policía hacía apenas una semana cuando una noche tuvo que salir en busca de combatientes del CNA.

—Richard me dijo que me quedara cerca de él. Yo tenía mucho miedo. Ingresamos a una zona CNA/FDU. Rick mencionó a Dallies, que había sido blanco del CNA la semana anterior. Cuando bajamos a un valle oscuro, oímos un silbido a unos doscientos metros de donde nos encontrábamos. El silbido resonó en todo el valle. “Saben que estamos aquí”, me dijo Rick en voz muy baja. Yo quería correr, pero no era fácil por el *haelgeweer* y el cinturón, y porque trataba de evitar que las bengalas y las balas se me cayeran del bolsillo.

En la oscuridad, divisaron un grupo de hombres que estaban arrodillados para ocultarse y se pasaban mensajes entre ellos mediante chasquidos que hacían con la lengua. Los hombres de la unidad de Harrington se pusieron en cuclillas sin hacer ruido y fueron acercándose mientras emitían los mismos sonidos que los otros.

Cuando ya estaban a cinco metros de distancia, alguien gritó: ¡*Amapoyisa!* [¡La policía!], y todos empezaron a disparar en todas direcciones.

—Es como una película que tengo grabada en la memoria. Lanzamos bengalas. Los hombres daban volteretas y se desplomaban cuando los alcanzaban los disparos... Era como apuntarle a una bandada de pájaros en vuelo.

Pasado este bautismo de fuego, Harrington aprendió rápido. A la noche, ocultos bajo sus pasamontañas, los efectivos de su unidad sembraban la destrucción en las zonas de influencia del CNA. Iban casa por casa, buscaban armas, pedían que les mostraran las credenciales de afiliación al PLI. A las casas donde nadie tenía la credencial les prendían fuego.

—Yo disparaba a las casas o a los grupos del CNA desde el auto, distribuía armas a los jefes del PLI, transportaba a los miembros del Inkatha y también llevaba municiones. Eran días de sangre y muerte.

»Era mi guerra, mi guerra personal contra el CNA. Mis superiores me decían: “Te comportarás como si fueses una especie de dios”. Y estaban en lo cierto. Yo hacía exactamente lo que quería. A los veinte años, ya tomaba mis propias decisiones como efectivo policial. Me comprometí con el PLI y hasta hoy nunca escuché formalmente en ninguna conferencia, ni leí en ninguna carta ni folleto que el CNA haya dejado de ser un nido de terroristas.

Harrington tenía como héroe al mayor Deon Terreblanche, conocido por sus excursiones asesinas.

—En realidad, era como un padre para mí. Se interesaba por mí y por mi trabajo. Me decía que yo tenía que combatir personalmente al CNA porque eran todos comunistas. Decía que se ocuparía de que yo nunca me metiera en problemas.

Pero un *kitskonstabel* que simpatizaba con el CNA mató a Terreblanche.

—Unos días antes de la Guerra de los Siete Días, enterramos al mayor Deon. Yo no podía parar de llorar. Tomaba para olvidar. Me dio mucha pena su muerte. Yo cargué el cajón en el entierro. ¿Cómo no iba a quererlo? Cuando pienso en lo que hizo, sin embargo, me doy cuenta de que no debería haberlo querido, pero cuando lo recuerdo con el corazón, sé que ese hombre era un padre para mí... lo quise mucho.

¿Y su madre?

—En ese tiempo se estaba muriendo de cáncer.

La cámara se posa en la delgada línea que sale del ojo izquierdo y

corre por la mejilla de Harrington. Levanta una mano firme e intenta secarse la cara sin que se note.

—Crecí en la cárcel. Tenía veintiún años cuando me condenaron. Pero hoy mis temores son cosa del pasado. Al abandonar el estrado seré un hombre señalado por el resto de mi vida porque he traicionado el lema de la Policía: “Uno para todos y todos para uno”. Quedaré estigmatizado por traidor, porque nombré a todos y cada uno de los que trabajaron conmigo. Y cuando uno lucha como lo hicimos nosotros, lo único que tiene es la confianza. Pone su propia vida en manos de tus compañeros, confía en ellos. Y yo los traicioné... a todos... Ruego por el perdón y por la paz.

Al abandonar el estrado, Harrington rompe a llorar desesperadamente. Lo llevan sin demora a una sala especial donde recibirá apoyo psiquiátrico.

A William Harrington le denegaron la amnistía.

*

Solicitud de amnistía del policía Hendrik Johannes Petrus Botha

—Con el pretexto de sacar el papel higiénico que llevaba en la mochila, Laurie recogió la mochila con las armas y una bolsa negra que estaban en la combi. Los cinco caminamos por el bosque denso hasta un claro en los márgenes del río Tugela. Laurie dejó la mochila en el suelo y mientras él, [Mbuso] Shabalala y Charles [Ndaba] estaban orinando a orillas del río, Sam y yo sacamos de la mochila las dos armas con silenciador.

»Entretanto, Laurie les había ordenado a Charles y Shabalala que se sentaran en el suelo mirando al río. Les dijo que los llevábamos a un lugar seguro al norte de Natal. Sam y yo nos acercamos por atrás y les disparamos en la nuca. Cuando ya estaban tendidos en el suelo, les disparamos un segundo tiro cada uno. Yo le di a Charles y Sam, a Shabalala. Sam y yo les quitamos la ropa mientras Laurie regresaba al vehículo para traer unos postes de cemento, arpillera y alambre.

»Laurie cortó el alambre en varios segmentos, y Sam envolvió por separado a Charles y Shabalala en dos piezas de arpillera tras colocarles los postes de cemento a lo largo del pecho y las piernas. Después usamos el alambre para asegurar todo, la arpillera y los postes. Laurie y yo arrojamos a Charles al río desde la orilla. Luego

ayudé a Sam a hacer lo mismo con el cadáver de Shabalala. Guardamos la ropa en la bolsa negra. Cortamos ramas de los árboles y limpiamos las manchas de sangre. Revisamos todo durante una hora para asegurarnos de que la zona hubiera quedado limpia y que los cadáveres se hubieran hundido.

*

Fragmento de la entrevista radial de Darren Taylor a Lourens du Plessis

“Es sumamente importante considerar el entorno en que me crié, quiero decir, donde me formé. No estoy acusando a nadie, pero los ponían en un pedestal... No creo que esa fuera la intención, pero es lo que se percibía en las conversaciones familiares... Me hubiese gustado oír la voz de mi conciencia, porque yo sabía que lo que hacíamos estaba mal, no precisaba que nadie me lo dijera. Si a una persona nunca le remuerde la conciencia, es porque no la tiene. A mí me gustaría tener la valentía... de vivir de acuerdo con mis convicciones, porque en los años setenta empecé a sentirme incómodo con algunas cosas. Muchas veces les comenté a mis colegas que no estábamos haciendo las cosas bien, que estábamos oprimiendo a esa gente. Pero nunca fui más allá de eso. Es que tenía una familia que alimentar”.

Du Plessis, ex coronel de las FDS. Su nombre aparece en la nota con instrucciones para la eliminación definitiva de la sociedad de los Cuatro de Cradock.

*

Fragmento de la entrevista de Darren Taylor a Gerrie Hugo

“Se realizó un experimento para comprobar la conducta maternal de un babuino, una hembra con su cría... se los encerraba y se calentaba el suelo para saber hasta dónde llega la hembra antes de dejar caer a la cría y pararse sobre ella para no sentir el calor en los pies. A la larga, la hembra no soporta el dolor y suelta a la cría. Creo que lo mismo pasa con los efectivos de bajo rango de las fuerzas de seguridad... La cría, es decir, el efectivo, cree de verdad que los

superiores lo van a proteger, pero ellos, los que idean el sistema, empiezan a sentir el calor y con el tiempo dejan caer a la cría... y el agente debe darse cuenta de que le va a pasar eso. La única forma de protegerse es presentarse y sacarse el peso de encima”.

Hugo, antiguo efectivo de Inteligencia Militar que actuó en Namibia y Sudáfrica.

*

La vergüenza ahoga tu recuerdo

Antes era distinto. Eran las víctimas las que contaban sus historias a la Comisión de la Verdad. Ahora, en otra sala, en otro tiempo, frente a otro comité, los violadores de derechos humanos explican lo que han hecho. Pero la audiencia de amnistía del capitán de la Policía Jeffrey Benzien se apodera del corazón de la verdad y la reconciliación –la víctima y el perpetrador, frente a frente– y lo expone a la luz.

La relación de doble cara entre el torturador y la víctima nunca se había mostrado de manera tan gráfica como esta semana en la sala pequeña y mal ventilada de la Comisión de la Verdad en Ciudad del Cabo. Al principio, el lenguaje corporal del torturado era claro: no importa ninguna otra cosa, ni el Comité de Amnistía, ni los abogados, ni el público: lo que cuenta hoy somos usted y yo. Y estamos sentados frente a frente, como hace diez años. Salvo porque yo ya no estoy a su merced, porque ahora se han invertido los papeles. Hoy soy yo el que hace las preguntas, unas preguntas que me han atormentado desde entonces.

Pero no es tan fácil.

El primer signo de la complejidad de la relación entre un infame torturador y su víctima es la voz de Tony Yengeni. En calidad de miembro del Parlamento, Yengeni tiene una voz conocida por un tono que revela confianza en sí mismo, teñido a veces de arrogancia. Cuando se enfrenta a Benzien, ese tono desaparece. Desde donde estoy ubicada tomando nota, tengo que ponerme de pie para confirmar que el que habla es, en efecto, Yengeni. Su voz suena extraña, como ahogada. En lugar de aprovechar la situación para desquitarse con Benzien, Yengeni quiere llegar a entenderlo.

—... ¿Qué clase de persona... eh... que emplea un método como el del submarino seco con otras personas... con otros seres humanos... repetidamente... y escucha los lamentos, los llantos y los quejidos... y

lleva a esas personas al borde de la muerte... qué clase de hombre es usted, qué clase de hombre es aquel que... que puede hacer.... qué clase de ser humano puede hacer algo así, señor Benzien?... Le hablo del hombre que está detrás de la bolsa.

Ante la insistencia de Yengeni, Benzien hace una demostración del método del submarino seco.

—Quiero verlo con mis propios ojos. —Los jueces, que hasta ahora no se han apartado en lo más mínimo de las normas y procedimientos propios de un tribunal, se ponen de pie para no perderse el espectáculo. Los fotógrafos se acercan corriendo, sin poder creer la suerte que tienen. La imagen de ese hombre blanco, de contextura ancha y baja estatura, en cucullas sobre la espalda de una víctima negra recostada boca abajo en el suelo a la que le coloca una bolsa azul alrededor de la cabeza será una de las imágenes más potentes e impactantes entre todas las que ha visto la Comisión de la Verdad.

Pero Yengeni deberá pagar un precio por este momento.

Cuando regresa a su asiento, Benzien se da vuelta, mira a Yengeni y, con una estocada certera, hace añicos la reputación política del legislador frente a la nación entera.

—¿Recuerda, señor Yengeni, que en menos de media hora usted traicionó a Jennifer Schreiner? ¿Recuerda que nos señaló a Bongani Jonas en la ruta?

Y Yengeni está ahí sentado, como si le rogara a ese hombre que lo soltara todo, como si la traición o la cobardía solo tuvieran sentido para él en presencia de ese hombre.

Según Benzien, entre él y Ashley Forbes hubo “una relación especial”. Mordidiéndose los labios, Forbes trata de que Benzien reconozca que ha cometido hechos que claramente lo hundieron durante meses en un infierno que casi lo lleva al suicidio.

Benzien.— A usted lo recuerdo particularmente, porque creo que nosotros dos, después de varias semanas de estar usted encerrado, nos hicimos bastante amigos... Quizás esté equivocado, pero yo diría que nos hicimos amigos, en cierta forma... Yo lo agredí el primer día... pero después lo llevé a pasear... Y no lo digo porque sí... Usted me dijo que el pollo de Kentucky Fried Chicken era el más rico que jamás hubiera probado... Después fuimos al Transvaal Occidental, donde usted señaló los lugares donde escondían armas... ¿Recuerda cuando vio nieve por primera vez en su vida? ¿Qué pasó en la nieve junto a la N1?... ¿Y el viaje a Colesberg? ¿Se acuerda de lo bien que lo pasamos?

Forbes.— ¿No es verdad que usted me torturaba los días 16 de cada mes como celebración del aniversario del día de mi arresto?

Benzien.— En el espíritu de la reconciliación, usted se está equivocando...

Forbes.— La segunda vez, me envolvieron en una alfombra... me quitaron la ropa y me aplicaron el submarino seco... ¿Se acuerda que usted dijo que me iba a romper la nariz metiéndome los dedos hasta que me saliera sangre?

Benzien.— Le sangró la nariz, sí, pero pensé que era por la bofetada que le había dado.

Benzien le recuerda a Forbes que todos los domingos le llevaba fruta y que se arriesgaba llevándole a la celda a escondidas libros sobre el Lejano Oeste, el material de lectura preferido del detenido. La imagen de la nieve y la fruta se funden en la relación del que protege y el vulnerable, una unión en la que los dos podían vivir una fantasía y una pesadilla. Cuando Forbes hace mención de la penetración anal, Benzien frunce los labios en señal de desaprobación:

—Niego que eso haya ocurrido. Me decepciona profundamente que diga eso.

Durante la audiencia, la mujer de Ashley Forbes ocupa un lugar en la hilera posterior a la del torturador de su marido. Cuando Benzien menciona la amabilidad con que ella lo saludó esa mañana, se lo ve muy emocionado.

La eficacia de un torturador depende de su grado de conocimiento de la psicología humana. Benzien es un experto. Durante los primeros minutos, manipula a la mayoría de sus antiguas víctimas para situarlas en el papel de su relación pasada, en la que él es el poderoso y ellos, los débiles. Emplea diversas técnicas para conseguir su propósito durante las audiencias dedicadas a la amnistía. Se sienta solo y lleva puestos el mismo traje gris y la misma corbata los tres días. En una conferencia de prensa posterior, las víctimas señalan lo raro que es verlo tan solo. Él bebe agua constantemente. Cuenta que, en el pasado, sus hijos tenían custodia policial porque él era una persona muy odiada. Que ellos sabían que la manta húmeda que guardaban siempre en el baño estaba ahí por si alguien arrojaba una bomba incendiaria a la casa. Benzien recuerda los nombres en código de sus víctimas, las palabras exactas que pronunciaron, la forma particular de hablar de cada uno. Todas las víctimas aseguran que Benzien era temido en todo el país y que podía obtener la información que quisiera en menos de media hora.

—Ciudad del Cabo tenía el mismo potencial que Johannesburgo, Pretoria y Durban en lo relativo a las bombas en centros comerciales, pero yo, con todo respeto, señor Presidente, hacía las cosas bien.

En la actualidad, Gary Kruser está a cargo de la unidad de protección VIP de la Policía. De manera directa y clara, le pregunta a Benzien:

—¿Qué ocurrió después de mi arresto?

—Yo no lo arresté, señor —contesta Benzien—. Usted está confundido.

—YO LO CONOZCO MUY BIEN. ¡Fue usted! —replica Kruser, enérgico.

Pero Benzien no se acuerda.

Kruser.— ¿No es verdad que usted y Goosen me golpearon en la combi durante todo el trayecto? ¿Que usted se sentó sobre mi cabeza... después de arrestarme en la puerta del cine?

Benzien.— No recuerdo ese arresto... pero si usted dice que lo golpeamos en la combi, entonces tendré que aceptar que probablemente lo hayamos hecho... Sin embargo, no sé...

Kruser.— ¿Recuerda que cuando llegamos a Culemborg usted me colgó?

Benzien.— ¿Colgarlo? ¿Cómo que lo colgamos? ¿Usted se refiere a que lo esposamos y lo sujetamos a las rejas?

Kruser.— Así es... me sujetaron y me dejaron con los pies colgando y después me pegaron en el estómago...

Después, Kruser se quiebra, y los ojos saltones de Benzien miran preocupados porque este hombre, que ahora es su superior, está llorando. Considerando el estado de cosas actual, la expresión de Benzien podría querer decir: lo que le pasó a usted no parece tan terrible.

Pero para Kruser es demasiado, tanto física como emocionalmente, que una experiencia que casi le destruye la vida no haya dejado la más mínima huella en la memoria de Benzien.

Kruser (*con voz grave*).— ¿Alguna vez usted me sacó información?

Benzien (*irritado*).— ¡No, señor!

Kruser.— ¿Arrestaron a alguien por mi culpa?

Benzien.— ¡No, señor!

A continuación, Kruser se sienta con la espalda recta, en la misma posición que tenía antes del inicio de la audiencia. Detrás de Benzien se sientan las víctimas de la tortura infligida por él en una hilera

encadenada por la amistad y la traición. Yengeni traicionó a Jonas; Jonas identificó personas en álbumes de fotos; Peter Jacobs traicionó a Forbes; Forbes señaló escondites de armas; Yassir Henry traicionó a Anton Fransch. Durante la pausa para el té, se quedan juntos en los pasillos con sus dolorosas verdades de victoria y vergüenza. Todos se van y Benzien toma con sus dos manos la mano de Ashley Forbes, y Forbes esboza una sonrisa tímida bajo su fino bigote.

*

SB/CVR/JACOBS

Peter Jacobs, la primera víctima del capitán Jeff Benzien, lo acusa de no haberle contado todo al Comité de Amnistía. Jacobs, que hoy es director de la Agencia Nacional de Inteligencia Penal, afirma que Benzien reconoció parcialmente la verdad sobre sus otros métodos de tortura basándose en lo que habían dicho sus antiguas víctimas durante los interrogatorios. Antjie Samuel informa:

TRANSCRIPCIÓN DE INFORME ORAL:

Benzién no dijo toda la verdad, afirma Peter Jacobs. Ante una nueva serie de preguntas, Benzien reconoció haber empleado con Jacobs un arma de descarga eléctrica en la nariz, las orejas, los genitales y el ano. También describió la técnica denominada “treta del reloj”, por la cual los policías cambiaban la hora de sus relojes para que Jacobs pensara que lo habían interrogado hasta tarde. Benzien contó que cuando le dijeron a Jacobs que continuarían al día siguiente, él aceptó mostrarles dónde se escondía Ashley Forbes. Jacobs sabía que Forbes se iría al mediodía. Benzien también admitió haberle dicho a Jacobs: “Te voy a dejar al borde de la muerte todas las veces que quiera”.

Antjie Samuel, SABC Radio News, Ciudad del Cabo

*

Tras la cortina de viñedos

Y así continúa la tortura a Tony Yengeni. Yengeni se derrumbó en menos de treinta minutos, ahogado por una bolsa de plástico que le quitaba el aire y le quemaba los pulmones a manos de Benzien. Benzien pensaba que Yengeni, un activista que luchaba por la libertad y combatía el apartheid, era un blando, un hombre que se quebraba con facilidad...

Dije que no escribiría más columnas como esta, pero la tortura de Yengeni continúa, porque algunos lo ven como un traidor a la causa, un vendido, un fraude y, por una vuelta estúpida de la fe y el destino, su torturador se ha transformado en héroe, el que revela, el valiente que dejó todo al descubierto.

Para mí, Tony Yengeni sigue siendo el héroe. Yengeni es uno de los tantos miembros del CNA que apoyó la CVR, sabiendo que se sabrían cosas del CNA, dichas con el mayor desprecio por los torturadores. Para mí, Yengeni de Guguletu es una de las personas que aún me da esperanzas en el contexto caprichoso del presente.

Y no solo Benzien, sino también muchos de nosotros, le debemos unas disculpas.

Y hoy, cuando miro a Yengeni, sí, veo sangre, su propia sangre en las manos de Benzien y el Estado del apartheid. Veo sangre. La sangre de los amigos y los camaradas de Yengeni sofocados y despojados de sus pulmones por los héroes del apartheid, en menos de cuarenta minutos, dice el torturador, en su “revelación total”, hecha con precisión clínica.

Dije que no escribiría más columnas como esta.

Me equivoqué.

Sandile Dikeni, extraído de Cape Times

*

Por primera vez, el Comité de Amnistía convoca e interroga a una psicóloga. Ria Kotze, quien declara sobre los aspectos psicológicos de la personalidad del Jeffrey Benzien, ha tratado al capitán desde 1994, cuando tuvo una crisis nerviosa. Anteriormente, Kotze trataba a la esposa de Benzien, que sufría una depresión, pero luego empezó a tratar al marido tras el ataque que ella describe como una alucinación auditiva.

Me acerco a la psicóloga después de su alegato y le pregunto qué es

una alucinación auditiva.

—El término se refiere a escuchar voces, pero no puedo darle más detalles. Es de lo único que Benzien me pidió que *no* hablara.

—¿Por qué?

—Es lo único que no ha querido contar: ese pequeño incidente. Y se lo guarda para sí por orgullo.

Cuando Benzien sale a fumar, le pregunto directamente a él.

—No le puedo decir, salvo que pensé que me estaba volviendo loco. —Sostiene el cigarrillo con mano temblorosa.

—Pero ¿son voces acusatorias, voces desconocidas, voces que podía reconocer? —Se aleja de mí.

—Déjeme en paz, por favor.

La descripción más precisa de lo que le pasaba a Benzien proviene del testimonio de Kotze. Según ella, una tarde Benzien estaba sentado en la galería de su casa fumando un cigarrillo cuando le vino a la mente una imagen del pasado tan intensa y real que se largó a llorar. Su esposa llamó a Kotze y le dijo que cuando le preguntó al marido qué le pasaba, él repetía: “No te lo puedo decir. Me da mucha vergüenza”. Kotze explica que Benzien sufre de una forma severa de desprecio por sí mismo.

El Comité de Amnistía aprovecha la presencia de Kotze para indagar sobre el tema de la pérdida de la memoria. Varios perpetradores aseguran no recordar ciertos hechos, y los miembros del Comité, lógicamente, no están seguros de que esas personas estén verdaderamente traumatizadas, pues podrían estar ocultando información deliberadamente y así no cumplirían con el requisito de decir toda la verdad.

La primera cuestión que plantea el abogado de las víctimas es la definición técnica de estrés postraumático: “Solo pueden experimentarlo las víctimas. Y la característica fundamental de las víctimas es una sensación de desamparo, miedo profundo e inmensa fragilidad. De ninguna manera podría considerarse a Benzien una víctima, ¿verdad?”.

(Si la definición es correcta, ¿por qué los miembros de la Comisión, los redactores de notas de prensa, los taquígrafos y los periodistas reciben tratamiento psicológico?).

Benzien fue víctima de las condiciones inhumanas de su trabajo, afirma Kotze. Era un buen policía en la División Robos y Homicidios. Pero era tan bueno que lo trasladaron a la División Seguridad, donde tuvo que idear esos métodos de tortura para poder cumplir con lo que se esperaba de él. Eso destruyó la imagen que tenía de sí mismo.

El Comité de Amnistía desea saber cómo es posible que Benzien asegure no recordar ciertos hechos y al minuto siguiente recuerde que *no* sucedieron. ¿Se puede olvidar que ocurrió algo y a la vez estar seguro de que no ocurrió?

Todo esto gira alrededor de lo que el abogado Robin Brink denomina “el repulsivo episodio del palo de escoba”. El famoso miembro de la MK del Cabo Occidental Nicla Pedro fue capturado cuando iba camino a Lesoto, donde se encontraría con otros cuadros de la MK. Sus nombres figuraban en una carta que él debía abrir una vez que hubiese cruzado la frontera. Cuando lo capturaron, le dijo a la policía de seguridad que se había tragado la carta.

—Mentí —dice Pedro. Benzien se lo llevó a una habitación, desplegó un diario y le ordenó que defecara. El conocido torturador se colocó guantes de cirugía y rebuscó en el material depositado en el papel. Al no encontrar lo que buscaba, introdujo un dedo en el ano de Pedro. Después tomó un palo de escoba y le advirtió: “Voy a encontrar esa carta, aunque tenga que meterte esto hasta el estómago”.

Recién dado de alta de una institución de rehabilitación de alcohólicos, Pedro llora cuando da su testimonio ante el Comité. Benzien niega con vehemencia haber usado un palo de escoba. Se lo ve indignado cuando escucha el testimonio. Lo niega una y otra vez.

Reconstruir la memoria, embellecerla, es una característica humana, explica la psicóloga. La mayoría de las personas lo hace. Pero probablemente hay tres clases de pérdida de memoria. La primera es voluntaria: uno cambia los recuerdos porque se siente amenazado, porque no soporta convivir con la realidad. La segunda clase es involuntaria: un hecho muy traumático deja un hueco en la memoria y uno no logra recordar el incidente o lo que sucedió inmediatamente antes e inmediatamente después. Pero hay una tercera clase de pérdida de memoria que ocurre cuando uno presta declaración públicamente. Kotze afirma que los niveles de estrés de Benzien eran tan altos por tener que dar testimonio y por la angustia que le provocaba pensar en cómo esto podría afectar su vida junto a su mujer y sus hijos que es posible que recuerde menos de lo que recordaría normalmente.

¿Cómo distinguir entre las mentiras y la pérdida de memoria?

En voz baja, como si hablara para sí, la psicóloga responde:

—En mi disciplina, en cierto sentido, no existen las mentiras... Se habla de vínculos, reacciones, interacciones con la verdad...

El día anterior había sido Navidad. Vimos personas con pañuelo blanco, los de la *witdoeke*, y otros que soplaban silbatos.

Cuando volví a casa, había muchos hombres blancos. Patearon la puerta. La patearon y entraron. Estoy segura de que pude haber muerto ese día. No dieron en el blanco. Me apuntaron a la frente pero no acertaron. Se me acercó otro soldado, el que estaba sentado arriba del auto y me apuntaba. Empezó a dispararme cuando yo trataba de abrir la puerta. Las balas eran redondas y negras. Después fui a la casa del vecino y me pregunté cómo habían sobrevivido mis hijos.

En ese momento, el señor Ndamana no podía escapar... era muy viejo. Arrojó una piedra a la casa y gritó. “¡Eh! ¿Cómo pueden matar así a Jackson?”. Esa gente mató a mi marido, a Jackson, y lo arrojaron al jardín. Los del pañuelo blanco entraron a mi casa.

Entonces esos hombres entraron, y una de las mujeres se arrodilló y se puso a rezar. Algunas casas estaban en llamas. Había hombres blancos por todos lados. Disparaban. Los oímos; oímos que entraban al baño. ¡Dios mío, ayúdame! Y cerré la puerta. Oí que las balas entraban al baño y que alguien golpeaba la puerta. Uno de mis hijos me pidió que nos fuéramos, que venía su padre y que nos llamaba.

Creo que fue la última vez que habló. Los del pañuelo blanco lo abrieron con un hacha. Las casas se estaban incendiando; había llamas por todos lados. Las balas volaban en todas direcciones. No sé qué pasaba. A eso de las cuatro de la tarde, yo ya creía que no quedaba nadie vivo. Estaba oscuro y había mucho humo. Creo que se estaban yendo a esa hora. Nos tropezábamos con los cadáveres; había un montón. A algunos chicos los quemaron. Cuando me llevaron a la camioneta, ya estaba llena de gente. Me transportaron a Tygerberg.

Mi hijo de quince años, Bonisile, huyó con las hermanas. Cuando volvieron, encontraron a su padre muerto. Se pusieron a llorar. Algunos de los que habían sobrevivido ese día vinieron a mi casa y recogieron a mi marido. Él... lo pusieron encima de su propio hijo.

Este niño, que también estaba cubierto de sangre, no paraba de preguntar “¿Papá, me ves? ¿Papá, me ves?”. Y supe que murió cuando iban al Hospital Conradie, cuando estaban camino al Conradie.

Siento las balas como si tuviera clavadas espinas de acero...

El dueño de la casa funeraria nos llevó a verlo. Fui con mi hija mayor. Cuando llegamos, vimos que tenía los ojos colgando. Tenía marcas negras en todo el cuerpo. Y vimos el tajo, el hachazo.

Todavía me siento mal... tenía mal los pies y las manos arruinadas. Tengo orificios en el cuerpo. No puedo dormir.

A veces, cuando trato de dormirme, siento que me sale una cosa de la cabeza, algo que se evapora, hasta que tomo las pastillas, entonces me siento mejor. Y todo por las balas que tengo en el cuerpo.

Mi hijo Bonisile, que estaba manchado con sangre de su padre, nunca se recuperó. Quedó mentalmente perturbado.

Sra. Gobodo-Madikizela.— Pasó el nivel seis con el símbolo A, el símbolo B y el C... No lo veo con claridad, pero según el certificado parece que tiene sesenta, setenta y ochenta por ciento. Antes de ver esa imagen terrible del padre, era un buen chico. Gracias, querida, ya se puede ir.

Elsie Gishi



Estábamos festejando la Navidad. De pronto, me di cuenta de que había algo que sonaba como si fueran petardos. Vi que Rhoda Macdonald dejaba caer sus brazos y se moría. También Ian. Me acerqué a la puerta para ver qué estaba pasando y vi a un hombre con un pasamontañas en la cabeza, no sobre la cara sino en la cabeza. El hombre llevaba un AK-47, y apenas lo vi pensé: “¡Dios mío, un ataque terrorista!”. Ahí me desmayé y no me acuerdo de nada de lo que pasó hasta que volví en mí en un helicóptero. Me estaban llevando a Bloemfontein. Uno me dijo: “Usted estuvo en un ataque terrorista. La estamos llevando al hospital”.

Lo siguiente que recuerdo fue cuando ya estaba en terapia intensiva. Vi a toda mi familia y a mis amigos a mi alrededor. Y la experiencia más horrible durante mi permanencia en terapia intensiva fue que todas las tardes cuando oscurecía, yo veía un hombre a través de la ventana. Al principio, creía que era un guardia de seguridad. Yo no podía hablar con mi familia, me comunicaba escribiendo en un papel,

porque estaba toda entubada, así que les ponía en el papel: “Por favor, díganles que se lleven al hombre de la ventana” (*fin de la grabación*).

Pasaron unos días, y mi hija mayor, que es muy inteligente, a las dos semanas... mi hija me trajo fotos de uno de los sospechosos... y era la cara del hombre de la ventana... era el hombre que vi en la puerta con el AK-47... Eso fue sanador para mí, porque por fin lo había encontrado y sabía quién era el de las alucinaciones que había tenido en la unidad de terapia intensiva.

Estuve un mes en terapia. Fue bastante traumático. Tuve que aprender a caminar otra vez. Volví a casa. Mis hijos se portaron tan bien conmigo... se peleaban entre ellos para bañarme, vestirme, darme de comer y esas cosas. No sé qué hubiera hecho sin ellos. Tuve una cirugía a corazón abierto, porque tenía un orificio en la aorta y había dejado de respirar. También me quitaron el intestino. Tengo una cicatriz bastante fea, y el pulgar no me quedó bien por las esquiras... Es que todavía tengo esquiras en el cuerpo, pero la única molestia es que cada vez que paso por el detector de metales de un aeropuerto suena la alarma, y eso hace que la vida sea más emocionante. También tengo una herida en la rodilla. Pero en general, debo reconocer que todo lo que pasé fue enriquecedor. Creo que fue una experiencia enriquecedora que me hizo crecer y que me dio la oportunidad de relacionarme con otras personas que han atravesado una situación traumática.

Y mientras estuve internada, me emocionó que vino a visitarme gente del CNA; venían a ver cómo estaba, y a mí me conmovió eso y que la gente de Bloemfontein, todo el mundo, me mandara mensajes. La verdad es que me malcriaron bastante.

*Beth Savage, testimonio sobre el ataque del
Club de Golf de King William's Town*

Son las seis menos cuarto del lunes de la primera semana de marzo. El Comité de Amnistía ha levantado la sesión. En una zona desierta del Edificio Munitoria, en Pretoria, solo el equipo de radio sigue trabajando. Escribo en la computadora. Tengo que archivar un informe, pero mi mente está haciendo horas extras: ¿qué es un relato? Hoy, los solicitantes de amnistía presentaron ante el Comité dos versiones del asesinato del agente Richard Mutase y su esposa, cometido en noviembre de 1987. Roland Barthes dice: “El relato no hace ver, no imita (...). Su función no es ‘transmitir’ el relato sino exponerlo”. ¿Esto quiere decir que los relatos del asesinato de los Mutase no tienen que ver con la verdad, sino con un espectáculo para la ocasión? ¿Y la ocasión resulta ser la amnistía?

Transcribo a continuación la versión del capitán Jacques Hechter:

“Nos alejamos de la casa. Teníamos ropa oscura y pasamontañas. El de Mamasela no le cubría la cara, porque estaba enrollado. Mamasela golpeó la puerta de los Mutase y preguntó por Richard. Nosotros nos quedamos a un costado, escuchando. Cuando Mamasela nos dijo que la esposa de Richard estaba esperando al marido, decidimos entrar. Mamasela volvió a golpear la puerta, obligó a la mujer a punta de pistola a meterse en una habitación del fondo, desde donde controlaba que ella no nos viera. Apagamos las luces, pero dejamos encendido el televisor para que pareciera que había alguien en la casa. Nos escondimos detrás del sofá. Al rato llegó un auto: el Mazda de Richard. Se acercó a la puerta, que estaba cerrada con llave. Mientras él luchaba con la cerradura, nosotros lo arrastramos para adentro. Se dio cuenta de que estaba en problemas. Peleó con la ferocidad de un tigre, daba gritos salvajes. Para tratar de controlarlo, lo tomé del cuello...”.

Apago el grabador. ¿Alguna vez volveré a oír esta palabra

pronunciada con tanta satisfacción? Hechter dice entre dientes: *Ek het hom gewurg...*, pero estira la “r” medio segundo más que lo habitual y la “g”, seca y sonora, se le traba en la garganta.

“... y Van Vuuren lo asfixió con una almohada. Después, le disparó cuatro veces con su AK-47... la almohada hacía las veces de silenciador. Loot, que también estaba ahí, me golpeó el brazo sin querer con la culata del arma. Llamamos a Mamasela: ‘Vení ahora. Ya terminamos’. Al salir, oímos un disparo adentro de la casa. Cuando salió Mamasela le preguntamos qué había sido ese disparo. Nos dijo que había matado a la mujer, porque ella le había visto la cara. Después nos enteramos de que también había un chico en la casa”.

Con los auriculares puestos y los ojos cerrados, Angie edita fragmentos de audio. En eso suena un timbre, pero como no es nuestra casa, no le prestamos atención. De pronto, Angie se quita los auriculares y frunce la nariz:

—Hay olor a quemado. Cuando cierro los ojos, se me agudiza el olfato.

Salgo de la sala de prensa, recorro el pasillo y le guiño un ojo al retrato de un antepasado mío: el juez Krog, hombre robusto, con el cuello peludo, enmarcado en volutas doradas y apoyado contra la pared. Entonces veo una gruesa columna de humo donde el pasillo hace una curva. Vuelvo sobre mis pasos a toda prisa.

—¡Hay fuego al final del corredor! —Angie sigue en lo suyo. Corro hasta el ascensor y le aviso a un guardia de seguridad que algo se está quemando. Se cierra la puerta y recuerdo la advertencia, que he leído tantas veces, de no usar el ascensor en caso de incendio. El aparato ya está bajando, y yo empiezo a transpirar. Nunca he sido miedosa, pero siempre fui tonta, tonta, tonta. “¡La inimitable Krog Crujiente de la SABC”, bromea después un colega. Cuando finalmente la puerta se abre en la planta baja, el aire está saturado de humo blanco.

—¡Salga ahora mismo, pedazo de inconsciente! ¡Hay fuego en todo el edificio! —grita uno de los guardias mientras me saca del ascensor.

—Mi compañera se quedó trabajando en el tercer piso. —Me dirijo a la escalera tosiendo.

—La van a rescatar los bomberos... —Pero igual nos lanzamos escalera arriba.

¿Qué nos llevamos? ¿Qué dejamos arriba? Seguras de que el incendio estará pronto bajo control, dejamos las computadoras portátiles, los grabadores, los cuadernos, un atado de cigarrillos sin abrir y un paquete de caramelos de fruta. Nos llevamos las carteras y los celulares. En la calle, las sirenas aúllan a todo volumen. Vemos

humo en distintas tonalidades de blanco, gris y negro, pero no llamas.

En la vereda, saco de la cartera una novela en afrikáans, *Kroniek uit die daafpot*, que trata el tema del asesinato de los Mutase. El autor, John Miles, se basó en documentos que el abogado defensor le entregó dentro de una caja del supermercado Checkers.

Leo la versión de John Miles:

(Se metió directamente en la trampa entrando por la puerta principal de la casa. A la mañana siguiente, la comida envuelta para llevar seguía en la vereda, junto a la puerta medio abierta del auto).

Cerró la puerta detrás de sí. La llave de luz no hizo nada salvo un “clic”. La instalación, pensó... tengo que llegar al sillón, a agarrar la pistola que tengo escondida ahí.

Pero se cayó sobre el sillón al tiempo que un primer golpe le hizo girar bruscamente la cabeza hacia la izquierda.

Uno lo tomó de los hombros; otro lo sujetó de los muslos. Él luchó como una fiera. Daba patadas y se dio cuenta de que había encontrado un punto vulnerable. Mordió los dedos del que le tapaba la boca con la mano... ¡El ojo!, pensó, desesperado, cuando sintió algo que se hundía en la cavidad ocular... Estaba acabado. Ellos eran muchos. Se cayeron al piso. ¡El ojo! Del mismo lado que el oído malo. Dios, me van a convertir en medio hombre.

¿Oyó... una risa? Olor a sudor rancio. Lo conocía muy bien. El olor rancio del sudor impregnado en los uniformes. Sudor de uniforme. Nunca se olvida.

(...)

“Estaba en el suelo, delante de la cocina nueva. Tenía la cara negra; nunca lo había visto tan negro. Y en la cabeza –o lo que quedaba de ella–, un enorme agujero en la nuca sobre el piso pegajoso. Usaron una almohada como silenciador... le apoyaron la almohada en la cabeza y le dispararon. Había plumas desparramadas por todos lados. ¡Qué desastre! Parecía como si un tornado hubiese atravesado la casa: cosas tiradas en el piso, rotas; el televisor, destruido; las alacenas y las sillas de la cocina... todo, salvo la cocina nueva”.

Miles incluye la nota publicada en el *Sowetan*:

“Un expolicía de Bofutatswana y su esposa, una enfermera, murieron como consecuencia de varios disparos de arma de fuego durante la noche del lunes en su casa del pueblo de Temba, cercano a Hammanskraal... El hijo de la pareja, Tshidiso, de seis años, (...), que

no resultó herido, quedó solo en la casa toda la noche llorando, aparentemente, porque no sabía qué hacer con los cadáveres... Los vecinos dijeron que habían oído disparos esa noche, pero que no hicieron nada. Después de los disparos, vieron a tres hombres que se iban en una combi azul”.

Uso mi celular para llamar a los programas de actualidad desde la vereda.

—Estamos trabajando en un informe para mañana sobre el asesinato de Richard e Irene Mutase.

—Contanos, ¿quiénes son?

—Mutase fue agredido por un superior blanco con tanta brutalidad que le explotó el tímpano. El hombre presentó distintas denuncias contra ese superior y contra el ministro de Justicia. Poco después lo asesinaron a él y a la esposa. Quizá puedas contactar al escritor John Miles. Escribió un libro sobre el episodio porque encontró en la historia de Mutase un modelo de la búsqueda de justicia por parte de un hombre común durante la era del apartheid.

—¿A qué hora me mandás el informe?

—En este momento, estamos sentadas en la vereda, frente al Edificio Munitoria. Lo evacuaron porque se desató un incendio.

—Tomate cinco minutos para fumar —se ríe el productor—. Podrías mencionar el incendio en el último párrafo.

Sin embargo, el incendio se transforma en algo más que un epílogo. En una hora, la zona del Munitoria es testigo de una de las operaciones antiincendios más espectaculares de la historia de Pretoria. El jefe de bomberos explica que si se unieran todas las mangueras, la manguera resultante llegaría hasta Sandton. A medida que el incendio se va transformado de incipiente en feroz al trepar por los pisos del edificio, nosotras vamos informando por celular a los programas de actualidad.

Llamo al jefe de pruebas del Comité de Amnistía:

—El edificio donde se están llevando a cabo las audiencias de los cinco policías está en llamas.

Silencio en el otro lado de la línea.

—¿Me puede repetir?

—¿No oye las sirenas?

Le da un ataque de risa nerviosa.

Hoy, Hechter y Van Vuuren narran cada uno su historia. Esas

historias se encadenan en un circuito de relatos: cuentos de pueblo, literatura, testimonios frente a la Comisión de la Verdad, notas periodísticas... El asesinato fue la arcilla. El clima político, las condiciones de la amnistía, la presencia de Tshidiso Mutase y su abuela, los abogados, todos ellos son las manos que moldean la arcilla. En realidad, hay dos historias: la historia y la historia subyacente, la matriz, la fuerza impulsora que determina qué queda fuera, qué se rescata y cómo se lo cuenta. Y en el centro de la fuerza están las condiciones de la amnistía. Hoy, esas condiciones dieron lugar a extensas descripciones de quién impartía las órdenes, para crear un contexto para las razones políticas. Y también dieron lugar a los detalles sangrientos de los asesinatos, para crear la impresión de que se dice toda la verdad.

Sin duda, los narradores transitaban una delgada línea que separaba la decisión de ofrecer detalles suficientes para impresionar a los equipos jurídicos y la de evitar los detalles más truculentos por respeto a los familiares de Mutase. La madre de Irene dio una descripción concreta de la materia blanca que emanaba del oído de Mutase después de que lo mataran, clavando la mirada en Van Vuuren y Hechter.

Pero está también el público invisible (las personas imaginadas en el horizonte de algún lugar), la familia del narrador, los colegas, el nuevo Gobierno. Y todos los que escuchan los relatos decodifican la historia en términos de la verdad. El relato nunca es neutral. Con lo que cada uno elige contar y el orden en que lo cuenta, orienta la interpretación.

Llegan camiones repletos de bomberos, que pasan a nuestro lado con su pesado equipo protector. Casi ninguno llega a los veinte años. Desde afuera no parece que las llamas hayan alcanzado la sala de prensa ni el costoso equipo para los intérpretes, ni los dispositivos de audio y televisión que se encuentran allí.

Nos piden a Angie y a mí que nos acerquemos a los enviados de la Agencia Nacional de Inteligencia, que ya están aquí. Ordenan salvar los documentos del Comité de Amnistía. Les dijeron que somos de la Comisión. ¿Sabemos dónde están los documentos? Nos miramos, con culpa. Una noche en que nos habíamos quedado trabajando, fui por ahí a ver si podía robarme un poco de té o café. La primera oficina abierta que encontré fue la de los jueces de la amnistía y, sí, ahí estaba la carpeta de documentos de la solicitud de Hassen Mali. Le eché un vistazo. Contra la pared había una hilera de archivadores. En algunos, guardaban un montón de solicitudes confidenciales de

amnistía, y en otro encontré té, café y unas galletitas deliciosas cubiertas de chocolate blanco.

—Somos de la radio, no de la Comisión de la Verdad —farfullamos —, pero los documentos están en el tercer piso, la tercera puerta a la derecha por el pasillo, en el segundo, el tercer y el cuarto archivador empezando desde la puerta.

La siguiente es la versión de Paul van Vuuren:

—Hubo un gran ruido. Él daba unos gritos terribles. Y... el capitán Hechter y yo (*suspira*)... actuábamos juntos sin hablar. Los dos sabíamos qué teníamos que hacer...

»Les explico: llegados a ese punto, el tiempo es un factor decisivo, y uno actúa sin pensar. Esa noche en particular no tocamos el tema de si la mujer iba a verle la cara a Mamasela o no. Ni siquiera lo tuvimos en cuenta, lo cual fue un error de nuestra parte, porque deberíamos haberlo pensado. Pero como el capitán Hechter se estaba divorciando de su esposa en esa época, yo no quise presionarlo, ni él a mí.

»Después de forcejear con Richard Mutase y de que el capitán Hechter le pusiera la almohada en la cabeza, yo disparé cuatro veces con mi AK-47. El capitán Loots y el capitán Hechter salieron. No me acuerdo que el capitán Hechter me haya pedido que trajera a Mamasela. Fui a la habitación... y si mal no recuerdo, la mujer estaba cubierta por una manta o una sábana hasta la cabeza. Le dije a Mamasela: “Vamos, misión cumplida”. Me di vuelta y salí corriendo. En ese momento, oí disparos. Una vez en la calle, le pregunté a Mamasela qué había hecho; me respondió que le había disparado a la mujer porque ella le había visto la cara. Quisiera mencionar que no era nada raro que la gente reconociera a Mamasela. Como Mamasela y yo éramos bastante amigos, él me comentó que se iba a hacer una cirugía plástica a expensas del Estado. Muchas veces me hablaba de sus asuntos personales. Lo que quiero decir es que, según lo que yo sé, Mamasela se iba a cambiar la cara en el futuro.

Un espectáculo flamígero. Las llamas cambian de color a medida que se van encendiendo los distintos materiales. Se entrelazan y explotan en llamaradas y, con un estruendo, se ramifican en varias columnas gigantes que se lanzan al cielo. En la vereda se oyen y se sienten las vibraciones de un enorme tambor refulgente. Con todo, el edificio sigue en pie. Envuelto en cintas de fuego. En columnas de brasas. Partes de la construcción se desmoronan poco a poco... en un

demente remolino de fuego.

Pasamos el informe con las cifras correspondientes. En el perímetro del edificio están las figuras negras de los bomberos que lanzan chorros de agua para tratar de apagar las llamas de los pisos altos. En cada piso, han asignado a un grupo de efectivos. Armaron una mesa en la calle con un tablero en el que despliegan la estrategia. Toman nota de cada grupo, registran cada movimiento.

—Tenemos que saber quién está en cada lugar —explica la persona que está a cargo del operativo como si se tratara de una batalla—. Si colapsan partes de la estructura, tenemos que saber a quién alertar y a quiénes rescatar. Dentro del edificio, se siente como si hubiera un terremoto.

El traje protector de los bomberos provoca una aceleración del ritmo cardíaco, que alcanza los ciento cincuenta latidos por minuto. Se bombean cincuenta mil metros cúbicos de agua por segundo, y controlar el incendio lleva más de quince horas en total.

Un bombero cubierto de hollín y transpiración me toca el hombro:

—Por favor, ¿me da un cigarrillo? —me pide con la respiración entrecortada—, necesito aire.

*

Enviamos el siguiente informe: “El incendio de la sede de la Municipalidad, que comenzó ayer por la tarde, aún no se ha extinguido. La sala en la que se desarrollaron las audiencias de los cinco expolicías de seguridad aparentemente no fue alcanzada por las llamas. El personal de la Agencia Nacional de Seguridad permanece en el lugar para asegurarse de que las instalaciones donde se almacenan los documentos relacionados con las solicitudes de amnistía estén a buen resguardo. Los agentes llegaron anoche con el objetivo de rescatar documentación sensible e importante. Por ahora no sabemos si los equipos de la SABC y de la Comisión de la Verdad sufrieron daños, pero el Departamento de Bomberos advierte que todo estará empapado y cubierto de hollín”.

Y este otro: “Carritos de supermercado cargados de documentos del Comité de Amnistía salen del ala dañada del edificio de la Municipalidad de Pretoria. Los papeles, que incluyen documentos jurídicos, entre otros, están mojados o con los márgenes chamuscados. Otros documentos de casos particulares, como el del ministro de Kwa-Ndebele Piet Ntuli, quedaron empapados. Los funcionarios de la Comisión de la Verdad están consternados; deben esperar que se

establezca una nueva sede. El personal técnico explica que el equipo de interpretación no estará seco para continuar las audiencias programadas para hoy”.

Nuestras computadoras están combadas por el calor y negras de hollín. Los grabadores funcionan bien. El paquete de caramelos debe haber explotado por el calor, porque la mesa está cubierta de manchas de colores. Nuestros bolsos huelen a humo.

—El mío también —comenta el juez Hassen Mall al día siguiente—. Nos llevamos el olor de recuerdo.

Un olor que permanecerá durante meses.

*

En una entrevista que concedió varios meses después del incendio, Joe Mamasela contó su versión del asesinato de los Mutase en un flujo continuo de palabras.

—Yo le dije [a Irene Mutase, que estaba en la habitación del fondo] ... le mentí diciéndole que el marido estaba implicado en robos y cosas por el estilo, y le pregunté si él no había llevado dinero a la casa, y ella me dijo que no, que él no llevó dinero, así que en el fondo, me dio pena... no sabía qué hacer para ayudarla... Ahí entró Hechter y, cuando ellos estaban forcejeando con el marido, la mujer se preocupó; en realidad, estuvo tranquila todo el tiempo salvo durante la pelea, porque yo hice todo lo que pude para tranquilizarla, pero durante la pelea hasta yo estaba inquieto, perturbado, y ella estaba muy nerviosa, no se podía controlar, y Hechter entró y dijo: *Jy staan en gaap, hoekom maak jy nie die vrou dood?* [¿Qué hacés acá con la cara descubierta? Matala]. Entonces, me sacó el revólver y ÉL le ordenó que se metiera en la cama y le disparó cuatro veces a la cabeza. Vi el cuerpo, la sangre.

—¿Y el hijo?

—No, el chico estaba en la otra habitación, durmiendo. DESPUÉS él me dio el arma y me dijo: *Nou gaan maak die kind... gaan skiet daai kind* [Ahora andá y matá al... Disparale al chico]. Entonces tomé el arma y abrí la puerta donde estaba durmiendo el chico, y vi a ese pobre inocente, vi reflejada en su cara la cara de mi hijo... No pude matarlo.

—¿Así que él siguió durmiendo a pesar del ruido, de todos los disparos?

—A pesar del ruido, no se despertó... Yo tenía un arma en la mano y podría haber matado al chico a sangre fría. Pero hubiera sido como

matar a mi propio hijo... Entonces disparé al aire en dirección al dormitorio, donde estaba la mujer, y cerré la puerta. Hechter me dijo: “No disparaste. No oí ningún disparo”. Le dije que sí, que le había disparado. Y él me ordenó que le diera el arma. La agarró, la abrió y en ese momento me felicité por haber hecho esos dos disparos, porque si hubiera desobedecido la orden, me habría matado. Así que en cierta forma creo que estoy contento de no haber matado al chico porque eso me habría perseguido toda la vida. Me habría vuelto loco.

*

Retengo las historias. Pienso en las correspondencias. En las discrepancias. En las características de estilo de la narración oral. La historia no gira en torno a un único clímax, sino que recoge episodios menores: el asesinato es tan importante como la llegada a la casa; la estrategia en el interior de la casa tiene la misma importancia que lo que sucedió después.

Y pienso en esas imágenes tan vívidas: Hechter tramando dejar el televisor encendido dentro de la casa a oscuras. Van Vuuren describiendo la pelea, la asfixia y los disparos, sin que los protagonistas intercambiaran una sola palabra. El toque sensible: “Como el capitán Hechter se estaba divorciando de su esposa en esa época, yo no quise presionarlo...”. Miles, el escritor, menciona la comida para llevar abandonada junto al coche y las plumas de la almohada, que describe como polvo depositado en el suelo de toda la casa después de los disparos. Pienso en Mamasela hablando del niño dormido. Muchas veces se recurre al discurso directo, casi nunca hay más de dos personajes por escena, y la transición entre episodios es muy rápida.

Todos los relatos llevan la impronta de su narrador. Hechter se regocija con los detalles. Articula las palabras con cuidado y pronuncia ciertos sonidos con aspereza. Su descripción contiene frases como “pelea como un tigre”, “lucha con la cerradura”, “Loots golpea el brazo sin querer con el arma”. En comparación, el tono de Paul van Vuuren es informal. Su pronunciación expresa la tosquedad de la clase obrera oculta tras un tono de voz arrogante y desconsiderado. Van Vuuren siempre hace referencia a los títulos de las personas que nombra y comete errores en la construcción de oraciones largas. También dice: “después de ‘forcejear’ con Richard Mutase”, como si en la confrontación estuviesen en igualdad de condiciones. Pero en su relato, él se presenta como un amigo, amigo de Hechter y Mamasela.

El flujo continuo de palabras de Mamasela es una sucesión de clisés desgastados, pero él se describe como un hombre sensible al que la muerte lo inquieta; no, lo *perturba*.

Según los expertos, la narración oral avanza por medio de frases recordadas que resumen el meollo e imágenes que transmiten la esencia de la historia. A partir de esos núcleos de acción se desarrollan los personajes y se llega al desenlace. Y si bien los relatos pueden ser diferentes en cuanto a la información que proporcionan, los elementos centrales son los mismos. Se superponen.

Uno de los momentos centrales es el de la confrontación. Hechter, Van Vuuren y Miles dirigen la atención al momento en que Mutase entra a la casa. Todos emplean la imagen seminal de la almohada, que inicialmente es un almohadón del sofá. Hechter cuenta que Van Vuuren usa la almohada primero para asfixiar a Mutase y después como silenciador. Van Vuuren dice que el capitán Hechter apoya la almohada en la cabeza de Mutase. En el libro de Miles, un integrante de la familia habla de la almohada del dormitorio y cuenta que las plumas, la sangre y la destrucción estaban desparramadas por toda la casa. Mamasela afirma que Hechter le disparó a la mujer que estaba cubierta por una manta en la cama. En todas las historias se pinta un panorama en el que los poderosos luchan con los débiles, los que portan armas con los indefensos, y el paisaje está plagado de malentendidos.

Merece la pena observar que donde las historias difieren es en lo que atañe a la responsabilidad. Nadie admite haber asesinado a Irene Mutase, porque no podría haber ningún motivo político para matar a una enfermera común y corriente. Según Hechter, ellos llamaron a Mamasela al salir de la casa y después oyeron disparos. En la versión de Van Vuuren, él fue a la habitación del fondo a llamar a Mamasela. Cuando salen, Mamasela está en la calle y ahí le dice que tuvo que matarla. Mamasela asegura que fue Hechter y no Van Vuuren el que estaba con él y que Hechter fue el que mató a Irene Mutase. ¿La amistad con Mamasela a la que alude Van Vuuren sigue vigente?

Un momento, me digo a mí misma con tono despectivo, ¿cuál es la finalidad de toda esta “interpretación de textos”? Estoy neutralizando la historia de la muerte de Richard e Irene Mutase. Estoy despojando de alma al horror. Puedo vivir cómodamente con los detalles si me quedo solo con la relevancia académica.

Encuentro la respuesta: Lo que revela esa interpretación de los textos no es académico. ¿Qué hay de “académico” en que todos los implicados tratan de eludir responsabilidades?

Tomemos el tema de la almohada, entonces. Aquí está el motivo, alumnos. Es solo un truco literario.

¿Pero acaso la almohada no trae algo importante a la superficie? La imagen de los Mutase, masacrados bajo almohadas blandas y mantas suaves, dice mucho de la brutalidad del crimen. Y al mismo tiempo, explota toda una serie de clisés, como la del miedo de los blancos de que los maten mientras duermen o la idea de soñar despiertos bajo una almohada de aromas dulzones.

Mientras un edificio se destruye ante mis ojos como consecuencia de un bello incendio que lo devora todo, discuto conmigo misma, contraste distintas versiones de la verdad.

¿De esto ha de extraerse la Verdad?

Debe ser.

La verdad está validada por la mayoría, dicen. O uno lleva su propia versión de la verdad al ruedo despiadado del pasado... solo así es posible pensar el pasado, solo así es posible habitar el mundo.

Si uno cree en su propia versión, en su propia mentira (porque como narradores nos damos permiso para creer en nuestras versiones), ¿cómo se puede decir que el relato sea un engaño? ¿Hasta qué punto uno puede no saber lo que sabe? En definitiva, no es la mentira lo que importa, sino el mecanismo que cada uno tiene para aceptar la distorsión de la verdad.

Hechter o Mamasela: uno de los dos mató a Irene Mutase. La verdad está de un lado o del otro. Es blanco o negro: no puede haber grises.

¿Son los muertos los únicos que conocen la verdad?

Y en medio de los cadáveres, Tshidiso, el hijo. ¿Cuál es la verdad que hereda él? Es por él que hay que buscar la verdad.

Y entonces, si se ha de creer en la verdad en este país, quizá la deben escribir los que cargan con las consecuencias del pasado.

Es mucho pedir que todos crean en la versión de la Verdad que ofrece la Comisión. O que las personas se sientan liberadas por esa verdad, que sanen y se reconcilien. Pero quizás esos relatos sean suficientes para justificar la existencia de la Comisión. Por esos relatos, las personas ya no pueden continuar cada una en su dinastía individual de negación.

*

No podemos juzgar a nuestra patria. La espada de la Justicia pronto se hundirá en nuestra miseria personal.

La razón por la que sé que NO estoy loco
es que, a diferencia de mi hermano,
yo siento culpa.
Los locos no sienten culpa.

Frank Bidart

*

¡Son ellos! ¡Son ellos, sin duda!... Me quedé helada con la revelación. Esa risa salaz, esa palmada fraternal en el hombro velludo, ese círculo de carcajadas que habla en un afrikáans rudo e idiomático al mismo tiempo. Los *manne*. Específicamente, los *manne* afrikáneres. Los que llaman a sus hijos *pa se ou rammetjie* o *my ou bul* ["corderito de papá" o "mi torito"].

La pesadilla de mi juventud.

Los que se hacen los bravucones con sus mujeres, esas mujeres parlanchinas con escotes pronunciados e hijos bien educados. Los hombres con bigote que, durante décadas, hicieron de la vida en las zonas rurales un infierno de destrucción, crueldad, temor. *Ingal'enoboya*.

Andan en grupo, los cinco: Cronje, Van Vuuren, Hechter, Venter, Mentz. Los periodistas, los abogados, las víctimas y el público que ingresan al vestíbulo de la sede de la amnistía de Pretoria les proporcionan un amplio atracadero. Todos lo sabemos: fueron ellos los responsables. Para ellos, matar no estaba oculto tras los eufemismos "eliminar", "quitar" o "borrar". Su tarea no consistía en dar discursos ni en ordenar papeles. Su tarea era asesinar.

Aversión. Quiero tomar distancia.

No significan nada para mí.

No soy igual a ellos.

Estoy llena de ira. Ira por estar atrapada en su caos. Los miro por el rabillo del ojo, tratando de actuar con normalidad, me río, fumo... me invade un temor sentimental. Emana de Paul van Vuuren, con su cara carnosa y maligna, su pelo y su bigote oscuros, sus ojos negros inexpresivos. Habla un afrikáans que me reseca la lengua... ese tono, esas vocales que pronuncia sin mover los labios y esos ritmos densos y arrogantes deben ser el trasfondo de las pesadillas de todos los

activistas.

Cuando comienza la audiencia de amnistía, me siento en un banco cercano al de ellos, así puedo ver las señales —en las manos, las uñas, los ojos, los labios—, señales de que esas son las caras de los asesinos, del Otro. Para futuras referencias: el Rostro del Mal.

*

1989. Una tarde rural como cualquier otra. Mi hija menor está conmigo en la cocina, recitando el recorrido de la sangre por el cuerpo humano.

—Bien. Otra vez. Desde los pulmones se dirige a... —Suenan los teléfonos. El perro ladra.

—24543.

—¿Habla Antjie?

—Sí. —Cubro el micrófono del teléfono con la mano—. La pava. Apagó la hornalla.

—¿La que habló con el CNA?

Me quedo en silencio. La voz refleja esa clase de afrikáans desgano.

—¿Oíste hablar de los Wit Wolwe? Hoy te vamos a ir a buscar. Una cerda traidora como vos merece morir como un perro. —Cuelgan.

Estoy paralizada. Me veo por dentro. Oigo la sangre que me corre por las venas. Mi corazón, una pera madura, late con ritmo irregular. Una miga sobre la mesa, una miga de Romany Cream. ¹ Veo hasta el movimiento más leve, casi imperceptible, del aire que entra y sale por la nariz.

La casa se llena inesperadamente de una insoportable carga de jazmín. Cuelgo el teléfono. Preparo café concentrada en los detalles.

Me llevo a mis hijos a la granja. Vuelvo a casa. Ya es casi de noche. ¿Cierro la puerta con llave? ¿Bajo las persianas? ¿Enciendo las luces?

Más tarde, oigo a John en el despacho. Sale con un arma que estaba ahí arrumbada.

—¿Pero qué hacés?

—Bueno, no sé vos, pero yo no voy a dejar que un racista de mierda me mate en mi propia casa.

—¡Vos estás loco! ¿Te vas a quedar toda la noche sentado, esperando, con un arma en la mano, como un jodido voortrekker?

Los dos miramos el arma. Tiene el tambor oxidado y le cuelgan telarañas. Nos reímos.

—Ni siquiera tengo balas —admite John. Nos sentamos juntos en el suelo. Nuestras piernas nos han abandonado.

John sirve dos tragos y yo abro un paquete de maníes. Está oscuro. Giro

la cabeza y trato de comprobar si hay algún ruido. John cierra la puerta con llave. Nos sentamos frente al televisor. John baja el volumen al mínimo. —Con el volumen alto, no se oye el portón.

Esperamos.

—Si el arma funcionara, ¿te molestaría que la usara esta noche?

—Sería desesperante para mí. Si ese tipo quiere disparar, que lo haga, es su problema, pero yo no le voy a disparar a nadie.

—Pero no serías vos, sino yo el que dispararía. Y a alguien que quiere matar a mi mujer o a mis hijos.

Me empiezo a poner histérica.

—Es una cuestión de principios; el único principio que tenemos vos y yo. Si le disparás, él les puede disparar a los negros y todos les pueden disparar a todos. ¿Tenés ganas de vivir en un lugar así? ¿Querés que el país donde viven tus hijos sea así?

—No me vengas ahora con frases hechas sobre la lucha. Seamos sensatos. ¡Estamos atrapados en nuestra propia casa y dentro de una hora podríamos estar muertos!

La palabra queda flotando en el aire.

Las nueve de la noche. Esperamos. Bebemos, pero no nos hace efecto. Si disparan desde la galería, darían en el blanco. Desde la calle, el tiro sería menos letal. Cada vez que pasa un auto nos ponemos alerta. El perro ladra sin parar.

Las diez. Me doy cuenta de que no espero otra cosa que ese ruido. La invasión final. Quizás eso sea lo letal: no la bala, sino el horror de la brutal destrucción y definitiva de la frágil intimidad del cuerpo.

Las once. Sabemos que esto no es nada, absolutamente nada, comparado con lo que ha soportado tanta gente en este país. Aun así, ruego por ese ruido. Que venga ya, que pase lo que tenga que pasar.

Las doce. Nos duele el cuerpo de escuchar. Nos vamos a acostar. Nos quedamos juntos. Arañamos la oscuridad con los ojos. Cuando los gorriones comienzan a andar por las alcantarillas, nos quedamos dormidos. Amanece en la ciudad del interior... como cualquier otro día.

*

Durante más de un mes, los cinco policías de seguridad se sentaron frente a sus víctimas y hablaron de lo que habían hecho. Y a diferencia de Dirk Coetzee, que solo observaba, estos hombres habían sido los autores materiales. Cada detalle truculento fue obra de sus manos, lo vieron sus ojos, lo absorbió su mente. Su testimonio dio un giro al debate entre los blancos sudafricanos. Antes, la gente negaba las

atrocidades, ahora dice que no *sabía* de su existencia. A medida que pasan las semanas, como arrastrándose, la carga se vuelve visible. Para la última semana de audiencias, ya no queda casi nada de la jerga y los procedimientos jurídicos. Cinco hombres exhaustos y cinco miembros del Comité de la Verdad desconsolados por fin concluyen el proceso.

Para mí, se han vuelto más reales que mi propia vida.

Le pregunto al abogado si puedo entrevistar a cada uno por separado. Quiero saber (aunque esto no se lo dije, por supuesto) si son unos monstruos desquiciados, asesinos que cometieron crímenes en nombre del Gobierno, o si están obligando a los afrikáneres a enfrentarse consigo mismos. Y en particular, quiero saber qué tengo en común con esos hombres que odio tanto.

Jack Cronje fue el primero que me encontró con la guardia baja. La forma en la que se mostró, día tras día, ante el Comité de Amnistía, con su traje gris y su inofensiva corbata, podría haber sido mi propio oom Albert, el de Reitz; podría haber estado en un *ouderlingsbank* de la iglesia de Morewag. Pero Jack renunció a la Iglesia Reformada.

—Sé lo que hice... y no quiero perjudicar a la Iglesia...

Tiene sesenta años. A veces, al dar su testimonio, se lo ve completamente confundido.

—El médico le está haciendo pruebas porque sospecha que tiene Alzheimer —explica el abogado.

Para los jueces, que tienen más o menos la misma edad que Cronje, no es fácil acusarlo de ofrecer pruebas contradictorias. Cronje tiene tres hijos. La hija es policía. Él no quiere revelar de qué trabajan los varones.

—No quiero que los reconozcan como hijos de Jack Cronje. —Le tiembla el bigote—. Así es mi vida ahora... Todo lo que tengo, los mejores años de mi vida, todo lo que sé de lealtad y de honor se lo di a la Policía. Ahora me deshonra la política.

»Cuando volvía en auto a la mañana después de un operativo policial y los autos me pasaban en la ruta, yo pensaba: “Lo hice por vos, por vos y por vos... vos podés dormir tranquilo porque yo cumplo con mi deber. Este país no habría aguantado ni una semana sin las fuerzas de seguridad... No lo hice por mí ni por el sueldo. Lo hice por mi país.

»Vlakplaas era distinto cuando estaba yo —se ufana—. Habrá visto por televisión lo que parecen los hombres de Eugene de Kock... un hombre con esos pelos no se habría atrevido a poner un pie en mi granja... Nosotros no íbamos ahí a pasarlo bien... íbamos a trabajar.

Entrevisto a cada uno por separado en un rincón tranquilo del Synod Hall, en Pretoria.

—Cuando los tenés enfrente, te cambia el lenguaje corporal y el tono de voz —me comenta un colega de habla inglesa—. No sé de qué hablaban, pero se notaba la cercanía... —No le respondo. Cuando les hablo, empleo los códigos que conozco desde chica, contra los que he luchado toda mi vida. Ocurre que me interesa que me cuenten una buena historia y tengo interés en entenderlos. Le llevo las entrevistas al doctor Sean Kaliski, de la Unidad de Psiquiatría del Hospital Valkenberg.

—Uno no puede sentarse acá en este edificio magnífico y explicar cómo eran las cosas en esa época... la gente escudriña nuestra alma y no entiende el contexto. —El suboficial Paul van Vuuren hace girar la silla con indiferencia durante la entrevista—. Hablo con usted porque huele bien —me dice—. Más tarde omito esa frase.

—No es fácil estar acá sentado —aclara—. Uno desnuda su alma ante la nación, ante los blancos y los negros, pero todos me miran y piensan que soy un monstruo; lo sé por la actitud, por la forma en que me miran... Sé que sienten miedo y odio; lo veo en sus ojos... Los abogados de las víctimas nos dicen que debemos hablarles, pero no es fácil... porque cuando uno les pide disculpas, ellos niegan con la cabeza y dicen que no las aceptan... y los entiendo... Es que cuando uno pide perdón, por otra parte, dice palabras huecas... no sé si me entiende. Es decir, me acerco a alguien a quien ni conozco... y le digo: “Oiga, le pido perdón”... ¿no le parece que son palabras huecas?

Kaliski habla de anomia. Las normas por las que se regían ya no se aplican, y ahora los convocan para que expliquen sus acciones en un marco totalmente diferente. Esto se aplica a los cinco solicitantes de amnistía. Ya no los arroja la cultura afrikáner en el poder.

Ahora deben darle explicaciones a una Comisión designada por un nuevo Gobierno. Tres de sus miembros son negros. Un día tras otro, distintos grupos de víctimas negras se sientan en silencio frente a ellos. A veces, se sienten desafiados por personas que hablan un inglés sofisticado, como el hijo de Fabian y Florence Ribeiro, el conocido médico de Mamelodi y su esposa. Otras veces, madres y tías de otras víctimas niegan con la cabeza y expresan su indignación en una infinidad de otras lenguas.

Van Vuuren le disparó a Richard Mutase, policía y colega, con un AK-47. La mujer de Mutase, Irene, también fue asesinada esa noche. El pequeño hijo de la pareja, Tshidiso, está presente en la sala.

—O sea, él estaba sentado ahí mirándome y yo había matado al padre... y yo (*da un suspiro prolongado*), entiendo que me odie con toda su alma... Pero esa noche yo ni lo vi... Tenía lágrimas en los ojos durante la audiencia... yo me vi... sentí mucha tristeza... Quiero decir, es imposible no sentir pena por él. De verdad me puse triste... Si pudiera hacer algo, si él me dijera que hiciera algo por él, yo lo haría... si me pide que lo lleve a Ciudad del Cabo, yo lo llevaría... Quiero decir: ¿qué se puede *hacer*?

Esa frase reverbera en mi cabeza desde ese día. Realmente, ¿qué se puede hacer?

Kaliski habla de la legitimidad que se construyó en el pasado en torno a esas formas extremas de violencia. Los legisladores redactaban las leyes, los abogados las ejecutaban asistidos por otras tantas profesiones. Así se generó una estructura normativa que legitimaba los asesinatos.

Y nada de esto se sustentaba en el temor al comunismo, explica Kaliski.

—Creíamos que los negros no eran humanos; eran una amenaza, nos iban a matar a todos y después echarían a perder el país, lo convertirían en otra zona de desastre en África. —Kaliski hace referencia a un libro publicado recientemente, *Los hombres malos hacen lo que los hombres buenos sueñan*. Si bien eran algunos blancos los que salían a matar negros, muchos otros soñaban con una vida sin negros: leyes separadas, servicios separados, iglesias separadas, casas separadas, ciudades separadas, países separados...

El capitán Jacques Hechter es el más accesible de todos los policías. Me advirtieron que no habla con periodistas. Cuando le pedí que me concediera una entrevista, visiblemente irritado, Hechter se marchó ayudándose con las muletas. Lo corrí y le impedí el paso. Le repetí la pregunta. Entre dientes, me respondió:

—No hablo. Es doloroso. Es muy doloroso.

—¿El pueblo no debería saber lo que pasó?

—¿Por qué? —ladró—. Juegan con nosotros. Los políticos de esa época jugaron con nosotros, y todo esto de la Comisión de la Verdad es un juego del nuevo Gobierno. Sé que no me van a conceder la amnistía... Lo único que puedo decirle es que yo no voy a ir a la cárcel.

—¿Cómo va a evitar ir preso?

Me lanzó una mirada hostil.

—Use la cabeza. —Y se alejó rengueando.

Según un informe psiquiátrico redactado por el profesor Jan Robbertse, Hechter era disléxico de niño. Con frecuencia, los disléxicos no pueden integrar sus necesidades y sus deseos en la realidad y, en consecuencia, les resulta difícil construir una imagen perdurable de ellos mismos y de los demás. Por esa razón, asegura el autor, Hechter ha sido siempre una persona solitaria. En el informe también se toca el tema de la “personalidad múltiple” de Hechter. El capitán desarrolló dos personalidades disociadas que se alternan de manera autónoma en la posición de control. Así se explica el reino del terror que gestionó en la década de 1980. De día, Hechter presentaba la personalidad de un funcionario policial, un hombre que trabajaba en una oficina. De noche, se comportaba como un verdugo. En sus propias palabras: “un terrorista blanco afrikáner”.

Trabajaba solo. Se calzaba el pasamontañas, se ponía los guantes, se subía al coche y salía a matar gente del pueblo. En su testimonio, menciona, sin demostrar sentimiento alguno, un gran número de asesinatos. Tiene una pronunciación muy cuidada y disfruta con el sonido de las consonantes guturales y oclusivas. En todo momento, sus ojos verdes están clavados en la mesa que tiene delante. Esos ojos (según le dijo al psiquiatra) siempre están abiertos. No puede cerrarlos, ni para dormir ni para rezar.

Por extraño que parezca, su doble personalidad le evita los síntomas de estrés postraumático. Apenas empieza a sentirse incómodo y tenso en una de las dos identidades, adopta la otra.

Hechter será recordado por los asesinatos de Jackson Maake, Harold Sefolo y Andrew Makupe. El hecho de que les haya permitido levantar la bandera del CNA y cantar *Nkosi Sikelel' iAfrika* antes de morir, dice Hechter, es una prueba de su humanidad. No recuerda haberles aplicado descargas eléctricas, pero sí otras cosas.

Juez Bernard Ngoepe.— ¿Recuerda que un día de 1987, en una granja cercana a Pienaarsrivier usted les aplicó descargas eléctricas a tres personas?

Hechter.— Yo... electrocutarlos... Lo sé porque me lo dijeron, pero no lo recuerdo en absoluto... Conscientemente bloqueé esas cosas en mi mente... No he pensado en eso en los últimos diez años.

Ngoepe.— Sin embargo, sí recuerda detalles triviales.

Hechter.— Sí, recuerdo... el camino... era un camino de tierra blanca... y había gallinas de Guinea. Esas cosas las recuerdo perfectamente, pero lo malo... eso no lo recuerdo.

Las vidas de los cinco de Vlakplaas presentan varios aspectos en común.

La mayoría proviene de hogares bastante humildes, y para un niño afrikáner pobre y ambicioso, la fuerza policial (como la administración pública) constituía una red de seguridad. Otras características comunes eran la devoción por la Iglesia y el Partido Nacional, y el papel que tenía el padre en sus vidas. Ni el coronel Roelf Venter ni el capitán Wouter Mentz usan la palabra “papá” para referirse al padre; en cambio, emplean la palabra del Viejo Testamento: *Vader*, que en afrikáans es un término reservado exclusivamente para Dios. Otro componente que comparten es la caza. Venter aprendió a perseguir a otros siendo niño... Era de tan baja estatura que su padre lo llevaba atado a una cuerda para que no se perdiera.

Venter comenta lo siguiente sobre sus actos:

—En ese entonces no me dio pena porque pensé que estaba bien. Ahora sé que no, y me arrepiento de lo que hice. —Suenan muy trillado, pero, según los expertos, con esta frase Venter da un vuelco crucial y muy difícil, pues crea un espacio en el que el cambio es posible: antes estaba bien y ahora está mal. La ruptura psicológica viene dada porque es casi imposible reconocer que la verdad fundamental alrededor de la cual él ha construido su vida es una mentira. Ante el riesgo de la desintegración de la propia imagen, uno podría elegir continuar negando que ha actuado mal.

Los vecinos de Venter le pidieron que se mudara a otro barrio... Se ha convertido en un estigma. El doctor Kaliski piensa que este es un gran perjuicio causado por la Comisión de la Verdad.

—Algunos individuos fueron elegidos como chivos expiatorios por las atrocidades del pasado; así, otros ciudadanos pueden negar haber sido cómplices.

Wouter Mentz casi no lee cuando aporta pruebas. Responde con voz suave y complaciente. El único signo de tensión es el movimiento constante de las piernas y los pies debajo de la mesa.

—Mi círculo de amigos se ha reducido; mi familia se alejó de mí; tengo problemas para relacionarme... Estuve en pareja con una abogada durante tres años después de divorciarme. Sobre mi cabeza pende una espada... No soy testigo del fiscal general y, si no me conceden la amnistía, voy a ir a juicio... y tendré que ir a la cárcel, donde seguramente van a matarme... Por eso no duermo, me quedo despierto toda la noche. No puedo hacer planes para dentro de una

semana ni para dentro de un mes. No puedo buscar trabajo... ¿Quién me va a dar un trabajo? Basta con que entre en cualquier lugar para que la gente deje de hablar y me mire. En esos días, todos dormían tranquilos mientras nosotros atrapábamos terroristas.... Y resulta que ahora nosotros somos los delincuentes. Yo nunca robé nada. No soy Eugene de Kock.

Según consta en el informe psiquiátrico, Mentz presenta síntomas de neurosis de guerra. Quedó muy afectado por una niñez traumática. Aparentemente, su padre le abría la puerta con violencia a las cuatro de la mañana y le gritaba: “¿Qué hacés durmiendo todavía?”. Mentz tenía que ocuparse de las aves de la granja. También presenta tricotilomanía, la compulsión a arrancarse el cabello. Para tratar de integrarse en la cultura machista, Mentz se incorporó a la fuerza policial con el objetivo de formar parte de la unidad de elite: la de los *manne* de Vlakplaas.

¿Cómo puede alguien matar con crueldad a otra persona, volver a la casa, alzar a su hija y sentarla en su regazo?

—Muchas veces, no volvía a mi casa —dice Mentz—. Regresaba recién a la mañana siguiente, cuando sabía que mi esposa y mi hija ya habían salido... porque si iba después de... porque yo no podía... lo único que quería era lavarme varias veces para que se me fuera... en muchas ocasiones, no volvía hasta dos o tres días después... uno no puede volver a su casa y tomarse una cerveza o servirle una copa de vino a la esposa y después contarle que presencié un asesinato o un robo a mano armada... es imposible.

¿Qué hago ahora con todo esto? Se parecen a mis hermanos, primos y compañeros del colegio. Entre nosotros desaparece la distancia. Quizá nunca haya existido ninguna distancia salvo la que, con gran esfuerzo, creé durante años en mi interior. Solo de verles la cara, adivino a quién reclutaron de la Broederbond, quién es de la Rapportryer, quién proviene de la Ruiterwag y quién es de clase trabajadora. Sé que los Mentze han estado vinculados con el mundo de la música. Jack, Paul o Johannes son conocidos. De una manera u otra, todos los afrikáneres están emparentados. Si alguno dice que su padre compró tierras aquí o que se crió en Odendaalsrus o en Welkom, seguro que lo conozco. Por el acento, adivino dónde compran la ropa, adónde van de vacaciones, qué coche tienen, qué música escuchan. Lo que comparto con ellos es una cultura que, durante décadas, produjo las abominaciones de las que son responsables.

En cierta forma, no son esos hombres, sino toda una cultura la que solicita la amnistía.

*

El aturdimiento me acompaña durante varios días. Elaboro un perfil de cada uno de los cinco para la radio. Trato de descubrir el punto de entrada para cada uno. Mientras tanto, escucho la canción de Coenie de Villiers:

*Calvyn de Wet van Zyl was 'n Boer in murg en been
met 'n sluimerende droom
van 'n land wat sonder skroom
onbesmet is deur 'n donker ideaal*

Calvyn de Wet van Zyl era un bóer hecho y derecho
que soñaba despierto
con una tierra que no estuviera cubierta de vergüenza
que no estuviera manchada por ideales oscuros...

Calvyn de Wet van Zyl sabe que el país tiene precio
por eso se prepara
y hasta lleva un arma en la calle
para defenderse de las maldades del Peligro Negro

Cuando Venter habla de la caza, escucho los versos de Coenie de Villiers:

Mi padre fue cazador
hombre de hierro

No temas, hijo
no deshonres tu piel
eres un bóer hecho y derecho
¿qué más puedes pedir?

*Moenie vrees nie, my seun
jy kom jou vel te na*

*jy is Boer in murg en been
wat meer lan jy vra?*

No tengo fuerzas para pasar por alto lo que vibra en mi interior: aborrezco a esos cinco hombres y sus vicisitudes me afectan. Una mañana, me despierto con la cara hinchada debido a una erupción. Me pica tanto el cuero cabelludo que me lo froto con todo el contenido de un frasco de cortisona. No puedo dejar de pensar en por qué deseo que el mal tenga rostro humano.

Media hora después de que el primer perfil salga al aire, suena el teléfono. Los oyentes están indignados. “Usted está diciendo que todos los afrikáneres son asesinos”.

“Esos tipos son unos psicópatas”.

“No tengo nada que ver con todo esto. Vivo en una granja en Hofmeyr y no le voy a permitir que sugiera que soy cómplice”.

“¡Jack Cronje le sacó la ficha! Pregúntele quién le hizo la piscina en el fondo de la casa”. (Ese mensaje fue, por cierto, el que más me sacó de quicio).

Y no llaman solo los oyentes que dejan mensajes en afrikáans. “No quiera hacernos creer que se trata simplemente de blancos. Es obra de afrikáneres y nacionalistas”.

“Yo puse mi granito de arena. No formo parte de su ‘nosotros’”.

Hago un seguimiento de los cuatro tipos de culpabilidad formulados por los teólogos alemanes después de la Segunda Guerra Mundial: culpabilidad penal, de los que cometieron asesinatos; culpabilidad política, de los políticos y los que los votaron; culpabilidad moral, de los que no hicieron lo suficiente, los que no resistieron, los pasivos; y, por último, culpabilidad metafísica, de los que piensan que si ellos sobrevivieron en tanto que otros murieron, son culpables por el mero hecho de existir. Cito a Karl Jaspers: “Miles de personas en Alemania buscaron, o al menos encontraron, la muerte combatiendo al régimen, la mayoría de ellos en forma anónima. Los sobrevivientes no la buscamos. No salimos a la calle cuando se llevaron a nuestros amigos judíos; no gritamos hasta que nos destruyeran a nosotros también. Preferimos seguir vivos, por el débil, aunque lógico, argumento de que nuestra muerte no habría ayudado a nadie. Somos culpables de estar vivos”.

El dermatólogo me diagnostica una erupción causada por un trauma. Me receta píldoras y una pomada. Busco en Internet: culpa + colectiva.

Patio empedrado del Museo de Historia Cultural, en Adderley Street. El Partido Nacional está agasajando a los periodistas. El Dirigente se mueve, benevolente, entre los grupos de personas. Alguien le advierte:

—Creo que no es el momento más adecuado para que te sumes a nuestra conversación. Estamos comentando el tema de la Comisión de la Verdad.

—Es que a mí me interesa hablar de ese tema —replica el Dirigente—. Y solo quisiera repetir que me siento tan asombrado y consternado por estas cosas como ustedes.

(Ya he mantenido esta conversación antes. Con Roelf Meyer. Que tampoco estaba enterado. Le pregunté:

—El día en que encendiste la radio y escuchaste que le habían disparado a Dulcie September, ¿qué pensaste?

—¿Te sirvo otra copa de vino? —fue su encantadora respuesta).

—Puede ser —le salgo al cruce—, pero los cinco policías afirman que lo hicieron por nosotros.

Entrecierra los ojos y con sinceridad retruca:

—Pero yo nunca le pedí a nadie que cometiera ningún hecho ni en mi nombre ni en el del partido.

Mis últimos reparos se desvanecen. Me acerco a él. Le asesto un golpe directo.

—Yo hablé con ellos. Eran todos miembros de su partido. Todos dijeron que hacían el trabajo sucio por usted y por mí. Estamos tratando de reconciliarnos con eso, con la responsabilidad que todo eso implica, con la culpa que entrañan esas declaraciones... y usted ¿de qué lado está?, ¿dónde mierda está parado?

La intempestiva presencia de un guardaespaldas y de otros dirigentes políticos me hizo darme cuenta de mi error.

—Usted ha caído en la trampa del CNA para hacernos creer que los culpables son los afrikáneres. Lo siento, pero yo no voy a asumir la culpa de algunos que actuaron como bárbaros que sobrepasaron los límites de sus obligaciones. Son delincuentes y merecen ser castigados.

Miro al hombre que tengo enfrente. Ha envejecido. Alguna vez su cara fue suave y redonda, pero ahora está arrugada, y la sonrisa se le marca en las mejillas. La nariz parece estar hecha de una sustancia diferente. Lo veo ahí con su vaso de *whisky* y su cigarrillo y pienso en mi padre. Y en otros nacionalistas genuinos como él. Gente común y

corriente. Gente buena. Y pienso en que los dejaron solos con todo esto que tienen que escuchar.

Después del asesinato del doctor Verwoerd en el Parlamento, mi madre escribió un texto sobre la mentalidad afrikáner.

“Nunca me voy a olvidar mientras viva de ese jueves en el que yo me encontraba sola en el *veld*. Aquí crecen unos árboles que riego con regularidad. Había una sequía tremenda. Me quedé parada con el pie apoyado en el alambrado, observando el hilo de agua del arroyo que corría por la tierra agrietada. Nuestra granja está en la ruta que lleva al sur y ahora por aquí ya no pasan aviones. Sin embargo, de pronto oí un ruido que venía del sudeste y que era distinto de todos los ruidos de avión que yo había oído hasta ese momento. Levanté la vista y recordé que en la radio habían dicho que ese día llevarían a Pretoria el ataúd con el cuerpo del Primer Ministro. ¿Sería ese? Dirigí la mirada otra vez al cielo. Pero no, pensé, no puede ser que lleven a este hombre a su última morada en un avión solo, sin escolta, sin un escuadrón con los más bellos y nobles gigantes del aire. Era un único bombardero, pesado. Volaba más bajo que cualquier otro avión que yo hubiera visto. Y los motores, no sé cómo, pero sonaban como en sordina. El avión era muy silencioso, como si el piloto lo estuviera tratando con ternura. Me di cuenta de que estaba parada, sola, en medio del pálido paisaje del Estado Libre, mientras el cuerpo de este gran hombre pasaba por aquí. En ese momento, la vida del hombre que yo veía y admiraba desde lejos, rozaba la mía. No tengo ni la arrogancia ni la confianza de las nuevas generaciones para controlar ese roce que transita mi alma. Y me pregunto qué debo hacer. ¿Salir a la calle y pedirles a todos que reflexionen sobre lo que está sucediendo en nuestro país? ¿Pedirles con el único llamado que conozco... el de los campos de concentración, la sangre y las lágrimas?... Y supliqué perder la mano si alguna vez escribía algo por mi honor a costa de mi gente y lo que se había negociado por ella durante años de lágrimas y sangre; recordar siempre que escribir en afrikáans no es un derecho, sino un privilegio que tiene un precio y que implica una gran responsabilidad”.

Pienso en ella y en lo mucho que la quiero. En que me crió con lo mejor y lo que más enorgullece a un afrikáner. Y me pregunto por la responsabilidad de un Dirigente. ¿No debería crear un espacio en el que podamos enfrentarnos con nosotros mismos y con nuestro pasado?

¿No debería poner sobre la mesa el beneficio de la audacia y la honestidad contundentes de un afrikáner para sobreponerse a lo imposible, para que así podamos participar en la construcción de este país con dignidad y respeto por nosotros mismos? ¿No podría decir: “Yo no lo sabía, pero voy a asumir la responsabilidad de las atrocidades cometidas durante los cincuenta años de gobierno del Partido Nacional. Voy a depositar coronas en los lugares donde se cometieron asesinatos, recaudar dinero para las víctimas, pedir perdón y rezar. Voy a asumir la responsabilidad. Voy a aceptar la culpa”?

¿Están tan íntimamente relacionadas la verdad y la identidad? Deben estarlo. Lo que uno piensa que es verdad depende de quién cree uno que es.

Miro al dirigente que tengo frente a mí, un dirigente afrikáner. De pronto, me doy cuenta de que tengo más en común con los cinco de Vlakplaas que con este hombre. Porque ellos transitaron un camino y a través de ellos nosotros transitamos un camino también. Y cientos de afrikáneres están transitando ese camino, solos, acompañados de sus propios temores, su vergüenza y su culpa. Y algunos lo ponen en palabras; la mayoría solo lo vive. Lo lamentamos muchísimo. Profundamente avergonzados y dominados por el remordimiento. Pero escúchenos, somos de aquí. Haremos las cosas bien, aquí, con ustedes y para ustedes.

Apoyo mi copa en una mesa y huyo a Adderley Street mientras oigo el amable aplauso que precede al discurso del Dirigente que me llega desde atrás por obra del viento del sudeste.

*

Pienso en el escrito de mi madre. En cómo la historia pasa tan fácil y naturalmente de la política al lenguaje. ¿No es aquí donde reside el corazón? Se ha dicho abiertamente que el afrikáans es el precio que los afrikáneres tendrán que pagar por el apartheid. ¿Acaso no se debatió durante años sobre qué hacer con el idioma de los bóeres en la isla Robben? **2**

También me pregunto ¿qué es mejor: un dirigente como Verwoerd, que ejerce fascinación sobre un pueblo para que cometa errores ciegamente, o uno como De Klerk, que hace lo correcto pero es incapaz de convencerse a sí mismo y a su pueblo de que es lo correcto, de la ética de su postura, y que deja a su gente andando a los tumbos entre la culpa y la deses-peración, casi tan resentida como sus víctimas?

Calle abajo, frente a la entrada de las oficinas de la Comisión de la Verdad, con mi colega Sello, nos topamos con alguien. Se trata de Wilhelm Verwoerd.

—¿Me ayudaría a entender el sentido de la historia de los cinco policías? —le suplico al joven profesor de Filosofía.

Sonríe.

—Ya que estamos, querría compartir con usted una frase de Paul Russell: Si la verdad es la principal víctima en una guerra, la ambigüedad también lo es... Uno de los legados de la guerra es el hábito de la simpleza en la distinción, la simplificación y la oposición... que piensa por nosotros.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es la psicosis de la guerra. Quiere decir que en el pasado no teníamos más opción que vivir de acuerdo con pautas simples: era blanco o negro. Pero en tiempo de paz no deberíamos continuar guiándonos por credos demasiado simplificados. Tenemos que tratar de dejar espacio para la ambigüedad.

Cuando Verwoerd se va, Sello me pregunta:

—¿Y ese quién es?

—El nieto del doctor Verwoerd.

Sello se detiene. Se queda mirándome boquiabierto. Abre los ojos como platos. Después se sienta en la vereda. Los cuadernos y las cintas de audio se le desparraman por el suelo.

—¿Ese?

—Así es.

—¿Dónde trabaja?

—Ahora trabaja para la Comisión de la Verdad.

Sello se recuesta hacia atrás con los pies traspasando el cordón de la vereda en la muy transitada Adderley Street. Da gritos de felicidad y golpea la vereda con el puño. Todo un espectáculo entre los vendedores ambulantes que rodean la estatua de Jan Smuts. Sello se incorpora y se seca las lágrimas de los ojos.

—*Jirre! Julle Boere!* [¡Por Dios, estos bóeres!].

—Fui corriendo en dirección al Kadett... alguien me disparó tres tiros desde el asiento trasero izquierdo... una persona me disparó desde el auto... se acomodó en el asiento, me apuntó y me disparó. Le vi la mano. Era la mano de un blanco. Todavía veo la chispa anaranjada en la punta del arma... Corrí hasta mi casa... Ahí vi a mi

padre tumbado en el patio con veinticinco tiros en la cabeza. Mi madre estaba despatarrada un poco más lejos con los brazos abiertos; le habían dado un solo tiro. No parecía estar herida. No había sangre. La tomé en mis brazos y dio un suspiro. Fue su último aliento.

Chris Ribeiro

Notas

1. Romany Cream es una marca de galletitas de chocolate rellenas de crema de coco [N. de las T.].
2. La cárcel de la isla Robben fue el lugar donde Nelson Mandela estuvo detenido durante dieciocho años [N. de las T.].

Solo cuando las oficinas de la Comisión de la Verdad acogen más acentos foráneos que de costumbre nos damos cuenta de que lo que sucede es muy especial. No nos confundamos; las comisiones de la verdad son una industria mundial. A la oleada de periodistas extranjeros la siguen bandadas de recatados comentaristas y escuadrones de afables intelectuales con anteojos.

¿Su presencia se debe a que están especialmente interesados en las víctimas del apartheid?

No, se debe a que por primera vez declaran ante la Comisión políticos y representantes de partidos políticos.

—Hubo ya diecisiete comisiones de la verdad en el mundo, y los políticos nunca han participado en ninguna —dice un profesor norteamericano con los ojos entrecerrados por el sol en la entrada del edificio donde se celebran las audiencias en Worcester—. ¿Me pueden explicar cómo lo lograron?

—Ni idea —le contesto.

No se trata de que estemos cansados de las personas que llegan desde otros países, que en una semana entrevistan al arzobispo Tutu después de visitar el Parque Nacional Kruger, asisten a las audiencias durante tres días, no dejan de acosar con preguntas a los periodistas locales en busca de información y citas excitantes, y después se marchan y se dedican a escribir una tesis o un libro... no se trata de eso. Es que nosotros tampoco entendemos la inescrutable maquinaria de la política.

Muchas veces, trato de explicarles que el proceso fue inclusivo desde el principio, desde los primeros discursos acerca del contenido que debía incluir la ley. Les explico que, en cierta forma, los políticos de este país aún se sienten responsables ante la opinión pública. Es posible que mientan y engañen, pero dar explicaciones “a la gente” siempre fue la forma en que se hicieron las cosas por aquí. Sin embargo, ante tamaña ingenuidad, es mejor no decir nada. A veces,

les digo que los políticos tienen tal sentido de la oportunidad que se dan cuenta de que un partido político se puede beneficiar mucho más participando en un único foro asociado a grandes principios éticos que en decenas de concentraciones masivas. O que la riqueza de los testimonios de las víctimas llevó a los partidos políticos a querer contar su versión de la historia. También propongo que nuestro aislamiento quizá desempeñó un papel: la gente nunca estuvo expuesta a este tipo de procedimientos y por eso no sabe que es posible negarse a participar. Y también está el trabajo preliminar realizado por varios comisionados, las reuniones individuales y las conversaciones con los dirigentes de todos los partidos políticos.

Proporciono todas esas explicaciones porque sonaría muy arrogante si dijera que, por primera vez en la historia del mundo, se ha encontrado la respuesta al Gran Interrogante: cómo quebrar la hegemonía de las fuerzas de seguridad. Lo hemos logrado, afirma el presidente del Comité de Justicia, Johnny de Lange, estableciendo que las solicitudes de amnistía fueran individuales. Y, de hecho, el Partido Nacional fue el que más insistió en que las solicitudes de indemnización fuesen individuales antes de permitir que los miembros de Umkhonto we Sizwe regresaran al país antes de las elecciones de 1994.

Sea como fuere, el contraste entre las audiencias políticas y las demás es asombroso. Es extraño ver a los miembros de la Comisión rodeados de la elite política. “La verdad libera”, la leyenda de los carteles, se vacía de contenido. Lo mismo ocurre con los rituales, los gestos, los tonos de voz de los comisionados. Los dos partidos principales llegan en procesión ante un público entusiasta. El vestíbulo huele a seda, loción para después de afeitarse y testosterona. Recuerdo el comentario de José Zalaquett: la reconciliación es imposible si los dos partidos principales no llegan a un acuerdo secreto respecto de qué es importante para ambos.

Adiós al idioma adquirido a un alto precio. Con el transcurso de los meses, nos damos cuenta del inmenso dolor que tuvieron que pagar quienes contaron, balbuceando, su historia ante la Comisión de la Verdad. Cada palabra sale del corazón como una exhalación, cada sílaba vibra con toda una vida de dolor. Todo eso ya pasó. Ha llegado la hora de los que pujan en el Parlamento, del despliegue de lenguas liberadas en la retórica... la rúbrica del poder. Los eternos concededores del poder del discurso.

El tan esperado encuentro entre la Comisión de la Verdad y Mangosuthu Buthelezi, el dirigente del Partido de la Libertad Inkatha, que se celebró meses más tarde, no podría haber comenzado de una manera más jovial. Con gesto histriónico y en medio de risas estridentes, el Ministro muestra una foto enmarcada en la que aparecen él y el jefe de su Iglesia, el arzobispo Desmond Tutu. Cuando les ordenan a los enviados de los medios que se retiren, el Arzobispo se sienta junto al ministro Buthelezi y Joe Matthews, miembro del Consejo Nacional del PLI... y reza.

Buthelezi es el último gran dirigente político que se presenta ante la Comisión. El objetivo de la reunión es obtener un alegato político del partido que ha catalogado a la Comisión como una asamblea del CNA dedicada a la caza de brujas.

Tras dos horas de reunión, se ofrece una conferencia de prensa. El Arzobispo informa:

—Hemos mantenido una conversación en la que tocamos todos los temas con total franqueza.

Después, el dirigente del PLI critica duramente a la Comisión; Tutu y Boraine lo escuchan. Buthelezi reparte un memorándum entre los periodistas en el que describe a la Comisión como un mecanismo perverso creado por un CNA centralizado que intenta aparecer como la única fuerza moral de oposición al apartheid. En el texto se compara a la Comisión con la Comisión McCarthy y la Inquisición española. El PLI opina que de la combinación de amnistía, indemnización y búsqueda de la verdad no puede salir nada bueno. Las personas van a decir cualquier cosa con tal de obtener dinero y recibir la amnistía.

Aun así, Buthelezi promete que ofrecerá su testimonio sobre el PLI como principal objetivo de la lucha armada del CNA. El CNA, según el memorándum, mató a más miembros del PLI que los que asesinaron los defensores del apartheid.

*

La función de Buthelezi en el proceso de la Comisión de la Verdad es impedir el éxito de este organismo, en el peor de los casos, y participar a regañadientes, en el mejor. Parte de las características de esa función puede advertirse en un número de la publicación parlamentaria del partido.

El título es contundente: *Comunicaciones del PLI*, pero el subtítulo

avanza, interminable: *Informe semanal interno del órgano disciplinario de la Asamblea Nacional del Partido de la Libertad Inkatha*.

En la primera página figura un consejo tomado del libro de los Proverbios: “El que guarda su boca y su lengua su vida guarda de angustias”.

La publicación contiene una sección entera dedicada al jefe. Mangosuthu Buthelezi ha obtenido cinco doctorados honoris causa en derecho, uno de la Universidad de Zululandia, otro de la Universidad de Ciudad del Cabo y tres de distintas universidades estadounidenses. Fue nombrado Gran Comendador de la Orden de la Estrella de África, en Liberia. Recibió la Llave de la Ciudad de Birmingham. En la India lo consideran Apóstol de la Paz. El último reconocimiento le fue otorgado en 1989, el año anterior a la liberación de Nelson Mandela.

En la última página, los parlamentarios del PLI pueden leer el pensamiento de la semana: “Cuando llegue el mañana, el presente se habrá ido para siempre. Espero no arrepentirme del precio que he pagado por él”.

Mientras está activa la Comisión de la Verdad, Buthelezi repite que si desean que el país quede reducido a cenizas, que lo hagan comparecer ante la Comisión.

*

El otro dirigente que no se presentará ante la Comisión es Eugene Terre'Blanche. Cuando se llevaron a cabo las elecciones locales de 1996, el AWB ya había declarado que se negaba a ser absorbido por una de las democracias más extrañas del mundo, una democracia en la que los desempleados se hacen cargo de los trabajadores, los que no tienen educación gobiernan a los que producen y los que ocupan propiedad privada controlan los suburbios.

A pesar de la afirmación de que las cosas han cambiado de manera drástica, en una ciudad como Ventersdorp el boletín municipal aún se llama *Die Mieliepit* (La Mazorca). Todavía, para entrar a la ciudad hay que pasar entre dos pilares fálicos que dan la bienvenida al visitante con la leyenda *Welkom in Ventersdorp*. Atrás hay un huevo blanco gigante. La arteria principal de la ciudad se sigue llamando Hendrik Potgieter Street. Sí, y los nombres de los negocios: Knip en Stik, Die Nes, o incluso Die Mikstok (Cortes y Puntadas, El Nido, La Horqueta). Los temas viriles y lascivos no han abandonado el Hotel Walk Inn, donde los cócteles se llaman Blue Movie, 1 Lang Plesier (Placer Prolongado), y hay incluso un Springbokkie 2 y un CNA Multirracial

que viene en capas de licor amarillo, verde y negro.

En el cerramiento de la galería bañada por el sol de la casa de Terre'Blanche, en Ventersdorp, hay un *ossewa* 3 con el arnés completo.

Los alegatos políticos formulados ante la Comisión de la Verdad se apartan drásticamente de lo que el público ha venido escuchando hasta ahora. Hubo un corrimiento del relato individual al colectivo, de las víctimas a los ideólogos, de los débiles a los poderosos. Se solicitó a los partidos políticos que presentaran su caso y trazaran los distintos marcos en los cuales los sudafricanos se mataron unos a otros. ¿Vendrán?

No hay que preocuparse. Si por cuestiones de política tienen que gobernar, protestar, rezar o simplemente ganar dinero... van a venir. El Vicepresidente al fin se da cuenta de que la oportunidad de cruzar de un salto los elevados principios éticos envueltos en la honorable capa de la Comisión de la Verdad no siempre sale al encuentro de los partidos.

Para una organización obediente como el Partido Nacional, la cuestión de acudir a la convocatoria de la Comisión debe haber sido complicado. Seguramente, para los nacionalistas fue un alivio enterarse de que los partidos solo tendrían diez minutos para explicar qué papel habían desempeñado en el pasado de Sudáfrica. Una semana antes de la fecha prevista, el partido, guiado por Leon Wessels (el Jefe estaba de licencia), se estaba preparando para presentar un alegato bastante breve. Después, el CNA desistió. Después se pospuso la fecha. Después, ante la insistencia del CNA, se cambió la sede. Ahora ya no son las oficinas pequeñas y recién pintadas de la Comisión de la Verdad, sino el espacioso Good Hope Centre, donde se organizan combates de lucha libre, conciertos de música pop, reuniones religiosas y mitines políticos. Después, concedieron más tiempo para las presentaciones. De pronto, el Partido Nacional se encuentra a un día de tener que informar cómo gobernó el país desde 1960. A último momento, se decide que el jefe del partido, F. W. de Klerk, ocupará el lugar de Leon Wessels.

Nadie sabe qué puede llegar a pasar.

¿Qué dirán los partidos políticos? ¿El PN maquillará su responsabilidad por todo lo sucedido en los últimos treinta años? Se dice que a medida que las trituradoras de papel destruían documentos cruciales, las fotocopadoras escupían copias. Varios soldados de infantería se trasladaban con documentos firmados por políticos muy conocidos. ¿El PN reconocerá su pasado?

Y el CNA, al que le ha costado mucho admitir los errores desde que asumió el poder, ¿actuará con pretensiones de superioridad moral? ¿Dejará expuestas sus propias manzanas podridas? ¿O las esconderá debajo del disfraz de la responsabilidad colectiva? ¿Empleará la inferioridad de condiciones como una excusa u obligará a los individuos a reconocer sus actos?

¿Y el PLI?

En el partido explican que aún no han terminado de redactar su alegato, que muchas gracias, y que ya van a entregarlo cuando lo hayan completado.

Todo el mundo espera que los alegatos de los partidos políticos generen el verdadero debate en el ámbito de la Comisión de la Verdad: el de la responsabilidad individual. ¿El individuo es un títere manejado por los políticos y los funcionarios? ¿O, sea soldado o camarada, es el verdadero responsable de sus actos? La frase “yo me limitaba a cumplir órdenes” ¿es razón suficiente para cometer un asesinato?

En los pasillos y las reuniones se especula con gran entusiasmo acerca de lo que puede pasar. Los que manejan los hilos no abren la boca. El público se pregunta quién, entre los dirigentes políticos, tendrá los pañuelos de papel a mano. Los medios periodísticos instalan sus deteriorados equipos en el Good Hope Centre y tratan de conseguir copias de los escritos.

*

El Good Hope Centre: sólido y abovedado, es un edificio que se rehúsa a interactuar con su entorno; prefiere rodearse de un aura de misterio... No tiene rostro, ni una única entrada, ni ventanas que se abran al mundo, ni una explanada que ofrezca al visitante una perspectiva de la estructura. Si el exterior de un edificio refleja “la piel del cuerpo y la mente de una sociedad”, este Centro habla de aislamiento y divisiones. Su nombre, Good Hope, el centro de la buena esperanza, es más una paradoja que una descripción.

El Centro, un gran caparazón de cemento abovedado, rehúye la vulgaridad de la seducción. Engaña los sentidos, pone riendas a la libido y ordena la idea colectiva y restrictiva. El Good Hope Centre parece resistirse a la mirada común, no quiere que lo vean o, mejor dicho, parece que destruyera nuestra capacidad de ver.

Ashraf Jamal (1993)

F. W. de Klerk, escoltado por un numeroso y variopinto contingente, asume la responsabilidad por algunas medidas represivas adoptadas por el gobierno del Partido Nacional, incluido el estado de emergencia de 1985. De Klerk acepta que esa situación podría haber generado un contexto propicio para que se cometieran violaciones de derechos humanos.

—Hay cosas que el PN hizo mal y otras que hizo bien. Es mi responsabilidad admitir lo que se hizo mal. —Pero en esta declaración no se menciona ninguna violación grave en particular. De Klerk sostiene que no puede dar información sobre casos de los que no sabe nada. Hace referencia al caso de los Cuatro de Cradock—. De saber qué había pasado y quién cometió ese crimen... los perpetradores habrían sido arrestados, juzgados y, si se los declaraba culpables, habrían sido condenados. Un presidente no puede saber todo lo que ocurre durante su gestión... ni siquiera un arzobispo podría.

De Klerk explica que él aprobó el uso de estrategias no convencionales, pero nunca autorizó el asesinato, la tortura, la violación ni los golpes.

—Nunca participé en la toma de decisiones del gabinete, el Consejo de Seguridad ni de ninguna comisión que haya autorizado tales abusos. Yo, en lo personal, jamás hubiera autorizado esos actos.

De Klerk deja en claro que quienes cometieron abusos estaban cegados por el fervor excesivo o la negligencia.

—No es mi intención ocultar los hechos inadmisibles que tuvieron lugar durante el gobierno del Partido Nacional. Sucedieron y, por ello, deseo expresar una vez más mi solidaridad con quienes sufrieron sus consecuencias.

El CNA presenta un documento mucho más extenso y detallado. Contiene información específica e informes de inteligencia. Hace referencia a más violaciones cometidas por el Partido Nacional que las enumeradas por el propio partido en su escrito.

En el lapso de cinco años, durante la década de 1980, las fuerzas sudafricanas invadieron tres capitales y tres países. En el mismo período, Sudáfrica trató de asesinar a dos primeros ministros, apoyó a grupos disidentes que provocaron el caos en Angola y Mozambique, impidió el suministro de petróleo a seis países y atacó las líneas ferroviarias de siete. Más de cien mil personas murieron como

consecuencia directa de esas acciones, la mayoría de ellas, de hambre. Hubo más de un millón de personas desplazadas. Durante este período, el continente sufrió daños por valor de 62.450 millones de dólares.

El CNA proporciona una lista de los que murieron en sus campos de entrenamiento. Advierto la presencia completamente inmóvil de Dumisane Shange, uno de los periodistas de mi equipo. Mi compañero sostiene el documento del CNA como si fuese un peso muerto.

—¿Dumi? —lo llamo—. A nuestro alrededor, gritos y ruidos indiferenciados. Lo toco. Su mirada inexpresiva se aprecia detrás de los cristales de los anteojos.

Abre la carpeta con el documento y da vuelta las páginas. Aparece una extensa lista de nombres. Dumisane desliza el dedo hacia abajo y se detiene en un nombre en particular. —Es mi hermano.

Leo el encabezado: “Muerto en Angola”.

—No lo sabíamos —dice.

(Parecemos buitres alrededor de la noticia. Enviamos un informe: Un periodista descubre el nombre de su hermano en la lista de las personas asesinadas por el CNA).

El alegato del CNA gira en torno a la noción de guerra justa. Como la guerra fue justa, las batallas también lo fueron. La práctica del collar, afirman, nunca formó parte de su política oficial. Y evitan informar sobre la cadena de mando que condujo a incidentes tales como el ataque con explosivos al Magoo's Bar.

Tras la comparecencia del CNA, el vicepresidente Alex Boraine confirma que la Comisión de la Verdad ha obtenido más información del alegato del CNA que de ninguna otra organización.

El Partido Demócrata se explaya sobre la combinación letal de falta de responsabilización, mentiras e información falsa que se formó en el Parlamento para generar los componentes que integraron el apartheid. La piedra fundacional fue la Ley de Registro de Población, a la que le sucedieron las siguientes:

Ley de Desarrollo de Áreas por Grupo,

Ley del Trabajo de Nativos,

Ley de Administración de Asuntos Negros,

Ley de Restricciones Laborales,

Ley de Educación Bantú,

Ley de Servicios Públicos Separados,

Ley de Prohibición de Matrimonios Mixtos,
Ley de Supresión del Comunismo,
Ley Antiterrorista,
Ley Antidisturbios,
Ley de Reuniones y Protestas Públicas,
Ley de Protección de la Información,
Ley de Publicaciones y Control, etcétera, etcétera.

Helen Suzman declara:

—En el Parlamento, esas leyes iban de la mano de información claramente imprecisa y deliberadamente falsa. Una de las instancias en las que se faltó a la verdad tuvo lugar en 1976, cuando le dijeron al exdirigente del Partido Progresista Federal Van Zyl Slabbert que no había soldados sudafricanos en Angola cuando, en realidad, estaban a ciento veinticinco kilómetros de Luanda. Y el proceso parlamentario empeoró con la presencia del Consejo de Seguridad del Estado. Normalmente, sus miembros convocaban reuniones previas a las reuniones de gabinete para crear un clima de toma de decisiones que presionaba a los ministros. Todas sus actividades estaban envueltas en un manto de misterio.

El dirigente del Frente de la Libertad, Constand Viljoen, siempre pone sobre la mesa algún dilema. ¿Habla en nombre de los afrikáneres étnicos? ¿Qué es un afrikáner “étnico”? ¿Una de esas personas que continúan usando la palabra *kaffer*?

—Si alguien tiene que preguntar qué es un afrikáner étnico entonces no lo es —me explicó una vez Viljoen—, pero los *afgedwaaldes* 4 como vos se desvían tanto del camino que casi siempre terminan en el mismo lugar que uno.

Viljoen ofrece una explicación personal del pasado.

—Cuando nos dimos cuenta de que los negros querían apoderarse de lo nuestro... que la lucha por la liberación negra tenía vínculos con el comunismo... para el afrikáner étnico, eso era equivalente al ateísmo y al materialismo dialéctico. Entonces ya no había retorno... estábamos entre la espada y la pared.

»Nos recordaban a las atrocidades cometidas en el pasado en África y éramos testigos del deterioro de nuestra calidad de vida. No obstante, mientras los ricos y los liberales se iban a otros lugares del mundo, más seguros y lucrativos, los afrikáneres se aferraron a la tierra a la que pertenecían. Naturalmente, no querían rendirse. Pero

no los juzguen por no preocuparse o por no poder mostrar su sensibilidad cuando su mundo quedó patas arriba.

*

La prensa extranjera reacciona con escepticismo al pedido de disculpas de De Klerk. Algunos periodistas sienten que el expresidente estuvo lejos de pedir disculpas y otros piensan que fue demasiado ambiguo respecto de por qué se disculpaba exactamente.

El Presidente no está de acuerdo.

—Decir “pido disculpas”... Sé que una de las frases más difíciles de pronunciar en cualquier lengua es “pido disculpas”. Y como el asunto que nos ocupa es tan delicado, no nos pongamos muy quisquillosos. Si han estado con nosotros en las muchas delegaciones que se entrevistaron con De Klerk cuando era presidente... cuando le decíamos “el apartheid es terrible” y si ahora recordamos cómo se escapaba por la tangente, calificar su pedido de disculpas... Hemos hecho un avance muy importante.

—He ahí la ventaja de envejecer —acota el Arzobispo—. Uno ya no mira todo con lupa. He aprendido a no ser cínico ni escéptico. Me agrada muchísimo que alguien pueda decir en público lo que muchos no pueden decir ni en privado.

—¿Pero no cree que lo dijo como un marido golpeador le diría a su mujer: “Disculpame por haberte pegado, pero te lo merecías”? —le pregunto.

Tutu se larga a reír.

—Si no hubiese dicho nada, habríamos exclamado “¡Qué insensible!”. De no haber dicho nada, lo habríamos criticado. Tiene todas las de perder. Porque incluso si hubiera... ¿Qué esperábamos que hiciera? ¿Postrarse de rodillas? ¿Que viniera y me rogara: “Perdón, Arzobispo, lo siento mucho de verdad?”. Y de haber sido así, todos se preguntarían si estaba siendo genuino o si era todo una puesta en escena. No hay manera de que gane.

*

Aunque en el Parlamento flamea la nueva bandera de Sudáfrica, Louis Botha sigue montando su caballo como Estadista, Guerrero, Granjero, y la reina Victoria aún sostiene firmemente el pequeño melón junto al Senado. No obstante, los cuadros del interior del edificio, por fin, fueron retirados. Tres de las pinturas más conspicuas

ofrecen un panorama de las tres grandes etapas de nuestro pasado.

De una de las paredes del salón de banquetes, colgaba una enorme pintura de la Legislatura en tiempos de la Unión, en 1910. Todos los personajes retratados tienen barba, son blancos, lucen sombríos. Y, desde luego, son todos hombres. Así y todo, un hilo de luz se cuelga por una ventana.

Al personal del museo de arte le llevó un día entero bajar el cuadro, quitarle el marco dorado, enrollar la pintura dentro de una bolsa numerada y transportarla adonde sea que fuera a quedar guardada.

En cambio, no se ve nada de luz en la pintura del gabinete de ministros de Hendrik Verwoerd, que también colgaba del salón de banquetes. Ninguna ventana... ni siquiera un destello de luz. Los miembros del gabinete están sentados alrededor de una mesa en una sala con paredes revestidas en madera. Su estudiada atención se dirige al Arquitecto de la ideología nacional, quien, en realidad, la está exponiendo. Está de pie, como un maestro de escuela, señalando un mapa de Sudáfrica. Puede tener la mano relajada pero la mirada es de acero. Lo único que se puede inferir es que está señalando los límites de los territorios bantustanes... el núcleo en el que se concentró su política. Fuera del círculo iluminado donde están sentados los ministros del gabinete, aparecen tres hombres más jóvenes, de los cuales uno es John Vorster y otro, P. W. Botha.

Unos veinte años después, el cuadro del gabinete de P. W. Botha llegó al vestíbulo del Parlamento. Era una pintura gigante, obra de un artista llamado Fleur Ferri, y estaba colgada a la derecha de la entrada en el interior del edificio. La pieza enmarcada en oro, en tonos de verde administrativo y azul de pura lana nueva, representa el canto del cisne del gabinete de ministros un 26 de julio de 1984.

Los retratados emulan la disposición de los personajes de la Última Cena. Alrededor de una mesa. Una mesa vacía. Cada tanto, una hoja en blanco y una o dos lapiceras. Los cuerpos están apoyados en la madera veteada de las sillas; las cabezas parecen haber sido atornilladas después. Así se crea una sensación de desconexión, de unión en la deformidad. Se sientan juntos, pero no interactúan. Parejos y con todo bajo control. La presencia de cada cabello tiene su explicación. Las cortinas están abiertas, y aun así, por las ventanas no se adivinan elementos del mundo exterior. El único reloj visible es el de un Viceministro.

Los apóstoles principales se sientan juntos alrededor de la mesa. Sin embargo, P. W. Botha no ocupa la posición de Jesús, pues en el centro están los cuatro príncipes herederos: Gerrit Viljoen, Lapa Munnik,

F. W. de Klerk y Chris Heunis. De Klerk, según el profeta Ferri, es Judas. Es el único que dirige la mirada, con humildad, a P. W. Botha. Apretado en la cabecera, P. W. queda cerca de una bandera inerte, con una lapicera en la mano y mirando fijo a Pik Botha. Pik y Louis le Grange se dan la espalda. Sosteniendo una pipa, Hendrik Schoeman parece inusualmente amargado y agobiado para ser el bromista oficial del gabinete. El profeta Ferri lo pinta sin cuello. *Vat-hom-Dawie*, con la mano artísticamente apoyada sobre un libro sin título, está envuelto en un halo de claridad... si no es el Mesías, el ex capitán de los Springboks, la selección nacional de rugby, es como mínimo el querido Juan. Magnus Malan aparece bien iluminado y proporciona el único toque de indulgencia al enorme lienzo, cortesía del anillo de oro que lleva en el meñique. Barend du Plessis, ubicado detrás del ministro de Agricultura con aspecto de *bywoner*, deja ver sus rodilleras gastadas y brillosas. El único ministro que parece mirar para otro lado y cuyas manos no están a la vista es Pietie du Plessis, que actualmente está preso por fraude.

Detrás de este conjunto, en un rincón, y en miniatura, conversan los diputados.

Notas

1. *Blue Movie* es el título de una película erótica dirigida por Andy Warhol en 1969 [N. de las T.].
2. *Springbokkie* es el nombre vulgar, en afrikáans, de una especie de gacela africana [N. de las T.].
3. *Ossewa* es el nombre, en afrikáans, de la carreta tirada por bueyes, medio de transporte que utilizaron los primeros bóeres cuando se trasladaron al interior del país durante las décadas de 1830 y 1840. Esta carreta se convirtió en un ícono cultural afrikáner [N. de las T.].
4. *Afgedwaalde* en afrikáans significa “errante” [N. de las T.].

—Esto que llaman reconciliación... Si lo entiendo bien... si quiere decir que este represor, este hombre que ha asesinado a Christopher Piet, si quiere decir que vuelve a ser humano para que yo y todos nosotros recuperemos nuestra humanidad... entonces estoy de acuerdo, la apoyo.

Cynthia Ngewu, madre de Christopher Piet, uno de los Siete de Guguletu

*

Había una vez dos chicos, Tom y Bernard. Tom vivía enfrente de Bernard. Un día, Tom le robó la bicicleta a Bernard, y todos los días Bernard veía a Tom ir en bici a la escuela. Un año después, Tom se acercó a Bernard, le extendió la mano y le dijo:

—Reconciliémonos y dejemos atrás el pasado.

Bernard se quedó mirando la mano extendida.

—¿Y la bicicleta?

—No —dijo Tom—, no estoy hablando de la bicicleta; digo que nos reconciliemos.

El padre Mxolisi Mpambani contó esta pequeña anécdota en una mesa redonda sobre el tema de la reconciliación que tuvo lugar en la Universidad de Ciudad del Cabo, organizada por la Comisión de la Verdad y el Departamento de Estudios Africanos.

En una entrevista que concedió tras negarse a perdonar a Dirk Coetzee por haber matado y “asado” a su hijo, la señora Kondile dice: “Para Mandela y Tutu es fácil perdonar... ellos ya ajustaron cuentas. En mi vida, nada, ni una sola cosa ha cambiado desde que mi hijo fue quemado por unos bárbaros... nada. Por eso no puedo perdonar”.

Pero quienes más pronuncian la palabra “reconciliación” son los

políticos afrikáneres. Aunque podría esperarse que la usaran como estrategia por temor a que solo ellos sean señalados como los responsables del indigno pasado del país, prefieren usarla como una amenaza: si no nos dan lo que queremos, *no* vamos a reconciliarnos con un Gobierno negro. Usan la reconciliación para imponer sus exigencias.

Las definiciones de “reconciliación” que da el diccionario se refieren a restaurar, restablecer las cosas a su estado original. El *Oxford* pone: “Volver a las amistades tras un desacuerdo u hostilidad; resignarse; armonizar; tornar compatible, capaz de convivir”. ¹

El diccionario de afrikáans dice: *weer tot vriendskap bring* [restaurar una amistad]; aceptar; no resistirse.

Sin embargo, en este país no hay nada a lo que se pueda regresar, no hay un estado o relación previos que alguien quisiera restablecer. En estas insoslayables circunstancias, la palabra “reconciliación” parece menos adecuada que “conciliación”.

La teología de la reconciliación del arzobispo Desmond Tutu se alinea con la definición clásica del término. Los expertos opinan que la reconciliación ocupa una posición central en el pensamiento teológico del Arzobispo desde 1979. Pero Tutu ha “africanizado” el concepto de un modo tan especial que concibe las razones tradicionales cristianas y occidentales para la reconciliación demasiado alejadas del mundo como para tener algún valor. Según la Iglesia, “debes perdonar, pues Dios te ha perdonado a ti por matar a Su Hijo”. Según Tutu, “solo puedes ser humano en una sociedad humanitaria. Quien vive con odio y venganza en su corazón se deshumaniza a sí mismo y a su comunidad”.

“En la *Weltanschauung* africana, una persona no es básicamente una entidad independiente y solitaria. Una persona es humana precisamente porque está rodeada de otros seres humanos en la comunidad, porque está ligada al haz de la vida. Ser... es participar”.

Michael Battle, profesor afroamericano de Ética cristiana en Tennessee que ha estudiado la singular teología de Tutu, escribe:

En la vida y el pensamiento de Tutu, es fundamental el llamamiento que hace a la sociedad a superar las diferencias raciales como determinantes de la identidad humana. Las personas no deben matar porque son blancas o negras, sino que deben encontrar un motivo de gozo en haber sido creadas con diferencias para que siempre sean posibles nuevos significados y nuevas identidades... La teología *ubuntu* de Tutu abre las puertas a una nueva identidad de los sudafricanos y recurre a la antigua

noción africana de la armonía entre el individuo y la comunidad, que John Mbiti resume de la siguiente manera: “Yo existo porque nosotros existimos y como nosotros existimos, entonces yo existo”.

Si bien el exponente más conocido de la reconciliación en Sudáfrica es el presidente Nelson Mandela, es interesante observar cómo interpreta la reconciliación y el perdón su sucesor, Thabo Mbeki.

A fines de 1996, la Universidad de Natal otorgó a Mbeki un doctorado honoris causa durante la “Colación de Grado de la Reconciliación”. Inicialmente, la elección de Mbeki para recibir tal honor no pareció razonable. No obstante, una vez expuestos durante la ceremonia la motivación para esa distinción y los antecedentes académicos de Mbeki, también pareció que en la Universidad no estaban familiarizados con los actos reconciliatorios del candidato que recibía los honores. El otorgamiento de un grado honorífico a un dirigente del CNA por parte de una antigua “institución liberal inglesa” era, quizá, la visión de la reconciliación que tenía la Universidad de Natal. Nadie mencionó el importante papel de Mbeki en algunos de los avances más efectivos en el camino hacia la paz en una provincia asolada por la violencia y la venganza. Fuentes del CNA comentan que Mbeki ha pasado largas semanas en Natal haciendo consultas y allanando el camino que conduce a la reconciliación.

Antes de la ceremonia, repartieron entre los periodistas una transcripción del discurso de Mbeki sobre la reconciliación. Pero llegado el momento, él recurrió a una serie de notas totalmente distintas sobre los éxitos cosechados durante su reciente visita europea, por lo cual nunca pronunció el esperado discurso sobre la reconciliación. En cualquier caso, en el texto hay tres párrafos sumamente reveladores. Si la reconciliación para Tutu es el comienzo de un proceso de transformación (debemos poder trascender nuestras tendencias egoístas antes de transformarnos en el plano individual y de transformar la sociedad en la que vivimos), para Mbeki, es un paso que solo podemos dar *después* de que haya tenido lugar una transformación completa.

—¿Cuáles son los elementos esenciales para la construcción de una reconciliación genuina?... Sustituir el apartheid por la democracia; sin una transformación completa y un proceso de democratización, no puede haber una reconciliación genuina. —Más adelante, Mbeki retoma la idea—: Lo que nos interesa destacar hoy es que, dada la historia de nuestro país, la verdadera reconciliación solo puede tener

lugar si alcanzamos nuestro objetivo de transformación social. La reconciliación y la transformación han de verse como partes dependientes una de la otra en un proceso único de construcción de una sociedad nueva.

Mbeki deja en claro lo que él considera que es una transformación. Cita al jefe Albert Luthuli: “Tenemos ante nosotros el edificio de una tierra nueva... una síntesis de los ricos bienes culturales que hemos heredado... No necesariamente será todo negro, pero será africano”.

A riesgo de simplificar demasiado, se podría decir que hay una contradicción entre las versiones de la reconciliación que proponen Mbeki y Tutu. Tutu piensa que los negros tienen acceso a una humanidad superior que les permite hacer cosas que trascienden la lógica. Cuando una mujer declara en una audiencia de la Comisión de la Verdad que perdona a los asesinos de su hijo, Tutu le responde: “Sus palabras me hacen sentir orgulloso de ser negro igual que usted, Mama”. Lo que le falta al mundo lo tienen los negros. En su opinión, la mayor fuerza de la reconciliación es la que tiene lugar entre personas de distinto color, algo que se materializa en la idea de la “nación arcoíris”.

Mbeki, por su parte, no necesariamente se interesa por lo que le falta al mundo. En Durban, lo dijo claramente. Él quiere que los negros aúnen esfuerzos para transformar el país y el continente. Habla del Renacimiento africano. Quiere mostrarle al mundo que los negros son perfectamente capaces de administrar un país y un continente. Para él, la reconciliación debería tener lugar entre todos los negros y los blancos en coexistencia pacífica.

En la mesa redonda sobre la reconciliación que se llevó a cabo en la Universidad de Ciudad del Cabo, la mayoría de las exposiciones oscilaron entre esas dos posturas.

—La reconciliación avanza a pasos agigantados a medida que los individuos y las comunidades inventan formas y medios para reconciliarse con el pasado. La profesora Pamela Reynolds, del Departamento de Antropología, pone de relieve la visión de Tutu de que el pueblo ya ha emprendido la maravillosa travesía del perdón y la reconciliación. El hecho de que no haya habido ataques en venganza por lo que se reveló en las audiencias quiere decir que la gente en su día a día ya ha sopesado los costos de la reconciliación y los de la venganza.

Para Abner Mofokeng, la reconciliación va de la mano de la supervivencia. Como director de Recursos Humanos de Southern Life, su análisis adopta un enfoque pragmático:

—La experiencia sudafricana nos ha enseñado que la convivencia y la reconciliación son esenciales para la supervivencia. La supervivencia propia es indisociable de la supervivencia de los demás.

En la opinión de Nozipho January-Bardill, la reconciliación solo se concretará el día en que los blancos también se indignen por el racismo en lugar de sentirse apenados por los negros. (“Sentir pena” por los negros se ha convertido en el delito máximo, en la especialidad de los liberales defensores de causas perdidas, como suele decirse).

Shirley Gunn reitera ante el público viejos interrogantes: ¿Quiénes deberían reconciliarse? ¿A quiénes beneficiará la reconciliación? ¿Cuáles serán esos beneficios? Para ella, la reconciliación está ligada a la sumisión. Gunn reproduce las palabras de Charity Kondile:

—Para Mandela es fácil perdonar... su vida ha cambiado, pero para la mujer que vive en un barrio pobre, eso no es posible.

Abner Mofokeng no está de acuerdo.

—No es verdad que Mandela no sea consciente de la mujer del barrio pobre. Es que él tiene un objetivo de mayor alcance, un panorama más amplio y por eso, con el tiempo, los hijos o los nietos de esa mujer saldrán ganando.

Un profesor estadounidense rememora una visión inesperada de la reconciliación:

—La verdadera reconciliación de Estados Unidos salió a la luz cuando vimos por televisión que blancos y negros saqueaban juntos una mueblería... una persona sola no puede cargar un mueble. Ellos se unieron en pro de sus propios intereses.

Después, un estudiante alto y joven que está sentado al fondo se pone de pie y toca un tema que hasta el momento todos han evitado:

—Quisiera decir algo sobre el tema del racismo de los comisionados. Si hay algo que me irrita es oír a la nueva elite negra quejarse del racismo cuando lo que en realidad quieren es hacerse con el poder y las posiciones de los blancos para poder poner en práctica sus mismos valores. —Todos se hacen los distraídos.

Cuando le solicitan al profesor Mahmood Mamdani, de Uganda, titular de la cátedra A. C. Jordan, que concluya la discusión, nos sorprende con esta pregunta:

—Si la verdad ha reemplazado a la justicia en Sudáfrica, ¿la reconciliación equivale a la aceptación del mal?

Todos contenemos el aliento. Pienso en términos como “amnistía” y “amnistía general”.

—Hace cinco años, si alguien me pedía que identificara una nueva democracia y un genocidio, no sé si hubiese podido acertar cuál era Sudáfrica y cuál Ruanda. Lo que todavía sigo preguntándome es si no es más fácil vivir con los perpetradores que con los beneficiarios.

¿Beneficiarios? Con un lenguaje preciso, Mamdani desvincula el debate de las distinciones ambiguas entre blan-cos y negros que ahogan la mayor parte del pensamiento de nuestros días.

Un artículo del *Sunday Times* da el ejemplo perfecto de lo que Mamdani trata de evitar. Allí, el autor propone que los blancos deben pagar por los errores del pasado con un impuesto especial y renunciando a todos sus privilegios. La reacción de los lectores fue la esperada: todos los blancos dicen: “Yo no voy a pagar porque no soy culpable. No fui un perpetrador”. Y todos los negros dicen: “Sí, ya es tiempo de que alguien les diga a los blancos lo que tienen que hacer”.

Mamdani acota que en Ruanda hay muchos perpetradores y pocos beneficiarios; en Sudáfrica hay algunos perpetradores y muchísimos beneficiarios. ¿La reconciliación debe tener lugar entre víctimas y perpetradores o entre víctimas y beneficiarios? La ley por la que se rigen las actividades de la Comisión, asegura, obliga a reducir la injusticia al asesinato y la tortura, y las víctimas a los militantes. Y advierte que el resentimiento podría ser una consecuencia si la mayoría, que lógicamente espera obtener beneficios de la reconciliación, queda excluida.

En una reseña de *Reconciliation Through Truth*, de Kader Asmal y colaboradores, publicado en *Southern African Review of Books*, Mamdani reflexiona sobre la cuestión: “Cuando la historia de la resistencia es percibida como un sinónimo de la historia del CNA hay un problema... porque se reduce el apartheid a una máquina de terror y la resistencia, a la lucha armada”. Mamdani da el ejemplo del referéndum de 1992 para demostrar la complejidad del tema de la resistencia. En ese momento, el referéndum, en el que solo los blancos podían votar a favor o en contra del principio del poder compartido, fue percibido por muchos sudafricanos como un elemento de mero interés personal. En realidad, fue un hito, según el profesor, un momento histórico en el que, por primera vez, una minoría de colonos blancos en el continente africano avanzaba hacia un acuerdo con la mayoría. “Sin ese momento, toda conversación sobre la reconciliación no habría sido más que una expresión de deseo”.

Mamdani se pregunta si la base de la reconciliación tras la Guerra de los bóeres no fue la redistribución en favor de los afrikáneres más que el castigo a los ingleses.

—¿Los ingleses y los afrikáneres fueron socios en un crimen de lesa humanidad (el apartheid) o el apartheid fue un programa para la redistribución masiva, la reparación, del botín de hoy en favor de las víctima de ayer?

Esa perturbadora analogía trae consigo una pregunta difícil: ¿La Comisión de la Verdad y la Reconciliación es, entonces, el equivalente de la Travesía Ossewa de 1938? ¿Un instrumento para instituir un nacionalismo particular en lugar de una nueva identidad sudafricana? Se dice que Alan Paton participó en la travesía de las carretas tiradas por bueyes organizada por la Broederbond en conmemoración de la Gran Travesía porque creía que era el inicio de un auténtico sudafricanismo. Pero después de escuchar los discursos durante la colocación de la piedra fundacional del monumento en honor a los *voortrekkers*, Paton regresó a su casa, se afeitó la típica barba bóer y dijo: “Allí no había lugar para mí”.

En el análisis que hace Mamdani habría lugar para las formulaciones aparentemente contradictorias de la reconciliación propuestas por Tutu y Mbeki. Mamdani afirma que la reconciliación duradera solo será posible si está fundada tanto en la raza como en la etnia. La raza define la identidad de los privilegiados y la etnia, la de los oprimidos; la raza es urbana y la etnia, rural. Entonces si Tutu habla de reconciliación racial y Mbeki, de reconciliación étnica, los conceptos serían complementarios. Y si durante el proceso hay que aceptar algún mal, que sea el mal menor.

*

—Entre las ocho y las nueve de la mañana del domingo, me llevaron a otra oficina de la comisaría. Había muchos blancos en esa oficina, todos vestidos de civil. Los hombres me empujaban y me pegaban. Yo era como una pelota de fútbol para ellos. No dejaban de hacerme preguntas sobre la ejecución por “collar” [que había tenido lugar en George en marzo de 1986] y el Congreso de la Juventud de George. Siguieron pegándome y empujándome durante unos quince minutos...

»El lunes, a eso de las dos de la tarde, Coetzee me llevó a Mossel Bay... Ahí estaban el capitán Van der Merwe y Kruger, que me hicieron un interrogatorio para saber del collar.

»Yo les dije que hasta un perro se daba cuenta de que ellos eran unos tontos, que ellos sabían que yo no había estado ahí.

»Se enojaron. Entonces, uno de ellos dijo: “Vamos a ver quién es el

perro”. Cerraron las puertas y las ventanas, y bajaron las persianas. Kruger me puso papel y un trapo en la boca; Van der Merwe me ató las manos y me vendó los ojos.

»Kruger me sacó el pulóver y la camisa y me subió al escritorio. Uno me quitó el corpiño. Me obligaron a agacharme de modo que uno de mis pechos quedó colgando sobre un cajón abierto. Entonces cerraron el cajón de un golpe. Me hicieron esto tres veces en los dos pechos. Me dolía todo el cuerpo y me sentía muy débil. También me arrancaron mechones de pelo.

»Me desataron las manos y me dejaron ahí, en la oficina. Me quité la venda de los ojos y vi que tenía un pezón partido y que de la herida salía un líquido pegajoso, que me sequé con el trapo que tenía en la boca. Guardé los mechones de pelo y el trapo en una bolsa de plástico que encontré en el baño. Todavía conservo esa bolsa.

»Después de eso que me hicieron en los pechos, empecé a tener pesadillas, que nunca cesaron mientras estuve detenida. Me costaba conciliar el sueño, me despertaba de madrugada y no me podía volver a dormir.

»Mientras estuve detenida, me sentía sola, estaba siempre tensa. Pero estar con otras personas no me servía, porque no podía comunicarme con nadie. Por ejemplo, cuando compartí una celda con otras mujeres me resultaba muy difícil estar con ellas, porque estando ahí no podía olvidarme de las veces que me habían torturado.

Ntombizanele Elsie Zingxondo, Beaufort West

Notas

1. Las definiciones se transcriben del diccionario en el original en inglés: “To make friendly again after an estrangement; make resigned; harmonize; make compatible, able to coexist” [N. de las T.].

Que la Comisión de la Verdad generaría controversia era de esperar. También, que la resistencia más ruidosa provendría de los perpetradores. Pero lo que no se podía prever era el efecto que tendría la Comisión en el CNA. Desde el principio, las reacciones del CNA fueron torpes y carentes de fundamento. Tan es así que, de hecho, uno se pregunta por qué los miembros del Comité Ejecutivo no consultan a personas como Johnny de Lange, Willie Hofmeyr o Priscilla Jana antes de formular declaraciones relativas a la nueva legislación.

Planifico una entrevista a Joe Modise, antiguo comandante de Umkhonto we Sizwe y actual ministro de Defensa. ¿Se acogerá a la amnistía? Sí, me dice, porque bajo el mando de una jefe pueden ocurrir muchas cosas que uno no prevé. Como yo digo todo esto en el noticiero, él recibe una llamada del vocero del CNA, que está molesto; Modise no va a solicitar la amnistía individual, sino que va a participar en una solicitud colectiva de su agrupación.

—Pero la ley no permite la amnistía colectiva —le digo al hombre, que entonces habla casi como Eugene Terre'Blanche, Johan van der Merwe y Constand Viljoen cuando se refieren a la amnistía.

—Señora, ¿quién conoce mejor lo que dice el CNA?, ¿usted o yo?

Poco después, otro político del CNA me dice que la amnistía no es necesaria.

—Pero lo van a demandar —le digo.

—Nuestra gente nunca nos va a demandar. Les dimos la libertad.

—Pero los blancos sí. Van a demandar a Robert McBride por la bomba en el Magoo's Bar.

—Ya hablaremos de eso.

Justo entonces, surge una gran confusión que adopta forma humana y tiene el asombroso nombre de Bantubonke Holomisa. El hombre le pide a la Comisión autorización para dar su testimonio. Si bien las audiencias son principalmente para quienes no tienen acceso a otros foros donde contar su historia, le conceden el permiso. Y entonces se

desata el caos. No por lo que revela de la participación del Partido Nacional y la Tercera Fuerza en actos de violencia ni por las cajas de zapatos llenas de documentación que entrega a la Comisión. Se debe, en cambio, a su acusación –que más tarde Dumisa Ntsebeza describe como “un chiste inspirado en una noticia vieja”– de que, cuando todavía era la responsable del Ministerio de Obras Públicas en Transkei, Stella Sigcau aceptó una fracción de cincuenta mil rands de un soborno que ascendía a dos millones que el primer ministro George Matanzima recibió de manos de Sol Kerzner, quien pretendía quedarse así con el negocio de los juegos de azar en el territorio.

La Comisión de la Verdad fue ideada, promovida y finalmente instituida por el CNA. Contaba con la bendición del partido, desde el Presidente hasta el legislador de menor importancia. Pero nadie adivina la reacción del CNA ante el testimonio de Holomisa. ¿Cuenta demasiadas verdades? ¿Le está arrojando un Johan van der Merwe a la conducción del CNA? ¿O acaso el partido usa su testimonio como una excusa para echarlo? Todos saben que es un elemento peligroso. Holomisa es convocado a una audiencia disciplinaria interna. Crece la tensión entre los elevados principios morales y la supervivencia del partido que ostenta el poder, entre la ética y la unidad.

El CNA aprovecha la oportunidad para obligar a sus miembros más prominentes a que no se aparten de la línea propuesta por el partido. Esa línea pasa por la unidad. Al presidente de la Comisión de Disciplina, Kader Asmal, se le asigna la tarea de proporcionar la motivación moral con la que sostener la postura del CNA respecto del examen previo de las declaraciones que sus miembros presentan ante la Comisión de la Verdad. Asmal asegura que si bien uno es libre de expresarse a título personal, tiene una obligación moral frente a sus colegas del partido.

La Comisión hace pública una declaración. Considera que la postura del CNA es insólita. No cree que un partido pueda tener la intención de ponerles una mordaza en la boca a sus integrantes supervisando sus declaraciones.

Es evidente que la Comisión ha adquirido una vida moral propia y está dispuesta a oponerse hasta al partido que le dio la vida. La postura que adopta provoca serios cuestionamientos tanto a los políticos como a los comisionados. Cuando la Comisión afirma que “la verdad libera”, ¿el CNA completa la frase añadiendo “la verdad que decidimos nosotros”? Cuando la Comisión anima a las personas a que digan la verdad según su propia experiencia, ¿el CNA agrega “la verdad que aprobamos nosotros”?

Y por último, la gota que rebasa el vaso. Mathews Phosa, primer ministro de Mpumalanga y asesor jurídico del CNA, aconseja a los miembros de la organización que no soliciten la amnistía, pues la guerra contra el apartheid fue una guerra justa. Boraine emite un comunicado: en el marco de una guerra justa pueden cometerse actos injustos, no menos que actos justos en una guerra injusta. Tutu toma el toro por las astas y amenaza con renunciar si el CNA se otorga la amnistía a sí mismo. No quiere que se aproveche de él un partido que no acepta recibir un trato igualitario ante una Comisión de la Verdad.

*

Existen opiniones encontradas respecto del valor de solicitar la amnistía. Algunos creen que todos los que buscan ser amnistiados son merecedores de elogio, ya que al menos han tenido las agallas de decir lo que hicieron. Otros piensan que es tonto (y que para un político es fatal) reconocer que se ha obrado mal. Según ellos, es preferible ir a juicio.

—A muchos de los que solicitan la amnistía, si fueran clientes míos, les habría aconsejado que no lo hicieran, simplemente porque no hay pruebas suficientes para condenarlos.

—¿Y entonces por qué la piden?

—Creo que a algunos Tutu los ha convencido por repetir que es lo moralmente bueno. También hay muchos abogados ambiciosos revoloteando por ahí que buscan hacerse con dinero del Estado.

Las primeras solicitudes de políticos que aún son funcionarios del Gobierno provienen de Joe Modise y Ronnie Kasrils. La Comisión reacciona con alabanzas: estas solicitudes muestran a las claras que los dirigentes son responsables y que a partir de ellas muchos les seguirán los pasos a estos dos pioneros.

Otro de los motivos principales que lleva a solicitar la amnistía es la amenaza de las inminentes causas judiciales iniciadas por el fiscal general y por particulares. ¿Cómo hay que interpretar el hecho de que ni De Klerk ni Buthelezi hayan presentado su solicitud?

*

Otra cuestión que hay que tener en cuenta son las fechas.

La controversia gira en torno a dos: la fecha límite de los hechos y el plazo para presentar la solicitud. La fecha límite tiene que ver con las violaciones propiamente dichas: los delitos cometidos con

posterioridad a esa fecha no podrán incluirse. El plazo para presentar la solicitud se relaciona con el procedimiento en sí: no se aceptarán solicitudes con posterioridad a esa fecha.

No queda claro por qué el Comité de Justicia nunca se ocupó realmente del tema. Desde el principio, los dirigentes políticos y los jefes policiales, cuya cooperación era absolutamente necesaria para que la Comisión realizara su trabajo, pretendían que se pospusiera la fecha límite. El Comité discutió el tema durante semanas. Una mañana, cuando se suponía que debía tomarse una decisión al respecto, la cuestión se resolvió rápidamente: se decidió respetar la fecha límite que indica la Constitución: el 6 de diciembre de 1993.

—¿A qué se debe que no hayan modificado la fecha? —le pregunté a un miembro del Comité del CNA.

—No lo sé. Nos habría gustado modificarla, porque así el tiroteo de la Shell House habría desaparecido como un mal sueño, pero aparentemente fue Mandela el que no quiso cambiarla.

Otro miembro del Comité asegura que teniendo una fecha abierta la Comisión podría usarla para negociar.

Los que proponen la postergación de la fecha límite sugieren que el 6 de diciembre de 1993 fue una fecha arbitraria establecida por los negociadores de Kempton Park. De los que tuvieron participación en actos violentos, pocos sabían algo al respecto. Por otra parte, la asunción de Mandela como presidente fue un signo claro para todos de que se había iniciado un cambio y que debía adoptarse ese día como nueva fecha límite. Si se la postergaba hasta el 10 de mayo de 1994, el día de las elecciones, los responsables del ataque a la Heidelberg Tavern y la iglesia de St. James también podrían presentar la solicitud. Pero para cambiar la fecha hay que enmendar la Constitución, lo que a su vez requiere un proceso de reforma constitucional y dos tercios de los votos a favor en el Parlamento.

La cuestión del plazo para solicitar la amnistía es más sencilla. El cambio puede realizarlo el Presidente; no obstante, lo que complica las cosas es el hecho de que el plazo depende, en cierta medida, de la fecha límite, y cambiar una implica cambiar la otra, pues habría que dar tiempo para el ingreso de una nueva oleada de solicitudes.

Faltan diez días para el plazo estipulado, el 14 de diciembre de 1996, y la incertidumbre alrededor de las dos fechas paraliza el proceso. Es necesario fijar las dos fechas; una por el Parlamento y la otra por el Presidente. Se programa una reunión entre la Comisión y los funcionarios del Gobierno para tratar el plazo de presentación de las solicitudes, pero el Vicepresidente justo viaja a la India. El

Presidente pospone la reunión hasta un día antes de que venza oficialmente el plazo. Por si esto fuera poco, el Parlamento está por entrar en el receso de diciembre, y aparentemente, el cambio de la fecha que estipula la Constitución ni siquiera forma parte de la agenda.

La Comisión se esfuerza por preservar su credibilidad. Si no se aplazan las fechas, si las figuras principales del CNA no presentan solicitud de amnistía, la Comisión pasará a su segunda fase el año próximo sin haber logrado mucho más que cualquier otra Comisión de la Verdad.

*

Faltan tres días para que venza el plazo para solicitar la amnistía. Estoy sentada en uno de los pasillos que llevan a las oficinas de la Comisión de la Verdad estudiando las resoluciones sobre doce candidatos. El Comité de Amnistía ha hecho públicos los veredictos debido a la presión ejercida por la propia Comisión de la Verdad. Abogados y voceros de la defensa, desesperados, se han quejado ante la Comisión de que solo se hayan resuelto dos solicitudes, tardanza que dificulta la labor de los representantes legales, que no logran descubrir cómo interpreta la ley el Comité de Amnistía y no saben cómo aconsejar a sus clientes ni cómo preparar sus casos. En esto, el Comité no los orienta.

Mientras tomo nota de los nombres en mi cuaderno, oigo a Alex Borraine rugiendo en el pasillo:

—Tráigame todo a la oficina. No entiendo a esta gente.

Levanto la cabeza; Borraine jamás levanta la voz. Detengo a un empleado que se acerca corriendo para preguntarle qué está pasando.

—Usted no debería estar aquí todavía. Por favor, no informe nada sobre las resoluciones. Falta agregar nombres a la lista.

Hago cálculos. De las doce solicitudes, siete fueron aceptadas. Todas eran de miembros negros del CNA. De las cinco que fueron rechazadas, cuatro eran de solicitantes blancos. Esto no animará a la gente a la que se está tratando de convencer de que se presente ante la Comisión.

Cuando se hace pública la lista, esta contiene los nombres de otros cuatro solicitantes que han tenido éxito. Los cuatro son hombres blancos de derecha.

¿De dónde sale esto?

Cuando Borraine leyó la primera lista, me comentan ahora, se puso

furioso. Llamó por teléfono a uno de los jueces:

—¿No le concedieron la amnistía a ningún blanco?

—No, bueno, hemos... ¿dónde están esos nombres?... deben estar por algún lado.

—Encuéntrelos y mándemelos —ordenó, bufando.

*

Desde un primer momento, quedó claro que el Comité de Amnistía decidió trabajar en calma dentro del marco de los procedimientos jurídicos correspondientes. Por lo general, parece que ninguno de los miembros del Comité tiene una percepción real del clima político o del panorama político más amplio. Van caso por caso. A veces, uno piensa que su actitud acabará en desastre; se aleja demasiado del pedido de Thabo Mbeki en cuanto a que la Comisión de la Verdad concluya rápidamente la tarea de otorgar amnistías y no cargue al nuevo Gobierno con la confusión del pasado. Otras, en cambio, uno piensa que el Comité tiene que atenerse al texto de la ley. Al final, cuando se ajusten los tornillos políticos, llegará la salvación.

*

La oficina es pequeña y tiene un escritorio de tamaño normal. Cajas con documentos se amontonan sobre el escritorio, las sillas, la mesa, el suelo. Es aquí donde comienza la vida oficial de las solicitudes de amnistía... Aquí, en el escritorio de Mandisa Dukumbana. Faltan dos días para que venza el plazo. Suena el teléfono. Alguien entra corriendo y hace una pregunta. Fisgoneo a mi alrededor y veo varios sobres marrones dirigidos a *Die Komitee oor amnestie*. Aunque la preposición es incorrecta, la ortografía de “Comité” es correcta: una eme y una te en afrikáans. En el escritorio hay un paquete de gran tamaño envuelto en el papel de un correo privado.

—Las solicitudes llegan de distintas formas: por correo, por fax, algunas las traen los abogados, otras llegan dos veces, por las dudas. Algunos solicitantes las traen personalmente. Normalmente, estos últimos al principio están tensos y nerviosos, pero cuando ven las pilas y pilas de solicitudes no pueden evitar sonreír y se relajan.

A medida que se aproxima el plazo, aumenta el ritmo. Dukumbana dice que al principio se incrementó la cantidad de consultas, seguidas de pedidos urgentes de formularios para el envío por fax. También notó que las consultas ya no las hacen los abogados, sino los mismos

interesados.

—Lo primero que hago —explica Dukumbana— es estamparle a la solicitud el sello con la fecha, asignarle un número de referencia y agregarla a la base de datos. —Aparentemente, rigen acuerdos especiales para quienes llamaron por teléfono para decir que sus solicitudes no llegarían a tiempo. Sus nombres fueron ingresados en la base de datos y sus solicitudes se procesarán en cuanto lleguen.

Una vez que la Unidad de Investigación las digitaliza, las solicitudes se guardan en una caja fuerte. En la tercera caja fuerte, porque en las otras dos ya no cabe más nada... están abarrotadas. Tiemblo... De pronto el Comité de Amnistía me parece demasiado frágil, demasiado concentrado en los detalles de los procedimientos legales para lidiar con tres cajas fuertes oscuras llenas de confesiones secretas.

Me entero de que hace unos días miembros del EPLA, el brazo armado del CPA, fueron a las oficinas de la Comisión de la Verdad. Querían saber qué es exactamente la amnistía y durante cuánto tiempo tendrá validez.

“¿Cómo es posible que todavía no lo sepan? Nada es más eficaz para la concentración mental que un plazo”, sentencia el arzobispo Tutu.

Agrego una nota para la mesa de noticias: “Mañana, Mandela va a considerar dos fechas con la Comisión de la Verdad; por favor, no olviden que hay una DIFERENCIA entre la fecha límite y el plazo”. Me devuelven una nota arrogante: “Según el diccionario, entre fecha límite y plazo no hay NINGUNA diferencia”.

El presidente Mandela amablemente acepta la postergación de las dos fechas. La nueva fecha límite es el 10 de mayo de 1994, y el nuevo plazo es el 10 de mayo de 1997. Con un suspiro de alivio, todos se van de vacaciones.

*

Corre el rumor de que el Ejército está tramando algo para esquivar a la Comisión de la Verdad y evitar las audiencias públicas. En una reunión del antiguo personal militar celebrada para discutir qué estrategia adoptarían frente a la Comisión, el tristemente célebre coronel Jan Breytenbach exclamó: “¿Pedir la amnistía, yo? ¡Por favor!”.

La extradición de un pedófilo australiano de Jeffreys Bay una semana después hace que muchos hombres de armas se detengan a pensar. ¿Qué acuerdos de extradición tiene Sudáfrica con Lesoto, Namibia y Angola? ¿Y con Gran Bretaña y Francia? ¿La familia de

Dulcie September puede denunciar a un sospechoso en París y pedir al Gobierno sudafricano que lo entregue? Las implicaciones jurídicas de la amnistía se tornan cruciales. Se dice que la amnistía borra los antecedentes penales de quien la obtiene y nadie, ni siquiera el Gobierno, puede tocar a un amnistiado. ¿Eso significa que al que le conceden la amnistía no pueden quitarle el cargo que ocupa ni pueden extraditarlo a otro país? Esto genera más preguntas. ¿Otros países tienen la obligación de respetar los acuerdos de amnistía? ¿O pueden hacer como los norteamericanos y los israelíes han hecho en otros lugares del mundo entrando de incógnito en Sudáfrica para raptar a alguien y llevárselo a su país, donde será juzgado?

Eso es lo que más le preocupa, confiesa el abogado de los generales Jannie Geldenhuys y Kat Liebenberg. En África está aumentando la tendencia a instituir tribunales, bajo el auspicio de las Naciones Unidas, para juzgar crímenes de guerra. Lo que él quiere ver es una ley especial que obligue al Gobierno a proteger a los que finalmente obtengan la amnistía contra la extradición, el secuestro, el juicio y el arresto. Los antiguos miembros de las FDS podrán viajar al exterior sin problemas o ir de caza a países vecinos.

Hace unos días arrestaron en Angola a Craig Williamson, un exespía que tiene muchos intereses comerciales en países limítrofes. Estuvo implicado en el ataque en el que perdieron la vida Ruth First y Jenny y Katryn Schoon, y en el de la sede del CNA en Londres. Williamson también se acerca al Gobierno para consultar sobre la garantía de protección contra futuros juicios.

Entretanto, la cuenta regresiva no se detiene.

*

Pero la línea que separa la credibilidad del exceso de confianza es muy delgada. Los titulares de los diarios del domingo son: “La CVR golpea fuerte” o “La CVR ataca base militar”. Al día siguiente, la Comisión de la Verdad da a conocer un comunicado en el que asegura que *no* fue un ataque. Apenas un día después, el titular de portada es “La CVR inicia investigación internacional”. Y le sigue un comunicado en el que la Comisión asevera que *no* es una investigación, sino una simple solicitud a una ONG holandesa para reunir documentación relativa a operaciones secretas en el exterior.

¿Es que los medios quieren acción y por eso provocan a la Comisión de la Verdad? ¿La Comisión está tratando de retomar el rumbo tras el cambio de eje de las víctimas a los perpetradores? ¿O la confrontación

con el antiguo régimen resultó un juego muy agresivo?

Luego ocurre algo que supera todo lo anterior. A las diez de la mañana de un viernes, en un escueto comunicado de apenas dos oraciones, las FDS anuncian que pospondrán la entrega de su alegato, que originalmente estaba programada para el siguiente lunes. A las once, con la voz endurecida por la ira y la determinación, Alex Boraine anuncia que la audiencia del lunes no se posterga. Ya está todo organizado: la seguridad, los intérpretes, los jueces. La Comisión de la Verdad le pedirá al ministro Modise que interceda ante los generales para que acudan a la audiencia. Si no lo hacen, se les enviará una citación. ¿Una citación? ¿De verdad? ¿Alguna vez habían enviado una citación a un personaje importante? El tono de voz de Boraine es tan decidido y los gestos de aprobación de Dumisa Ntsebeza son tan enérgicos que, por un instante, parece que ha llegado el momento de la gran pulseada.

La pulseada por el poder. ¿La Comisión de la Verdad ejerce la suficiente influencia en el Gobierno para obligar a las autoridades a brindarle apoyo? ¿El ministro Modise y su viceministro Kasrils tienen el peso necesario para obligar a los generales Meiring, Klopper y Mortimer a presentarse el lunes? Y, más importante aún, ¿la Comisión de la Verdad tiene las agallas y la voluntad de enfrentarse a los poderes vigentes y a los poderes del pasado?

Ese mismo viernes por la tarde, el Ejército emite un comunicado que explica cómo sus esfuerzos por dar participación a los antiguos miembros de la Fuerza de Defensa le impidieron concluir el alegato a tiempo. Unos segundos después, la Comisión de la Verdad hace pública la respuesta, que difiere de la amenaza previa de enviar citaciones. En cambio, anuncia que la audiencia del lunes se ha cancelado porque no advierte ningún motivo siniestro en la solicitud de postergación presentada por las FDS.

La tarea principal de la Comisión de la Verdad consiste en descubrir la verdad. Pero para hacerlo, necesita información sobre los hechos. Obtener esa información podría ser la verdadera pulseada que ponga a prueba la fuerza de la Comisión.

*

El plazo para presentar las solicitudes de amnistía vence el sábado 10 de mayo de 1997 a la medianoche. El sábado por la mañana, las solicitudes siguen llegando, y cuando las oficinas cierran a las doce de la noche, el número total de solicitudes recibidas desde el inicio de las

actividades de la Comisión es de alrededor de 7700.

—Dios mío, cuando empezamos a trabajar, nos dijeron que llegarían unas 200 solicitudes, y tenemos 7000 —me comenta, asombrado, uno de los integrantes del Comité de Amnistía. Entre las solicitudes que arriban a último momento está la del comandante de Vlakplaas, Eugene de Kock. La Comisión piensa que en unos 2500 casos se requerirá una audiencia pública.

En las pilas de papeles aparecen varias sorpresas. Piet Koornhof pide amnistía por el desplazamiento forzoso de tres millones de personas durante el período en que ocupó el cargo de ministro de Cooperación y Desarrollo. Con su solicitud, explica Koornhof, quiere mostrar que eso fue un error y que pide disculpas. También llegan solicitudes de funcionarios de la Oficina de Cooperación Civil como Joe Verster, Staal Burger, Slang van Zyl y Calla Botha, y con eso se enciende una alarma. Un antiguo jefe militar comentó una vez que Joe Verster es el equivalente militar de Eugene de Kock y que cuando hable, arrastrará a todos con él. Y además, una artista de la Provincia Oriental del Cabo pretende obtener la amnistía porque siente que no ha reflejado las atrocidades del apartheid en sus pinturas.

Las solicitudes presentadas por el CNA llegan poco después del mediodía en una caja enorme. Cerca de cuarenta son de dirigentes jerárquicos del CNA, unas cuatrocientas pertenecen a cuadros de la MK y miembros de las Unidades de Defensa Personal, y todas están perfectamente ordenadas en grandes sobres marrones. Las que más dan que hablar son las del vicepresidente Thabo Mbeki y las de los ministros Mac Maharaj y Joe Modise.

Poco antes de la medianoche, seis jóvenes negros ingresan a las oficinas de la Comisión de la Verdad en Ciudad del Cabo. Insisten en llenar las solicitudes y realizar el juramento. En las solicitudes se lee simplemente: “Amnistía por apatía”. Una noche de sábado como cualquier otra se estaban divirtiendo en un bar cuando, de pronto, se pusieron a hablar acerca del plazo para presentar los formularios para la amnistía y de cómo millones de personas no habían hecho sino mirar para otro lado. Unos pocos individuos se sacrificaron para que todos disfrutaran de la libertad que reina hoy en día.

—Ahí fue cuando decidimos presentarnos por no haber hecho nada. —Fueron a un negocio, le pidieron al dueño que les prestara su computadora y escribieron “Amnistía por apatía”.

—¿Pero qué tiene que ver la apatía con la ley? —pregunta un funcionario de la Comisión de la Verdad.

—La ley dice que con una omisión también pueden violarse los

derechos humanos —explica uno de los jóvenes—. Y nosotros somos responsables de una omisión: no participamos en la lucha por la liberación. Por eso estamos aquí en representación de millones de personas apáticas que no hicieron lo que debían.

Con solicitudes como esa, el proceso de amnistía se ha convertido en algo más de lo que exige la ley. La Comisión es el único foro donde los sudafricanos pueden decir: quizá no hayamos cometido ninguna violación de derechos humanos, pero queremos decir que lo que hicimos (o lo que no hicimos) está mal y queremos pedir disculpas.

*

Todos los edificios históricos respetables tienen su fantasma. La sede del Parlamento Nacional, en Ciudad del Cabo, tiene más de uno. En este laberinto de corredores vacíos, sótanos olvidados, arroyos subterráneos y cámaras que producen eco, quedarse trabajando hasta tarde no es una buena idea.

Cuando suenan las campanas de la catedral de Saint George (que aún alberga el trono del arzobispo Desmond Tutu), dicen que por el Parlamento pululan los fantasmas. Los trabajadores dicen que son “los antiguos legisladores”.

Hulle skuur-skuur so langs jou boude verby as jy by die wasbak buk [Se deslizan por detrás de tu trasero cuando te agachás para enjuagarte la cara en la pileta del baño].

Una noche, un guardia tuvo que guardar las banderas. Vio que en el segundo piso había luz. De la sala del comité provenía una risa. Al pasar junto a una puerta abierta, vio a un grupo de legisladores con copas de vino en la mano.

—Y por casualidad, por pura casualidad —me cuenta— les miré los pies y noté que algunos de esos hombres vestidos con trajes de lana no tenían tobillos. Así como lo oye: entre los zapatos de cuero bien lustrados y el pantalón no había nada... absolutamente nada. —Aparentemente, cuanto más importante era el político, más portentoso era su fantasma.

En la nueva ala de la sede del Parlamento, el expresidente de la legislatura Louis le Grange no tiene paz. Está siempre deambulando de un lado al otro.

—Son las pisadas de un hombre muy alto —dice el cocinero. La puerta del ascensor que está cerca de su oficina se abre y se cierra sola. Y se detiene cuando uno da un pequeño salto y pronuncia la frase: *Laat los, Le Grange!* [¡Suélteme, Le Grange!]. El fantasma más

famoso del Parlamento anda rondando la oficina que alguna vez ocuparon solamente los ministros, pero que hoy usa el jefe de noticias de SABC-TV. Es el fantasma del primer ministro Louis Botha. Cuenta la leyenda que se suicidó una noche de lluvia en esa oficina. El que encontró el cuerpo de Botha fue Jan Smuts, que ordenó que se lo llevaran de inmediato a la casa y después anunció que había muerto de muerte natural. Botha, con una profunda pena reflejada en la postura y el rostro, se aparece las noches de lluvia en esa sección del Edificio Marks.

Una noche, el camarógrafo Pieter se queda trabajando hasta tarde para un programa de actualidad.

Como estaba lloviendo, espera en la oficina del jefe mientras llega su esposa, que viene a buscarlo. Enciende la luz y el televisor. Se sienta en el sofá y se da cuenta de que hay alguien detrás del escritorio.

—Un hombre con la cabeza gacha, los brazos y las manos colgando hacia delante. Lo primero que hice fue comprobar que no fuese una computadora o un abrigo o algo así, pero claramente era un hombre.

En otra oportunidad, Pieter se dirige al estudio, donde un invitado al programa se dejó olvidados los anteojos. Un hombre está esperándolo en la puerta.

—Los anteojos están sobre la mesa —dice el hombre.

—Sí, gracias —contesta Pieter. Se lleva los anteojos. A la salida del edificio les pregunta a los guardias quién más está adentro.

—Solamente usted y su invitado entraron hoy a la noche. Lo estaba esperando a usted para cerrar.

¿Qué sé del fantasma del Ministro alto? Las camareras del ala nueva del edificio forman corrillo y cuchichean con cierta culpa. Era un hombre muy alto, *nè*, y no había féretro en el que cupiera, *nè*. Pregúntele a su secretaria; ella sigue trabajando acá... La esposa del Ministro le envió a la secretaria un pasaje de avión para que asistiera al funeral. Como el Ministro no hacía nada sin ella, la llevaba con él a todos lados. Entonces, la secretaria viaja a Johannesburgo, alquila un auto y, camino a la ciudad donde van a enterrar al hombre, pasa junto al coche fúnebre. Le hace señas al chofer para que se detenga y le explica que ella y el Ministro eran muy cercanos y que quería verlo por última vez, a solas, sin mucha gente alrededor. El chofer abre el féretro mientras ella piensa que este no es suficientemente largo para el muerto que hay dentro... En ese momento descubre que al pobre hombre le serrucharon las piernas a la altura de las pantorrillas y las colocaron, con los zapatos puestos, junto al cadáver. *Sowaar*,

pregúntele a ella, me animan.

Busco a la secretaria, una solterona tímida, y me obligo a hacerle la pregunta insensible:

—¿Cómo hicieron para encontrar un féretro en el que cupiera una persona tan alta?

—En realidad, el féretro no era lo suficientemente largo —responde al rato, con la mirada fija en el suelo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo vi el cadáver. Tenía el cuello torcido.

—No le contó todo lo que sabe —me dicen las empleadas—. ¿Por qué merodea por el lugar... flotando en el aire por las noches con los pantalones flameando, sin piernas en su interior?

—¿Existe el fantasma de Verwoerd? —les pregunto.

—¡Eh!, tenemos que volver a trabajar.

Una mañana me cruzo con una empleada que estaba muy atareada limpiando las alfombras del antiguo salón de actos.

—Mire esta mancha —farfulla—. Esta mancha indica el lugar donde se derramó la sangre de Verwoerd. Vino una empresa especializada en limpieza de alfombras, quitaron la mancha, pero al día siguiente había vuelto...

Uno de los cadetes me explica por qué la mancha se encuentra al costado y no delante del banco. Parece que Verwoerd se sentó un rato antes del inicio de la sesión con su brazo cruzado detrás de la espalda. Cuando lo apuñalaron, este cadete lo oyó decir “Hijo, no, ¿qué hace?”. La sangre le corrió por el pecho y el brazo y goteó de la manga a la alfombra.

El Partido Nacional dejó la gran mancha de sangre durante meses. Finalmente, la cubrieron con una alfombra pequeña. Después, limpiaron a seco todas las alfombras de la sala, pero uno o dos días más tarde, la mancha reapareció.

El CNA, encabezado por el vicepresidente Thabo Mbeki, será el primer partido convocado para responder una serie de preguntas formuladas por la Comisión de la Verdad. Esta vez no habrá lugar para recurrir a elevados principios morales ni para trazar ningún marco. La Comisión tiene preguntas y espera respuestas.

Las primeras palabras de Mbeki son:

—¿Nos quitamos el saco? Hace calor. —Es un pedido muy simple que expresa dos mensajes: uno, hoy ustedes son los jefes, nosotros pedimos permiso; y dos, vinimos a trabajar.

Sin embargo, la dirección en la que van ciertas preguntas encuentra a los miembros de la delegación con la guardia baja. Ya no están acostumbrados a que quienes no ostentan el poder político los convoquen para rendir cuentas en público. Y no son las preguntas superficiales de un periodista en busca de un titular. Maharaj, Modise y Kasrils van de una pregunta a otra y se esfuerzan por dar explicaciones. En un momento, Mbeki lanza una advertencia:

—Deberíamos evitar el peligro que surge de centrarnos en los actos particulares y excepcionales del movimiento de liberación, que pueden ser considerados violaciones graves de los derechos humanos, porque damos la impresión de que la lucha por la liberación fue en sí misma una violación grave de los derechos humanos.

Las preguntas formuladas por el abogado de la Comisión de la Verdad Hanif Valli son muy concretas y se fundamentan en pruebas: incidente, vocero o activista, fecha y cita textual. Es la clase de preguntas que los sudafricanos, tanto simpatizantes como víctimas del CNA, se vienen haciendo desde hace tiempo. Las preguntas giran alrededor del asesinato de policías negros, la violencia de las Unidades de Defensa Personal, la ejecución por el método del collar, los eslóganes que incitaban a matar y las historias de tortura y ejecuciones perpetradas en campamentos del CNA. Todas esas preguntas están formuladas de modo tal que el CNA se ve obligado a

abandonar su retórica. Cuando el partido la retoma, el Presidente se pone firme:

—Una característica de la evidencia que han expuesto hoy aquí es la falta de autojustificación. Sigamos así.

Evidentemente, la Comisión de la Verdad ha estado tratando de proporcionar una red de contención para que los partidos políticos pudieran mirar a las violaciones de derechos humanos directamente a los ojos.

Con una presión constante, eso es lo que hace el CNA. De sus respuestas multifacéticas se deduce que en el partido han analizado en profundidad esos delitos a lo largo de los años. Pero si antes los temas se presentaban solo como dilemas, ahora el Vicepresidente, tres ministros del gabinete y un primer ministro provincial admiten que cometieron errores. Es extraño ver a esa delegación de personas prominentes sentadas allí durante dos días enteros tratando de dar respuestas lo mejor que pueden siendo políticos, mientras sus secretarías con teléfonos celulares, sus guardaespaldas y asistentes de relaciones públicas corren de acá para allá. Después de todo, están ocupados gobernando el país. En cierto momento, es necesario hacer una pausa porque llama Mandela para hablar por teléfono con Modise.

Cuando llega el tema de las Unidades de Defensa Personal, las preguntas son incisivas. ¿Cómo es posible que se les dieran armas a los militantes de base sin ningún tipo de control?

—Creo que está claro que cuando viró la naturaleza de la situación, cuando nos dimos cuenta de que la gente no tenía licencia para portar armas, que se estaban distribuyendo al azar, mientras que nosotros pensábamos que las UDP debían tener licencia, tendríamos que haber revisado la situación —reconoce Ronnie Kasrils—. Fue un error.

El partido admite otros errores: que sus primeros tribunales tuvieron fallas básicas, que obtenían pruebas sometiendo a tortura a los interrogados, que acusaban y condenaban a los cuadros sin que estos pudieran ejercer su derecho a tener un abogado, que no condenaban lo suficientemente rápido los asesinatos perpetrados por el método del collar. El eslogan “Muerte al bóer, muerte al granjero”, admiten, no era un principio político y no habilita para obtener la amnistía. Y admiten también que ninguno de sus miembros tuvo autorización para enfrentarse violentamente al PLI.

El primer día de presentación de alegatos, Mbeki fue nada más que un dirigente del CNA que rendía cuentas por abusos de derechos humanos. Pero el segundo día, es el futuro presidente y defensor de la reconciliación. Sin ella, afirma, el Gobierno heredará un problema

irresoluble. Mbeki informa que el CNA presentará un tercer documento, esta vez sobre la reconciliación, que es fundamental para el futuro de la nación.

A pesar de lo promisorio de la sesión, quedan algunas preguntas incómodas por responder. ¿Hasta qué punto el alegato fue un ejercicio para controlar las consecuencias políticas de las equivocaciones relativas a la Comisión de la Verdad cometidas por el partido? ¿Por qué fue tan ambiguo respecto de quién cometió cada hecho y quién dio las órdenes? No se proporcionó más información de la que ya era de dominio público. Las preguntas más punzantes hechas por padres de jóvenes que murieron en campamentos del CNA no recibieron respuesta. Algunos observadores también se sienten desilusionados porque el partido no trató abiertamente la cuestión de su papel en los escuadrones de la muerte de KwaZulu-Natal. La delegación no parecía muy convencida de que los individuos debieran admitir ninguna culpa por lo que hicieron.

El Partido Nacional. Un nuevo tribunal de comisionados y un nuevo examinador. Por la mañana, debido a la presencia de F. W. de Klerk, corren rumores por los pasillos.

—Hoy va a tener que escuchar críticas —comenta un miembro del Comité en la sala de prensa—. Se prepararon preguntas excelentes acerca de las “manzanas podridas”. Empezaremos por los policías de menor rango. ¿Son manzanas podridas? Y después iremos ascendiendo hasta llegar al comisario general Johan van der Merwe. ¿Él también es una manzana podrida?

Hoy es el día, sin duda.

Como de costumbre, el Presidente prepara la mesa para el encuentro fatal. Agradece a De Klerk por su aporte a la pacificación del país, cita la Biblia, reza, habla en afrikáans, sonríe. Pero al otro lado de la mesa, De Klerk parece tener el control absoluto. Está solo para el juramento. Está solo para hablar. El expresidente P. W. Botha se negó a colaborar con el PN en la redacción del documento del partido. No hay antecesores, no hay ministros ni generales acompañando a De Klerk. Su aislamiento de los grandes dirigentes del pasado es total.

Lo que sigue es una batalla entre abogados. En su declaración, De Klerk afirma que las violaciones graves de derechos humanos cometidas en el pasado fueron el resultado de apreciaciones equivocadas, exceso de entusiasmo o negligencia de efectivos

policiales individuales. En su turno de preguntas, Glenn Goosen cita a De Klerk. Recita un estribillo:

—En el caso de los Cuatro de Cradock, ¿qué fue lo que pasó? ¿Apreciación equivocada, exceso de entusiasmo o negligencia? En el caso de los Tres de Pebco, ¿qué fue lo que pasó: apreciación equivocada, exceso de entusiasmo o negligencia?

—Esto es ridículo —protesta De Klerk.

—Por favor, responda —replica Goosen.

Pronto queda claro que, yendo por ese camino, la Comisión de la Verdad no va a llegar a ninguna parte. La Comisión considera que, como dirigente, De Klerk viene a explicar el pasado; sin embargo, en realidad, está luchando por la supervivencia de su partido. A la Comisión no le interesa que el Partido Nacional esté en serios problemas: Roelf Meyer, el segundo de De Klerk y la figura más prominente del PN durante las negociaciones, renuncia un día antes de presentar su alegato. De Klerk no está ahí para mirar el pasado a los ojos. Está ahí para minimizar el daño y jugar con los sentimientos de sus votantes diciendo estas frases: no sabíamos nada, estamos sorprendidos igual que ustedes y pensamos que estas personas son criminales que deben ser castigadas. De Klerk repite que por su formación y su experiencia en la política no admite ese tipo de atrocidades que ahora salen a la luz. Y, sí, todos, desde el comisario general Johan van der Merwe, que lo engañó, hasta los soldados rasos que fueron autores materiales de los hechos, son manzanas podridas. Mientras él está rebatiendo el cuestionario, los documentos, las suposiciones, la delegación explota: “¡Esto es una vergüenza!... ¡Sies!... ¡Una caza de brujas!”.

La audiencia termina en un tono muy distinto al del día anterior. Sin palabras que sirvan de inspiración, sin una plegaria del Presidente, que está hundido en su asiento.

Voy a hablar con Goosen:

—¿Qué carajo esperabas que dijera?

—Algo así como: “Aunque yo no sabía nada, el hecho de que nunca hayamos condenado categóricamente esos asesinatos puede haber contribuido a que los militantes pensaran que esa era nuestra política”.

—Pero ¡eso no es tan difícil de decir! Salvo porque le dejaste libre una única vía para llegar ahí, y ese camino es el que, como dirigente político acuciado por una serie de problemas, no puede tomar.

Guardo el grabador, la computadora y los casetes. En Adderley Street, alguien me tira de la pollera.

—¿Conocés el poema de Brecht “En favor de una falda larga, ancha”?

Me siento tan afligida, tan llena de desesperación no dicha, que no puedo ni responder.

—¡Vamos! —me dice. Me ayuda a quitarme los bolsos que llevo colgados de los hombros y nos subimos a un taxi. Salimos de la ciudad y vamos camino a Vlaeberg—. En realidad, deberías cerrar los ojos. —Me guía por las habitaciones de la casa—. ¿Te sirvo una copa de vino? —Respiro hondo. A mis pies, una piscina y por encima de mí, Lion’s Head está tan cerca que parece que pudiera tocarla. Hecha de roca y de vegetación. Me sirve vino. Me sujeta el cabello. Me moja los pies con el agua fresca. Me da de comer finas fetas de carne cruda.

—Ayúdame a entender a De Klerk.

—Muy fácil. La red de contención que ayer se tendió para el CNA hoy no estaba. Se propusieron atraparlo y no pudieron.

—¿Por qué, entonces, yo espero más de la Comisión pero no de De Klerk?

—Ahí te equivocás. De Klerk acaba de desilusionar a millones de personas porque se niega a pensar en otra cosa que no sea protegerse de Roelfie. De Klerk siempre fue así. Todos los cambios se hicieron por alguna razón práctica menor... nunca tuvo visión de futuro.

Pero la Comisión de la Verdad es la reserva moral. Si se rinden ante De Klerk y los afrikáneres, ¿cómo esperan que los demás convivan con nosotros?

El sol de la tarde nos acaricia suavemente la piel.

*

—Los afrikáneres no podemos, de ninguna manera, desvincularnos del pasado —dice Constand Viljoen en su función de dirigente del último partido al que convocan—, pero nos deben permitir que asumamos una función honorable en la nueva administración. Los afrikáneres nos sentimos débiles, inseguros; nuestra lengua está amenazada y nuestra estructura educativa, hecha añicos... en pocas palabras, los afrikáneres nos sentimos invadidos por la mayoría y no tenemos adonde ir.

Viljoen se mete, sin rodeos, en el tema de la guerra justa.

—Para que una guerra sea justa, debe cumplir con cuatro requisitos: el objetivo debe ser justo, la guerra debe librarla una autoridad reconocida y aceptada, la relación entre los medios y los fines debe ser proporcionada; por último, deben agotarse todas las otras vías para

resolver el conflicto antes de recurrir a métodos violentos. —Según Viljoen, ni el Gobierno anterior ni el CNA agotaron todas las opciones disponibles antes de iniciar la confrontación. También cree que muchas veces los medios empleados para alcanzar los fines fueron desproporcionados—. Nadie tiene las manos limpias. El terrorismo y la guerra revolucionaria son tan malignos como la guerra nuclear.

El conflicto del apartheid fue de naturaleza esencialmente política. Viljoen asegura que el Ejército le rogó durante años al Gobierno que buscara una solución política al conflicto, porque el Ejército no podía ganar una guerra de ese tipo.

Según Viljoen, el general Johan van der Merwe admitió que había agentes infiltrados en el AWB, pero que nunca se utilizaron para manipular los acontecimientos. —Es increíble lo bien que lo planeamos... y *podemos* hacer las cosas bien, idear planes muy pormenorizados... En ese momento crucial de Kempton Park, cuando estábamos a punto de exponer nuestro punto de vista durante las negociaciones en la Codesa... ahí entraron en escena Eugene Terre'Blanche y el AWB con su coche blindado. ¿Quién preparó el auto? ¿Quién decidió la hora de la embestida? Algo me huele mal. En Mmabatho, cuando decidimos proteger al presidente Lucas Mangope de la violencia del CNA ocurrió lo mismo... todo fue planificado al detalle, y yo prohibí deliberadamente que el AWB participara. Esa noche, todo estaba en orden, nos desplegamos disciplinados y organizados... pero ellos cruzaron la frontera en sus *bakkies*, disparando y vociferando insultos racistas. Entraron y destruyeron por completo la causa, además de tomarnos por idiotas. ¿Eugene Terre'Blanche es un instrumento de la policía de seguridad para destruir el ala derechista o para impulsar concesiones para el PN por parte del nuevo Gobierno?

*

Asimilar la verdad por partes

El comisionado despliega las fotos sobre la mesa. Una ladera cubierta de hierba *tamboekie*, un cielo azul y tierra fresca.

—Nos muestra el lugar... cavamos... la tierra roja de la superficie está mezclada con tierra negra del sustrato... sabemos... la pala se topa con algo...

—Ella era muy valiente, claro que sí —admite el hombre que ha

indicado el sitio donde se encontraba la tumba, el perpetrador, y emite un silbido suave—. Simplemente, no quiso hablar.

Siguiente foto: un montón de huesos forman un conjunto delicado en la tierra. Colillas de cigarrillos, una botella vacía.

—Da mucho trabajo cavar —explica el hombre.

Un hombre con camisa de manga corta coloca los huesos sobre un trozo de lona junto a la tumba... ladrillos. Una vértebra... la clavícula fina y aplanada...

La parte superior del cráneo presenta un orificio de bala.

—Debe haber estado de rodillas —dice el comisionado.

Costillas. El esternón que antes protegía el corazón.

Alrededor de la pelvis hay una bolsa de plástico azul.

—Ah, sí —recuerda el hombre que reconoce la escena—. La dejamos desnuda durante diez días hasta que ella se inventó esa ropa interior. —Se ríe con una mueca burlona—. Sí que era valiente.

Los ojos del comisionado se purifican con el amarillo brillante de la ira. Es él quien ha dicho: “A veces me despierto de noche con una rabia que me sube por el pecho... como si un fuego del *veld* estuviera purificándome”.

Es él quien trató, durante la última media hora de la declaración política de F. W. de Klerk, de descubrir las conexiones entre las políticas del Partido Nacional y las muertes de KwaZulu-Natal. Pero como abogado de la Comisión de la Verdad, al igual que los demás comisionados, lo dejó pasar. Acomodó la cabeza sobre los hombros e hizo un gesto de desaprobación.

De Klerk se retira junto a su delegación hostil. La sala y los pasillos están colmados de rabia. La furia y la desesperación se adueñan de todos. Los comisionados se sienten descorazonados, sin saber qué hacer. El rostro del arzobispo Tutu ha quedado con la piel laxa y estática. Sus hombros están cubiertos con el manto de la derrota. Tengo ganas de acercarme y hacerle algún mohín infantil o besarle el anillo o tocarle la sotana.

Cuando De Klerk abandona la sala, parece como si algo se escurriera entre mis dedos y se perdiera para siempre.

Me quedo de pie, muda, frente al arzobispo. ¿De dónde nos vendrán las palabras? A nosotros, que estamos suspendidos, temblando, aquejados por ese espacio silencioso del pasado afrikáner. ¿Qué podemos decir? ¿Qué podemos hacer con esta carga de esqueletos descabezados, orígenes, vergüenza y cenizas?

Ese fue el día... el día en que se inició el Gran Retroceso. El Día de la División Innegable. Un día, todos están cerca unos de otros y, al día

siguiente, están más alejados que nunca.

El Partido Nacional comienza de inmediato a generar una actitud de oposición a la Comisión de la Verdad. Los integrantes del organismo y las personas que lo rodean muestran síntomas de lo indefendible, de lo insostenible del proceso, de la futilidad del sueño de la reconciliación.

Eso que esperábamos no llegará jamás.

Algunos periodistas piden que les asignen otra tarea.

—No podemos irnos ahora —sostiene un colega—, tenemos que quedarnos durante todo el proceso; de lo contrario, nunca vamos a superar este estado de incertidumbre.

Le pedimos a la Comisión que nos informe cuál es su agenda para el resto del año. ¿Alguna ocasión especial para distraerse de seis meses enteros escuchando a los perpetradores?, ¿alguna ceremonia para dar un cierre al proceso y liberar a los individuos de su pasado? La Comisión es ambigua al respecto. Es evidente que en este momento está más preocupada por el informe final y por las tres cajas fuertes llenas de solicitudes de amnistía que el Comité de Amnistía tiene que procesar a su ritmo.

¿Por qué la gente se siente atraída por la Comisión? ¿El organismo se ha convertido en el último bastión de la rectitud ingenua y los sueños imposibles?

Los miembros de la Comisión y las personas cercanas a ella tienen grabadas a fuego sus propias versiones de las unidades de Vlakplaas. Los periodistas solo hablamos entre nosotros. Nos relacionamos unos con otros, compramos comida para los colegas, escuchamos las historias de los demás... vivimos el proceso a través de miles de ojos. Una de cada dos personas que nos cruzamos en la calle parece un comisionado, todos los grupos que vemos en la vereda nos parecen miembros de la Unidad de Investigación a punto de descubrir algo. Llamamos a los guardias por su nombre de pila. Todos queremos renunciar. Todos ansiamos tener otra vida.

En Tzaneen, entrevistan a un joven intérprete de tswana. Con una mano aprieta el borde de la mesa y mueve constantemente la otra, que tiene apoyada en una pierna.

—No es fácil interpretar las declaraciones de las víctimas —dice el intérprete— porque hay que emplear la primera persona todo el tiempo. Y cuando digo “yo”, no puedo tomar distancia... el relato me atraviesa.

—¿Cómo lo superás?

—No lo supero. Después de tres meses de asistir a las audiencias, mi mujer se fue con mi hijo porque no soportaba mis arrebatos violentos.

La Comisión de la Verdad me proporcionó apoyo psicológico, y el terapeuta me aconsejó que no viniera más, pero yo no quiero. Es mi historia, y quiero formar parte de esto hasta el final.

El final. Todos esperamos que llegue el final. Y suponemos que la Comisión de la Verdad será la encargada de ofrecerlo.

—Esa actitud es un desastre —sentencia el doctor Sean Kaliski, el psiquiatra de Valkenberg—. La gente piensa que la Comisión de la Verdad traería una solución inmediata, sería como un escenario del Mundial de Rugby, y que nosotros aceptaríamos el proceso, nos abrazaríamos y nos sentiríamos hermanos para siempre. Pero todo eso es un gran sinsentido. La CVR es el lugar donde se reconoce la realidad de este país, y el reconocimiento es doloroso. Eso es positivo. No obstante, no habrá una gran liberación... cada individuo tendrá que inventar su propio método para aceptar lo que pasó.

La antipatía por la Comisión de la Verdad es como una onda expansiva. La Comisión recibe un bombardeo de demandas y amenazas judiciales; el Parlamento está inmerso en debates centrados en la Comisión de la Verdad; los cronistas asignados a la Comisión reciben mensajes que destilan odio.

Un columnista del Estado Libre escribe: “Es necesario oponerse a la Comisión de la Verdad con el desprecio que merece por dar una imagen de los afrikáneres como la encarnación de todos los males, sin contrastar ninguna prueba. Las pruebas no contrastadas son la verdad de quienes odian a los bóeres”.

—No hay que desesperarse —aconseja Kaliski—. El hecho de que una persona se sienta obligada a decir que “todo eso no es cierto; todo eso es tendencioso” indica que ha dado el primer paso en su acercamiento a la Comisión. Antes, nadie decía nada; ahora, al menos niegan la información. —Kaliski se refiere a las cinco etapas que experimentan los pacientes terminales: negación, ira y aislamiento, negociación y depresión, y finalmente, de todo lo anterior surge la aceptación.

—Creo que todos están muy impacientes. En lo que a mí respecta, yo me preocuparía mucho si, de la noche a la mañana, los blancos aportaran información que pusiera su mundo patas para arriba. Pasarán décadas, generaciones, para que la gente asimile las verdades de este país por partes.

Kaliski dice que los afrikáneres en particular se sienten tremendamente expuestos. —En el ámbito individual, una persona muy orgullosa a la que se expone públicamente por sinvergüenza difícilmente reaccione con humildad y arrepentimiento; al contrario,

casi siempre se mostrará enojada, indignada. La comunidad se siente expuesta porque los atraparon y los presentaron como símbolo del mal, y no es fácil lidiar con eso.

El léxico que rodea a la Comisión de la Verdad ha ido cambiando en las distintas etapas, pero hay una palabra que se repite una y otra vez: “subestimar”. En lo que respecta a la dinámica de la Comisión de la Verdad, todo se ha “subestimado”. La única pesadilla es la posibilidad de que la Comisión trastabilde de tal forma que arruine por completo todos sus logros. Últimamente, “sobrestimar” se ha convertido en una palabra muy popular, en especial, justo antes de llegar a los dos últimos mojonos. Son dos hitos que parecen imposibles: la reconciliación y la reparación.

Las dos van de la mano. Una no puede existir sin la otra. Si unos no obtienen reparaciones, no van a perdonar. Si otros no son perdonados, no ofrecerán reparaciones. O, al menos, eso es lo que yo pensaba.

De Klerk era ni más ni menos que un político en busca de un foro para aliviar las tensiones entre su tropa. La determinación que eligió como estrategia al responder el cuestionario le proporcionó el escenario que buscaba.

—No hay de qué preocuparse —aclara alguien—, la Comisión cuenta con pruebas suficientes, y De Klerk tendrá que tragarse todas sus palabras. —Si se las traga, si se las restriegan por la cara, ¿qué sucederá después? Me pregunto si lo perdonarán, si la gente contribuirá a las reparaciones porque se siente sumamente humillada, si los blancos y los negros de las pequeñas aldeas rurales trabajarán juntos para beneficio de quienes más sufrieron.

Llevo a un costado a un colega judío.

—¿Qué reparaciones otorgaron los alemanes? —le pregunto. Me responde con una lista impresionante que contiene desde pensiones y transporte gratuito hasta personalidades arrodilladas ante monumentos conmemorativos dedicados a víctimas judías. Y dinero... El dinero de la República Federal de Alemania fue el factor que más contribuyó a la industrialización de Israel... Lo escucho perpleja y pienso en el poco imaginativo documento relativo a las reparaciones elaborado aquí hace unos meses. Podrían haber pensado en algo más creativo que una suma de dinero. No se les ocurrió ni un fondo especial para becas de estudio, ni un programa de subsidios a la vivienda, ni un plan de pensiones, ni asistencia médica... solo una suma de dinero que repartirá el Gobierno. Y si el Estado no cumple, la Comisión podrá lavarse las manos diciendo “no es nuestra culpa”.

No tengo necesidad de preguntarle a mi colega judío si las

reparaciones ayudaron a perdonar. ¿El arrepentimiento en forma de reparaciones es tan inútil como la negación?

De pronto, siento como si una corriente submarina me arrastrara y me arrastrara... Detrás de mí, el país de mi calavera se hunde en la oscuridad como la vela de un barco... y oigo una canción casi inaudible: pezuñas, cercos venenosos, fiebre y destrucción fermentando y siseando bajo la superficie. Me encojo y me erizo. Contra... contra mi sangre y la herencia que transmite. ¿Siempre seré una de ellos?... ¿Los reconoceré, como lo hago día tras día, por el olor?

Sí. Y lo que hemos hecho no se puede deshacer. No importa lo que hagamos. Lo que haga De Klerk. Deberán pasar tres o cuatro generaciones.

Famélicos y sedientos, esperamos que el grupo de Constand Viljoen presente su alegato. Es un grupo pequeño.

Viljoen habla como si quisiera capturar algo, recuperar algo, confirmar alguna esencia de lo afrikáner que no esté enfermo. Yo también quisiera eso, pero sé que no es posible. Cuando Viljoen habla de cómo los británicos les robaron la tierra a los bóeres, un periodista de habla inglesa murmura, con sarcasmo:

—¡Uy, qué mal!

No puedo quedarme en silencio.

—¡Callate! Cuando habló De Klerk no dijiste nada... Al menos Viljoen lo intenta.

—Supongo que no hablás en serio. Este pobre hombre es un anacronismo andante. —Mi enojo se aquieta ante su Acento. Y su Verdad.

Viljoen fue el único dirigente político que solicitó que en el futuro se estableciera una Comisión de la Reconciliación para tratar “el endurecimiento de las actitudes que veo a diario”.

Después de los primeros alegatos políticos, presentados en agosto de 1996, entrevisté al arzobispo Tutu.

—¿No le molestó tener que escuchar cuatro versiones del pasado de Sudáfrica?

Me muestra cuatro dedos huesudos.

—Cuatro versiones... cuatro son las versiones de la vida de Jesús. ¿Usted cuál hubiera descartado?

Le hago otra pregunta.

—¿Por qué la última parte de la declaración del CNA suena tan paranoica? ¿Cómo si todo el mundo conspirara contra Thabo Mbeki?

Tutu inclina la cabeza, sorprendido.

—Usted no debería preguntarme esto. Usted se sienta todos los días y escucha los hechos del pasado, igual que yo. Muchos pertenecen a la segunda o tercera generación de personas perseguidas. Y si uno no conoce el pasado, nunca podrá entender la política actual.

Una amiga que ha emigrado me viene a ver a la oficina. Alguien llama por teléfono y atiende ella.

—Es tu hijo. Dice que va a componer una canción sobre Joe Mamasela y quiere que le digas una palabra que rime con “Vlakplaas”. Tapa el micrófono del teléfono y me pregunta quién es Joe Mamasela.

Doy un gran suspiro. Respiro por primera vez en meses.

La absolución ante la que uno se ha rendido, la esperanza de una catarsis, el ideal de la reconciliación, el sueño de una política de reparaciones eficaz... Quizá lo único importante es que mi hijo y yo sabemos qué es Vlakplaas y quién es Mamasela. Que sabemos lo que ocurrió.

Cuando la Comisión de la Verdad echó a andar el año pasado, entendí instintivamente que si uno toma distancia del proceso se despierta en otro país, un país que no conoce y que no entenderá nunca.

—Recuerdo ese momento. Me llamaron para comunicarme que el Gobierno de Sudáfrica quería matarme. Y recuerdo la inenarrable soledad de ese momento... porque era algo personal. No querían matar a todos los miembros del CNA. Querían matarme a mí.

El padre Michael Lapsley nació en Nueva Zelanda, se formó como sacerdote anglicano en la Sociedad de la Sagrada Misión, en Australia, y más tarde, en 1973, fue enviado a Sudáfrica para estudiar en la Universidad de Natal.

—Yo era un pacifista convencido cuando llegué a Sudáfrica... pero pronto descubrí que en este país la neutralidad no era una opción. Durante mi ministerio, conocí estudiantes de diversos orígenes y tuve en claro que el que era blanco y no hacía nada para cambiar la situación era en realidad un funcionario del Gobierno del apartheid.

»Aunque en esa época no tenía ninguna filiación política, el Gobierno de Sudáfrica me deportó. En Lesoto, me dediqué a formar sacerdotes anglicanos.

—La casa de Michael en Lesoto estaba abierta a todos. Era la primera vez que yo, que provengo de una comunidad blanca bastante cerrada, me relacionaba con sudafricanos negros de igual a igual... conversábamos y discutíamos... pero también rezábamos, porque la casa de Michael era, principalmente, una casa de oración —relata un amigo del sacerdote.

Cuando Michael Lapsley estaba de visita en Nueva Zelanda, un grupo de soldados sudafricanos bien entrenados incursionaron en Lesoto. Phyllis Naidoo, una sobreviviente del ataque, relata lo que sucedió esa noche en su libro *Le Rona Re Batho*:

A la una de la mañana del martes 9 de diciembre de 1982, Lesoto permaneció cautiva bajo el cielo nocturno. La noche, bañada por la luz de la luna, estaba hermosa, como suelen ser las noches claras en las montañas Maluti. Irónicamente, fue la luz de la luna la que facilitó la tarea de la Fuerza de Defensa de Sudáfrica en su

excursión asesina. Los soldados llegaron en helicóptero, iluminando la calle con reflectores e infundiendo el miedo entre los transeúntes... Cuarenta y dos personas murieron esa noche. El CNA envió a Michael Lapsley, que entonces era miembro de la organización, a Zimbabue.

—Era un tibio día de otoño como cualquier otro... en abril... cuando pasé a ocupar el centro de la representación del mal. Volvía de dar una serie de conferencias en Canadá. En mi escritorio me esperaba una pila de cartas que se habían acumulado durante mi ausencia. Uno de los sobres tenía membrete del CNA y una leyenda que indicaba que contenía revistas de teología. Mientras hablaba por teléfono con alguien, abrí el sobre de papel manila en la mesa ratona. La primera revista estaba en afrikáans. La dejé a un costado, porque no sé leer en afrikáans. La segunda era en inglés; rasgué el sobre plástico y abrí la revista... así activé el mecanismo explosivo. Volé por el aire sin perder la conciencia en ningún momento.

Un amigo de Lesoto relata:

—Tres días después de la explosión, fui a visitar a Michael al hospital de Harare... Lo que vi fue horrible... tenía la cara carbonizada... la barba, chamuscada sobre la cara, que se le había hinchado al doble de su tamaño... Le habían amputado las dos manos y no se podía apoyar en la cama, porque el menor roce le provocaba un dolor tremendo. Perdió un ojo, le explotaron los tímpanos... Yo quería tranquilizarlo, abrazarlo, pero no lo podía tocar.

Michael Lapsley cuenta:

—Cuando tomé mi decisión de participar en política, pensé en la muerte. Pero nunca pensé en quedar lisiado. Después de la explosión, sentí que habría sido mejor morirme, porque ahora no tengo manos y nunca... nunca había conocido a nadie sin manos.

»Las manos transmiten amor... cariño... Sentí una pena inmensa e insoportable cuando perdí las manos... Cuando me pusieron las prótesis me puse a llorar... porque eran horribles. Ahora uso estas... y la verdad es que es increíble lo que puedo hacer con ellas.

Esas tenazas de acero son las que el padre Lapsley levantó cuando juró ante la Comisión de la Verdad antes de que se considerara su alegato: “Ayúdame, Dios mío”. Pero también son las tenazas que no le permiten enjugarse las lágrimas como lo hacen las demás víctimas. Cuando el relato toca ciertas fibras, las víctimas suelen taparse la cara con las manos y secarse los ojos con pañuelos de papel. ¿Pero cómo se hace para sostener el frágil papel con unas tenazas? ¿Cómo se hace

algo tan sencillo como sonarse la nariz? Lapsley se acerca las tenazas a la cara varias veces en un acto reflejo, como si quisiera cubrirse la cara con las manos... y cada movimiento es un recordatorio del inhumano pasado de Sudáfrica... duro, brillante y estéril.

—No me considero una víctima, sino un sobreviviente del apartheid... Esto es parte de mi triunfo de volver a Sudáfrica y vivir una vida de la forma más positiva y alegre posible... No estoy atrapado en el odio, porque si así fuera, ellos no solo me habrían destruido el cuerpo, sino también el alma... Es irónico, pero aunque no tengo manos y me falta un ojo, soy mucho más libre que la persona que me hizo esto... A todos los que apoyaron el apartheid les digo que los espera la libertad, pero antes tienen que atravesar todo este proceso.

»Alguien tuvo que escribir mi nombre en el sobre; alguien construyó la bomba. Muchas veces me pregunto: “¿Qué les cuentan esas personas a sus hijos sobre lo que hicieron ese día?”. Sin embargo, el hecho de que una carta bomba compleja como esa me haya llegado por correo después del 2 de febrero de 1990, después de la liberación de Mandela y poco antes de que se iniciaran las conversaciones entre el PN y el CNA, me indica que el único responsable es F. W. de Klerk. De Klerk sabía de la existencia de los escuadrones de la muerte. El propio Frederik Van Zyl Slabbert me dijo que le había hablado de los escuadrones a De Klerk, pero él decidió no hacer nada al respecto.

»Sí, podré perdonar, pero el acto de pedir perdón debe enmarcarse dentro del arrepentimiento... No obstante, de De Klerk no ha salido ninguna señal de reconocimiento. Y yo quiero saber qué hace una persona para compensar lo que destruyó en el pasado.

El arzobispo Tutu describe una escena:

—Siempre se hace un silencio especial cuando Michael da la comunión. Primero uno cree que la gente está nerviosa y que él quizá tire la copa al suelo con sus tenazas... y luego el silencio aumenta. Es como si un rayo de luz emanara de él. Uno sabe que está cerca de algo que siempre vencerá a la oscuridad. Gloria a Dios por usted, Michael, gracias... porque usted puede hablar de la crucifixión y de la resurrección, porque usted las ha experimentado en su propio cuerpo.

Visiblemente emocionado, Tutu se pone de pie. Toda la sala se pone de pie y reza mientras Michael Lapsley lentamente se deja caer en su silla.

Queenstown. En la superficie, una ciudad del interior rodeada por las suaves montañas cubiertas de vegetación de la Provincia Oriental del Cabo. Pero Queenstown esconde las historias más truculentas... algo de lo que no se habla, que no se menciona. Ninguno de los casos que se expusieron ante la Comisión de la Verdad en Queenstown dio una idea de la inusual medida del horror en la ciudad.

Queenstown es una ciudad única. Se la conoce como la capital mundial de la ejecución por el método del collar. En agosto de 1985, la primera persona que murió asesinada por este método, Bill Mentoer, fue ejecutada porque no hizo caso a un boicot de consumidores instigado por la Liga de la Juventud del CNA. Se cree que hubo treinta y nueve ejecuciones por este método en los seis años siguientes, más de nueve por año y casi una por mes... cuando en la mayoría de las ciudades sudafricanas nunca ocurrió algo semejante.

Nozibele Madubedube da testimonio sobre dos asesinatos de familiares suyos. Después, la veo llorando en una de las salas laterales de la sede de la Municipalidad de Queenstown.

—La Comisión de la Verdad me trató como una basura. El comisionado Bongani Finca no dejaba de preguntarme: “¿Acaso usted no sabía que la gente estaba en contra de los concejales?”. ¿Y eso qué tiene que ver? ¿Quiere decir que por eso nos merecíamos ser asesinados?

La mujer robusta con chaqueta azul marino me cuenta su historia.

—Mi hermana Lungelwa había venido a casa desde Johannesburgo especialmente para pasar su cumpleaños con nosotros. Habría cumplido dieciocho años. Esa mañana, los camaradas rodearon la casa. Cantaban “Que muera la *impimpi*”... Gritaban: “Si Lungelwa no sale, incendiaremos la casa”... Salí a la calle con Lungelwa... La sujetaron. Yo grité, pero ellos la cercaron. No la veía... solo oía sus gritos.

»Corrí a buscar a la policía... Después me dijeron... que Lungelwa había muerto de manera distinta que todos los demás... La rociaron con nafta, le pusieron un neumático alrededor del cuello. “Te vamos a dejar linda”, le dijeron, “varios collares juntos... y perfume”. Entonces rociaron el neumático con nafta. También le dijeron que la bebiera para que las llamas siguieran un camino brillante... Después dijeron “y ahora, chispas”, y le arrojaron fósforos...

»Dicen que Lungelwa, con las manos y los pies atados con alambre, estuvo en el suelo hasta que ardió y todos tuvieron que alejarse del rugido de las llamas. Dicen que de pronto Lungelwa se volvió más fuerte que un hombre... más fuerte que un animal... era tan joven...

Se sentó... se soltó las ataduras de las manos y los pies... se deshizo del neumático del pecho y lo arrojó a la multitud histérica. “¡Nunca, nunca más van a quemar a alguien así!”, dijo en un grito, y corrió hasta un surco de arena, donde rodó y rodó hasta que logró extinguir las llamas que la envolvían...

»Murió al día siguiente en el hospital de Queenstown.

Hace mucho frío en Queenstown. La Comisión de la Verdad levanta la sesión. Voy a cenar a un bar con una iluminación bastante pobre.

—Queenstown no es igual a otros lugares —me comenta la camarera—. ¿Sabe que hay dos manicomios acá? —Al día siguiente, confirmo que eso es verdad: en Queenstown hubo durante años dos sectores de psiquiatría. Aquí, por la mañana, el perpetrador y la víctima se sientan al sol.

El profesor de historia del pueblo sospecha que existe cierta debilidad innata en el lugar después de un siglo de tensiones. Queenstown fue la primera ciudad fundada por los ingleses tras la victoria definitiva sobre los xhosa en 1847. En la región, también viven los mfengu, los primeros negros proclamados como súbditos británicos, a quienes desde el principio se los presionó para que dejaran de lado sus tradiciones. También, según Noel Mostert, son el único grupo de la Provincia Oriental del Cabo que no aceptó ningún joisán en su tribu.

Busco en la ciudad a un dirigente de la Liga de la Juventud del CNA. Estaba en Queenstown esos días, pero él piensa que se está exagerando con el tema del collar:

—Usted recordará cómo eran las cosas en esa época. Acá teníamos dos bantustanes en la frontera. No se podía confiar en nadie. En nadie. Mientras dormía a la noche, dos grupos tenían que hacer guardia y al mismo tiempo vigilarse entre ellos. Sé que dicen que la palabra “collar” se originó aquí, en Queenstown, pero nosotros sabemos que la usaban otros pueblos de habla xhosa de Johannesburgo. Nosotros decíamos “neumático con neumático”... No teníamos armas, pero los neumáticos y la nafta se conseguían fácilmente. Era una forma de tener a la comunidad, y a los camaradas, bajo control. Durante una sesión de collar, todos observaban lo que hacían los demás... si uno no era lo suficientemente entusiasta, quizás estaba tramando algo... Con la llegada de F. W. de Klerk, cesaron las muertes por collar... pensamos que las cosas estaban cambiando.

»*Impimpis*. Espías. La policía manipulaba la idea de los informantes.

Decían como al pasar: “Hoy a la tarde, a eso de las seis... fíjense en qué anda Vuyo... ¿Saben qué? Los vamos a atrapar a todos”. Y entonces vigilábamos a Vuyo y pensábamos en la estrategia. Y sí, cada tanto pregunta la hora. A las seis en punto, dice que se tiene que ir. Lo agarramos dos días después y le preguntamos adónde había ido la otra noche y se sorprendió. Y aunque dijera cien veces que había ido a ver a la hermana al hospital, el miedo reflejado en su mirada y el hecho de que la policía lo hubiera señalado eran prueba suficiente para saber que estaba mintiendo. Era él o yo...

Nozibele Madubedube lo desmiente:

—No es verdad. Nos señalaban porque estaban celosos. Mis padres eran personas cultas. Mi padre pertenecía al CNA mucho antes de que ellos nacieran, pero como era miembro del consejo local, decían que había traicionado al pueblo negro.

En la versión del dirigente de la juventud del CNA:

—Esos concejales burgueses se enriquecieron gracias al sistema. El pueblo negro nunca los molestó... fuimos nosotros, la juventud, los *hooligans*, como les gusta llamarnos. Fuimos nosotros con nuestra propia disciplina, estrategia y acciones los que trajimos al país el cambio durante los años ochenta. Ese viejo Madubedube... cada dos cuadras de casas familiares había solamente tres baños que las familias tenían que compartir cuando él era concejal. Hoy él vota, y su arrogante hija también, gracias a nosotros.

Nozibele Madubedube continúa con su relato:

—Había pasado menos de un año desde la muerte de mi hermana Lungelwa, cuando, una mañana, me agarraron los camaradas y me hicieron lo mismo... Cuando tragué la nafta, mi marido se dejó caer al piso gritando. Nunca había oído gritos así en mi vida y nunca volví a oír nada igual... mis hijos trataban desesperadamente de levantarlo...

»Sentí que la nafta me ardía en el estómago y veía los zapatos de los camaradas que bailaban frente a mis ojos... zapatos rotos... de pronto divisé a mi vecina, que se abrió paso entre la multitud y se arrodilló junto a mí... “A esta mujer no le hagan nada. La conozco. No es una *impimpi*...”.

»... pero yo estaba viva y, al mismo tiempo, no estaba viva. Siempre que veo una luz que titila, pienso que es fuego. Mi familia... está viva en parte... solo partes de nosotros se vinculan con partes de los demás... Cuando estamos en el auto, miro a mi marido y a mis hijos y siento... los veo... y no los veo... cuando los toco, siento las manos cubiertas por una piel gruesa... Mi hijo mayor, sobre todo, siempre parece que me tuviera miedo. Mi marido parece un alma en pena. En

1989 me convertí, me bautizaron con agua... era tan fresca el agua... De verdad creo que es por eso que todavía sigo adelante. Esta mañana, cuando me senté frente a la Comisión de la Verdad, vi en la sala a dos de los que nos habían agarrado a mí y a mi hermana... y todavía son... nada... pero ahora yo también soy nada. Mi vida se me escurre entre los dedos.

*

El jefe Anderson Joyi pronuncia los nombres de diecinueve generaciones de antepasados mientras golpea el piso con su maza:

El rey Thembu engendró a Bomoyi;
y Bomoyi engendró a Ceduma;
y Ceduma engendró a Mngutu;
y Mngutu engendró a Ndande;
y Ndande engendró a Nxego;
y Nxego engendró a Dlomo;
y Dlomo engendró a Hala;
y Hala engendró a Madiba;
y Madiba engendró a Thato;
y Thato engendró a Zondwa;
y Zondwa engendró a Ndaba;
y Ndaba engendró a Ngubenuca;
y Ngubenuca engendró a Mtikar;
(esa es la casa donde nació Matanzima,
la de la derecha);
y Mtikara engendró a Gangeliswe;
y Gangeliswe engendró a Dalindyebo;
y Dalindyebo engendró a Jongiliswe;
y Jongiliswe engendró a Sabata;
y Sabata engendró a Buyelekaya;
y aquí es donde comienza mi historia.

Los intérpretes de xhosa salen de sus cabinas.

—¡Epa! Eso fue un xhosa verdaderamente tradicional. Tuvimos que recurrir al lenguaje bíblico para que el público se diera una idea de cómo habla este hombre.

—¿Por qué inicia su testimonio nombrando su linaje? —le pregunto después.

—Sus nombres organizan el transcurso del tiempo —me transmite el intérprete—. Sus nombres le dan sombra a mi historia. Sus nombres ponen en perspectiva lo que ocurrió. Sus nombres dicen que soy un

jefe con muchos colores. Sus nombres me dicen que tenemos la capacidad de resistir el pasado... y el presente.

*

Mhlongo.— Esto sucedió en 1976. Tomé el tren de Barberton a Komatipoort. Me bajé en Kaapmuiden y tomamos alcohol. Después llegó el otro tren y nos subimos. La mayoría de mis amigos se bajó en Hectorspruit. Cuando llegamos a la estación de Komatipoort yo estaba dormido... No estoy seguro porque estaba un poco borracho. Y cuando vino el policía ferroviario (estaban registrando el tren), me preguntó adónde iba y yo le contesté “a Komatipoort”.

»... Me llevó al despacho de la policía ferroviaria... me dijo que yo tenía que admitir que me habían encontrado en la frontera. Y yo le pregunté el motivo por el cual me estaba obligando a decir algo así. “No lo voy a permitir”. Entonces se me acercó y me dijo que tenía que decir eso. Le ordenó a un policía negro que se quedara parado detrás de la puerta. Después salió y llamó al jefe de la estación. Cuando entraron, me dijeron que yo era un comunista. Yo les pregunté: “¿Qué es un comunista?, porque no tengo ni idea de qué es un comunista”. Me contestaron: “Vos sos comunista. ¿Por qué tenés este documento? Es un documento de Mozambique”. Estuve una vez en Mozambique y me dieron este documento porque yo estaba tratando con una persona para comprar animales. Y los policías no me creían, se quedaron con mi documento y no dejaban de decirme que tenía que aceptar que estaba viajando sin documentos. Les contesté que no, que no lo iba a hacer porque era un ciudadano sudafricano de buena fe y que ellos no podían decir eso.

»Entonces me cambiaron el nombre. Ya no me llamaba Mahlaseta Paul Mhlongo, sino Carlosh Tjhira... La verdad es que no entendía... lo que estaban haciendo... (*risas del público*).

Yasmin Sooka.— Por favor... recuerden que el testigo está compartiendo su historia. Si bien no puedo obligarlos a que no se rían o... a que no estén alegres, creo que tienen que dejarlo hablar y respetar su dignidad.

Mhlongo.— Entonces me dijeron: “Sos Carlosh. Te bautizamos. Ahora sos Carlosh”, y me pegaron, pero yo me defendí. Después buscaron un alambre, me lo ataron al dedo del pie, trajeron una tela y me vendaron los ojos, así que no veía nada de lo que hacían. No podía hablar ni veía nada. Me ataron las manos a la espalda. Me preguntaron: “¿Todavía decís que no sos de Mozambique?, ¿que no

sos extranjero?”. Y después me dijeron que yo era un *kaffir*. Entonces me ataron los genitales; yo seguía con las manos atadas a la espalda. Me pusieron la picana... me pegaban sin parar. Entonces les repetí: “No soy de Mozambique”. Me seguían pegando. ¡No podía creer lo que me estaba pasando! “¡No soy de Mozambique! ¡No soy extranjero!”. “Pensá bien, *kaffir*”, me repetían.

»El policía negro miraba mientras los otros dos me hacían todo eso. Él me aconsejó: “Ahora se fueron a tomar el té... y si cuando regresen seguís resistiéndote, te van a meter en una bolsa, la van a llenar de piedras, a lo mejor ponen un gato también, y te van tirar al río. No te lo van a hacer a vos solamente. A todos les hacen lo mismo. Así que te sugiero que cuando vengan, les digas que sos extranjero”. Me dio miedo porque entonces supe que me iban a matar.

»Cuando volvieron empezaron a darme patadas. “¿Así que seguís aguantando?”. Entonces les dije que era de Mozambique. Accedí a todo lo que me pedían. Ahí entró un negro y me desató el pene; se llevaron la toalla y me desataron las manos también. No podía caminar. Sentí que el cuerpo no me respondía. No sabía si iba a volver a caminar alguna vez.... Eso me preocupaba... el problema es que yo tenía mujer... Mi mujer dice... se queja de que yo no puedo... que no soy capaz de tener actividad sexual. Y eso es por lo que me hicieron ese día.

»... En el tribunal, la audiencia no fue justa. Nos llevaron a todos, a los veintiuno, y a tres nos dijeron: “Este tribunal los condena a seis meses de prisión, tres meses en suspenso”. Como, por suerte, yo conocía al intérprete, que era el señor John Sbiya, le pedí que les dijera a todos que yo era de Barberton... pero me pusieron junto a los de Mozambique. Y el señor Sbiya me contestó: “No puedo hacer nada por usted”. Su respuesta me puso muy triste.

»De ahí nos trasladaron a la cárcel, porque nos habían condenado... Nos metieron en un camión y nos llevaron a Barberton. En Barberton todos me conocían bien, hasta los guardias. Me preguntaron: “Señor Mhlongo, ¿de dónde es usted?, ¿por qué está preso?”. Yo no podía decirles nada... me empujaron. Mis pertenencias las tuve que entregar, porque no me dejaron quedármelas. Era ropa para mis hijos que les iba a regalar para Navidad. En la cárcel de Barberton me hacían trabajar, pero no era fácil para mí, porque me dolía todo el cuerpo... No podía trabajar.

Mhlongo se negaba a trabajar en la cárcel, decía que él no había

hecho nada. Elevaron su caso al Departamento del Interior. Lo liberaron en abril del año siguiente.

—Lo perdí todo. Mi casa y todo lo que había en las cuatro habitaciones. El motivo por el que me presenté ante la Comisión es que tengo un problema, porque no puedo tener relaciones sexuales con mi esposa. Mi cuerpo ya no sirve para nada. No sé qué hacer ahora. Quisiera saber qué se puede hacer. Porque durante la época del apartheid me tildaban de terrorista, pero no soy terrorista. Algo tendrían que hacer para que pueda recibir una pensión, algo que me sirva de consuelo y me ayude a mantener a mis seis hijos, que todavía van a la escuela.

Un hombre que ha perdido su hombría... y quiere recuperarla.

Wynand Malan.— Usted se refirió a cambios en su organismo, pero después de que le aplicaran las descargas eléctricas usted tuvo cinco hijos...

Mhlongo.— Tengo hijos... pero le digo algo: yo los mantengo... ellos viven conmigo, pero no sé si soy el padre de esos chicos.

Mahlasela Paul Mhlongo, testimonio ofrecido en Nelspruit

*

—Mi hijo tuvo que dejar Sasol. Cuando volvió, lo estábamos esperando en casa. Se quedó cerca de dos semanas. A la tercera semana, nos dijo que no podía quedarse más porque no tenía trabajo. Una noche... regresó, se fue a su habitación y durmió ahí.

»Estaba durmiendo todavía, eran las seis y media. Vinieron varios a buscarlo, a avisarle de una reunión. Mi hijo se despertó y preguntó por el ruido. Los muchachos le dijeron que había una reunión, pero él contestó que no sabía de qué le estaban hablando. Y ellos: “Una reunión con los camaradas”. Y se lo llevaron con ellos.

»... Tenían un hacha. Le dieron en la cabeza. Tenía el pelo largo y... el pelo le quedó metido en la herida... Huyó a otra casa, y en esa casa había dos que lo reconocieron y vinieron corriendo a mi casa. Cuando llegaron me dijeron: “Levantate, a Frank lo quemaron vivo”. “¿Qué hizo de malo?”, les pregunté. “No sabemos”, me contestaron (*llora*).

»Me fui. Corrí. Crucé el río y las otras mujeres me decían: “Volvé,

¿adónde vas?”. Y entonces les dije que me habían dicho que habían quemado a mi hijo. Ellas me dijeron: “No, volvé, vimos a uno que corría para el otro lado... era negro y tenía cenizas”. Pensé que era mi hijo, así que corrí a su encuentro. Le pregunté: “¿Qué te pasó? ¿Quién te hizo esto?”. Tenía todo el cuerpo quemado salvo la cara y la nariz. Me contestó: “No sé, no sé quiénes fueron”. Y... me dijo: “No conozco a la gente que me prendió fuego”. Entonces le pregunté si no había reconocido a ninguno, y él me contestó que me lo iba a decir al día siguiente. “Voy a decírtelo cuando esté en el hospital”. Le rogué que me dijera quiénes le habían hecho eso. Pero él solo abrió la boca como un pajarito y volvió a cerrarla. Los ojos le cambiaron de color... y yo me largué a llorar...

»Todas estas cosas horribles las vi con mis propios ojos.

Anna Silinda, sobre la muerte de su hijo en septiembre de 1986

*

—Mi hijo menor, de doce años, se nos acercó y le dijo al padre que había alguien afuera que lo estaba buscando. Eran unos que estaban en el corredor. Preguntaban por mi marido. “Bueno, pero no voy a salir”, le dijo el padre. “Yo sí quiero salir a ver quiénes son” [contestó el hijo]. Y cuando salió y los vio ahí en la puerta, uno de ellos se me acercó a mí y me preguntó por mi marido. Le dije que estaba adentro, en la casa.

»Mi marido salió. Después nadie dijo demasiado. Era un grupo de jóvenes, no sé de qué edad ni qué querían. Vi mucha gente, y fue todo muy confuso. Algunos tenían látigos y otros llevaban armas muy peligrosas. Mi marido salió con un machete. Ellos lo persiguieron por el jardín, le daban latigazos. En un momento, se cayó al suelo y en ese momento se rindió. Ahí ya tenía dañado el oído derecho. Después de eso, mi hijo, el que estaba ahí presente, se quedó, pero sus hermanas salieron corriendo.

»Vino uno y ordenó que trajeran un neumático y se lo pusieran a mi marido alrededor del cuello... Trajeron dos neumáticos y yo les dije: “Mátenme si quieren”. Mi marido agarró uno de los neumáticos y dijo que hicieran con él lo que quisieran. Otro tenía una lata de cinco litros de nafta. Lo roció con el líquido. Uno encendió un fósforo. Le quité el fósforo de la mano... Me lo sacaron y se lo dieron a él, volví a sacárselo y lo arrojé lejos. Después alguien que estaba en el fondo

lanzó al aire una batería con la que pretendían darme a mí. Me dieron el mismo fósforo de antes. Al final, la misma persona, que estaba de pie delante de mí, tomó el fósforo y lo encendió. Dijeron que él era el que tenía que encenderlo.

»Después se dispersaron... pero él quedó ahí... quemándose. Fui a buscar agua y se la eché encima... pero no pasaba nada... Recogí tierra, pero para ese momento ya las quemaduras eran graves...

»Junté tierra del suelo y se la eché encima... mi hijo menor fue a buscar a alguien que pudiera llevarlo en auto... Tardó mucho en regresar... Cuando llegó, yo ya había cubierto a mi marido con una manta... Lo llevamos a una sala de primeros auxilios y de ahí al hospital. Pero él estaba agotado... No sobrevivió más de un día.

Anna Mtinkulu, sobre la muerte de su marido en junio de 1986

*

—Ese domingo, mi esposa y yo, junto a nuestros tres hijos, habíamos ido a la iglesia. Fuimos en dos autos, porque yo tenía que llegar más temprano. Decidimos volver un poco antes de las ocho de la noche. Mi esposa y mis hijos iban en el auto de adelante, y yo los seguía. Llegamos al desvío del camino de ripio que conduce a la granja. Cuando mi esposa llegó a la bifurcación, ya se divisaban las luces de la casa. Los tres chicos estaban en el asiento trasero. Mi hijo estaba justo detrás de la madre, el bebé de quince meses estaba sentado del lado izquierdo, en la falda de la hermana mayor, que tenía cinco años. Mi esposa le dio las llaves a mi hijo y le dijo: “Jaco, tomá la llave de la casa. Por favor, abrí la puerta”. El chico se paró en el asiento y se inclinó hacia adelante para recoger las llaves. En ese momento, el auto pisó una mina terrestre.

»Como yo iba detrás de ellos, vi como sucedió todo. Vi que las llamas salían de abajo del auto y que el auto volaba por el aire. Al costado del camino, a noventa grados, junto a un arbusto que estaba a la vera del camino, había trozos de metal, polvo, tierra volando en el aire. Frené, salí de un salto, gritando “Dios mío, ¿por qué?”. Me acerqué y miré a mi esposa. Estaba en el asiento, toda lastimada. Le faltaba una parte del pie, tenía sangre y heridas en todo el cuerpo. En un hilo de voz, me dijo que no sentía las piernas. Mi hijo, el que se había parado en el asiento, ahora estaba sentado, con la cabeza inclinada a un costado, inconsciente. Mis otros dos hijos, el bebé y la

na, estaban aterrorizados, llorando. La nena abrazaba al más chiquito. Saqué a los chicos del auto y los puse en el mío. Fuimos hasta la casa más cercana.

(...)

»Abrimos la puerta del lado del conductor. Logramos sacar a mi esposa. Me quité el abrigo, lo extendí sobre el pasto y la acosté. Después tratamos de sacar a mi hijo. Tenía las piernas atrapadas en el asiento delantero. Le pedí [al vecino] que llevara a mi mujer al hospital. Mientras él iba a buscar el auto, me arrodillé junto a ella y le dije: “Querida, tené fe. Pensá en Dios”. Recé por ella. Uno se siente confundido... El señor Pretorius se la llevó.

»Corrí los pies de mi hijo y en cuanto lo liberé de la presión del asiento, lo llevé al hospital. Mi esposa entró en la sala de operaciones a las tres del día siguiente. Le amputaron la pierna derecha por debajo de la rodilla. Se había fracturado el tobillo izquierdo. Le colocaron clavos. Tenía varias heridas abiertas y un tajo en la garganta. La cosieron, pero toda la cara estaba chamuscada y tenía desgarros en los brazos.

»A la mañana siguiente, volví con mi padre al lugar del accidente. Sabía que una parte de la pierna de mi esposa, desde la tibia para abajo, había quedado allí. La buscamos para enterrarla, pero no la encontramos. En cambio, encontramos una parte del cráneo de mi hijo. Tenía un orificio en la parte superior izquierda y algo de masa cerebral... había quedado en el asiento. Lo puse en un pañuelo y lo enterré en casa. ¿Saben lo que se siente?... ¿Cómo queda uno? (...) ¿Es posible recuperar lo que uno tiene de ser humano después de vivir esa experiencia? Mi esposa murió a los tres días, el 20 de agosto de 1986. En esos pocos días no pronunció ni una palabra.

»... A veces, tenía que ir a Pretoria en día de semana, cuando mi hijo tenía convulsiones. Sus cuatro hermanas, mi padre y yo lo acostábamos en la cama y lo sosteníamos. La dosis de morfina que le habían recetado no era suficiente y entonces, para calmarlo, le daban la de otros pacientes. Por suerte, para Navidad pude llevármelo a casa... pero él no me reconocía... tuvo que aprender a hablar otra vez... tenía lapsus. Jaco murió el 5 de marzo de 1987.

»Mi hija de cinco años la pasó mal... no lloraba nunca. Y todavía no llora. El mundo se puede venir abajo a su alrededor, pero ella no reacciona...

Johannes Roos

Es tarde cuando entro en la recepción del Hotel Nelspruit. No logro encajar todas las piezas. Los gritos de la noche que llevo en mis oídos, las caras alegres del bar y el olor a primavera que flota en el aire. ¿Cómo pongo todo eso junto?

Junto a la llave de mi habitación me espera una nota:
Osip Mandelstam

Miro fijamente las palabras.

Se estremece el nudo que tengo en el corazón.

En el patio, el agua de la fuente cae sobre las hojas y la piedra. Donde él se encuentra sentado está oscuro.

—¿Vamos a comer a algún lado?

—Va a llover —dice el *maître*—, les sugiero una mesa adentro.

—No, gracias, mejor afuera —dice él—. Pedimos antipasto.

—Las dos Anas, una después de la otra. La Ana cuyo hijo fue quemado vivo... ¿viste que la hija tenía esa tela con dibujos de unos delfines de mierda? ¡Delfines! Pensé que me volvía loco viendo esos delfines con caras siniestras, mientras la mujer hablaba de la muerte del hijo sin mencionar la palabra “muerte”, y ese espacio despreocupado entre las dos... un espacio donde silban los delfines.

»Y la otra Ana... ¿viste alguna vez en una audiencia un sombrero como los que se ven en la Iglesia Holandesa? Uno de *voile* blanco de ala ancha... Ella se sienta sola, rodeada de silencio. ¿Viste que no llora nunca? Se queda mirando fijo la mesa que tiene delante... como si las historias no fuesen el principio ni el fin de nada, sino parte del horror continuo que es su vida. ¿Cómo hace la gente para vivir en el mismo barrio después de que ocurre algo así? Siempre que los camaradas la ven por la calle, a ella, tan alta y tan distinguida, algo se les debe remover en su interior.

Nos traen la comida.

—He ahí la diferencia entre las víctimas negras y Johannes Roos. Le dieron tratamiento médico sin demora, y la historia apareció en todos los diarios, con fotos y entrevistas. Y a pesar de eso, no es menos terrible que el resto. Aunque uno no entienda afrikáans, es posible advertir su tono piadoso.

—Sí, me di cuenta por la traducción. ¿Por qué habrá hecho algo tan

bárbaro como enterrar el cerebro del hijo en su casa?

—Igual de bárbaro que lo que estás haciendo vos, comiéndote un plato de antipasto con las manos. ¿Por qué querrían enterrar la pierna?... ¿tendrían miedo de que sirviera de carroña a los animales?

Empieza a llover. Sale el *maître*, nos ofrece una mesa adentro.

—No, nos quedaremos aquí. Nos agrada la lluvia.

Se desata sobre nosotros una tormenta típica del bajo *veld*; todo un espectáculo de luz y sonido. Desgarra los barrios, teñidos de púrpura de jacarandá y glicina. Nos sentamos en silencio y observamos. Él cubre las copas de vino con los platos para el pan. Miramos sin pestañear las calles mojadas, que se estremecen con el rugido de los truenos. La comida nos deja agua de lluvia y aceite de oliva en los dedos.

—Ah, y Mhlongo. Es tan directo cuando dice que el régimen del apartheid le quitó su hombría y que quiere saber si la Comisión de la Verdad puede hacer algo al respecto... Y que confía en que los *manne* de la Comisión lo van a entender perfectamente. Y los comisionados le dan vuelta el argumento como sugiriendo que, en realidad, él quiere dinero para mantener unos niños que no son suyos.

El mozo viene corriendo con un paraguas en la mano. ¿Necesitamos algo? Pedimos más vino.

La lluvia nos limpia como un arroyo. Dejo mis anteojos en la mesa. El agua fresca me inunda los ojos. Ahora sí lo veo todo perfectamente.

—¿Por qué cuando comemos con las manos la comida parece más rica?

—Los psicólogos dicen que el acto de comer, de tomar la comida, es fascinante porque es una forma de apropiarnos del mundo, de que lo que nos rodea se vuelva parte de nosotros. Nos comemos el mundo.

—¿Será por eso que tantas víctimas se quejan de la calidad de la comida que les daban en la cárcel y en los campamentos del CNA? Todos esperamos escuchar relatos de torturas y ellos se quejan de la comida. De que tenía gusanos o de que era muy sosa, o muy escasa, o de que no les daban de comer.

—Debe ser como si el mundo te rechazara, como si no quisiera volverse parte tuya, y así te morís porque estás privado del mundo.

—Durante el testimonio de Roos, había dos periodistas negros que charlaban y se reían. ¿Cómo habría que interpretar eso? Al principio yo me planteaba si solo lloraría con los testimonios de los blancos, pero para mi tranquilidad, no fue así. En cambio, nunca vi a un periodista negro llorar al escuchar el testimonio de ninguna víctima.

—¿Y si les preguntás?

Nos volvemos caminando despacio. Me apoya una mano en la nuca, y eso me tranquiliza. Empapados, volvemos al encuentro de la opresión de la noche.

Carta de Tim

La semana pasada fue una especie de microcosmos de la experiencia completa de la CVR. El martes, fui a Cavendish Square a cenar con un amigo. Durante la cena, nos sentamos cerca de dos hombres afrikáneres. Uno tendría unos treinta y pico de años; y el otro, algo más de cincuenta. Estaban hablando de la CVR. Oímos que nombraban a Georg Meiring y, cuando hicimos una pausa en nuestra propia conversación, oí claramente que el más joven mencionó su propia solicitud de amnistía. Me sentí extraño...

El viernes me invitaron a una fiesta. Estuve un rato hablando con un afrikáner alto, buenmozo y de buen físico. Cuando se enteró de que yo había estado en la Fuerza de Defensa, me pidió que fuéramos a otra habitación. Allí se quitó la camisa y me mostró el pecho y la espalda... un enjambre de cicatrices, consecuencia de la explosión de una pieza de artillería que casi lo mata cuando se encontraba en una misión. Estaba muy alterado. Empezó a llorar como un chico, y yo terminé calmándolo.

El sábado a la mañana, leí tu artículo en el *Mail & Guardian*. En una semana, los generales, los soldados, las víctimas, y el mundo ahí afuera.

En pocas palabras, mi historia empieza en 1980, después de que me convocaran para cumplir con los dos años del servicio militar. El segundo año, sentí que no podía reconciliar todo aquello en lo que creía con las acciones de las FDS en Namibia.

(Tuve la suerte de ir a buenos colegios en mi adolescencia, colegios que enseñaban los antiguos valores de Mr. Chips: “ser valiente y fuerte y honesto, y derrochar amor toda la vida...”).

Deserté de las FDS y hui a la frontera con Botsuana. Quería ir a Gaborone... Mi objetivo era unirme a la MK y hacer algo contra lo que yo en ese entonces pensaba que era un sistema inherentemente perverso.

Yo era joven, no tenía experiencia y estaba solo, así que, cuando estaba por cruzar la frontera en Ramatlabama, me atraparon. Ahí empezó mi pesadilla. Me entregaron a la policía de seguridad de Zeerust, que me interrogó durante una semana. Me golpearon, me aplicaron la picana, me asfixiaron, me tuvieron desnudo y abusaron de mí varias veces con una porra. No recuerdo muchos detalles, salvo los gritos. Tenía diecinueve años en ese momento.

Después me trasladaron a la división de seguridad de Walvis Bay, donde continuó mi pesadilla. Fue un alivio cuando, dos meses más tarde, me pusieron en custodia militar. Los militares me trataron mucho mejor que la policía.

Esto me lleva al punto de la historia que me interesa compartir.

La CVR me afectó considerablemente la vida en el breve período que pasó desde que me presenté por primera vez ante los funcionarios aquí, en Ciudad del Cabo, y conté mi historia a uno de los responsables de la investigación de los hechos.

En mi vida personal, creo que lo que más les costó a mis padres fue aceptar lo que yo había hecho y lo que me había pasado. Ellos empezaron a hablar del tema recién este año. Antes, nunca habían tocado ese tema. Creo que el problema era que el régimen criminalizó lo que yo había hecho y, como burgueses respetuosos de la ley, ellos se debatían entre su lealtad a mí como su hijo y el repudio al crimen que yo había cometido.

Ahora bien, como me presenté ante la CVR con mi historia, entonces pareciera que está bien hablar. Poco a poco, las cosas están cambiando. Es como si hubiera salido de una cárcel en la que estuve preso durante dieciocho años. Al mismo tiempo, es como si a mi familia también la hubieran liberado. Mi hermano se volvió más comprensivo, más humano, ahora puede hablar conmigo. La última vez que lo vi, me dijo que tendría que haber hecho más, que debería haberse esforzado. Cuando vio el documental sobre Eugene de Kock, mi madre me dijo, horrorizada: “No teníamos idea. No sabíamos nada”.

Probablemente, el papel más importante de la CVR no sea sacarles una confesión a F. W. o a Magnus. Ellos son los que tienen que vivir con su propia conciencia. Que se vayan a la mierda los represores. El cometido de la CVR es hacer que sanen las heridas. Y quiero decir que aquí hay alguien al que ayudaron a reconciliarse: yo me reconcilié conmigo mismo.

Y el silencio está desapareciendo. Es como si nos despertáramos de una pesadilla de años. Incluso la reacción de la prensa en afrikáans es

alentadora. Si bien nunca leí una carta de apoyo a la CVR, tampoco se cuestionan las historias ni las pruebas. Al no poder atacar las pruebas, atacan a la Comisión en sí. Pero lo cierto es que ya no vivimos bajo la tiranía del silencio.

Cordialmente.

Tim

Carta de Helena

Traducida del afrikáans por Angie Kapelianis

Mi historia comienza durante mi adolescencia, en la granja del distrito de Belén, en el Estado Libre.

A los dieciocho años, conocí a un joven de algo más de veinte que trabajaba en un importante organismo de seguridad. Estábamos iniciando una relación hermosa. Hasta hablábamos de casarnos. Era un hombre lleno de vida, vivaz, que regalaba energía. Muy inteligente. Si bien era inglés, se llevaba bien con todos los afrikáneres de la zona. Y todas mis amigas me tenían envidia.

Un día me dijo que se iba de “viaje”. No nos vamos a volver a ver... probablemente nunca. Yo estaba destruida. Y él también.

Tres años después, me mudé a la antigua Transvaal, donde mi círculo de amigos consistía básicamente en personal de las fuerzas de seguridad. Nunca me olvidé de mi primer amor. Un matrimonio sumamente breve con otro hombre fracasó porque yo, en realidad, me había casado para olvidar.

Hace poco más de un año, me encontré con mi primer novio por intermedio de un amigo. Supe que él había estado en el exterior y que estaba por solicitar la amnistía.

No sé cómo explicar el dolor y la amargura que sentí cuando vi lo que quedaba de aquella persona fuerte y hermosa. Los años le habían dibujado profundos surcos en la cara, le habían robado la dignidad, y él no tenía nada ni nadie por quien vivir. Solo deseaba una cosa: que la verdad saliera a la luz. La amnistía no era tan importante para él, pero era el único camino a la verdad. La necesidad de limpiarse.

Lo arrancaron de nuestra vida de un modo horrible a principio de año. ¿Es ese el precio que tuvo que pagar por sus convicciones? ¿Un precio tan alto por buscar la verdad?

Después de mi fracaso matrimonial, conocí a otro policía. No era

como mi primer amor, pero era un hombre extraordinario. Muy especial. Alguien con quien me sentía segura, una persona equilibrada que se ocupa de los demás... con amigos siempre dispuestos a ayudar.

Un día me contó que a él y a tres de nuestros amigos los habían ascendido. “Nos trasladan a una unidad especial. Ahora sí que somos policías de verdad, querida”. Estábamos encantados. Hasta lo celebramos.

Sus amigos y él venían muy seguido. Incluso se quedaban durante bastante tiempo cada vez. Pero había épocas en las que no paraban. Pronunciaban la temida palabra “viaje” y se marchaban.

Como yo lo quería, no podía dormir, me preocupaba y me angustiaba por su seguridad, no sabía dónde estaba. Tenía que conformarme con eso de “ojos que no ven corazón que no siente”. Lo único que yo sabía era lo que veía con mis propios ojos.

Unos tres años después de que mi marido ingresara en las Fuerzas Especiales, nuestra vida se transformó en un infierno. Él casi no hablaba. Estaba como ido. A veces, se tapaba la cara con las manos y se ponía a temblar sin parar. Me di cuenta de que estaba bebiendo mucho. De noche, en lugar de descansar, iba de una ventana a otra. Tratava de ocultar ese miedo que lo dominaba, pero a mí no me podía engañar. Una noche, serían las dos o las dos y media de la madrugada, me desperté con su respiración agitada. Se dio vuelta en la cama hacia mi lado y lo vi pálido. A pesar de que era una noche de calor agobiante, él estaba helado y empapado en sudor. El desconcierto se reflejaba en su mirada, pero sus ojos, apagados, parecían los de un muerto. Temblaba. Tenía convulsiones terribles, y unos gritos de miedo y dolor que helaban la sangre le subían desde el fondo del alma. A veces, se sentaba inmóvil con la mirada perdida.

Nunca entendí. Nunca supe nada. Nunca me di cuenta de qué tenía que tragarse mi marido en esos “viajes”. Lo único que sé es que todo era un infierno. Yo rezaba, le suplicaba a Dios. “Dios, ¿qué le está pasando? ¿Qué ha cambiado? ¿Se está volviendo loco? No sé qué hacer con él”.

Ahora conozco las respuestas a todas mis preguntas y a todo mi dolor. Sé dónde empezó todo. El origen de todo. La función de “los de arriba”, “las camarillas”, “los buitres” que cumplían órdenes sangrientas. Las iglesias y los dirigentes de la comunidad.

Sí, quiero responder la pregunta que hizo Antjie Samuel en la radio. Yo apoyo al asesino que permitía que yo y la vieja y querida Sudáfrica blanca pudiéramos dormir en paz, arropadas, mientras “los de arriba” planeaban la siguiente “eliminación definitiva de la sociedad” que

ejecutarían los buitres.

Sí, yo perdoné a los que luchaban por la libertad usando con prodigalidad sus bombas, minas y fusiles AK-47. No eran ningunos angelitos. Con el tiempo, el día de la primera audiencia de la Comisión de la Verdad entendí de qué iba la lucha. Yo habría hecho lo mismo si me hubieran privado de todo. Si mi vida, la de mis hijos y la de mis padres estuvieran atrapadas en las leyes. Si tuviera que ver cómo a los blancos no los conformaba lo mejor y querían más. Y lo obtenían. Sé que ellos también tienen a sus seres queridos que sufren y conviven con sus acciones, el campamento Quatro y la MK.

Siento envidia y respeto por los que participan en la lucha; al menos sus líderes tienen agallas y apoyan a sus buitres, reconocen sus sacrificios. ¿Nosotros qué tenemos? Nuestros jefes son santos inocentes. No tienen rostro. Mientras nuestros buitres fueron útiles, les rindieron tributo. Hoy, cuando lo único que piden esos mismos buitres, que ya no les sirven, es reconocimiento y apoyo, los afrikáneres “de arriba” ¿son demasiado poderosos, demasiado cristianos y mejores que el resto como para reconocer a los que alguna vez les fueron útiles?

Entiendo si el señor De Klerk dice que no sabía nada, pero caramba, debe haber una cuadrilla, alguien que siga vivo y pueda dar la cara por las “órdenes de arriba” para los operativos.

¿Acaso esta vida tan anormal es otra cosa que una violación de derechos humanos?

El asesinato espiritual es una violación más inhumana que el burdo asesinato físico. Al menos, la víctima del asesinato está muerta y puede descansar en paz. El único responsable es el jefe sin rostro que juega a ser Dios y decide a quién hay que matar físicamente y a quién espiritualmente una vez que ha hecho el trabajo sucio.

Me gustaría poder devolverle su entereza a esta pobre gente malograda. Ojalá pudiera borrar de un plumazo a la vieja Sudáfrica del pasado de todos sus habitantes.

Termino esta carta reproduciendo algo que me dijo la otra noche mi buitre malogrado cuando lo vi sentado girando la pistola sobre su regazo: “Podrán amnistiarme una y mil veces; Dios podrá perdonarme una y mil veces, pero yo sigo viviendo en este infierno. El problema está en mi cabeza, en mi conciencia. Hay una única forma de liberarme de esto... volándome la tapa de los sesos. Ahí es donde reside mi infierno”.

Llámenme HELENA

Testimonio de Mananki Seipei, madre de Stompie Seipei

—Soy Mananki Seipei. Vivo en el Estado Libre de Orange, en Tumahole. Stompie era mi hijo mayor. Nuestra familia era muy pobre. Hice todo lo que pude para criarlo bien. Encontró su destino en 1985, cuando todavía estaba en la escuela primaria. La policía se lo llevó a la comisaría de Parys. Sospechaban que había robado la licorería. Hasta que en 1986 vinieron muchos policías. Entraron y me preguntaron dónde estaba Stompie. Les dije que no estaba, y me pidieron que lo entregara, que ellos sabían que estaba. “¿Es un chico o un adulto? ¿Por qué lo deja participar en política?”.

»El 9 de julio de 1986, a la mañana temprano, Stompie volvía de la panadería. Se lo cruzaron los de la División Especial de la Policía. Me dijeron que le diera ropa de abrigo a mi hijo y se lo llevaron. Stompie pasó por varias cárceles. Estuvo detenido en Sasol, Leeuhof, Heilbron, Koppies y Potchefstroom. El 26 de mayo de 1987, salió de Potchefstroom. Lo volví a ver el 25 de junio. Se fue de Tumahole. Como lo buscaba la policía, decidió huir. Estuvo en Johannesburgo y después volvió cuando falleció el camarada Master Nakede. Stompie vino para el funeral.

»Y en 1988 lo arrestaron y lo mandaron a Koppies. Cuando regresó de Koppies... volvió a Johannesburgo. En 1988, el 1 de diciembre, Stompie compareció ante un tribunal por una causa que le abrieron por incendiar autos de la Municipalidad. Les decíamos las “chauchas”. Stompie fue a Johannesburgo. Yo fui a buscarlo, quería verlo. Ese 1 de diciembre les pregunté a unos amigos suyos si lo habían visto. Tenía miedo de ir a la policía porque a él no le gustaba la policía. El 12 de enero de 1989 se suponía que tendría lugar la segunda audiencia, pero él nunca se presentó.

»Un abogado me preguntó si yo era la madre de Stompie. Le contesté que sí. Entonces el abogado me dijo que Stompie había muerto. Yo no podía creerlo. Sin embargo, los amigos de mi hijo me aseguraban que estaba vivo. No sabía qué pensar. Pasó el tiempo y me encontré con gente que me preguntaba: “¿Qué hace por acá? ¿No sabe que su hijo está muerto?”. Yo no estaba segura de si Stompie estaba muerto o no. Yo era una mujer que luchaba por los derechos humanos. No sentía que Stompie estuviera muerto.

»Una mujer me aconsejó que les preguntara a los amigos directamente dónde estaba Stompie. Fui a ver a un amigo, pero solo encontré al padre. El hombre me dijo: “Le están mintiendo. Stompie está vivo. Andaba en una bicicleta de BMX. Me dijo que lo único que

tenía era un moretón en la pierna”. En el 89 me quedé esperando que pasara algo. A veces volvía a mi casa, y ahí me llegó la noticia de la muerte de mi hijo. Me caí en el agua, y eso me dio el indicio de que él había muerto. Pero nadie de la organización vino a contarme la verdad.

»El 30 de enero de 1989, vinieron a verme dos ministros de la Iglesia Metodista de Johannesburgo. Eran el obispo Peter Storey y Paul Verryn. Vinieron a contarme lo que sabían de Stompie. Me dijeron que el 29 de diciembre de 1988, fueron unos a la iglesia y se llevaron a Stompie junto a sus amigos. Se lo llevaron a la casa de la señora Winnie Mandela. Me dijeron que no sabían, que todavía lo estaban buscando y que no sabían si estaba vivo o muerto. Que los amigos de mi hijo les habían dicho que había perdido algo del líquido que rodea el cerebro. Me quedé en casa, esperando que pasara algo, pero los sacerdotes me dijeron que si venía la policía diciendo que me querían ayudar con Stompie, yo tenía que aceptar porque la policía me iba a ayudar. El 13 de febrero, vino la policía. Llegaron y me preguntaron: “¿Este es Moeketse?”. Les dije que no, que no era Moeketse. Entonces me dijeron que volverían a buscarme al día siguiente para ir a Johannesburgo.

»El 14 de febrero de 1989 me llevaron a Brixton. Fuimos a la morgue de Diepkloof. Ahí reconocí a Stompie. Estaba en proceso de descomposición, pero un hijo es un hijo. Yo peleaba por mis derechos. Había signos de que era el cadáver de Stompie. Lo mataron y lo arrojaron al río entre New Canada y Soweto. Estaba casi irreconocible. Lo miré porque soy su madre. Lo miré un rato largo. Vi entonces el primer signo. Dije: “Conozco a mi hijo. No tiene pelos en la espalda”. Le faltaban los ojos. Dije: “este es Stompie”. Cuando pusieron la bomba en la Khotso House, Stompie era un activista. Tenía una cicatriz en el ojo. Le miré la nariz y ahí estaba la marca de nacimiento. Le miré el pecho y vi otra cicatriz, producto de una pelea con otro chico en Tumahole. Y le miré la mano izquierda. Era idéntica a la mía. Le miré los muslos. Stompie estaba en forma, como su madre. Le miré las partes íntimas, y mi hermana justo guiñó un ojo. Tiene en la pierna izquierda otra marca de nacimiento, igual a una que tengo yo.

»Me preguntaron cuánto pesaba Stompie. Les dije que la policía tenía que saberlo. También quisieron saber si mi hijo era alto o bajo. Y les contesté que era bajo. Ocurre que como lo arrojaron al agua como a un perro, estaba como estirado. Trajeron su ropa y dije que quería estudiarla. Hubo dos cosas que reconocí de inmediato. Una era su

sombrero blanco y la otra, las zapatillas. Dije que sí, que eran de Stompie. Él usaba ese mismo número de zapatos.

»Volvimos a Parys con S. B. van der Merwe, con Richard Malambo. Fuimos a Tumahole. En el camino, me decían que no creían que fuera Stompie. Al día siguiente, me fueron a buscar. Me dijeron que el Dr. Koornhof y Joubert aseguraban que no era. Tuve que volver a Johannesburg. Yo tenía que luchar por los derechos de mi hijo. Volví a Johannesburg.

»Me hicieron muchas preguntas. “¿Su hijo tenía alguna enfermedad?”. Les comenté que lo habían operado de las amígdalas y que había tenido epilepsia, pero que se curó cuando tenía cinco años. Me preguntaron si tenía algún problema en los ojos. “No, pero cuando salió de la cárcel de Koppies sí tenía”.

»El problema en el ojo empezó en Koppies. Me dijeron que no creían que fuera Stompie, que era muy joven. No tenía documentos. Tenía catorce años.

»Me preguntaron si yo pensaba que me tenían que creer cuando yo aseguraba que era Stompie. “Sí, me tienen que creer”. Volvieron y me dieron la mano. Me confirmaron que era mi hijo, que lo habían identificado por las huellas dactilares.

»Me informaron que me iban a ayudar con el entierro. Pero yo les dije que primero tenía que consultarlo con mi familia, que no iba a tomar decisiones que tenían que ver con lo legal, porque Stompie estaba en alguna organización. Fuimos a Parys. Les dije solamente que mi familia no estaba de acuerdo con la ayuda, porque no podíamos decir nada en esa época, porque todavía estaba el apartheid. Incluso como madre del chico no podía decir nada delante de la policía porque ellos me podían molestar. Había una funeraria que se llamaba Bosman y fui ahí con el sargento Nel. Le pedí al dueño, el señor Msipidi, que fuera a Johannesburg a buscar el cadáver de Stompie. Pero se negó, no podía ayudarme, me dijo que le pidiera ayuda a mi familia.

»Un día, era un viernes, vinieron unos periodistas a hablar conmigo. Me dijeron que Stompie estaba vivo, que estaba en Botsuana. Según ellos, la señora Mandela les había asegurado que estaba vivo y en Botsuana. Entonces les respondí: “No estoy enterrando a un zombi”.

»Entierro a mi hijo. Conozco sus marcas de nacimiento. Yo lo crié. Nadie va a decirme nada de mi hijo.

»Fuimos a verlo por última vez a la morgue. El cuerpo estaba en plena descomposición, apestaba. No pudimos traerlo a casa. Fuimos con mi familia, con mi padre, y todos vimos que se trataba de

Stompie. Sin embargo, el señor Msipidi lo negaba. “No es Stompie”. Según él, había enviado a un empleado suyo para que examinara el cadáver y cuando este empleado fue, en el lugar había muchos de la organización de Stompie. Hicieron correr el rumor de que mi hijo era informante de la policía. Yo lo conozco muy bien. Hablábamos mucho. Y ahora vienen a decir que era un informante.

»El sábado, esa misma noche, vinieron unos de afuera. Me preguntaron: “¿Se acuerda, en 1987, cuando Stompie salió de la cárcel y nosotros vinimos a verla al 241?”. Les dije que sí, que lo recordaba. Y ellos: “¿Se acuerda de que nos seguía la policía y que no querían que habláramos con Stompie?”. Sí, les dije. Me mostraron una foto, una foto de Stompie junto a su amigo Gili Nyatela. Me dijeron que los de la funeraria decían que el muerto no era Stompie. Yo les respondí que no era así. “La persona que voy a enterrar mañana es mi hijo”. Fuimos a la iglesia.

»Hubo algo que me dolió de verdad. Esa misma persona, el de la funeraria, dijo: “Miré bien a este chico y estoy seguro de que no era Stompie. Le pedí a un empleado que me dijera qué pensaba y él también cree que no era Stompie”. El reverendo Mabuza se puso de pie y dijo: “Estoy aquí para enterrar a Stompie Seipei. No importa si es Stompie o no, pero estoy aquí para enterrar a un chico de catorce años, Stompie”. Otro reverendo acotó: “No conozco al Stompie que han retratado aquí. Yo lo conocí. Era una persona muy amable”. El reverendo Paul Verryn añadió: “Perdí a un buen amigo”. El sábado no pude dormir. Su misma organización... sabemos que a Jesús lo traicionó uno de sus discípulos. El sábado a la noche corría el rumor de que yo estaría contenta de que Stompie estuviera vivo. Bailaban el *toyi-toyi* en la calle, frente a mi casa. Isabella Seipei no me permitió que saliera. El domingo estaban otra vez ahí. Gritaban: “Señora Seipei, ese no es Stompie. Nos dijeron que ese chico no tenía dientes”. Me quedé callada. Mi abuela trató de convencerlos de que se fueran; les decía: “Oigan, si insisten en que el que enterramos no es Stompie, vamos a llamar a la policía”. Finalmente se callaron. El lunes vino una mujer a decirme que habíamos enterrado a la persona equivocada. Me dijo: “La van a llamar el martes desde Botsuana. Stompie le va a decir que le va a mandar dinero”. Yo estaba desesperada. Entré en mi casa.

Comisionado.— Señora Seipei, esta historia es muy dolorosa y la entendemos perfectamente, pero tengo que preguntarle: ¿le dieron algún certificado de defunción?

Señora Seipei.— Sí, me lo dieron.

Comisionado.— ¿Está tranquila por haber enterrado a su hijo?

Señora Seipei.— Sí, estoy tranquila. Enterré a Stompie. La persona a la que enterré no era otro, era él.

Estoy sentada frente al tutor de mi hijo que me convocó para hablar de las malas notas que sacó en matemática, cuando me suena el buscapersonas que tengo en el bolsillo del abrigo. Me entero de que el arzobispo Tutu está en el hospital para hacerse unos estudios oncológicos.

Todo se derrumba.

Lo único que resuena en mi cabeza es un sonido casi inaudible.

No puede ser. Mejor que no sea.

Llamo a John Allen, el director de prensa de la Comisión de la Verdad y mano derecha de Tutu durante años. Decidieron no mantener la noticia en secreto, dice, porque se habrían generado todo tipo de rumores que después no serían fáciles de desmentir. Al mediodía, habrá una sesión de fotos con Tutu en el hospital para evitar que la prensa se quede merodeando.

El tutor me muestra el cuaderno donde se aprecia que mi hijo no hace la tarea de matemática y que, en su lugar, dibuja garabatos en los márgenes de las hojas. Pienso que quisiera apretar contra mí la cabeza rapada de este hijo mío torpe y alto. Pero el día huele a muerte. La montaña, que hoy a la mañana estaba tan bella envuelta en el cielo azul, ahora titila, débil, conmocionada y triste. ¿Qué nos depara el destino?

Sin Tutu, el proceso es impensable. Imposible. Sea cual fuere el papel que puedan asumir los demás, Tutu es quien los guía. Nos guía de distintas formas; la más importante es el lenguaje. Él sabe encontrar el lenguaje adecuado para lo que sucede. Y no es el lenguaje de las declaraciones, de los informes o de los alegatos. Es el lenguaje que se eleva como una llamarada, forjado en la visión de hacia dónde debemos ir y la comprensión de dónde estamos parados. Es ese lenguaje el que nos lleva de la mano por todo el proceso.

Tardo una eternidad en elegir las flores correctas. No encuentro ninguna tarjeta que sea todo lo especial que quiero.

Estoy enojada. ¿Por qué no cuidaron mejor a Tutu? A fines del año pasado, le pregunté durante una entrevista:

—La mayoría de nosotros dejamos de lado nuestra salud, nuestra vida espiritual y hasta nuestra rutina familiar. ¿Y usted?

—Mi formación eclesiástica me ha enseñado a ubicar en su lugar los cimientos y las estructuras. Cuando un día amanece torcido, no se va a enderezar. Yo descubrí que si me levanto un poco más temprano y trato de pasar una hora en silencio, en presencia de Dios, meditando sobre algún pasaje de la Biblia, eso me ayuda. Trato de pasar en silencio dos o tres horas por día; hasta durante la media hora de ejercicio en la cinta de correr, hablo con Dios. Trato de visualizar mentalmente un mapa y recorro el mundo, todos los continentes, solo que me detengo un poco más en África, y le dedico todo eso a Dios.

Una vez, un director de la televisión holandesa me preguntó quiénes eran los amigos de Tutu en la Comisión. No le pude decir ningún nombre. Hay un ambiente de cooperación y respeto, pero hay cosas que también generan cierta irritación: que desde el principio Tutu haya cubierto sin ambigüedades a la Comisión con el manto del lenguaje cristiano, que le resulte difícil apartarse de la rígida jerarquía eclesiástica para acercarse a la democracia de la Comisión, que sea tan popular entre los blancos, que mencione tantas veces la inmensa capacidad de los negros para perdonar. Los interesados en hacer avanzar sus propios planes en la Comisión se refieren a él como ‘Tutu el burlesco’, el bufón de la corte, el artista del simulacro.

Tutu admite que no le resultó fácil trabajar en la Comisión.

—Este año ha sido, en cierto sentido, más exigente. Estoy trabajando con personas de las que no necesariamente soy amigo. Son personas que tienen distintos puntos de vista y tienen orígenes diversos. En cambio, en la Iglesia, digamos que ocupó una posición clara y tengo relación cercana con todas las personas con las que he trabajado. Formamos un equipo con mayor facilidad y con toda naturalidad. Aquí, hay quienes piensan que lo importante es convertirse en divas: complicadas por el solo hecho de serlo. Pero, en general, hemos superado muchos obstáculos y, a pesar de lo que acabo de decir, reconozco que todos los comisionados han sabido estar a la altura de este complejo proceso.

En el hospital, una horda de periodistas, camarógrafos y fotógrafos espera afuera de la habitación. Las flores que llevo en la mano me recuerdan que he roto el código de la objetividad periodística.

Esperamos entre ruidos de carritos e intercomunicadores, y mientras tanto, pienso en el funeral de Chris Hani, el dirigente del PCS. Pienso

en la furia amarga de los discursos, en el enojo y la volatilidad de la multitud. Pero Tutu se levantó, les habló a esos miles de personas y logró que todos repitieran, agitando las manos en el aire, “Todos, negros y blancos, somos hijos de Dios”.

Una vez le pregunté si él ya tenía planeado decir eso.

—Mire, yo estoy convencido de que la gente reza por mí. Quizá sea una impertinencia de mi parte, no lo sé, pero pienso que a veces Dios me transmite lo que tengo que decir. Y esas cosas a veces la gente no las entiende tan fácilmente. Otras veces no sé de antemano lo que voy a decir. No está bien que lo diga así, porque parece que las cosas me pasan sin que yo las controle. Cuando me puse de pie en el funeral de Chris Hani... creo que tengo una ayuda para comunicarme con todos, para sacar de las personas lo que ya tienen en su interior.

Yo no estuve de acuerdo.

—Lo que dijo usted no estaba en el interior de nadie. Usted asumió un riesgo bastante grande, porque había miles de personas que podrían haberlo rechazado públicamente por compartir un mensaje que nadie, ni yo como mujer blanca, quería escuchar. Cuando usted pronunció la palabra “blanco”, me quedé helada. Pensé que se había vuelto completamente loco... Esa palabra podría haber sido la chispa que detonara la dinamita racial.

Tutu rebate:

—Pero la gente ruega... o si recurrimos a una explicación científica, hay una parte de credibilidad... ruega que me ponga de pie en su nombre. “Estuvo en Duduza con la primera ejecución por collar, estuvo en los funerales, estuvo cuando sufrimos y lloró con nosotros, y quizá sea uno de los nuestros y quizá le importamos. Así pues, cuando habla deberíamos escucharlo”. Hay muchos factores en juego, pero para mí, lo más importante es que no estoy solo... no estoy solo. Una monja de California una vez me dijo que rezaba por mí a las dos de la mañana. En una sociedad científicista, materialista y secular, eso podría considerarse una tontería. A mí, en cambio, me genera confianza, me hace tener esperanza.

El contingente de prensa ingresa a la habitación de Tutu en el hospital.

Desde donde estoy parada, no llego a verlo. Me trepo a una silla.

Ahora lo veo. Contengo la respiración. El hombre maravilloso en cuya presencia siempre experimento la humanidad en su sentido más profundo; la humanidad como debe ser. El hombre que nos enseñó el sentido del doloroso proceso de enfrentar la verdad iluminándola con su sabiduría, su humor y su esperanza. Aquí está, más consumido.

Aquí, sin su hábito color púrpura ni su cruz de madera, con un pijama común y corriente de hospital.

Está cansado. Y gris. No puedo contener las lágrimas. No podemos continuar sin él. Las cámaras dejan de disparar. Nos invitan a salir de la habitación. Yo me acerco a él y le tomo las manos. Me sonrío.

—No se preocupe. Voy a estar bien... además, *mos*, estamos luchando del lado de los ángeles.

En la oscuridad, oigo que suena mi celular. Es alguien de la mesa de noticias. El *Star* publicó en primera página una historia sobre tensiones raciales en la Comisión de la Verdad. ¿Puedo informar algo para el noticiero de las seis? Percibo en la voz un tono acusador: ¿por qué se te pasó la noticia? Enciendo la luz. Son las cinco y media.

¿A quién puedo llamar a esta hora que no quiera matarme?

Más problemático aún: ¿a quién puedo llamar que no se ponga ni del lado de los blancos ni del de los negros?

—Le voy a comentar sobre la cuestión racial, pero solo como una curiosidad; no es nada serio —asegura John Allen.

—Nosotros representamos a la sociedad sudafricana, y hay todo tipo de tensiones en la Comisión: de género, de edad, racial, tensiones entre el personal y los comisionados, tensiones políticas, pero esta historia, y esto se lo digo extraoficialmente, es cosa de mujeres en pugna —me comenta Dumisa Ntsebeza, riéndose a carcajadas.

A pesar de todas esas desmentidas, la historia aparece varios días en los titulares de los diarios. Es lo que todos quieren escuchar, porque refleja los problemas que surgen en todos los grupos, equipos u organismos de integración. La cuestión del racismo entre iguales. Con el avance de la Comisión de la Verdad, se ha hecho más evidente que todos quieren encontrar todas las respuestas en su seno. El CNA exige que la Comisión señale a los espías en el Gobierno. La Comisión debe desenterrar cadáveres. La Comisión debe investigar qué hicieron las Grandes Empresas en el pasado. En cierta forma, la Comisión se ha convertido en la voz del pueblo, en el único lugar donde todavía uno puede hablar y se lo escucha. Y ahora la Comisión debe dar el ejemplo en cuestiones de tensión racial.

Y hay que reconocer que los hombres se apoyan entre ellos. Tutu emite un comunicado en el que manifiesta su enojo:

Las noticias sobre la supuesta marginación de los miembros negros de la CVR me obligan a hacer algo que preferiría no hacer: emitir un comunicado desde el hospital.

En primer lugar, todas las grandes decisiones se toman con la participación de todos los miembros de la Comisión, la mayoría de los cuales son negros. Los miembros de cada uno de los tres Comités son en su mayoría negros. Los presidentes de los Comités y sus directores ejecutivos también son negros.

En segundo lugar, la sugerencia, que proviene de fuentes anónimas de la Comisión, de que una camarilla de liberales blancos es el verdadero cerebro del organismo me ofende, y me siento agraviado por eso, porque esto significa que yo sería un presidente simbólico sin ningún poder.

El reverendo Khoza Mgojo, de la dependencia de KwaZulu-Natal, tampoco admite conocer ninguna manifestación de racismo en la Comisión.

Las noticias destacan que el año anterior la Comisión de la Verdad concluyó sus audiencias a lo grande, con innumerables solicitudes de amnistía y con la generosa prórroga por parte del gobierno de la fecha límite y el plazo de presentación de solicitudes. Pero también destacan que el presidente de la Comisión tiene cáncer y que se observa cierta tensión racial entre los comisionados.

Los miembros de la Comisión llegan a Ciudad del Cabo para asistir a la primera reunión del año, que se celebrará en las oficinas de Adderley Street. En una ciudad azotada por el viento del sudeste, sin siquiera un poco de críquet que lo ayude a distraerse, el arzobispo Tutu ha vuelto a su casa. Le hicieron una tomografía, un centellograma óseo y una radiografía de tórax. Los médicos aún no decidieron el tratamiento que le administrarán, que puede consistir en cirugía, radioterapia, tratamiento hormonal o una combinación de estos.

Todos esperan escuchar la verdad que tenga para decir la Comisión acerca de la cuestión de las tensiones raciales, con la esperanza de que ayudará a los simples mortales a resolver sus propios problemas raciales. La reunión será una prueba de fuego para los comisionados. ¿Pueden conservar la cohesión sin el sostén de la palabra de Tutu?

Claro que pueden. Durante la conferencia de prensa, la cuestión de las tensiones raciales se atribuye a “un bloqueo en los canales de comunicación”. Se reestructuraron algunos departamentos para facilitar la comunicación entre los comisionados y las distintas oficinas. Eso es todo. Incluso si está destinado a guardar las apariencias, el anuncio es decepcionante... se echa de menos la cobertura moral que le hubiera conferido Tutu. La Comisión tendrá

que enfrentarse al racismo en algún momento. Quizá la confesión franca por parte de los comisionados de que no quieren renunciar a sus jugosos salarios y que por eso decidieron permanecer unidos, pase lo que pase, habría sido más relevante para el tema del racismo en Sudáfrica que una declaración anodina acerca de fallas en la comunicación.

*

Tutu ha vuelto a su despacho. Espero afuera para hacerle una entrevista y recuerdo que la primera vez que lo entrevisté fue en Bishops court. Mi editora de noticias, Pippa Green, que alguna vez trabajó para Tutu, lo convenció de la importancia que tiene la radio para la Comisión de la Verdad: si a uno realmente le importa la gran cantidad de personas que solo tienen acceso a la radio, que solo entienden su lengua materna, va a tomar a la radio en serio. Así es que, junto con Manelisi, fuimos a entrevistar a Tutu un sábado a la mañana. Cuando entramos, Tutu estaba de pie junto a la ventana. Tenía puestas unas bermudas de color caqui, medias, zapatillas y una remera con la leyenda “Me gusta leer”. Nos sentamos y lanzamos una serie de preguntas. Tutu levantó la mano, indicando que hiciéramos una pausa. Oremos. Para nuestro asombro, rezó una especie de plegaria en una voz inaudible; evidentemente no tenía la intención de que la oyéramos. ¿Qué clase de intimidación fue esa?

Recuerdo que el Arzobispo tuvo que elegir un guardaespaldas de una lista. Aparentemente, dijo que tenía que ser anglicano. Le destinaron un joven guardaespaldas que jamás sospechó que tendría que tomar la comunión todos los días con el Arzobispo.

En el servicio religioso celebrado en la Iglesia Anglicana para despedir a Tutu cuando decidió retirarse, yo no podía creer lo que descubrí cuando pasó junto a mí la interminable procesión de obispos con el incienso, los cánticos y las mitras bamboleantes, y, ¡oh, sorpresa!, detrás del Arzobispo, solemne en su andar, el guardaespaldas, vestido de sacerdote, con el arma bien visible bajo el brazo.

El guardaespaldas estuvo las cuatro horas que duró el sermón bostezando sin ninguna vergüenza hasta que se le saltaron las lágrimas. Ni el sermón en tono humorístico de Tutu lo despertó de su letargo.

—Dios tiene gran sentido del humor. Si no fuera así, no habría elegido a *iemand soos hierdie ene met die yslike groot neus* [alguien con

esta enorme nariz] y un nombre con el que se pueden escribir grafitis del estilo de “Yo fui anglicano hasta que tu-tu-ve dos dedos de frente” o escribir canciones con frases como “No te metas con mi tutú”. Y Dios es sabio; es imposible superar su sentido de la oportunidad. Antes estábamos “contra” algo: contra la opresión, contra el apartheid. Estar contra algo formaba parte de nuestra esencia. Y no pensábamos en otra cosa, pero ahora, en lugar de “en contra”, estamos “a favor”. ¿No es acaso una muestra de la inteligencia de Dios que ahora Él diga: “Chau, chau, Tutu”?

Hay tantas anécdotas de este hombre.

Un hombre que intercede. El intendente de Johannesburgo cuenta cómo un día la policía neutralizó una manifestación. Los agentes detuvieron a uno de los ministros, Tom Manthata (que después formó parte de la Comisión de la Verdad) y le dieron una golpiza brutal.

—Yo no pude soportarlo. Me fui corriendo. Era terrible para cualquier humano, pero Tutu (y de esto no me voy a olvidar nunca) tomó a un policía del brazo y le dijo, visiblemente enojado: “No pueden tratar así a un ser humano”.

Un hombre que reza. Se desata una batalla entre los ocupantes de las viviendas de Cape Flats y los hombres de la *witdoeke*. Tutu organiza una reunión entre las partes. Cuando advierte que una de ellas no se presenta, no sale del auto y pasa horas rezando hasta que aparece el grupo faltante.

—Así es. Camino a una marcha o a un funeral, viaja en el asiento trasero del coche y normalmente agacha la cabeza, curva la espalda y va rezando todo el trayecto —me cuenta Pippa Green—. Es como un ovillo humano. Pero cuando se abre la puerta y sale a fundirse con la multitud, se vuelve extraordinario, excepcional... más grande y más fuerte que todos nosotros. La energía, el poder que emana de él, su voz y su carisma logran que miles y miles de personas le obedezcan ciegamente. Y aunque les hable a todos, en realidad, le habla al dolor más profundo y secreto del corazón de cada uno.

Es por eso que, durante el régimen anterior, a la SABC le resultaba tan eficaz mostrar en televisión los enérgicos gestos de Tutu tapando sus palabras con música sombría y un texto siniestro.

—La enfermedad confirma que uno es mortal, que no es un superhombre, que no es el salvador del mundo y que no tiene superpoderes.

Le pregunto sobre las cosas que ocurrieron durante su ausencia de seis semanas.

—Estoy muy contento con la información que salió a la luz con las

solicitudes de amnistía de los responsables de las muertes de los Tres de Pebco y los Cuatro de Cradock, y en especial de Steve Biko. Antes no teníamos esa información, y el país merece conocerla. Solo por eso, ya se justifica la existencia de la Comisión.

»Menos contento me ponen las diferencias que han surgido entre comisionados. Nos merecemos que nos digan: “Por Dios, ¡ustedes ven la paja en el ojo ajeno! ¿Qué nos vienen a hablar de reconciliación?”. Eso me puso triste, porque pienso que la Comisión había empezado a acrecentar su credibilidad y a ganarse la confianza de una gran parte de la sociedad.

»Eso me molesta mucho, pero me satisface que la jugada haya salido mal. Pensaron que recurriendo a esos estereotipos iban a obtener apoyo. En el pasado, quizás hubieran tenido éxito, pero hoy en día la mayoría de la gente piensa: “Por Dios, ¿por qué *quieren* ser víctimas? ¿Por qué no se enfrentan a los que los marginan?”.

»Lo que me entristece es que a nosotros nos eligió la nación a través del Presidente. Nos otorgaron un privilegio increíble al elegirnos como representantes de la sociedad sudafricana. Nos eligieron para que pudiéramos convertirnos en un símbolo reafirmando el deseo de trascender los conflictos del pasado. Y para decir: sí, tenemos un determinado origen, pero la unión entre personas de orígenes diversos es posible.

»Si nosotros no podemos, ¿cómo, en nombre de todo lo bueno, pretendemos que las personas que han sufrido mucho más que nosotros sanen y se reconcilien? Debemos mirarnos a nosotros mismos con detenimiento, en esta etapa, y decidir si queremos continuar con nuestra misión, con el mandato que recibimos de la nación.

»El dolor y el sufrimiento son extraordinarios... El universo es muy extraño. El dolor le confiere una cualidad a lo que sucede que ninguna otra cosa parece conferir. Dentro de mí hay una bomba de tiempo y sé que...

»Pienso en mi madre casi todo el tiempo... siempre pienso en ella. Nunca me voy a olvidar de la época en que yo estaba en el colegio secundario y en casa no había dinero. Mi madre era mucama; yo la acompañaba a la casa de la mujer blanca para la que trabajaba. Lavaba la ropa y limpiaba la casa, y por todo un día de trabajo ganaba dos chelines. Mi madre me daba sus dos chelines a la mañana, y yo iba a la estación y compraba el boleto para ir al colegio en Westbury... Y a la noche yo pensaba en que ella había trabajado todo el día y no se quedaba con nada... Falleció el año que me dieron el Premio Nobel... Yo salí a ella: de baja estatura y con nariz grande.

El Partido Nacional envía un ultimátum a la Comisión de la Verdad. Tutu debe pedir disculpas incondicionalmente por el rechazo del segundo alegato político del partido. Boraine debe dimitir porque no es imparcial, y el ejecutivo de la Unidad de Investigación debe abstenerse de contactar a sus miembros en el futuro. Si no cumplen con esas exigencias, el partido entablará una demanda. El PN alega que tiene pruebas de que la Comisión viola la ley que la rige. Se supone que debe sacar conclusiones *después* de reunir todas las pruebas. Sin embargo, según el PN, tanto Boraine como Tutu han prejuzgado el alegato presentado por el partido.

—Nuestro objetivo es la reconciliación del país —dice Tutu—. Un estancamiento no le serviría a nadie. Por eso digo que un juicio sería inútil. Si ganamos nosotros, ¿a quién beneficiaría? ¿Y si ganan ellos?

La realidad es que el Partido Nacional se beneficiaría si ganara el juicio. Un gran signo de interrogación pendería sobre la descripción del papel del Partido Nacional que figura en el informe final que la Comisión le envió al Presidente. Incluso cuando fue Tutu, lamentándose tras el alegato del partido, el que no entendía cómo era posible que De Klerk dijera que no sabía nada.

—Yo personalmente me encontré con él muchas veces para decirle que gente común, gente que no tiene motivos para mentir, decía que hubo blancos involucrados en la masacre de Boipatong.

—Usted no puede rendirse —le pido pensando en él—. Si se rinde, todo está perdido. ¿Quiere decir que usted necesita al Partido Nacional?

—Cuando pienso en la fortaleza, la resiliencia y la magnanimidad de las víctimas, me duele que no haya ninguna respuesta de su parte —dice Tutu—. Para la reconciliación, los necesitamos a todos. Este es un proyecto nacional, y todos son importantes. Son importantes porque provienen de un grupo importante de nuestra sociedad.

—¿El Partido Nacional los necesita a ustedes? —le pregunto.

Hace una larga pausa.

—No lo sé. Nos encomendaron una tarea y tratamos de cumplirla lo mejor que podemos. Pienso que si ellos quieren un país que no esté alienado, ni traumatizado, ni quebrado, ni dividido, entonces sí... si nos consideran un instrumento esencial para la reconciliación, entonces sí, nos necesitan.

Tutu piensa que no sorprende que el Partido Nacional haya opuesto

una enorme resistencia a la Comisión de la Verdad. Cualquiera reaccionaría del mismo modo ante la revelación de hechos incómodos del pasado. Sin embargo, la Comisión de la Verdad ahora no puede acceder a las exigencias del PN.

—Fundamentalmente, sus exigencias no son razonables. Creo que esa es la explicación. Yo no tengo problemas en pedir perdón... No me importa decir “lo siento”. Pero no sé por qué tendría que pedir disculpas. Creo que la estrategia es una cortina de humo.

»Estoy profundamente comprometido con la reconciliación y amo al pueblo de mi país... haría todo lo que fuera razonable. Incluso he hecho algunas cosas extraordinarias, cosas por las que me tildan de loco. Por ejemplo decir: “Los queremos, los queremos y no solo vamos a avanzar un poco, sino que vamos a avanzar *todo* lo que podamos”.

»Es que no podemos ir solos al cielo. Cuando yo llegue, Dios me va a preguntar por De Klerk, porque nuestros caminos se cruzaron. Y también le va a preguntar a De Klerk por mí. Yo he llorado por él, por De Klerk, porque desperdició la oportunidad de volverse más humano.

*

Todo itinerario VIP en Sudáfrica incluye la inevitable visita a una comunidad vulnerable. Esta semana, la reina Margarita de Dinamarca fue al Centro para Víctimas de Traumas por Violencia y Tortura de Woodstock. El Centro se ha financiado durante años con fondos donados por su país.

Pero también parece inevitable que una visita real sea la punta de lanza de la riqueza y el privilegio clavada en el corazón de la pobreza. Primero llega una hilera de vehículos rojos y blancos último modelo. Los niños agitan banderas y el director del coro alza la mano. Salen muchos blancos al mismo tiempo. ¿Quién es quién? No, son los que abren las puertas. Por las puertas corredizas de las camionetas sale una marea de enviados de medios de comunicación que inunda la calle. Disparando las cámaras de fotos y agitando los micrófonos, la prensa danesa pasa por delante de las filas de niños olvidados y adultos desempleados de Woodstock que van a observar a los visitantes. Mientras todos tratan de ubicarse, en un desfile formal de ocho Mercedes Benz negros se acercan la Reina y el Príncipe heredero. Otro grupo de hombres excepcionalmente pálidos y regordetes, con gorros de color caqui aún más pálido, se apean simultáneamente de los autos para abrir con vigor las puertas por las que salen, luciendo sendas sonrisas delicadas, los blanquísimos dignatarios del norte más

al norte de la Tierra... En el momento justo, el Coro Masahile de Khayelitsha comienza a cantar –claro está– el himno nacional de la falsa unidad que nos ha legado el Mundial de Rugby: “Shosholoza”.

La Reina lleva un sombrero azul marino donde se ha posado una mariposa blanca. Mira todo con una sonrisa de aprobación. No pronuncia ni una palabra. El que habla es Tutu. Cuenta anécdotas divertidas. Dice que estamos parados sobre suelo sagrado. El padre Michael Lapsley agradece a las personas que vinieron ayer a plantar árboles, a los que cortaron el césped hoy a la mañana, a los que enterraron las plantas arrodillándose y mojándose las medias, a los que instalaron las luces, a los que pintaron el edificio. El coro sigue cantando. Las víctimas relatan historias terribles y atraviesan a los tumbos el dolor. La Reina mira todo con una sonrisa de aprobación. La reina Margarita no pronuncia ni una palabra.

*

Además de ver a Mandela, la isla Robben y Khayelitsha, en toda visita que se precie se ha de incluir una audiencia de la Comisión de la Verdad. Pero como las audiencias se celebran en lugares muy oscuros, mejor es cambiar la audiencia por una visita a Tutu. Puede ocurrir que Milnerton se paralice porque el personal de seguridad de Al Gore acordona la ruta que lleva a la casa que Tutu alquila en las afueras o que las oficinas de Adderley Street aparezcan rodeadas de un anillo de acero debido a la presencia de Hillary Clinton.

Nos encontramos en un salón lleno de periodistas que aguardan el inicio de una conferencia de prensa. Observamos sorprendidos a los periodistas, que parecen recién salidos de *Los expedientes X*, informando en vivo sobre las actividades de Hillary Clinton. Mire adonde mire, uno ve a una mujer muy maquillada con un micrófono en la mano diciendo algo referido a nuestro país. No es posible reconocer ni “Canstantia” ni “Speew Whinestate”. Y si uno se distrae un instante, lo agarran del brazo y lo empujan a un costado. También hay gente famosa.

—Uy, ¡mirá! Ese es el hijo del que reveló lo del caso Watergate... y ahí está Annie Leibovitz, la fotógrafa norteamericana.

Ya podemos entrar.

Decir estampida es quedarse corto. Esa misma fotógrafa separa los codos puntiagudos como si fueran las varillas de un paraguas y te los clava en las costillas... no le invadas su espacio. Me arrastro entre la multitud de piernas, llego adelante, extendiendo el brazo y coloco el

micrófono entre Tutu y Hillary Clinton.

—Sacá el micrófono —me grita uno. Pero ¡yo también estoy trabajando! Al bajar el micrófono, también bajo la vista y ahí están, frente a mí, los zapatos, los tobillos y las piernas brillosas y delgadas de Hillary Clinton. De pronto, me invade una profunda depresión.

No quiero oír lo que dice, aunque sea la primera dama de la nación más poderosa de la Tierra. Aunque su visita destruya toda distinción entre simbolismo y realidad. Aunque done mucho dinero a la Comisión de la Verdad. No quiero enterarme.

Zapatos clásicos. Dorados, con pequeñas hebillas doradas. De los zapatos se proyectan los pies y siguen las medias, que desaparecen debajo de la pollera recta de color rosa. Blindada. Así tiene que ser, porque le llueven preguntas sobre la cara iluminada. No se molesta en mostrar ni una pizca de humanidad. Se me duerme la pierna; me apoyo sobre la otra para no perder el equilibrio y dirijo la mirada a Leah, la mujer de Tutu. Leah está de pie en el extremo derecho de la fila, de costado, sin mirar a Hillary, sino a Tutu. En ese momento, me doy cuenta: los comunicados de prensa no dicen toda la verdad sobre la enfermedad del Arzobispo.

Los extranjeros que asisten a las audiencias de la Comisión de la Verdad muchas veces manifiestan su sorpresa por la ausencia de enojo entre el público negro. Si bien las sedes de la Comisión se llenan de gente semana tras semana, no ha habido ni un incidente violento ni un caso de agresión.

¿Dónde está el enojo? ¿Existe tal enojo?

Todas esas décadas de opresión ¿han erosionado en los negros la conciencia de que tienen derecho a exteriorizar el enojo? ¿O el hecho de que hoy gobierna la mayoría hizo que desapareciera ese enojo? Le traslado esas preguntas a Nomfundo Walaza, especialista en psicología clínica.

—Es un grave error suponer que entre los negros no existe una inmensa indignación. Una persona que llora y otra que grita representan las dos caras de una misma moneda. Pero la Comisión de la Verdad está específicamente estructurada para contener el enojo. La palabra que se repite es “reconciliación”, y por encima de todo, está el presidente de la Comisión, que es un arzobispo de una religión en la que el perdón es el tema central.

»Así, del lado de los testigos de la Comisión, parece mejor llorar que mostrar enojo y echar por tierra todos los esfuerzos realizados. Saben

que las premisas básicas son la reconciliación y el perdón... En xhosa, la palabra que se ha elegido para “reconciliación” (en la frase “la Verdad y la Reconciliación”) es *uxolelwano*, que se aproxima más al significado de “perdón”.

En ciertas ocasiones, afirma Walaza, enojarse es crucial para salir adelante.

—Creo que el enojo del pueblo negro ha estado contenido. No estoy diciendo que todos los negros sean delincuentes, pero cuando se dice que la tasa de criminalidad ha aumentado en las ciudades, era lo que podía esperarse, porque estoy segura de que es el resultado de un enojo reprimido durante mucho, mucho tiempo.

En el Estado Libre, normalmente me topo con la percepción del contexto.

—Una mujer blanca me dijo que no miraba nada relacionado con la Comisión de la Verdad por televisión, porque lo único que muestran es un mar de odio —le comento a Walaza—. Le respondí que yo voy a casi todas las audiencias y que eso no es verdad. No hay nada de odio, realmente.

—Eso es pura proyección —explica Walaza—. En primer lugar, ella sabe intuitivamente que si el apartheid lo hubiese sufrido ella misma, habría sentido odio. En segundo lugar, los blancos eligen creer que son el objeto de ese odio y que, por lo tanto, ellos no necesitan cambiar. Reducen todo a la idea de que los negros están tan enojados que no hay forma de convivir con ellos, porque los van a matar. Y que no tienen que incorporar a los negros, quienes, en esencia, los odian.

En esa misma conversación, en el Estado Libre, un granjero me dijo con vehemencia:

—Si me hubieran hecho todo eso a mí, yo sentiría un odio profundo y real, como los rusos. Destruiría todo lo que me rodea. El hecho de que los negros no sientan eso muestra que ni siquiera pueden *odiar* lo suficiente.

Se produce un largo silencio.

—Básicamente, estamos ante una definición de lo humano —continúa Walaza—. Ese comentario es la prueba más clara de que, con su egocentrismo, su egoísmo, su naturaleza capitalista, los blancos nunca han llegado a conocer la esencia del ser humano. Además, no estoy segura de que el enojo de los negros deba medirse por lo que dicen los blancos. Si los blancos quieren creer que los negros no odian lo suficiente, es su problema. Creo que los disturbios de Soweto fueron prueba suficiente de lo que pueden hacer los negros cuando los provocan. Pero aquí probablemente estamos frente a personas que

vienen de una cultura con una noción capitalista de la existencia en el mundo, donde uno posee cosas para sí y su grupo, es decir, las personas que son como uno. La noción opuesta, o sea, que las personas pueden compartir, les resulta totalmente incomprensible. Cuando vinieron los blancos a este país (sé que yo no estaba ahí), aparentemente los negros al principio estaban felices de poder dar y compartir... pero ese sistema de bienes comunes no funcionó. Todo este concepto tan manido del *ubuntu*, eso no funcionó para nada.

»Me enfada en especial que los blancos privaticen sus sentimientos. Si un negro llora, llora solo en las audiencias. Si está enojado, no hay represores contra quienes dirigir verbalmente ese enojo, porque ellos se esconden en sus barrios, detrás de interdictos judiciales y representantes legales. El dolor de los negros se vuelca en el país más o menos como un bien de consumo al que es fácil acceder y que es aún más fácil de descartar.

—Pero ¿la actitud de los blancos no muestra que al menos sienten culpa?

—La culpa no sirve para nada —retruca, impaciente—. La culpa paraliza. “Siento culpa. ¿Qué puedo hacer?”. Los que sufren también pueden abusarse de ese sentimiento de culpa: “Sos culpable, así que dame mil rands”. Prefiero la vergüenza, porque cuando uno siente vergüenza por algo, lo quiere modificar, porque uno se siente incómodo cuando se avergüenza de algo.

—Pero así como ahora parece que ningún blanco apoyó el apartheid —acoto— de pronto pareciera que todos los negros participaron en la lucha e hicieron grandes sacrificios por la liberación. ¿No habría que pensar que ninguno de los sobrevivientes negros hizo lo suficiente? ¿Todos los negros pagaron un precio? —Al decir esto se me eriza la piel.

—Todos los negros pagaron un precio —asegura Walaza—. Lo que le pasó a mi vecino me afecta también a mí. Yo vivía con miedo y me sentía insegura, porque me podían privar de todo y de muchas maneras, porque sabía que nunca podría desarrollar todo mi potencial. Así, algunos pagaron más y otros menos, algunos pagaron de otras formas, pero todos los negros de este país pagaron un precio. Por otra parte, si ese precio se transforma en una herramienta para enriquecerme, entonces tengo un problema. En cierto momento, todos tenemos que sincerarnos y decir “esto es lo que *no* hicimos”.

La reacción de los blancos frente a la Comisión de la Verdad se manifiesta con regularidad en cartas de lectores, editoriales, historietas, opiniones del Partido Nacional, el Partido Demócrata y el Frente de la Libertad, y en cartas hostiles que reciben los periodistas. Una de las cartas que recibí dice:

Die vernaamste eksponent [van Boerehaat] is daardie onvergenoegde veldprediker van die Ween-en-Verdriekommissie Radio sonder Mense se persoonlike Gesant en buitenge-wone, spesiale afgevaardigde by die WVK, Antjie Samuel [El más importante exponente del odio a los bóeres es la predicadora insatisfecha de la Comisión de la Queja y la Mentira, la enviada especial de Radio sin Pueblo y delegada plenipotenciaria y extraordinaria ante la Comisión de la Verdad, Antjie Samuel].

Sus versiones dramatizadas en Monitor a la mañana y Spectrum a la tarde (con el debido redoble de tambores y los tonos graves de la marcha fúnebre o los triunfantes agudos de *Nkosi Sikelel' iAfrika*) hacen llorar (o enojar) a todo el país con las pruebas no contrastadas y las acusaciones presentadas ante la Comisión de la Verdad.

(Yo nunca sé si reír o llorar).

Habla con voz de ultratumba.

Vergüenza debería darle; qué confundida está. Y eso que es de una buena familia.

Foeitog, die arme verwarde kind. En sy kom uit so 'n goeie huis.

*

Las reacciones de los sudafricanos blancos a las revelaciones de la Comisión de la Verdad pueden dividirse en dos grupos principales, afirma el psiquiatra Sean Kaliski. Hay quienes niegan categóricamente toda responsabilidad y siempre aducen razones para rechazar la labor de la Comisión y para considerarla una gran pérdida de dinero. Y también hay quienes se sienten profundamente comprometidos y emocionados, y al mismo tiempo imposibilitados de hacer frente a las atrocidades de la situación.

—Las personas comprendidas dentro del grupo que niega tener nada que ver con la Comisión se ven a sí mismas como meros transeúntes —dice Kaliski—. No sabían lo que ocurría y, aunque lo hubieran sabido, no tenían el poder necesario para cambiar nada. Distintos

estudios muestran que, en el plano emocional, este es el grupo que ha cambiado menos desde que se llevaron a cabo las primeras elecciones democráticas. El grupo abarca a los blancos angloparlantes que sienten que las atrocidades del pasado están únicamente del lado de los afrikáneres. Pero en su mayor parte, este grupo de indiferentes son afrikáneres. Ellos denominan *Lieg en Bieg Kommissie* a la Comisión, sienten que los tratan injustamente y lo niegan todo. Su eslogan es “pruebas sin contrastar”.

Como observador externo, Kaliski cree que los dirigentes afrikáneres deberían servir de guía para que sus comunidades abordaran el tema de la Comisión y redefinieran la idea del ser afrikáner.

—¿Pero qué pasa si también los dirigentes se encuentran en la etapa de negación?

—Ahí estamos frente a un gran problema. Habría que encontrar otros dirigentes... encontrar personas que digan: “No somos así; somos de *esta* otra manera”. Porque, en lo personal, creo que los afrikáneres son grandes sobrevivientes y van a encontrar a quienes sepan interpretar estas revelaciones.

Pero está el otro grupo, formado también por afrikáneres y angloparlantes blancos, que han seguido y apoyado a la Comisión de la Verdad desde el principio. No cambian de canal cuando en la televisión mencionan a la Comisión, siguen las audiencias por Radio 2000, asisten a título personal a las audiencias como figuras blancas, envían cartas con plegarias y frases de apoyo... grupos de estudio, grupos de mujeres, individuos. Ellos hacen un proceso totalmente distinto, que implica un cansancio emocional y mental, una depresión que a veces se manifiesta en forma de arranques irracionales.

—Me parece que hubo una preparación inadecuada previa al inicio de las actividades de la CVR —continúa Kaliski—. Habría que haber estudiado las formas en las que la gente iba a poder integrar toda la información que saldría a la luz... Por eso no podemos digerirla. Lo peor de todo, según creo, es que no estamos usando las verdades con las que nos encontramos para encaminarnos a la reconciliación.

»Cada uno tendrá que reconciliarse con el pasado a su modo. Si uno vive en este país y quiere un futuro para sus hijos, tendrá que encontrar su propio método.

*

Otra voz silenciosa es la de las iglesias afrikáans. Si bien algunos elementos de la NG Kerk participan con cierta regularidad en el

proceso, pocos saben si la Iglesia y sus miembros (a los que alguna vez se definió como “el Partido Nacional en oración”) participan en la búsqueda de la verdad y la reconciliación, y de qué manera lo hacen.

El profesor Piet Meiring, miembro de la Comisión, fue invitado a observar la ceremonia anual de bienvenida a los nuevos estudiantes del Seminario de Teología de Stellenbosch.

La ceremonia comenzó con antiguas anécdotas sobre el Seminario de 1937, intercaladas con nombres de teólogos como Koot Vorster (el hombre que se refería a los escritores afrikáneres de los años sesenta como *'n spul vuil spuite*, una banda de mequetrefes), Kosie Gericke y otros. El evento suele ser un día memorable para los *dominees* de la Provincia Occidental del Cabo. Vienen de todos lados, a *kuier* a viejos amigos. El año pasado colmaron la sala cuando el tema que se trató fue “¿Estaba Jonás dentro de la ballena?”. Este año, cuando el foco estaba en la Comisión de la Verdad, la sala estaba medio vacía, incluso cuando los estudiantes de primer año han tenido que asistir obligatoriamente. El discurso inaugural estuvo a cargo del Dr. Fritz Gaum, que habló sobre “Yo soy la Verdad y la Luz”... y en su plegaria confirmó que “nosotros sabemos la verdad, porque conocemos al Señor”.

A continuación habló Meiring, profesor de Estudios Misionales.

—Le pregunté a un visitante de Ruanda qué papel había desempeñado la Iglesia en las masacres de su país, donde el ochenta y cinco por ciento de la población es cristiana y donde un millón de personas perdieron la vida. No le agradó mi pregunta. La Iglesia formó parte del problema. Tienen las manos manchadas de sangre... los sacerdotes, las monjas... sus manos están manchadas de sangre.

La reacción de las iglesias afrikáans a la Comisión de la Verdad ha sido tenue, por decirlo suavemente, dice Piet Meiring. Con frecuencia, debe contactar a los ministros que solicitan amnistía, y el lenguaje corporal de la mayoría de los *dominees* indica que no quieren saber nada con la Comisión. ¿A qué se debe? A que temen una caza de brujas, responde el profesor, tienen miedo de que la Comisión de la Verdad aumente el deseo de venganza. Creen que lo que se descubra no será objetivo y dicen que “la confesión y el perdón corresponden a un acto religioso, ¿cómo puede llevarse a cabo de forma secular?”.

Nadie escapa al proceso, añade Meiring, y las iglesias deberían hacer más que ninguna otra organización. La Iglesia tiene una responsabilidad profética, debe admitir y confesar sus culpas. ¿Culpa? ¿Quién es culpable? Meiring enumera las categorías de la culpa: penal, política, ética y metafísica. Pero la Iglesia también tiene una

responsabilidad pastoral. Debe apoyar a los individuos que solicitan la amnistía, a las víctimas de sus distritos, sus ciudades; debe ayudar a toda la comunidad en su lucha por la verdad y la reconciliación. Meiring asegura que los afrikáneres en particular están traumatizados por el proceso. Al igual que Kaliski, Meiring hace referencia a las fases que describe la psicóloga Elisabeth Kübler-Ross en su estudio acerca de las enfermedades terminales y la muerte:

La primera fase es el rechazo: cuando se pone la verdad sobre la mesa, se la niega. La segunda es el enojo: con Dios, con el nuevo gobierno, con los que te hacen esto. La tercera fase es la de la negociación con Dios, y eso es lo que algunos están haciendo ahora, los que negocian la amnistía. La cuarta etapa es una profunda depresión; es la más importante porque es la que abre la puerta a la aceptación.

Un profesor emérito de avanzada edad llamado Koekjan de Villiers se pone de pie.

—No me queda mucho tiempo —dice De Villiers—. Yo, que viví en el paraíso del apartheid, les ruego a los jóvenes que hagan algo, que pongan la historia completa de mi Iglesia a los pies de la Comisión de la Verdad, antes de que esta concluya su tarea y de que el milenio se nos venga encima.

*

Ou Antjie Somers,

Geniet jy nog die aanklagte en Swartsmeerdery van die Afrikaners? Is jy nog by jou man of het jy nou 'n hotnot, 'n mede wapendraer in jou stryd teen die Nasionale Party waarvan jou pa so 'n getroue ondersteuner is/was?

K.K.K.

[Estimada Antjie Somers,

¿Todavía disfruta de las acusaciones contra los afrikáneres y de que mancillen su nombre? ¿Sigue con su marido o encontró algún hotentote, un portador de armas en su lucha contra el Partido Nacional, del que su padre es/fue un fiel simpatizante?

K.K.K./

Caminamos cerca del mar. Quejándonos de que la Comisión de la Verdad filtra información a ciertos periodistas, quejándonos de nuestros jefes, de nuestras detestables condiciones laborales. Y de que no tenemos nada que mostrar durante muchas horas, de la calidad de nuestro trabajo, de los continuos viajes. Nada salvo la vejez que nos muerde los talones, mientras anhelamos tener una vida. No tenemos vida, tenemos un trabajo. Empezamos a referirnos a las personas como imbéciles y *poese*. ¹

—Pero al menos vos podés satisfacer tu instinto materno guiando a tu equipo... Veo cómo los mimás; sos como una mamá gallina con sus pollitos.

Como me sorprende con la guardia baja, me pongo a temblar. Me asalta una ola de rabia.

—No ofendas a un grupo de personas increíble —le digo, y lo empujo con fuerza. Él trastabilla.

—No me empujes —responde y me tira del brazo. Está enojado. Me caigo en la arena. Él me ayuda a levantarme. Le aprieto el brazo. Mi voz, como carne cruda. Mis dientes castañetean con ansias no reconocidas por rasgar, romper, destruir, rapiñar. Me devora la cara. Solo cuando grita me doy cuenta de que hundí los dientes en su hombro izquierdo.

El documento provisorio sobre la política de rehabilitación y reparación propuesta por la Comisión de la Verdad va a estudiarse en un taller. Autorizan la presencia de los medios.

El Comité de Rehabilitación y Reparación podía encumbrar o hundir a la Comisión de la Verdad. No será de mucha ayuda si los transgresores se van con la amnistía mientras que las víctimas, que soportan los horrendos costos de los abusos de los derechos humanos, no obtienen ninguna restitución, ni gestos de reconocimiento ni indemnización.

Cuando se les explicó la ley a los comisionados, según se dice, algunos se pusieron a llorar cuando se dieron cuenta de que los represores no estaban obligados a mostrar arrepentimiento. Uno podría preguntarse por qué nadie objetó el hecho de que el individuo que obtiene la amnistía también está libre de todo cargo al mismo

tiempo, mientras que la víctima debe aguardar que la Comisión complete la investigación, prepare el informe, decida las medidas correspondientes y las envíe al Parlamento, y finalmente verifique su implementación. Entretanto, las víctimas se mueren porque no pueden satisfacer sus necesidades básicas. Con el tiempo, ha ido creciendo el escepticismo respecto de la visión y la capacidad del Comité de Rehabilitación y Reparación. Cuando salió a la luz que el conflicto racial había comenzado allí, nadie se sorprendió. El taller donde se analizan las políticas propuestas despierta gran interés.

La primera idea del Comité es otorgar una compensación temporaria, algo que ya se implementa en pequeña escala, aunque aún no ha sido aprobada oficialmente por el Gobierno. En virtud de esta medida, las víctimas pueden solicitar hasta mil rands para costear gastos médicos. La segunda propuesta es que antes de que finalice el período de actividad de la Comisión, todas las víctimas deberán haber recibido del Gobierno una indemnización monetaria, una cantidad considerable, indica el documento, que implique una diferencia notable en sus vidas.

—No es pedir mucho —dice el arzobispo Tutu en la sesión inaugural del taller—. Visto lo que ha ganado el país, es un vuelto.

Más allá de algunas propuestas para levantar algún monumento por aquí y algún hospital por allá, a esto asciende el total de un año entero de reflexión. Nos miramos con desconcierto.

Luego se inicia toda una discusión acerca de quiénes son exactamente las víctimas. Sobre las víctimas principales no hay duda: son aquellas cuyos derechos fueron violados directamente, las que han padecido un daño directo. En cambio, la categoría de víctima secundaria no está tan clara: si un hombre fue asesinado, ¿quién recibe la indemnización monetaria? ¿Su madre? ¿Su esposa e hijos? ¿Y si tiene hijos con otra mujer? Aparentemente, no todos los que han testificado son necesariamente víctimas. La Unidad de Investigación debe corroborar la historia de cada persona antes de que se la pueda clasificar como víctima. ¿Esto te ocurrió realmente? Pero en ese caso, una persona que testifica por la muerte del hijo de un vecino no puede ser una víctima. O imaginemos la siguiente situación, sugiere alguien: A es un organizador en el contexto de la lucha; encabeza las marchas, lo persiguen, no puede ir a la escuela. Un día, B, que jamás ha sido activista, manda a su hijo a comprar pescado. El niño es asesinado. Entonces B es una víctima, pero A no ha podido ir a la escuela y no tiene trabajo. ¿Y qué hay de los leguleyos que van tras las víctimas para estafarlas?

Mientras los participantes intercambian ideas, nosotros enviamos informes a los medios con las principales propuestas. Condensar un documento de planificación de políticas en un texto accesible no es tarea fácil. Dos de nosotros nos dedicamos a redactar las historias: escuchamos las grabaciones, comparamos nuestras notas, barajamos palabras, comentamos la importancia de cada frase. Redactamos. Revisamos. Enviamos.

Después del almuerzo, se nos acerca un comisionado hecho una furia.

—¿Cómo pueden decir que la Comisión de la Verdad entregará solo mil rands a cada víctima? ¡Eso no es cierto!

—No dijimos eso. Dijimos que las víctimas pueden solicitar mil rands para gastos médicos.

—Sin embargo, eso es lo que dijeron en la radio.

No nos importa. Y hasta somos un poco insolentes.

Después oímos que un recién llegado dice:

—¿Cómo puede ser que Tutu diga que esta indemnización es un vuelto? Critica las medidas antes de que se hayan analizado siquiera.

—Él no dijo eso...

—Es lo que dijeron en la radio.

Alrededor de las seis de la tarde volvemos a la sede de la SABC a enviar el material para el día siguiente. Leemos el sistema digitalizado del boletín de noticias y vemos que cambiaron nuestros textos.

—Pero ¿qué es esto? Mirá acá... dice: “La Comisión de la Verdad piensa darles mil rands a las víctimas. Y solo dos oraciones más adelante, aclara “para gastos médicos”.

—Y esta otra: “El arzobispo Desmond Tutu dice que la indemnización para las víctimas es un vuelto”. Punto.

Estoy furiosa... Me pongo lívida... que arruinen así nuestro texto, de manera tan poco profesional, como si fuésemos unos novatos. Imprimo los archivos y voy a ver a la editora del boletín. Tiro las hojas sobre la mesa.

—¿Quién te dio derecho a cambiar nuestro texto y a introducir errores sin tener, como mínimo, la decencia de consultarnos?

Lee los textos modificados y los originales.

—Pero lo que dicen no es incorrecto. Cambiamos el ángulo. No es algo que no podamos hacer.

—No se trata de ningún ángulo. Se trata de un gran error. ¡Por supuesto que decir “las víctimas recibirán mil rands” no es lo mismo que decir “las víctimas recibirán mil rands para gastos médicos de urgencia”!

—Pero es que esa parte está... un poco más adelante, pero el contexto es exactamente el mismo.

Me pongo a temblar. Se me paraliza la lengua. La agarro del brazo.

—Sos una persona inteligente. Tus boletines de noticias les dicen a miles de víctimas que recibirán unos míseros mil rands. Eso está mal. Eso puede provocar una revuelta. Y además parecemos tontos que no entendemos nada. Los textos no se caen de los árboles. Las oraciones y las palabras no son caprichosas; las pensamos, las discutimos. ¿Se puede saber qué carajo te pasa?

—Sinceramente, no te entiendo...

Me siento mareada. Mis ojos se posan en su blusa celeste de lunares... en el botón blanco sobre la cintura oscura. Oigo el repentino silencio de la sala de noticias. Me siento débil, usada e incapaz de formular mi queja de manera convincente.

—Mirá, no voy a seguir discutiendo —le digo a la cara con desprecio—. Te mandamos buenos textos durante más de un año, así que te exijo que respetes nuestro trabajo. —Resalto mis palabras golpeando la mesa con el puño.

Vuelvo a mi escritorio, me fumo dos cigarrillos y llamo a los miembros del Comité de Rehabilitación y Reparación para pedirles disculpas por el informe.

Al día siguiente, veo varias cartas anónimas sobre mi escritorio: “¡Bien hecho! Se lo dijiste en la cara. Nunca creímos que reaccionarías así”.

Se me acerca un compañero y me dice:

—Me enteré de que ayer explotaste. ¡Bien hecho! Era hora de que alguien se le enfrentara.

Otra nota: “Si es necesario, presentamos testimonio a tu favor” y, a continuación, una serie de nombres.

Hasta que alguien me anuncia que la editora del boletín de noticias pidió que me convocaran a una audiencia disciplinaria. Los cargos son: insubordinación y agresión. Me pongo roja. Después me acobardo, me avergüenzo.

—¿Cómo se dice “agresión” en afrikáans? —pregunto.

—*Aanranding*, igual que pegar. Ella dice que le pegaste delante de todo el personal. —No lo puedo creer. Esto no está pasando. ¡No puede ser verdad!

—Yo no le pegué.

—Ella dice que sí y que tiene testigos.

—Bueno, yo también tengo testigos.

Pero lo pienso mejor y me doy cuenta de que para el caso

probablemente no sea muy distinto agarrarla del brazo que pegarle. Me muero si tengo que hablar de esto frente a un comité.

—Hay gente que nos pide que describamos lo que pasó una y otra vez, porque nadie te había oído levantar la voz, ni gritar ni sacudir a nadie, ni pegar ni exigir nada.

¿Qué me está pasando?

Llamo a mi casa llorando. Mi marido suena muy lejano.

—Renunciá y vení a casa. Te extrañamos.

—No te des por vencida —me aconseja mi editora de noticias.

¿Es esta la clase de cosas por las que uno lucha?

La disputa se resuelve tras una larga discusión en la oficina del jefe. Yo pido disculpas. Ella retira los cargos.

Me siento sumamente avergonzada.

*

Es otoño. Nos acostamos boca arriba. Las hojas caen como carbones de los árboles en llamas. Tu voz huele a corteza.

—Vení conmigo...

La estación flamígera se nos viene encima. Y se apoya pesadamente en mis brazos... este deseo tardío e inoportuno de abandonar lo que se ve como mi vida.

*

Las personas comprometidas con la Comisión de la Verdad se vuelven débiles, se van o se asustan. Hay quejas de que nuestros informes son cada vez más subjetivos. Organizan un taller para el equipo de la radio. Durante dos días vamos a analizar cómo controlar nuestra ira para que no se advierta en los textos. Va a venir alguien a hacernos “preguntas”. Sea lo que sea, sospecho que algunos necesitamos un ejercicio de este tipo.

Vamos a un hostel donde no nos conoce nadie. Si quedaba alguna duda acerca de las consecuencias anómalas que trae la cobertura periodística de la Comisión de la Verdad, se despeja esa noche con pruebas irrefutables. Nos convertimos en nuestro propio escuadrón de la muerte. Hablamos de manera irrespetuosa y bebemos de manera destructiva. Algunos se apropian de un puesto detrás de la barra. Otros cuentan anécdotas frente a la chimenea... historias sobre la Comisión de la Verdad. Qué le pasó a este o a tal otro... Imitamos los gestos de los comisionados y los jueces, la forma de hablar de las

víctimas, hasta que no damos más de la risa. Todos hablan como si no hubieran hablado con nadie durante meses. Al final, nadie escucha a nadie, pero nadie deja de hablar. Y a medianoche, vamos a la sauna sin soltar las botellas de *brandy*.

—Me transpira la barriga como a un rey zulú —dice Makhaya, riéndose sin parar.

A la mañana siguiente llega el psicólogo. Nos sentamos, nerviosos, alrededor de la mesa. El psicólogo da inicio al encuentro. ¿Qué síntomas físicos han manifestado últimamente?

Enumeramos: dolor de cuello y de espalda, úlcera, sarpullidos, inapetencia, cansancio, insomnio.

Perfecto. ¿Cómo nos sentimos? Nos indica que las respuestas deben ser individuales.

Mondli: A mí no me afecta porque estoy acostumbrado a este tipo de cosas. A mi hermana le incendiaron la casa; Bheki Mlangeni fue uno de mis mejores amigos. Así que esto no es nuevo para mí. A veces, me río cuando oigo los testimonios. Los escucho pero no me duelen.

Todos los periodistas negros dicen cosas similares... están bien. La labor de la Comisión no los afecta porque crecieron rodeados de abusos a los derechos humanos.

Angie y yo nos ponemos a llorar en silencio, tanto que no participamos en la sesión. Nuestro colega negro se levanta y se va. Alguien sale detrás de él. Vuelve mucho después con los ojos rojos e hinchados. Nuestro colega blanco no se mueve de la silla.

—Yo no estoy bien, pero como ya sabía lo que me esperaba, lo asumo.

El psicólogo acomoda sus papeles.

—No quiero decir que ustedes *estén* afectados; solo les pregunto. ¿Los periodistas negros en este grupo dicen que tienen una capacidad especial para soportar el dolor? Todos hablan de lo bien que lo están soportando los negros tras siglos de opresión. ¿Es así? ¿Ustedes me quieren decir que Dios le ha dado a la población negra esta asombrosa capacidad de enfrentar el sufrimiento? ¿No ha cambiado nada en su comportamiento? Y no me refiero únicamente a un cambio de conducta relacionado con la Comisión, sino a algo que haya cambiado en el último año. Me interesa saber.

Con esas palabras, el psicólogo devela el misterio: qué sentimientos despierta la Comisión de la Verdad en los periodistas negros.

Mondli suspira.

—Hay algo que yo nunca había hecho antes: el otro día les pegué a mis hijos con el cinturón.

—A mí me pasó algo bastante raro —dice Makhaya—. En nuestro programa de noticias, cuando salió al aire Joe Mamasela, le pregunté: “¿Cómo puede esperar que la gente lo perdone?”. Y él me contestó: “Usted no tiene derecho a hacerme esa pregunta. La señora Hashe sí puede hacérmela”. La señora Hashe estaba conmigo en el estudio en ese momento. La miré y le pedí que le preguntara. Se puso a llorar... lloraba con el alma. Después me pasó algo extraño. Yo también me largué a llorar. Y eso que no lloraba desde que era chico. Llamé al productor para que se hiciera cargo del programa y me fui al baño. Lloré sin parar. Después me lavé la cara y pensé: “Si mi padre se enterara de esto, se sentiría muy desilusionado”.

—Yo también —dice Thabo— crecí con la idea de que si uno no llora, si lo aguanta todo, será mejor persona. Ni siquiera lloré cuando falleció mi padre. Pero el otro día, en el funeral de mi mejor amigo, me aflojé y me puse a llorar. Después le dije a mi mujer que me estaba ablandando.

—Yo soy religioso —sostiene Sello—, entonces busco la paz interior. Estoy bien. Sé adónde ir cuando estoy alterado. Únicamente cuando vi al Mal Supremo 2 tuve un arrebató de odio; fue solo un momento, pero fue muy profundo. Me tomó de sorpresa, pero me calmé y recuperé la paz.

—Yo antes vivía de joda —admite Patrick—, rodeado de gente. Pero ya no. No sé cuál es mi lugar; tampoco puedo estar solo. Lo que más me molesta... el otro día mi mujer me sirvió la comida y cuando la probé, estaba muy caliente y me quemé. Antes de que me diera cuenta, me vi parado con el plato en la mano listo para tirarlo al piso... o tirárselo a ella. No quiero convertirme en una persona violenta.

—En sus casas, ¿ustedes hablan de las audiencias? —pregunta el psicólogo.

Negamos con la cabeza. No hablamos de eso.

El psicólogo dibuja un iceberg en el pizarrón, con la punta brillante fuera del agua. Esta punta, nos dice, es la parte de sí mismas que las personas le muestran al mundo: amistad, integridad, compasión, amor, honestidad, etcétera. Ocultas a la vista hay otras cosas: odio, deshonestidad, ira... Pero, normalmente, en el interior del iceberg hay un movimiento continuo entre esos dos espacios: una persona llega fácilmente al enojo y lo demuestra, pero después vuelve a ser ella misma. En el momento en que esa persona tiene una experiencia traumática, el hielo se cristaliza entre esos dos espacios y entonces el enojo, el odio, los celos ya no son accesibles. Con cada experiencia

traumática, la capa de hielo se engrosa. Pero el cuerpo no es tonto... el cuerpo sabe. Y las emociones ocultas se manifiestan en síntomas físicos.

—¿El cáncer del Arzobispo podría ser el síntoma de un enojo reprimido?

—¡Caramba! ¡Un grupo de expertos! —exclama el psicólogo. Se encoge de hombros—. No voy a hacer comentarios sobre ese tema, pero sí puedo decir que la mayoría de los comisionados está experimentando algún padecimiento físico.

El psicólogo nos explica que tendríamos que hacer orificios en las capas de hielo y que llorar es una opción. También tendríamos que evitar que se formaran otras capas haciéndonos algunas preguntas a nosotros mismos después de las audiencias. Eso se hace sentándose unos minutos y pensando: “¿Cómo me siento después de haber presenciado esto?”. Esto es de especial importancia para los periodistas, que tienen que informar con la cabeza, no con el corazón. También tendrían que hablar entre ustedes.

Luego, el psicólogo traza dos vías paralelas en la pizarra.

—Esta es la vía de la Comisión de la Verdad y esta otra es la de sus relaciones personales. Por instinto, ustedes evitan que la vía de la Comisión “contamine” la personal... quieren que sus amigos, familiares y seres queridos permanezcan puros, protegidos de lo que ustedes están viviendo. De todos modos, a ustedes les resulta imposible transmitirle a nadie la totalidad del impacto. La mayoría de la gente se aísla, pero para no perder la cordura, transforma la vía de la Comisión en un sustituto de la vida personal. Uno recrea sus relaciones personales en el ámbito de la Comisión y así encuentra un padre, una madre, una hermana, una pareja, un hijo. Eso en sí no está mal, siempre y cuando uno recuerde que a esa vía le queda un recorrido de solo ocho meses.

—¿Y dónde encaja la violencia en todo esto? —pregunto, mordiéndome el labio.

—Veo que los periodistas blancos soportan una carga de culpa. ¿Alguna vez se preguntaron por qué hay muchos más periodistas afrikáneres que de otros orígenes cubriendo la Comisión de la Verdad? Para compensar esa culpa, los periodistas blancos tienden a involucrarse más con la Comisión. Pero eso tiene su costo.

Cuanto más empatiza uno con la víctima, más se transforma en víctima, expresa el mismo tipo de síntomas: vulnerabilidad, mutismo, angustia, desesperación. Pero para algunos es tan insoportable ser una víctima que se transforman en represores. Se liberan del sufrimiento

trasladándolo a otras personas, se vuelven violentos y convierten al otro en su propia víctima. Por eso tienen que estar muy atentos.

*

—Antjie, ¿no es eso lo que pasó en el taller? —pregunta Patrick.

—Sí, ya sé; es una historia distinta, que armé con información que recopilé durante meses sobre las reacciones de las personas y los consejos de los psicólogos. No estoy preparando un informe ni llevando un registro. Es solo un relato. Si cada vez tengo que decir que A dijo tal cosa y que en otra ocasión B dijo tal otra cosa, es muy cansador. En lugar de eso, corto y pego la parte superior y dejo la inferior, que es lo que quiero decir. Cambio los nombres de las personas cuando creo que se pueden molestar o no entender las modificaciones de los textos.

—Entonces no te importa la verdad.

—Me importa la verdad... *mi* verdad. Por cierto, es una verdad que está hecha de cientos de historias que hemos vivido o escuchado en los últimos dos años. Desde mi punto de vista, modelada por mí, por mi estado de ánimo en el momento y ahora también por el público con el que comparto la historia. En cada historia hay un rumor, una agrupación de cosas que no necesariamente suceden juntas, hay suposiciones, se exageran algunas situaciones para acentuar su atrocidad, se resta importancia a otras para reafirmar una inocencia. Y todo eso junto conforma la verdad completa del país. Y la mentira. Y las historias de tiempos más antiguos.

—El romance que describís aquí ¿ocurrió de verdad?

—No, pero tenía que incluir una relación para poder verbalizar ciertas reacciones personales en las audiencias. Tenía que crear un personaje que aportara información nueva y que expresara las bases psicológicas de la Comisión. Obviamente, no puedo contar que escuché conversaciones ajenas. Lo que le confiere a una historia su verdadero carácter es la necesidad de entretener, de que el oyente no pueda dejar de escuchar.

*

El segundo relato ya fue escuchado. Durante dos años, los sudafricanos han escuchado las voces de los que solicitan la amnistía. Algunos parecen sinceros; otros, no tanto; algunos suenan patéticos y otros, oportunistas. Muchos directamente mienten.

Hay una voz que aún no ha sido escuchada: la del violador de derechos humanos negro más conocido, el hombre cuyo nombre apareció más veces que el de ningún otro en las audiencias dedicadas a la amnistía: Joe Mamasela. La única imagen que los sudafricanos tienen de este *askari* de Vlakplaas es la de una filmación del periodista Jacques Pauw: el rostro negro de labios carnosos y anteojos gruesos describiendo asesinatos a sangre fría como en cámara lenta. Con el tiempo, esos labios gruesos y burdos se convirtieron en la boca de la maldad negra.

Con temor y junto a Sophie Mokoena, la presentadora de noticias de Radio Lesedi, espero a Joe Mamasela en la entrada del edificio de la SABC. Sophie, que presenta el segmento dedicado a la Comisión de la Verdad en Sesotho los viernes a la noche, ha estado en contacto con Mamasela durante meses. Se ganó su confianza incondicional. Así y todo, él pidió que lo esperáramos fuera del edificio, para comprobar que seríamos solo nosotras dos y que la persona que acompañaría a Sophie sea una mujer. Esperamos incómodas. Suena mi celular. Sí, aseguramos que somos quienes decimos ser, pero Mamasela no puede encontrarse con nosotras en la SABC; tenemos que ir al Hotel Carlton y esperar en el vestíbulo. Nos subimos al auto, llegamos al centro, nos cuesta encontrar lugar para estacionar, pero lo logramos y entramos al elegante edificio. Sophie se sienta en un lugar desde donde puede observar la puerta giratoria. Yo reviso el grabador para comprobar que funcione perfectamente... no es momento de quedarse sin pilas o de descubrir que la cinta no sirve. Me pregunto cómo voy a hacer para hacer la entrevista en el vestíbulo sin que la gente que da vueltas por ahí oiga las palabras “Vlakplaas”, “Dirk Coetzee” o “Mxenge”.

—Ahí está —anuncia Sophie.

Del lado de afuera del hotel, hay varios hombres.

—¿Cuál es?

—El que está de espaldas a la puerta, de cara a la calle.

Sophie se levanta del sillón. Quiero decirle que tenga cuidado, pero ella ya va camino a la puerta con su andar distinguido. El hombre se da vuelta, y yo estoy segura de que Sophie está equivocada. El hombre no lleva anteojos, no tiene la cara pesada ni la cabeza grande. Se parece a muchos otros. Pero debe ser él. Sonríe cuando Sophie le extiende la mano. Mira por encima del hombro una vez más y recién entonces entra al hotel. Se me acerca con los brazos abiertos.

—Escuché hablar mucho de usted.

¿Qué le voy a decir?... ¿Sí, lo mismo digo? ¿Encantada de conocerlo?

—Me costó reconocerlo. ¿No usa más los anteojos?

El hombre se ríe.

—Nunca los uso en público. Busquemos un lugar tranquilo. No podemos hacer la entrevista acá.

Podemos subir al tercer piso y usar los sillones del salón, me indican en el mostrador de información. Mientras él habla por su celular minúsculo, aprovecho para observarlo. Tiene puesto un traje de seda gris oscuro, una camisa recién planchada, una corbata discreta, joyas de oro y zapatos con puntera de charol. Antes de responder con un flujo continuo de palabras, hace algún comentario elogioso acerca de mis preguntas. Las pausas entre oraciones son más breves que las pausas entre palabras.

—¿*Dónde nació?*

—Bien, nací en Soweto, el 2 de junio de 1953. Soy el último de seis hijos.

—¿*Cómo era su madre?*

—Gracias por hacerme esa pregunta. Era muy religiosa, cristiana, muy amorosa, nos cuidaba como hace cualquier madre, pero, lamentablemente, por las circunstancias políticas de nuestro país, tuvo que dejarnos cuando nosotros éramos muy pequeños para irse a vivir a otro barrio. La veíamos cada seis meses, cuando ella había ahorrado lo suficiente para venir a visitarnos y dejarnos dinero.

—¿*Quién se ocupaba de ustedes?*

—En nuestra familia, como en todas las familias negras, éramos muchos. Todos vivíamos con mi abuela... éramos como cuatro o cinco familias juntas.

—¿*Cuántos chicos vivían allí?*

—Buena pregunta. En la casa, que tenía cuatro habitaciones que compartíamos, éramos unos dieciséis. Era un caos; no había privacidad, nada. Y lo peor de todo es que, para aumentar los ingresos, en la casa además funcionaba un bar.

Mamasela cuenta que se reconcilió con Dios en 1992 y que hoy forma parte de la Hermandad Mundial de Cristo. Va a la iglesia en

Hatfield y, como coordinador de grupo en la Iglesia Rhema, ha logrado que muchas personas se convirtieran a la fe cristiana.

—Es el único momento en que estoy solo, en silencio, con la única compañía del Señor. Cuando hay problemas que no puedo resolver con mi inteligencia humana, hablo con Dios y le digo que Él tiene el control de la situación.

La voz de Mamasela me resulta inquietantemente familiar. Mientras él nos habla, a pocos metros, un mozo que pasa por aquí se queda petrificado. Gira lentamente y mira a Mamasela con ojos inexpresivos.

Hasta que dejó la escuela, cuando cursaba el secundario, Mamasela libró sus propias batallas.

—Tenía que recurrir a mi buen estado físico. Me quedaba en Tladi, iba a la escuela Morris Isaacson, en el distrito de Jabavu. Tenía que atravesar varios municipios para llegar al colegio, y en esos días todos los barrios tenían sus pandillas. En Tladi, maScotch; en Moletsane, maHazel. Si uno va a Molapo se encuentra con otro tipo de pandilleros. Como me topaba con ellos todos los días, empecé a entrenar karate. Era muy bueno y aprendí a defenderme a mí, a mis compañeros, amigos y conocidos... me hice fuerte. Yo sobreviví, a diferencia de mis hermanos y hermanas, que murieron de males asociados al apartheid, como el asma, la tuberculosis o la polio, la enfermedad que mató a Stanley, mi hermano mayor...

En su época de estudiante, Mamasela participaba en política. Después de las protestas estudiantiles de 1976, lo nombraron secretario general del Movimiento de Estudiantes de Sudáfrica de su escuela.

—De muy joven ya era activista. Conocí a un muchacho brillante, Donald Mashigo, que estudiaba en la Universidad de Turfloop. Él me dio los libros del fallecido Steve Biko de la OES, para la que solía escribir con el seudónimo de Frank Talk. A mí me gustaba. Aún hoy recuerdo una cita, en la que él hablaba del materialismo dialéctico de Hegel; decía: “Dado que el problema es blanco, necesitamos una gran fuerza negra para equilibrar el Estado”. Yo estaba de acuerdo con el concepto.

Poco después de dejar la escuela, se casó con Nombi Dube.

—Éramos muy jóvenes. Yo recién empezaba a trabajar, cuando ella quedó embarazada. Sentí la obligación de casarme con ella. Tuvimos un hijo, Sizwe. Por mi trabajo, me tuve que ir al *veld*, donde me quedé varios meses. Ella era muy joven y le gustaba salir a divertirse. Cuando volví, me contaron cosas y pensé que lo mejor sería divorciarnos...

En el libro de Jacques Pauw sobre los escuadrones de la muerte, *In the Heart of the Whore*, figura una biografía de Mamasela:

Mamasela se volvió informante de la policía en 1979, cuando estaba preso por robo y violación de domicilio. Salió de la cárcel poco después de recibir la visita de un policía de seguridad que lo convenció de que se uniera a la “lucha contra el terrorismo”. Se infiltró en el CNA en Botsuana, donde recibió capacitación en tareas de inteligencia. En el invierno de 1981, cuando se descubrió que era un infiltrado, fue secuestrado y trasladado a la central del CNA en ese país. Otro informante fue presuntamente torturado y asesinado, pero Mamasela logró escapar y se incorporó a la unidad de Vlakplaas.

Pero según Mamasela, las cosas fueron distintas. Él cuenta una historia de traición y de lucha solitaria en todos los frentes.

Asegura que se unió al CNA en Botsuana en 1977, reclutado por Snuki Zikalala, que en la actualidad es un periodista televisivo. Recibió capacitación en actividades de inteligencia y se convirtió en jefe de su propia célula. Pero después de 1981, la situación cambió. Una noche, fue arrestado por la policía de seguridad... por efectivos que llegaron en dieciséis autos. Dice que lo golpearon tanto que las paredes quedaron manchadas de sangre, que lo torturaron, le aplicaron la picana y lo interrogaron.

—Por las preguntas que me hacían, me di cuenta de que mi jefe, Sipho Makopo, les había pasado información. A las cuarenta y ocho horas, me quebré.

—Tuve que hablar, pero solo confirmé lo que ya sabían. Es lo mismo que hizo mi presidente Mandela, que habló ante el juez del proceso de Rivonia, pero claro, como él era un dirigente, estaba bien; en cambio, cuando Mamasela hace lo mismo bajo coacción, es un traidor. Eso es aplicar una doble vara.

Mamasela fue reclutado como *askari* por un tal mayor Kruger.

—Ellos no reclutan a nadie que no tenga unos conocimientos y una inteligencia especiales. —Mamasela explica que no tuvo más opción que aceptar, que tenía diecinueve años y era demasiado joven para enfrentarse al poderoso y brutal Estado del apartheid. Mientras tanto, hago una cuenta mental que me indica que a principios de los años ochenta, Mamasela no tenía diecinueve años, sino cerca de treinta.

—Podría haber elegido ir a la cárcel —le digo—. La isla Robben...

Mamasela resopla:

—No crea que todos los que estaban en la isla Robben eran unos

santos. Nunca les dieron a elegir, simplemente los mandaron ahí. Es más, los camaradas que fueron a la isla Robben no eran todos auténticos... reclutamos a algunos que se infiltraron en la isla Robben, así que no todos eran Jesucristo o Moisés como dicen.

A veces desearía tener la fuerza de Sansón para derribar el castillo del CNA, dice Mamasela. Pero lo único que espera es que sus hijos y su gente conozcan la verdad sobre él.

—Estoy contento, porque la mayoría de los negros, incluso los que estaban en mi contra, hoy están empezando a recuperar la razón, hacen preguntas inteligentes y no obtienen respuesta.

Después le pregunto a uno de los periodistas de Soweto: ¿qué quiso decir Mamasela con esto?

—Bueno, ustedes, los blancos, ni siquiera han comenzado a entender las mentiras que esconde la política negra. Hablan pavadas de la magia de Madiba **3** y analizan a los políticos del CNA, pero no tienen idea de todo lo que hay más allá de eso. Le doy un ejemplo — propone, cortés—: Todos sabemos que los ingresos principales del CNA para la lucha en el país venían del tráfico de armas y drogas. ¿Usted cree que esas redes han desaparecido? La Tercera Fuerza andaba en lo mismo. ¿Cree que eso ha desaparecido? ¿Por qué no se juntan? ¿Usted piensa que es coincidencia que atraparan a la hija de Mandela con un auto robado? Si un político no estuvo en la cárcel o en el exilio durante mucho tiempo, hay que sospechar de él. Nosotros nos reímos cuando oímos que la Comisión de la Verdad está satisfecha con el alegato del CNA, no podemos creer que los periodistas blancos piensen que descubren los peores escándalos...

¿Hijos? Sí, responde Mamasela. Tiene dos varones y una mujer con su segunda esposa. Mientras que los matrimonios de los cinco de Vlakplaas (Cronje, Hechter y los demás) terminaron prácticamente arruinados, Joe Mamasela y Dirk Coetzee han conservado intactas a sus queridas familias. Dos hombres que parecen tener el control de su pasado. Mamasela comenta que su esposa forma parte de las altas esferas del Ministerio de Salud de Gauteng y está haciendo un doctorado en bienestar social. “Ella me entiende”, dice.

—En 1993, les dije a mis hijos que iba a decir toda la verdad. Pero no es fácil... A ellos les preocupa verme en televisión, como el domingo pasado, que mostraron mi cara y vino mi hijo y me dijo: “Papá, está tu foto”... Hasta mi hijo mayor se da cuenta de que hay un acuerdo entre ciertas personas autoerigiditas en gurúes jurídicos de la SABC que están empeñadas en ensuciar mi nombre.

—¿Usted no hizo nada malo? —lo presionamos.

—Tenía que sobrevivir —nos responde—. Yo era un rehén político, un mercenario a mi pesar.

Joe Mamasela cuenta que sus compañeros *askaris* se deterioraron mucho. Pero que el que no fuma, no bebe o no tiene alguna otra adicción tiene que encontrar una manera de mantenerse cuerdo. Entonces se le ocurrió llevar un registro. Una carpeta sobre Vlakplaas que lo ayudaría a salir de ese lío y recuperar la credibilidad con la información que hubiera recopilado. Según Mamasela, esa carpeta contiene toda la verdad sobre Vlakplaas y la policía de seguridad. Ahora la tiene el fiscal general.

En ese momento, sucede algo raro. Suena el celular de Mamasela, que estaba junto a mi grabador sobre una mesita. En la pantalla leo “Winnie”. Me mira, hace un gesto de resignación y me dice:

—No me queda otra. Tengo que contestar.

Atiende.

—Hola, Mama... —Se levanta del sillón y se va a hablar a la otra punta de la sala. Sophie abre los ojos como platos.

—A lo mejor no es esa Winnie —le digo en voz baja.

Pero Sophie niega firmemente con la cabeza.

—No, no, Mamasela es muy amigo de Winnie. Se dice que algún día él la va a ayudar a recuperar su buen nombre.

Sophie me cuenta que muchas veces pone al aire a Mamasela en su programa de actualidad, y que los oyentes llaman y lo acusan de todos los males del mundo. Él siempre dice: “Que hablen, que me insulten, que me maldigan, que digan de todo. De esa forma, me siento mejor y recupero mi integridad”.

Esa noche, cuando transcribo la entrevista, advierto que en los primeros minutos me cambia la voz y que en las preguntas más incisivas, sueno obsecuente. Nos saluda en la vereda con un abrazo.

—Lo mejor para la Radio SABC —me desea Mamasela.

¿Cómo se hace para matar a una persona y al otro día seguir con tu vida como si no hubiera pasado nada?

El humor, explica Mamasela ante nuestro asombro, el poder sanador del humor.

—Yo recurría al humor para curarme, tanto a mí como a mis colegas *askaris*. Hacíamos bromas sobre cualquier cosa, sobre los asesinatos... incluso cuando se llevaban a los *askaris* uno por uno para que los mataran sus propios jefes (Coetzee o De Kock, por ejemplo), decíamos: “Ey, ¿Quién sigue? Jeff, se te ve más gordito, creo que el próximo sos vos”.

En la opinión de sus colegas, Mamasela era único como *askari*... el

más preciso de todos los de Vlakplaas. Paul van Vuuren le dijo al juez Wilson: “Mamasela tenía un talento especial para matar. Cuando queríamos un trabajo limpio y rápido, mandábamos a Mamasela. Tenía verdadero talento”.

—Mamasela es *moerse* inteligente... es todo lo que puedo decirle. Es más que inteligente —afirma Paul van Vuuren—. Pero no tenemos idea de a qué está jugando ahora. Seguramente no es por estúpido que no quiere la amnistía. Pero creemos que se arriesga demasiado.

Mamasela se ríe.

—Solo les digo una cosa: yo conseguí engañar a Paul van Vuuren. Y no solo a Paul van Vuuren, sino a toda la cúpula de la policía de seguridad de Sudáfrica, que no es moco de pavo, en especial cuando uno es negro y *askari*, pero yo los engañé gracias al poder sanador del humor. Es que yo me humillaba a mí mismo, me refería a mí como *kaffer*, y a ellos les encantaba decir “a este lo convertimos”. Siempre decía: *Ek is 'n Boer, Wat? Jissis! As my Boere s, 'Maak hulle dood' – dan maak ek hulle dood* [Yo soy bóer. ¿Cómo? ¡Jesús! Si mis bóeres me dicen que mate, yo voy y mato]. Yo quería, quería que ellos me creyeran, que me quisieran, que me consideraran uno de los suyos...

Todo para recopilar información para la carpeta, según dice.

Sophie y yo lo desafiámos.

—Según se dice, usted antes traicionó a su propia gente por dinero y ahora traiciona a sus colegas... también por dinero, porque el fiscal general le da una buena cantidad para que usted declare como testigo.

Mamasela explota.

—Yo no elegí matar a los negros por dinero. Cuando el CNA me traicionó y me entregó en bandeja de plata a ese régimen brutal... Nunca me prometieron dinero. Yo peleaba por sobrevivir. Fui un prisionero de guerra abusado contra su voluntad, contra sus convicciones... el que diga que Mamasela mató a cambio de dinero... Hoy yo sería multimillonario, más rico que Sol Kerzner, visto y considerando que maté a más de cuarenta personas.

Reconoce que tiene un alto nivel de vida. Sus hijos van a los mejores colegios. Se va de vacaciones con toda su familia a hoteles de lujo, pero eso se debe a que ha hecho negocios en Suazilandia. No obstante, asegura que perdió todo y que por eso acepta dinero del fiscal.

¿Por qué no le interesa la amnistía?

—Jamás iría a humillarme ante la CVR. No les voy a dar el gusto a los políticos de humillar a Mamasela después de lo que le hicieron, tanto los políticos blancos como los negros.

»Además, sería estúpido de mi parte solicitar la amnistía, porque uno de los elementos que la componen, sea lo que fuere que uno haya hecho, son las razones políticas. Yo no tuve razones políticas para matar a los negros que maté.

Las similitudes entre Mamasela y su colega Dirk Coetzee saltan a la vista. En especial, se les notan en la boca, que siempre expresa otras tensiones. Dirk Coetzee siempre tiene una mueca de sonrisa y un hilo de saliva que le cuelga de los dientes. Durante la entrevista, a Mamasela le temblaba sin control el labio superior. Los dos son sumamente persuasivos, tienen arte para persuadir. Los dos hablan sin parar. Los dos escupen nombres, detalles, citas, fechas y palabras impactantes. Los dos sostienen que solo fueron observadores de las escenas de asesinato. Los dos hablan de sí mismos en tercera persona. Los dos mataron en nombre de los blancos. Los dos dicen haber sido traicionados por sus colegas. Pero a pesar de las semejanzas, uno es blanco y el otro, negro. El negro, aparentemente, fue perdonado por la familia de Griffiths Mxenge. El blanco, no.

Notas

1. Palabra ofensiva en afrikáans [N. de las T.].
2. El Mal Supremo es el apodo que recibía Eugene de Kock, jefe de los escuadrones de la muerte de Vlakplaas [N. de las T.].
3. Madiba es uno de los nombres con los que se conocía a Nelson Mandela [N. de las T.].

Cuando lo saludé sentí que mi mano flotaba

Mhlatsi.— Me preguntaron si sabía por qué me arrestaban. Les contesté que no. Me explicaron que era porque yo era del Poqo. Negué tener conocimiento alguno del Poqo. Me dijeron que ya me iba a enterar. Me obligaron a ponerme en puntas de pie, con los brazos levantados a la altura de los hombros. Me dieron golpes por todo el cuerpo. Me caí y me siguieron dando unas patadas terribles. La tortura duró tres días... Después me llevaron a Oudtshoorn. Me salía pus del oído. No podía orinar. Estaba mareado. No paraban de decirme Poqo. Me aseguraban que iba a morir, que no podía vivir junto con los blancos. En Ciudad del Cabo, me condenaron a un año y seis meses de prisión.

»Voy a contarles mi historia desde el principio.

»Fue en 1968, un miércoles, a las cuatro de la mañana. Yo llevaba en brazos a mi hijo de tres años y estaba tratando de encender la estufa, porque hacía mucho frío, cuando, de pronto, oigo un golpe en la ventana. Eran policías con abrigos gruesos que buscaban al hombre de la casa... Mi esposa me dio un pantalón y un abrigo. Me puse las medias como pude... Me di cuenta de que era algo serio... Me empujaron hasta la camioneta. Adentro estaba el señor Menena. No sé por qué estaba ahí... En la comisaría había muchos de nosotros. El patio estaba colmado. Vivimos en una ciudad muy chica y nos conocemos todos. Los policías nos mandaron a callar. Nos separaron en grupos y nos llevaron a Beaufort West. Los blancos estaban muy contentos. Yo me preguntaba qué estaba pasando. Después trajeron al señor Makulani. Compartíamos celda. Él me explicó que nos acusaban de pertenecer al Poqo. Cuando nos sacaron de ahí, yo pensé que volvía a mi casa... *(llora)*.

Tutu.— Sé que es duro, pero continuemos...

Mhlatsi.— Para esa época, mi esposa estaba embarazada, a punto de parir. Nos llevaron a Oudtshoorn. Nos pegaron. En total, éramos veintitrés. Después pasamos a Victoria West y trajeron más detenidos. Nos acusaban de haber envenenado la reserva de agua y de haber desconectado la red de electricidad de Victoria West y de que éramos un ejército y de que queríamos apoderarnos de la ciudad, algo que no era cierto. Nos llevaron a la cárcel de Pollsmoor. Ahí recibí una carta de mi esposa en la que me contaba que había nacido nuestro hijo. Ya había nacido el bebé.

»El juez me preguntó si yo era Alphius. Le contesté: “Soy Alwinus”. Le mostré al juez mi documento y la carta. Él insistía en que yo me llamaba Alphius. Yo se lo discutí. Me liberaron al año. En mayo de 1969 regresé a Victoria West. Al entrar a mi casa, me encontré con un gran desorden. Mis hijos estaban muy delgados, mi esposa trabajaba para el señor Van Drieten, el propietario de una granja. Ella nunca había trabajado. Ganaba cuatro rands por mes. Me quedé mirando a mi hijo mayor y al bebé, pero el bebé se puso a llorar. Al final se acostumbró. Ahora son adultos los dos.

»Willie Menena era de la Iglesia Metodista. Él fue el que me acusó, junto con sus dos hermanos. Se podría escribir un libro con todo esto. Yo lo odiaba. Lo odié durante cinco años. Quería matarlo a puñaladas, porque me había arruinado la vida involucrándome en esa reunión del Poqo.

»En 1972, estando con mis hijos en King William’s Town... vi a Willie Menena en una concesionaria de autos. Mi hijo lo descubrió. Le dije a mi hijo que me diera su navaja. La abrí y la guardé en el bolsillo. Entré. Pensé: “Esto es obra de Dios... encontrarme a Willie Menena”. En ese momento, un hombre blanco me preguntó si quería comprar un auto. Le dije que no. Willie Menena ya me había visto... una persona que siente culpa siempre te va a reconocer. Lo saludé: “¿Qué tal estás?”. Le dije que me acompañara afuera. Él no podía ni hablar. Me sorprendió darme cuenta de que él había sufrido mucho; se le notaba en la cara. Le pregunté si su familia sabía que él estaba así. Le pregunté por sus hermanos.

»Me contó que tenía presión alta y dolores en la cadera y que su hijo lo golpeaba. Llamé a mi esposa y a mi hijo menor, el que nació cuando yo estaba en la cárcel. Y le dije: “Willie, estos son tus hijos” (es que tenemos el mismo nombre de clan), estos son tus hijos. ¿Ves qué viejo estás?

»Me preguntó: “¿Seguís bien?”.

»Le pedí a mi mujer que le diera una libra al hombre para que se

comprara comida. Nunca volvió a la casa. Terminó en el hospital. Fue el final de su vida.

»Me subí al auto y arranqué. Él seguía ahí parado. El hombre que había tratado de hundirme. Me saludó. Le devolví el saludo. Seguí saludándolo con la mano. Esa fue la última vez que lo vi. El odio se había esfumado.

»No podemos hacerles daño a otras personas. Tenemos hijos que educar.

Alwinus Mhlatsi, Beaufort West

*

—Recuerdo al Cuatro Ojos... siempre decía: “No me mientas, porque no me vas a engañar. Tengo cuatro ojos”.

Kimberley

—Recuerdo al Solitario... siempre andaba solo. No necesitaba a nadie para efectuar un arresto. Lo hacía todo solo.

Kimberley

*

¿La verdad tiene género?

Las ratas venían a mi celda a la noche para comerse los apósitos sucios. Me subían por las piernas cuando estaba durmiendo.

—Cuando hablan las mujeres, hablan en nombre de los que somos demasiado cobardes para hablar. Hablan en nombre de los que estamos demasiado dominados por el dolor para hablar.

»Porque cuando están enojados o se sienten frustrados, los hombres siempre, siempre utilizan el cuerpo de la mujer como espacio de lucha, como campo de batalla —sentencia Thenjiwe Mthintso, presidenta de la Comisión de Género, en el discurso inaugural de las audiencias especiales para mujeres que la Comisión de la Verdad lleva a cabo en Gauteng—. Detrás de cada contacto entre una mujer y la División de Seguridad o la policía acechaba la posibilidad de un abuso

sexual o una violación. —Algunas activistas creen que no saben qué es peor: si el ataque en sí o el miedo constante en el espacio aislado de una celda —. En los interrogatorios, lo primero que hacían era quitarle importancia al papel de la detenida como activista. La valoraban según su idea de qué es ser mujer. A las detenidas les decían que estaban en custodia policial porque no pertenecían al tipo apropiado de mujer, porque eran irresponsables, prostitutas, gordas y feas, o solteronas, y que lo que querían era conocer hombres.

»Y cuando su causa era reducida a la prostitución, la prostitución gratuita, se establecía el permiso para el abuso sexual. Entonces sucedían cosas que no le sucedían a un hombre. La sexualidad era un instrumento para destruir la dignidad, para aniquilar el yo de las detenidas.

—Las mujeres tenían que pedir los productos para su higiene personal como desodorante, jabón y apósitos femeninos. Tenían que desnudarse frente a un montón de policías que hacían comentarios sobre su cuerpo. Las obligaban a saltar desnudas, con los pechos subiendo y bajando con cada salto. Les introducían agua en las trompas de Falopio hasta que explotaban y ratas en la vagina... —Las mujeres tenían que quedarse de pie todo el día con la sangre corriéndoles por las piernas hasta que se secaba.

“¿Ellos se volvían más fuertes por mirarles la sangre? ¿Por ordenarles que se bebieran su propia sangre?”, se pregunta Mthintso. Cuando los hombres son víctimas de sodomía en las cárceles y los obligan a comportarse como mujeres se dan cuenta de cómo es vivir con una conciencia constante del propio cuerpo y cómo es sentirse abusado y ridiculizado.

Mthintso dice que los policías respetaban a los hombres que no se quebraban durante las sesiones de tortura.

—Había un cierto respeto. Los torturadores hasta decían: “Este un hombre”. Pero si la mujer se negaba a someterse despertaba la ira de sus torturadores. Porque en su discurso, una mujer, una criada negra, una *kaffermeid*, no tenía derecho a ser fuerte como para resistirse.

Las prohibiciones que debían cumplir las mujeres no eran iguales que las de los hombres.

—Las mujeres eran observadas y hostigadas continuamente. El objetivo era demostrar que eran prostitutas, personas a las que les permitían participar en la lucha por la liberación simplemente para que estuvieran al servicio de los hombres. Era una forma de decirles: “Ustedes no son revolucionarias, son unas putas negras en celo”.

Mthintso concluye diciendo:

—Mientras escribía estas palabras, me di cuenta de que no estoy preparada para hablar de mi experiencia en las cárceles de Sudáfrica y en los campos del CNA en el extranjero. A pesar de los términos generales en los que elegí hablar, todavía me siento muy expuesta y angustiada.

*

Sra. Tsobileyo.— Corríamos entre las casillas, pero nos dimos cuenta de que los bóeres nos perseguían. De pronto me encontré sola, tratando de ver a otros camaradas, pero no vi a ninguno. Sentí el gas lacrimógeno en los ojos y... fui a esconderme al baño. Pensé que me iban a lastimar, porque no veía nada. Cuando salí del baño, vi a un bóer y él también me vio a mí. Entonces me disparó.

Dr. Ntsebeza.— ¿Dónde le disparó?

Sra. Tsobileyo.— En el brazo izquierdo y después en la pierna izquierda. Me caí y me disparó ahí abajo. Me llevaron a una casa. Sangraba tanto que la palangana en la que recogían la sangre se llenó. El médico tuvo problemas porque no dejaban entrar a la ambulancia... no la dejaban entrar a Crossroads.

Dr. Ntsebeza.— Volvamos al momento en que le dispararon. ¿Ustedes, el policía blanco y usted, se vieron simultáneamente?

Sra. Tsobileyo.— Sí, al mismo tiempo. Él tenía puesto el uniforme azul. Me disparó.

Dr. Ntsebeza.— ¿Por favor, podría mostrarle al Arzobispo y a la Comisión la cicatriz de la pierna? No es el único lugar donde la hirieron, ¿verdad?

Sra. Tsobileyo.— No.

Dr. Ntsebeza.— Todavía tiene balas en el cuerpo.

Sra. Tsobileyo.— Tengo varias balas en el cuerpo, algunas en la pierna. Algunas en otras partes del cuerpo... algunas, ahí abajo. Tengo algunas balas en la vagina.

Dr. Ntsebeza.— Claramente, esas balas no fueron volando por su cuenta al lugar donde están alojadas ahora.

Sra. Tsobileyo.— Esas balas... esas fueron las primeras balas que me dispararon. Me apuntaron directamente ahí.

Nomatise Evelyn Tsobileyo

*

—Cuando entré en una de las oficinas, vi que había un montón de policías y soldados, un gran tumulto. Me llevaron a una oficina llena de policías y me dijeron que uno de ellos sabía karate. Les pregunté qué pasaba. Uno me dijo: “¡Te atrapamos!”. Me senté. Estaba temblando. Nunca había visto tantos policías blancos juntos. Uno de los agentes me preguntó: “¿Dónde estuviste anoche?”. “En casa”, le contesté. En ese momento se puso a gritar, me acusaba de estar mintiendo. Yo le volví a decir que había estado en mi casa. Le estaba contestando, cuando otro dijo que yo era una *spoggerig*.

»Me interrogaron durante horas. “¿Quién incendió el bar del municipio?”. Fueron muy groseros conmigo. Yo me estaba cansando de contestar todas esas preguntas, así que decidí no hablar más.

»Un joven, un estudiante, me dio una bofetada débil. “¡Habla, puta!”, me gritó. Yo no dejaba de mirarlo. Me agarró del cuello y me volvió a pegar, esta vez más fuerte. Entonces forcejeamos. Hubo un intercambio de golpes, y yo estaba muy enojada, porque él tenía la edad de mis hijos. Los otros se burlaban. Me decían “John Tate”, “Gerrie Coetzee”, como los boxeadores. Al final, me di cuenta de que no se sentían cómodos, porque entraron unos inspectores negros y yo tenía la camisa hecha jirones, y ellos dijeron: “¿Devolvés los golpes, *kaffer*?”.

»Esa noche me dejaron sola en la celda. Ya era tarde, cuando oí a dos hombres hablando afuera. Uno de ellos pronunció mi nombre. Me sacaron de la celda y me metieron en el Hippo. Nos alejamos en el Hippo en dirección al puente de Rawsonville. Yo iba sola en la parte trasera. Afuera estaba muy oscuro. Se bajaron y me sacaron del vehículo. Uno me dijo: “¿Ves en qué te metiste?”. Me preguntaron cuándo había sido la última vez que me acosté con un hombre. A mí me daba vergüenza que me preguntaran eso. Sentí mucha humillación. Les dije que no tenía a nadie, que no estaba en pareja. Y también me preguntaron con quién vivía. “Con mi familia”. Otra cosa que me preguntaron es qué sentía cuando me acostaba con un hombre. Eso ya era demasiado; no paraban de preguntarme lo mismo. De qué tamaño me gustaba el pene o qué me gustaba que me hicieran. Mientras tanto, el que no hablaba me metía la mano en la vagina. Yo me puse a llorar. Tenía mucho miedo, porque es sabido que los soldados violan a las mujeres. El hombre seguía con el dedo en mi vagina, me lo metía adentro y yo pedía perdón y le preguntaba qué había hecho. “Podría ser tu madre. ¿Por qué me tratan así?”. Era una situación demasiado humillante. Entonces ellos, los dos (creo que fue

obra de Dios, que los iluminó), me soltaron y me llevaron de regreso a la comisaría. Me volvieron a encerrar...

»Estuve mucho tiempo detenida.

»Cuando me soltaron, descubrí que habían incendiado mi casa. Uno de mis hijos murió en el incendio. La comunidad se burlaba de mí. Me aislaron porque creían que yo le pasaba información a la policía.

Yvonne Khutwane, Worcester

*

Era preocupante que tan pocas activistas mujeres se presentaran a dar su testimonio ante la Comisión de la Verdad. Tenían sus motivos.

—El día en que me involucré en la lucha... ese día hice una elección y entendí perfectamente sus consecuencias. Ir ahora a la Comisión no me parece lo más adecuado. —Para incluir las experiencias de las activistas y tener un panorama más amplio del pasado, la Comisión de la Verdad establece foros especiales. En una audiencia centrada en las prisiones, da su testimonio Greta Appelgren, la persona que manejaba el auto en que huyó Robert McBride cuando puso la bomba en el Magoo's Bar. Hoy se hace llamar Zakrah Nakardien:

—Lo que más me molestaba eran las ratas. Eran grandes como gatos y andaban todo el tiempo por los corredores. Cuando comía, tres ratas se me quedaban mirando. Ponía mi ropa para bloquearles el paso, pero la rompían y entraban arrastrándose. Una noche se me subieron al cuello... grité como una loca. Me encontraron en un rincón mordiendo una remera. Así de enajenada estaba.

»Estar aislada durante siete meses me enseñó algo. Ningún ser humano puede vivir solo. Me hundía cada vez más. Sentía que las celdas eran como ataúdes llenos de cadáveres.

»Tenía que aceptar que estaba arruinada. Los gusanos se comieron una parte de mi alma y nunca más la voy a recuperar.

*

Un grupo de seis muchachos y yo decidimos formar una organización en Sebokeng con el fin de que los antiguos camaradas se mantuvieran ocupados todo el tiempo. Violábamos a las mujeres que necesitaban disciplina, las que se portaban como esnobs. Creen que son mejores que nosotros y cuando luchamos, no se quieren involucrar.

Una pregunta sencilla en apariencia como “¿Qué es una violación?” puede derivar en una gran discusión. Según la legislación sudafricana, solo hay violación cuando existe penetración del pene en la vagina, por lo que se entiende que solo ocurre entre un hombre y una mujer. Actos tales como la penetración oral o anal con objetos extraños no están tipificados como violación. Pero la Comisión de la Verdad ha de establecer si es posible violar por razones políticas y si la violación de mujeres ajenas a la política para mantener ocupados a los camaradas es un acto político. En los Convenios de Ginebra, la violación es un crimen de guerra, y los procesamientos por violaciones en Bosnia solo se iniciaron por su vinculación con la limpieza étnica.

Una de las recomendaciones que podría hacer la Comisión de la Verdad es que no se les concediera la amnistía a los violadores. Pero si un violador sabe que no lo van a amnistiar, ¿querrá dar su testimonio? Además, pocas mujeres han declarado haber sido violadas y, menos aún han dado los nombres de los violadores, si es que alguna lo ha hecho. Entonces, ¿por qué un violador querría solicitar la amnistía? Parece haber una extraña connivencia entre el violador y la víctima. Si bien abundan los rumores sobre las violaciones, todo queda oculto. Aparentemente, mujeres importantes, entre las cuales hay ministras, legisladoras y empresarias, fueron violadas o abusadas sexualmente en la administración anterior, y no solo por hombres del antiguo régimen, sino por sus propios camaradas tanto en los municipios como en los campos de liberación. Pero nadie dice una sola palabra.

El silencio se funda en la pérdida y las diferencias culturales, explica la psicóloga Nomfundo Walaza.

—Las mujeres que fueron violadas saben que si hablan de eso en público van a volver a perder algo: la intimidad o el respeto quizá. Si uno supiera que una determinada ministra fue violada, ¿qué pensaría cada vez que la ve en la televisión? Otro elemento de disuasión es que algunos de los violadores ocupan actualmente altos cargos políticos, entonces si las víctimas hablaran no solo podrían perjudicar al nuevo Gobierno por el que ellas mismas lucharon, sino también destruir sus propias posibilidades para el futuro. Hay también una cultura de no hablar de estas cosas con la familia.

—Cuando me violaron, yo ya estaba destruida por las descargas eléctricas —declara Thandi Shezi—. Estaba devastada. No le podía contar a nadie. Mi madre, que está aquí presente, se está enterando ahora. Siento como si mi útero saltara. Soy frígida. Fría. Las relaciones con los hombres me dan pánico. No le dije nunca a nadie lo que me pasó. No quiero que me tengan lástima y tampoco quiero que me

insulten.

Los hombres no usan la palabra “violación” cuando dan su testimonio. Hablan de sodomía o de que les insertaban varas de hierro. Así, la violación pasa a ser un tema femenino. Al negar su propio sometimiento sexual a la brutalidad masculina forman una hermandad con los violadores que conspira contra sus esposas, madres y hermanas, dicen algunos de los que prestan testimonio.

La tortura sexual está rodeada de una gran ambigüedad, afirma Sheila Meintjes. Comprender el motivo no es muy difícil. De acuerdo con una teoría, la tortura sexual a los hombres consiste en inducir la pasividad sexual y abolir la potencia y el poder político, mientras que la tortura a las mujeres consiste en activar su sexualidad. La ira contra las mujeres se debe a que ellas pueden no tener autoridad, pero con frecuencia tienen mucho poder.

*

La imagen de Rita Mazibuko, con su vestido marrón, cárdigan *beige* y *kopdoek* prolijamente tejido, contrasta con su historia de violaciones continuas, tortura y rechazo. Ni ella ni la Comisión de la Verdad están preparadas para la tormenta que sucede al testimonio.

Mazibuko recibió adiestramiento militar en Angola y Mozambique, y después fue enviada a Suazilandia, donde se ocupaba de trazar las rutas de los activistas que entraban y salían del país. Cuando mataron a nueve de esos activistas, cayeron sospechas sobre ella. El hecho de que tuviera treinta y cinco mil rands en su cuenta bancaria constituyó prueba suficiente para que el CNA sentenciara que ella trabajaba para el régimen del apartheid. En realidad, según Mazibuko, ella había ganado ese dinero cosiendo y vendiendo ropa deportiva. Acusada de espionaje, fue trasladada a Tanzania y Zambia, y estuvo durante seis meses en un pozo durmiendo sobre cartones.

—El día que me sacaron del pozo, me ordenaron que me fuera a lavar. Yo había usado el mismo vestido durante los últimos seis meses y cuando me lo quité estaba hecho jirones. El pelo se me cayó al lavármelo. Tenía la piel grasienta por no haberme lavado durante tres meses.

Dos camaradas, Jacob y Mtungwa, le ordenaron que eligiera a uno de los dos. Le dijeron que necesitaba a un hombre para que llevara adelante su caso. Algunos camaradas decían que era culpable y otros que no. No dejaban de torturarla.

—Yo me negué a tener sexo con ellos. Me torturaron con unas sillas.

Me caí al piso. Me daban patadas en la cara; me trataban como a un animal... Me introdujeron una pipa con un preservativo en la vagina. Mientras me hacían eso, me preguntaban qué sentía. Como yo no les contestaba, me metían la pipa más adentro, para que la sintiera bien, me decían... Después de la agresión, me sangraban la nariz y la boca. Me colgaron, me dejaron colgando de un árbol. Ese día querían matarme. Me hicieron ponerme una túnica para que, si me hacía encima, ellos no tuvieran que verlo. Cuando me bajaron del árbol dijeron: “La perra está muerta”.

Después, Mazibuko le escribió al camarada Mathews Phosa, a quien conocía por haber compartido una casa con él y haberle cocinado hacía tiempo. Él le habló a un senador sobre el caso, pero los ataques continuaron.

—En la cárcel de Sun City, alguien llamado Desmond me violó nueve veces. Nueve. Era bastante joven, en ese momento tenía veintinueve. Yo podría ser su madre. El camarada Mashego, que estaba en Suazilandia, me violó hasta que me presenté ante las autoridades. Y después Tebogo, que también era muy joven, me violó y me cortó los genitales, desde el número uno hasta el número dos. Después me llevó a una habitación, me separó las piernas y me las ató. Me ató el cuello y me echó desinfectante en los genitales.

Los miembros del CNA vendieron la casa y los muebles de Mazibuko en Suazilandia por veinte mil rands.

—Ahora, el que duerme en mi cama y usa mi escritorio es el camarada Mike —cuenta. Cuando su familia regresó del exilio, ella acudió a Jacob Zuma, en Piet Retief. Él le prestó dinero para que denunciara su caso en la Shell House. 1 Pero uno de los violadores se la llevó de la Shell House a Boksburg, donde la volvió a forzar durante toda la noche en una casa que tenía un cartel de “Se vende” en el frente—. Me advirtió que no tenía escapatoria, que me iba a matar si abría la boca.

Mazibuko le cuenta a la Comisión que no tiene dinero a su nombre. La ropa que tiene puesta la pidió prestada. Y para colmo, dos semanas después de entregar su declaración por escrito a la Comisión de la Verdad, recibió una llamada telefónica del gobernador de Mpumalanga, Mathews Phosa, que le aconsejó que no prestara declaración porque, si lo hacía, él se vería obligado a defender a los miembros del CNA.

—Me enamoré de Chris Hani, hoy fallecido, con quien tuve un hijo, Simphiwe. Hani le llevó al chico a su familia para que lo conociera, pero no se lo mostró a la esposa. Yo le di el niño a mi cuñada para

evitar divorciarme de mi marido. —En la declaración confidencial de Mzibuko, el nombre de Simphiwe figura subrayado. ¿Será para pedir una reparación adicional?

Es extraño el testimonio. ¿Esa mujer con cara de buena, que habla de la violación como si hablara de ir de compras, que hace hincapié en la juventud de los violadores, es simplemente una prostituta? Y su historia sexual quizá sea el motivo por el que Phosa dice que nunca oyó hablar de Rita Mazibuko o “Mumsy Khuswayo”, el nombre en clave que usaba en el CNA.

Cuando abandona el estrado, se abrocha el cárdigan y cruza los brazos a modo de escudo protector. Es como si ya supiera que un poderoso gobernador de provincia va a desacreditar las pruebas en público y a amenazarla con iniciar acciones judiciales. Es como si ya supiera que nadie va a apoyarla. La Comisión de la Verdad no dice una sola palabra en defensa de Mazibuko. Ninguno de los comisionados, ni siquiera las feministas que defienden los derechos de la mujer se levanta y dice: “Respetamos el derecho de Rita Mazibuko a decir su verdad, así como respetamos el derecho de Mathews Phosa a decir la suya, pero esperamos que él haga lo mismo”.

Rita Mazibuko

*

—Y después volvió y me pegó tan fuerte que me lanzó contra la pared. Me siguió pegando y yo sentí que me caía... Entonces me caí al suelo... me encontré ahí en el suelo completamente aterrorizada. En ese momento, entró un hombre y le dijo al otro varias veces que me violara. En realidad, no me violó, pero... con la sola amenaza creí que me moría.

»Hacía días que no dormía. Me dieron algo de comer... Él me decía que se iba, pero al rato regresaba. Me di cuenta... de que tenía dilatadas las venas de la mano. Y los brazos... las venas de las manos y los brazos y... me dolía el pecho. En un momento pensé que se me reventaban los órganos... Les dije que tenía ganas de vomitar. Uno de ellos me llevó corriendo al baño y dijo: “Está empezando”. En ese momento yo no sabía [que la habían envenenado], lo único que sabía era que tenía las venas dilatadas, parecían gusanos... como que me salían gusanos de las manos. Se salían. Sentí que me explotaban las venas y me dolía el pecho... Después, cuando volvió el capitán Du

Plessis, me dijo: “Zubeida, no vas a salir de esta, te va a dar un ataque cardíaco y te vas a morir”.

»Me dijeron: “Zubeida, si no cooperás con nosotros y no nos decís... entonces vamos a arrestar a tu padre”. Yo pensé que me estaban engañando. Pero en el transcurso de esa misma mañana, marcaron un número de teléfono y me dieron el teléfono a mí para que escuchara. Del otro lado de la línea estaba mi padre. Ahí me desmoroné. O sea, entiendo que se metan conmigo, pero ¿con mi familia? Apenas colgaron el teléfono, firmé la declaración... Todo eso me causó una tremenda humillación, me hizo sentir que no tenía ningún valor y que había traicionado las causas que defendía, todo aquello en lo que creía, que había sido demasiado débil para soportar la presión...

Tras ese primer arresto, tras la tortura, Jaffer decidió convertirse en activista del CNA a tiempo completo.

—Debido al trauma, creo que no pasó un solo día sin que pensara que tenía que hacer algo para acabar con el sistema. La idea me consumía; no podía pensar en otra cosa... Después de mi experiencia durante la detención, pensé que para mí era como estar en las entrañas de la bestia.

La arrestaron por segunda vez y la mantuvieron en custodia con el marido. El teniente Frans Mostert amenazó a Jaffer, que estaba embarazada, con que le iban a administrar una sustancia química que había preparado especialmente para ella. La amenazaron con matar al feto si no les daba información.

—La amenaza me pareció muy real por la experiencia con la droga que me habían dado la primera vez que me tuvieron presa. Sabía que eran capaces de hacerlo... así que me senté en la celda sin saber qué hacer. Finalmente, decidí no darles ninguna información porque yo sentía que no quería que el bebé creciera dentro mío con esa carga, porque yo sentía que... si lo traía a este mundo y mi hijo se enteraba de que su madre había ofrecido información a cambio de su vida, la criatura iba a tener que soportar una carga muy pesada. Así que creo que el hijo que llevaba dentro me dio la fuerza necesaria para no ceder ante las amenazas.

Zubeida Jaffer

*

—Cuando miro a mi alrededor, me maravillo con cómo nos

esforzamos por ser personas normales. Nadie sabe lo destruidos que estamos por dentro...

»Mi primer período de detención transcurrió en Old Fort, donde también estaban detenidas Winnie Madikizela-Mandela, Fatima Meer y Joyce Seroke. Era un grupo muy fuerte. A Winnie, las guardias la llamaban por su nombre. Ella tenía una fortaleza extraordinaria. Nos enseñó a defender nuestros derechos y a imponer nuestras propias condiciones. Descubrimos que a las presas negras no nos dejaban usar ropa interior. Logramos que abolieran esa regla. También oíamos llantos de niños por la noche y exigimos que liberaran a esos niños.

Las relaciones se pueden forjar incluso en las circunstancias menos propicias. Las personas se tienen cariño, sobreviven y generan el tipo de humanidad que supera las divisiones.

—Las curtidas delincuentes (eran asesinas) de la celda vecina me enseñaron a usar el inodoro como teléfono para comunicarme con ellas y a conseguir lápiz y papel. Nunca les vi la cara. Ni siquiera sé dónde están hoy Chillies y Nandi, pero puedo decir que ellas fueron muy cálidas conmigo.

»Cuando me volvieron a arrestar en Vrede, en el Estado Libre, me llevaron a Phoenix. A la semana de estar detenida, exigí ver a la policía de seguridad. La guardia me preguntó cómo osaba yo exigir eso. “¿No sabés que te van a matar? Estás mucho mejor acá...”. No obstante, vinieron el sábado a la tarde. Eran dos. Estaban borrachos. Uno dijo: “Bueno, Deborah, así que según vos estás lista”.

»Me ataron a una gran bola de hierro. Me quedé ahí toda la noche mientras ellos comían un *braai* afuera. El domingo me pidieron que escribiera la historia de mi vida. Hicieron trizas el papel. Tenía las piernas hinchadas y empecé a tener alucinaciones. El martes empezaron a pegarme, me estrangulaban con una toalla... me desmayé. Cuando volví en mí, estaba tirada en el piso y toda mojada... me deben haber echado agua encima. Roy Otto me arrojó un paquete de apósitos femeninos. Cuando fui al baño me di cuenta de que estaba menstruando y me pregunté cómo lo sabían.

»La celda estaba llena de piojos. Las mantas estaban mugrientas y olían a orina... No sabía dónde estaba. Lloraba y gritaba y me daban fuertes ataques de asma. Pero tuve suerte en ese sentido, porque vino un afrikáner, Taljaard (nunca me voy a olvidar el nombre) y me dijo que pensaba que yo estaba loca. Le dije que era una presa política. Me escuchó con atención y me trajo un remedio para el asma y unas pastillas, y me ayudó a esconderlas detrás del inodoro. Roy Otto venía todos los días y me decía: “No te vamos a matar porque te vas a morir

de muerte natural por un ataque de asma”.

»Sentía envidia de las presas comunes, porque ellas podían interactuar sin problemas. A nosotras, en cambio, las guardias nos tenían miedo, porque les decían que éramos terroristas. Por eso, abrían la puerta y empujaban la comida con el pie para adentro de la celda y nada más. La comida estaba infestada de hormigas. Un día, una guardia, Botha, cuando se acercó la agarré a través de las rejas. Me habría gustado entablar una relación con ella, me habría gustado hablar con otra mujer de cosas de mujeres. Pero ella se negaba a tratarme como a un ser humano. Así que la agarré del pelo y le golpeé la cabeza contra las rejas. Se lo merecía. Estaba sola. Gritó mucho. La agredí porque quería que me acusara, nada más que para poder hablar con alguien. Lo loco fue que el juez vino y me preguntó si necesitaba algo y al día siguiente me trajo una Biblia que tenía en la casa.

»Por alguna extraña razón, superé el asma. Ya no tengo más ataques. No sé por qué. Pasó el tiempo y le permitieron a mi familia que me visitara. Vinieron mi hermana y mi papá. Ese día me puse a llorar. El motivo era que por fin podía abrazar a alguien. Veía a personas de verdad... Joyce Seroke me mandó pijamas y pantuflas. Judy preparó una mezcla con huevo para el cuero cabelludo, porque se me había caído todo el pelo. Ellen Kuzwayo me hizo llegar aceite nutritivo para el cuerpo...

»En la cárcel de Middelburg me ocurrió otra cosa. Ahí había dos guardias, Kara Botha y Maryna Harmse, que eran las peores de todas. Pero cada vez que entraban a mi celda retrocedían, así que yo andaba por ahí impunemente. Un día, yo estaba haciendo ejercicio en el patio y vi a una de ellas, a Maryna, que estaba hablando con el novio en el portón. Lloraba. Cuando abrió la puerta de mi celda esa tarde, la mujer tenía los ojos rojos. Le pregunté por qué lloraba. Ella me contestó: *Dis nie jou besigheid nie. Los my uit* [No es asunto tuyo. Déjame en paz]. Le dije que no iba a dejar que se fuera si no me contaba lo que le pasaba. Le dije que había oído al novio diciéndole que iba a irse a Katima Mulilo y que no iban a verse durante un tiempo. “¿A quién va a enfrentarse ahí? ¿Ves? Estás en la misma posición que yo. Tu novio va a morir en la frontera y mis hermanos y hermanas son los que van a matarlo. ¿Por qué vas a permitirlo, Maryna?”. Entonces se puso a llorar, abrió su corazón y hablamos.

La sede de la Comisión de la Verdad está en silencio. Nadie osa interrumpir la historia sobre la inconmensurable capacidad de amor que tienen las mujeres. El momento trasciende todo el horror y los abusos.

—No parezco tener una identidad que me defina. No soy ni la hija de Zeph Mothopeng ni la esposa de Mike Masote. Pero siento que soy yo. Por eso estoy aquí. Soy Sheila Masote. Traje un resumen de todo lo que me quitaron.

»Nací en el seno de una familia feliz. Mi padre y mi madre eran docentes. Vivían en el mejor lugar, Orlando West, donde residía la elite: los Mandela, los Sisulu, los Matthew, los Masekela... Ténganme paciencia... es que lloro mucho... a veces me enoja... El lugar era hermoso. Mi padre era un hombre de la cultura. Fue el primer presidente del Festival de Música Bantú de Johannesburgo, el que promovió Eisteddfod, Dorkay House. Todo eso pasó por sus manos. Mi madre es una cantante con una voz de hermosa coloratura. ¿De dónde saco estos términos? Soy una persona muy culta... no voy a pedir perdón por eso. Estoy... Me casé con un hombre muy culto, el único hombre, el único negro en África licenciado en enseñanza de violín. Él fundó la primera orquesta negra. Sé de lo que hablo, pero todo esto se ha desmoronado... Yo tenía una familia unida, un hogar. Todo destruido. No pude hacer realidad ningún sueño. Cuando era niña, perdí mis referentes porque en esa época, en los años sesenta, se fue todo el mundo: los Mphahlele, los Malebo, los Mji. Las frecuentes detenciones de mi padre nos destruyeron, y después vinieron las de mi madre, la mía y la de mi marido. La vida en comunidad, el hecho de que pudiéramos jugar en la casa de al lado dejaba tranquila a mi madre, que se iba a trabajar sabiendo que sus hijos estaban a salvo. Dejábamos la llave de nuestra casa en la casa de un vecino; a nadie se le ocurría entrar a robar. Todo eso se desmoronó debido al sistema y a la División de Seguridad. Mis padres fueron despedidos de sus puestos docentes debido a su actividad política. Mi hermano se exilió. Me quedé sola. Mi padre entraba y salía, entraba y salía de la cárcel. Mi otro hermano se volvió alcohólico y violento. Mi mamá lloraba mucho, perdió su energía. La política del CPA era que las mujeres se quedaran en la casa y no participaran. Y los maridos no compartían mucho. Yo, la única hija mujer de una familia acomodada (era una niña muy bonita y el tutú me quedaba precioso), iba a clase de danza con el pelo adornado con cintas. En casa se leía, se hablaba de política. No digo todo esto para presumir, sino para ilustrar que en

Orlando West había una sociedad de intelectuales, culta, educada. Después empezaron los arrestos, el exilio, y todo ese mundo se perdió. En casa empezamos a pasar necesidades, hacía frío. Y mi madre... se desató una verdadera guerra entre ella y yo. Éramos muy crueles entre nosotras. Mam Mothopeng, la esposa del presidente del CPA. Yo quería ir a un baile. No usaba corpiño porque tenía lindos pechos. Y ella estaba enojada. Me sentía tan poco querida. Me pegaba con un palo, me insultaba, no se ocupaba de mí. Ahora entiendo por qué era así. Siempre estaba sola. Tenía que tomar decisiones y no sabía si estaban bien o mal. ¿Se imaginan? Se sentiría muy vulnerable. Pero destruía la familia que quería proteger.

»Y yo trasladé todo eso a mi propia familia. Agredía a mi hijo. Casi lo mato. Hoy vive en Suiza. Es chelista en la academia de Yehudi Menuhin. Pero su hermana, cuando él tenía seis y ella ocho, lo vio tratando de colgarse de un árbol porque yo le pegaba mucho. Cuando lo mandaba a comprar algo al almacén, yo escupía en el piso y le ordenaba que volviera antes de que el escupitajo se secara. El chico se iba corriendo... se iba corriendo... Perdón porque lloro... ténganme paciencia... Es que yo me preocupaba. Era muy bajito y no lo iban a ver detrás del mostrador. A lo mejor alguien se lo llevaba. A lo mejor se moría. Y cuando volvía, yo le pegaba con el *sjambok*. Le pegaba y le pegaba hasta que los vecinos saltaban la verja y me obligaban a parar. Y a este hijo mío, al que quiero tanto, lo escuché decirles a sus amigos: “No sé lo que es sufrir”.

Sheila Masote

*

A mediados de los años ochenta, durante el apogeo de la lucha por la liberación, los jóvenes bailaban el *toy-toy* por las calles y cantaban:

Informantes, los matamos. ¡Hayi! ¡Hayi!

Brujas, las quemamos. ¡Hayi! ¡Hayi!

Las que abortan, las matamos. ¡Hayi! ¡Hayi!

La mujer de Botha es estéril. No tiene hijos, tiene ratas. ¡Hayi!
¡Hayi!

La mujer de Mandela es fértil. Tiene hijos camaradas. ¡Hayi!

Hasta volábamos un poco

Llueve. Llueve en Mdantsane como si no hubiera llovido en años. Fuera del centro deportivo, el agua de lluvia se lleva la suciedad por los surcos profundos de la tierra. Llueve fuerte sobre el techo de zinc. El agua se escurre por las ventanas. Pero todo queda muy claro desde el principio: las mujeres de Mdantsane, las que se apiñan en la sala, han venido a contar sus historias.

La Comisión de la Verdad ha completado el círculo en East London. Comenzó aquí con las primeras audiencias dedicadas a violaciones de derechos humanos en el palacio municipal. Ahora, quince meses más tarde, termina aquí, el último día de la última audiencia en el Cabo Oriental transcurre en un municipio de las afueras de East London. Mdantsane, el segundo mayor municipio del país, es el lugar elegido para celebrar una audiencia dedicada a testimonios de mujeres.

—Me dijeron que me ponían con otras mujeres en un pabellón de abluciones sin techo. Me dijeron que las otras mujeres iban a abusar de mí y que iba a vivir entre la mugre. Me tiraron en el medio de esas mujeres, que me miraban porque yo estaba bien vestida. Tenía puesto un tapado de piel. “Los piojos se van a comer la piel porque sos una bruja terrorista”, me decía la policía. Pero las mujeres me apoyaron. Me hablaban. Cantábamos. Una semana después me llevaron para volver a interrogarme. Se me pararon encima y saltaban sobre mí. Me arrastraron del cinturón, me levantaron y me pegaron. En esa época, yo no era tan fea. Tenía lindo pelo. Me agarraron del pelo y me levantaron del piso. Me cubrieron la cabeza con una bolsa empapada en agua para que no pudiera respirar.

Nosipho Marxewu.— Me estrangularon, me bajaron el turbante hasta el cuello y uno tiraba de la izquierda y otro de la derecha. Me quedé sin fuerzas. Me hice pis encima. Yo estaba embarazada en ese momento. Me dijeron que tenía que decir la verdad.

Las víctimas se sientan en la primera fila, angustiadas e incómodas ante la perspectiva de tener que hablar delante de tanta gente. Algunas tienen bebés en los brazos.

—A los seis meses, tuve una infección. No podía hacer pis debido a

que me aplicaban picana. Perdí el apetito. Tiraba la comida por el inodoro, pero cuando apretaba el botón no salía agua. Olí algo raro. Abrí las canillas y salía olor a gas. Me mareé. Tenía la garganta seca. Traté de tomar agua del inodoro. Cuando me acerqué a mi hijo, que estaba en la cama, no pude despertarlo. Empecé a gritar. Alcé al bebé, lo llevé a las rejas y traté de pasarlo por entre los barrotes. Había humo por todos lados. Yo seguía gritando. Sabía que nos querían matar a mí y a mi hijo.

Y justo entonces, se corta la luz por enésima vez esa semana en Mdantsane. Nada funciona: no encienden las luces, no funcionan los micrófonos ni el equipo de las cabinas de los intérpretes. Se pasa a un cuarto intermedio. Son las once y media de la mañana, pero todavía está algo oscuro en la sala. Nadie puede ir a ningún lado, porque llueve a cántaros. Todos esperamos. Las mujeres cantan “Mali Bongwe”. Cantan “Nadie puede destruirnos, estamos hechas de un metal peligroso”.

En otro rincón, los hombres que asisten a las audiencias se juntan, se cuentan historias y chistes. Los comisionados se quedan de pie o se sientan a hablar por celular. Como si estuvieran esperando que las mujeres se fueran. Nadie organiza el almuerzo. Nadie sabe cuándo volverá la luz. O si se reanudará la audiencia. La gente empieza a cansarse. Una mujer se levanta y se lleva un bol de mentitas de la mesa de las víctimas y las reparte. Otra trae una jarra de agua de esa mesa y empieza a servir. Alguien se lleva el paquete de pañuelos de papel al baño, donde hace bastante que se terminó el papel higiénico. La única luz en la penumbra es la gran vela que permanece encendida en conmemoración de las víctimas. No se va nadie del Centro. A las dos y media ya nadie canta. Nadie cuenta chistes. Todos se sientan. Las mujeres de Mdantsane se sientan con los brazos cruzados a la altura del pecho. Los celulares de los comisionados están en llamas.

A eso de las cuatro, un Golf Chico verde claro se acerca rugiendo al Centro y deja detrás de sí un espectacular reguero de barro. Trae en el baúl un generador de medio metro de altura. Claramente, ha visto mejores días. El personal técnico se acerca con fusibles, linternas, enchufes. Casi sin aliento, uno de ellos le pregunta al otro:

—¿Cuándo deja de masturbarse un hombre casado?

—No sé, ¿cuándo?

—Cuando se divorcia. —Después de rematar el chiste, aprieta un botón y ¡helo aquí! El bombeo propio de un motor.

—Nos bajaron del ómnibus. Nos hicieron acostarnos boca abajo. Nos pisotearon, en especial a mí, porque estaba embarazada. Decían

que las mujeres paríamos al enemigo.

—Los oía hablar en zulú: “Matemos a estos perros de Mandela”. Ella saltó la verja del patio. Tenía puesto algo rosa. Le tajearon el abdomen... estaba embarazada de ocho meses.

—La bola de fuego en el piso del comedor era mi hija... “Mamá, me dispararon”. Vi que le colgaban los bíceps.

Nomkephu Ntsatha.— Me pusieron una bolsa mojada en la cara. Me asfixiaron. Mientras me hacían eso, mi bebé estaba gateando. Le dieron una bolsa para que jugara. Me daban golpes en la cara. Se sentaron encima de mí. Trajeron la manta de mi bebé para ahogarme.

Ya está oscuro cuando termina de hablar la última de las mujeres. Algunos de los comisionados ya se han ido para llegar a tiempo a tomar sus vuelos. El frío de la noche húmeda asciende por el piso de cemento. Las mujeres de Mdantsane se levantan despacio, doblan sus mantas, sonríen, se felicitan unas a otras... Ni la lluvia, ni los cortes de luz, ni ningún hombre lograron hoy silenciar las historias de esas mujeres.

*

Vine a la ciudad para visitar a una amiga, alguien a quien conozco desde la primaria. En el patio del fondo de su casa vive la mucama.

—¿Tu empleada no extraña a sus hijos? —le pregunto, pensando en las familias numerosas de la granja.

—Las mucamas no tienen el mismo vínculo con sus hijos que el que tienen otras personas. Se los quieren sacar de encima. Además, ahora le caigo bien a Alina.

En una visita anterior, le había preguntado por qué la mucama no tenía calefacción. A lo que mi amiga respondió que, a diferencia de los blancos, las mucamas no tienen frío.

La razón por la que tiene olor la conozco desde que vivía en la granja, donde el agua es transportada a las casas en grandes contenedores: no les gusta bañarse.

Un mito es una unidad imaginativa que permite que un ser humano haga encajar dos mundos. Sirve para conciliar las contradicciones de esos dos mundos de un modo factible y mantiene abierto el camino entre ellos, el mundo interior y el exterior.

El mito permite vivir con lo que uno no puede soportar.

Y si el mito se aprende como corresponde, se transforma en una palabra, una sola palabra que enciende todo el sistema de engaños reconfortantes.

Una de esas palabras es *meid*. ²

—Ya no soporto el llanto ante la Comisión —dice un granjero de la Provincia Septentrional—. Cada vez que llora una mujer negra, recuerdo dos expresiones en afrikáans que oía cuando era joven: “llorar como una *meid*” y “tener miedo como una *meid*”. ¿Qué hago con esto? Los comportamientos más despreciables, la cobardía y la pérdida de control, los asociamos con lo que hace una mujer negra. Y ahora, la Comisión reafirma el estereotipo.

En el voluminoso diccionario de la lengua afrikáans, figuran palabras como *kafferbees*, *kafferwaatlemoen*, *kafferkombers*, y todas son empleadas despectivamente: *kafferbees*, animales de baja calidad; *kafferwaatlemoen*, melón insulso; *kafferkombers*, manta de baja calidad. También hay palabras como *kaffersleg* y *kafferlui*, donde *kaffer* es un intensificador. Muy inútil se dice *kaffersleg*. Muy haragán es *kafferlui*.

Una de esas palabras es *kaffermeid*.

La función de un mito es proporcionar un modelo lógico capaz de resolver una contradicción. El mito demuestra que las cosas siempre han sido de cierta manera, que nada va a cambiar.

Notas

1. La Shell House fue el cuartel del CNA en Johannesburgo hasta 1997 [N. de las T.].
2. *Meid*, en afrikáans, mucama [N. de las T.].

Testimonio de las tres madres de Guguletu ante la Comisión de la Verdad y la Reconciliación

Día 2, 23 de abril de 1996

—Mi nombre es Cynthia Ngewu. Vivo en la NY 54 N° 8. Vengo de Alice, pero me casé en Transkei, en Khombo. Tengo cuatro hijos; el cuarto es al que le dispararon los bóeres. Tengo seis nietos. Actualmente vivo con mi marido acá, en Guguletu.

»En 1986, el 3 de marzo (un lunes, si mal no recuerdo), los camaradas andaban preguntando por Christopher Piet, mi hijo. Me dijeron que les habían disparado a unos muchachos en Marais, así que fui a la comisaría y les pregunté: “Quiero saber qué le pasó a mi hijo, quiero saber si es uno de los chicos a los que les dispararon”.

»Ellos me dijeron que no sabían, que iban a mirar los registros, pero que no tenían una lista con los nombres de las personas muertas. Me mandaron a la morgue de Salt River.

»Me fui a Salt River de inmediato. Ahí me preguntaron si podía identificar a mi hijo. “Sí, claro”, les dije. “Entonces, pase”.

»Cerca de la puerta había una camilla, y ahí estaba. Así lo identifiqué. Me preguntaron si estaba segura y les contesté que sí. Vi que tenía una herida, una herida de arma de fuego en la cabeza, y le salía sangre de los oídos. Les dije a todos que había identificado a mi hijo y que era uno de los Siete de Guguletu... los de nosotras siete, el mío y los de las mujeres que están conmigo.

»Les dije a todos y a mis hijos también: “Vamos a ver qué dicen en la televisión, porque no sé qué pasó. Quizá nos enteremos de algo”. Estábamos mirando el noticiero de las seis o de las siete y ahí lo vi. Vi con mis propios ojos cómo lo arrastraban; tenía una soga atada a la cintura y lo arrastraban con la camioneta. Les pedí que apagaran el televisor. “Ya vi lo suficiente. Ahora apáguelo”.

»En esa época, cuando pasó todo eso, yo estaba muy débil. Lo único

que sabía era que no quería ver a ningún blanco. Estaba llena de odio por cómo mataron a mi hijo.

»Tenía muchas heridas de bala por todo el cuerpo. Cuando hicieron la autopsia, vieron que tenía veintitrés heridas de bala.

»El funeral fue el 15 de marzo. Fue muy concurrido. Recuerdo que los bóeres no querían que fuera mucha gente. Hasta hubo personas que no pudieron llegar porque no las dejaron pasar. El estadio en el que tuvo lugar el funeral estaba rodeado de bóeres. Eso fue en la NY 49.

»Todo salió bien, porque nadie les prestaba atención a los bóeres. Decidimos ignorarlos; solo nos importaba el funeral... Pienso... hasta cuando estoy sola, me pregunto... ¿hubo algún sobreviviente de esas matanzas? ¿Por qué los bóeres mataron a todos? ¿No podían darles una advertencia o dispararles a las piernas en lugar de matarlos?

»¿Los bóeres no tienen sentimientos? ¿Por qué mataron a todos? No dejaron a ninguno vivo. Ahora nadie sabe cómo fueron realmente los acontecimientos.

Cynthia Ngewu

*

—Me llamo Eunice Thembiso Miya. Tengo cinco hijos; el quinto es Jabulani, el que falleció el 3 de marzo de 1986. Soy de Bloemfontein.

»Ese día, el 3 de marzo de 1986, yo estaba trabajando en las oficinas en la ciudad. Me fui corriendo de casa a las cuatro y media de la mañana para no perder el tren de las cinco menos cuarto y poder llegar a tiempo al trabajo a las seis.

»Normalmente, mi hijo entraba por la puerta del fondo cuando venía a casa desde el lugar donde dormía, pero esa mañana, antes de que yo me fuera, golpeó la puerta y yo le abrí. Eran las cuatro menos cuarto más o menos. Entró, comió un pedazo de pan y tomó agua. Me pidió dos rands.

»Le dije que tenía cinco, que no podía darle dos porque tenía que comprar el abono semanal del tren. Pero como yo quería que buscara trabajo, le di los dos rands.

»Me agradeció y me dijo: “Mami, te acompaño a la estación”.

»Yo le dije que no viniera, que iba a trabajar todos los días a esa hora y que nunca me había acompañado. “Está todo bien, no tenés que acompañarme”.

»Pero él insistió...

»Yo empecé a sospechar. “Por favor, no me asustes. Volv́ a casa. No quiero que me acompañes”, le dije.

»Pero insistió en venir conmigo hasta la NY 59. Quería venir, pero yo le dije que se volviera.

»Y esa fue la última vez que lo vi.

»Tomé el tren a las cinco menos cuarto, llegué a mi trabajo. Hacía dos turnos: dos horas en las oficinas y de ahí me iba a limpiar casas para poder juntar más dinero, porque en las oficinas no ganaba mucho.

»Trabajé como todos los días, pasaron unas horas y a las diez y media, la señora Van Horvet (ahora no recuerdo en qué radio fue que escuchamos la noticia) vino y me dijo: “Eunice”.

»La miré y le pregunté: “¿Necesita algo, señora?”.

»Me dijo: “Oí en la radio que mataron a unos rusos en Guguletu. Unos que vinieron de Rusia”. Y agregó: “¿Tu hijo está metido en política?”. Le dije que no, que no tenía ningún hijo que estuviera en política.

»Así que seguí trabajando, hasta la hora de irme, a las dos de la tarde. Hice las compras como de costumbre y tomé el tren de regreso. Puse la tele para ver las noticias. En realidad, mi hija Thombisodwa la encendió...

»Pusieron la cortina musical del noticiero y después dijeron que esos siete chicos habían muerto a manos de unos guerrilleros rusos. Mostraron a uno de los chicos con un revólver en el pecho. Estaba boca arriba. El segundo que mostraron era Jabulani, mi hijo.

»Discutimos con mi hija. Ella decía que sí era, y yo que no. “Lo vi esta mañana; no puede ser él”. Todavía me acuerdo de la ropa que tenía puesta esa mañana. Llevaba pantalones azules, una campera verde y un gorro de lana gruesa. Recé: “Dios... quisiera... quisiera que esto no fuera verdad. ¿Por qué él?... ¿Por qué a los demás no los muestran y a él sí?”.

»Dijeron que había muerto por la explosión de una granada de mano que había junto a él. Ahí me derrumbé... No sé qué pasó después...

»Lloro porque los policías... esos policías trataban a la gente como animales, eso es lo que me hace llorar. Ni a un perro uno lo trata así. Es que uno piensa en el dueño del perro, en que lo quiere. Hasta a una hormiga, una hormiguita no se la trata así. Y nuestros hijos no eran ni hormigas. Si yo dijera que los trataron como a perros, ni siquiera estaría diciendo la verdad, porque no fue así. Los trataron como a

*

—En la morgue, uno de los que estaba ahí me dijo que me iba a acompañar. Cuando llegamos, abrieron la puerta y sentí una brisa fría. Ahí me desmayé. Me llevaron a otra habitación, me dieron unas pastillas y me preguntaron si quería volver.

»Sí, les dije. Entonces fuimos y ahí vi a Zabonke.

»Cuando lo miré, el cadáver, no podía mirarlo. No quería mirarlo. Se le había salido uno de los ojos, tenía sangre por todos lados. Estaba hinchado, tenía la cabeza hinchada. Lo único que pude identificar fueron las piernas, porque todo lo demás estaba desparramado por todos lados. Le faltaba un ojo. La cabeza, hinchada.

»Lo único que recuerdo ahora son los pies. Le vi los pies; fue lo que me permitió identificarlo. Me preguntaron: “¿Satisfecha?”. Les contesté que sí.

»A la mañana, nos dijeron: “Hay que enterrar a estos chicos ahora, porque, después de todo, estos siete perros ya hace mucho que están muertos”.

»Después del entierro, me sentí muy mal. No tenía adónde ir. Vivo en una casilla. Fue muy difícil para mí. Me dijeron que fuera a recoger carbón. Era un jueves. Ese día me cayó una piedra encima, una gran piedra que me golpeó en la cadera. Traté de moverme para respirar. Eran las once de la mañana, pero me quitaron la piedra de encima recién a las cinco de la tarde.

»Cuando volví en mí, fue como si recién me hubiera despertado. Oía un llanto incesante. Sentía que me hundía, me hundía... Cuando miré, estaba toda mojada, mojada, mojada por todos lados. Pedí agua. “No tenemos agua”, me contestaron. Había una mujer conmigo. Le pedí que orinara en un plato, porque necesitaba tomar algo. Ella orinó y me bebí la orina. Así pude recuperarme. Ahí recobré la conciencia.

»Apenas me desperté, me pusieron en una camioneta y me llevaron al hospital. Los médicos me dijeron que me tenía que ir, que volviera a las piedras de donde me habían sacado. No soy nadie, no soy nada, qué es el CNA... qué es el CNA.

Evolución

En la Provincia Septentrional, las audiencias se celebran en los pabellones de los recintos feriales de Louis Trichardt, Messina y Tzaneen. En algunos, los cronistas se sientan en la galería exterior. La densa enredadera de cables que forman los equipos audiovisuales y los de traducción trepa hasta una ventana abierta. Los testimonios huelen a brujas quemadas en la hoguera, zombis y brutalidades de los bantustanes.

En Louis Trichardt, una flotilla de vehículos de la policía de tránsito escolta a los comisionados a lo largo de los dos kilómetros que separan el hotel del recinto. Los autos avanzan por las calles vacías de la ciudad. Ni siquiera la intersección con la ruta nacional tiene más de dos carriles. En las instalaciones hay un enorme contingente de ciento veintidós policías y soldados.

—No calculamos bien la concurrencia —admite el capitán. La mayor parte del día, entre diez y veinte vehículos policiales, entre ellos dos Casspir y dos Nyala, permanecen estacionados bajo los árboles. Un helicóptero también pasa para “ver cómo se desarrollan los acontecimientos”.

Es el mismo capitán que escucha horrorizado y cada vez más enfadado a un periodista que dicta por celular un mordaz informe sobre el amable exceso de recursos desplegados. El uso inteligente de recursos policiales todavía no ha llegado al *gramadoelas*.

A media mañana, comienza un partido de críquet en el campo contiguo al pabellón. Y está claro que de este lado de las Soutpansberg, todo cambia para que nada cambie. Mientras la Comisión escucha el testimonio de las violaciones de derechos humanos, las familias blancas pasan el día alegremente haciendo picnic con sus viandas, sombreros y costumbres de pueblo chico. Los niños juegan alrededor de los *bakkies*. Atrapados entre la cancha y el recinto ferial, los periodistas nos sentamos oyendo los llantos amargos y las palabras ahogadas, que se mezclan con los aplausos y los cantos

de los entusiastas espectadores del partido. La división se extiende a los policías que patrullan los pabellones. Los blancos se sientan tranquilamente, miran el partido, mientras sus colegas negros permanecen solemnemente de pie a la entrada del pabellón escuchando los testimonios. Mis dedos, entumecidos por la contradicción, se mueven con dificultad por el teclado de la computadora portátil.

Quizá la persona de más edad entre las que presentan testimonio sea William Matidza, nacido en 1895. Muy erguido, con una barbita en punta, camina hacia el estrado sin ayuda. Está aquí, dice, no porque la policía lo haya arrestado alguna que otra vez por razones políticas y lo haya mandado a la cárcel. No porque haya tenido ochenta la última vez que lo arrestaron. Está aquí porque le han confiscado todas sus pertenencias. No le importan la casa, los muebles ni los animales; puede soportar esas pérdidas. Lo que le importa son sus árboles. Quiere recuperarlos. Es por *ellos* que pide una reparación. Los comisionados le explican, algo incómodos, que no tienen la capacidad, que ellos solo pueden acercarle sugerencias al Presidente, y que les llevará un tiempo.

—No tengo ningún problema —responde Matidza—, puedo esperar.



Oudtshoorn

Se podría decir que Oudtshoorn es una de tantas poblaciones rurales, donde la alta tasa de desempleo hace que las tensiones entre negros y personas de color, entre blancos, negros y personas de color, estén a punto de aflorar. O se podría decir que Oudtshoorn es una ciudad especial. A pesar de las divisiones y las separaciones, tiene una historia de personas emprendedoras, que lograron sobrevivir a la depresión económica, que hicieron cosas de la nada, que construyeron puertos de montaña, organizaron festivales y, en su momento, adoptaron el régimen del apartheid. Es por ese motivo que, durante la visita del Comité de Rehabilitación y Reparación, el proceso alcanza su punto culminante cuando llegan las recomendaciones sobre cómo debe la ciudad enfrentarse a su pasado.

Los grupos de negros y de personas de color se miran a los ojos y se hablan con franqueza.

—Las mujeres de color hablan mucho pero no hacen nada por la comunidad —lanza uno.

—Es que nos cansamos de llegar a las reuniones domingo tras domingo y no encontrar a nadie —retruca otro.

—Las divisiones forman parte de Oudtshoorn... igual que los avestruces... así que miremos para adelante.

—Aquel que no tiene perdón en el corazón es porque es demasiado joven. Yo... yo los perdono a todos —dice una mujer muy anciana.

—Haremos herramientas de jardinería con las viejas lanzas — proclama el *dominee* Gerald de Klerk—. Yo fui personalmente con otros ministros y les pedí que se nos unieran, pero en todos esos años de lucha solo uno vino a una reunión. Y cuando oyó que hablábamos de justicia, dijo: “No, lo siento, pero yo no vine aquí para hablar de justicia, vine para hablar del Evangelio”.

Lo que queda flotando en el aire después de cada audiencia es la obvia nostalgia por el grupo de quienes están ausentes. Los blancos. Es el único grupo de esta ciudad (y de todas las demás ciudades) que espera que la Comisión los esquive. ¿Cómo podrá llegar a ser íntegra una ciudad en la que uno de los colectivos que la conforman es tan apático? El hombre que vende hierbas medicinales en la calle comenta, divertido:

—Una ciudad que antes se llamó Hartebeesrivier, Velskoendorp, Polkadorp, Knikspoordorp y finalmente Kannaland no va a oponerse demasiado al cambio.

*

Un gran fuego alumbra el hogar. Mi marido se da un baño de inmersión caliente. Yo me enjabono las manos y lo lavo despacio, con suavidad y cariño, desde el cuello hasta los pies.

—Nunca te voy a perdonar... lo destruiste todo. —Su voz atraviesa la toalla que le sostengo para que se envuelva.

¿Qué puedo decir? Cito definiciones: “La comprensión de un relato es nuestra forma más primitiva de dar explicaciones. Les damos sentido a las cosas incluyéndolas en historias. Cuando los hechos encajan en un patrón que podemos describir en un relato que es satisfactorio como tal, pensamos que entendemos por qué sucedieron. Las naciones cuentan historias de su pasado en cuyos términos tratan de modelar su futuro.

—No digas pavadas —me interrumpe. Me quedo callada.

No dispongo de ningún marco de referencia desde el cual dirigirme

a él. No tengo palabras para explicar por qué algo que está tan bien está tan mal. Las definiciones tienen grietas. —El acto de perdonar implica negarse a echar culpas... Aunque el perdón es un elemento esencial de todas las relaciones personales, su importancia no se refleja demasiado en la teoría ética contemporánea.

—Necesito saberlo todo —dice, parado con los pies abiertos en un ángulo hostil sobre el piso de cerámica del baño—. Quiero detalles. Necesito darle vueltas en la cabeza hasta que deje de lastimarme y de humillarme. Necesito palabras para meterlo todo prolijamente en un paquete. Quiero saber la verdad. Quién, dónde, cómo y por qué.

La palabra “verdad” encuentra explicaciones en distintas teorías: la teoría correspondentista, la teoría coherentista, la teoría deflacionaria, la teoría pragmática, la teoría de la verdad como redundancia, la teoría semántica, la teoría de la doble verdad, la teoría lógica y la teoría subjetiva de la verdad subjetiva. Los autores de la teoría pragmática sostienen que la verdad no tiene valor cognitivo, que, literalmente, no nos debería importar si nuestras creencias o nuestras historias son verdaderas o falsas, sino si nos permiten vivir felices y alcanzar el bienestar. Existe una relación entre la verdad y la utilidad. Algunos sostienen que esa fusión de verdad y utilidad es perniciosa, porque la ética de la fe nos exige perseguir la verdad con honestidad aunque las consecuencias sean perjudiciales para nuestro bienestar material.

—Esa confusión ideológica es, precisamente, la que hace posible los actos crueles. Y vos querés que yo te conceda la amnistía, que no me enoje con vos, que te perdone y deje atrás el pasado... Está bien, dos personas pueden jugar este juego. Tengamos una audiencia. Vos te confesás y yo llamo a un hombre que decidirá si decís la verdad o no. Yo quiero sentarme en primera fila, como Limpho Hani, y decirles a mis hijos en voz baja: “¡Qué hija de puta!”.

—¡Justamente! No sirve de nada hablar de la verdad. Mi relato de lo que sucedió estará guiado, determinado, recortado e influenciado por mi deseo de no lastimarte, de recuperarte, de proteger tu honor y convencerte de que me exonerés.

—Tonterías. Siempre habrá una verdad esencial: me engañaste. ¿Por qué? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Desde cuándo y hasta cuándo?... Todo eso se puede conciliar con lo que ya sé. Así que cuanto más sepa, más vas a confesar. La verdad que no conozco no me la vas a decir nunca.

—La cárcel de máxima seguridad de Pretoria era la sede principal de los ahorcamientos, un lugar pensado para la muerte. Una prisión con bonitos jardines, conejos y conejitos jugando en el césped, un lago con patos... un lugar donde los condenados a muerte esperaban su día. Su única razón de ser era albergar condenados a muerte, vestirlos, alimentarlos y mantenerlos en forma hasta el momento de la ejecución.

»Se implementaron mecanismos elaborados para garantizar que los condenados no se suicidaran. Las luces permanecían encendidas las veinticuatro horas del día, los presos no podían usar cinturones y, después del suicidio de Frikkie Muller, que se cortó las venas con un clavo del zapato en la víspera de su ejecución, obligaron a todos los presos a usar zapatillas.

»Los que no podían apelar ni pedir clemencia se volcaban a la religión y las leyendas, la más divulgada era que a los que estaban alojados en el pabellón de los condenados a muerte no los mataban, sino que los mandaban al sótano, donde funcionaba la Casa de la Moneda de Sudáfrica. Ahí los hacían trabajar por el resto de sus días y no los liberaban jamás porque, de salir a la calle, podrían revelar los secretos de la acuñación de moneda. Ese mito se sustentaba en el hecho de que nadie había conocido nunca a ninguna persona que hubiera trabajado en la Casa de la Moneda ni había visto jamás los cadáveres de los ahorcados.

»La noche anterior a la ejecución, el Servicio Penitenciario les daba a los condenados una rica comida consistente en un pollo entero deshuesado, siguiendo la tradición inglesa de ofrecer La Última Cena, y cuatro rands para que se compraran algo en el kiosco de la cárcel. Toda la noche se oían canciones. Se cantaba para despedir a los que iban a morir.

»Al día siguiente, muy temprano, el capellán de la prisión visitaba a los desahuciados y rezaba con ellos durante media hora. Colgaban a siete presos por vez. Durante el período estudiado por la Comisión de la Verdad, un total de dos mil quinientas personas murieron ahorcadas en todo el país, es decir, cien personas por año. El noventa y cinco por ciento eran negros, y el cien por ciento de los que tomaban la decisión de ahorcarlos eran blancos. En 1989, había en Pretoria ochenta personas en el pabellón de la muerte condenadas por delitos políticos. Ese año, en lo que se conoció como “la fiebre de Navidad”, veintiuna personas fueron ejecutadas durante la tercera semana de diciembre: siete el martes, siete el miércoles y siete el jueves.

»El cardiocirujano Chris Barnard describe así esos ahorcamientos:

“Se coloca una soga alrededor del cuello de la persona, se hace un nudo junto a una oreja, se le atan las muñecas en la espalda y se la cuelga a una altura de poco menos de dos metros. Si no se han cometido errores de cálculo, se obtienen varias cosas simultáneamente: la médula se rompe en la base del cráneo, las descargas electroquímicas causan un balanceo grotesco de las extremidades inferiores, los ojos y la lengua se salen de sus cavidades por efecto de la soga, y los intestinos y la vejiga se vacían al mismo tiempo y descargan su contenido en las piernas del ahorcado y en el suelo, a menos que el ejecutor sea un verdugo eficiente y precavido que haya hecho colocar un pañal o una bombacha de goma al condenado a muerte”.

Paula McBride

*

—Después dejamos de recurrir a chicos jóvenes. Uno se familiariza tanto con el trabajo... básicamente, se vuelve adictivo. Uno siempre quiere estar presente. El día de las ejecuciones uno quiere estar ahí. Después se vuelve agresivo por nada, empieza a tomar mucho alcohol. No es la clase de trabajo del que se pueda hablar con cualquiera. A la familia, uno no le dice que se dedica a ahorcar gente, se lo guarda.

J.S. Steinberg, guardiacárcel

—Me pusieron en una trinchera. Les dieron instrucciones a unos presos para que me tiraran tierra encima, para que me enterraran hasta el cuello. Los Kleynhan me orinaron en la boca. Había cuatro Kleynhan en la isla. 1 Me dijeron: *Nee, my Poqo – ons gaan jou nie doodmaak nie, die kruiwa gaan jou doodmaak* [No, mi Poqo, no te vamos a matar, la que te va a matar es la carretilla]. Pretenden gobernar el país y no saben ni usar una pala.

Johnson Mlambo

—El primer golpe aterrizó en mi trasero, me provocó una herida. Sentí dolor, pero me aguanté. Ellos tenían una actitud de “esta es la isla Robben y nadie sale vivo de aquí”. Lamentablemente, fuimos los

primeros tres que llegaron a la isla y los guardias decían: *Waar's daai koelies 2?* [¿Dónde están los *koelies*?]. Nos arrastraban y nos agredían... nos llamaban *koelies*, *kaffers*, *boesmans*, terroristas, de todo... El guardia gritaba: *Kak hom uit! Kak hom uit!* [¡Háganlo mierda!]. De pronto, sentí que uno me introducía un dedo en el ano. Y esa es solo una de las cosas humillantes que me pasaron. El guardia exclamó: “¡Ay, era virgen... !”.

Indres Naidoo

—El CNA nos tenía en contenedores de carga. No había ventilación. Cuando hacía frío, ahí adentro hacía frío en serio, y cuando hacía calor, lo mismo. No nos daban de comer ni de beber. Quatro era un lugar espantoso. Un lugar en el que si te daban un pedazo de pan, pensabas que era una porción de torta. Todos los de la celda teníamos que compartir un solo vaso de agua.

Diliza Mtembu

—En la isla Robben, nos hacían formar fila a los presos políticos. Después les decían a los presos comunes: “elijan”. Y nos sodomizaban.

Johnson Mlambo

*

—Vengo en nombre de mi familia. Vengo a expresar que nos sentimos traicionados por compatriotas y camaradas. Vengo a expresar nuestra desilusión y que nos sentimos engañados por un hermano querido, un hombre brillante. Vengo a hablar de la hipocresía que domina nuestro país.

»Hay algo que está arruinando al país: la falta de sinceridad. No reconocemos el aporte que hacen los demás, los que no pertenecen al campamento, a la tribu y a la raza de uno.

»Seguimos siendo víctimas de la fragmentación.

»No hemos logrado mucho.

»Hablé, caminé, hice mi aporte, conocí gente fuera y dentro del país. Puse en riesgo mi vida y, aun así, sin saber qué le pasó a mi hermano, vengo a sentarme aquí. Me duele cuando oigo la retórica

superficial del honor y la integridad de la revelación de la verdad. Debajo de eso, solo hay difamación; se difama a quienes no pueden hablar por sí mismos. Los llaman violadores, asesinos, rebeldes.

»Quisiera solicitar los verdaderos registros de los juicios iniciados en el campamento Quatro. Quiero que venga alguien y me cuente qué hizo mi hermano menor para que lo mataran como a un animal tras desfigurarlos tan brutalmente que ni sus mejores amigos lo reconocieron. Quiero que ese camarada sea honesto conmigo y me cuente alguna mentira piadosa, al menos para dejar tranquila a mi familia. Que diga, por ejemplo: “Le disparamos por error cuando estábamos haciendo práctica de tiro”. Con eso solo nos conformaríamos.

»¿Por qué me engañan con los huesos de mi hermano?

»¿Por qué piensan que nuestro aporte no vale nada?

»¿Por qué creen que fuimos y arriesgamos la vida pidiendo que les permitieran volver al país, que se hiciera justicia, apoyándolos en su reclamo por que los protegieran los Convenios de Ginebra cuando ustedes no fueron capaces de tratar a su propia gente del mismo modo?

»Digan la verdad, vengan y digan la verdad. Nos pusieron a prueba. Podemos olvidar. Podemos reconciliarnos. Pero también podemos formar terceras fuerzas y devolver el golpe. Pero eso no es lo que queremos.

»Busqué a mi hermano en silencio. Sabía lo que estaba pasando en el país. Estuve en la isla Robben y vi todo lo que pasaba en un lugar donde destruían a las personas por un simple rumor, por una simple sospecha. Te tildaban de cualquier cosa y podías morir al día siguiente. Eso me mantuvo callado. Me llevó más de diez años descubrir algo... el chico se me parece, pero llega un momento en que uno ya no recuerda a ese Seremane. De pronto nadie puede mostrarte ningún registro que indique qué clase de juicio le hicieron en Quatro. ¿Pudo defenderse?

»¿Alguien se hace responsable?

»En cierta forma el sistema tenía algo parecido a la responsabilización. Porque cuando terminaron conmigo, me arrojaron a los míos: “Aquí tienen a su basura”. Y mi propia gente no puede siquiera tirarme los huesos de mi hermano diciendo “ya terminamos con estos huesos”. Yo puedo pedir mis antecedentes y tendría acceso a ellos. Pero mi movimiento no puede ofrecerme ni un pedazo de papel que diga cómo juzgaron a mi hermano.

»Es necesario que contesten las preguntas porque, si no, los más

débiles van a volver a hacerlo.

»Mi familia dice: “Eh, Boet Joe, vas a volver a pagar un precio. Vas a molestar incluso a este Gobierno. *Tlogela batu bane...* te van a convertir en víctima”. Me di cuenta de que tenía que tomar la misma decisión que cuando enfrenté al sistema. Si tengo que morir por la verdad, que así sea.

Joe Seremane

*

Bram Fischer

Comunista y afrikáner. Razón suficiente para ser blanco de humillaciones en la cárcel. A ello hay que añadir el hecho de que este hijo de una importante familia afrikáner ha defendido con éxito a miembros del CNA, incluido Nelson Mandela, en el proceso de Rivonia. Fue gracias a Bram Fischer que no se impuso la pena de muerte, según decían en su momento. Esas son cosas que los carceleros tuvieron muy presentes.

—Aparentemente, existió una decisión firme de humillar y menoscabar a Bram. El hombre a cargo de la sección, un tal Du Preez, se deleitaba especialmente en humillarlo. Lo rapó. Le hacía usar ropa que le quedaba muy grande. Lo hacía limpiar los baños de rodillas una y otra vez con un trapo raído.

Con voz suave, las dos hijas de Bram Fischer ofrecen su testimonio ante la Comisión de la Verdad.

Al día siguiente de la conclusión del proceso de Rivonia, Fischer y su esposa, Mollie, regresaron a Ciudad del Cabo para estar presentes en el cumpleaños de su hija, que cumplía veintiuno. Cerca de Kroonstad, en Koolspruit, una vaca se metió en la ruta justo cuando una moto se acercaba de frente por el otro carril. Fischer dio un giro brusco y perdió el control del auto.

—Milagrosamente, en el interior del Estado Libre (donde normalmente no hay agua) en pleno invierno, había un río y un charco profundo adonde fue a dar el auto, que se hundió. —Mollie se ahogó.

El Gobierno quería la cabeza de Fischer, y poco después del accidente lo arrestaron, pero él ya tenía una visa por el caso de un

Consejo Privado en Londres. Todos esperaban que pudiera eludir a la Justicia y que se quedara en Londres, pero él decidió volver. —Para él, era importante decir que era afrikáner y que jamás se iría del país donde había nacido —cuenta Ruth, su hija—. Esta tierra es nuestra así como de todos los que han nacido aquí, solía decir.

El proceso de Fischer y de otros doce acusados por violación de la Ley de Supresión del Comunismo duró todo el mes de diciembre de 1964, hasta que el 15 de enero del año siguiente pasó a un cuarto intermedio de diez días. Era evidente que Fischer sería condenado. Antes de fines de enero, desapareció y pasó a la clandestinidad. Dejó una carta para su hija Ruth y otra para su abogado, en la que decía:

No he dado este paso a la ligera. Como seguramente comprenderán, he debido resolver un terrible conflicto entre mi deseo de quedarme con los otros acusados, por un lado, y tratar de continuar con mi actividad política, que creo fundamental, por el otro. La decisión que he tomado se debe a que creo que cualquier persona que de verdad se oponga a este Gobierno tiene la obligación de quedarse y enfrentarse a esta monstruosa política del apartheid con todos los medios a su alcance. Eso es lo que haré siempre que pueda.

Tras vivir varios meses en la clandestinidad bajo el nombre de Sr. Black, Bram fue capturado el 11 de noviembre de 1965. Una de las tantas anécdotas sobre el arresto es que un policía de seguridad que había trabajado para Bram durante años estaba caminando por la calle cuando vio un modo de andar que le resultaba familiar. Su corazón se detuvo por un instante. Había una sola persona que caminaba así. Se interpuso en el camino del hombre y con la cara cubierta le dijo: “Buen día, Abraham Fischer”.

Los cargos contra Fischer se enmarcaban en la Ley de Sabotaje y la Ley de Supresión del Comunismo. En una declaración de cuatro horas y media desde el banquillo, concluyó repitiendo las palabras de Paul Kruger: “Con fe, presentamos nuestro caso ante el mundo entero. Podemos ganar o morir, pero la libertad se abrirá paso en África, como se abre paso el sol entre las nubes”. Hallado culpable de quince cargos, fue condenado a prisión perpetua. Cuando los jueces leyeron el veredicto, los abogados parecían más preocupados que su defendido. Fischer miró a Ruth, Ilse y Paul, sus tres hijos, les sonrió y alzó el puño. A continuación, fue trasladado a prisión. Esto ocurrió en 1966.

En 1971, Paul, el único hijo varón de Fischer, murió a causa de una enfermedad hereditaria.

—Mi hermano padecía una enfermedad congénita, fibrosis quística. Estos pacientes tienen secreciones que suelen ser muy espesas, por lo que él sufría infecciones pulmonares frecuentes. Tenía veintitrés años y estaba terminando la licenciatura en Ciencias Económicas en la Universidad de Ciudad del Cabo. Se enfermó y murió a las seis semanas.

El hermano de Fischer le dio la noticia. Su compañero de celda, Hugh Lewin, describe la escena en su libro *Bandiet*:

Solo le autorizaron una visita a través de un vidrio. No le permitieron ver al hermano en privado, ni siquiera en un momento como ese. Era una amenaza a la seguridad del Estado. Estuvieron uno a cada lado del vidrio. Del lado del hermano de Bram, había al menos otras dos personas.

Paul había muerto esa mañana.

No pudieron abrazarse.

Bram salió de la habitación cuando nos estaban encerrando antes de la hora de irnos a dormir. Las siguientes catorce horas debió pasarlas solo. Catorce horas, lo que dura la noche en la cárcel, solo con la noticia de la muerte de su hijo. Le negaron el permiso para asistir al funeral.

A Fischer le extirparon la próstata en julio de 1974. El cirujano pensó que el paciente podía tener cáncer y solicitó que le hicieran más estudios.

Veinticinco años más tarde, las hijas de Bram Fischer comparten la letanía de los últimos días de su padre, que queda registrada en la Comisión de la Verdad. Los hechos fueron documentados por otro preso, Denis Goldberg, y el escrito fue sacado de la cárcel en secreto en el interior de un libro.

“Septiembre de 1974: Bram fue a ver al médico por un dolor agudo en la cadera. No lo revisaron. Le dieron analgésicos y fisioterapia. Dos semanas después, el fisioterapeuta envió a Bram al médico, que sugirió hacer radiografías y consultar a un traumatólogo. No hicieron nada. El dolor era tan fuerte que tuvo que usar muletas. No le hicieron radiografías.

Octubre: El Dr. Groenewald mandó a hacer radiografías.

Finales de octubre: Bram vio a un traumatólogo, que advirtió fragilidad en cabeza del fémur. Dijo que una caída podía ser peligrosa.

6 de noviembre: Bram se cayó al tratar de meterse en la ducha con las muletas.

7 de noviembre: Bram pidió ver a un médico, que no vino nunca.

8 de noviembre: Bram pidió ver a un médico, pero le dijeron que era imposible.

9 de noviembre: Bram está muy dolorido. El enfermero le dio analgésicos.

12 de noviembre: El Dr. Brand asegura que no hay fractura. Bram sigue muy dolorido.

15 de noviembre: 9 días después de la caída, Bram volvió a ver al Dr. Brand. Por fin, le hicieron una radiografía. El radiólogo diagnosticó fractura en la cabeza del fémur.

16 de noviembre: Un especialista confirmó la fractura de Bram y ordenó que lo internaran.

19 de noviembre: 13 días después de la caída y 4 después del diagnóstico, Bram ingresa al Hospital H. F. Verwoerd.

4 de diciembre: Bram regresa a la cárcel. Sus compañeros lo ven en silla de ruedas, solo, confundido y sin poder hablar.

Durante 48 horas atendí a Bram en su celda sin que nadie me lo ordenara. Tenía fiebre, no hablaba ni podía hacer nada. Había que alzarlo para sentarlo en el inodoro. Estuvo muy dolorido todo el tiempo, pero no vino ningún médico a verlo.

6 de diciembre: Bram regresa al hospital, donde observan consecuencias cerebrales.

Solo entonces las autoridades carcelarias notificaron por primera vez a la familia de la enfermedad de Bram. Ruth viajó a Ciudad del Cabo a pedir por su padre ante el ministro de Justicia, Jimmy Kruger, pero el general Hendrik van den Bergh le respondió que aunque Bram se estuviese muriendo, representaba un gran peligro para el Estado, por lo cual no podían liberarlo.

Después de que Bram estuvo internado durante cuatro meses en el hospital de Pretoria, las autoridades, si bien se rehusaban a liberarlo, aceptaron transferirlo a la casa de su hermano Paul, en Bloemfontein. Bram Fischer falleció allí el 8 de mayo de 1975 a las siete de la mañana. Se informó a las autoridades carcelarias de la muerte y estas se presentaron treinta minutos después con una lista de condiciones relativas a los arreglos para el entierro. Determinaron que la familia podía conservar el cuerpo de Bram para enterrarlo, siempre que el funeral se realizara en Bloemfontein en el transcurso de la semana y que si decidían incinerarlo, las cenizas debían enviarse al Servicio Penitenciario. Veinte años después, en respuesta a una solicitud presentada ante el nuevo Parlamento democrático, nos dijeron que las

cenizas habían sido esparcidas por funcionarios de la cárcel en un lugar de su elección, alrededor de un año después de la fecha de defunción.

Después de dar su testimonio ante la Comisión de la Verdad, Ruth e Ilse reciben el abrazo de muchas personas que las tratan como si fuesen criaturas delicadas, especiales. Les pido una entrevista. Ellas, de sangre afrikáner, han reavivado el dolor que se agita dentro de mí cada vez que nombran a Bram Fischer. Él fue mucho más valiente que todos nosotros, pagó un precio mucho más alto, hizo mucho más; su vida parece haber tocado la vida de muchas personas... incluso después de su muerte. Así y todo, se sabe muy poco de él. Sus hijas hablan en inglés.

—¿Cómo vinculaba su padre su *Afrikanerskap* 3 con sus ideas políticas?

—Los primeros recuerdos de Bram se remontaban a su niñez, cuando él y su madre le llevaban comida al general Christiaan de Wet, que estaba en la cárcel, y su padre los defendía en su rebeldía. Y para él, comprometerse con el cambio era la evolución natural del nacionalismo afrikáner, que es por donde comenzó él. La historia de su familia (la Guerra de los bóeres y el abuelo manejando una ambulancia para asistir a los rebeldes) estaba emparentada con la lucha contra el imperio. Y Bram la veía como una continuación de la lucha, que se extendía más allá de lo afrikáner, que abarcaba a toda la población. De hecho, cuando lo arrestaron por primera vez, en 1946, llamó por teléfono a su madre y, con sus buenas maneras de caballero le dijo: “No te preocupes, querida madre, no estaré en ningún lugar donde no haya estado antes”. Y esa es la clase de lucha en la que se forjó. Una vez le pregunté a mi abuela cómo se sentía por el hecho de que su hijo fuera tan distinto de ella, y mi abuela me contestó: “La familia es más importante que cualquier otra cosa”.

A diferencia de muchos hijos de activistas, que o bien tratan de mantener viva la memoria de sus padres, o bien reaccionan enojados frente al daño que les causó la política, las hermanas Fischer siempre permanecieron en un segundo plano. Pero el año pasado las invitaron a los festejos del 75º aniversario del Partido Comunista, que incluyeron una conferencia centrada en Bram Fischer, que tuvo lugar en la escuela de Bloemfontein de donde él había egresado.

—La conferencia tuvo lugar en el Grey College y fue maravillosa. Unos estudiantes con el uniforme característico del colegio nos guiaron hasta nuestros asientos... ¡jóvenes negros y blancos! Nos ubicaron a Ruth y a mí en el escenario, y en la silla de Ruth había un

cartel que decía “P. U. Fischer”, nuestro abuelo. En los listados de honor figuraba el nombre de Bram y el del abuelo Abraham, que era nuestro *oupa-grootjie*. A pesar de que era una noche muy fría, el lugar estaba muy concurrido. El director del colegio dio un discurso muy hermoso sobre la promoción de 1923 y habló sobre las vidas de todos. Terror Lekota también dio un muy buen discurso y también habló Ruth. A Bram le habría encantado... que el Partido Comunista, el Grey College y el sentimiento afrikáner finalmente pudieran unirse en ese tipo de festejo.

—¿Cómo se puede convivir con tantas muertes? —No bien hago la pregunta, me arrepiento de haberla hecho. Para mi sorpresa, las dos se ríen.

—Apague el grabador, por favor. —Lo apago.

—¡Tomamos vino! A veces, tomamos vino. —Vuelven a reírse—. No vivimos amargadas —dice Ilse.

—Hasta el día de hoy, Albertina Sisulu nos dice que somos como sus hijas. Y lo dice de verdad. Nuestras vidas se han visto enriquecidas gracias a la participación de nuestros padres en la lucha.

*

Durante la segunda mitad de su existencia, la Comisión de la Verdad toma un rumbo nuevo, inesperado y escalofriante. No puedo quitarme la imagen de la cabeza: los huesos descoloridos salen uno a uno de sus envoltorios, junto al montículo de tierra removida. Por fin, la Comisión tiene las pruebas de que los activistas desaparecidos fueron interrogados, torturados, asesinados y enterrados en granjas de todo el país, anuncia el jefe de la Unidad de Investigación, Dumisa Ntsebeza.

Al principio, la única granja de la que teníamos noticias era Vlakplaas. Después salieron a la luz otras ubicadas en la antigua Natal, Transvaal, Estado Libre de Orange y el Cabo Oriental. Ntsebeza identifica tres clases de granjas.

—Primero estaban las granjas empleadas exclusivamente como base de los *askaris*. Segundo, las granjas donde interrogaban, torturaban y mataban. Y tercero, las que usaban solamente como vertederos, donde arrojaban los cadáveres.

—Se observa un patrón claro inspirado en los teatros de operaciones de los países vecinos. Los activistas muy conocidos de Rhodesia desaparecían en las zonas de actividad de los Selous Scouts. ⁴ Las primeras desapariciones sistemáticas en Sudáfrica tuvieron lugar poco después de la independencia de Zimbabue. La Comisión tiene pruebas

de que no solo la policía estuvo involucrada en las actividades que se desarrollaban en esas granjas, sino que también participó la Fuerza de Defensa de Sudáfrica. Levantaban a las personas cerca de la frontera, las mataban y las enterraban porque no podían tomar rehenes. Tampoco había que dejar que encontraran los cadáveres para evitar que se realizaran funerales en los que se desafiara al régimen.

Pero Dirk Coetzee describió cómo quemaban o hacían explotar los cadáveres. ¿Por qué la División de Seguridad iba a enterrar un cadáver en una tumba o en una granja remota?

—Porque jamás pensaron que llegaría el día de la Comisión de la Verdad —dice Ntsebeza—, o quizá quemar los cuerpos les resultaba repugnante incluso a ellos. Pero sospecho que la verdadera razón fue de orden práctico. Lleva ocho horas quemar un cuerpo, y probablemente muchas veces no les alcanzara el tiempo.

Ntsebeza cree que debe haber habido una estrategia para esos asesinatos. Dice que es difícil pensar que las granjas esparcidas por todo el país fueran administradas y utilizadas exactamente de la misma manera sin una política clara y aceptada detrás.

Estas nuevas revelaciones, según cree Ntsebeza, constituyen un problema complejo. La Comisión nunca imaginó que la exhumación de los cuerpos sería responsabilidad suya.

—Creo que habíamos pensado que, como máximo, tendríamos que ver unos cuantos cadáveres arrojados a algún pozo minero, pero jamás pensé que íbamos a tener que desen-terrar huesos. No hay presupuesto para eso. Con el director financiero estamos tratando de ver en qué rubro del presupuesto deberíamos poner las truculentas exhumaciones.

Cuando Eugene Terre'Blanche dijo “este país está bañado en sangre”, ni él sabía cuánta razón tenía.

*

Pietersburg

En el medio de la ciudad, en el medio del parque, a orillas del lago, se encuentra la única *boere-orkes* de bronce. La banda, que parece más un simposio de académicos de poca monta que un grupo de músicos joviales, está cifrada en códigos afrikáneres. Un parque de esculturas. Nuestro parque. Vamos a dar un paseo.

Dios es el amo. Y Dios no muere, está hecho de bronce. Domina la

tierra y el territorio. Traza nuestros caminos en círculos concéntricos, planta árboles autóctonos con nombres en afrikáans. Esculpe el fondo de un lago. Escupe agua de una fuente.

Dios es un Dios de animales de bronce, desde una manada de jirafas con cuello curvo a la entrada del parque hasta los pelícanos y las grullas azules, también de bronce. ¿O son grullas de bronce azul? Un pigargo vocinglero abre sus garras junto a este pensamiento metafísico grabado en una placa: “Y luego, cogió el pez”. Dios no es ningún esnob: también deja que el sol brille sobre el humilde asno, que levanta, obsceno, su pata trasera de bronce. La placa que lo acompaña: “Al burro, que cargó el oro que ingresó a esta zona entre 1871 y 1892”.

Dios también es el Dios de los espacios aéreos: un Sabre 358 camuflado sobrevuela la estatua de granito erigida para conmemorar a los miembros del Regimiento Christiaan Beyers que perdieron la vida en la frontera con Angola en 1976.

RIP. Pro Patria.

¡Miren! El parque está habitado por profetas divinos. Aparecen en escalones de bronce (por favor, no presten atención a las parejas negras que se besan en el césped), solo un busto para los menos prominentes y cuerpo entero para aquellos a los que el *volk* llama por el nombre de pila. Y, para unos pocos elegidos, una ladera verde, unos escalones de piedra y una escalera de animales.

Pasando una estatua de cuerpo entero de Tom Naude (“el Patriarca del Parlamento”), pasando los gestos de bronce de Willem Bok y D. A. P. Naude, en un rincón alejado, con la espalda contra el seto y el ceño fruncido, está la única mujer de bronce del parque: Lien Grimm. El busto no fue donado por ninguna organización ni por una pareja de personas importantes de la comunidad local, sino por las dos hijas de la mujer. La inscripción de la placa, “Primera y única alcaldesa de Pietersburg”, confirma nuestras peores sospechas: Dios es también el amo de las mujeres.

Tambaleándose en la montura, con el arma apretada contra el brazo y una gran barba rizada, está el hombre que la ciudad honra con su nombre: el general Piet Joubert, héroe de la batalla de Majuba. Junto al voluptuoso caballo de crines enmarañadas, cuello grueso, patas fuertes y orificios nasales abiertos, hay una mujer con el brazo en alto, como si estuviera llamando un taxi. La placa nos informa que se trata de Hendrina Joubert, la esposa del general, que en la mañana de la batalla “divisó a los soldados británicos y se los señaló al general”. Que el honor de la victoria de Majuba recaiga sobre ella no es una

posibilidad: Hendrina está alejada de los asuntos mundanos. El rodete achatado, la larga nariz aguileña, las piernas esqueléticas, la capa profética sobre los hombros y el cuello alto de encaje que le cubre la garganta confirman su espiritualidad. Acompaña al general en sus campañas por una única razón: tiene mejor vista.

La estatua fue inaugurada por nuestro héroe de la Guerra de las galaxias: el general Magnus Malan.

Ahora, todos los senderos van cuesta abajo.

Todos conducen a la Banda de Bronce que está a orillas del lago. Cinco músicos en un conjunto escultórico piramidal esperan con sus instrumentos mudos. Tocan en la plaza del Bastión del Norte. A no confundirse, pueden estar tocando *boeremusiek*, pero son intelectuales que luchan por nuestra herencia europea.

El músico que toca el banjo está sentado sobre un pequeño muro. Lleva una camisa holgada, los rulos le caen sobre la frente y le ha copiado el bigote al inimitable Johann Strauss, hijo dilecto de la ciudad de Viena. Marca el ritmo con el pie enfundado en unos zapatos rústicos de bronce lustrados. Frente a él hay un muchacho con la guitarra apoyada en el muslo que usa mangas abullonadas como las que se llevaban en la época de Enrique VIII.

Europa, África. Allí, aquí. La banda representa el triunfo de la civilización.

Este podría ser un acordeonista, pero no es solo eso. Él transforma los más profundos movimientos del alma de la nación en polka y *vastrap*. Sostiene el acordeón en alto y acerca la oreja al instrumento perfectamente afinado. No hay ninguna duda, es el joven Pik Botha con pañuelo atado al cuello.

Alzándose por encima de Pik... el contrabajista (la placa indica que es un *chelista*). Digno, mirando hacia abajo, con su cuerpo solemne junto al instrumento de gran tamaño, que bien podría haber sido un cañón o un caballo, se parece al general Koos de la Rey. 5 La cabeza calva y la barba larga son, sin duda, las del profeta de Waterberge.

El instrumento más importante, el violín, completa la pirámide. El violinista, asexual, con los glúteos apretados, alza el brazo que sostiene el arco. Sin embargo, la caja de resonancia de bronce no emite ningún sonido, porque hace mucho unos vándalos rompieron el arco. El violinista sonrío, imperturbable, con las manos vacías.

¡No miren!

Es imposible. No puede ser que todo ese simbolismo desen-fre-nado pueda expresarse en bronce. Pero sí, se puede. Según la placa es Kwena y ha sido donado por Danie de Jager. Detrás de la banda,

esculpido en bronce color rojo brillante, un cocodrilo enorme se apoya en tres patas. Gira la cabeza para morderse la cola, en una actitud que desafía la moral y las buenas costumbres.

*

Recientemente, el rey de Kwela, Lemmy Special Mabaso, fue honrado con una estatua de bronce en el Parque de Pietersburg. La famosa estatua del joven flautista fue la primera dedicada a un negro en la ciudad. La escultura se levanta detrás de la de la *boere-orkes*, como si los músicos de la banda lo estuvieran invitando a tocar con ellos la próxima canción.

“Estoy seguro de que a los músicos no les importa compartir el parque conmigo. Hasta mis sueños más increíbles se han cumplido: somos hermanos y hermanas y, por fin, estamos todos juntos”.

Die Burger, 1997

*

—Así llegamos al final. No solo de la audiencia pública en Ladybrand, sino también de la última audiencia para las víctimas que se celebra en este país. Llegamos al final de un experimento único en la historia de Sudáfrica. Y llegamos al final de un camino muy largo, recorrido por el nuevo Gobierno para reconocer la pérdida, el dolor y el sufrimiento de miles de víctimas del pasado de este país. —Estas son las palabras del comisionado Richard Lyster en su alocución de cierre en Ladybrand.

Inesperadamente, la ciudad del Estado Libre se erige entre restos de pasto y piedra y un cielo alborotado por el viento. Los árboles desnudos parecen diapasones junto a la ciénaga en una nube de *muggies* y vapor y aves.

¿Cómo podría haber sucedido algo que rozara la brutalidad en esta ciudad de tonos dorados de piedra arenisca?, ¿en esta ciudad en la que el sol del atardecer envuelve en un abrigo de ámbar la roca de los precipicios?, ¿sobre las mesetas de pastos teñidos de rubio, castaño y óxido?

—En los últimos quince meses, llevamos a víctimas como ustedes al corazón de las tinieblas... a los rincones más crueles y solitarios del temperamento humano. Recordamos el testimonio de un hombre que

trabajaba como cocinero en un barco, que vino del mar a enterarse de que su esposa y sus dos hijos habían sido asesinados, sus cuerpos descuartizados y arrojados a una letrina.

La última audiencia dedicada a los abusos de derechos humanos tiene lugar en la sede de la Municipalidad, en el centro de Ladybrand, un edificio de piedra arenisca situado enfrente de la Cooperativa Agrícola. Mientras los granjeros estacionan sus *bakkies*, cargan herramientas, semillas y fertilizantes, la Municipalidad se colma de individuos del pueblo basoto.

—Es un sotho muy puro el que se habla en esta zona —comenta el intérprete Lebohang Matibela—. Quiero decir que no puedo usar una lengua informal, sino que tengo que recurrir a mi mejor sotho.

¿Qué sucede cuando la Comisión de la Verdad baja a una ciudad tan pequeña? Obviamente, antes de su llegada se hacen averiguaciones para saber si el organismo será bien recibido. Si serán bienvenidas las personas de todas las razas. Y, por lo general, se contrata a alguien de la ciudad para que provea el servicio de comidas: té, sándwiches y el almuerzo de las víctimas.

—Esta es la primera vez que me contratan para ofrecer mis servicios en un establecimiento blanco —dice un negro vestido de traje. Entrega la comida en bandejas de porcelana que están apiladas en la parte trasera de su camioneta.

En otra ciudad, una mujer de cutis rosado y delantal de flores dice:

—Somos de derecha, pero el dinero no tiene ideología, y de algo hay que vivir.

En Ladybrand, el personal de la Comisión se aloja en una pensión administrada por personal de habla inglesa. Cuando pregunto por alojamiento en *Heila se Modes*, el dueño me dice:

—Mejor vaya a una granja, querida. Esta ciudad está infestada de chupamedias de Tutu. —Otra vez la cantinela del “Círculo Negro contra los bóeres”.

Pero Ladybrand está rodeada de montañas. Cuando salgo y veo los precipicios que parecen hogazas de pan levadas, cuidadosamente recortadas, y las montañas Maluti a la distancia, me acuerdo de un poema escrito por una de mis estudiantes, que era de Ladybrand:

in die winter word die maluti wit
sy trek aan haar bo-lyf 'n kombers waarvan sy hou
aan die spits is daar rotse
in 'n optog soos 'n ruggraat
'n optog van engele

die berge voer my oe

*ek is Lethola die een
wat gesoog is deur spelende leeus
die een wie se kombers ruik na reen
vol onrus verlang ek
ek onthou ver daar waar ek self nie weet nie*

*as jy gesien het
het jy vir altyd gesien*

[en invierno las Maluti son blancas
ella se pone una manta que le gusta
en la cima hay precipicios
en procesión, como un espinazo
una marcha de ángeles

las montañas alimentan mis ojos

soy Lethola la que
da de mamar a las leonas danzantes
la que usa una manta con olor a lluvia
llena de agitación anhelo
recuerdo allí donde no me conozco

si lo has visto
lo has visto para siempre]

Debido al clima hostil, real o imaginario, que se vive en las ciudades más chicas, la fraternidad de la Comisión de la Verdad suele comer en el mismo bar o restaurante. Si agreden o quieren echar a alguien, al menos habrá testigos y los agredidos tendrán apoyo, que fue necesario más de una vez. En el bar, con una mano afectuosa en el hombro, una cara amable se acerca y te dice: “¿No la he visto antes? ¿Qué anda haciendo por acá?”. Una respuesta que contenga la frase “Comisión de la Verdad” muchas veces es la chispa que enciende la pólvora.

Algunos han recibido insultos, a otros les arrojaron vasos en la cara. A muchos miembros negros del contingente se han negado a atenderlos o los han echado a la calle. En las ciudades chicas, normalmente enviamos antes a un “espía” blanco para que compruebe cuántos hombres robustos hay sentados en la barra, cuántos están tomando *brandy* con Coca Cola y hablando de rugby.

La primera noche que pasamos en Ladybrand, nos sentamos todos juntos en el concurridísimo restaurante italiano de la ciudad. Hablamos del testimonio de la señora Makhutu, de Bothaville. De la ciudad de Bothaville, en el norte del Estado Libre, alguna vez se dijo que era el lugar más rico de Sudáfrica o, mejor dicho, que tenía más riqueza por metro cuadrado que cualquier otro lugar. Los ricos ingleses dueños de plantaciones de maíz gracias a los cuales la ciudad se hizo esa fama fueron también los primeros en construir casas especiales, con energía eléctrica, para sus peones. Los terratenientes de otras zonas del país opinaban: “Ya van a ver estos de Bothaville. Generan aspiraciones en la gente que nunca se van a cumplir”. Así, no sorprendió a nadie que los primeros disturbios en las escuelas del Estado Libre estallaran en Bothaville. “Esos son los chicos que crecieron con agua y electricidad, y ahora que están en la secundaria, se dan cuenta de que no tienen futuro”, se decía. Uno de los estudiantes que participaron en los disturbios fue Eliot Makhutu. Su madre vino desde Bothaville para hablar ante la Comisión. Su gorro tejido y su cara y manos brillantes tras años y años de trabajo manual me recuerdan que, en las primeras elecciones democráticas de Sudáfrica, se descubrió que muchas mujeres no tenían huellas dactilares, porque las palmas de las manos se les habían transformado en una suave superficie en blanco. Con voz grave y profunda, la mujer comenta que no entiende lo que le pasó a su hijo menor.

—Yo les pregunté: “¿Quiénes son ustedes?”, y ellos me respondieron: “La policía. Abra”. Abrí la puerta y entraron. “¿Dónde está Marumo?”, me preguntaron. Se referían a Eliot. Les contesté que estaba durmiendo. Me preguntaron en qué habitación estaba. Les mostré la habitación. Cuando entraron en el dormitorio donde estaba durmiendo mi hijo, encendieron la luz. Él estaba durmiendo así... (*lleva los brazos a la altura del hombro*). Eran un montón. Tenían puesto el uniforme. Llevaban porras, *sjamboks*, negros, y tenían armas de fuego. Lo destaparon y arrojaron la frazada al piso. Le dijeron que se levantara y se vistiera. Eliot se rió. Se levantó y se vistió. Les dije a los policías que lo dejaran ponerse los zapatos. Se puso los zapatos. Pero no lo dejaron llevarse el abrigo. Se lo llevaron.

»El día del juicio, los abogados llegaron tarde. Eliot estaba con los demás detenidos. Los abogados hablaron por él. Los liberaron. Cuando salió libre, Eliot no era el mismo que yo conocía. Estaba mal de la cabeza. Estaba loco. Se reía sin motivo. Se sentaba en cualquier lado. Ese es el problema. Lo llevé a ver a muchos médicos. Incluso lo llevé al Hospital Hillbrow. Trajo una carta. Es un ser humano. No me queda nada.

En esa carta, explica uno de los comisionados, figura el diagnóstico de Eliot. Sufre de esquizofrenia. Y eso complica el caso. La Comisión debe corroborar todas las declaraciones expuestas en las audiencias. Debe establecer si, en efecto, hubo una violación de derechos, dónde y cómo. Solo entonces la Comisión puede clasificar a las personas o grupos como víctimas. Una víctima clasificada como tal podrá reclamar una reparación. En el caso de Eliot, podría argumentarse que la esquizofrenia estaba bajo control, pero que la condición volvió a manifestarse como consecuencia del arresto. Dicho de otro modo, la violación de los derechos humanos de un esquizofrénico no es realmente una violación que la Comisión deba tener en cuenta. Podría argumentarse que como esquizofrénico ya tiene una pensión por invalidez y que con eso debería bastarle...

—Nada de eso hace que el rostro de Mama Mokhutu, con su gorro rosado, se borre de tu mente.

Como si hubieran puesto en marcha una bomba de succión, todas las otras personas presentes en el restaurante se levantan y se van. Solo quedamos nosotros. Un aire helado recorre el salón.

—A las seis menos cuarto pasan el partido de rugby por M-Net —aclara el mozo.

A la mañana siguiente, camino a la ciudad, me desvíó hacia el campo. No se ve otra cosa que *rooigras*. 6 Me detengo. Alguna vez escribí: “Adoro la *Themeda triandra* como otros adoran a Dios”.

Quiero agacharme. Quiero dar un abrazo. Quiero cantarles a los brillantes tallos de seda para que se eleven. Quiero cabalgar entre las espigas de color marrón rojizo, entre la hierba de color blanco nieve que cruje cuando me acaricia los tobillos. Hierba, pastos rojos a pelo contra los flancos.

Este es mi paisaje. La médula de mis huesos. La pradera. El amplio *veld*. La piedra arenisca de tonos rubio y miel. Es lo que amo. Es la materia de la que estoy hecha.

Y así me quedo en la inexplicable y maravillosa emboscada de luz y

hierba, nubes y cálidas rocas.

Mientras me quedo de pie medio hundida en la hierba crujiente de grillos y arena, las voces de la sede de la Municipalidad me llegan con el viento que viene de las Maluti... las voces de mi tierra, todas las voces.

La tierra pertenece a las voces de quienes la habitan. Entre ellas, mi propia voz sombría.

El paisaje del Estado Libre yace a los pies, por fin, de las historias de azafrán y ámbar, púas y cabellos de ángel, rocío y heno y dolor.

*

El cuento del pastor

Lekotse.— Mi familia está afectada desde ese día. La mujer que declaró antes que yo es una imagen de mi mujer. No puede caminar. Está bajo tratamiento. Yo también sigo un tratamiento en el Hospital Botshabelo. Tomé la última pastilla hoy a la mañana.

»Mi vida está afectada desde ese día. Era de noche...

Ilan Lax.— Primero hableme de sus hijos.

Lekotse.— Tengo diez hijos, dos han muerto... bien... el día del ataque estaba en mi casa con tres de mis hijos y los nietos, que son cinco en total y van a la escuela, algunos son de mi hijo: el que tiene problemas mentales. Mi hijo menor tiene mellizos. Su padre también tiene problemas mentales.

Lax.— Trate de no hablar tan cerca del micrófono... es muy sensible y su voz se escucha muy bien. ¿Cuáles de esos chicos todavía viven con usted y su esposa?

Lekotse.— Vivo con Thomas Lekotse, mi hijo, que es el que nos mantiene y se ocupa del que acabo de decirle que tiene problemas mentales.

Lax.— ¿Nos podría relatar el incidente? ¿Ocurrió en mayo de 1993?

Lekotse.— Creo que sí, tiene razón... ¿Sabe? Mi problema es que yo era pastor. No sé escribir y me olvido de todo, pero aun así... ¿Puedo repetir lo que dije antes sobre la agresión? Escuche con atención, porque ahora voy a contar mi historia.

»Ese día, era de noche, vino alguien y golpeó a la puerta. Cuando me acerqué, se abrió la puerta y yo pregunté: “¿Quién golpea tan fuerte?”.

»Y él contestó, dijo: “Policía”.

»Y yo dije: “¿Qué policía está golpeando así la puerta de mi casa?”.

»Pasó sin pedir permiso, acompañado de muchos policías. Tiraron la puerta abajo. Tres agentes eran negros y el resto, blancos. Y nos decían *kaffers*. Muchos eran blancos. Vinieron con unos perros enormes... dos perros.

»Dijeron que iban a abrir todas las puertas. Sacaron toda la ropa de los armarios.

»Dije: “Cuando un chacal se acerca a las ovejas, no les hace esto... por favor, saquen la ropa y vuelvan a guardarla prolijamente”.

»No me respondieron. Nos sacaron a empujones a la calle. Me caí de costado: ¡*bum!*

»Les pregunté: “¿Qué quieren?”, pero no me respondieron. Nos sacaron a empujones a la calle. Hacía mucho frío ese día. Los niños se despertaron.

»Les dije: “¿Ustedes me van a dar el dinero para llevar a los niños al médico?”.

»No me respondieron. Les dije: “Por favor, un policía no se comporta así”. Les dije: “Cuando un policía va a una granja, primero va a la vivienda. Si el granjero no los deja entrar, se van. ¿Quién les dio permiso para venir a mi casa y romper las puertas?... ¿Así hacen su trabajo?”.

»Después miré bien y vi que no solo habían pateado la puerta, también la habían golpeado con sus armas. Las puertas todavía están rotas. Mis hijos sintieron pena por mí, me compraron una puerta nueva y un marco nuevo y tuvimos que llamar a alguien para que los colocara.

»Al amanecer, la vida empezó a cambiar. Querían forzar los armarios que estaban con llave. Y yo les dije: “¿Cómo se atreven a forzar las puertas?”. Les pedí a mis hijos: “Preparen té, preparen café para esta gente, deben tener hambre”. Les ofrecí: “¿Quieren una cerveza, algo para tomar, unas *boerewors*? ¿Tienen hambre?”. Pensé: “Esta gente tiene hambre. Les voy a dar algo de comer”.

»Les dije: “No son policías, son nada más que bóeres”. Uno me empujó a la calle... ahí fue cuando me caí de costado y me lastimé el hombro. Sé que no debía haberles hablado así, lo admito, pero ese día estaba dolido y alterado, y dije cosas que no debía.

»Dije: “Ustedes, los policías, son ladrones. Nos sacan a la calle porque quieren culparnos. Lo sé. Van a dejar diamantes y un puñal en la casa para inculparnos”.

»Les dije: “Maldita policía”. Eso dije ese día, porque estaba mal.
(risas en la sala)

Lax.— Por favor...

Lekotse.— Al final les dije: “Miren, toda mi familia está ahí afuera. Hace frío. Quiero que nos maten a todos. Voy a estar contento si nos matan”. Ellos... bueno, qué lástima que no tengo una escalera. Los llevaría a mi casa para que investigaran... Les pregunté: “¿Qué quieren?”. No me respondieron. Les dije: “No tengo diamantes. No tengo puñal. ¿Qué quieren?”.

»No recibí respuesta.

»Les dije: “¿Rompen las puertas y se van? ¿Cuándo me las van a arreglar?”.

»Respondieron: “Que te las arregle el EPLA”. Les pregunté: “¿Qué es el EPLA?” No recibí respuesta.

»No tengo idea de qué es el EPLA, todavía estoy esperando que venga el EPLA a arreglarme las puertas. Ya estaba amane-ciendo. Mi hijo Thomas dijo: “No, vayan y busquen en el garaje”. Y ellos preguntaron: “¿Dónde está el garaje?”. Él contestó: “Un momento, voy a buscar la llave”. Y les dijo: “Por favor, con cuidado, no me rayen el auto”. Fueron al garaje con los perros... unos perros que daban miedo. Después de la requisa del garaje, él les dijo: “Hay más lugares donde pueden buscar. La casa tiene cuatro habitaciones. Vayan y busquen. También soy dueño de un supermercado. Vayan a buscar ahí también, porque parece que no encuentran lo que están buscando”. Y se fueron con él. Salió el sol y seguían en casa. Lo tuvieron detenido un mes entero...

»Tres eran *kaffers*, como yo, los demás eran blancos. Vinieron en muchas camionetas. Las camionetas ocupaban toda la calle...

Lax.— ¿Su hijo Thomas estaba vinculado con el EPLA o el CPA?

Lekotse.— Sí, señor.

Lax.— ¿Presentaron cargos en su contra?

Lekotse.— No sé si fue a juicio. Vio cómo es esto... un hombre sin educación es inferior. No entiende nada. Por algo los blancos nos llamaban burros. Hay muchas cosas que no sé.

Lax.— Pero si hubiese ido a juicio, ¿él se lo habría contado, verdad?

Lekotse.— ¿Puedo responderle?

(pausa prolongada)

»A mis hijos les enseñé, pero como los mandé a estudiar, los blancos decían que nosotros teníamos el pelo corto y el cerebro y la mente igual de cortos. Pero los hijos no nos dicen nada. Hacen la suya, y uno ve que pasan cosas... pero ellos no te dan ninguna información.

(risas en la sala)

Lux.— Usted dice que se lastimó el hombro. ¿Sufrió alguna otra

herida?

Lekotse.— No me lastimé nada más... desde ese día que entraron a mi casa los chacales a mordernos, ni siquiera puedo cargar una pala para cuidar el jardín. Pero aparte de eso, no tengo nada, solo los achaques de la edad.

Lax.— En su declaración, ¿usted mencionó que se había lastimado las costillas? Trato de ayudarlo a recordar.

Lekotse.— ¿No sabe que el hombro está relacionado con las costillas, señor?

Lax.— Usted o su hijo ¿alguna vez denunciaron a la policía?

Lekotse.— Nunca hicimos nada al respecto, porque ¿cómo se puede denunciar a unos policías en la comisaría? Se iban a vengar. Por eso les dije: “Mátennos a todos, así no tendremos ningún problema después”. Es mejor morir... para todos noso-tros. Iba a ser más fácil para el Gobierno enterrarnos... porque nos podían enterrar en una sola tumba. Hubiera sido mucho mejor.

»Si uno de esos policías está acá, me gustaría que viniera al estrado y me matara ahora mismo...

*

Durante el almuerzo, crucé hasta la Cooperativa con mi grabador y me acerqué a un granjero que salía de su camioneta todo terreno.

—Señor, ¿qué piensa de la visita de la Comisión de la Verdad?

Se sorprende. Me mira de arriba abajo y tuerce la boca en una mueca de repugnancia.

—La SABC y la Comisión de la Verdad que se vayan a cagar — explota, destilando tanto veneno que los transeúntes nos miran.

—¡Váyanse a la mierda! —grita, y entra en la Cooperativa como una tromba.

Me quedo en la vereda. La humillación me espesa la sangre Dios mío, ¿no cambió nada?, ¡¿nada?!

*

—Una y otra vez —dice Richard Lyster—, escuchamos testimonios de personas que han sufrido las experiencias más terribles, que hablan con confianza y entereza de esas historias de su pasado. Y las hemos escuchado pidiéndole a la Comisión que no las reconocieran solo a ellas, sino también a los miles de personas que también sufrieron. Hemos visto a esa gente cuidando y ayudando a los demás. Y eso nos

emociona.

El acto termina con el himno. Me pongo de pie. La versión en sesotho me toma desprevenida, igual que el hecho de que soy blanca y que tengo que volver a reconocer esta tierra, que mi lengua es portadora de violencia, que no puedo hacer nada al respecto, que después de tantos años todavía me siento incómoda con lo que es mío, con lo que soy. La mujer que está a mi lado me mira sorprendida cuando me oye cantar la versión del Estado Libre de “Nkosi”. Sonríe, acerca su cabeza a la mía y canta con la voz aguda. La voz principal abre la melodía. Las sopranos envuelven; los bajos apoyan. Y yo me pregunto si Dios nos escucha. ¿Sabe lo que anhelamos en nuestros corazones? ¿Que todos (algunos con más color, otros con menos, pero todos respirando el mismo aire y bajo el mismo sol) queremos ser humanos? Me meto de lleno en la canción, en una lengua que no es la mía, una lengua que no conozco. Hay una fragancia en el interior de la canción, y entre las notas de dolor y sufrimiento, hay silencios suaves donde quienes formamos parte de este paisaje, todos, podemos venir a descansar.

A veces, nos toca vivir tiempos inundados de luz.

*

El relato del pastor, transcripto textualmente, describe la experiencia de una noche a manos de la policía de seguridad. Su primera frase es “Mi familia está afectada desde ese día”. Si bien Lekotse comienza hablando de la mala salud de él y su esposa, no es por eso que recuerda el incidente. Lo recuerda, como deja en claro al contar lo sucedido, porque ese fue el día en el que se destruyeron su filosofía de vida, su forma de ver el mundo y su lugar en ese mundo. Sin esa cosmovisión, su vida no es posible; en cierto sentido, ya está muerto. Repite: “Mi vida está afectada desde ese día”.

Al principio, Ilan Lax, de la Comisión de la Verdad, lo interrumpe varias veces. Como coordinador, tiene dos tareas: guiar el testimonio en una dirección que ofrezca una cantidad suficiente de hechos que sean útiles para la Comisión y dejar que ese testimonio avance lo más espontáneamente posible para que tenga un efecto sanador y para que el narrador recupere su autoestima. Por eso, el coordinador siempre anima al testigo a hablar de algo muy personal, por ejemplo, de la familia.

Esa técnica impacienta al pastor. Cuando Lax le pregunta cuántos hijos tiene, él responde: “Tengo diez hijos (...) bien... el día del

ataque...". Sin embargo, trata de proporcionar al coordinador lo que este necesita incorporando en la historia detalles sobre sus hijos. La palabra "dos" se repite en que dos de los hijos están muertos, dos tienen problemas mentales, dos de los nietos son mellizos.

Por la tensión del momento y las intervenciones de Lax, el pastor se acerca mucho al micrófono para hablar; se le pide que se aleje del micrófono. Lax usa tres oraciones bastante largas, con pausas entre ellas, para romper el ritmo tenso del narrador, para crear un intervalo de calma, antes de solicitarle formalmente a Lekotse que relate el incidente. Le indica por dónde ha de comenzar: por la fecha.

Esa indicación desvía de su curso al narrador. La fecha exacta en la que te destruyen la vida no es relevante, ¿no es cierto? Podría haber sido cualquier día, lo importante es lo que pasó. Pero no está muy seguro. Lo piensa y responde: "Creo que sí, tiene razón...". Y, por supuesto, al ser un pastor analfabeto, no recuerda fechas. No obstante, es un sobreviviente curtido y se pone firme con Lax: "Escuche con atención, porque *ahora* voy a contar mi historia".

Empieza con una contradicción: "Ese día, era de noche". Introduce una ambigüedad, la tensión entre dos polos, el difícil equilibrio que se mantiene en toda la historia, no solo en los hechos del testimonio, sino también en los símbolos empleados: día y noche, blanco y negro, vida y muerte, instruido y analfabeto.

Lekotse describe la brutal invasión del espacio familiar, personal y privado por parte de la policía. Los agentes golpean "tan fuerte" que arrancan la puerta del marco e irrumpen en la casa con perros, ofenden a los habitantes de la casa, fuerzan las puertas de los armarios y tiran la ropa al piso. Como jefe de familia, Lekotse trata de adoptar una postura digna frente a la agresión, pero la policía neutraliza cualquier tipo de dignidad. Cuando pregunta quién golpea así, ellos tiran la puerta abajo. Cuando les pide que vuelvan a guardar la ropa en los armarios, los agentes los empujan a la calle a pesar del frío de la noche. Ni los chacales se comportan así cuando se acercan a las ovejas, dice Lekotse.

Para poder apreciar la fuerza de esta imagen, es preciso recordar qué clase de depredador es el chacal. Es un cazador silencioso, ordenado, selectivo. Arrincona con cuidado unas pocas ovejas, elige una e hincia los dientes en una arteria del cuello. Cuando la oveja se desangra y muere, el chacal se come primero el bazo y el hígado, y luego las patas traseras. Si hay corderos, mata uno o dos y solo se come el *melkpens*. El chacal hace todo esto prácticamente en silencio: ni siquiera tiene que perseguir a las ovejas para que se cansen. El

perro actúa distinto. Un perro en medio del rebaño muerde a las ovejas que están alrededor suyo y crea una cacofonía tremenda de ladridos y balidos. Y cuando el perro mata, no come.

Según Lekotse, los policías se portaron peor que un chacal. Y como el chacal es el peor enemigo del pastor, una amenaza para el rebaño de día y de noche, lo que él quiere decir es que la policía de seguridad superó las peores expectativas de maldad. Como pastor, él muchas veces debe medirse con el astuto chacal, pero contra este contrincante no sabe qué hacer. Es interesante que, al final del relato, Lekotse retome la metáfora “entraron a mi casa los chacales”, como si no pudiera encontrar otra imagen.

Con la entrada de la policía en el espacio del pastor, se introduce un segundo tópico: “No me respondieron”. Lekotse pregunta varias veces “¿Qué quieren?”. Como los policías no le contestan, él los acosa con preguntas: ¿Ustedes me van a dar el dinero para llevar a los niños al médico si se enferman por tomar frío? ¿Quién les dio permiso para venir a mi casa? ¿Así hacen su trabajo? ¿Cómo se atreven a forzar las puertas de mis armarios? ¿Quieren una cerveza, algo para tomar, unas *boerewors*? ¿Tienen hambre? ¿Quieren inculparnos dejando un puñal y unos diamantes? ¿Cuándo van a arreglarme las puertas? ¿Qué es el EPLA?

Hacer preguntas de esta forma constituye la base de cualquier filosofía. ¿Cómo entiendo el mundo que me rodea? ¿Qué es lo correcto y lo justo en ese mundo? El hecho de que el pastor no obtenga respuesta para ninguna de sus preguntas explica por qué ese día lo afecta tanto: le han quitado la capacidad de entender el mundo que lo rodea. Se hunde en una oscuridad mitológica, donde no basta ninguna explicación, donde no se dan respuestas. La falta de información continúa cuando sus propios hijos le ocultan cosas, porque ellos pudieron estudiar y él no, según él mismo cuenta.

En un intento desesperado por entender la conducta de los demás, Lekotse usa la imaginación para ponerse en el lugar de otras personas. El granjero. ¿Cómo puede un granjero permitir esa clase de acciones? La policía. Deben tener hambre, por eso él les ofrece algo de comer y de beber. Después imagina que van a dejar diamantes y un puñal en la casa. Lo que hace que su historia sea más conmovedora es que él se imagina a sí mismo en el lugar de los otros personajes, pero nadie parece empatizar con él.

Su empatía, su capacidad para pensarse en el lugar de otros, trasciende la noche que describe. Alcanza también a los miembros de la Comisión de la Verdad. Quizá, piensa, ellos se esfuerzan por

comprender la destrucción de su casa: “qué lástima que no tengo una escalera. Los llevaría a mi casa para que investigaran”.

En esas dos últimas oraciones se alcanza un clímax poético e imaginativo. Lekotse sabe que no puede insistir para que la Comisión visite su casa, pero con una escalera, se podría ver la casa desde arriba, con la puerta arreglada. Desea ser comprendido, darle a la gente que está frente a él una perspectiva de lo imposible. Con una escalera la Comisión de la Verdad entendería, elevaría la historia de Lekotse a otro plano, de lo irreal a lo real, de la incomprensión al pleno entendimiento.

Desde el sueño de Jacob, la escalera ha sido el símbolo de la comunicación entre la tierra y el cielo, la oscuridad y la luz, la muerte y el más allá. Pero aquí, la imagen de la escalera también remite a la inferioridad y la sumisión de Lekotse. Al final de la historia, él se refiere a sí mismo como *kaffer* y burro. Y nombra a los que lo redujeron a una posición indigna: los blancos, la policía, el granjero, sus hijos. Sin autoestima, no puede vivir ni contribuir al desarrollo de la vida: “desde ese día que entraron a mi casa los chacales a mordernos, ni siquiera puedo cargar una pala para cuidar el jardín”. La destrucción del sentido de coherencia se neutraliza con la acción de los hijos, que rodean a los policías e incluso los provocan.

La interacción entre Lekotse y la Comisión de la Verdad agudiza la frustración que le produce la falta de comunicación. Al final, Lax le hace dos preguntas. Lekotse responde con otras preguntas en las que sale a la superficie el desánimo que le genera el hecho de que la Comisión no lo comprenda.

En su declaración, usted menciona que se lastimó las costillas, dice Lax. ¿Y ahora dice que el problema fue en el hombro?

Lekotse, que mató muchas ovejas en su vida, responde con una pregunta: “¿No sabe que el hombro está relacionado con las costillas, señor?”.

Después Lax le pregunta si denunció el incidente en la comisaría.

Una vez más, Lekotse responde preguntando: “¿Cómo se puede denunciar a unos policías en la comisaría?”.

Más adelante hace un pedido: “Por eso les dije: ‘Mátennos a todos, así no tendremos ningún problema después’”. Sería más barato, dice, si los enterraran a todos en la misma tumba. Y termina su relato recordando el día/noche en que su vida cambió para siempre, reiterando el pedido: “Si uno de esos policías está acá, me gustaría que viniera al estrado y me matara ahora mismo...”.

La tragedia que subyace a su último pedido se vuelve visible a la luz

de algunos comentarios sobre la narrativa africana realizados por el poeta zulú Mazisi Kunene en una entrevista inédita con la académica norteamericana Colleen Scott: “Cuando vinieron los primeros blancos... los ancianos se les acercaron y les pidieron que les contaran cosas de su mundo. No existe un único mundo, sino que hay muchos mundos... en el sistema africano existe la diversidad. Lo ideal es la diversidad, no la simetría”.

Esa noción de diversidad reverbera en la necesidad inmediata de Lekotse de entender, de acceder, de tener información sobre el mundo y el pensamiento de los intrusos. Por su naturaleza, él no se resiste ni ignora a la policía. Su instinto es darle acceso a la totalidad de su mundo, y espera que, a cambio, la policía le permita acceder al suyo.

Lekotse emplea constantemente arquetipos que sustentan el tema del acceso a la diversidad. Como pastor, es el guía y protector de su rebaño y de su familia. Los guía para darles alimento y seguridad; es, por tanto, un explorador de mundos que pueden enriquecer a su grupo.

Una puerta clausura un espacio, pero al mismo tiempo se abre y permite acceder a él. Los dos significados están presentes en la historia de Lekotse. La intención de los policías no es simplemente invadir el espacio privado, sino destruir el acceso a ese espacio de forma que este nunca vuelva a ser privado. Si bien los policías penetran en el mundo del pastor, no le permiten a él acceder al suyo ni a sus intenciones, que podrían ayudarlo a redefinir su propio espacio. No le dicen siquiera qué están buscando. (Nótese que los policías, los chacales, irrumpen con perros en la casa. Los chacales son criaturas que se mueven entre el día y la noche, la vida y la muerte; los perros permanecen en un único lugar, de cuyos límites inquebrantables son fieles guardianes).

El pastor y su familia son arrastrados fuera del refugio seguro creado por él y empujados a la calle, un lugar tan frío e inhóspito que hasta la tumba es preferible para el rebaño.

Kunene observa: “No se puede matar una sola vez; se dice que es necesario matar dos veces. Dicho de otro modo, después de haber matado, uno debe reconocer que también se ha matado a sí mismo. El muerto es un hijo, un padre, un hermano”.

Lekotse se queda fuera de su casa en ruinas, desconcertado, incapaz de apreciar o disfrutar el mundo que lo rodea, de descubrir o compartir otros mundos. Le niegan su valor como padre, hermano o hijo, le dicen *kaffer*, burro, lo tratan como si no fuera nadie. Él les pide que terminen con lo que han iniciado esa noche. La muerte

espiritual debe completarse con la muerte física. Deben matarlo dos veces. Él estaría feliz, dice, si alguien pudiera matarlo en ese mismo momento.

*

—Sentarse en el estrado es muy interesante. Uno sabe que se convierte en actor, pero también sabe que después la gente va a decirle: “Lebohang, estabas fumando de verdad... ¿qué pasó?”. Y uno no se daba cuenta de que estaba actuando, uno mira a la víctima cuando habla e inconscientemente termina levantando las manos cuando la persona las levanta, asiente con la cabeza junto con ella... Pero es muy difícil actuar los momentos en los que la persona llora y después habla por partes. Dice algo, se queda callada, comienza otra vez... uno tiene que reunir las piezas”.

Lebohang Matibela, intérprete de El cuento del pastor

Manantiales

La isla recibe la última luz cuando bajamos de la chalupa. Nos adentramos en una historia colonial, con niños negros que nos llevan el equipaje a lo largo de la playa. El mar se prodiga hasta los antiguos barrios de esclavos. Nuestros zapatos se hunden en las calles de arena. De los tejados se derrama leche, y los muros rosados de las casas se descaman y se manchan como la piel europea. En lo que queda de los excesos de antiguos explotadores, viven los isleños.

Un festival de poesía en la isla de Gorea... un antiguo mercado de esclavos frente a la costa de Senegal.

Disfrutamos a pleno del día nadando inmersos en la bru-ma plateada de la bahía. En la plaza, los árboles fraguan sangre. Conocemos a otros poetas. En algún lugar luminoso, ensaya un grupo de percusionistas. Hay miel natural de Casamance, telas y joyas de los tuaregs. Nos sentamos con dos poetas holandeses. Uno, quisquilloso y con cicatrices, y el otro, sudoroso, con una chaqueta blanca y varios pares de anteojos de sol. Comemos directamente de la canasta. Salsa tártara y té de hibisco. Los jóvenes dormitan en la arena cerca de los botes de pescadores varados en la playa. Se puede extender una lona en cualquier lugar y dormir una siesta.

—¿Quién está haciendo todo ese ruido?

—Los poetas borrachos que están en el hotel —farfulla uno.

Hoy es el día del recital. El poeta holandés de los anteojos de sol está sentado, transpirando, bajo el toldo de tela. El dueño del hotel pasa junto a él, corriendo y gritándoles a los mozos, mientras el poeta espera que le alcancen el traje. Se niega a leer sin su traje de lino blanco, que mandó en bote a una tintorería de Dakar. El dueño del hotel trata de reparar la conexión telefónica. El sol es de color plata magnesio. El poeta con las múltiples gafas dice que si no llega su traje, no va a levantarse de la silla.

Entretanto, actúan varios grupos. Un ave danzante de Mali. Los dedos de los pies se clavan como cuchillos en la arena. Aquí, un camello con una máscara de antílope y, sobre el cuerpo, tapetes tejidos de sogas y aire de duna. Un espectáculo de marionetas. Del vestido brillante de un personaje sobresale un pene color rojo sangre de tres centímetros. Los niños, ataviados para la ocasión, se mueren de la risa. El pene está cubierto con un preservativo enorme. El sol de la tarde huele a corteza y berenjenas, a menta y pescado frito. El poeta continúa en la silla.

Por fin, un chico de aspecto alegre viene corriendo por la playa sosteniendo en los brazos el traje envuelto en papel marrón, doblado como una ofrenda expiatoria. Al rato aparece el poeta, de punta en blanco. Tiene otro par de anteojos y los zapatos recién lustrados.

—Art Tatum es Dios —dice, y se encamina hacia el escenario, donde, desde temprano, los músicos han estado calentando los parches de los tambores en una gran fogata.

Comienza el recital de poesía. Los poetas de África occidental, primero. Hablan en francés. Tras algunos versos, el poeta de los anteojos empieza a quejarse:

—Una porquería. Puros clisés. Clisés sobre la sangre y la tierra. —Irritado, se pone de pie y se dirige hacia el fuego donde las máscaras y los bailarines se contorsionan y proyectan sombras en los muros que rodean la plaza.

Al día siguiente hay un taller. Las figuras son dos poetas senegaleses y un berebere que lleva una bata color púrpura claro, tiene piel oscura y pelo rubio, y en su poesía (que escuchamos anoche) intercala gritos y sonidos de tormentas de arena y caballos. Breyten Breytenbach, el organizador del festival, traduce al inglés y al francés.

No me siento cómoda con la facilidad con que los europeos escriben sobre nuestro continente, que para ellos nunca es “diferente de”, sino “menos que”. Le pido a Breyten que traduzca:

—En mi cultura, un buen poeta es el que dice cosas conocidas de formas novedosas. Hace siglos que venimos diciendo “Te amo pero vos

no te das cuenta”. Cuanto más “novedosa” es la forma en que lo dice, mejor es el poeta. En la cultura de Senegal, ¿qué se necesita para ser un buen poeta?

Los holandeses fuman en silencio. El poeta senegalés habla y Breyten traduce:

—En mi cultura, uno no se hace poeta así como así. Primero hay que solicitar admisión en el círculo poético. Y los viejos poetas se reúnen a estudiar tu linaje y evaluar tu talento. Si te eligen, pasás a ser aprendiz del gran poeta. Él te enseña la poesía de la nación. Y la poesía de tu pueblo es la médula lírica de tu pueblo, es su historia. Y la historia *no podés* contarla de un modo novedoso, no podés cambiarla, porque así estarías inventando, cambiando la historia. Si sos talentoso, más adelante podrás agregar alguna parte y quizá cambiar alguna que otra cosita... Y el gran poeta sabe exactamente qué parte fue cambiada o agregada, qué poeta lo ha hecho y cuándo. Cuanto más preserves la poesía, serás mejor intérprete y mejor poeta.

Luego la atención pasa al poeta nómade.

—En mi cultura, la función del poeta es recordar los lugares donde hay agua... la métrica del manantial. La supervivencia del grupo depende de encontrar manantiales en el desierto. Hay que recordarlos de modo de no revelar el secreto a otros grupos. Tu propio grupo nunca te va a dejar de lado ni va a pensar que estás loco; sin embargo, el día que reveles a otros la ubicación de los manantiales, ese día dejarán al poeta abandonado en las dunas.

Notas

1. Los hermanos Kleyghan eran guardiacárceles en “la isla”, es decir, la cárcel de la isla Robben [N. de las T.].
2. *Koelie* es un término despectivo que emplean los hablantes de afrikáans para referirse a una persona originaria de Asia, en especial a un indio residente en Sudáfrica [N. de las T.].
3. *Afrikanerskap*: la condición de ser afrikáner [N. de las T.].
4. Los Selous Scouts formaban un regimiento de efectivos especiales del Ejército de Rhodesia que estuvo activo entre 1973 y 1980. Sus integrantes se dedicaban principalmente a perseguir al movimiento insurgente negro que pretendía acabar con el gobierno de la minoría blanca y a debilitar el apoyo que este recibía por parte de la población [N. de las T.].
5. De la Rey fue un héroe de la Guerra de los bóeres (1899-1902). Se lo considera una especie de profeta por sus pronósticos y visiones de la suerte que correrían los afrikáneres en el siglo XX [N. de las T.].
6. *Rooigras* es la hierba típica que crece en la pradera sudafricana. Su nombre científico es *Themeda triandra* [N. de las T.].

La nieve tiene olor

—El CNA y la Comisión de la Verdad llegaron a un acuerdo, eso lo aceptamos. Lo que queremos saber es el alcance de ese acuerdo. —El hombre que tengo enfrente se para de un salto, sin malgastar energía. Incómoda, miro por la ventana. Nieva como en las películas. Ese hombre, un ciudadano del país del que mi antepasado Johannes Christoffel Krog se fue en 1776, me pidió una entrevista para hacerme preguntas informales acerca de la Comisión de la Verdad de Sudáfrica.

¿Un acuerdo?

Para ganar tiempo, me ato las zapatillas. ¡Claro que tiene que haber un acuerdo! Tonta de mí que nunca pensé en eso. Mi cabeza da vueltas tratando de encontrar una nueva posición, pero siempre vuelve al mismo hombre.

—Puede ser que se hayan hecho acuerdos con ciertos grupos o individuos, pero ¿con toda la Comisión de la Verdad? Eso es imposible. Alguien como el arzobispo Tutu nunca destruiría a sabiendas toda una vida de confrontación con la peor opresión posible, nunca desperdiciaría toda una vida de sacrificios por lo que es justo a cambio de un acuerdo político inapropiado. No tiene sentido desde el punto de vista estratégico ni psicológico. Tutu (y esto vale también para otros comisionados) es la clase de persona que preferiría dimitir en un acto digno de tragedia teatral y aprovechar la oportunidad para contar las razones. El hombre se está muriendo... no tiene nada que perder salvo su integridad intachable.

Mi interlocutor niega con la cabeza.

—Pero ¿Tutu sabe lo que ocurre en su Comisión? ¿Sabe... —Se acomoda los anteojos y, en ese momento, yo me doy cuenta de que los cristales no reflejan nada, que lo absorben todo—. ¿Sabe que se dice que tres investigadores de la Comisión provienen de la división de inteligencia del CNA? ¿Sabe que la gente dice que el nuevo Gobierno no abandonó el programa de armas químicas (y probablemente

tampoco el programa nuclear) del antiguo régimen? ¿Sabe que hay quien sostiene que esa información está en manos de la Unidad de Investigación? ¿Exigirá Tutu que aparezca en el informe final?

No sé qué responder. Me da una pequeña taza sin asas de un café celestial. Me mojo los labios y digo:

—Yo no soy periodista de investigación. Creo que toda esa moda de primicias y exclusivas es algo ridícula, si no patética. Los titulares me crisan. ¿Cómo informo esto? ¿Cuál sería mi función?

El hombre no duda:

—Informar de modo de fortalecer la mano de los que no estrecharon la de otros en un acuerdo, de los que tienen las mismas prioridades que usted. No mire siempre la Comisión de la Verdad como un todo, céntrese en lo que tiene de valioso para todos nosotros.

De pronto quiero irme a casa. No tengo nada que responder a su “todos nosotros”. En un instante logró hacer desaparecer la nieve, y ahora me encuentro mirando el paisaje conocido de mi país, pero desde atrás de un vidrio. Él quiere que yo informe sobre la Comisión de la Verdad desde el corazón de una vida distinta.

En el Aeropuerto Charles de Gaulle, esperando para tomar mi vuelo, me encuentro con un colega al que no había visto en años. Hacemos el *check-in* del vuelo de South African Airways y nos reímos comentando que ya no tenemos que sudar cuando pasamos por la aduana por llevar panfletos comunistas y una que otra revista pornográfica escondidos en el fondo de la valija. Me proporciona información sobre el *foie gras* y las trufas y me ayuda a elegir una botella de champán para mi marido. En el kiosco de diarios, veo una revista con Winnie Mandela en la tapa y un titular tamaño catástrofe: “Fugitivo relata asesinato de niño activista”.

Mi antiguo colega vio el documental de la BBC en el que Katiza Cebekhulu implica a Winnie en el asesinato de Stompie Seipei. Me cuenta detalles mientras buscamos dónde sentarnos en la sala de embarque. Pero él sabe más, me dice. Sabe que Nelson Mandela intentó hablar con Winnie del tema de Stompie, de hacerle entender lo que estaba haciendo. Pero ella no entraba en razones, y él cree que la mujer se enojó tanto que incluso agredió físicamente a Mandela.

—Esa mujer está loca. ¿Pensás que en la audiencia se va a saber que Mandela tuvo responsabilidad en el ocultamiento de la verdad?

Se me huela la sangre.

—Si fue responsable de encubrimiento, yo no quiero enterarme —la

frase se me escapa sin pensar. Mi amigo se sorprende.

—Quiero decir, la prueba de fuego de la que solíamos hablar (¿qué harías con una información que implicara a las más altas autoridades en el trabajo sucio?) es esta. A mí me indignó cuando entrevistaban posibles comisionados y algunos decían que tratarían de un modo distinto ese tipo de revelaciones. ¡Pero aquí estoy! Ahora yo elijo. Y te digo esto: si Mandela hizo algo malo, *no quiero* saberlo. Algo, *algo* tiene que salir indemne de todo esto.

Mi amigo se ríe.

—Ay, los blancos... nosotros no podemos hablar con ustedes. Hablamos un poco y después tenemos que educarlos durante mucho tiempo, volvemos a hablar un poco... Vos no sos la Comisión; la decisión no vas a tomarla vos. Ahora, decime una cosa: alguien como Joe Modise, último jefe de la MK, ¿también tendrá una audiencia pública de amnistía?

—Sí, claro. Él solicitó la amnistía, y todas las violaciones graves de derechos humanos tienen que ser tratadas públicamente. Seguramente, ahora viene un período interesante, con la amnistía de todos los del CNA... será muy útil para disipar la sensación de que la Comisión tiene solo a los blancos en la mira.

—No sé qué pensar —dice—. Una parte de mí siente que el CNA no debería comparecer ante la Comisión. Nuestra guerra fue justa... Y otra parte de mí piensa en mi hermano, al que asesinaron después de que se unió a la MK. Sabemos que él formó parte de un grupo con sede en Mozambique que decidió que no iba tolerar la falta de honestidad, la arrogancia y el abuso de cierto jefe de la MK. Solo Dios sabe lo que estaban planeando. Sea lo que fuere, sabemos que al jefe le llegó el rumor y le pidió al ejército de Mozambique que se deshiciera de ese grupo. Una madrugada, los rodearon y los aniquilaron.

—¿Vas a asistir a su audiencia a contar esa historia?

—El jefe de la familia es mi tío. A él le dieron una importante suma de dinero. No vamos a hablar. ¿Qué lograríamos con eso?

Nos sentamos... nosotros y nuestra confundida moral sudafricana. Cuando nos llaman a embarcar, mi amigo se levanta, suspira y dice:

—No es fácil vivir una vida honorable en nuestro país.

*

A fines de octubre, un día después de mi regreso de Europa, Glenn Goosen, director de la Unidad de Investigación de la Comisión de la

Verdad, presenta su renuncia. La edición dominical de un diario publica que su renuncia sucede a las acusaciones de racismo. Al día siguiente, la Comisión emite un comunicado según el cual Ntsebeza y Goosen no se pusieron de acuerdo acerca de la reestructuración de la Unidad y que la renuncia no tiene nada que ver con ningún incidente racial. El domingo siguiente, el mismo diario anuncia que ahora conoce la *verdadera* razón de la renuncia: Goosen asegura que le impidieron avanzar en la investigación de las denuncias sobre la participación del auto de Ntsebeza en el ataque a la Heidelberg Tavern.

El daño ya está hecho. Es domingo a la noche. Mis colegas de la radio, que están preparando el programa de actualidad de la mañana siguiente, me llaman por teléfono para saber si estoy escribiendo algo sobre la noticia que involucra a Ntsebeza. Llamo a John Allen, que parece tan harto de apagar incendios un domingo como yo de perseguir el humo. La Comisión ratifica el comunicado de la semana anterior. Quizá debería llamar directamente a Goosen, propongo. Goosen no quiere que se sepa su número de teléfono, replica Allen, pero él lo va a llamar y le va a pedir que me llame. Goosen no me llama. Llamá a Borraine, me sugiere Allen.

¿Por qué?, me pregunto. ¿Estará listo para confirmar el rumor que corrió por los pasillos la semana pasada? Si algo aprendí trabajando en el Parlamento es a no creer en los rumores que corren por los pasillos, pero sí a juzgar, por la cantidad de murmuraciones, si hay o no tensión en las Salas del Poder. Hago preguntas. ¿Goosen entregó algún informe a la Comisión de la Verdad? Un funcionario dice que no, otro dice que sí... pero que no está seguro. Quizás sea eso lo que trataba de decirme el hombre que hizo desaparecer la nieve. Fortalecer la mano de los que no hacen la vista gorda.

Envío el siguiente informe: "Todos los comisionados tienen un pasado; la mayoría tiene un pasado político. Dos veces se presentaron casos ante el Comité de Amnistía que involucran al comisionado Chris de Jager. En ambas ocasiones, antes de que se iniciara el tratamiento de esos casos, De Jager anunció públicamente que se abstenía de participar en el proceso".

Lo que no digo es que esa es precisamente la razón por la que algunos sentimos que los comisionados *no deberían* representar grupos, sino principios, y en especial, el principio de los derechos humanos. Así no habría lugar para las presiones y los chantajes. Pero la gente jamás aceptará a la Comisión salvo que se sienta representada, me dicen los que saben.

Mi informe continúa así: “Hace unos meses, los medios publicaron una noticia según la cual un Audi blanco perteneciente al director de la Unidad de Investigación se había utilizado en el ataque a la Heidelberg Tavern. El Dr. Alex Boraine emitió un comunicado que decía que el tema estaba siendo investigado por el segundo de Ntsebeza, Glenn Goosen. Asimismo, declaró que él y el Presidente estaban seguros de que no había habido ninguna irregularidad.

»La Comisión de la Verdad se encontraba ante un dilema. Ntsebeza era indispensable en el proceso de la Comisión. Cuando lo designaron, se decía que representaba a los miembros del CPA y de CN. Quizá por eso no apartaron temporariamente a Ntsebeza de su cargo en la Unidad de Investigación hasta que no se completó el informe. No queda claro tampoco el motivo por el cual Ntsebeza no decidió dar un paso al costado.

»En los últimos dieciocho meses, Ntsebeza mejoró su perfil por medio de una estrategia brillante, algo difícil de lograr en simultáneo con una presidencia dinámica e histriónica y una vicepresidencia. (Pocos comisionados lo lograron. Basta con preguntarles a los que aún demoran a la entrada porque les piden la autorización para ingresar porque nadie los conoce).

»La decisión de Ntsebeza de no apartarse generó una perfecta bomba de tiempo para la Comisión de la Verdad: un hombre tiene que investigar a su propio jefe. Es bien sabido que el hombre y su jefe no están de acuerdo. El blanco es secundario, el jefe negro es imprescindible. El blanco fue acusado de meter la pata en el interrogatorio a F. W. de Klerk y a algunos generales; en cambio, su jefe es el que, junto con Desmond Tutu, suma credibilidad a la Comisión de la Verdad ante importantes colectivos negros.

»Por las notas que aparecen en los medios de comunicación, se conoce que mientras tanto se preparó un informe que fue entregado a Tutu. No hubo nota de prensa, ni se informó al público, lo que demuestra una total falta de transparencia. De pronto, renuncia Goosen. ¿Qué otra conclusión pueden sacar las personas ajenas a la Comisión que no sea que la renuncia tiene que ver con ese informe? El viernes nos enteramos de que, en cumplimiento de lo dispuesto en la Sección 19, Ntsebeza fue notificado de que podría estar implicado en las audiencias de la semana. Sabemos que lo representará un abogado. Y es la misma gente que trabaja para él la que deberá decidir si es culpable o inocente.

»¿No nos enteramos ya de este tipo de investigación con anterioridad? ¿No tiene olor al pasado? ¿Somos testigos de un

encubrimiento? La pregunta que sigue es, por supuesto, ¿qué otros hechos están encubriéndose?”.

Mientras se emite mi informe, me dirijo en auto a la audiencia en la que se tratará la amnistía de los tres activistas del EPLA que atacaron la Heidelberg Tavern. Oigo en la radio que Alex Boraine llamó para salir al aire y poder rebatir mis escandalosas denuncias. Tartamudeando por el enojo, hizo añicos mi informe.

—Me llama la atención que no me haya preguntado a mí directamente en lugar de hacerme llamar a mí a la SABC para poder ejercer mi derecho a réplica. Es ridículo. Pienso que su informe es insidioso. Es inexacto y probablemente se basa en chismes.

En la audiencia, me reúno con el equipo de la radio. Es la primera vez que los veo desde que volví del viaje y me asombra su evidente deterioro físico. Nuestro equipo recibió un prestigioso premio nacional de periodismo por su labor en la Comisión, pero ahora la mirada de todos sus integrantes deja entrever una desesperación que nunca había notado y sus palabras han degenerado en una especie de furia que se manifiesta por medio de insultos. Me entero de que dos personas del equipo se pelearon una noche en un pueblo desolado después de una audiencia y que a la mañana siguiente aparecieron en el comedor donde servían el desayuno con la cara hinchada y llena de moretones. Me gustaría sacarlos del laberinto de las oficinas de la Comisión de la Verdad y llevármelos a un lugar luminoso y acogedor, calmarlos y devolverlos a un estado que se parezca a la felicidad.

Poco después del inicio de la audiencia, unos empleados de la Comisión acomodan pilas de fotocopias: el documento original que involucra a Ntsebeza, el documento posterior entregado a la Comisión de la Verdad, el informe del funcionario de la Unidad de Investigación, el de Glenn Goosen, las distintas declaraciones de la Comisión de la Verdad y de toda la orquesta. Transparencia, por fin... transparencia con mayúscula.

Durante todo el día, mientras trabajamos, los periodistas se me acercan y me dan palmadas de aliento en el hombro. Mi instinto me indica que la razón de tanta amabilidad tiene que ver con la palabra “insidioso”. Quiero saber el significado exacto del término. Busco en el diccionario inglés-afrikáans. “Insidioso” quiere decir: *laag, gemeen, vuil, plat, grof*, malicioso o dañino, engañoso. Entonces exploto. Estoy tan enojada que me paralizó. ¡Maldito Alex Boraine! ¿No soy su aliada? Me calmo. Quizá más que ningún otro comisionado, Boraine

padeció tragedias personales traumáticas desde que asumió, entre ellas, el ataque a su hija y la enfermedad de su hijo menor. Pienso: No, él no se atrevería a reaccionar así ante ninguno de los periodistas hombres que cubren la Comisión. Pero se supone que yo tengo que darle apoyo y nada más.

Al otro día me entero de que Tutu está más enojado por el informe que el mismo Boraine y que están evaluando presentar una queja oficial ante el consejo de administración de la SABC. En la oficina, veo una carta sobre mi escritorio. Es de Boraine, que me informa que si no pido disculpas al menos debo dar explicaciones.

*

El 30 de diciembre de 1993, poco antes de la medianoche, seis militantes del EPLA entraron a una taberna de Observatory, un suburbio de Ciudad del Cabo, y abrieron fuego contra los clientes. Hubo varios heridos y cuatro muertos, entre estos últimos, el dueño de un restaurante vecino, José Cerqueira, y tres estudiantes: Bernadette Langford, Rolande Palm y Lindy-Anne Fourie. Las dos primeras eran negras; la tercera, blanca. Eran los últimos días de las negociaciones y faltaban cuatro meses para que se celebraran las primeras elecciones democráticas en Sudáfrica.

A diferencia de las víctimas de la masacre de la iglesia de St. James, que aparentemente tuvieron cuidados físicos y psicológicos, las víctimas tanto blancas como de color de la masacre de la Heidelberg Tavern, algunas de ellas en silla de ruedas, están consumidas por la ira y la falta de atención. Se sientan en las filas de atrás de sus atacantes, que ocupan sus asientos con aire despreocupado. El resto de la sala está ocupada por unos jóvenes agresivos, simpatizantes del CPA. Flota en el aire la posibilidad de una confrontación. A un costado, con aspecto preocupado, está Dumisa Ntsebeza junto a su abogada.

Le hago una entrevista a un psicólogo especialista en duelo. Una audiencia de amnistía en la que supuestamente se iban a tratar diversos asuntos, de pronto se centra únicamente en la muerte violenta de una niña.

El efecto de una muerte violenta en una familia no suele recibir atención. Mientras los sudafricanos escuchan las voces de los padres, hermanos y hermanas que hablan de la pérdida de un familiar, pocas veces se toma en

cuenta lo no dicho, lo insospechado.

Roland Palm (padre de Rolande Palm).— Cuando me di cuenta de que estaban disparando, me estiré a lo largo de la mesa, agarré a mi hija y le ordené que se agachara. En ese momento, me caí y rodé por el piso. Mi hija se recostó sobre la mesa y quedó con la espalda expuesta. Una lluvia de balas llegó adonde estábamos nosotros y una botella y otros objetos que había en la mesa se cayeron al piso.

»Desde abajo de la mesa, traté de ver quién era el que disparaba. Vi que mi hija se deslizaba lentamente hacia el piso. En ese mismo momento, vi que otras dos chicas que estaban a mi derecha se caían de sus sillas.

»Un segundo después, vi un objeto que parecía una linterna que se estrellaba contra el panel lateral del pasillo y rodaba hacia donde nos encontrábamos nosotros. Grité: “Es una granada, ¡no se levanten!”...

»Inmediatamente, noté que le salía sangre del hombro. Ella estaba boca abajo. La apreté contra el suelo y conté hasta diez, esperando la explosión. No pasó nada. La puse boca arriba y se desplomó en mis brazos.

»Alcé a mi hija, le tomé el pulso, pero mi mano se hundió en su cuello. La recosté, traté de cerrarle los ojos pero no pude. Ahí me di cuenta de que estaba muerta.

Cuando ocurre una muerte natural, la familia puede iniciar el duelo. Después de una muerte violenta, producto de la violencia política, la justicia y la policía suelen interrumpir el normal desarrollo de los rituales del duelo. A la muerte violenta de un hijo suele faltarle la sensación de cierre.

Roland Palm.— Inmediatamente, fui a mi casa a darle la noticia a mi mujer. Yo estaba ciego por el impacto y por las lágrimas. Vi un auto de la policía en la esquina de Observatory y Lower Main Road, frente a la farmacia...

»A los pocos días, el inspector de policía a cargo de la investigación, Des Segal, vino a mi casa a tomarme declaración. Le dije que había visto una camioneta amarilla de la policía estacionada cerca de la taberna cuando salí corriendo. Le dije que me sentía aliviado al saber que la policía había llegado tan pronto al lugar de los hechos. Segal me dijo que yo debía haber estado borracho, porque no había ninguna

camioneta de la policía en el lugar. Le insistí para que incluyera mis dichos en la denuncia y él así lo hizo. En el juicio, a mí no me llamaron a declarar. Segal le dijo a mi esposa que los sospechosos podían quedar libres porque yo estaba borracho esa noche y que la policía no podía haber estado en el lugar.

»Lo irónico del caso es que mi hija no era una persona blanca que, según el EPLA, habría sido el blanco legítimo de sus escuadrones de la muerte. No sé cómo expresar la rabia que siento, que he sentido durante todos estos años, después de la muerte sin sentido de mi hija. Le quitaron la vida a Rolande como si no hubiera valido nada. El EPLA dice que lo hicieron para liberar a Azania. Yo les digo que lo hicieron por sus fines egoístas y criminales.

»El sistema me quitó dos hijos. A mi hijo me lo quitó el sistema judicial del apartheid y a mi hija, los asesinos que el sistema parece proteger.

Los padres de un hijo asesinado se preguntan cuáles fueron los últimos pensamientos, temores y angustias del hijo, qué podría haber sido de él o ella. El asesinato de un hijo trastoca el orden natural destruyendo la apuesta de los padres por el futuro.

Jeanette Fourie (madre de Lindy-Anne Fourie).— Sus amigos negros la llamaban Lindiwe y eran tan importantes para ella como sus amigos blancos. Lindiwe podría haber sido amiga de ustedes. Le hicieron un daño tremendo a su causa matándola a ella... era una persona amable. Ella me hizo dar cuenta de lo enquistado que estaba el racismo en mí... en las fibras más íntimas de mi ser. Yo trabajaba en el área de la salud, así que tuve que acudir a la guardia del Hospital Groote Schuur a curar a un colega de ustedes que había recibido un disparo... y tuve que hacerlo sin mostrar mi amargura por la muerte de mi hija... Dios me dio esa virtud... Vine aquí con la esperanza de poder escuchar la verdad sobre las personas responsables de organizar ese acto ruin. No estoy convencida de que la verdad haya salido a la luz... y hasta que eso no ocurra, no voy a contentarme con que ustedes dejen de existir y no se hable más de lo que hicieron...

Aunque el asesino debe cargar con la culpa de la muerte, los familiares de la víctima suelen cargarse ellos mismos de culpa. Una muerte repentina puede dejar todo tipo de cuestiones sin resolver entre la víctima y su

familia. Los hermanos se sienten culpables por seguir viviendo. Los padres están desgarrados por la duda. ¿No se supone que los padres son los que deben proteger a los hijos a cualquier precio? El asesinato de un hijo se convierte en una especie de ícono visible del gran fracaso de los padres en la protección de los hijos.

Roland Palm.— El dolor de perder a mi hijo se multiplicó por un millón con la muerte de mi hija. Me sentí responsable y culpable por los dos. Hace cuatro años que vivo con esa culpa.

»No soy el mismo de antes. A pesar de haber hecho terapia durante mucho tiempo no he conseguido librarme de la ira, la culpa, el deseo de venganza y la desesperación inútil ante un sistema que no castiga a los asesinos.

Johann Fourie (padre de Lindy-Anne Fourie).— “*Ag Pappie, moenie worry nie* [Ay, papá, no te preocupes], vamos a estar bien”.

»Esas fueron las últimas palabras que me dijo Lindy-Anne a eso de las seis y media de la tarde del 30 de diciembre de 1993.

»Como padre de Lindy y responsable de su existencia, acepté el compromiso de criarla y cuidarla lo mejor posible... Cuando nuestros hijos ya son adultos y se colocan en un plano de igualdad con los padres, ahí es cuando las batallas parecen haber valido la pena y muchos de los misterios de la vida parecen develarse... sobre nuestros hijos... pero a mi esposa y a mí nos robaron. Nos robaron nuestra sangre. Nos robaron la forma más natural de felicidad que pueden experimentar los seres humanos... el amor de una hija... Ya no oímos su voz en el teléfono diciendo “Hola, pa, ¿cómo están mamá y mi hermano?”. Ya no veo su cabello moviéndose al compás de sus pasos cuando pasa corriendo detrás de su perro preferido. Mire, señor, nosotros somos gente común que hace su trabajo común, sin complicaciones... ¿Por qué tuvo que morir tan joven y de manera tan violenta?

Estudios académicos muestran que el estrés causado por la muerte de un hijo es el responsable de un gran número de divorcios de los padres. También muestran que los hombres y las mujeres no sufren de la misma manera y que las diferencias y las discrepancias muchas veces generan resentimiento.

Johann Fourie.— Mi esposa habló de su sufrimiento. Ella prefirió hablarles directamente a los asesinos. Mi dolor es distinto. Yo le hablo a usted, señor Presidente, porque es quien tomará la decisión relativa

a la amnistía.

Roland Palm.— De más está decir que mi matrimonio sufrió un daño irreparable. Mi esposa está tremendamente angustiada y sufre de tensión nerviosa. Los dos estamos medicados.

Benjamin Braude.— Siento como si me hubiera vuelto un “monstruo”. Me siento lejos de mi familia y no soy capaz de ser el que los guía, el jefe del hogar. Mi vida se ha vuelto un continuo subibaja. Siento que me han quitado la hombría. Mi esposa y yo ya no dormimos en la misma cama y nuestra vida sexual es inexistente.

Acontecimientos que alguna vez unieron a las familias, como los cumpleaños o las vacaciones, ahora son el recuerdo de lo que han perdido. La internalización de la pérdida por parte de los padres puede traer aparejadas una serie de enfermedades graves. Algunos padres de hijos que han muerto asesinados fallecen al poco tiempo.

Jeanette Fourie.— He venido aquí, he estado aquí toda esta semana y en especial hoy, porque es muy importante para mí poder decirles que ese día, el día que mataron a mi hija, ustedes me arrancaron el corazón. Lindiwe era una de las personas más maravillosas (sé que no soy imparcial porque se trata de mi hija) que ha dado este país. No acepto que digan que soy una víctima. Yo puedo elegir. Soy una sobreviviente; la víctima fue Lindy. Ella no pudo elegir. A mí me operaron de algo que para mí fue consecuencia del estrés y del trauma que sufrí después del incidente de Heidelberg. Está demostrado que el cáncer de colon puede generarse debido a una situación de estrés grave. Primero me arrancaron el corazón y ahora, la mitad del intestino. Me alegra que ustedes estén bien... Yo esperaba que ustedes estuvieran bien en el plano emocional y psicológico... Ustedes no pudieron decirnos cómo se sienten, lo que me indica que los han adiestrado para no sentir. Y creo que eso es importante para una máquina de matar... No me opongo a que les otorguen la amnistía. Gracias por mirarme a los ojos... y por escuchar lo que tengo para decir.

La pérdida más grave es la de la sensación de invulnerabilidad que

permite tener una vida normal... salir, manejar un auto, permitir que los hijos se relacionen con otras personas... todo eso se derrumba. La muerte de un hijo por causas no naturales trae aparejada una desesperación existencial. Los padres tienen miedo, se sienten solos, incapacitados.

Benjamin Braude.— Un mes después del incidente, mi vida se rompió en mil pedazos. Me alejé de las actividades cotidianas... empecé a tomar en exceso, a no poder dormir y a no poder concentrarme en nada... Al tiempo, me presenté para un puesto de trabajo que ofrecían en el Crab Shack Restaurant de Milnerton. En mi primer día, llegaron unos pedidos que se recibían por la puerta de atrás del restaurante. Yo no sabía que llegarían esos pedidos y cuando vi al negro que entraba por esa puerta, creí que venía a atacarnos. Me corrió un sudor frío por la espalda y tuve un ataque de pánico. No pude seguir trabajando ahí. Darme cuenta de lo rápido que te pueden quitar la vida se transformó en una verdadera pesadilla... Pocas veces pienso que voy a volver a ser una persona normal.

El dolor causado por la muerte violenta de un hijo no se parece a ningún otro, explica el psicólogo.

*

Pero nadie tiene mucho tiempo para prestar atención a las víctimas. Crecen las especulaciones sobre la posible participación del comisionado Dumisa Ntsebeza en el ataque a la Heidelberg Tavern y las consecuencias que eso podría tener para la Comisión de la Verdad. ¿Tendría que solicitar la amnistía? ¿Debería dimitir? ¿La Comisión tendría que aceptar solicitudes tardías presentadas por sus propios integrantes?

Los tres hombres que pidieron la amnistía por el ataque a la Heidelberg Tavern niegan haber empleado un auto blanco para transportar armas y tampoco admiten conocer a Ntsebeza.

Bennet Sibaya, un jardinero de Kenilworth, camina a su asiento arrastrando los pies y juntando las manos a la altura del pecho. Estuvo en el programa de testigos protegidos la semana pasada. Cuando se presentan los argumentos jurídicos, e incluso cuando él declara, Sibaya nunca levanta la vista. Se sienta con la cabeza gacha y hay que pedirle varias veces que no hable tan rápido. Cuando le indican que levante la vista, la boca se le pone tensa y la mirada parece la de un

loco.

Sibaya manifiesta que estaba en Guguletu, buscando la casa de una amiga, cuando vio a cinco hombres que sacaban armas envueltas en una túnica azul de un auto y las cargaban en el baúl de un Audi blanco. Según él, por la manera furtiva en que se conducían, los hombres estaban por matar a alguien. Cuando se encendieron las luces de freno, él memorizó el número de la patente. Cuando se fueron, Sibaya vio un papel en la calle. Lo levantó y vio que tenía instrucciones escritas. Recuerda las palabras “Hartleyvale Stadium” y “Heidelberg”. Decidió hacer la denuncia, pero en la comisaría de Guguletu rompieron el papel y le dijeron que se fuera a su casa y que se olvidara del asunto. Aparentemente, la policía le dijo que, de todos modos, Heidelberg no estaba ahí, en Ciudad del Cabo, sino que era una ciudad del interior.

Durante el receso del mediodía, un grupo de periodistas comentamos el testimonio de Sibaya. La forma en que se refirió a la patente (XA 12848) llama la atención. Se expresó así: “XA doce, ocho, cuatro, ocho”. En cierto modo, dio la sensación de que estaba siendo auténtico. El otro momento convincente fue cuando contó la situación en la comisaría. El día anterior a la Nochevieja, unos policías blancos que se encontraban de guardia en un distrito negro... ¿iban a querer oír una historia sobre gente transportando armas? Eso implicaría tener que trabajar al día siguiente y en Año Nuevo en una zona en la que nadie quiere entrar y en medio de un clima festivo. Y, de hecho, hay una ciudad que se llama Heidelberg que está a unos pocos kilómetros de distancia.

Después llega el momento de las preguntas. Y la abogada de Ntsebeza, Christine Qunta, aborda a Sibaya de una manera que nos deja mudos. La abogada está elegantemente vestida, impecablemente preparada y completamente decidida. Ninguno de los tres solicitantes de amnistía (los criminales, los verdaderos asesinos) tuvieron que soportar tamaña paliza, y eso que Sibaya es un simple testigo. Qunta lo ataca con preguntas duras y comentarios sarcásticos. Se dirige a él en un inglés complicado, ridiculiza sus respuestas, escucha lo que él dice en xhosa a través de los auriculares y corrige a los intérpretes, señalando sus incoherencias. Aquellos de nosotros que, durante estos dos años, nos hemos familiarizado con la ética de la Comisión de la Verdad (confiar en las víctimas, creer en el más pobre de los pobres, tratar a la gente sencilla y sin educación con respeto y amabilidad), nos quedamos anonadados. En la Comisión, hemos entendido que la gente pobre pocas veces tiene motivos para mentir, mientras que los

ricos bien vestidos muchas veces sí los tienen. Después de una feroz ronda de preguntas, un empleado de la Comisión se desploma en una silla de la sala de prensa.

—Es un asco, un verdadero asco... —Pero después todo cobra sentido: si esta es la única manera de limpiar su nombre, se deduce que la situación de Ntsebeza debe ser muy comprometida. Qunta hace hincapié en una decisión apresurada basada en acusaciones que califica de “meras suposiciones”, porque no solo está en peligro la reputación de Ntsebeza, sino también la credibilidad de toda la Comisión de la Verdad.

En sus preguntas, Qunta se centra en las discrepancias entre la denuncia que Sibaya hizo en la comisaría cuatro días después del incidente y la declaración que presentó ante la Comisión. Por ejemplo: ¿el Audi blanco estaba estacionado en el lado norte de la NY 113 mirando a la NY 115 o estaba en la NY 129? En esa pregunta en particular se detiene casi una hora, y no queda claro (salvo para la abogada) adónde apunta. Al final, Sibaya reconoce que pensaba que el auto estaba en la NY 113, pero que cuando la policía lo llevó al lugar al día siguiente, se dio cuenta de que en realidad estaba en la NY 129. ¿Por qué la chica que mencionó en la denuncia dice que no lo conoce? Es que ahora le da vergüenza, explica el testigo, porque la conocí en un bar. ¿Cómo se acuerda de la patente del auto pero no se acuerda de su propio número de documento? ¿Por qué hizo la denuncia en inglés y ahora dice que solo habla xhosa? ¿Cómo pudo un analfabeto que dejó la escuela en segundo grado leer “Hartleyvale Stadium” y “Heidelberg” en un papel en la oscuridad? Pero Sibaya ratifica sus dichos. Cada tanto, dice vagamente: la mentira y la verdad nunca pueden estar sobre la misma mesa.

¿Y el dinero de su cuenta bancaria? Su antiguo jefe le regaló su casa cuando se volvió a Alemania, dice Sibaya, y ahora él la alquila. Qunta se ríe y niega con la cabeza.

En la sala de prensa, los pasillos y las oficinas de la Comisión se desatan discusiones apasionadas. Los blancos creen que Ntsebeza está involucrado; los negros, que le tendieron una trampa. Me enfurece que la Comisión permitiera que esta cuestión se haya convertido en una simple elección basada en la raza. Ninguno de nosotros cuenta con los recursos de una unidad de investigación. Sin embargo, se espera que saquemos conclusiones a partir del inconsistente informe de Goosen y el peculiar testimonio de Sibaya. Y no hay lugar para la discusión: todo se reduce a un tema racial. La capacidad de sanar, la confianza, la unidad que se construyeron durante estos dos años con tanto

esfuerzo y sacrificio se derrumban en un solo día. Mientras tanto, la carta en la que se me exige pida disculpas sigue en mi escritorio.

Pero lo peor está por venir, cuando se reanuda la audiencia al día siguiente. Le preguntan a Sibaya si reconoce al hombre que estaba manejando el Audi blanco aquella noche. Sibaya señala a uno de los miembros del Comité de Amnistía, Ntsiki Sandi. Todos se ríen.

—Se parece a él —dice Sibaya, sonriendo y asintiendo con la cabeza. Con su camisa desteñida y sus zapatos gastados, se pone de pie y recorre la sala. Se detiene a cierta distancia de Ntsebeza y señala con el dedo—. Es él.

No hay palabras para describir la expresión de Dumisa Ntsebeza. Es una mezcla de vergüenza, sorpresa y mal fingida indiferencia. En la sala reverbera un murmullo de voces ansiosas. Todos los periodistas sabemos que la función está en su punto culminante.

—Cuando me señaló —me cuenta después Ntsebeza—, me sentí tan mal como me siento cuando pierdo un caso que estoy defendiendo, cuando sé que mi cliente no ha hecho nada pero, a pesar de todo, lo condenan. Yo sabía (a) que Sibaya estaba actuando y (b) que soy inocente, pero que iba a perder, porque todo el mundo posaría la mirada en su *interpretación teatral* y pensaría que era posible que yo hubiera participado en el hecho.

El indicio de las consecuencias fatales que podría tener el incidente es que a Tutu y a Borraine, que estaban de viaje en ese momento, les piden que regresen al país.

*

La audiencia de amnistía termina tarde ese viernes a la noche, con el testimonio de una de las víctimas, Quentin Cornelius. Lo oímos... y a la vez no lo oímos:

—Lindy-Anne, a quien conocí en Venda, y su padre vinieron desde Stilbaai a buscarme para celebrar Año Nuevo con ellos...

»Me tiré al piso y traté de protegerme debajo de la mesa más cercana... la bala me entró por el costado y se me alojó en la columna. Tengo la columna fracturada en nueve vértebras distintas. Mi amiga Lindy no tuvo tanta suerte: murió como consecuencia de los cuatro disparos que recibió por la espalda. Bernadette Langford, que estaba sentada enfrente de mí, también murió.

»Tengo sentimientos encontrados respecto de esta amnistía. Desde el 30 de diciembre de 1993 mi vida no volvió a ser la misma... por razones obvias... Estoy en silla de ruedas y es muy difícil vivir con un

dolor continuo en las raíces nerviosas todos los días de tu vida, un dolor tan fuerte que se torna insoportable. Es difícil vivir sin un riñón, habiendo perdido parte del intestino y con infecciones constantes en la vejiga y otros órganos. Cada dos por tres terminás en el hospital. Y cuando te cortaron las piernas, que eran sanas y fuertes... Me gustaría que los responsables de esto me miraran a los ojos y me dijeran que no les importa que alguien los apunte con un rifle en la espalda, les dispare a sangre fría, que el disparo les fracture la columna y los deje física y emocionalmente heridos y discapacitados como me dejaron a mí... No sé si elegirían ir a la cárcel o quedar como yo en silla de ruedas. Yo sí sé qué elegiría...

Miro a los solicitantes de amnistía para ver si muestran signos de arrepentimiento, de que están conectados, de que *escuchan* los testimonios, de que comprenden el dolor, de que desean que las cosas hubieran sido distintas... Parecen imposibles en el mejor de los casos y arrogantes y soberbios en el peor. Me reprendo a mí misma: ¿cómo lo sé? No sé interpretar el lenguaje corporal de los negros. Así de simple. Cuando entrevisto a Boraïne o a otro comisionado blanco, sé cuándo me dicen la verdad y cuándo me mienten, sé cuándo tratan de hablar de un modo neutral e inofensivo. Lo sé por cómo les cambia la mirada, por el leve sonrojo, la relajación de las mejillas, el tono monocorde de la voz, el movimiento de la cabeza. Pero cuando entrevisto a los comisionados negros, ahí estoy perdida. Pueden decirme cualquier cosa, y yo les creo. Pero eso no es tan así, me retruco a mí misma. Sé que a Tutu le cuesta decirme algo cuando empieza a balbucear “eh, eh, eh”. Todos esos “eh ehs” los quitamos cuando editamos el audio, así que cuando después queda una enorme montaña de cinta de grabación descartada, sé que para él no fue fácil dar esa entrevista.

Sé también que las víctimas negras suelen malinterpretar la expresión y la entonación de Dirk Coetzee.

—Se ríe —dice Charity Kondile— cuando cuenta cómo quemó a mi hijo. Pero para mí no se ríe, es que se le seca la boca y que le tiembla ligeramente la cabeza, porque bien está medicado, bien sufre de estrés postraumático. Pero los Kondile ven un hombre con una sonrisa arrogante en los labios.

¿Será que en este país todo se clasifica por colores? ¿Siempre estaré presa de mi pasado, sin pecados ni virtudes normales, con esta complacencia servil instintiva y culposa?

Pippa Green, una de las mejores periodistas sudafricanas, está esperándome en mi oficina. Esta mañana hizo algunas averiguaciones. Bennet Sibaya no tiene ninguna propiedad en Kenilworth. No solo tiene miles de rands en el banco, sino que recientemente estuvo por comprar un dúplex en Claremont y mostró su estado de cuenta bancaria con un saldo de más de doscientos mil rands. Es jugador compulsivo y, con frecuencia, unos tipos blancos lo llevan en una combi a locales de apuestas de caballos.

—¿Cómo puede ser que en tres meses la Unidad de Investigación no haya podido descubrir esto? ¿No habrán querido descubrirlo?

—¿Por qué no hubo órdenes de que investigaran más?

—Quizá la gente ya estaba convencida de la participación de Ntsebeza en el hecho —sugiere Pippa.

—Bueno, el informe final de Goosen dice dos cosas: que Sibaya puede ser un testigo plausible, pero que, de todos modos, se recomienda una investigación independiente. Entonces, ¿por qué Tutu y Boraine decidieron no seguir investigando ni informar a la prensa para que averiguáramos algo?

Me encojo de hombros.

El lunes comienza con un comunicado de prensa sumamente inusual, tras una reunión de crisis en la que participó toda la Comisión. Además de los periodistas de siempre, la sala se llena de empleados de la Comisión, mientras Dumisa Ntsebeza toma asiento frente al Presidente y el Vicepresidente.

Nos enteramos de que durante la reunión, que tuvo lugar esa mañana, Ntsebeza dejó la sala para que las conversaciones acerca del incidente de Sibaya fueran abiertas y francas. Y así fueron, explica Alex Boraine. La Comisión decidió solicitar a una persona debidamente calificada una investigación externa de las pruebas de Sibaya y pedirle a Ntsebeza que se excuse de intervenir en los casos en que estén implicados activistas del EPLA.

El Presidente asume toda la culpa.

—Debería haber seguido mi instinto en el caso, que es lo que hemos hecho siempre, poniendo las cartas sobre la mesa. Debería haber informado a mis colegas de la Comisión (y no lo hice) apenas se aclaró el tema. También debería haberle anunciado a la prensa que había

una acusación contra Dumisa y, siguiendo mi intuición, haber ordenado una investigación independiente en ese momento. Como justificación, uno podría señalar que todos esos hechos fueron puestos en conocimiento de la policía en 1994 y que la policía no hizo nada. Cuando se nombró comisionado a Dumisa, él tenía acceso a información confidencial y nadie hizo nada al respecto. Además, ¿por qué los solicitantes de amnistía elegirían mentir y perjudicarse protegiéndolo?

Otro anuncio. En este momento, Bennet Sibaya se encuentra en la oficina del Arzobispo.

Reina un silencio absoluto. La mayoría de los periodistas dejan de tomar notas pero no levantan la vista.

En efecto, Sibaya confiesa que lo prepararon para mentir. En enero de 1994, después de que lo descubrieron pescando cangrejos en Bantry Bay, fue torturado y lo obligaron a involucrar a Ntsebeza. Ahora le remuerde la conciencia. Aparentemente, Sibaya pasó el fin de semana buscando al Arzobispo, que estaba en Bishops court, su residencia anterior. Finalmente, se contactó con las oficinas de la Comisión. Sibaya le contó al Arzobispo que cuando mintió que había reconocido a Ntsebeza, la culpa se volvió demasiado pesada para él. Ya había decidido decir la verdad, dijo, pero cuando llegó a la audiencia vio una mayoría de blancos y, a pesar de que trató de identificar el hábito púrpura del Arzobispo, no logró verlo. Para él, la Comisión de la Verdad es el Arzobispo. Como no pudo encontrarlo en ese mar de rostros blancos, pensó que era mejor para él ratificar su declaración original hasta que pudiera hablar con Tutu. Pero al día siguiente tampoco lo vio. Así que señaló a la persona equivocada, Ntsiki Sandi, a propósito, con la esperanza de que se notara que estaba mintiendo. Pero lo obligaron a volver a mirar entre los presentes.

Ahora Sibaya desea pedirle disculpas públicamente a Ntsebeza y que su pedido de disculpas se publique en los medios.

Nadie dice una palabra. Dibujo garabatos en mi cuaderno.

Sibaya entra en la sala. Tiene puestas una camisa a rayas, una corbata de flores y un saco cruzado azul marino. Le da un abrazo torpe a Ntsebeza. Los enemigos trataron de separarlos, dice, pero ahora son hermanos.

Entrevisto al Presidente.

—Estoy muy triste —suspira—. Me pone triste, sean como sean las cosas. Saber que hubo un engaño, una mentira, hace daño. Me horroriza la forma en que los medios trataron el tema. Nunca investigaron a Sibaya... Pero, por otra parte, estoy contento por la

insistencia de los medios, que nos empujaron hasta aquí y nos llevaron a mantener esta reunión y a tomar esta decisión.

Vuelvo caminando y en el trayecto me doy cuenta de que la entrevista fue la primera en la que Tutu no empezó con su plegaria habitual. Me siento sola, aislada en mi duda.

Ya en mi lugar de trabajo, les escribo a Boraine y a Tutu: “He estado pensando en su disgusto, sus comentarios y su exigencia durante un tiempo. Me he cuestionado sobre las razones, procedimientos, instinto, fuentes y estilo. Y a medida que fueron pasando los días, me sentí peor internamente... Y sigo tratando de descubrir qué grado de responsabilidad me cabe por lo que ocurrió”. Expongo mis dudas acerca de que la Comisión de la Verdad cuente, en efecto, con un sistema que haga que toda la información salga a la superficie. Cierro así mi carta: “Pero es probable que me haya conducido de manera equivocada. Por ello, ofrezco mis más sinceras disculpas. Nunca fue mi intención dudar de la integridad de ninguno de ustedes. Espero que esto ayude a recomponer nuestra relación, porque los echo de menos a ambos”.

Algo cambió. Tengo una sensación de pérdida.

*

El juez Richard Goldstone, designado por el presidente Nelson Mandela para investigar el incidente de Sibaya, descubre que todas las acusaciones contra Dumisa Ntsebeza son falsas.

—Las consecuencias negativas de la decisión de permitir que los miembros de la Unidad de Investigación puedan investigar a su inmediato superior son evidentes. Finalmente se generó una tensión, un trastorno y una controversia enormes en el seno de la CVR.

*

De pronto siento que estoy harta de la Comisión de la Verdad. Los comisionados se volvieron petulantes, arrogantes, engreídos y adoptaron aires de superioridad moral. Abundan los rumores. Tal es vanidoso, tal otro es haragán, este se acuesta con aquella. Cierta gente se enoja cuando no es el centro de atención. Otro grupo trata de acomodarse con el Gobierno. Estos son los más vanidosos de todos. Los que no renunciaron a su trabajo anterior (algo que prometieron que harían) están siempre de viaje. Por las tardes, uno a uno, los grandes autos alemanes van saliendo del estacionamiento.

¡Y las mujeres...! Nunca pudieron derribar el estereotipo que se construyó en la Comisión: las mujeres como víctimas; los hombres como luchadores y líderes. Nunca toman la iniciativa de forma planificada y ordenada. En las audiencias, caen con facilidad en el sentimentalismo o en la moralina. Se pelean entre ellas o se contentan desempeñando un papel secundario.

Mientras los *manne* se ocupan de la Política con mayúscula, las voces de las víctimas ya están guardadas en archivos digitalizados en algún lugar. Ya se han ocupado de los represores. La reparación y la reconciliación son “cosas de mujeres”.

Las últimas audiencias dedicadas a las víctimas se celebraron hace más de cinco meses; ya se diluyó la atención que se les prestaba. Ya no hay voces que, como la gota que horada la piedra, recuerden de qué se trata la Comisión. Extraño los micrófonos y los auriculares por los que oíamos a los intérpretes. Ya no se los ve estos días. La televisión muestra a los comisionados haciendo fila para presentar cargos, dando conferencias de prensa o reuniéndose con dignatarios, pero jamás hablando con la gente común. Para mí, el micrófono de la Comisión de la Verdad, con su lucecita roja, fue el símbolo más representativo de todo el proceso: aquí la voz marginada le habla al oído público, se dice (y se traduce) lo indecible, las historias personales salen de lo más profundo del individuo y nos vinculan con lo colectivo. ¿Qué queda de eso? ¿Todo se reduce a la política?

Recuerdo las palabras de José Zalaquett: cuanto más breve sea la vida de una comisión de la verdad, mayor será su probabilidad de éxito.

*

La siguiente conversación, y las que aparecen en los últimos dos capítulos, se basan en *Het loon van de Schuld*, de Ian Buruma; *Guilt and Shame*, editado por Herbert Morris; *Imagination, Fiction, Myth*, de Johan Degenaar; y *Después de la catástrofe*, de Carl Jung.

*

La muerte es un maestro venido de África... tiene ojos azules

—“*Wir trinken dich abends und morgens wir trinken und trinken / der Tod ist ein Meister aus Deutschland sein Augen ist blau (...)* te bebemos

de noche y de mañana bebemos y bebemos, la muerte es un maestro venido de Alemania tiene ojos azules, te disparamos una bala de plomo te disparamos con precisión, un hombre vive en la casa tu pelo de oro Margarete, nos larga los perros nos da una tumba en el cielo, juega con las serpientes y los sueños la muerte es un maestro venido de Alemania, tu pelo de oro Margarete, tu pelo de cenizas Sulamita”.

—La forma en que decís “cenizas”. La forma en que decís “bebemos”. Basta con una letra para que se me derrita el corazón. Cuando cerrás el libro de poesía alemana del siglo xx, sé que te amo.

—Todo alemán culto conoce la frase *Der Tod ist ein Meister aus Deutschland*. En Alemania, después de la Segunda Guerra Mundial, alguien dijo que escribir poesía después de Auschwitz es un acto de barbarie. Aun así, Paul Celan escribió este poema increíblemente bello, “Muerte en fuga”. El poema tuvo una recepción ambivalente. ¿No es demasiado lírico? ¿Demasiado hermoso? ¿No está el horror demasiado en primer plano? El propio Celan advirtió esa ambivalencia y les pidió a los compiladores que quitaran el poema de sus libros.

—Precisamente por eso digo que quizá los escritores de Sudáfrica deberían callarse por un tiempo. Uno no tiene derecho a apropiarse de una historia por la que se ha pagado con toda una vida de dolor y destrucción. A los escritores quizá las palabras les brotan con más facilidad. Por eso es mejor que ese territorio les pertenezca a los que literalmente pagaron con sangre cada palabra entrecortada que pronunciaron ante la Comisión de la Verdad.

—Ese respeto *excesivo*, esa reverencia... algo así ocurrió en Alemania. En los años cincuenta y sesenta, los escritores no llamaban a los nazis por su nombre, sino que les decían “los que comen búfalos”: los hombres con chaquetas de cuero.

—La cuestión es que Alemania dio al mundo algunos de los mejores escritores de la literatura universal. En este país, nosotros fracasamos en ese sentido. Las cosas que se dijeron aquí superan la imaginación desbocada de cualquier escritor. Nuestra literatura no ha captado el *pathos*, el dolor, el horror, las voces de este país. ¿No deberíamos renunciar a nuestra posición privilegiada y dejarles el espacio a los que lo merecen?

—¿Lo decís porque no encontrás la forma de relacionarte con tu propio pasado?

—No. Hablé con Ariel Dorfman de este tema cuando vino a Sudáfrica. La Comisión de la Verdad chilena se manejó a puertas cerradas, así que las historias no se dijeron en público. Sin embargo, él escribe sobre ellas. Yo quería que me dijera si no era un sacrilegio

fingir que las conocía. De acuerdo con mi experiencia, no hay forma de imaginar siquiera el lenguaje, el ritmo, las imágenes de las historias originales. Muchas veces escribo textos según lo que recuerdo, y cuando compruebo la grabación original siempre, pero *siempre*, es mejor que lo que escribí. Dorfman me contestó que entre los oprimidos muchas de las historias ya se sabían. “Puede ser —repliqué—, pero la atmósfera intensa de la exposición pública normalmente reúne los mejores aspectos de la historia y su narrador. La historia que se cuenta en el estrado de la Comisión de la Verdad suele ser mucho más intensa que la que se cuenta posteriormente frente a las cámaras de televisión o el grabador de la radio”. Entonces Dorfman me comentó que sus textos son el producto de una combinación entre lo que oyó y lo que imaginó. Ahí le pregunté: “Pero ¿no es un sacrilegio usar la historia de otra persona, una historia que le costó la vida?”. Me miró y me respondió: “¿Usted quiere la cruda verdad? ¿De qué otra forma se podría dar a conocer? ¿Cómo podría contarse la historia?”.

—Le diré cómo... La renuencia de la literatura alemana a mirar a Auschwitz a la cara, la negación a tratar el tema, salvo en los libros de texto, los museos y los monumentos, es precisamente el temor al sacrilegio al que usted se refiere. Es como si cualquier intento de materializar lo innumerable fuese equivalente a banalizar su carácter sagrado. La explicación sería que está bien escuchar a las víctimas en los juicios, pero que los artistas no deben acercar sus sucias manos a esas historias. Los artistas alemanes no encontraron una *forma* de abordar el tema de Auschwitz. Se negaron a tomar posesión de su propia historia. Y entonces ocurrió lo inevitable: Hollywood se apropió de ella. Una telenovela reclamó para sí las estadísticas, la metáfora, la abstracción de Auschwitz.

Cerrás la puerta de tu oficina. Afuera, el campus está desierto en la garganta del cielo del anochecer. Nuestra conversación pasa a formar parte de la gran lengua sudafricana de la conciencia que se desliza hacia abajo buscando a tientas un diente roto.

—¿Fue el apartheid el producto de alguna horrorosa falla de la cultura afrikáner? ¿Se podría descubrir la clave en canciones y obras literarias afrikáneres, en la cerveza o el *braai*? ¿Cómo puedo vivir con el hecho de que todas las palabras empleadas para humillar, todas las órdenes impartidas para asesinar, pertenecían a mi lengua? En las audiencias, muchas de las víctimas reproducían fielmente esas partes de sus historias en afrikáans como prueba de las huellas sangrientas que les habían quedado marcadas —me cuestiono.

—Jung habla del sentimiento de inferioridad. ¿Qué sabes de eso?

—Lo único que sé es que mi abuelo quiso que mi madre fuera a estudiar a la Universidad de Rhodes para que ella aprendiera a hablar inglés “mejor que un inglés”, pero mi madre se opuso. Ella le dijo que no *necesitaba* hablar inglés mejor que un inglés. Pero ¿por qué me pregunta por la inferioridad? ¿Creés que los afrikáneres se sienten inferiores?

—Según Jung, la inferioridad conduce a una disociación histérica de la personalidad, que consiste básicamente en querer pasar sobre la propia sombra para buscar todo lo oscuro, lo inferior y la culpa no en uno mismo, sino en los demás. Por eso el sujeto con personalidad histérica siempre se queja de que está rodeado de personas que causan problemas, una multitud de hombres inferiores que deberían ser exterminados para que el superhombre pudiera vivir en su elevado nivel de perfección. Todos los hombres son peligrosos si sus dirigentes ostentan un poder ilimitado.

—Me parece que si uno mira el pasado únicamente desde la perspectiva de la víctima, o del represor, la consecuencia principal es el odio...

—¿Estás sufriendo?

Tiene los ojos oscuros. Una tarde de luz límpida se convierte en jirones de gris y penumbra.

—¿Cómo podría sufrir? ¿Acaso he perdido algo? ¿Por qué siento que gano todo el tiempo? El apartheid no provoca sufrimiento. ¿Debería sufrir por una patria fantasma, tal vez? Últimamente creo que no tengo *derecho* a sufrir por los muertos, más bien debería responsabilizarme por los opresores.

Atravesamos la meseta oscura.

*

La Comisión de la Verdad de Sudáfrica ostenta una característica que la hace única: las audiencias especiales dedicadas al papel de los medios, el sector de la salud, la justicia y las grandes empresas durante el régimen del apartheid. Si bien, por lo general, en las audiencias no quedan expuestos los culpables a nivel individual (que han renunciado o dieron un paso al costado, con lo que la culpa recae en los últimos empleados negros), queda claro que el simple hecho de presentar un alegato normalmente genera cierto revuelo en las organizaciones. En algunos medios, los periodistas han manifestado públicamente una postura contraria a la de sus jefes y, en ciertas empresas, ha habido discusiones y peleas eternas.

Las audiencias dedicadas a las empresas proporcionan un toque de surrealismo. En el elegante vestíbulo del Hotel Carlton, en el centro de Johannesburgo, donde no hace mucho estuve esperando a Joe Mamasela, los comisionados parecen tristes. La vestimenta color púrpura de Tutu aporta un llamativo toque anacrónico. Cuando el Arzobispo inicia el encuentro con una plegaria, la mayoría de los empresarios miran a su alrededor, desconcertados.

Aun así, los tremendamente ricos, los Capitanes de la Industria como Nicky Oppenheimer y Johan Rupert, los jefes de organizaciones poderosas como Julian Ogilvie-Thompson y Bobby Godsell se sientan frente a los comisionados igual que cientos de otras personas que los precedieron. Están listos para ser interrogados y rendir cuentas como cualquier mortal. Así se crea la impresión de que nadie está por encima de la ley, ni siquiera los ricos.

El tono de las audiencias lo establece el profesor Sampie Terreblanche, con la agitación de sus brazos, su cabello blanco y su acento inglés del Estado Libre, maravilloso y desagradable a la vez. Se deleita con cada palabra.

—La hisssstoria de ciennnn años de capitalismo rrrracial enrriqueció a los blancos *innnmerecidameeeeeente*. —Terreblanche afirma que hacia finales del siglo pasado, los granjeros negros producían más maíz que los blancos, y que por eso no querían trabajar en las granjas de los blancos ni en las minas. Pero con el tiempo, con la promulgación de la Ley de Glen Grey, en 1894, y la Ley de Tierras, en 1913, los negros fueron corridos de los campos que habían cultivado. Los granjeros negros pasaron a ser un reservorio de mano de obra barata para las empresas.

Terreblanche describe los términos de la explotación: los salarios de los trabajadores negros no aumentaron entre 1910 y 1970, y en 1972 eran más bajos que en 1911. Sin embargo, durante ese período, el precio del oro aumentó un cuarenta y cinco por ciento, y los salarios de los trabajadores blancos se duplicaron.

En 1970, continúa Terreblanche, el sistema del capitalismo racial volvió a modificarse, pasando del favoritismo al padrinazgo y la protección. Durante la presidencia de P. W. Botha, se forjó una cooperación anormal entre la burocracia estatal y las empresas. Las empresas no destruyeron el apartheid, explica, sino que, en realidad, fortalecieron al Gobierno y contribuyeron a crear un neoapartheid.

Esta es la primera vez que queda expuesta con toda claridad la idea de un beneficiario como una entidad distinta del perpetrador. ¿Las empresas se *beneficiaron* con el apartheid?

Claro que sí, dice Lot Ndlovu, del Foro de Ejecutivos Negros.

Claro que no, dicen los dirigentes empresariales blancos más prominentes. De hecho, el apartheid no nos permitió desarrollar todo nuestro potencial.

Lot Ndlovu no está de acuerdo. Los bajos salarios, las viviendas inadecuadas y las pésimas condiciones laborales incrementaron los márgenes de ganancia de las empresas de los blancos, retruca. No hubo lugar para los negros en las estructuras de poder hasta 1973, cuando estallaron las protestas de los trabajadores en Durban. A partir de ese año, las empresas se despertaron y empezaron a nombrar negros para ciertos cargos directivos y ejecutivos.

—Pero, por lo general, usaban a los negros como amortiguadores: eran mensajeros, comunicadores, los hacían ir a hablar con los trabajadores para explicarles qué querían los jefes y para tratar de apaciguarlos. Así daban la impresión de que se estaban haciendo progresos.

Pero las empresas insisten en que no se beneficiaron con el apartheid. Johan Rupert afirma que el Grupo Rembrandt fue fundado por afrikáneres y gestionado por afrikáneres mucho antes de que estos gozaran de ventajas financieras. Rembrandt ha tenido buena relación con los inversores, lo mismo que con los trabajadores de sus empresas. La renovación de personal es menor al dos por ciento. El sueldo del personal de limpieza es de tres mil seiscientos rands, ¡un sueldo superior al que el Gobierno les paga a los maestros! Rembrandt también es generoso con el fisco, dice Rupert sonriendo, ya que desembolsó diez mil millones de rands en concepto de impuestos en los últimos dos años. Quizá no haya hecho lo suficiente para combatir al apartheid, pero el hecho de que Rembrandt siga operando en el país quiere decir algo.

Queda para el Afrikaanse Handelsinstituut la tarea de aclarar el debate sobre los beneficios. Cuando las empresas nacionales se comparan con las internacionales, se sienten en desventaja. El apartheid no permitió que la mayoría de los sudafricanos se convirtieran en una fuerza económica y de consumo sustancial; por eso, las empresas creen que el sistema impidió su desarrollo y las perjudicó en términos económicos.

Empresarios como Rupert proporcionaron estadísticas en las que revelan que a sus sucursales en el exterior les ha ido mejor, a pesar de

que allí se enfrentaban a una competencia mayor. Pero no nos tenemos que comparar con empresas internacionales, afirma Theo van Wyk. La comparación relevante es con las empresas negras... así nos vamos a dar cuenta de cuánto nos hemos beneficiado.

Cuando Julian Ogilvie-Thompson comienza a leer el alegato de Anglo-American con su acento victoriano, en la sala de prensa un periodista comenta en voz alta:

—Aunque más no sea por ese acento debería solicitar la amnistía. —Ogilvie-Thompson se esfuerza por destacar que Anglo-American nunca tuvo vínculos con el Partido Nacional. Durante los trece años en que John Vorster fue primer ministro, la firma habló con él una sola vez, cuando Vorster pidió permiso para exhumar los cadáveres de unos miembros de la Ossewabrandwag de la mina de Koffiefontein. Es bastante inusual, dice, que el mayor grupo empresarial de un país no tenga contacto alguno con los gobernantes.

Los empresarios afrikáneres citan al poeta N. P. van Wyk Louw. *O wye en droewe land* [Oh, vasta tierra de lamentos], recita el profesor Sampie Terreblanche.

—Yo creo en la oposición leal —dice Johan Rupert—, lo que Van Wyk Louw llama *lojale verset*.

—Lean a Charles Dickens —responde Ogilvie-Thompson.

—Todos los jefes que nos han oprimido están presentes —acota un trabajador—. Siento su respiración en la nuca.

—Pedimos perdón por Steve Biko —dice Rupert.

—El profesor Terreblanche es miembro de la Sociedad de la Tierra Plana —dice Nigel Bruce—. Nosotros, los ingleses, jamás sacamos ventaja durante el apartheid.

Llama la atención cómo ha cambiado el tenor de los alegatos en estos tres días de audiencias. El primer día, Barlow Rand y la Cámara Minera logran irritar a los presentes repitiendo que nunca obtuvieron beneficios gracias al apartheid. Citan resoluciones, declaraciones y artículos periodísticos con el propósito de demostrar que siempre han combatido enérgicamente el apartheid.

—¡Qué maravilla! —exclama Sam Shilowa, secretario general del Congreso de Sindicatos de Sudáfrica—. ¡Ahora resulta que todos fueron revolucionarios en este país!

No obstante, desde el primer día, los representantes de Anglo-American y de otras grandes empresas escuchan atentamente desde la última fila. No les lleva mucho tiempo darse cuenta de que tanta

declaración de inocencia no da bien en cámara en el noticiero de las ocho. Al tercer día, todos admiten que se han beneficiado, piden perdón y prometen tomar medidas para corregir los errores.

La mayoría de las empresas establecen delegaciones que contienen un blanco, un negro y, si es posible, una mujer. El Land Bank es el más audaz, pues envía dos alegatos, uno de tendencias de izquierda, que presenta un negro, y uno de tendencias de derecha, que presenta un afrikáner. La jefa, Helena Dolny, viuda del héroe del PCS Joe Slovo, se sienta entre ambos.

*

La niebla se acumula en nuestros rostros. Siento que el pelo se me escapa hacia el sueño y el agua.

Este ha de ser el último día.

Me despierto a la noche. Tu cabeza está inclinada lejos de mí, como si cayera en fragmentos de luz de luna en el borde de la cama. Tu brazo pesado sobre mi pecho es una reja de arado.

En silencio, nos dirigimos al aeropuerto. Pienso en tus pies relamiéndose al sol. Colocás mis valijas en el carrito.

—No es necesario que hagas esto —me decís. Tu voz ya no es como yo la conocía.

Me doy vuelta y camino sola hacia las puertas corredizas. Cuando se abren, miro hacia atrás. Estás de pie con tus brazos cruzados a modo de parapeto. De piedra. Como un fuste enfurruñado. Ya en la terminal, las palpitaciones se convierten en un espasmo de dolor en el pecho.

El título oficial, Audiencia Dedicada a la Violación de Derechos Humanos del Mandela United Football Club, no tiene importancia, porque todos la conocen por “la audiencia de Winnie”. Para los medios de comunicación, es un suceso comparable a la liberación de Nelson Mandela en 1990. En las mesas de noticias de la prensa internacional creen que si no lanzan un ataque contra Saddam Hussein en los próximos días, la audiencia de Winnie está destinada a convertirse en la noticia más relevante del mundo esta semana. Es la última semana de noviembre de 1997.

Las estadísticas son inquietantes. Más de doscientos periodistas provenientes de dieciséis países, más de veinte canales de televisión y cien agencias de noticias de todo el mundo fueron acreditados para cubrir esta etapa de la Comisión de la Verdad. Además de sistemas de audio y video, los periodistas necesitan líneas telefónicas, módems para las computadoras portátiles, intérpretes de lenguas africanas, información: ¿Quiénes van a declarar? ¿Quién es el abogado? ¿Cuáles son los casos vinculados? ¿Cómo se pronuncia este apellido?

Cuando llevan al director del departamento de medios de la Comisión de la Verdad a ver la sede elegida por la oficina de Johannesburgo, aparentemente pierde los estribos. Se trata de un centro de entretenimiento barato con paredes delgadas, salas pequeñas, cielorrasos bajos y terminaciones ordinarias. Las exigencias de esta audiencia son mucho más complejas que el mero alojamiento de los medios. Va a haber treinta y cuatro testigos, algunos van a declarar a favor de Winnie y otros en contra. Todos necesitan espacio para reuniones privadas con los abogados. Necesitan privacidad para llorar y para recibir asistencia psicológica. Necesitan espacio para enfadarse con los acusados sin que estos los vean. Madikizela-Mandela necesita su propia sala de consulta donde puedan permanecer sus guardaespaldas, familiares y abogados. Como corren rumores de que últimamente se ha dedicado a intimidar testigos, es fundamental que

no tenga contacto con ninguno de ellos en la sede donde se llevará a cabo la audiencia. Algunos de los convocados a declarar están presos y necesitan una sala con condiciones especiales de seguridad aprobadas por las autoridades penitenciarias. Los comisionados también necesitan un lugar para hablar, descansar y comentar estrategias, lejos del acoso de los medios periodísticos. Uno de ellos en particular necesita espacio para orar (Tutu ha estado rezando continuamente durante las pausas para tomar té y descansa más que lo habitual después de su reciente tratamiento oncológico). Los abogados necesitan espacio para proteger su independencia, para que no haya lugar para el más mínimo susurro conspirativo.

Y todos tienen que comer.

Un centro de entretenimiento poco atractivo en el suburbio de clase media baja de Mayfair, en Johannesburgo, es el elegido para alojar todo lo expuesto.

*

¿Por qué esta mujer, una mujer negra de un país aislado durante tanto tiempo, genera tamaña locura mediática? ¿Se debe a que Winnie Madikizela-Mandela responde al arquetipo de Negro y Hermoso? ¿O a que responde al estereotipo de Negro y Malo?

*

Algunos días después del divorcio tan mentado del matrimonio Mandela, una multitud de jóvenes organizó una marcha por una avenida de Durban. Marchaban a favor de la reforma educativa, pero en una de las pancartas se leía: “No a Nelson Mandela, el Santo. Sí a Nelson Mandela, el Revolucionario”. Ese mismo día, un grupo de mujeres daba la bienvenida a Winnie Mandela en una concentración por el Día de la Mujer en Pietermaritzburg. Las mujeres cantaban: “Winnie y Nelson, aunque el mundo los haya separado, para nosotras son dos caras de la misma moneda. Ustedes nos completan. No entendemos a uno sin el otro”.

*

La galería de imágenes que representan los sentimientos que genera Winnie Madikizela-Mandela es muy extensa.

Primera imagen: En el Parlamento, ella es una figura secundaria.

Habla poco. Fuera del Parlamento, frente a los portones de hierro, un vendedor ambulante vende llaveros con la imagen de la cara de Winnie. Extraño: la mujer y la leyenda se alimentan la una a la otra.

Segunda imagen: Como figura política, tiene una habilidad extraordinaria para captar los estados de ánimo de la gente y actúa de distintas maneras según a quién tenga enfrente. En el país, se dirige a grupos que sienten que el sistema no funciona para ellos. En la televisión de Estados Unidos, actúa para la diáspora negra: es una figura maternal, un símbolo majestuoso de la solidaridad con la madre patria, la mitología olvidada del significado de ser africano. Va ataviada con collares de cuentas y turbantes (los emblemas del honor, como la corona o la mitra, siempre se han asociado con la cabeza). Los expertos mediáticos dicen que es como un camaleón, que cruza fronteras con gran destreza. Y su honor depende del reconocimiento público. La opinión pública constituye el tribunal permanente ante el cual se ponen a prueba las proclamas del honor.

Tercera imagen: Gran parte del poder de Winnie es gestual. No le hace falta gritar “¡Amandla!”. Le basta con alzar el puño. Vive en imágenes icónicas: la evocadora filmación de su belleza sensual y liberada contra un fondo de chapas de zinc del polvoriento y desolado municipio de Brandfort. Cuando se pone de pie, siempre aparece sola, triunfante. Cuando se sienta, se sienta sola, y en el aire se huelen la conspiración y el temor.

Cuarta imagen: Cometi6 el peor de los pecados, decepcionar al pueblo. Es más fácil perdonar un asesinato que una traición. Fue una luchadora incansable: los juicios y las prohibiciones no le impidieron mantener el nombre de Mandela en el candelero, lo cual le otorga mucho crédito en el balance de la política. Pero eso tiene un precio: cuando alguien es tan popular, cuando es objeto de tanta reverencia, se espera que sea como la mujer del César.

Quinta imagen: Winnie es también amarillismo mediático. Desea a los hombres y los hombres la desean. Le gusta ir de compras, tiene muchos diamantes y a veces los luce profusamente, se deshace de individuos prescindibles... es una provocadora peligrosa que se pavonea entre demócratas cabizbajos. Se rehúsa a formar parte de la complacencia de pueblo. Se niega a servir a los amos. Se niega a hacer del mundo un lugar más seguro para la democracia.

Sexta imagen: Winnie es prefeminista y posfeminista. Es a través suyo que entendemos intuitivamente a MaNthatisi, Nongqawuse, Elena de Troya... MaNthatisi, la que gobernó a los tlokwa como regente de su hijo menor, Sekonyela, y adquirió una fama tan feroz

que a las bandas de saqueadores se las conocía erróneamente como *mantatees*. Entre sus enemigos, corría el rumor de que era una gigante grotesca con un solo ojo en la frente, que amamantaba a sus guerreros antes de la batalla y enviaba enjambres de abejas que los precedían en su marcha. En oposición a esta imagen horrible, sus seguidores la llamaban con cariño Mosadinyana, la mujercita. Se la conocía por su pericia en arrojar el hacha... Pero quizá sea el personaje de Lady Macbeth el que mejor concentra los distintos elementos de la personalidad de Winnie: ambición desmedida, capacidad para la conspiración cruel, abuso de la devoción, el olor de la sangre que no se le va de las manos, los fantasmas persistentes... todo lo cual conduce a la locura.

Séptima imagen: El dilema de Winnie es, básicamente, el mismo que el del CNA. Como el CNA, ella ha acumulado una enorme cantidad de crédito político. Igual que el CNA, exige recibir un trato diferencial. Pero el mundo no ha venido a admirar a una mujer negra desafiante que no se arrepiente de nada. El mundo ha venido para ver cómo quemamos a una bruja en la hoguera.

*

El nombre de Winnie Madikizela-Mandela fue pronunciado en muchas de las audiencias dedicadas a violaciones de derechos humanos. Hubo padres que declararon ante la Comisión de la Verdad acerca de la desaparición de sus hijos cuando tenían vinculación con los Mandela. En consecuencia, Winnie fue citada en cumplimiento de la Sección 29 para que prestara declaración a puertas cerradas. Exigió una audiencia pública para limpiar su nombre antes de las elecciones para presidente y vicepresidente del CNA.

La audiencia celebrada en Mayfair fue bastante inusual. Como ella no ha solicitado la amnistía, no es necesario que diga la verdad.

y

□

¿Vendrá? ¿O enviará solo a sus abogados?

Los fotógrafos están preparados. Gritan. Empujan. Todos debemos salir para que entren los perros a revisar la sala.

—Si es inteligente, va a venir, va a sentarse aquí a escuchar. Al final todos vamos a sentir pena por ella, pero va a estar bien.

—No, si *de verdad* es inteligente, va a pedir la palabra y va a decir

todo lo que tiene para decir. Así podrá ser nuestra próxima *presidenta*; la vicepresidencia es un puesto menor.

Cuando llega, los enviados de los medios se le echan encima. Los sudafricanos, que no estamos acostumbrados a empujar para conseguir un lugar en la primera fila, ni siquiera la vemos.

—No se preocupen —nos dice un periodista norteamericano que me oye quejarme—, ella no viene para ustedes, viene para el público afroamericano. Ya le hicimos una entrevista de más de diez horas. Sus seguidores están ahí. —Recuerdo que nunca aceptó que la entrevistáramos en la radio. ¿No le interesa hablarles a los que ella dice que son sus votantes: los pobres analfabetos, que no tienen televisor?

*

En el monitor de la sala de prensa, miramos la entrada triunfal. Winnie es alta. Sobresale entre quienes la rodean. Parece incomprensible que esta mujer con elegante chaqueta celeste y collar de tres vueltas de perlas, con sus preciosas hijas y elegantes guardaespaldas, esté involucrada en tantos hechos espantosos.

La audiencia apenas había empezado cuando un guardaespaldas con un aro de oro entra trayendo una gran heladera portátil color púrpura y la apoya en el piso entre la madre y sus hijas. Hace calor bajo la luz de las cámaras que cuelgan del techo bajo. Cuando aumenta la temperatura y los argumentos jurídicos se recalientan, Madikizela-Mandela se refresca bebiendo agua mineral con hielo.

Que su mera presencia intimida queda claro desde el principio. Las víctimas casi no pueden mirarla. Los comisionados tampoco. Las cámaras pasan de su exquisito rostro, el armazón de sus anteojos adornados con brillantes, la multitud de finos anillos y pulseras a las caras de las víctimas, que tienen grabados las dificultades, el dolor, la pobreza. ¿Es esto un choque entre los negros pobres y la elite negra?

Fuera de la sala, un grupo de simpatizantes de la Liga de Mujeres del CNA repiten consignas de apoyo. Son todas ancianas, arrugadas y pobres. “Winnie no mató sola”, gritan. “Winnie cumplía nuestros deseos”. Apago el grabador. No quiero oírlas. No quiero que esas frases salgan al aire. No quiero vivir en un país donde el deseo de las mujeres sea que otra mate por ellas. Esta audiencia nos pondrá a prueba más allá de nuestros límites, lo sé.

Al día siguiente, hay cuatro grandes motores encendidos cerca del edificio. Enormes caños que brillan como papel de aluminio insuflan

corrientes de aire fresco en el interior de la sala.

*

Phumlile Dlamini estaba embarazada de tres meses. El padre del bebé era uno de los amantes de Madikizela-Mandela.

—Winnie estaba molesta. Vino a mi casa a hablar con mi mamá. Le dijo que me devolvería a casa. Mi madre le rogó: “Por favor, tráigamela... no la mate...”. Ella, Winnie, fue la que me pegó primero. Después le dijo a los del Football Club: “A ver qué pueden hacer con esta”. Después todos me agredieron. Yo quería hacer la denuncia, pero mi hermano dijo que, si los denunciaba, nos iban a quemar la casa. La gente tenía miedo de decir lo que pensaba. Todos querían a Winnie y tenían fe en ella como Madre de la Comunidad. Después cambié de idea... No me gustaba oír que la llamaran la Madre de la Nación.

La madre de Siboniso Shabalala está de acuerdo. Sentada ahí, con su pequeño sombrero de paja, también habla del miedo.

—¿Alguna vez Madikizela-Mandela la amenazó?

—Sí, la gente le tenía miedo... yo todavía le tengo miedo.

—Mis manos no están manchadas con sangre de chicos africanos —dice Xoliswa Falati, una antigua amiga de Winnie, recorriendo la sala rápidamente con la mirada—. Nunca la puse en peligro. Fui a la cárcel por ella y ella fue muy desagradecida conmigo. Deshumaniza a las personas. Las reduce a la nada. Se cree una especie de diosa, un ser superior...

—No sabía que la señora Mandela tomaba bebidas fuertes. Se pone agresiva cuando las toma. —Esa es la única explicación que se encontró para el cambio que se produjo en la forma de actuar de Madikizela-Mandela a finales de la década de 1980. Y la ofrece la mujer sospechosa de proveerle cocaína a Madikizela-Mandela.

—Perdón, *sisi* —interrumpe el arzobispo Desmond Tutu—, límitese a contestar las preguntas, no convierta la audiencia en un circo.

—Me reprimí durante mucho tiempo. Como si hubiera sido una botella de champán todo el tiempo —dice Falati, bufando—. Ahora tengo que explotar... —Winnie niega con la cabeza, se ríe y gira el dedo índice indicando que la mujer está loca—. Ella quiere hacerles creer que estoy loca. Me señala como una loca... Reíte si querés, pero la que no va a poder dormir a la noche sos vos.

Un amante de Winnie objeta el testimonio de Falati, quien, con actitud displicente, responde:

—Ah, claro, vos sos xhosa, típico de un xhosa, por eso negás todo.

Todos los xhosas mienten así; sos un verdadero xhosa. Y Winnie también es xhosa.

¿Por qué encubrió a Winnie y en el juicio por la muerte de Stompie presentó pruebas falsas?

—En nuestra cultura, protegemos a nuestros líderes. Yo tenía miedo; veía que atacaban a los nuestros. Ella daba órdenes y no había que responder. —Falati concluye con una floritura poética—: No se trata de pensar; se trata de actuar y la vida dar.

—¿Usted odia a Winnie Mandela? —pregunta el abogado.

—No —responde Falati.

—¿Entonces la quiere?

En la expresión de desconcierto de Falati se adivinan las dudas que le genera la pregunta.

—No lo sé.

*

—El secuestro y asesinato de Stompie Seipei son importantes más allá del horror normal que podríamos sentir. Porque en un nivel, son delitos comunes, pero en otro, tienen que ver con el abuso despiadado de poder... Son demasiado parecidos a los abusos del apartheid. —Estas son las palabras del arzobispo metodista Peter Storey.

A medida que avanza la audiencia, la muerte de Stompie pasa a ser el símbolo de lo que funcionaba mal en el hogar de los Mandela en 1989. Stompie, un activista de catorce años, fue secuestrado por integrantes del Mandela United Football Club en la vivienda del pastor metodista junto con otros jóvenes.

Las razones que se ofrecieron fueron que había que protegerlos de los presuntos abusos sexuales de los que era responsable el reverendo (y hoy obispo) Paul Verryn y que se sospechaba que Stompie era informante de la policía.

Storey capta la esencia del caso.

—La verdad sobre la muerte de Stompie fue maquillada para satisfacer intereses políticos. Disipar esta niebla sofocante de silencio y mentiras es muy importante para el futuro del país. Esta semana, por primera vez, nos adentramos en la carne de la vergüenza sudafricana. El tumor primario siempre fue y seguirá siendo el apartheid. Pero las ramificaciones secundarias tocaron a muchos opositores al régimen y erosionaron su conciencia del bien y el mal. Y una de las tragedias de la vida es que uno puede convertirse en lo que más odia y así ejercer un implacable abuso de poder y ser tan laxo que sus actos se asemejan

a los abusos que ha combatido.

»Más allá del horror normal, la muerte de Stompie no fue simplemente una tragedia política, fue también una tragedia moral. Esa muerte ha tenido consecuencias para las personas... En este país no solo tenemos que liberarnos, también tenemos que volvernos humanos.

Enfundada en un vestido de chintz marrón, la madre de Stompie Seipei asiste a la audiencia con su hija de cuatro años sentada en su regazo, aunque “regazo” quizá sea un término demasiado generoso. No queda mucho del regazo de la robusta señora Seipei tras cuatro días de estar sentada en una silla de plástico y con la pequeña muchas veces prendida a la teta. Con los auriculares en los oídos, la señora Seipei no se pierde nada. Tiene la mirada atenta y está siempre concentrada.

La especialista en patología forense Patricia Klepp presenta una descripción del cadáver.

—El cuerpo de Stompie Seipei había estado expuesto a altas temperaturas durante cinco días antes de que lo encontraran. Estaba infestado de gusanos. El cadáver pertenecía a un chico de baja estatura, de aproximadamente un metro cuarenta de altura. La masa encefálica estaba líquida y la piel colgaba de los huesos. Le salía sangre de la garganta por dos heridas de arma blanca en el lado derecho, dos orificios producidos por un elemento punzante de un centímetro y medio de largo aproximadamente. Tenía los pulmones colapsados, sangre en el estómago y contusiones en todo el cuerpo.

El cuerpo fue encontrado el 6 de enero de 1989. Un día después, Kenny Kgase, otro de los jóvenes secuestrados y alojados en la casa de Madikizela-Mandela, se escapó y contó que con Stompie se habían ensañado. El 16 de enero, otros dos muchachos, Thabiso Mono y Pelo Mekgwe, fueron liberados y entregados al Dr. Nthato Motlana, una “victoria” conseguida por fin gracias a la creciente presión ejercida por Nelson Mandela desde la cárcel y por el dirigente del CNA Oliver Tambo desde el exilio.

Los dos altos dirigentes del CNA intervinieron después de recibir los informes incriminatorios del Comité de Crisis Mandela. El Comité se había establecido unos meses antes de la muerte de Stompie, cuando la casa de Mandela fue incendiada por unos jóvenes indignados. La comunidad, que para ese entonces estaba harta del reino del terror impuesto por el Football Club, aparentemente se limitó a observar mientras el fuego devoraba la casa. Para evitar un choque mayúsculo entre el Club y la comunidad, se formó el Comité de Crisis, integrado

por autoridades eclesiásticas y dirigentes comunitarios, y encabezado por una figura muy respetada: el reverendo Frank Chikane. En enero de 1989, se decidió tratar el secuestro de los cuatro jóvenes.

Jerry Richardson, el director técnico del equipo de Madikizela-Mandela, declara:

—Lo primero que le hice a Stompie fue sostenerlo del torso... arrojarlo al aire y dejarlo caer al suelo. Y Mami estaba ahí sentada, mirando. Lo torturamos tanto que en un momento pensé que se iba a morir. Lo pateábamos como si fuera una pelota.

Thabiso Mono, uno de los secuestrados dice:

—Jerry Richardson pidió: “Traigan una silla para Mami”. Ella nos preguntaba por qué permitíamos que un sacerdote blanco se acostara con nosotros... Nos empezó a golpear ella con los puños y después se le unió todo el grupo.

Katiza Cebekhulu.— La señora Mandela le dio a Stompie con un *sjambok*. Le preguntaba por qué se acostaba con un blanco.

John Morgan, chofer de Madikizela-Mandela.— El día después de la agresión a Stompie, lo encontré todo deformado. Tenía la cara como una pelota de fútbol. Traté de ayudarlo a tomar un café y a comer un poco de pan, porque no podía hacer nada solo. —Morgan cuenta que más tarde encontró a Stompie en un charco de sangre que le brotaba del cuello.

Ese mismo día, el Comité de Crisis fue a ver a Madikizela-Mandela y le exigió que liberara a los chicos.

—¿Usted pidió ver a los jóvenes?

—No.

—¿Por qué?

—No formaba parte de nuestra misión.

Las palabras neutrales, elegidas con cuidado, provienen del reverendo Frank Chikane. Recuerdo perfectamente la entrevista que le hicieron cuando era candidato a integrar la Comisión de la Verdad y su reacción a la pregunta “¿Qué haría usted si le llegara la información de que las altas autoridades están implicadas en una violación de derechos humanos?” Su respuesta fue: “Toda la información debe ser tratada de la misma manera... de lo contrario, estaríamos creando una injusticia tan nociva como la anterior”.

El fracaso del Comité de Crisis para gestionar eficazmente la situación se refleja en la descripción de Storey.

—Me di cuenta de que estaban sucediendo dos cosas a la vez. Por un lado, un esfuerzo por descubrir la verdad y, posiblemente, salvarle la vida a Stompie. Y por el otro, un plan político: el Comité de Crisis

tenía que ocuparse del control de daños.

Según Richardson, debido a que las agresiones infligidas a Stompie fueron excesivas, no podían liberarlo. Esa noche, cuando se fue el Comité de Crisis, se tomó la decisión de matarlo. A la mañana siguiente, llevaron adentro a todos los chicos que estaban alojados en el fondo de la casa a cantar para animar a Madikizela-Mandela, que estaba deprimida. Cuando ya estaban todos adentro, Richardson arrastró a Stompie, que estaba débil y perdido, hasta un auto. Lo llevaron al campo, lo hicieron recostarse boca arriba y lo mataron como a un animal, con unas tijeras de podar. —No fueron cortes horizontales, como se corta el pan, sino como puñaladas.

—Yo la quería con toda mi alma —cuenta Richardson—. Habría hecho cualquier cosa por ella. Cuando otras personas se subían a un ascensor con nosotros, yo me preguntaba por qué osaban tomar el mismo ascensor que ella. Yo no quería que nadie tocara a Mami y me preocupaba que pudieran rozarla. Solo yo la podía tocar y nadie más que yo. La adoraba.

En la audiencia, él tiene en la mano una pelota de fútbol de cuero (“Me protege... tiene *muti*”) y una funda con estas palabras escritas con Koki: “Ahora es Jerry contra Winnie”.

A los diez días del secuestro, liberaron a los otros dos.

—Fue un secuestro en toda regla —afirma Storey—. Ella estaba a cargo de las negociaciones de parte de la casa de Mandela. Ella era la que decidía lo que iba a pasar. Ella era la que tomaba las decisiones de cuándo, cómo y en qué condiciones liberarían a los chicos. Estaba al tanto de todo lo que pasaba en la casa.

El Comité de Crisis advirtió que los chicos tenían heridas. Ellos aseguraban que se habían caído de un árbol y se habían lastimado.

—Nosotros no les creímos, pero si los sacábamos nosotros de la casa de Mandela, nos habrían acusado a nosotros de secuestrarlos —explica Sydney Mufamadi, integrante del Comité.

La noticia del secuestro y la muerte de Stompie se mantuvo en secreto. No se supo hasta el 20 de enero, cuando la publicó el *Weekly Mail*. El Comité de Crisis Mandela trató de frenar la publicación de los informes, porque temía que afectaran el progreso de las negociaciones con Mandela en la cárcel.

—¿No hay ninguna otra razón? —pregunta Dumisa Ntsebeza—. Toda esa gente implicada en la resolución del conflicto se sentía comprometida por el hecho de que Winnie Mandela era una figura política poderosa por derecho propio. Además, era la esposa de uno de los dirigentes más respetados del país. Eso influye en nuestra

capacidad para descubrir la verdad aún hoy: hoy, aquí, incluso nosotros dudamos de presentar estos hechos.

En los últimos ocho años, de acuerdo con el obispo Storey, la sola mención de Paul Verryn en este país evocaba la idea de sodomía, violación o abuso sexual. Storey añade:

—Todos hablan de jóvenes o niños; solo *uno* era niño, los otros eran adultos y *todos* retiraron la denuncia de sodomía salvo uno...

Llega el turno de Paul Verryn.

—Señora Mandela, realmente los sentimientos que usted me despierta me llevan en distintas direcciones. Quiero reconciliarme con usted. A mí me afectaron muchísimo algunas de las cosas que usted dijo de mí, cosas que me lastimaron y me dolieron mucho. Me costó llegar a entender, a perdonar. Aunque a usted no le interese el perdón o aunque piense que no merezco ofrecerle que la perdone. Me costó tratar de pensar cómo podemos reconciliarnos, por el bien de la nación y del pueblo que creo que Dios ama tan profundamente.

*

Un espacio extraño sale a la luz con las pruebas. Una casa que se había convertido en la fuerza centrífuga detrás de actitudes aparentemente opuestas. La casa del linaje político más prestigioso del movimiento de liberación y la casa de unos modestos informantes. La casa donde protegían y asesinaban a los jóvenes inestables. La casa de personalidades famosas, majestuosas, y la casa de un tipo especial de gánster... brutal, inseguro, con una inclinación patológica a la mentira. Por extraño que parezca, muchos de los matones eran chicos zulúes del interior. A Winnie Mandela le decían “Mami”. Su mano derecha, Xoliswa Falati, era “MaXtra Fuerte”. A los seguidores tenían apodos como “Golpe”, “Asesino”, “Borracho” y “Pibe”. La casa era “el Parlamento”, y Winnie tenía una silla especial en la que nadie osaba sentarse. Las agresiones se llevaban a cabo en la “Habitación Aceite de Pescado” y la casilla del fondo, donde mantenían a los secuestrados, era “Lusaka”.

Hay dos zonas de la casa de Mandela a las que se alude con frecuencia: el *jacuzzi* y el dormitorio de Zinzi Mandela. El cuerpo de Stompie Seipei fue visto junto al *jacuzzi*. Algunas conversaciones se mantuvieron en el interior del *jacuzzi* vacío. Por último, Cebekhulu alega haber visto a Winnie Madikizela-Mandela cerca del *jacuzzi* levantando un objeto brillante y clavándolo en un cuerpo que podía haber sido el de Stompie Seipei.

Pero el centro de placer y de la planificación de actividades guerrilleras parece haber sido el dormitorio de la joven Zinzi Mandela. Allí no solo mantenía reuniones sociales el grupo, sino que también, según relata uno de sus miembros, se enseñaba cómo desarmar un AK-47. Las armas se guardaban en el armario de esa habitación.

—Winnie es una mujer valiente. Es capaz de todo. Y Zinzi sale a la madre —dice un antiguo miembro del Football Club—. Es muy bonita y es capaz de cualquier cosa. Se comenta que de los cuatro hijos de Zinzi Mandela, dos son hijos de miembros del Mandela United Football Club.

El punto de contacto entre las costumbres de una pandilla de barrio y las de la aristocracia política es que las dos desprecian la legalidad. Los miembros de la aristocracia política reclaman el derecho al honor por tradición, que los convierte en líderes de la sociedad y, por tanto, les confiere su propia ley. La pandilla de barrio también se cree más allá de la ley, pero no por los mismos motivos, sino porque están fuera de la ley.

*

La baronesa Emma Harriet Nicholson les muestra a los sudafricanos el rostro inaceptable del colonialismo. En un documental de la BBC que salió al aire en octubre de 1997, prometió enseñarles a los sudafricanos las pruebas que puede aportar Katiza Cebekhulu en el caso de Stompie Seipei para que ellos decidieran lo que querían hacer con eso. A cambio de traernos a Cebekhulu, pidió un pasaje de avión, la condición de testigo protegido, la suspensión de la orden de detención, un abogado y permiso para acompañarlo a la presentación del testimonio. Concedido. Ahora está sentada junto a Cebekhulu, detrás del abogado, con una sonrisa cándida en los labios. No deja que ningún periodista se acerque a Cebekhulu.

—Todos quieren usarlo para ganar dinero —dijo la baronesa de manera brusca en el aeropuerto.

Ella declara que, durante sus actividades como defensora de los derechos humanos, se enteró de que en una cárcel de Zambia tenían detenido a un sudafricano. Supo que podía sacar a Cebekhulu de la cárcel, pero que ningún país lo recibiría, ni el Reino Unido, ni Dinamarca, ni Suecia, ni Estados Unidos, ni Canadá, ni ningún país importante. ¿La razón? Garantizar su seguridad saldría muy caro, porque había ofendido a “una parte” del CNA.

Después de su testimonio, invita a la madre de Stompie a salir de la

sala y, a la vista de toda la prensa, trata de convencer a la señora Seipei de que presente cargos contra Madikizela-Mandela.

—Estamos tratando de alcanzar la reconciliación en el país —le comenta un periodista a Nicholson— y por eso recurrimos a un mecanismo reconciliatorio como la Comisión.

—El tribunal necesita un asesinato —dice con desdén—, y yo quiero ser la voz de la señora Seipei.

Debido al despliegue publicitario alrededor del libro *Katiza's Journey*, donde Cebekhulu cuenta su historia, en un principio se consideró que el autor era un testigo importante contra Madikizela-Mandela. En especial, porque era la única persona que la había implicado directamente en un asesinato. Pero el libro se convirtió en un gran problema, porque los sudafricanos no tardaron en descubrir errores fácticos en el relato. En la época que corresponde a la historia que cuenta Cebekhulu, la sede del CNA no era la Shell House, sino que quedaba en Sauer Street. Por eso, la parte en la que menciona que se reunió con Winnie en el séptimo piso de la Shell House y que lo obligaron a irse del país, se torna poco creíble. El plano de la casa de Madikizela-Mandela no es correcto. El texto de Cebekhulu está redactado en un tono que a los sudafricanos les parece indignante y que es bastante infrecuente en Sudáfrica: las esposas de los dirigentes políticos, propone, deberían llevar una vida modesta.

—Eso me suena más a Nicholson que a Cebekhulu. ¿O estoy tratando con Bridgeland de la BBC? ¿A quién estoy interrogando? —grita, exasperado, Ishmael Semenya, el abogado de Madikizela-Mandela—. ¿Es verdad todo lo que dice el libro?

—No —contesta Cebekhulu—, solo lo que se me atribuye a mí, salvo el episodio de la Shell House.

—Ninguna de las personas presentes en la agresión a Stompie acusa a Winnie como lo hace usted, aunque todos se volvieron en su contra. ¿Por qué?

—Le tienen miedo —se atreve a responder Cebekhulu.

—¿No será que usted estaba tan desesperado en la cárcel de Zambia que decidió exagerar para que lo sacaran de ahí?

—Yo escribí lo que me contó Cebekhulu—explica la baronesa, que como tiene problemas de audición, normalmente lee los labios.

Los ventrílocuos que rodean a Cebekhulu se ocupan de que sus pruebas sean tan endebles como todo lo que hemos escuchado hasta el momento.

Las frases más frecuentes son “eso no es verdad” y “realmente no lo sé”. Durante cuatro días, Winnie Madikizela-Mandela ha observado a hombres poderosos esforzándose por no decir nada malo de ella. Está claro: los que no tuvieron el coraje de enfrentarla en el pasado, tampoco lo tienen ahora.

Afuera ya está oscuro cuando suben al estrado dos antiguos dirigentes del FDU: Murphy Morobe y Azhar Cachalia.

A mediados de 1985, casi toda la cúpula del FDU estaba detenida o procesada, comenta Cachalia. Detuvieron a unas cinco mil personas en un año. Miles de jóvenes inestables y sin nadie que los guiara se veían a sí mismos como soldados de la lucha. Pero no tardaron en volverse pandilleros que andaban por la calle y aplicaban su propio concepto de justicia.

—Las pandillas eran feudos o bases de poder personales que empleaban formas extremas de castigo. Fue en ese clima que la señora Mandela fundó su propia pandilla de vigilancia. Creo que cuando me enteré de la existencia del Football Club, lo primero que pensé fue que no era adecuado usar el buen nombre de Mandela para esos fines. Seguramente había otras maneras de ayudar a la juventud. Pronto se conocieron noticias inquietantes acerca de las actividades del Football Club.

»Probablemente, el caso más repulsivo en el que participó el Football Club haya sido el del secuestro de dos jóvenes acusados de ser informantes. A uno le grabaron la letra “M” en el pecho con una navaja y la frase “Viva el CNA” en una pierna. Después le rociaron ácido de batería sobre las heridas. —Se dijo que Winnie había supervisado el operativo, pero un miembro del Football Club declara que fue Zinzi Mandela la que se ocupó de preparar los moldes de las letras con plástico fundido.

No sorprende que los alumnos de la Daliwonga High School hayan incendiado la casa de Mandela. Hacia principios de 1989, cuenta Cachalia, se conocieron algunos datos objetivos: cuatro jóvenes, entre ellos un menor (Stompie), habían sido llevados a la fuerza de la residencia de un pastor metodista a la casa de Mandela. Allí les pegaron y los retuvieron contra su voluntad. Uno de los chicos, Kenny Kgase, se escapó y contó la terrible experiencia que había vivido. Habían identificado el cadáver de Stompie y fue imposible lograr que Winnie Madikizela-Mandela cooperara. Ni Nelson Mandela ni Oliver Tambo lograron convencerla; a Paul Verryn le habían tendido una trampa; el Comité de Crisis había fracasado; y la comunidad había

alcanzado su punto de ebullición.

—Permítanme explicarles una parte de ese punto de ebullición —propone Cachalia—. Nosotros luchábamos contra el abuso de los jóvenes en las cárceles y de repente pasa eso en la casa de Mandela.

Con una decisión valiente basada en elevados principios éticos, a principios de 1989 la dirigencia del FDU anunció públicamente su distanciamiento de Winnie Mandela. Uno de los dirigentes fue el vocero de la organización: Murphy Morobe. Él había pasado su infancia en la calle de Winnie Mandela y solía quedarse en la casa de ella cuando volvía de la escuela. En la isla Robben había oído hablar a Nelson Mandela del culto a los dirigentes y de cómo un líder incuestionado tiende a abusar de su poder.

—Yo estaba en el medio de todo eso y era un ser humano —dice Murphy Morobe—. Además de la repugnancia con la que algunos nos apartamos de las actividades de los que eran conocidos en el municipio como los “Muchachos de Winnie”, una de nuestras mayores preocupaciones en el plano político era hasta qué punto las actividades de estos muchachos nos estaban alejando de la tarea fundamental de combatir al régimen.

»La decisión de tomar distancia de Winnie tuvo una profunda influencia en mí como individuo, en mi relación con Madikizela-Mandela... y también en mi relación con muchas personas dentro y fuera del movimiento.

»Lo que quiero señalar como conclusión es que me involucré en esto por una cuestión de principios... y para mí era importante que mi organización, mi movimiento, tomara el toro por las astas.

Nadie está muy seguro de si el hecho de que el público aplauda de pie es un reconocimiento a la valentía moral de estos dos hombres o al enorme precio que se paga por tener valentía moral en este país. Alguna vez, fueron importantes dirigentes del FDU y en la nueva administración son personas que trabajan en el anonimato para políticos que tienen memoria. Murphy Morobe es presidente de la Comisión de Economía y Finanzas y Azhar Cachalia encabeza la Secretaría de Seguridad.

*

Testimonio de Nicodemus Sono, padre de Lolo Sono

—La última vez que vi a mi hijo en compañía de Winnie

Madikizela-Mandela estaba sangrando, lleno de moretones, temblaba y lloraba. Le rogué a ella que me devolviera a Lolo. “De este perro se ocupará el movimiento”, me dijo antes de marcharse en su combi azul y blanca... Nunca lo volví a ver. Le fallé a mi hijo.

»Después vino lo peor... Mi hija mayor estaba buscando trabajo, estaba en la estación Langlaagte. Ahí vio a alguien que era exactamente igual al hermano. Se quedó parada, como atrapada, llorando. Se le acercó una mujer y le preguntó qué le pasaba. Mi hija le dijo que había visto a un hombre igual a su hermano desaparecido desde 1989. La mujer se acercó al hombre y le preguntó cómo se llamaba. Él le respondió, dijo que era zulú y le mostró el documento a Gail para que comprobara que no era su hermano Lolo. Mi hija estaba perdida, no paraba de llorar. Cuando volvió a casa no podía hablar, ni comer, ni nada.

»No nos pudimos recuperar todavía. Sigo teniendo pesadillas, sueños, a veces cuando oigo que llaman a la puerta pienso que es Lolo. Cuando estoy durmiendo, lo veo que viene del cielo a casa y me dice que ha vuelto. Trato de abrazarlo, le digo: “Bienvenido a casa”. Ahora le ruego a la señora Mandela, ante al mundo entero, le ruego que, por favor, me devuelva a mi hijo.

Sra. Winnie Madikizela-Mandela.— No tiene ninguna lógica. ¿Por qué agrediría yo a un chico y se lo llevaría al padre y después lo mataría? ¿Por qué? ¿Y por qué el señor Sono se empeña en acusarme de un acto tan atroz?

*

Durante la época de la lucha contra el régimen, cuando los camaradas criticaban la conducta escandalosa de Winnie Madikizela-Mandela, siempre salía a la luz este argumento: “Miren a Albertina Sisulu. A ella la acosaron del mismo modo. Padeció los mismos sufrimientos. Sin embargo, nunca dio un mal paso”. Por ese motivo, el testimonio de Albertina Sisulu ante la Comisión es una prueba difícil para su entereza. Es una mujer tan respetada en el ámbito de la lucha que no importa lo que diga, seguro le van a creer... en especial durante una audiencia repleta de mentiras, evasiones, intimidación y temor.

Sisulu, esposa de Walter Sisulu, uno de los amigos más antiguos de Nelson Mandela, fue enfermera de Abu-Baker Asvat, médico de Soweto. Ella estaba trabajando el día en que le dispararon a Asvat en el consultorio, unos días antes de que encontraran el cadáver de

Stompie Seipei. En la audiencia ya se habían presentado pruebas de que Madikizela-Mandela le pidió a Asvat que atendiera a Stompie después de la agresión. El médico se negó, pues consideraba que había que llevarlo a un hospital. También se presentaron pruebas de que Madikizela-Mandela llevó a Katiza Cebekhulu al consultorio de Asvat, a quien le pidió que lo examinara para demostrar que había sido sodomizado por Paul Verryn. Asvat también se negó y mandó a Cebekhulu a consultar con un especialista.

Sisulu cuenta lo que sucedió el día en que dos desconocidos mataron a Asvat.

—Oí que el doctor llamaba al paciente por su nombre y que se cerraba la puerta del consultorio, que era una puerta de seguridad que solo podía abrirse presionando un botón desde adentro. No sé qué paso ahí, pero como no se oía nada supuse que el doctor estaba ocupado revisando al paciente. A los diez minutos, oí un ruido que parecía el de un disparo... Grité “¡Abu!”. Pensé que podría estar ocupado porque no me contestó. Después, otro disparo. Esa vez también hubo un grito del Dr. Asvat... Le reconocí la voz.

»Abu-Baker Asvat era como un hijo para mí —dice Albertina Sisulu. Pero la semana anterior a la audiencia de Winnie, corrieron rumores de que estaba muy angustiada por su comparecencia ante la Comisión de la Verdad y de que el CNA le había mandado un abogado.

Sisulu niega haber visto a Winnie Madikizela-Mandela y a Katiza Cebekhulu en el consultorio.

—¿Sabe usted si hubo alguna discusión entre Asvat y Madikizela-Mandela en el consultorio el día que mataron al médico?

—Si la señora Mandela fue a verlo, no pasó por la recepción, que es donde yo estaba siempre...

—¿Pero no oyó el clic de la puerta de seguridad, como lo oyó cuando los asesinos de Asvat entraron en el consultorio?

Hay otra discrepancia. Madikizela-Mandela siempre ha dicho que estaba en Brandfort cuando agredieron a Stompie Seipei. En un documental de la BBC sobre la muerte de Asvat filmado a principios de 1997, Sisulu reconoció su letra en una tarjeta médica que prueba que Madikizela-Mandela miente. Sin embargo, en la audiencia de Mayfair, ella niega que la letra sea suya.

Dumisa Ntsebeza aventura una explicación.

—¿Podría ser que usted esté tratando de decir lo menos posible acerca de su camarada y colega, lo menos posible que pueda incriminarla e implicarla? ¿Podría ser que usted esté haciendo esto porque ella es su camarada? ¿Y porque los Mandela y los Sisulu tienen

relación tanto por el lado de los maridos como por el de las mujeres? ¿Es por este motivo que usted no quiere ser la que quede en la historia de Sudáfrica como la persona que osó decir cosas sobre su camarada que sugieran que ella estuvo involucrada en la muerte del Dr. Asvat?

Es difícil medir el nivel de angustia en los rostros. ¿Quién parece más afligido? ¿Albertina Sisulu o su marido, el hombre de cabello gris que está presente entre el público? En lugar de responderle a Ntsebeza, la mujer se explaya sobre su aporte a la lucha, como si quisiera dejar en claro que ella ha hecho mucho para la causa.

—Aunque esté protegiendo a la señora Mandela, no vine aquí a mentir. Digo exactamente lo que sé y lo que vi... El Dr. Asvat era como un hijo para mí. Si tenía algo que ver con los Mandela y me lo hubiera dicho, yo le habría advertido y hoy no estaría muerto... ¿Qué otra cosa haría Albertina Sisulu?

Al llegar a este punto, ya se había cubierto la cara con las manos.

Después, alguien ve a Madikizela-Mandela tratando de abrazar a Albertina Sisulu, que aparentemente la aparta diciéndole: *Hayi, suka wena* [¡Salí de acá!].

Sisulu regresa al estrado el último día de la audiencia y se demuestra que en realidad la letra de la tarjeta no es suya. Pero llama la atención que de su boca no haya salido ningún reproche dirigido a Madikizela-Mandela. Sepa algo o no, Sisulu forma parte de una galería de vidas que Winnie Mandela ha afectado, si no destruido, profundamente: Mananki Seipei, Nicodemus Sono, Phumlile Dlamini, los Asvat, Nomsa Shabalala, Paul Verryn, Azhar Cachalia y Murphy Morobe.

Las audiencias aún no han terminado y los afectados ya son muchos.

John Allen me llama aparte.

—Se han concedido un gran número de amnistías pero el anuncio se hará en Ciudad del Cabo. No sé por qué el Comité de Amnistía decidió anunciarlas justo cuando se está llevando a cabo la audiencia de Winnie... todos los periodistas que están cubriendo el proceso están acá, en Johannesburgo. Pero si la radio pudiera sacarlos al aire, estaría muy bien.

Miro la lista. Todos los nombres importantes del CNA: Thabo Mbeki; el ex jefe de la MK Joe Modise; Mac Maharaj, el responsable del Operativo Vula... Son treinta y siete en total.

—¿Quiere decir que no habrá audiencias públicas para ellos?

—Así es.

Afuera, pasan autos y camiones y dejan atrás una estela de humo. Oculta bajo una chaqueta de cuero para filtrar el ruido, Angie envía

un audio para el noticiero y yo escribo el texto en mi computadora portátil. Algo anda mal, me digo una y otra vez. Algo anda mal.

*

A la derecha de los comisionados, se arma una falange de abogados, en su mayoría blancos, que representan a víctimas y perpetradores.

—Soy el representante legal de la familia de Lolo Sono —dice el abogado, que pronuncia “Loulou Sounou”. Tutu sacude la cabeza: Lô-lô Sô-nô. Cuando el siguiente abogado habla del Dr. “Assevat” y otro pretende hacerle una pregunta a “Mazikidela-Mandela”, el Presidente simplemente alza las manos.

Pero cuando el abogado de los Chili pronuncia el apellido como si fuera el condimento, Tutu lo interrumpe para corregirlo:

—Agge nee boetie, nou’t ek genoeg gehad [No, señor, suficiente]... se dice *x!ili*.

—Disculpe, señor —se excusa el abogado con total franqueza—, ese sonido no me sale.

—Si acepta su dinero, respete su apellido... ponga la lengua detrás de los dientes: *x!ili*.

Esperamos, impacientes... no es el lugar ni el momento. Pero, *voilà*:

—Represento a la familia... *x!... x!ili*.

Tutu sonríe, complacido.

*

En estas audiencias, la Comisión de la Verdad se centra en tres casos: la desaparición de Lolo Sono, la muerte de Stompie Seipei y la muerte del Dr. Abu-Baker Asvat. Los tres tienen mucho en común. Por un lado, todos están vinculados con Winnie Madikizela-Mandela; por otro lado, en todos están involucrados tres inspectores de policía, hay una serie de documentos extraviados, investigaciones deficientes y una conducta inusual. Como miembros del equipo que se ocupa de investigar robos y asesinatos en la comisaría de Protea, Henk Hesslinga, Fred Dempsey y H. T. Moodley condujeron la investigación de los tres casos. En todos, las fallas tuvieron que ver con las pruebas que vinculaban a Madikizela-Mandela con los asesinatos.

El caso de Lolo Sono. El chofer de la combi, Michael Siyakamela, declara que Sono, muy golpeado, estaba sentado en el vehículo con Madikizela-Mandela cuando hablaron con el padre, que suplicaba por su hijo. Esa declaración se perdió. La Comisión de la Verdad averigua

el paradero de Siyakamela, que inicialmente está dispuesto a volver a declarar, pero luego se niega porque “Mami” se puso en contacto con él.

El caso de Stompie Seipei. Un informante de la policía declara que Winnie tuvo que ver con la agresión a Stompie. La policía de seguridad retira su declaración con la excusa de que está investigando el asunto. El informante después vuela en pedazos a manos del jefe de Vlakplaas Eugene de Kock. Se sabe, además, que Hesslinga formó parte de la tristemente célebre unidad policial Koevoet, donde fue colega de De Kock.

El caso Asvat. Los dos asesinos son arrestados, pero los condenan por robo solamente. En su declaración, admiten haber robado ciento veinte rands. La familia Asvat aseguró durante años que del consultorio no faltó ni un centavo. Los asesinos ahora dicen que confesaron el robo bajo tortura. Agregan que, en su declaración, los párrafos en los que involucran a Madikizela-Mandela también fueron dichos bajo tortura.

La pregunta que flota en el aire es si Madikizela-Mandela estuvo asociada con la policía. Está claro que había contacto entre la casa de Mandela y la policía local. Probablemente, Winnie pensaba que la policía estaba subordinada a ella, y la policía pensaba lo contrario. Pero también había contacto entre el sistema judicial y los políticos, que estaban enterados de cómo estaban las cosas en los primeros intentos de negociación con Nelson Mandela preso en Victor Verster. En esa época, algunos fiscales se negaron a procesarla.

El precio que se pagó por las negociaciones fue la aceptación de los abusos y las violaciones de derechos humanos, una ambigüedad moral propia de la burocracia afrikáner en sus últimos años de decadencia.

*

Winnie Madikizela-Mandela niega todos y cada uno de los alegatos que la involucran en abusos de derechos humanos. En sus respuestas, alterna entre los términos “absurdo” y “ridículo”. Emplea esas palabras con tanta frecuencia que los familiares de las víctimas presentes en la audiencia se burlan apostando cuál será la próxima respuesta, si “ridículo” o “absurdo”.

—Entonces, según usted, el señor Ikaneng, los señores Mekgwe, Mono, Dempsey, Kgase, Morgan y Richardson, y la señorita Falati conspiran y mienten para implicarla a usted ¿Es eso lo que quiere decir?

—Todos mienten, señor... No estará sugiriendo, por el amor de Dios, que yo podría ser responsable de los actos cometidos por esos jóvenes... Ellos hacían su vida y yo, la mía... No puedo responsabilizarme por eso... No estoy bromeando y no le voy a *permitir* que me hable de ese modo... No es una violación de ningún derecho humano que se haya usado *mi* auto para trasladar a *mi* hija cuando se ocupaba de *mis* asuntos... ¿Por qué yo habría hecho algo así?... Azhar Cachalia formaba parte del conciliábulo indio... a Murphy Morobe le dicen “Murphy Patel” y todos participaron en la conspiración india... Ya le respondí; si no le gusta mi respuesta, lo lamento... Fui, soy y seré la jefa de mi familia. Toda mi vida fui la jefa de mi familia... No delego nada... Soy una persona común y corriente... me hicieron cosas inaceptables. Mientras muchos se quedaban cómodamente sentados en sus casas, nosotros librábamos una guerra.

*

Es jueves.

Un camarógrafo tiene puesta una remera con la leyenda “La vida es CORTA”.

Pero, ¡por Dios!, esta tarde de jueves parece eterna.

*

En el medio de la seguidilla de negaciones, un guardaespaldas lleva dos enormes ramos de flores rojas y blancas y los deposita cerca de la mesa de Winnie.

Se me parte la cabeza del dolor. Nunca me había deprimido tanto en una audiencia de la Comisión de la Verdad. Es como reseñar una mala película: un tsunami de escándalo, arrogancia, ambición, mentiras y gansterismo desenfrenado. El tema de esta audiencia es mi país, pienso, si hay espacio para todos y cuáles son las condiciones de ese espacio.

Tengo la clara sensación de que, por ahora, esta audiencia no tiene nada que ver conmigo, con los blancos. Los negros deciden ellos mismos qué está bien y qué está mal. Y toman la decisión aquí y ahora. Si un negro puede matar porque el apartheid lo justifica o si ninguno de nosotros puede matar, por ninguna razón. Esta audiencia tiene poco que ver con mi pasado, pero mucho que ver con mi futuro.

La idea es insoportable en esta sala reducida, colmada de

periodistas. Consigo zafarme de la maraña de cables y salgo a tomar aire. En la vereda, un hombre vende platos blancos con la cara de Nelson Mandela, Thabo Mbeki, Joe Slovo y Winnie Mandela, todos en la misma fila. No soporto el sol ardiente y regreso... ¿adónde?

¿Adónde?

No puedo vivir en un lugar donde las caras de Nelson Mandela y Joe Slovo sean intercambiables con la de Winnie Madikizela-Mandela.

*

—Estamos tratando de instaurar una administración diferente, caracterizada por una nueva ética. Integridad, veracidad, responsabilidad.

Un momento. Es Tutu el que habla. Atravieso el puesto de los guardias y subo la escalera corriendo. Lo veo sentado junto a los comisionados, más gris que como lo recuerdo y, a pesar del hábito púrpura, más consumido que como jamás lo haya visto antes. Pero como una daga, atraviesa las sórdidas capas de mentiras y simulaciones, cubiertas, durante las dos últimas semanas, por una armadura de términos jurídicos.

—Algunos de nosotros nos sentimos devastados pero consideramos que lo que pasó en esta audiencia ha sido muy estimulante. Nos sentimos devastados por cómo actuaron personajes importantes de la lucha contra el apartheid; su ineptitud ética fue algo tremendo, inesperado. Pero también hubo fantásticas excepciones, que se destacan por contraste.

»Hemos de demostrar cualitativamente que la nueva administración es diferente en el plano moral. Tenemos que sobresalir por la bondad, la verdad, la compasión, y no doblegarnos ante los poderosos.

»Reconozco el papel de Madikizela-Mandela en la historia de la lucha contra el régimen. Sin embargo, sabíamos que algo se había torcido, que había tomado un rumbo horrible... ¿Qué? no lo sé. Lo único que podemos decir es “Me he salvado por la gracia de Dios”.

»Algo se había torcido...

»Son muchos, *muchos* los que la quieren.

»Son muchos, *muchos* los que dicen que debería haber ocupado el lugar que le correspondía: el de primera dama del país.

»Le hablo como alguien que la quiere mucho... Yo quiero que usted se ponga de pie y diga: “Algo salió mal...”. Hay gente que quiere abrazarla... Yo mismo quiero abrazarla —Tutu abre los brazos frente a su pecho como si la estuviera abrazando—, porque la quiero, la quiero

mucho. Y hay muchas personas que quisieran abrazarla. Si usted fuera capaz de reconocer que algo salió mal y de pedir perdón por su responsabilidad en lo que salió mal... Usted es una gran persona. Y no sabe cuánto más grande podría ser si pidiera perdón por todo lo que salió mal. —Por primera vez, Tutu la mira a los ojos. Su voz ha ido transformándose en un susurro—. Se lo ruego.

El tiempo se paraliza. Tutu lo ha arriesgado... todo.

Oigo la sangre corriendo por mis venas.

Salta, de pronto, dentro de mí... sube.

Sale a borbotones por mi piel.

¡Ay, la Comisión! El centro más profundo de mi corazón. Un corazón que solo puede provenir de esta tierra (valiente), con sus dientes clavados firmemente en la yugular de la única verdad que importa. Y ese corazón es negro. Pertenezco a ese corazón negro y enceguedor de África. Las lágrimas se me atragantan (se me cae la lapicera, me cubro la cara con las manos, se me empañan los anteojos); por un instante fugaz y luminoso, este país, este país también es verdaderamente mío.

El corazón está de pie.

A lo lejos, oigo que Winnie Mandela pronuncia estas palabras:

—Digo que es verdad; algunas cosas salieron horriblemente mal, y somos conscientes de que hubo elementos que nos llevaron a eso. Por todo eso, pido perdón.

*

Pero no era sincera. Las víctimas, indignadas, dan entrevistas a los medios de comunicación fuera de la sala.

Los periodistas también están indignados. Ella no fue sincera. Lo único que hizo fue repetir las palabras que Tutu quería que dijera. Las repitió para la prensa internacional.

Aprieto la Comisión contra mi pecho. Estoy contenta, orgullosa de todos nosotros. Winnie Madikizela-Mandela se ha arrodillado ante ese corazón. En público, tuvo que ceder ante el corazón más profundo de este país. Tuvo que hacerlo. Bailó al compás de ese pulso bendito.

—Sos muy ingenua —me dice un colega que casi no puede disimular su ira. Tutu le acaba de proporcionar una plataforma respetable desde la cual lanzar su carrera política usando palabras bonitas en las que no cree pero que son útiles para sus fines demagógicos. Es la única que ganó algo con todo esto.

—Estás muy equivocado.

Enrollamos los cables y guardamos los equipos. Quisiera dejar todo en suspenso. Quisiera quedarme en este lugar que nos pertenece a todos.

—Lo importante de esta audiencia fue la colisión entre dos culturas que conviven en la comunidad negra. La cultura de la responsabilidad, la virtud y la culpa, y la cultura de la vergüenza y el honor del clan.

Revolea los ojos. Lo hago sentarse en una silla. Mi mandíbula paralizada vuelve a la vida.

—El honor se transforma en código, la atmósfera que respira un grupo de personas muy cercanas (un grupo externo al grupo poderoso) que se fundamenta en lealtades de clan, etnia o color. Winnie es la reina de la gente para la cual el nuevo sistema no funciona. Simboliza el honor colectivo. Es la personificación de sus aspiraciones y su derecho a un lugar en la sociedad. Tiene que aferrarse a ese honor. Si admite que actuó mal, los deshonor a todos.

—Y entonces ¿por qué de los ministros del CNA esperas que admitan los errores pero de ella no?

—Porque el principio de la democracia es la virtud. Reafirma la igualdad y la dignidad de todas las personas, sus derechos y obligaciones, independientemente de su posición en la sociedad. El *ethos* del honor de Winnie es radicalmente opuesto a estos principios. Acepta a regañadientes el honor y establece dos conjuntos de normas contradictorias: una para los propios y otra para los extraños. Por eso responsabiliza al Gobierno por la vulnerabilidad de los pobres, pero no se hace responsable del asesinato de esos mismos pobres. Ella y los suyos viven según sus propias normas, y el resultado es una ambivalencia permanente, una especie de autoengaño mezclado con egoísmo. Mientras tanto, a nivel consciente están obsesionados con el honor. Y en el campo del honor, el poder tiene valor.

—¿Y dónde está la colisión?

—Instintivamente, Tutu capta su principio operativo del honor y la desafía en su propio terreno. Deja atrás la responsabilidad moral. Instintivamente, Tutu se centra en el honor de Winnie. Le dice: “Usted es una gran persona, debería haber sido nuestra primera dama... Usted merece ese *honor*. Sería aún más grande si admitiera que algunas cosas salieron mal”. Y haciéndole ese pedido públicamente, la reconoce como su igual. En la cultura del honor, uno rinde cuentas por su honor ante sus iguales en la sociedad. Ella no podía negarse. Tenía que aceptar lo que le pedía Tutu.

—¿Y cuál es el triunfo moral, entonces?

—Que haya admitido que había cosas que salieron mal, porque así da por tierra con toda escultura del honor. A partir de hoy, sus seguidores tendrán que decir: “Ella mató por nosotros, pero también dijo que hubo cosas que salieron mal”. Por primera vez, se crea un espacio para que ella y sus seguidores admitan de manera honorable que las cosas salieron mal. ¿Qué más se puede pedir?

—Así que gracias a la dualidad del honor, el asesino es el jefe y el tirano, el ministro. —Hace una mueca burlona y cierra el bolso.

—Pero el asesino y el tirano, por primera vez están contenidos en el mismo marco que nosotros. Por algo se empieza, ¿no?

—Deberíamos ser más duros con Winnie que con Magnus Malan o con P. W. Botha, porque ella tenía una importancia mayor. Se suponía que ella era una de nosotros, una mujer de principios —me dice un colega. Es medianoche en Melville y estamos hablando del mal. Él está trabajando en un documental para la televisión sobre el tema.

—¿Vos creés en el mal? —me pregunta.

—El mero hecho de que uses el verbo “creer” revela que lo ves como algo abstracto.

—Por supuesto.

—No hay ningún supuesto. Cuando pienso en Hitler, es como si el mal absoluto fuese un hecho. Se lo puede tocar. Cuando toco a Hitler, toco el mal. En Hitler, el mal y lo *kitsch* se funden en una simbiosis perfecta. Pero es una interpretación demasiado fácil, creo... Además, es tan masculino todo eso... Esa obsesión con el mal...

—Esto se pone interesante. ¿Por qué masculina?

—Para empezar, todos los periodistas que cubren a los perpetradores son hombres. El olor de los vínculos masculinos, la cultura masculina, el coraje mal entendido... El machismo fascina a los hombres. En las mujeres es distinto. Yo creo que tiene que ver con el acto de parir. Tenés hijos, todos salen de tu vientre, y sin embargo uno es una persona maravillosa y otro es un *stront*. Pero vos sabés que, en el fondo, es de buena madera.

—Dejame decirte que vi a no pocas periodistas mujeres bebiendo con los *manne* para obtener una buena historia. Pero rebobinemos un poco: ¿por qué es tan fácil decidir que Hitler es malo?

—Porque le negamos su costado humano.

—¡Es que renunció a su derecho a ser humano!

—Al negarte a aceptar que es tan humano como vos, estás diciendo que vos no serías capaz de hacer lo que él hizo. Y entonces te quedás tranquilo. Lo que yo digo es que *sí* sos capaz.

—Pero si te abstenés de juzgarlo, estás dando por tierra con la

noción de que hay que evitar ciertas ideologías, a ciertas personas, porque representan el mal... porque no tenés *nada* que ver con ellos.

Pongo mi vaso y un prendedor que tenía en la chaqueta delante de él.

—¿Estos objetos son malos? Cada pedacito, cada molécula contiene la perfección y la imperfección. No hay ni un solo átomo del que se pueda decir: “Es el mal absoluto” o “Es el bien absoluto”. El bien y el mal nunca son absolutos. El bien también es imperfecto, a su modo, y el mal tiene el potencial oculto de la bondad.

—¿O sea que negás que exista gente con el carisma, la inteligencia y el poder necesarios para manipular a un pueblo entero para que haga el mal? ¿Cuál dirías, entonces, que es la diferencia entre Mandela y Verwoerd? ¿O entre Winnie y P. W. o entre Winnie y Tutu?

—Ahí el que no va es Tutu, que no es un político. Pero la verdadera diferencia, diría yo, está en lo que algunos definen como la cultura de la vergüenza y la cultura de la culpa. La esencia de la vergüenza es el honor del grupo; la esencia de la culpa es la responsabilidad individual por una moral en particular. Verwoerd elaboró una política para propiciar y proteger el honor de su gente; los afrikáneres blancos debían sentirse orgullosos de ser quienes eran.

—Momento, momento... Explayate un poco más sobre la diferencia entre la vergüenza y la culpa.

—La distinción se utilizó para explicar la diferencia entre los japoneses y los alemanes respecto de las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. Los japoneses tenían la cultura de la *vergüenza*, gobernados como estaban por un emperador, un mandatario designado por Dios. Los alemanes tenían la cultura de la *culpa*. Las definiciones habituales, que son muy atractivas, serían estas: las personas sienten *culpa* cuando violan los derechos de los demás; en cambio, sienten *vergüenza* cuando no están a la altura del grupo o de sí mismos. La culpa está asociada a la transgresión; la vergüenza se asocia con el fracaso. La vergüenza necesita de un público; la culpa, no. Y la vergüenza es más agobiante que la culpa y te aísla.

—¿Y cuál es el papel del honor en todo esto?

—El honor es el fundamento de la vergüenza. Entra a tallar cuando la imagen que una persona tiene de sí misma es indisociable de la que le presentan los demás. El *ethos* del honor se contrapone a una moral según la cual todas las personas tienen la misma dignidad y, por consiguiente, los mismos derechos y obligaciones. En una sociedad en la que el honor es un valor fundamental, toda decisión que no sea la que impone el código de honor es inconcebible, y es en el momento de

tomar decisiones cuando más se siente la presión del grupo.

En ese momento, me viene a la cabeza una fotografía de Hitler que vi una vez en una revista. Estaba rodeado de chicos y una niña le daba una flor. La admiración se refleja en sus rostros puros y delicados. Y recuerdo que, en mi infancia, mi padre se paraba en la ruta que iba a Johannesburgo conmigo sobre los hombros para ver pasar a Verwoerd rumbo a Ciudad del Cabo. Cuando veía los autos en las afueras de Kroonstad, Verwoerd se detenía. Recuerdo que una vez me tocó el brazo. También recuerdo que solo comprábamos en negocios de afrikáneres, incluso si cobraban más caro. Recuerdo que los comerciantes afrikáneres les fiaban a los afrikáneres más pobres.

—El honor se transformó en la fuerza impulsora de Verwoerd. Todo estaba permitido para proteger el honor de los afrikáneres, hasta las políticas menos honorables. Y el deshonor del líder es el deshonor del grupo. Por eso el cuchillo clavado en el corazón de Verwoerd fue una puñalada al corazón de los afrikáneres. Por eso P. W. Botha dice que va a dividir a los afrikáneres si comparece ante la Comisión de la Verdad. Está envuelto en la lógica de la vergüenza y el honor. Y por eso Botha y otros afrikáneres como él no se sienten culpables por haber hecho algo malo, sino avergonzados porque los atraparon.

—Sí, sí, *lekker*. La Comisión de la Verdad coincide con la percepción universal de que el afrikáner es culpable. Traicionamos a la civilización y sus valores. Nos sumimos en la vergüenza y la deshonra. Y al mundo no le interesa si es Van der Merwe o Van der Berg. ¿Por dónde íbamos? Winnie, según entiendo, claramente opera dentro de la cultura de la vergüenza. Pero, ¿y Mandela?

—No sé si es posible para un político, sea quien fuere, moverse en la cultura de la culpa. El sueño de un político es tener millones de seguidores que le obedezcan y no lo cuestionen. Entonces tiene que movilizar a las masas. Y esa es una de las diferencias entre Mandela y Mbeki. Mandela conoce el valor de la movilización basada en la moral; funciona en el mundo occidental y funciona con los blancos. Jugar con la culpa mediante una capacidad de perdón infinita. Mbeki, en cambio, moviliza a los negros sobre la base del honor: el honor de ser negro en África. Pero a los dos les cuesta echar a un ministro o a un secretario de medios de comunicación por inconducta o mala gestión. Quizás allí radique la base de la transformación de un movimiento de liberación en un gobierno: en pasar de la cultura de la culpa a la cultura de la vergüenza.

Una persona que pasaba por la puerta del bar reconoce a mi acompañante de los reportajes televisivos y le grita:

—¡Váyanse a la mierda, ustedes, la Comisión de la Verdad y sus agresiones contra los afrikáneres! —Él se encoge de hombros.

—¿Cómo hacés para lidiar con esto? ¿Te enoja? ¿Te pone triste?

—Al principio, me sacaba de quicio. Yo no soy así. Ahora me dan ganas de agarrarlos del cuello y farfullarles: “La patria deja de ser la patria cuando se le destruye el alma. ¿No te das cuenta de que tenemos que ser fieles a las elevadas exigencias morales de nuestros mejores antepasados y no a las de los ídolos de barro de la falsa tradición del nacionalismo afrikáner? —Se ríe—. Pero esa no es mi forma de hablar.

—¿Y qué nos dicen nuestros ancestros?

—Táctica de comando: células móviles reducidas, cambiar de dirección con rapidez... El único principio es la supervivencia individual. —Sonríe.

—Mirá, la cultura del honor... Quizás en el momento en que aparece la palabra *verraaier*, “traidor”, te das cuenta de que lo que se defiende ya no es una moral universal sino el honor.

—De acuerdo. Entonces, la Comisión de la Verdad en sí misma representa la cultura de la culpa que hace su entrada en un terreno dominado durante décadas por distintas culturas de la vergüenza.

—Si bien en sus orígenes y en su comportamiento (al menos hasta que empezaron las conexiones con el Partido Nacional), el CNA se apoyaba en buena medida en una cultura de la responsabilidad individual, con las virtudes del debate, la consulta, los derechos humanos y todo eso, con el tiempo le fue costando cada vez más atenerse a ella.

—Quizá por eso hay tantas esperanzas depositadas en la Comisión de la Verdad y tanta publicidad alrededor del tema. La gente se da cuenta de manera instintiva de que esta es la última, la última oportunidad para la mayoría de irrumpir en la cultura de la culpa y la responsabilidad individual. Si la mayoría puede hacerlo, entonces los políticos ya nunca más tendrán al país de rodillas.

Cambio de táctica:

—Pero ¿y el *ubuntu*? Una persona es una persona a través de los demás. ¿No es esa una forma eficaz de salvaguardar la cultura del honor? El honor de los demás nos honra. ¿Eso no nos disuadiría de enfrentarnos al grupo cuando este obra mal?

—Bueno, Tutu hizo un enorme trabajo con el concepto de *ubuntu*. Quizá la pregunta más interesante es: si la definición de “nosotros”, del “grupo sudafricano”, de “africanos”, se modificara para abarcar a personas como vos, ¿no estarías dispuesta a pertenecer a la cultura del

honor y la vergüenza? ¿No es ese el motivo por el cual te disculpaste tan rápido con Tutu y con Boraine respecto del asunto de Ntsebeza?

La repuesta me toma por sorpresa.

—Cuando la Comisión decidió investigarse y no dar la información a los medios —continúa hablando mi colega—, se apropió de la cultura de la vergüenza dentro del marco más amplio de la cultura de la culpa. La deshonra de Dumisa Ntsebeza es la deshonra de toda la Comisión y todo el proceso fracasa. Vos te atreviste a criticar. Luego, Alex Boraine te acusó de todas las maneras posibles de querer destruir la Comisión, te dijo que, por el bien común, tenías que aceptar ciertas cosas. Lo que pasó después te dio la razón y, sin embargo, pediste disculpas. ¿Por qué? Porque querés formar parte de su círculo. El círculo de la culpa.

No puedo decir nada, salvo que desde que terminaron las audiencias de las víctimas, la Comisión está haciendo demasiado ruido: demasiados egos, demasiadas disputas, demasiada política.



Letanía

aquí en la alargada sombra blanca

donde pensé donde pensé que dejaría la letanía de la langosta

de la langosta y la muerte siempre oiré la letanía del sonido

aquí en la alargada sombra blanca

donde me aferro al lustre me aferro al honor que alguna vez fue
lustre

[y blanco

la verdad que escuché y cómo acosarla

que viajo viajo por la paja y el grano de mi pasado

que mi pasado avanza arrastrándose en cuatro mortíferas patas
sin

[levantar la vista una sola vez

que con mis garras me pongo de pie y avanzo hasta ese lugar

ese lugar diáfano que no quiere ensombrecerse

aquí en la alargada sombra blanca de la verdad acosada y mortal

enterramos a muchos los enterramos sin ritual y sin mortaja

enterramos a muchos y de la tumba brota

brotan la sombra del lustre, de la bardana y del trigo las langostas

[del sonido

aquí en la alargada sombra blanca

y mi pasado se sienta bien en los dientes todo este tiempo

los dientes se sientan bien en la sombra de azufre y cal es la hora

la hora del asesino y de la vergüenza y de la hojalata

no dejo de escurrirme escurrirme de la verdad

mientras a mi lado en la alargada sombra blanca camina el
temblor

que solía ser camina el alargado temblor blanco de ceniza

déjenme a mí que no dejo de escurrirme en la alargada sombra
blanca

fuera del tiempo fuera del azar y las mentiras quiero que se
escurran

[del temblor

por el vacío de la letanía y la sombra

déjenme déjenme fuera de la pérdida y la venganza

de las ruinas déjenme fuera de la alargada cicatriz blanca del
liquen y

[la ceniza déjenme libre

en el remordimiento ay mi mano mi mano se aferra a la hoja
como

[a un cuello

*

De rodillas a orillas del Rubicón de la Verdad

“El Sacerdote y el Político”, “La disputa entre el cocodrilo y la Comisión”, “La cola pone a prueba la verdad”. Las posibilidades son infinitas y las usamos todas.

Die Groot Krokodil es el único antiguo dirigente político de primera línea que no hace su aparición ante la Comisión de la Verdad. Cuando el partido que alguna vez dirigió hizo su alegato bajo el liderazgo de E. W. de Klerk, P. W. Botha se negó a colaborar con su sucesor, el hombre que con tanta astucia lo destituyó.

El arzobispo Tutu en persona se trasladó hasta Wilderness para hablar con él. Sí, respeta la ley. Sí, está dispuesto a contestar preguntas.

Pero a fines de 1996 se le enviaron unas cuantas. ¿Dónde están las respuestas?

No, el hombre necesita un abogado.

Tutu en persona solicita a la Oficina de la Presidencia de Nelson Mandela que se haga cargo de los honorarios del abogado. Tal como estipulan los contratos estatales, el Estado debe cubrir los gastos de las acciones legales que afecten a todo exfuncionario. Así que la Oficina de la Presidencia deberá pagarle el abogado a P. W. Botha.

No uno, sino un equipo de abogados. Porque se necesita hacer mucha investigación para responder las preguntas.

Muy bien, un equipo, entonces.

¿Dónde están las respuestas?

No, los abogados están luchando para tener acceso a ciertos

documentos.

Tutu en persona le solicita al ministro de Justicia que autorice al equipo de abogados de Botha el acceso a toda la documentación.

¿Dónde están las respuestas?

No, Botha tiene problemas de salud. Tuvo que operarse de la cadera. De hecho, hay material televisivo que lo muestra caminando con lentitud en su jardín, apoyado en un bastón.

¿Dónde están las respuestas?

Junio. La esposa de Botha, Tannie Elize, muere repentinamente. Tutu en persona asiste al funeral. Tutu está loco, dicen los comisionados, enfurecidos.

Primavera. Audiencia sobre las actividades del Consejo de Seguridad, cuyo padre intelectual fue P. W. Botha. Citación. No puede comparecer. Está enfermo.

¿Dónde están las respuestas?

Paciencia, paciencia, el hombre tiene 82 años y no está bien de salud.

Parece ser que hasta la fantasía de un anciano se inclina al sentimiento amoroso. Los periódicos publican fotos de un dientudo P. W. Botha a los arrumacos con una rubia de *skattige ogies*. De joven, la mujer fue policía de tránsito. Tiene la mitad de la edad de Botha. Es dueña de una pensión. Él quiere vender su casa, valuada en más de dos millones, y comprarse algo en la playa.

En el ocaso, el Viejo Cocodrilo abre las mandíbulas para lanzar una diatriba contra la Comisión de la Verdad.

—No voy a comparecer ante la Comisión. No soy un artista de circo... No voy a permitir que me amenacen. La Comisión de la Verdad está desgarrando a los afrikáneres... No he solicitado la amnistía. Nunca autoricé un asesinato. No voy a pedir perdón por combatir una embestida revolucionaria marxista.

—Tengo que decir que estoy profundamente apenado —afirma Desmond Tutu—, porque hemos hecho todo lo posible por garantizarle un trato que no hemos dado a ninguna otra persona... Le hemos tenido especial consideración por su edad, sus problemas de salud y su condición de expresidente.

—No soy tonto —afirma P. W. Botha—. Cometí muchos errores, pero me arrodillo ante Dios para que me ilumine. Un afrikáner no se arrodilla ante los hombres. Solo se arrodilla ante Dios.

—Una y otra vez se nos recuerda que Botha tiene problemas de

salud —declara Alex Boraine—. Pero nos enteramos de que está empezando una relación con una mujer a la que le lleva casi cuarenta años y tiene la energía suficiente para lanzar venenosos ataques contra la Comisión de la Verdad. Entonces nos preguntamos: ¿será verdad que está tan enfermo?

—En el funeral de la esposa de Botha —dice Tutu—, un periodista de radio negro se me acercó, me puso el micrófono en la cara y me increpó: “Explíqueles a mis oyentes negros qué es lo que está haciendo acá”.

Segunda citación. Botha no comparece. Tutu y Boraine se dirigen a la Oficina del fiscal general para presentar cargos por desacato. Para el fiscal general, la citación no es válida. Le falta la hora.

*

Durante las audiencias con los empresarios, nos enteramos de una carta enviada a P. W. Botha por el magnate afrikáner Anton Rupert (el padre de Johan Rupert) en enero de 1986, después de que Botha declarara que era mejor “ser pobre que ceder”. La carta de Rupert decía lo siguiente: “Apelo a usted personalmente. Ratifique su rechazo al apartheid. Nos está crucificando. Está destruyendo nuestra lengua. Está degradando a una nación que alguna vez fue heroica al nivel de escoria humana. Quíteles de la espalda a nuestros hijos y nietos el peso de la maldición de una transgresión contra la humanidad... Si fracasa en esta tarea encomendada por Dios, terminaremos con un Núremberg algún día”.

Pero *Die Groot Krokodil* tenía el poder supremo.

En algún momento durante la década de 1980, un grupo de académicos se reunió con P. W. Botha para decirle que las cosas no podían seguir como estaban. Botha los escuchó, se puso de pie y les dijo: “Queridos profesores, pueden venir aquí con sus argumentos inteligentes y sus conocimientos académicos, pero yo, P. W. Botha, gobierno con la intuición y las vísceras”.

“Por eso me fui del Partido Nacional”, comentó uno de los profesores después de la reunión.

*

El viernes 19 de diciembre de 1997 es el día reservado por la Comisión de la Verdad para el testimonio de P. W. Botha. Las preguntas que se le harán están en su mayor parte basadas en las dos

mil páginas que envió en respuesta a las preguntas de la Comisión. La pila de papeles, guardados en una valija pequeña, llegó a las oficinas de la Comisión dos semanas antes, por intermedio de uno de los abogados. A esta altura, la negación de Botha a comparecer ante la Comisión de la Verdad ya es un símbolo: representa a los gobernantes blancos del pasado que no se arrepienten de nada y que tienen tantos privilegios políticos y económicos que nada cambió para ellos.

Preparo un anticipo para la radio, para lo que pido un audio de archivo de Botha. De todos los audios posibles, me mandan el del discurso del Rubicón. El discurso del que todos esperábamos que marcara un antes y un después en la historia del país. Varios días antes, se había instalado el rumor de que Botha haría algunos anuncios importantes. Corría el año 1985.

Levanto el siguiente archivo de audio: “Creo, señor Presidente, que hoy nos disponemos a cruzar el Rubicón. En Sudáfrica no podemos mirar atrás. Tengo un manifiesto para el futuro del país, y debemos llevar a cabo acciones positivas en los meses y años venideros...”.

Entonces recuerdo las palabras de Pik Botha sobre ese discurso en su testimonio ante la Comisión: “Yo escribí la parte del Rubicón del discurso del señor Botha. Él dejó lo del río, pero sacó lo demás: lo de levantar la prohibición al CNA y liberar a Nelson Mandela”.

El famoso discurso, descrito como el peor anticlímax de la historia de Sudáfrica, sumió al país en una crisis política y económica. Aunque Botha decía cruzar el Rubicón de la reforma, fuera de su burbuja discursiva la vil opresión se mantenía incólume. A los sudafricanos les fue dado a conocer el alcance de esa vileza durante las audiencias de la Comisión de la Verdad sobre los hechos ocurridos a mediados de la década de 1980.

Mi informe se titula “Hoy Botha se encuentra frente a otro Rubicón”:

Algunas piensan que hay que dejarlo en paz. El espectáculo de un geronte tembloroso arrastrado al recinto de la Comisión de la Verdad, a una cuadra del Parlamento en el que llevó la voz cantante, no le hará ningún bien a la imagen de nación arcoíris y “Shosholoz” de Sudáfrica.

Pero quienes han escuchado los testimonios de las víctimas y las audiencias de amnistía de los perpetradores saben que, a mediados de la década de 1980, cuando P. W. Botha estaba en su apogeo, el sistema del apartheid adquirió su costado más frío, brutal y asesino.

También fue en la década de 1980 cuando el Gobierno se dio cuenta de que la ley ya no podía usarse para reprimir el avance de la lucha por la libertad. Las nuevas leyes, las nuevas prohibiciones, las nuevas detenciones parecían no surtir efecto frente a la rebelión de las mayorías.

Así, los ochenta fueron una época en la que la información se recibía, las decisiones se tomaban y las instrucciones se daban en nuevos centros de control. Ya no eran necesarias las leyes. Los nuevos poderes operaban fuera de la ley. Los contribuyentes financiaban escuadrones de la muerte, justicia por mano propia, campañas de desinformación, incursiones transfronterizas, guerra química y estados de emergencia.

Ahora a la gente le gustaría ver al hombre que pergeñó todo eso cruzar el Rubicón de Wilderness. Quisieran que saliera de sus lujosos dominios, cuya protección pagamos todos, y viniera con su equipo de abogados, que cobran gracias a nuestro dinero, y tuviera un gesto de responsabilidad por todo lo que hizo ante la Comisión de la Verdad de Sudáfrica.

Me vuelven a la mente las palabras de Solzhenitsyn citadas por Kader Asmal mucho antes de la creación de la Comisión de la Verdad: “Si no nos enfrentamos a las violaciones de derechos humanos del pasado, no solo protegemos a los perpetradores por una cuestión tan trivial como su avanzada edad; destruimos las bases de la justicia para las nuevas generaciones”.

*

Tercera citación para Botha. La vuelve a ignorar. Esta vez, la Comisión de la Verdad presenta cargos ante Frank Kahn, el fiscal general del Cabo Occidental, quien emite una orden de comparecencia. No esperamos que diga la verdad, pero al menos queremos que sienta a la nueva Sudáfrica donde más duele: en la piel. Qué placer enterarnos de que quien estará a cargo del caso en el tribunal regional es Victor Lugaju, un juez negro.

¡Triunfo de la acción afirmativa! Gracias a la política del nuevo Gobierno de designar a personas de comunidades anteriormente desfavorecidas, tenemos al hombre correcto en el lugar indicado y en el momento justo.

*

Desde el aeropuerto de George, antiguo distrito de Botha, nos dirigimos a Wilderness, en busca de la guarida de *Die Groot Krokodil*. Es el día anterior a su comparecencia en el tribunal. No nos lleva mucho tiempo a Patrick y a mí identificar la casa: hay una multitud de fotógrafos esperando, con los bermudas y zapatillas reglamentarios, cámara al hombro. El Mercedes de color rosa metalizado estacionado afuera pertenece a la novia, nos cuentan. La relación de Botha con Reinette Water Naude, treinta y cinco años menor, ha estado en los titulares de los diarios durante meses. La señorita Water Naude entró en escena unos seis meses después de la muerte de Tannie Elize. “Yo soy cristiano y la señorita Naude también”, declaró el novio para un periódico dominical afrikáner, “y como cristianos nos prodigamos amor. Así lo manda la Biblia... Lo que vaya a pasar con esta relación es algo que, humildemente, no sé”.

El sol se pone en tonos rosa y miel en la espléndida voluptuosidad de Wilderness. Los fotógrafos esperan la llegada de los antiguos generales de la Fuerza de Defensa Constand Viljoen, Jannie Geldenhuys y Magnus Malan. Esperamos con ellos.

Me distraigo con un folleto turístico que encuentro en la guantera. Al parecer, una de las principales atracciones turísticas de la zona es una granja de cocodrilos. *Los antiguos egipcios veneraban a los cocodrilos como a dioses. Hasta construyeron toda una ciudad en su honor: Cocodrilópolis. Los sacerdotes les ponían brazaletes de oro en las patas y los alimentaban con miel y tortas en un lago sagrado.* Aparentemente, los cocodrilos más viejos acaparan los pastos tiernos, mientras que los ejemplares más jóvenes se las tienen que arreglar con las orillas resbalosas de los ríos. Los cocodrilos ven en la oscuridad, como los gatos. Pueden cerrar las fosas nasales y quedarse hasta dos horas bajo el agua. Tienen párpados transparentes que les permiten ver bajo la superficie, y sus orejas están recubiertas por una fina capa de piel que impide el paso del agua pero deja pasar el sonido.

Miro hacia la mansión de Botha y de pronto advierto una raja de luz en la gran puerta corrediza. Helo ahí: el hombre en persona. Todo lo que veo es el contorno de su enorme oreja derecha. Nos observa. En la quietud del atardecer, solo se oye el sonido distante de los autos en la autopista. Llamo a los demás, pero al mover la mano veo que él cierra la cortina. Es tan veloz que hasta me parece que me lo imaginé.

En la oficina del CNA de la ciudad, los miembros están poniendo afiches en la pared. Uno dice: “Prontuario de Botha: Escuadrón de la Muerte de Vlakplaas: culpable; Victoria Mxenge: culpable; Steve Biko:

culpable. Del ataque total al ataque final. Del desplazamiento forzoso de Lawaaikamp a la comparecencia forzada hasta el tribunal". (Lawaaikamp es una zona de viviendas precarias de George).

Los bares de la zona están llenos de periodistas, fotógrafos y camarógrafos. Inicialmente, la jueza en funciones de George, Elna Grobler, permitió el ingreso a la sala, con capacidad para 64 personas, solo a dos representantes de la prensa. La medida generó una enorme indignación. Muy bien, seis. Entonces los fotógrafos amenazaron con poner en peligro la audiencia. La comparecencia de P. W. Botha sería tapa de todos los diarios. Tenían que obtener el material. Y el material era el del momento exacto en que el exjefe de Estado se sentara frente a un negro en un tribunal regional ordinario. La policía llama a Grobler, Grobler llama a Botha, Botha llama a uno de sus abogados, Ernst Penzhorn, y entre todos llegan a un acuerdo. Botha entrará por un acceso lateral y pasará delante de las cámaras. Los medios se comprometen a respetar la ley y no grabar la audiencia. Cuando esta termine, Botha permitirá que le saquen fotos en el banquillo durante cinco minutos. Todos contentos.

Al día siguiente, todo el circo es para Botha.

A la derecha del tribunal, tras la valla de alambre de púa, manifestantes del CNA se expresan al ritmo del *toyí-toyí*: "Botha no es un hombre; Botha es un niño". A la izquierda, una decena de *ooms* con medias largas y camisas de cuello abierto agitan la bandera de Sudáfrica. Justo frente al edificio, detrás de un *bakkie*, un negro canta a todo pulmón, acompañado por una grabación: "El pueblo necesita al Señoóóóóor". Un helicóptero sobrevuela nuestras cabezas. La policía organiza el operativo.

Estoy entre los seis elegidos para estar en el recinto. En la primera fila está sentada la hija de Botha que vive en George, Elanza Maritz.

—Mi modelo preferido de auto: el Ford Elanza —me dice al oído el periodista televisivo Max du Preez, satisfecho con la travesura.

Los generales están en la segunda fila.

—¿Quiénes son los otros dos? —me pregunta Max.

—¿No son Lapa Munnik y Greyling Wentzel?

—No —me dice Max, amable—, esos dos murieron.

Pero resulta que sí, que son esos dos: Munnik, que parece un vendedor de autos, y Wentzel, que tiene cara de *bywoner*, sentado al lado del alcalde de George (un hombre negro de baja estatura) y de un grupo autodenominado *Die Afrikaanse Kultuurvereniging van Outenikwaland* (Sociedad Cultural Afrikáner Outeniqualand).

Botha hace su entrada del brazo de su novia rubia y menuda...

“Chorlito” es la palabra que se me viene a la mente. *El chorlito quita con el pico los restos de comida y las sanguijuelas de entre los dientes del cocodrilo*, decía el folleto. ¿Cómo saber la diferencia entre un cocodrilo y un caimán? Por el cuarto diente que sobresale a ambos lados de la mandíbula inferior.

Botha está en terreno conocido. Se sienta no en el banquillo del acusado sino al lado. Se da vuelta a cada rato y sonríe castañeteando los dientes en dirección a la señorita Water Naude, sentada en el banco reservado a los familiares. Ella le devuelve la sonrisa, íntima y piadosa.

Hace su entrada el juez. Todo el mundo de pie. Comienza la audiencia.

Después de unas pocas oraciones, Lugaju hace una pausa. Pide que hablen en inglés; no entiende afrikáans. Algunos contienen el aliento. ¿Es necesario llamar a un intérprete? No, los abogados prefieren hablar en afrikáans y luego traducir ellos mismos.

En un abrir y cerrar de ojos, el juez pospone la audiencia hasta el mes siguiente. Se levanta la sesión.

El alboroto de los fotógrafos que esperan fuera de la sala su sesión de cinco minutos se oye con más fuerza. Cuando se abre la puerta, entran como una tromba. Me apuro a poner mi micrófono sobre la mesa del acusado, junto con los demás. Hay quienes se trepan a los muebles de la sala, quienes ya están grabando, quienes formulan sus primeras preguntas. La policía nos exige que demos un paso atrás. Hace un calor insoportable en el recinto. Botha tira los micrófonos al piso:

—¡Saquen todo esto! —Le contestamos que necesitamos tener sonido. La policía nos hace callar. Luego, por encima de todo el griterío, se oye la voz del Amo—: ¡DEJEN DE SEMBRAR EL CAOS! Si no se comportan, no voy a hablar con ustedes —nos grita. Sale de la sala. Nos calmamos y empezamos a poner en orden los equipos. Botha vuelve.

—Qué ironía, la vida. — Hace una mueca de placer con el labio superior—. Hace medio siglo, juré como diputado de George en este mismo recinto. Y hoy estoy aquí otra vez... No soy mejor que el general De Wet. Tampoco soy mejor que el presidente Steyn. Al igual que ellos, me mantengo firme en mis principios. No puedo hacer otra cosa. Así que pido ayuda a Dios.

Apretujados bajo la mesa, Patrick y yo nos miramos. Estamos todos transpirados, pero Botha se está divirtiendo. Golpea la mesa con el dedo:

—Creo en Dios padre, en Jesucristo y en el Espíritu Santo, y ruego que en su unidad se apoderen de este país y del mundo. —¡Madre mía! ¿Qué dice este señor? ¿El hombre que ideó los escuadrones de la muerte?—. Se lo dije a Mandela en la cara, sí, señor. Lo vi tres veces. Lo traté como un caballero cuando estuvo preso. Le dije: “Vas a terminar destruido por la anarquía y las fuerzas del comunismo y el socialismo”. —Ya no hace falta tomar apuntes. Esto ya lo hemos oído antes—. Estoy harto de todo es ese blablá vacío del apartheid. Ya dije muchas veces que el término quiere decir “buena vecindad”. —Se oye la risa de un periodista.

El cocodrilo gira, dando azotes con la cola:

—¿Quién fue el que se rio?

Estamos todos *tjoepstil*.

A los cocodrilos se les caen los dientes con facilidad, pero cuando uno se cae, enseguida crece otro en su lugar. Cada diente puede renovarse hasta cuarenta y cinco veces.

—¡Rindo homenaje a los soldados! ¡Rindo homenaje a los policías del pasado! ¡Yo los saludo!

Los anteojos le agrandan los ojos; parecen dos manchas inertes oscuras. Disfruta de ser el centro de atención. Cabeza erguida, cresta hinchada, cara colorada, mano temblorosa... hasta que se cierra en un puño del que sale un dedo amenazante.

—El tigre afrikáner se ha despertado —grita.

—¿Sabía usted que no hay tigres en África? —le pregunta Max du Preez con dulzura.

Picado y furioso, Botha se dirige a él, apuntándolo con el dedo tembloroso:

—Sí, lo sé. Y si los hubiera, USTED no sería uno de ellos —le grita.

—*Aits, maar die oubaas sê dit mooi!* [Vaya, qué lindo que lo dijo el viejo jefe...] —dice Max, riéndose.

Los abogados tratan de sacar a Botha del recinto. No permiten más preguntas.

—Me estoy divirtiendo —dice P. W. mientras se frota las patas delanteras, blancas y blandas.

—¿Va a pedir perdón? —pregunto.

—¿Perdón, por qué? —me contesta, rápido.

—Por las incursiones transfronterizas, por los escuadrones de la muerte, por...

—Si se calla —me interrumpe—, le voy a poder responder. Yo no pido perdón. *Rezo*.

Me mira a los ojos y durante una fracción de segundo le sostengo la

mirada. Veo la superficie de sus ojos, del color del barro, aumentada por las lentes de los anteojos a un tamaño grotesco. Y en ese momento sé que ese hombre, que consiguió que Mandela se ofreciera a acompañarlo en su audiencia con la Comisión de la Verdad, al que Tutu tuvo que rogarle para que se presentara, que tiene a todos los medios de comunicación del mundo persiguiéndolo... es *dom*. No es que sea viejo, que esté senil o que sufra los efectos de un derrame cerebral. Es tonto, 'n *dwaas*. Y su estupidez nos gobernó durante décadas.

Trato de encontrar entre mis pensamientos un camino que me conduzca a él. Una conexión. Algún tipo de lazo afrikáner. No hay caso. No. Puedo tener cosas en común con quienes luchan por reconciliarse con un orden radicalmente alterado, con nuestra participación en el pasado de la nación. Pero con este tonto fanfarrón no tengo nada.

Cuando se llevan a Botha, me paro y empiezo a caminar. Quiero irme. Estar afuera.

Junto con el aire fresco que me da en la cara, se me ocurre este pensamiento estimulante: Ya no nos gobierna, gracias a Dios. El cocodrilo que a veces camina, a veces se arrastra y a veces se desliza, que avanza con su cola desafiante, ya no nos *gobierna*.

*

Unos pocos días antes del Día de la Reconciliación, el 16 de diciembre, recibo un mensaje por el buscapersonas: “Comisionada Mary Burton lanza Libro Reconciliación”. ¡Magnífico! Corro a entrevistarla. Hace tiempo que vengo pensando que la Comisión de la Verdad, y en particular el Comité de Reparaciones y Rehabilitación, no consigue movilizar sentimientos de culpa y desamparo en los antiguos opresores. Tras las primeras semanas de audiencias, acciones tan simples como una colecta de domingo en la iglesia para las víctimas podrían haber sido rituales de liberación para miles de personas.

Por fin, algo estaba pasando. En distintas oficinas de la Comisión pondrían a disposición del público libros para que la gente se acercara a firmarlos en señal de compromiso con la reconciliación. Hasta habría una versión digital. Enseguida me propongo llevar a toda mi familia a firmar el libro el Día de la Reconciliación, con la idea de transformar mi ritual personal del Río Sangriento en un nuevo rito de responsabilidad y reconciliación.

¿Participarán Tutu, Boraine o Ntsebeza del lanzamiento del *Libro de la Reconciliación*? No, están los tres muy ocupados, pero apoyan la iniciativa. De hecho, todos los miembros de la Comisión opinan que es una estupenda idea. ¿Se puede ir a firmar el libro el Día de la Reconciliación? No. No se puede pretender que el personal vaya a trabajar en un día feriado.

Cuando uno cubre temas parlamentarios, enseguida salta a la vista: si una comisión está integrada solo por mujeres, nadie (ni siquiera los propios partidos políticos) la toma en serio y ningún periodista hombre serio informará sobre sus actividades. La última vez que lo consulté, el *Libro de la Reconciliación de Ciudad del Cabo* tenía siete firmas. En la versión digital había otras cuarenta y cinco.

Adorado estado del alma: vuelvo una y otra vez

Viajamos al interior para nuestro festejo tradicional de Navidad en el Estado Libre. Me sorprende hasta dónde alcanza la mirada. La vastedad. La belleza extrema de este país. La fuerza con la que se mantiene. Mis ojos lamen el horizonte hasta dejarlo impoluto. Manejamos por turnos. Cuanto más nos acercamos al Estado Libre, más livianos vamos.

Recorremos con lentitud el camino serpenteante que atraviesa la ciudad en la que nací. Las calles están llenas de gente comprando. La fiebre navideña se transformó en un fenómeno completamente negro. Pasamos el *plotte*, con sus casas abandonadas y derruidas, rodeadas de cables sueltos y maleza. Recuerdo cuando mi madre me decía que la municipalidad había comprado las tierras para construir viviendas precarias. A lo lejos, veo los eucaliptos de mi infancia, los álamos y los sauces, y finalmente, reluciente al sol del mediodía, la casa de piedra arenisca, como un panal.

—¿Y esto? —Mi marido frena. En el portón hay un cartel de gran tamaño: “Si entra en esta granja sin cita previa, se expone a una respuesta armada”. Está escrito en afrikáans y en sesoto.

La sorpresa nos sacude de la ensoñación nuestros recuerdos; estamos despiertos y alerta. El cartel no tiene nada que ver con nosotros, ¿verdad? Avanzamos despacio por el camino de grava hasta el jardín de la casa. Los frondosos árboles de alrededor tienen algo distinto... Los arbustos y las ramas más bajas están podados a la altura del hombro. Enseguida nos damos cuenta del porqué: ahora nadie puede esconderse en las inmediaciones.

Están todos sentados afuera. Caemos en la calidez del abrazo, las

bromas y los recuerdos alegres. Estamos todos. Mi hermano Hendrik corta tres sandías. Después vamos a nadar al gran dique de cemento que está detrás del huerto, mientras el sol se pone en medio del esplendor blanco de las nubes. Los sonidos de la granja llegan hasta nosotros: vacas ordeñadas, tractores guardados, sapos y aves que levantan vuelo como la bruma del *vlei*. 1

A la noche, mi hermano mayor, Andries, nos da instrucciones. No salir a caminar antes de las ocho de la mañana ni después de las cinco de la tarde. Cerrar el portón para que de noche los tres perros puedan recorrer el perímetro de la casa. No acercarse a ningún auto que se detenga en el jardín. De los diecinueve granjeros asesinados en estos últimos meses, dos eran de la zona.

Nos metemos en la cama de matrimonio de la habitación de invitados. Mis hijos están repartidos por la casa, durmiendo en camas improvisadas. A mitad de la noche, me despierta un trueno. Abro el postigo y entro en trance al mirar la tormenta. Se me llena la nariz del aire bendito de la piedra y la tierra mojada. Este es el lugar que me despertó la sensibilidad a las palabras. Todavía tiene ese efecto en mí: después de todos estos años, de todas estas muchas voces.

Al día siguiente, me levanto temprano y voy a servirme café a la cocina de mi madre.

—*Julle Kapenaars*, nos trajeron la lluvia. —Mi padre está contento.

Mi madre vuelve del gallinero con dos de sus nietos menores, cada uno con una canasta con huevos. Se la ve frágil, pero la escena transmite una paz enorme. Tenemos tanta suerte... Somos unos privilegiados. Esos privilegios me hacían sentir mal en el pasado. Ahora los observo a contraluz de una verdad de la que todos somos conscientes. Ya no son beneficios ignorados, sino ventajas de las que conocemos el precio y la caducidad.

El día de Navidad, vamos a misa a la iglesia principal, en el centro de la ciudad. Al lado de la iglesia, la estatua del dirigente *voortrekker* Sarel Cilliers sigue en su pedestal. Parado sobre un cañón, con la mano en alto para hacer el juramento del Río Sangriento: Dios, si nos ayudás a vencer a los negros, haremos que este día, 16 de diciembre, sea siempre sagrado.

Después de misa, volvemos a la granja. Justo antes de la salida, Andries nos pasa en su *bakkie*, con las luces en intermitente. Reducimos la velocidad. Cuando se pone adelante, seguimos nuestro

camino hasta la granja en caravana. Veo el cañón de un rifle a su lado. Mi cuñada Bettie saca su pistola. Al llegar a la casa, esperamos dentro de los coches.

—Lo primero es ver si los perros se comportan con normalidad —explica Bettie.

Al minuto siguiente, todo el mundo está ocupado con la comida de Navidad: cortan el jamón, trozan el pavo adobado con estragón y romero... Afuera, los chicos juegan al críquet. Los primos de la granja les enseñan a los demás a jugar al *marabaraba*. Las más chicas ayudan a poner la mesa y a doblar las servilletas de fiesta.

Voy hasta el *bakkie* a ayudar a Andries con la cerveza helada. Un coche se acerca al jardín. Sin que nadie diga una palabra, los chicos dejan de jugar y se acercan a la casa. Mi hermano deja la cerveza en el suelo. Su cuerpo adopta una postura tensa y vigilante. Su hija Sumien corre al interior de la casa y vuelve con el revólver. Del coche sale un negro.

—Métense en la casa —nos ordena Andries sin apartar la vista del vehículo. Adentro todo está en silencio. Aguzamos el oído. Nos llega la risa familiar de Andries y su sesoto fluido. El hombre es un amigo de la infancia de mi padre que viene a desear feliz Navidad.

—¿Cómo pueden vivir así? —pregunto.

—Es complicado, sobre todo para mamá y papá. El otro día, mamá dijo que la tierra es la esencia de los afrikáneres porque está asociada a la libertad. Ahora, esta tierra que el tatarabuelo Delport compró con libras de oro...

—*Ja, ja*, tantas libras que la mesa no aguantó el peso y se quebró —acoto.

—Mamá dice que no puede con el hecho de que esta granja, este refugio de toda una vida, este lugar que siempre fue el más seguro para nosotros, se haya convertido en una isla bajo amenaza constante. Cuando se acerca un auto por el camino de grava, nunca sabemos si son amigos o asesinos.

Da un suspiro.

—Pero supongo que, hasta cierto punto, esto es más real. Pega más con el país que el paraíso de nuestra infancia. Lo que teníamos no podía durar. La pregunta es: ¿durará *esto*?

Con una rueda de tractor a modo de balsa, navegamos río abajo. Como una pequeña escultura, mi cuerpo y el de mi esposo se entrelazan en el suave fluir del agua poco profunda y aterciopelada.

Entre el siseo de las chicharras, el tierno arrullo de las palomas, los látigos verdes sin fuerza de los sauces, los verdes juncos donde se posan los pinzones como si fueran piedras preciosas y, más arriba, la orilla blanca y el cielo, giramos y rebotamos lentamente.

He escrito obsesivamente sobre esta granja. Ninguna otra estación puede curar mis palabras. No hablo de eso. No convoco a los planetas. Mi ser es débil con ella, cuelga de ella, pero ya no puede salir de mí. Paso la mano por el agua. Mi marido me besa en el cuello.

—Vos siempre me devolvés... —me susurra al oído, con arrugas inmóviles en la voz— y yo nunca me recupero de vos.

Mis huesos se prenden fuego. Lo agarro de la muñeca, que se me escurre. Mi piel nunca se olvidará de él, mi primer amor. Estoy con él, como estoy con mi propia sangre estoy con él, mi amante de sangre.

—Ustedes, los de la ciudad, que hablan con los políticos y leen los periódicos, ¿qué dicen? ¿Cuándo nos conviene irnos del país?

Estamos de pie alrededor del fuego, donde chisporrotean los leños y las brasas. A un lado hay una olla negra de tres patas con potaje de maíz. Mis cuñadas desenvuelven el pan de ajo y quitan el envoltorio de aluminio de las papas y las *patats* con manteca.

—Si querían irse, ya tendrían que haberlo hecho. Ahora es demasiado tarde.

—No, en serio —dice Hendrik—. ¿Cómo te das cuenta de que llegó la hora de cargar el *bakkie* e irse? Y otra pregunta: ¿adónde te vas?

Hago la pregunta obvia:

—¿Por qué se quieren ir?

—Porque este ya no es mi país.

—¿Cómo podés decir eso? Mirá dónde estamos hoy y cómo...

—¿Vos darías la vida por este país? Si mañana hubiera una guerra, ¿irías al frente de batalla? ¿Mandarías a tus hijos a defender el territorio?

De pronto nos llega el griterío de los chicos jugando al *kleilat* 2 en la orilla.

—No, no lo haría.

—¿Ves? Tampoco es tu país.

—Esperá, dejame terminar... Siento que sí es mi país, pero creo que nadie, ningún país, ningún político, tiene derecho a pedirle a una persona que dé la vida por él. Pueden exigirme que haga cosas en la vida, pueden pedirme sacrificios, pero mi muerte es cosa mía.

—Entonces no sentís verdadero amor por este país. ¿O acaso un

inglés o un estadounidense se negarían a defender a su país? ¿Y por qué? Porque sienten que es suyo. Yo solo lucharía por mi mujer y mis hijos, y por esta granja.

—Los estadounidenses están dispuestos a luchar por su país porque tienen mucho que perder —interviene mi marido, siempre tan sensato—. Vos no lucharías porque sentís que nada te pertenece. Lo único que defenderías es lo que tenés cerca.

Andries destapa una cerveza.

—Quiero hablar sobre la Comisión de la Verdad. No dejo de pensar que tal vez no termino de entender lo que está pasando. Pero a mí me parece que hicieron un trato. Los políticos negociaron entre ellos y se aceptó conceder la amnistía para dejarnos contentos. Ahora, yo me pregunto: ¿por qué las noticias de la Comisión empezaron después de las primeras audiencias? ¿Por qué ningún político se tomó el trabajo de explicarnos que estaban negociando algo llamado amnistía, que funcionaba de una determinada manera y que con ella se lograrían unos objetivos determinados?

—Unos meses después de las elecciones, participé personalmente en la organización de un seminario en Stellenbosch sobre la posibilidad de constituir una comisión de la verdad. Invitamos a políticos, *dominees* y periodistas, pero no vinieron. *Die Burger*, que tiene llegada a quienes hablan afrikáans en el Cabo, no quiso cubrir el seminario. Después me tocó cubrir la redacción de la ley de la Comisión, y los políticos del PN tenían una sola estrategia: sumar puntos acusando al CNA de ser demasiado parcial. Les iban mejor los discursos de tribuna que dar explicaciones a los votantes.

Yo también tengo una pregunta:

—Respecto de los asesinatos de granjeros: ¿coincidís con Mandela en que se trata de una tercera fuerza?

—Por supuesto. Si hubieras estado en el ejército como nosotros dos, sabrías que las acciones violentas de la derecha y de los delincuentes negros siempre son obra de aficionados. Normalmente, la policía los atrapa enseguida. Fijate, por ejemplo, en el caso Walus. Mata a Chris Hani y lo atrapan media hora después, con el arma todavía en el auto. Eso nunca podría haberle pasado a un soldado con entrenamiento militar. Los tipos que matan a granjeros son profesionales. Actúan con rapidez y precisión, y nunca matan demasiada gente en una misma zona, para que sea posible seguir viviendo allí. También creo que los asesinatos están vinculados con los robos a mano armada. Vení, vamos a matar a unos granjeros por placer y de paso robamos un banco y nos agenciamos un sueldo.

—¿Cuándo te vas? —le pregunto.

—No me puedo ir. Ya no tengo edad. Tengo más de cuarenta. Viví acá toda mi vida. ¿Adónde voy a ir? Pero lo que sí voy a hacer es luchar. De ninguna manera voy a permitir que hieran o maten a mis hijos, mi esposa o mis padres y yo aparezca llorando por la tele. El día en que eso ocurra, voy a darles guerra. Y te comento que el país está lleno de soldados bien entrenados. Miles y miles de hombres que estuvieron en el ejército. Llevaría menos de tres meses armar una estructura clandestina sólida para ejercer una violencia eficaz. Y entonces, cuando venga uno y diga: “Los *boere* son *sus en so*”, lo borramos del mapa.

—Y eso, ¿cuándo va a ser?

—Cuando ya no tengamos nada que perder.

—Pero ¿no sería mejor poner la energía en la reconstrucción del país?

—No quieren nuestra energía. Quieren ser ellos los que reconstruyan el país. Y me parece bien. Nunca escuché a un blanco decir: “Qué pena que me hayan dejado sin trabajo”. Lo que dicen es: “Qué pena que el negro al que le dieron mi trabajo no lo sepa hacer”. No quiero que digan que van a mantener a los negros fuera de nuestras escuelas, que van a proteger nuestra lengua o nuestros trabajos. No es eso lo que quiero. Quiero que entiendan que podemos ayudar o ser útiles, o como quieras llamarlo.

—Y cuando te acusan de ser racista, cuando te responsabilizan de tantas muertes y tanta destrucción, ¿eso te parece justo?

—¡No! Es que tienen razón: yo era racista. Yo quería todo para mí. Quería lo mejor. Hice cosas horribles para conseguirlo y conservarlo. Ahora les toca a ellos.

—Pero querrás al menos que te traten mejor de lo que vos los trataste a ellos...

—¡No! Solo quiero que quieran exactamente lo mismo que quería yo: lo mejor. Para ellos. Entonces se darían cuenta de que podemos ayudarlos a conseguirlo.

*

Hasta la última piel

El primer domingo del nuevo año, la Comisión aparece en primera plana de los diarios: Desavenencias en la CVR por las amnistías al

CNA. Las amnistías concedidas a los máximos dirigentes del CNA por el Comité de Amnistía en noviembre siguen siendo fuente de conflicto. El diario dice que hay dos facciones: un grupo, encabezado por Dumisa Ntsebeza, opina que deben aceptar la decisión del Comité de Amnistía; el otro, el de Alex Boraine, sostiene que es necesario revisarla. La tensión, continúa el artículo, llegará a su punto máximo durante el retiro de dos días en la isla Robben, que los comisionados emprenderán el próximo domingo.

Me viene a la mente una conferencia de prensa que tuvo lugar justo antes de Navidad, en la que Tutu dijo que la Comisión estaba dividida respecto de este tema. ¿Puede la Comisión llevar a juicio a uno de sus comités? ¿Y cuáles serían las consecuencias, en cambio, si el Partido Nacional pudiera llevar a juicio a la Comisión? Desde que se celebró la audiencia de Winnie Mandela, las amnistías del CNA no dejaron de estar en el candelero. La decisión provocó una enorme indignación en los círculos afrikáneres. El general Constand Viljoen quería saber si podía solicitar la amnistía por violaciones de derechos que pudieran figurar en las solicitudes de amnistía de otras personas. “Como Jefe del Ejército, entregaba armas a miles de jóvenes todos los años. No sé lo que pudieron hacer con ellas. ¿Puedo solicitar una amnistía no específica por eso?”. Se le respondió que no. “No es culpa nuestra que el CNA haya tenido mejor asesoramiento jurídico que Viljoen”, dijeron en la Comisión de la Verdad. Cuando se hicieron públicas las amnistías al CNA, durante la semana de la citación a P. W. Botha, uno de los dos comisionados afrikáneres renunció. “No soy más que una ficha en este juego”, declaró Chris de Jager, “una ficha sin el menor poder de decisión”.

En esa misma conferencia de prensa, le pregunté a Tutu:

—¿No se siente estafado por las amnistías al CNA? Como periodista, yo misma hice mucho ruido con eso de que el CNA estaba dispuesto a aceptar su responsabilidad. “Miren, hay una caja enorme llena de solicitudes. Todos los dirigentes han presentado la suya, mientras que en el Partido Nacional no reconocen nada...”. Y ahora nos vienen con estas solicitudes de amnistía, que son imprecisas en el mejor de los casos y engañosas en el peor. Es una vergüenza. ¿No se siente estafado? ¿Justo usted, que amenazó con renunciar si no se presentaban las solicitudes?

—No —me contestó Tutu sin el menor titubeo—. El CNA presentó un alegato político sólido en el que confesaba muchas cosas importantes. Muchas de las personas que han sido víctimas del CNA han declarado desde el principio. Tenga en cuenta una cosa: Vivimos

en un universo regido por principios morales; la verdad siempre sale a la luz. Si hay quienes mintieron en el CNA, la verdad ya se encargará de ajustar cuentas con ellos.

Y ahora esta cuestión de la grieta. Mientras preparo el cena del domingo, voy de una ventana a otra, molesta y distraída. ¿Y si es verdad? ¿Y si la fragmentación ya es un hecho? ¿Y si hay más renunciados de comisionados? Es el momento justo: se construyeron una reputación durante dos años, cobraron el salario de un juez durante ese mismo tiempo y, si se van ahora, evitan cualquier responsabilidad por lo que pueda salir mal de aquí en adelante. La idea me da náuseas. ¿Otra vez un conflicto racial? Pero los pensamientos se me agolpan contra el hombre del hábito púrpura: Tutu tiene años de experiencia pero, ¿realmente está a la altura de las circunstancias?

Desde que volvió de Estados Unidos, donde se sometió a un tratamiento oncológico, sus declaraciones son pura retórica. Cada vez que se lo encara por algún tema, responde lo mismo: “Dios es bueno, Dios es bueno”. Dan ganas de decirle: “Eso no alcanza. A veces, con Dios solo no basta”. ¿Habrá perdido la fe en la Comisión? ¿Estará muy mal de salud? ¿Lo habrán decepcionado los comisionados? Si la Comisión no logra salir adelante, ¿qué esperanzas podemos tener para el país?

*

El martes, los medios se trasladan a la isla Robben para una conferencia de prensa. Más allá de los turistas rojos como camarones, nadie hace ese viaje, en ese barco, y sale indemne. Según el lugar común, la Montaña de la Mesa se erige jadeante, rodeada de azul, y el mar es una elevación verdosa y tranquila. Uno no puede evitar pensar en las innumerables travesías destructoras de almas a bordo del *Susan Kruger*. Bautizado con el nombre de la esposa del ministro de Justicia Jimmy Kruger, quien tiene su propio lugar en el paseo de la infamia por su declaración acerca de la muerte de Steve Biko: “Ni me va ni me viene”. A medida que el barco se aleja de la bahía, pienso en Biko y en su historia, la única famosa que no se expuso frente a la Comisión de la Verdad. Como la familia decidió llevar a la Comisión ante el Tribunal Constitucional, no pudimos escuchar cuál fue la última vez que lo vieron, cómo lo recordaban, cómo hacen sus hijos para vivir sin él, a la sombra de su gigantesca figura.

—No se nos permitía sentarnos en el barco, ni tener contacto con los pasajeros —cuenta un exconvicto—. Nos llevaban a la bodega por

una escotilla, adonde tenían los neumáticos. Nos tenían en las entrañas del barco. Así, cuando el mar estaba embravecido, lo sentíamos más que cualquiera. Muchos nos descomponíamos. Y además no veíamos nada.

Nos desplazamos en micro hasta la zona de la isla en la que se lleva a cabo el retiro. Miro desde lejos y trato de percibir señales de enemistad. Pero no veo ninguna. Los comisionados están sentados al sol, tomando algo y charlando. Se los ve tan relajados, en ropa de verano y con sandalias, que me cuesta reconocerlos.

Tutu comenta que les llevó menos de media hora llegar a la siguiente decisión:

—La Comisión solicitará a la Corte Suprema una sentencia declarativa para las amnistías del CNA y luego actuará en consecuencia. Y punto. Si esto es una crisis, quiero más. Pero parece ser que en algunos círculos existe el perverso deseo de que a la Comisión le vaya mal. A ellos quiero decirles que hay mucho en juego en el éxito de esta Comisión, más de lo que se imaginan, incluida la continuidad de nuestra democracia, recientemente conquistada.

»Si alguien me hubiese dicho en 1996 que llegaríamos a ser el grupo que somos en 1998, unidos en nuestras diferencias, no lo habría creído. Muchas veces la cosa se puso fea. Salíamos de las reuniones hechos polvo. Si nosotros, que somos tan diversos (en materia de raza, credo, edad y género) cuajamos como grupo, hay esperanzas para nuestro país.

—¿Qué es lo que hizo que el grupo cuajara?

—Yo diría que, en parte, fueron las experiencias que atravesamos juntos, incluso las negativas... El retiro en esta isla fue muy especial: su historia, los fantasmas entre los que nos movemos aquí... La isla Robben siempre fue un lugar de reconciliación. Dijimos que queríamos estar abiertos a Dios. Yo creo que Dios nos sorprendió. Pasamos un buen rato; comimos, bebimos, bailamos, cantamos... Hasta nosotros nos sorprendimos ante una experiencia tan bella... Y nos dimos cuenta de una cosa: la libertad será duradera, porque nos costó muchísimo.

Hago una sesión de preguntas y respuestas para una radio, parapetada en un muro bajo de piedra en busca de una señal más fuerte para mi celular, con la vista en el continente. Siento una crudeza en el pecho. Es mío. Pertenezco a ese continente. Mis ojos, mi mirada, forman una unidad con los miles de ojos que han mirado hacia África a lo largo de los siglos.

Nuestros. Míos. Sí, daría la vida por esto. Se me escapa como un delicado sonido sagrado. Me doy cuenta de que es la Comisión, y nada

más que la Comisión, lo que me trajo a este momento de fuerte pertenencia.

Cuando estoy lejos de esta gente me faltan las fuerzas. Pierdo las esperanzas. No quiero dejarlos ir. Nunca.

Los comisionados vuelven con nosotros en el barco. Los escudriño uno a uno, sentados con el viento y el agua del mar en el rostro. Quiero recordarlos así.

—¿Tan fácil fue llegar a esa decisión? —le pregunto a una de ellos.

—Sí —me contesta—, con Tutu es fácil. Tiene una habilidad para trascender los problemas concretos y llevarlos a un plano en el que puede darse una coincidencia natural. —Miro en dirección a Tutu en la proa, bromeando con una gorra de capitán en la cabeza. Es por él.

*

La Comisión de la Verdad tenía que concluir su labor a mediados de diciembre de 1997, pero, al momento de escritura de este libro, todavía sigue trabajando. El plazo de entrega del informe final es fines de julio de 1998. De acuerdo con las últimas noticias, tampoco será posible cumplirlo. Al decidir ir por el camino lento y trabajoso de seguir todo el procedimiento judicial para la amnistía, el Comité de Amnistía no completará sus tareas para el informe final. O sea que el informe final *no* será definitivo. Se agregará una sección seis meses más tarde.

—¡Seis meses! —dice uno de los comisionados con un suspiro—. Más bien serán dos años. Desde el principio me pareció un error que el Comité de Amnistía no estuviera completamente dentro de la Comisión. Diría incluso que su autonomía fue un error. Un informe incompleto luego de más de dos años, miles de amnistías que llegarán hasta el nuevo milenio, una decisión polémica respecto de los dirigentes del CNA... *en ons sit met die gebakte pere* [y nos pasan la pelota a nosotros].

Algunos periodistas se embarcan en nuevas aventuras. Otros siguen en el mismo barco. Yo tomo el puesto de editora radial de noticias parlamentarias en Ciudad del Cabo.

*

En el seno de una intensa bocanada de aire, navego con los comisionados rumbo a tierra firme. Siento una ternura indescriptible por la Comisión. Con todos sus errores, su arrogancia, su racismo, su

santurronería, su incompetencia, sus mentiras, su imposibilidad de fraguar una política de reparaciones provisional, su puesta en escena... con todo eso, mantuvo la ingenuidad y el coraje frente a la tempestad del engaño, el odio y el rencor. Frente al naufragio de un barco hundido por el peso de un pasado brutal que choca con una nueva política de usurpación, mantuvo viva la idea de la condición humana compartida. Con trabajo y esfuerzo, se abrió camino y dejó atrás el racismo, generando espacios para todas nuestras voces. Con sus fracasos y desaciertos, navegó hasta el faro de la esperanza y eso me hace sentir orgullosa de ser de aquí, de pertenecer a este lugar.

Pero quiero decirlo de un modo más sencillo. Quiero que lo escriba mi mano. Por todos nosotros. Por todas las voces. Por todas las víctimas.

por ustedes
este país ya no está
entre nosotros sino dentro
respira en calma
después de haber sido herido
en la gloriosa garganta

en la cuna de mis huesos
canta, enciende
mi lengua, mi oído interno, la cavidad de mi corazón
tiembla frente al contorno
nuevo en sus suaves e íntimos sonidos guturales y clics

de mi alma la retina aprende a expandirse
cada día a través de mil historias
me quemé

nueva piel.

Nunca seré la misma. Quiero decir:

perdónenme
perdónenme
perdónenme

A quienes les hice mal les pido: por favor
llévenme

con ustedes.

Notas

1. Un *vlei* es un lago poco profundo, habitualmente de formación estacional, en afrikáans [N. de las T.].
2. *Kleilat*: Juego de combate en el que los niños se arrojan bolas de barro con un palo [N. de las T.].

Epílogo

Septiembre de 2001

Es una mañana tranquila de un día de semana. Mientras espero que me abran la puerta de la galería de arte, el barrio me llega a través de los sonidos amables de las voces de la radio y el ruido de los electrodomésticos. Estoy sola. Alguien me sugirió que viniera a ver la muestra de la artista Judith Mason, “porque hace cosas relacionadas con la Comisión de la Verdad”. Conozco su obra y siempre me atrajeron las líneas violentas de algunas de sus pinturas.

De pronto, me encuentro en una sala completamente vacía, salvo por una percha común de metal suspendida del techo. De la percha cuelga un vestido hecho de plástico azul, de una bolsa de plástico azul. Del canesú azul bordado, suben los bellos breteles; de la línea de la pechera plisada se abre la falda, ligera y libre, como si se balanceara en la suave brisa de la mañana. Es tan exquisito este vestido azul de movimientos y sonidos delicados que siento que tengo que agacharme, arrodillarme, sentarme. Me ahogo.

¡Es para ella!

Para la jefa de la MK Phila Ndwandwe. El vestido es para ella. La ropa interior de plástico azul que ella misma se hizo cuando estaba detenida para no perder la dignidad frente a los hombres que la tenían desnuda... el plástico de la vergüenza y la humillación se transformó en este homenaje azul a la belleza. *Hamba kahle*, 1 Phila...

que tu espíritu baile, libre
en este bendito vestido azul

para vos...

y quizá
también
para nosotros.



No somos muchos los que recordamos con exactitud lo que pasó el día en que el arzobispo Desmond Tutu entregó los cinco gruesos volúmenes del informe final de la Comisión de la Verdad a un presidente Nelson Mandela de gesto adusto. Fue un instante frágil. Pero lo que realzó la precariedad del momento fueron los discursos de los dos. Nuestro Presidente y su Profeta son conocidos por no ceñirse al texto escrito, por improvisar cuando dan un discurso. Ese día, los dos leyeron lo que habían llevado escrito oración por oración, coma por coma. Como si intuyeran que los sentimientos son tan volátiles, que si cruzaban la línea invisible todo estallarían en mil pedazos.

No fue sino hasta que vimos a los dos hombres bailando una vez cumplidas las formalidades (Mandela, como un boxeador, erguido, golpeando el aire al compás de un alegre sonido coral; Tutu, como un pícaro de pueblo, moviendo la cabeza y agitando los brazos) que nos aflojamos y empezamos a respirar con normalidad, no porque hubiera concluido el proceso, no porque hubiera terminado tan dramáticamente como había empezado, sino por la notable coherencia de la CVR. Un rastrillo enorme que había levantado sin cesar el país por el aire y, sin fallar, había depositado al grano en el suelo y permitido que la paja se dispersara con el viento. Y los dos gigantes morales de nuestro país seguían siendo, sin lugar a dudas, como han sido siempre a pesar de la inmensa presión a la que estuvieron sometidos, grano sin mácula alguna.

En medio de todo eso, recibimos la llamada de un represor afrikáner.

—La exigencia de F. W. de Klerk para que la patética página en la que se hace referencia a su persona sea eliminada del informe me da ganas de vomitar. Aquí hemos pasado meses de vergüenza, rechazo y desprecio... y este hijo de puta tiene problemas con un par de párrafos de mierda. Teme que lo comparen con Pinochet mientras está de viaje con su amante griega.

Después nos enteramos de que el informe ya estaba impreso cuando la CVR recibió una orden judicial para que se eliminara temporariamente la conclusión acerca del expresidente F. W. de Klerk. Un funcionario de la Comisión fue corriendo a la imprenta, donde ya estaban cargando los primeros ejemplares en una camioneta que los llevaría a Pretoria. Media hora más tarde, los técnicos de la imprenta estaban tachando media página 225 y una oración de la página 226 y tapando cuidadosamente con papel los dos lados de las páginas

censuradas para evitar que se mancharan las páginas contiguas.

*

A pesar de la unidad entre el Presidente y su Profeta en ese último día, la etapa previa a la entrega del informe estuvo cargada de tensión, desencanto, disgusto y acusaciones. Había que entregar el informe al presidente Nelson Mandela el 29 de octubre de 1998, una fecha estipulada con mucha antelación para conveniencia del Presidente, que debía cumplir con sus múltiples obligaciones, y de los comisionados residentes en el exterior, que debían planificar sus vuelos para poder asistir a la ceremonia. La Comisión concluyó la mayor parte de su trabajo a finales de junio de 1998; solo quedaba pendiente la dura tarea, condicionada por factores judiciales, del Comité de Amnistía, que aún tenía que resolver cientos de casos.

Los periodistas enviados para cubrir las sesiones de la Comisión de la Verdad fuimos invitados a un cóctel de despedida la noche anterior a la entrega del informe. Si bien la CVR jamás desembolsaba dinero para el pago de bebidas alcohólicas, esta vez hizo una sensata y bastante inusual excepción. Llegamos de todos lados. Como los comisionados, nosotros también estábamos tratando de vivir lo que se conoce popularmente como “La Vida después de la Comisión de la Verdad”.

Estaba bajando por la escalera del hotel de Pretoria, cuando sonó mi celular. Un colega de la sala de prensa de Johannesburgo había vuelto recién de una conferencia de prensa celebrada por el CNA en la que anunciaron que el partido estaba tratando de obtener un interdicto para evitar que la CVR hiciera público el informe al día siguiente. La razón que esgrimieron fue que el partido había intentado en vano concertar una reunión con la Comisión para hablar de los hechos atribuidos al partido que se habían descubierto. Veo a John Allen descargando equipaje del baúl de un auto, mientras Tutu sube por otra escalera.

—¿Comentarios? —Allen niega con la cabeza—. No hasta que hayamos visto los documentos. —En el vestíbulo, hay periodistas frenéticos en todos los rincones hablando por teléfono con sus jefes. Se filtró información según la cual el CNA y la CVR discutieron sobre los plazos de respuesta. La solicitud de interdicto sería tratada a la mañana siguiente en el Tribunal Supremo de Ciudad del Cabo.

¿Qué hay que hacer ahora? Ya está lista la sede donde tendrá lugar la ceremonia, instalados los equipos, y alojados las víctimas,

acompañantes e invitados en hoteles de la zona. Los periodistas tienen que estar aislados en un lugar seguro a partir de las seis de la mañana del día siguiente para leer el informe final y poder empezar a enviar noticias en cuanto Mandela tenga el texto en sus manos, alrededor de las dos de la tarde. Llegan algunos comisionados que parecen sorprendidos por los últimos acontecimientos.

Esperamos a Tutu. Nos enteramos de que está muy disgustado y que incluso estuvo a punto de llorar en su habitación. La amable atmósfera inicial ahora es sombría y deprimente.

—Dicen que hemos criminalizado la lucha —comenta un comisionado—. ¿Quieren decir que matar a una persona con el método del collar era parte de nuestra lucha por la libertad? ¿Quién es el que criminaliza la lucha acá? —En realidad, no importa lo que ocurra a partir de ahora (el CNA logró que ya no me importara).

—En estos días, siento que algo se murió en mi interior —dice otro comisionado.

Entran Tutu y su esposa, Leah. Él habla. Se lo ve deprimido.

—Esta Comisión siempre ha sido más que un puñado de personas. —Escuchamos. Aguardamos. Las llamadas van y vienen durante toda la noche. A las cuatro de la mañana nos llaman de los programas de actualidad, que quieren saber cuándo tendrán las noticias. A las cinco, llega el turno de los informativos. A las seis, ya tenemos la vista cansada y estamos tremendamente agotados (y sin nada aún) en nuestro lugar de confinamiento. Es un hermoso día de primavera en Pretoria. Las flores de jacarandá alfombran las calles. El tribunal se reunirá a las siete de la mañana, así que la audiencia comenzará a las ocho. Tutu, Yasmin Sooka y Dumisa Ntsebeza vendrán más tarde, tras una noche de negociaciones con abogados. Los vamos a enfrentar, dicen. Si el oprimido se convierte en opresor, voy a enfrentarme a él, dice Tutu. Son palabras por las que nunca lo van a perdonar. Pero parecen endebles, cansadas, gastadas por la política de dentro y de fuera de la Comisión.

Esperamos. Algunos escuchan la radio. En un programa, invitan al público a que dé su opinión al aire acerca del interdicto del CNA. Se saturan las líneas telefónicas... Los oyentes negros dicen uno tras otro: yo voté al CNA, pero esto es un error; exijo poder leer el informe.

Seguimos esperando. La CVR no puede darnos el informe final por si el tribunal concede el interdicto. Si seguimos esperando, no tendremos tiempo de leer más que el resumen de tres páginas que nos dicen que han preparado. Deprimidos, nos sentamos al sol y contestamos un montón de cuestionarios que nos mandan de distintas radios. Llega

Alex Boraine. Mientras lo están entrevistando, un periodista recibe una llamada y grita:

—¡El tribunal rechazó el interdicto!

—¡Ganamos! —se ríe Boraine. Nos lanzamos a una actividad frenética, pero cuando nos ponen delante los cinco volúmenes encuadernados del informe final, que son casi imposibles de levantar, la mayoría de los periodistas se largan a reír. Faltan dos horas para la ceremonia. Abrumados por la montaña de papeles, leemos un poco aquí, un poco allá, hasta que la mayoría se calma y leemos todo lo que podemos de lo que aparece en el último volumen.

Salimos del encierro y vamos a la sala donde tendrá lugar la ceremonia. Nos enteramos de que, aparentemente, el CNA no consultó a Mandela sobre la decisión de solicitar el interdicto. En la sala, los comisionados se sientan separados en una zona del amplio espacio disponible. Es evidente que están divididos, incómodos. Después sabemos que la última reunión de la Comisión de la Verdad fue áspera, desagradable; algunos sentían que había que contemplar el simple deseo del CNA de mantener conversaciones, otros decían que eso sentaría un precedente y obligaría a la Comisión a hacer lo mismo con todos los demás partidos y con los particulares. La unidad de la CVR era cosa del pasado; algunos de sus miembros tenían cargos en el gobierno, otros aprovechaban la experiencia ganada en la Comisión para desarrollar su carrera profesional. Tutu y Boraine estaban en universidades de Estados Unidos.

Los comisionados determinaron que la decisión se tomaría tras una votación. Quedaban quince, porque dos habían renunciado tiempo atrás. El resultado fue de siete votos a favor y siete en contra de mantener conversaciones con el CNA, con lo cual Tutu tenía que desempatar. Debe haber sido una reunión difícil. Para algunos comisionados que habían apoyado al CNA durante toda su vida, oponerse a lo que proponía el partido y a muchos compañeros junto a los que habían luchado hombro con hombro no debe haber sido nada fácil. Nos enteramos de que Tutu estaba muy deprimido el día de la ceremonia y que concertó un encuentro con Mandela.

—Entró encogido, apático, alicaído, pero cuando salió era otra persona: se reía y caminaba erguido —se oyó comentar. De todos esos acontecimientos, no se sabe nada. Pero se podía advertir claramente la división y el desmenuzamiento del poder.

Comenzaron a llegar los políticos: los ministros Dullah Omar, Kader Asmal, Joe Modise, Jay Naidoo y Alfred Nzo, también con cierto aire de incertidumbre. Mbeki tendría que estar aquí, pero se excusó e

informó que su esposa iría en su lugar. Pero la mujer no aparece. Mandela y su mujer, Graça Machel, se sientan rígidos y con gesto severo en el escenario; junto a ellos están Tutu y Leah, tomados de la mano y mirando fijamente la mesa que tienen delante.

A continuación entran las víctimas. Invitaron a personas representativas de todas las categorías: negros y blancos, ricos y pobres, hombres y mujeres. Entre las víctimas no hay divisiones. Vinieron todos y se sientan con los comisionados y el personal de la Comisión de un lado y los políticos del otro. Todos se ponen de pie.

—Habrá muchos que se disgustarán por el contenido de este informe —afirma Tutu—. Algunos buscaron desacreditarlo anticipadamente. Si lograran su cometido, ¿qué cambiaría? No cambiaría el hecho de que asesinaron a Stanza Bopape, atacaron la Khotso House, torturaron a los suyos en los campos que tenían en Tanzania, en Angola, asesinaron personas con el collar... Es lo que dijeron los mismos que cometieron los actos; no lo inventó la Comisión.

—Aprovecho esta oportunidad para decir que acepto el informe tal como está —sostiene Mandela—, con TODAS sus imperfecciones, como una herramienta que nos ofrece la CVR para ayudarnos a que nos reconciliemos y podamos reconstruir nuestra nación. —Mandela es un hombre del partido. Debe haber sido extremadamente difícil para él adoptar una postura diferente de la del CNA.

El momento estuvo cargado de significado: el Político y su Profeta se abrazan mientras el resentimiento político contra el proceso de la Comisión de la Verdad deja una estela de irritación y enojo.

*

Pero el “gusto” había desaparecido. El interdicto planteado por el CNA dominó las noticias y eclipsó el contenido del informe. Era evidente que el partido no pudo haber leído el informe antes de acudir a la Justicia. Contrariamente a lo que sostiene el CNA, el informe no equipara los movimientos de liberación al régimen del apartheid. En una sección con argumentos especialmente convincentes se estipula que tanto el CNA como el CPA libraron una “guerra justa”, pero en el informe se hace una distinción entre “guerra justa” y “medios injustos que constituyen una violación de los derechos humanos”.

—Me opongo a la idea de que el CNA haya usado “medios injustos” —se queja entre dientes, extraoficialmente, un ministro y activista de primera línea del CNA—. Cuando Estados Unidos y la OTAN matan

civiles se habla de “daños colaterales”, pero estos avaros espirituales lo cubren todo con su melaza moral.

*

El debate parlamentario sobre el informe final de la CVR tuvo lugar al final de la última sesión del primer período legislativo del gobierno de Mandela. Las galerías del recinto estaban colmadas de estudiantes, víctimas, académicos y representantes de ONG. En el despacho de Mandela había un pequeño grupo integrado por dos o tres comisionados y unos pocos empleados de la Comisión de la Verdad. Las grandes figuras se habían ido. Los que se quedaron estaban fuera de contexto, desprovistos de poder y distantes del centro de atención. En los pasillos, la única voz que desafió al poder político durante dos años se había tornado inaudible. La CVR, de la que en alguna vez fue posible alardear o por la que se acudió a los tribunales, se había vuelto prescindible.

El futuro presidente Thabo Mbeki fue el primero en hacer uso de la palabra. Habló del seto de almendros y espinos que plantó el colono holandés Jan van Riebeeck hace trescientos cuarenta años “para garantizar la seguridad de los colonos europeos recién llegados impidiendo el paso de las hordas africanas de negros paganos y primitivos”.

Las palabras iniciales de Mbeki resonaron en un recinto que, en un silencio absoluto, esperaba oír por primera vez su opinión sobre el informe final de la CVR.

Mbeki colocó directamente a la CVR dentro de un marco racial.

—El parámetro que define la lucha continua por la unidad y la reconciliación nacional es la raza... Es esta realidad de un Estado basado en la conquista, que debía retenerse por los mismos medios con los que fue conquistado, la que inevitablemente llevó a las graves violaciones de derechos humanos alrededor de las cuales ha girado la labor de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación.

Motivado por las expresiones de sorpresa y horror que salieron de las bancas de los legisladores del CNA, Mbeki ilustró sus argumentos con citas de los primeros exploradores europeos en África.

—“En resumen, son como bestias”: esta es la descripción realizada por el holandés Cornelius van Purmderend en 1609. “Comen... como perros... viven... como animales”, dijo el francés Pyrrard de Laval en 1610. “... es una pena que estas criaturas... disfruten de un país tan bonito” fue la apreciación del inglés Ralph Standish en 1612. Este

contexto racial convierte la lucha por la liberación en una guerra justa, por lo que acusar al CNA de cometer graves violaciones de derechos humanos es indignante.

El debate se extendió durante casi siete horas, hasta bien entrada la noche. Uno de los últimos oradores fue Jacko Maree, del Partido Nacional. Como miembro del Comité de Justicia que había participado en la redacción del proyecto de ley de la CVR, Maree no dejó de atacar a la Comisión por su parcialidad. A través de los años repitió tanto sus argumentos que pocos le prestaron atención esa noche durante un discurso que comenzó después de la cena.

Así y todo, el que estaba de pie en el podio era un Maree distinto. Dirigiéndose a Mbeki, dijo:

—He preparado un discurso, señor vicepresidente, pero ahora deseo hablarle desde el corazón. —Maree dejó de lado las frases formales que tanto le agradaba pronunciar: “cuestión de procedimiento”, “excelentísima presidenta” u “honorable diputado”—. En primer lugar, quiero decir que no soy la persona adecuada, soy un afrikáner blanco, de mediana edad y de sexo masculino... Su discurso me asombró... me dio escalofríos... Pensé... por un terrible instante pensé que había visto en la sala el fantasma de Mugabe. —Para los sudafricanos blancos, Robert Mugabe era el símbolo del odio de los negros a los blancos, un hombre que responsabilizaba a los blancos de todo lo malo, mientras que él no tenía que rendirle cuentas a nadie.

Ministro de Economía Trevor Manuel.— ¿El honorable diputado está dispuesto a someterse a una prueba de alcoholemia?

Maree.— Estoy molesto y no entiendo por qué el Vicepresidente nos recuerda lo que dijo Jan van Riebeeck sobre los *khoi* 2 y lo que decían los blancos sobre los negros hace trescientos años. No es pertinente en este momento, salvo que su intención sea crear tensión... ¿Por qué cuando tratamos de reconciliarnos usted busca enfrentar a blancos contra negros? Pienso en mi futuro... Me pregunto qué será de los jóvenes si el próximo presidente de este país hace este tipo de comentarios desafortunados.

Un ruido imponente se apodera de la sala. Maree parece tambalearse. Le piden a la Presidenta del Parlamento que le ordene callarse.

*

Mando un audio incoherente sobre Maree para el noticiero de la radio. Sé que no van a usarlo. Al encerrar a la CVR en un marco racial,

Mbeki claramente ha generado en sí mismo una sensación de impotencia, la impotencia que surge cuando la única vara de medición ostensible es la del color de la piel, la impotencia que los afrikáneres han generado en tanta gente durante tantos años. La raza. Nuestra aflicción y nuestra obsesión. La raza que pervierte la vida en Sudáfrica, la que invade el alma de Sudáfrica. Blanco y Negro, y en el medio, nada.

Los sonidos parlamentarios se han esfumado; los monitores, en silencio; los pasillos, desiertos; los despachos, cerrados; los ascensores, llenos de aire viciado. Voy al auto andando por la calle empedrada.

Aturdida y algo triste.

Durante unos pocos años, la CVR nos trasladó a un espacio que trascendía la raza. Con mucha delicadeza, dirigió la mirada a los que defendieron los derechos humanos y a los que los violaron, a los que pelearon por conseguir justicia y a los que se esforzaron por dejar intacta la injusticia. La CVR hizo cada vez mayor hincapié en que lo que distingue a las personas es su capacidad de hacer elecciones éticas en circunstancias difíciles y de defender los derechos humanos de todos. Lo que distingue el pasado del presente no se encuentra únicamente en el color, sino también en la capacidad de elegir.

Pero parece que hubiéramos retrocedido trescientos cuarenta años: el seto de almendros, la línea divisoria racial trazada por el colonizador, el carpintero fundamental de la memoria. El dolor recorta las palabras de este continente... perfila la falta de dignidad de la palabra, el desdén de la palabra, el viaje de la palabra a través de la piel, el viaje a la palabra pelada. Al final, el último vestigio de la palabra revela una cultura despiadada, incapaz de transmitir nada salvo el color, una cultura incapaz de transmitir el alma.

¿Se atreve la luz a apagarse con tanta suavidad? ¿Se atreve la medianoche de Ciudad del Cabo a hablar susurrando con tanta libertad? ¿Se atreve la piel a decir tanto en esta agotadora, balbuceante y sombría búsqueda de la identidad? ¿Por qué negamos que la piel tiene tantos colores en este continente con forma de corazón y de pistola? ¿Por qué negamos que todo color de piel tiene la capacidad de querer y también de matar? ¿Por qué el color de la piel importa más que el del corazón? El color fue, es y desea ser la única moral de nuestra adorada tierra.

¿Entonces para qué sirvió todo esto? ¿Todos estos años de la Comisión de la Verdad? ¿Este retorno al ser de color?

El arzobispo Tutu se dirige a la galería de la sala del Parlamento donde se encuentra la prensa. Les ruega a los afrikáneres que acepten la reconciliación, que ayuden a conseguirla. Literalmente, se estremece. El sudor le corre por la cara, en la boca se le dibuja una mueca. Los ojos, llenos de lágrimas, expresan disgusto. Los periodistas presentes, la mayoría ingleses, hombres y blancos, observan la escena, imperturbables.

Mientras escucho a Tutu hablarles con tono suplicante a los afrikáneres ausentes, crece en mí la desesperación. ¿Qué podemos hacer con la angustia que siente Tutu? ¿Con la necesidad de que los afrikáneres reaccionen adecuadamente? ¿Qué significa “adecuadamente”? Las iglesias afrikáneres pidieron perdón, igual que la mayoría de los principales empresarios afrikáneres y un grupo de periodistas afrikáneres... los blancos que comparecieron ante el Comité de Amnistía fueron, en su mayoría, afrikáneres. ¿Qué más quiere Tutu? ¿Algo tan banal como que un anciano P. W. Botha o su sucesor calvo pidan disculpas? ¿Algo más? ¿Una Marcha del Millón de afrikáneres? ¿Muestras de generosidad? ¿La devolución de la tierra? ¿Qué se vayan?

¿Qué palabra, qué abrazo nos quitará el peso de encima?

Levanta la vista y nuestras miradas se cruzan. Pero es como si se hubiera abierto un abismo. En ese instante. Y duele... el dolor se disemina entre nosotros. La verdad costó mucho dolor; a la supervivencia le ha quedado muy poco.

¿Adónde nos dirigimos ahora?

*

Poco después de la entrega del informe final, entrevisté a un representante del gobierno alemán para saber más sobre las reparaciones que obtuvieron las víctimas: los judíos fuera de Alemania recibieron más de cien mil millones de dólares. Ese dinero transformó a Israel en un Estado industrial. Ese fue el gran gesto de Willy Brandt. En comparación con la política tímida y falta de imaginación de la CVR, la suma es impactante. También entrevisté al líder de la comunidad judía de Berlín, que me preguntó cómo me atrevía a sugerir siquiera que eso había sido suficiente en vista de todo lo que les habían hecho. No supe qué responder. Claro, ¿cómo me atrevo?

Unos meses más tarde, el ministro de Economía de Sudáfrica reiteró esa postura:

—Aunque les quitáramos a los blancos todo lo que tienen, eso no sería suficiente para pagar por los hechos del pasado.

—Entonces, según usted, ¿los blancos deben seguir viviendo con todo el egoísmo y la ambición que les plazca porque hagan lo que hagan nunca será suficiente?

—No —suspira—, supongo que lo que quiero decir es que no hay ninguna medida que sirva para obtener de los blancos lo que nos deben. Para cambiar de verdad la vida de los pobres, necesitaríamos llegar a una tasa de crecimiento del seis por ciento.

*

Nos sentamos en el patio de comidas de uno de los centros comerciales que ostentan el lujo más obscuro de este país. Detrás está el centro de convenciones donde se está llevando a cabo la Conferencia Sudafricana sobre Racismo, preludio de la conferencia internacional que se celebrará el próximo año.

—¿Quién carajo viene a comprar acá? —pregunta Mamogele, sacándose los zapatos.

—Mirá lo que cuesta una cerveza —se queja Eddy.

Azorados, decidimos huir de la opulencia del lugar y vamos a sentarnos bajo las sombrillas para protegernos del sol de la tarde en el alto *veld*. Hacía mucho que no nos veíamos. Después de las primeras elecciones democráticas, nuestras vidas tomaron rumbos diferentes: ellos ocupan cargos en el gobierno provincial del Estado Libre y yo ejerzo el periodismo en el Cabo. El día anterior, cuando entré al vestíbulo del hotel, los vi y me acerqué a ellos con gran entusiasmo. Si bien estaban contentos de verme, los noté incómodos. A medida que pasaban los días, me di cuenta de que para ellos era importante demostrar que los negros no necesitan a nadie y que los amigos blancos son una especie de bochorno que recuerda épocas desesperadas. Así que estaba contenta de haberlos encontrado bajo las sombrillas y recordar tiempos pasados. Le pregunto a Mamogele por su hijo. Se ríe.

—¡Ese chico! Está en una de esas escuelas de blancos. Está hecho un atrevido. El otro día, lo estaba retando y le grité: “¡Portate bien! Lo único que quiero es que aprendieras a portarte bien”. Y él salta y me contesta: “No se dice ‘quiero que aprendieras’; es ‘quiero que aprendas’”. ¡Casi me muero!

La conversación no tarda mucho en rumbar para el lado de la política.

—¿Por qué de lo único que se habla es de la raza? Nadie habla de derechos humanos, de rendición de cuentas, de cómo evitar abusos en el futuro, de cuánto del pasado forma parte del presente, de la culpa colectiva, las decisiones éticas, la definición de represor... de lo único que se oye hablar es de raza, raza y más raza.

Mamogele no me acepta el cigarrillo que le ofrezco.

—¿Dejaste de fumar? —le pregunto. Sería, me dice que sí con la cabeza.

—Basta con recordar la ovación que recibió Mbeki cuando afirmó que sabía que los blancos no combatieron el apartheid porque “nosotros estábamos en las trincheras y ahí no vimos ningún blanco”.

Cuando me encuentro con estos dos camaradas, la conversación siempre es interesante.

—Claro, claro —le respondo—. Lo que decís no solo peca de simple, sino que falta a la verdad.

—¡No, es verdad! —me desmienten los dos al unísono.

—Entonces, ¿cómo es que, durante el receso, cuando cantaron la canción más conocida de la resistencia, muchos de los negros que estaban ahí no cantaban porque no sabían la letra? Se movían al ritmo de la canción, eso sí, pero de la letra, nada.

—Lo que vos quieras, pero los blancos son muy negadores —retruca Eddy.

—No por nada Malcolm X decía que el racismo era como un Cadillac: todos los años sacan un modelo nuevo. El último modelo es la negación de los blancos.

—¿Qué es lo que niegan?

—Niegan el racismo del pasado, niegan que apoyaron y se beneficiaron de un sistema racista.

—No sé quién sabe más lo que niegan o dejan de negar los blancos. Pero por lo que yo sé, los blancos *no* son negadores. Saben muy bien que se beneficiaron del pasado racista; de lo contrario, ¿por qué tendrían tanto miedo? Quizá no estén arrepentidos, quizá no se sientan responsables... Pero no son negadores acerca de la naturaleza racista del pasado.

—¿Qué pruebas tenés?

Miro a Eddy. *Touchée*.

—¿Vos querés que los blancos pidan perdón?

—No necesariamente, pero me gustaría que reconocieran el hecho de que si yo solo terminé la secundaria y vos tenés una maestría no es porque vos seas más inteligente que yo, sino porque vos tuviste más oportunidades.

—Sí. A ver si devuelven algo; al negro lo que es del negro —dice Mamogele, sonriendo.

Le pedimos una cerveza a un mozo que nos cuenta que es serbio. Parece tan intimidado por nuestra vehemencia que nos toma el pedido rápido y se va.

—¿Te acordás de la marcha fallida de Kroonstad? ¿De cómo nos dispersaron con disparos y gases lacrimógenos? —Por un instante, las palabras de Mamogele acortan la distancia que nos separa—. ¿Por qué los blancos no organizan marchas en las distintas ciudades como muestra de que no son negadores? Así los negros podríamos mirar y decir: “Oom Koos no vino, está escondido en su *bakkie*, pero Tannie Ragel sí está, ahí va con su *voorskoot*”. 3

—Me temo que los blancos no marchan, salvo que vayan de uniforme.

—Pero precisamos *ver* algo concreto... algo que podamos recordar cada vez que nos enfurezca alguna cosa que hagan los blancos o cuando nos amarguemos con algún incidente racista.

—¿Algo como celebrar servicios religiosos en todo el país o hacer una vigilia de mujeres en los Edificios de la Unión?

—O como hicieron en Ruanda —propone Eddy—, donde llevaron piedras; cada uno llevó una piedra para pedir perdón, una piedra para las víctimas, y pusieron todas esas piedras en una pila, una pila de piedras de la memoria.

La idea me entusiasma. Siento el polvo de la piedra arenisca de color rosa claro, la piedra arenisca que voy a llevar del lugar donde nació. Pero me freno.

—¿La gente no va a decir que cuando lo que querían era pan y trabajo, nosotros, en cambio, les damos piedras?

Se ríe.

—Alguna vez leí: “Tenemos a Mandela defendiendo la reconciliación. Tenemos a Tutu defendiendo la reconciliación, pero ¿dónde, dónde está el Príncipe Blanco de la Reconciliación?”.

—Ese tiempo ya pasó. Y nos decepcionaron todos esos príncipes blancos, y quizá sea precisamente por eso que volvimos a dirigir la mirada a la raza. Pero la raza es una trampa, te lo aseguro...

—Nosotros te lo habíamos asegurado *antes* —interrumpe Mamogele.

—¡Claro! Es que la raza es lo único que no se puede cambiar. Yo puedo cambiar mi punto de vista, mis palabras, mis ideas, mi lenguaje corporal, pero no puedo cambiar el color de mi piel. Entonces si vos tenés un problema conmigo porque soy blanca, estoy atrapada, no tengo salida. No hay posibilidad de cambio; el color retira el debate

del plano moral (lo que hacemos) y lo reduce a una cuestión de nacionalismo: ¿quién es negro?

Eddy pide un trago exótico de sidra con limón y hielo. Yo pido dos cigarrillos para mí y para Mamogele a nuestros vecinos de mesa.

—No es la piel blanca lo que tendrías que negar, sino la identidad blanca. Es un modo de pensar, un punto de vista. Tendrías que reconocer que en lo que sos también tuvo influencia la identidad negra.

—¡Eso nunca lo negué! Si algo sé de oponerme a la injusticia, lo aprendí de ustedes dos, de los camaradas y las tías de un pequeño municipio dejado de la mano de Dios en los años ochenta. Si algo sé de humanidad, de ser humano entre otros seres humanos, lo aprendí de los negros, y de Tutu y Mandela. Yo estoy modelada por la identidad negra también. Pero no lo llevo escrito en la frente... por desgracia.

—No, lo que tenés escrito en la frente es la santidad universal del cuerpo blanco. No importa dónde estés ni lo que hagas, el mundo blanco occidental te va a cuidar y proteger. Solo cuando te alejes de ese enorme paraguas de la identidad blanca y experimentes los riesgos de la vida negra, vas a poder ser de los nuestros.

—Eddy, no digas pavadas —replica Mamogele—. Nunca va a ser negra. Mi problema con el argumento es que ella anda a los saltos. Cuando la discusión se pone difícil, decide *no* ser afrikáner, no ser blanca, pero cuando los criticamos, ella se pone de su lado. Pero la queremos y estamos con ella. Y por alguna razón, ella nos quiere y está con nosotros.

Me quedo muda.

—La cosa es que no hace falta andar a los besos y los abrazos todo el tiempo siempre y cuando podamos convivir amablemente.

—Pero yo quiero pertenecer... —Quiero decir algo, pero me lo guardo, porque vienen dos conocidos a sentarse a nuestra mesa y la conversación adopta un tono jovial y ligero. Me levanto y me voy. Mamogele viene conmigo. Volvemos a pie al hotel, despacio, mirando vidrieras. El pasado se desangra gota a gota entre nosotras.

*

“¿Cuáles fueron los logros de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación?” es la pregunta que se oye con mayor frecuencia. La respuesta es simple y compleja a la vez.

Es simple, porque es imposible imaginar Sudáfrica sin la CVR. Junto

a la liberación de Nelson Mandela, su determinación en la búsqueda de la reconciliación y las primeras elecciones democráticas en Sudáfrica, la Comisión es un hito extraordinario de la capacidad sudafricana para buscar nuevas respuestas a las viejas preguntas.

Y es compleja a la hora de establecer una vara para medir el grado de éxito. ¿En qué términos han de medirse los logros? ¿Los de Nuremberg? ¿Chile? ¿África meridional? ¿Los de las expectativas de Sudáfrica? ¿Las expectativas internacionales? ¿La verdad? ¿La justicia? ¿La reconciliación?

El hecho de que las antiguas autoridades políticas y militares de Zimbabue, Namibia, Mozambique, Chile y otros países sudamericanos hayan otorgado amnistías generales y que en Sudáfrica eso no haya ocurrido importa poco, según parece. Muchos sudafricanos se molestaron porque el proceso de la CVR no traía aparejados ni cambios, ni justicia ni reparaciones. Poco a poco, la irritación inicial dio paso al enojo con el nuevo gobierno, porque este no anticipó la necesidad de asignar fondos para hacer frente a las reparaciones. Las deficiencias en la comprensión de los orígenes, la legislación y los resultados obtenidos por la CVR por parte del gobierno se pusieron de manifiesto en los niveles de sospecha que despertó en él la Comisión. Por otra parte, las deficiencias de la CVR en corregir esas fallas fueron un signo de la total falta de comunicación entre personas que alguna vez fueron camaradas y que ahora son dirigentes políticos y civiles.

La primera cuestión importante que es necesario señalar respecto de la labor de la CVR es que un país que acomete un proceso de las características del que llevó a cabo la Comisión ha de ser muy claro en cuanto a qué espera exactamente de un organismo como ese. ¿Se trata de establecer una ética de la responsabilidad? ¿O de deshacerse de cuestiones judiciales o políticas incómodas remanentes del pasado? ¿Pretende buscar formas de satisfacer las necesidades de las víctimas o es un mero vehículo para el otorgamiento de amnistías a los perpetradores? ¿Desea saber cómo fueron los hechos y reescribir la historia? ¿El propósito es evitar el castigo o impresionar a la opinión pública? ¿La intención es establecer y promover la cultura de los derechos humanos? ¿O el principal objetivo es prevenir enfrentamientos perniciosos entre antiguos enemigos mientras el nuevo Gobierno se consolida?

Ninguna Comisión puede lograr todos esos objetivos sin desviarse de la ruta establecida. Cuando la CVR inició sus actividades a fines de 1995, tenía un nombre y una compleja ley que la regía, pero soportaba una pesada carga de expectativas ciudadanas profundas y

muchas veces contrapuestas.

El organismo tiene autoridad para evaluar sus propios logros, o fracasos, según el grado de cumplimiento con su ley fundacional. Los elementos clave de la ley son (i) la creación de un foro para las víctimas, (ii) la determinación de la verdad, (iii) el otorgamiento de reparaciones, (iv) la concesión de amnistías y (v) la reconciliación.

En la creación de un foro para las víctimas fue donde la CVR alcanzó más satisfactoriamente sus objetivos. Las experiencias que narraron las víctimas se han integrado en el imaginario nacional y hoy, por primera vez, forman parte de la historia oficial. El legado de las voces auténticas se apodera del pasado de la nación y queda asegurado para las generaciones futuras. Ese único logro bastaría para justificar la existencia de la CVR, y es imposible dar marcha atrás en ese sentido. En las evaluaciones que se han hecho hasta ahora, sin embargo, se ha pasado por alto el extraordinario aporte de la Comisión en su trato igualitario de todas las víctimas. No hubo víctimas de primera ni de segunda clase. La madre cuyo hijo murió por oponerse al apartheid dio testimonio junto a la que perdió un hijo por defender el régimen. Los testimonios de blancos y negros, de personas de “color” y de indios, de instruidos y analfabetos, de habitantes del interior y de las ciudades, fueron igualmente respetados. Así, la CVR le mostró al país que la pena, la soledad, el desconcierto y el dolor no saben de colores ni de creencias y que a todos les han provocado la misma herida. Esta característica marca una ruptura con la idea que prevalece en el mundo acerca de la categoría de víctima y que haya pasado inadvertida es mérito de la CVR.

La CVR ha tenido un éxito razonable en la determinación de la verdad de los hechos, en saber “qué pasó”. Muchos nombres de personas responsables de violaciones graves de derechos humanos salieron a la luz gracias a las solicitudes de amnistía. En cambio, el éxito fue menor en cuanto a convencer a los sudafricanos de la verdad moral, de “quiénes fueron los responsables”.

La ausencia de reparaciones para los traumas sufridos por las víctimas ha sido el mayor fracaso de la Comisión, fracaso que ella misma reconoció. A casi siete años del primer testimonio, las víctimas aún no han recibido nada. Por el contrario, la concesión o la negación de amnistías tuvieron consecuencias inmediatas. El Gobierno no ahorró palabras para explicar que todos los negros sufrieron durante el apartheid y que ofrecerles una compensación a unos pocos (diecisiete mil víctimas) sería injusto. Asimismo, declaró que nadie se oponía al

apartheid con la idea de recibir una recompensa económica; peor aún, un ministro propuso que entre las víctimas que presentaron testimonio había habido muchos “actores”.

Yasmin Sooka, integrante de la Comisión, reaccionó furiosa ante esas declaraciones.

—Cuando nuestro país aceptó seguir el rumbo de una comisión de la verdad, aceptamos adoptar un modelo de justicia reparadora y no retributiva... Esa noción de justicia reparadora está en problemas. El riesgo proviene de nuestra imposibilidad de cambiar la situación material de quienes se acercaron a contar sus historias...

»Mi temor es que si nos apartamos de esa visión y de la promesa que le hicimos a nuestro pueblo, nos exponemos a que suceda aquí lo mismo que en Zimbabwe. En los últimos veinte años, el gobierno zimbabuense no hizo nada por los veteranos de guerra y ahora, esa tarea inconclusa podría destruir el presente.

Sooka señaló asimismo que el Tribunal Constitucional determinó que la amnistía era posible solo si se cumplía el compromiso de otorgar reparaciones. Por lo tanto, las víctimas tienen derecho a entablar demandas para que se declare la nulidad de la amnistía.

—Sería una verdadera tragedia que la paz frágil de la que gozamos se altere por el derrumbe del puente que la amnistía estaba destinada a tender.

»Los medios de comunicación repiten la idea de que no hay dinero; sin embargo, hay dinero para comprar armas. ¿Cuáles son las prioridades para la nueva democracia?

»También se suele repetir que las víctimas no han participado en el proceso por dinero. Es verdad; nadie parti-cipó por di-nero, pero los activistas que combatieron el apartheid re-ciben una pensión especial y muchos tienen empleos bien pagos. No me enteré de ninguno que se negara a percibir un salario. Entre los que obtuvieron la amnistía, ninguno perdió nada, salvo la reputación. Siguen cobrando sus pensiones, son propietarios de su tierra, de su auto, tienen a su familia. Entretanto, las personas que fueron despojadas de todo siguen sin tener nada.

De las 7115 solicitudes de amnistía enviadas a la CVR, 1146 (algo más del 16%) tuvieron respuesta favorable y 5504 (el 77,3%) fueron rechazadas. Así se generaron más problemas que los que se resolvieron, pues se dejó al país no solo con un gran número de perpetradores que reconocieron haber cometido delitos a los que hay que procesar, sino también con un número aún mayor de personas que resistieron la presión de la CVR para que solicitaran la amnistía. A

pesar del pedido que el presidente Thabo Mbeki le hizo a la CVR a comienzos del proceso de que no dejara “muchos asuntos sin resolver”, el Comité de Amnistía hizo exactamente lo contrario. ¿Ahora a quién se debería procesar? ¿A los importantes generales blancos del ejército y a los señores de la guerra del PLI que despreciaron y se burlaron de la Comisión? ¿O a los perpetradores que asistieron a las audiencias durante varias semanas y cuyas solicitudes de amnistía no fueron aceptadas?

El ministro Kader Asmal, del CNA, que durante años fue profesor de Derecho y decano del Departamento de Humanidades en Dublín y que participó activamente en la creación de la Comisión de la Verdad, advirtió de los riesgos de una judicialización excesiva del proceso de ese organismo:

—Otro motivo de preocupación es la creciente judicialización del procedimiento de la Comisión de la Verdad; de hecho, la Comisión debe su existencia, en parte, a la decisión de no tomar la vía judicial para enfrentar el pasado... Quienes afirman que hay un muro que separa el derecho de la política presionan para que los jueces no contemplen las consecuencias sociales de sus sentencias. Esto no debería ser así. Es preferible pensar que la principal finalidad de la ley consiste en servir a la sociedad.

Las predicciones de Asmal se cumplieron: las audiencias de los que buscaban obtener la amnistía se convirtieron en una especie de juicio con procedimientos judicializados y sus costos y demoras. Por cierto, esto resaltó los argumentos a favor de las consecuencias de la judicialización en detrimento de los que defendían las consecuencias morales o políticas. La judicialización del proceso inevitablemente llevó a la judicialización de su sustancia.

El carácter y la legislación del Comité de Amnistía hicieron que esto fuera inevitable. Los tres jueces del tribunal supremo del Comité no formaban parte de la Comisión propiamente dicha y no compartieron la cotidianeidad de la Comisión desde el principio. No asistieron a los retiros recomendados por el Arzobispo cuyo objetivo era el de poner el acento en la sanación y la reconciliación, en el *ethos* dirigido a salir de un espacio amoral para entrar en uno moral y humano. Al no participar en las audiencias dedicadas a los derechos humanos, muchas veces no se veían afectados por las presiones políticas, éticas, económicas y mediáticas.

Sin prisa, con gran meticulosidad y respeto por los procedimientos judiciales, los jueces realizaron su tarea con una actitud honesta y honorable. Y finalmente, al reloj se le acabó la cuerda y así concluyó

el trabajo de la CVR: sus oficinas se cerraron, el dinero se acabó, los cazadores de noticias se retiraron, la política cambió y las víctimas y los perpetradores murieron de cáncer o de viejos. Sudáfrica ingresó al nuevo milenio con el Comité de Amnistía en pleno funcionamiento y con el Gobierno postergando alegremente las decisiones sobre la concesión de reparaciones “hasta la publicación del informe final, programada para octubre de 2001”.

No hay muchas personas que crean que el proceso de la CVR haya contribuido a alcanzar la reconciliación, y los resultados de diversas encuestas muestran que la gente está cada vez más separada. No obstante, si se tiene en cuenta que la finalidad de la CVR no era alcanzar la reconciliación, sino hacer aportes para alcanzarla, entonces no cabe duda de que el proceso fue valioso. La reconciliación es un ciclo cuyo paso inicial consiste en redefinir el ser. Como lo primero que se pierde en el conflicto es la identidad, en las publicaciones que tratan el tema de la reconciliación, se señala que un punto fundamental es que los antiguos adversarios adopten direcciones contrarias, y las identidades redefinidas posibiliten un nuevo tipo de relación. ¿Soy nada más que un monstruo del apartheid? ¿Soy nada más que un negro oprimido? Hoy en día, los negros están redefiniéndose en términos del Renacimiento africano; los afrikáneres, en relación a la Guerra de Sudáfrica. También estamos redefiniendo cuán negro es lo negro y qué es lo blanco. Si el resultado de la redefinición es inadecuado, un grupo quizá se quede atascado en una búsqueda permanente por la identidad que muchas veces se expresa en formas rígidas y agresivas de etnicidad o nacionalismo.

La esencia de la reconciliación en Sudáfrica, sin embargo, tiene que ver más con una actitud conciliadora y un instinto de supervivencia mediante la negociación que con los procesos que caracterizan a la cultura judeocristiana. Con los años, nos hemos convertido en eximios negociadores que emplean todo el abanico de estrategias de supervivencia: optar, huir, olvidar, practicar rituales, tener clemencia, debatir, negociar, arriesgar y consensuar. El propósito no es tanto prevenir el dolor o escapar de la realidad como participar en la eterna búsqueda de la definición de uno mismo y, mediante la negociación, transformar las diferencias en recursos. Obligando a un país a redefinirse por medio de los testimonios de víctimas y represores, la CVR posibilitó la existencia de un nuevo tipo de relación. Pero el ciclo habrá de repetirse muchas veces para que esa relación perdure. También debe acompañarse de cambios en la vida de los pobres para construir una sociedad más equitativa, porque de lo contrario, se corre

el riesgo de que ese frágil resultado implotone ante nuestros ojos.

*

Meses después del cierre de la mayoría de las oficinas de la CVR en todo el país, me costaba admitir cualquier tipo de fracaso de la Comisión. Pero a medida que el proceso se va apaciguando y parece no dejar casi ninguna estela detrás de sí, no puedo evitar poner en cuestión la falta de visión de futuro de los comisionados.

Durante la última etapa de la vida de la CVR, las cosas empezaron a derrumbarse. Algunos comisionados se alejaron porque habían asumido otros compromisos; otros buscaban desesperadamente otro trabajo de categoría similar, y probablemente igual salario, al de la Comisión. Tutu tenía cáncer y debía seguir un tratamiento médico y dedicarse simplemente a descansar. De este modo, la máquina de la CVR se quedó sin los referentes originales, que durante los primeros años habían dirigido un buque con una orientación sumamente clara. Cuando la Unidad de Investigación estaba redactando el informe final, se esperaba que los comisionados revisaran todos los borradores y aportaran sugerencias, pero aparentemente poco de eso se hizo de manera sistemática. En cambio, lo que sí ocurrió fue que se filtraron al partido y a los medios determinados pasajes en los que se abordaban temas relativos al CNA. Si bien hubo muchos cambios en el informe final, el daño ya estaba hecho, y la relación entre la CVR y el CNA se fue deteriorando hasta quedar bajo un manto de resentimiento.

Si se pretende que un gobierno liderado por el CNA se ocupe de otorgar reparaciones, demandar a los perpetradores, implementar medidas preventivas para que no se repitan abusos en el futuro y propiciar una cultura de los derechos humanos, es necesario que la Comisión y el partido estén en el mismo barco y que los funcionarios del gobierno entiendan cuáles son los riesgos que corren si van en otra dirección. En pocas palabras: si el Gobierno es el único responsable de que no se desvanezcan el espíritu y las recomendaciones de la CVR, esta debería haber mantenido conversaciones con el Gobierno no una vez (debido a que tuvo un solo encuentro con el Partido Nacional), sino mil veces de ser necesario.

El hecho de que la CVR no haya podido interactuar con eficacia con el Gobierno administrado por el CNA le ha causado más daño al proceso que todo el resto de críticas y errores juntos. Bloqueó el crecimiento de algo importante, dejó que se secase la corriente de responsabilización que había empezado a fluir a lo largo del país. Hizo

que disminuyera la compasión. Nos dejó a todos paralizados.

Ya no éramos un proyecto de país.

*

Dos días después de los ataques del 11 de septiembre en Nueva York, acudo por última vez a las oficinas de la CVR de Adderley Street antes de su cierre definitivo. Voy caminado por la calle. Veo y no veo. En todas las retinas queda grabada la imagen de los dos aviones despiadados que explotan y cubren de fuego y humo las dos torres sombrías, inmóviles. Desde ese momento, todo se ha convertido en una imagen surrealista. Caminamos como si estuviéramos aislados de los demás, como si cada uno de nosotros estuviera completamente solo. A la vez, todos nos miramos... Y el edificio que durante tantos años alojó a la CVR ahora es nada más que uno de tantos. Ya no hay perros y guardias estrictos a la entrada, ni cámaras, ni comisionados famosos y visitantes prestigiosos. El arzobispo Tutu sigue en su despacho, pero hoy se dedica únicamente a orar. La CVR ocupará los tres pisos del edificio otros cuarenta y cinco días. El personal guarda todo en cajas; los empleados del archivo nacional llegan para hacer un inventario de la documentación... pero, de pronto, todo parece estar de más. ¿Qué importancia tiene todo esto? Lo único que aprendimos de los demás es a odiar.

El mundo se odia tanto que no le importa su propia muerte.

Voy al Morokka Cafe, donde solíamos ir en los recesos del mediodía, y recuerdo una apreciación de mi amigo Sandile: “El mundo nunca aprenderá de nosotros. Las reacciones de las víctimas, la idea de la reconciliación como parte de una humanidad más vasta, el hecho de que las víctimas den el primer paso en el proceso del perdón, todo eso les encanta, pero siempre que tenga puesta una máscara africana. Siempre que sea algo que se pueda elogiar y apoyar, colgar en la pared, pero que nunca será valorado como una nueva forma de tratar a las víctimas y los perpetradores, a los poderosos y a los débiles. Como es negro, no tiene valor para nadie más”.

Eso fue antes. ¿Qué se puede decir ahora, en vista de todo lo sucedido... dos días después del 11 de septiembre de 2001?

¿Qué se hace con el pronombre posesivo que se resiste al cambio? ¿Con los valores arraigados del racismo y la intolerancia? ¿Cómo se hace para descubrir el tiempo pretérito del verbo “odiar”? ¿Para disolver los coágulos de la sangre endurecida y convertirlos en sueños de leche y miel? ¿Qué se hace con el dolor que no quiere, que no

puede transformarse en lenguaje?

¿Cómo nos liberamos por medio de la comprensión, compenetrándonos con los demás? ¿Cómo *formamos* el todo? ¿Cuánto puede acercarse la nariz a la ternura, la mejilla al perdón? ¿Cómo hacemos para respirar al unísono? ¿Cómo nos integramos en el mismo sonido? Escuchando las palabras de todo el mundo, todos sentados alrededor de una gran mesa... vibrando con el color de lo humano. Tenemos que oír los sonidos del cabello de los demás, del olor de los demás, de la sangre y las pertenencias de los demás. Tenemos que aprender a oír los sonidos más profundos de las vísceras de los demás en la oscuridad de la noche.

Tenemos que convertirnos en los otros si no queremos descoyuntar para siempre las vértebras de lo humano.

Notas

1. *Hamba kahle* es un saludo de despedida en zulú [N. de las T.].
2. *Khoi* es el nombre con se designaba a sí mismo el pueblo originario del sur de África al que los colonos holandeses denominaron hotentotes.
3. *Voorskoot* significa “delantal” en afrikáans [N. de las T.].

Agradecimientos

Todo libro tiene un comienzo. Este comenzó cuando, allá por 1993, el profesor Andre du Toit me habló de las comisiones de la verdad de otros países en las oficinas de *Die Suid-Afrikaan*. Y cuando Pippa Green me invitó a unirme a su equipo de periodistas y luego me insistió para que encabezara el equipo de la radio de la SABC que cubriría las actividades de la Comisión de la Verdad de Sudáfrica. Agradezco a ambos por su lealtad y su amistad, que no merezco. Deseo también agradecer a Franz Krüger y Barney Mthombothi, mis jefes en la SABC.

Si logré sobrevivir a la cobertura periodística de la Comisión, fue por el apoyo de mis increíbles colegas: Kenneth Makatees, Angie Kapelianis, Dumisane Shange, Zola Ntutu, Tapelo Mokushane, Andries Sathekge y el inquebrantable Darren Taylor. Estoy en deuda con todos ellos, así como con Ross Colvin (por verificar los datos), John Yeld, Roger Friedman, Stephen Laufer (de quien tomé algunas expresiones) y Adri Kotze. Prabhakara nos convidaba a todos sus galletitas de cereales y François du Toit, de los archivos de la SABC, buscaba pacientemente todo el material que yo le pedía.

Quisiera mostrar mi reconocimiento a Anton Harber, que en esa época trabajaba en el *Mail & Guardian*, el primer editor que me encargó artículos en inglés, y a Shaun de Waal por editar mis textos para el diario.

Estoy profundamente agradecida a todo el personal de la Comisión de la Verdad por su buena predisposición, en especial, a John Allen. Me encantaría que unos cuantos funcionarios del área de comunicaciones del Gobierno tomaran un curso intensivo con él. Quisiera retribuir la ayuda mental y física que recibí de Allan Colam y Merwede van der Merwe cuando sufrí una descompensación.

También les doy las gracias a mis hijos, Andries, Susan, Philip y Willem, que, con infinita paciencia, me enseñaron a usar los programas de Windows y nunca se molestaban cuando preguntaba a los gritos “¿Dónde está el artículo que escribí anoche?”, mentían sin piedad cuando alguien a quien no quería atender llamaba por

teléfono, tomaban nota de innumerables mensajes, y se preparaban la cena. En especial, le debo mucho a Andries, que invirtió una buena cantidad de horas en la traducción de los textos.

Y cómo decirle gracias a un editor que no aceptó un “no” como respuesta cuando le dije “No, no quiero escribir un libro acerca de la Comisión de la Verdad”, que estuvo a mi lado cuando le dije “No, no puedo escribir un libro”, y también cuando le dije “No osaría escribir un libro”, y que siguió a mi lado cuando fui a decirle “*Tengo* que escribir un libro si no quiero volverme loca”. Stephen Johnson, de Random House, me hizo firmar un contrato gordo como una Biblia y no solo contribuyó activamente con sus aportes imaginativos, sino que me alentó durante mis períodos de depresión y duda.

Sin Ivan Vladislavić, este libro sería la mitad del que en realidad es. Su apoyo y dedicación en la tarea de encontrar un estilo poético, en la edición del texto y los testimonios, y el ánimo que me dio durante todo el proceso lo convierten en una pieza fundamental del proceso de escritura.

Pero el hombre detrás del libro es mi marido, John. Cuando le dije que tenía que hacerlo a cualquier costo e independientemente de las consecuencias, tragó saliva y se arremangó la camisa. Durante todo el tiempo que me llevó escribir este libro, él se ocupó de todo con mucho amor, comprensión y algún que otro ceño fruncido. Es el hombre de mi vida.

En este libro, dije muchas mentiras sobre la verdad. Hice uso de muchas vidas y muchos textos, incluida la historia de mi madre y toda mi familia en la granja. Espero que sepan entender.

Antjie

Ciudad del Cabo

Glosario

Afrikaanse Handelsinstituut: Instituto Afrikáans de Comercio

Afrikaner Weerstandsbeweging (AWB): Movimiento de Resistencia Afrikáner; organización paramilitar de extrema derecha a favor de la creación de un Estado afrikáner

Amandla: ¡Poder! (eslogan populista)

Antjie Somers: figura andrógina de la cultura popular afri-káans que se lleva a los niños desobedientes

askaris: antiguos guerrilleros reclutados por las fuerzas de seguridad

bakkie: camioneta

Biko, Steve: dirigente de Conciencia Negra muerto en situación de detención en 1977

Black Sash: organización de mujeres que participaban en actos de protesta y vigilia contra el apartheid

boere, bóeres: afrikáneres; a veces el término se emplea despectivamente

boeremusiek: música popular y tradicional bóer que se baila

boere-orke: banda que interpreta música bóer, en especial en los bailes

boerewors: salchicha

boesmans: bosquimanos

borselkop: rapado

braai, braaivleis: asado

Broederbond: sociedad secreta que apoyaba el control afrikáner de todas las áreas de la sociedad

bywoner: granjero, normalmente blanco y de bajos recursos, que arrienda la tierra que cultiva

camarada: militante del CNA, normalmente hombre y joven

Casspir: vehículo de combate empleado asimismo en el control de disturbios

Codesa: Convención para la Democracia en Sudáfrica; convención previa a las primeras elecciones democráticas de 1994

collar: método de ejecución por el que se quemaba vivas a las víctimas, en especial, a los opositores políticos considerados colaboracionistas o informantes, que consistía en colocar varios neumáticos llenos de combustible alrededor del cuello de la persona y prenderles fuego

Comisión Currin: comisión del gobierno encabezada por el abogado defensor de los derechos humanos Brian Currin y establecida tras las elecciones democráticas pero antes de la Comisión de la Verdad; su misión era otorgar indemnizaciones a los presos políticos

Conciencia Negra: ideología de la liberación de los negros y su independencia de los valores blancos que tuvo su auge principalmente en la década de 1970

Congreso Nacional Africano (CNA): partido gobernante; fundado en 1912 como un movimiento de liberación; fue prohibido en 1960

Congreso Panafricano (CPA): partido político negro fundado en 1959 como un desprendimiento del CNA

Consejo de Seguridad: organismo estatal que asesoraba en temas de seguridad al gobierno del apartheid

daggazolletjies: cigarrillos de marihuana

Dingane: importante rey zulú de la década de 1830

dominee: ministro de la Iglesia

dongas: cañadones secos

Dorkay House: centro cultural de Johannesburgo que funcionó en las décadas de 1950 y 1960

EPLA: Ejército Popular de Liberación de Azania; brazo armado del Congreso Panafricano (CPA)

FDS: Fuerza de Defensa de Sudáfrica

FDU: Frente Democrático Unido; alianza de resistencia al apartheid fundada en 1983

Frente de Liberación (FL): partido de derecha que defiende la existencia de una patria afrikáner

gramadoelas: el interior profundo

haelgeweer: arma de fuego

Hani, Chris: líder del Partido Comunista Sudafricano, asesinado en abril de 1993

Hippo: vehículo policial blindado de transporte de personal

Hoër: escuela secundaria

impimpi: informante, espía

jong: hombre

Julle Kapenaars: ustedes, los del Cabo

kanferfoelie: madre selva del Cabo

keelvelle: papada

Khotso House: sede del Consejo de Iglesias de Sudáfrica en Johannesburgo, destruida por una bomba en 1988

kitskonstabel: “agente instantáneo”, un efectivo policial al que se daba un adiestramiento mínimo

Koevoet: unidad policial famosa por su brutalidad que combatió la guerrilla de la SWAPO en Namibia

Koki: marcador

kopdoek: turbante

kuier: visitar

kwela: estilo de música interpretado con flautas, popular en los años cincuenta

Laerskool: escuela primaria

lekker: lindo

manne: los hombres, “los muchachos”

marabaraba: juego de mesa parecido a las damas

melkpens: cuajar o cuarta cavidad del estómago de los rumiantes

MK v.: Umkhonto we Sizwe

moerse: absolutamente

mos: en efecto; después de todo

Moshoeshoe: fundador y primer jefe de los basoto de los primeros años del siglo xix

muggies: jejenes

muti: medicamento, en especial, el que tiene propiedades mágicas

NG Kerk: Nederduits Gereformeerde Kerk; Iglesia Reformada Holandesa, la iglesia afirkáans más importante y con mayor poder

Nkosi Sikelel' iAfrika: “Dios bendiga a África”, himno del CNA y, actualmente, himno nacional

Nongqawuse: muchacha xhosa cuyas profecías llevaron a la gran matanza de animales de 1865 y al sometimiento final de los xhosa

OES: Organización de Estudiantes Sudafricanos; movimiento estudiantil de conciencia negra de la década de 1970

OK: supermercado OK Bazaars

oom: tío; también tratamiento que se da a cualquier hombre mayor, no necesariamente un miembro de la familia

op-en-wakker: atenta, despierta

Operativo Vula: operativo del CNA para crear estructuras clandestinas en Sudáfrica como plan alternativo si fallaban las negociaciones

ossewa: carro tirado por bueyes

Ossewabrandwag: organización afrikáner fundada en 1939 que se oponía a la guerra contra Alemania

oupa-grootje: bisabuelo

ouderlingsbank: banco reservado a los ancianos de la congregación en la Iglesia Reformada Holandesa

pappot: gachas

Partido Conservador (PCO): partido blanco de derecha que se desprendió del PN en 1982

Partido de la Libertad Inkatha (PLI): partido nacido en el seno del movimiento nacional zulú establecido por Buthelezi a comienzos de la década de 1970, principalmente integrado por negros con base en Natal

Partido Demócrata (PD): partido liberal, de mayoría blanca y de habla

inglesa

Partido Nacional (PN): antiguo partido gobernante, de mayoría afrikáner, responsable de la instauración del apartheid

patats: batatas

PCO v.: Partido Conservador

PCS: Partido Comunista Sudafricano

PD v.: Partido Demócrata

P.E.: Port Elizabeth

plotte: parcela

Poqo: brazo militar del CPA

potjie: cacerola pequeña

Rapportryer: asociación de empresarios y personalidades de la cultura afrikáneres

Retief, Piet: líder *voortrekker* asesinado por Dingane en 1838

Río Sangriento: batalla que tuvo lugar en 1838 entre los *voortrekkers* y los zulúes; conmemorada en el Día del Juramento, festividad que actualmente se denomina Día de la Reconciliación

Ruiterwag: agrupación juvenil de la Broederbond

SABC: South African Broadcasting Corporation

Sekonyela: jefe tlokwa; rival de Moshoeshoe

sisi: hermana

sjambok: látigo hecho de cuero o goma que normalmente empleaba la policía de Sudáfrica durante incidentes de dis-turbios políticos

skattige ogies: ojitos dulces

skoentjies: zapatitos

skoonma: suegra

snorretjies: bigote fino

sowaar: ¡es la pura verdad!

spoggerig: fanfarrón, jactancioso

stront: mal tipo, un desastre de persona

sus en so: de una forma determinada, así o asá

tackies: zapatillas

tannies: tías

tarentaal: gallina de Guinea o pintada

tjoepstil: en silencio absoluto, mudo

toyi-toyi: danza que se baila en marchas y manifestaciones

ubuntu: filosofía del humanismo que hace hincapié en la relación entre lo individual y lo colectivo

UDP v.: Unidades de Defensa Personal

Umkhonto we Sizwe: “La Lanza de la Nación”; brazo armado del CNA durante la lucha contra el apartheid

Unidades de Defensa Personal: unidades establecidas por el CNA a principios de la década de 1990 para protección de los barrios; algunas se volvieron contra el CNA y sus propias comunidades

vastrap: danza popular rápida y alegre

Vat-hom-Dawie: apodo del político Dawie de Villiers, excapitán de Sprinbok, la selección nacional de rugby

Verwoerd, Hendrik: primer ministro de Sudáfrica entre 1958 y 1966; conocido popularmente como “el Arquitecto del apartheid”; asesinado en la sede del Parlamento en 1966

Vlakplaas: granja situada cerca de Pretoria, utilizada como base por los

escuadrones de la muerte de la policía

Vlok, Adriaan: ministro de Policía durante la década de 1980

volk: pueblo, nación afrikáner

voortrekkers: bóeres pioneros que se asentaron en el interior de Sudáfrica en la década de 1830; también es el nombre de un movimiento de jóvenes afrikáneres similar al de los Boy Scouts

windpomp: molino de agua

witdoeke: patrullas no oficiales que usaban pañuelos blancos para identificarse

Wit Wolwe: “Lobos Blancos”; grupo terrorista radical de derecha

World Trade Centre: edificio de Kempton Park donde se llevaron a cabo las negociaciones para instaurar el régimen democrático

Colección: Letras
Director: Carlos Ruta

Krog, Antjie

País de mi calavera : la culpa, el dolor y los límites del perdón en la nueva Sudáfrica /
Antjie Krog. - 1a ed. - San Martín : UNSAMedita, 2016.

Libro digital, EPUB - (Letras / Ruta, Carlos Rafael,)

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Silvia Jawerbaum ; Julieta Barba.

ISBN 978-987-4027-21-4

1. Literatura Africana. 2. Apartheid. I. Jawerbaum, Silvia, trad. II. Barba, Julieta, trad. III.
Título.

CDD SA823

1ª edición en español, septiembre de 2016

© 2016 Mia Couto

© 2016 de la traducción Teresa Arijón

© 2016 UNSAM EDITA de Universidad Nacional de General San Martín

Campus Miguelete. Edificio Tornavía

Martín de Irigoyen 3100, San Martín (B1650HMK), provincia de Buenos Aires, Argentina

unsamedita@unsam.edu.ar

www.unsamedita.unsam.edu.ar

Diseño de interior y tapa: Ángel Vega

Corrección: María Laura Petz

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización expresa de sus editores.

Prohibida su venta fuera de Sudamérica y Latinoamérica.

Informations

Mention de titre

País de mi calavera

— Colección Letras

Antjie Krog.

Mention d'édition

(editor)

Mention de publication

Source

Edited with TEI-compliant XML

Résumé

Cuando Nelson Mandela vio la libertad en 1990, tras 27 años de prisión, Sudáfrica cambió para siempre. Él, que simbolizaba la lucha contra el apartheid, la falta de libertad de todos los habitantes negros de Sudáfrica, creó la Comisión de la Verdad y la Reconciliación para sanar las heridas, facilitar la transición democrática, reconstruir la verdad y permitir a las víctimas expresar sus angustias y sentimientos. Antjie Krog fue periodista de la Comisión, escuchó los testimonios desgarradores y sufrió. “En una intensa crónica personal de la

experiencia vivida durante el proceso de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, Antjie Krog entreteje ficción y no ficción, prosa y poesía, con el propósito de captar la complejidad de un período decisivo en la historia de Sudáfrica. Al indagar las secuelas del apartheid, la autora plantea valiosos interrogantes acerca de cómo expiar o remediar los crímenes de proporciones históricas cometidos durante el régimen; cómo perdonar y seguir adelante cuando, no sin justa razón, la indignación se apodera de los corazones”.J. M. Coetzee